17141

41
594

1930

BIBLIOTECA

MÉDICA HOMEOPATICA.

BIBLIOTECA
MUSEU NACIONAL

3ª

EXPOSICION

DE LA

DOCTRINA MÉDICA HOMEOPATICA,

Ó

ÓRGANON DEL ARTE DE CURAR,

QUINTA Y ULTIMA EDICION ESCRITA EN ALEMAN

POR

EL DOCTOR S. HAHNEMANN.

Traducido al castellano con diversos opúsculos del Autor

POR

D. JOSÉ SEBASTIAN COLL,

Profesor de Medicina en esta Córte.

PROVINCIAL DE BURGOS

MADRID.

Imprenta de D. IGNACIO BOIX, EDITOR, calle de Carretas, n.º 8.

1844.

Esta obra es propiedad de su editor don Ignacio Boix, quien perseguirá ante la ley á quien la reimprima.

PREFACIO.

La *antigua* medicina ó la alopatía, por decir algo de ella en general, supone en el tratamiento de las enfermedades ya una superabundancia de sangre que jamàs hay, ya algunos principios y acrimonias morbíficas. En consecuencia de esto, quita la sangre necesaria á la vida, y trata, ya de espeler la pretendida materia morbífica, ya de llamarla á diferente punto por medio de los vomitivos, de los purgantes, de los sudoríficos, de los sialagogos, de los diuréticos, de los vejigatorios, de los cauterios, &c. Ella cree que con estos medios disminuye la enfermedad, y la destruye materialmente; pero no hace mas que acrecentar los padecimientos del enfermo, y privar al organismo de las fuerzas y de los jugos nutritivos necesarios para la curacion. Ataca al cuerpo con dósis considerables, continuadas largo tiempo, y renovadas con frecuencia de medicamentos heróicos, cuyos efectos prolongados y con bastante frecuencia temibles la son desconocidos. Parece que hasta se empeña en desfigurar su accion, acumulando en una misma fórmula muchas sustancias desconocidas. En fin, con el uso prolongado de estos medicamentos añade á la enfermedad ya existente nuevas enfermedades medicinales, que á veces es imposible curar. Tampoco deja jamás, por conservar su crédito para con los enfermos (1), de emplear

(1) El mismo motivo la hace buscar ante todas cosas un nombre determinado, griego sobre todo, para designar la afeccion

cuando puede, medios que por su oposicion suprimen y palian durante algun tiempo los síntomas; pero que dejan tras de sí una disposicion mayor á reproducirlos, es decir, que exasperan la enfermedad. Considera, sin fundamento, las enfermedades que ocupan las partes esteriores del cuerpo como puramente locales, aisladas é independientes, y cree haberlas curado cuando las ha hecho desaparecer por medio de tópicos que obligan al mal interno á fijarse en una parte mas noble y mas importante. Cuando no sabe ya qué hacer con una enfermedad que no quiere ceder, ó que va siempre agravándose, trata de modificarla á ciegas por medio de los alterantes, principalmente con los calomelanos, el sublimado corrosivo y otras preparaciones mercuriales á altas dósis.

Hacer por lo menos incurables, si no aun mortales, noventa y nueve centésimas de las enfermedades que afectan la forma crónica, ya debilitando y atormentando sin cesar al pobre enfermo, abrumado ya con sus propios males, ya produciéndole afecciones nuevas mas temibles, tal parece que es el objeto de los funestos esfuerzos de la antigua medicina, objeto que se consigue fácilmente luego que uno se ha puesto al corriente de los métodos acreditados, y se ha hecho sordo á la voz de la conciencia.

Nunca le faltan argumentos al alópata para sostener todo el mal que hace; pero se funda solamente en las preocupaciones de sus maestros, ó en la autoridad de sus libros. Allí encuentra con que justificar las acciones mas opuestas y contrarias al buen juicio, aunque sean altamente condenadas por los resultados. Unicamente cuando convencido por una larga práctica de los tristes efectos de su pretendido arte, se limita á bebidas insignificantes, es decir, á no hacer nada aun en los casos mas graves, es cuando empeoran y mueren menos enfermos en sus manos.

Este funesto arte que despues de una larga série de siglos posee la facultad de disponer arbitrariamente de la vida ó muerte de los enfermos, que hace perecer diez veces

---

con el objeto de hacer creer al enfermo que se la conoce ya de largo tiempo, y que por lo mismo se la puede curar con mucha mas facilidad.

mas hombres que las guerras mas sangrientas, y que hace las dolencias de algunos millones de otros infinitamente mas graves que lo eran en su orígen, le examinaré al instante con algunos detalles, antes de esponer los principios de la nueva doctrina, que es la única verdadera.

De muy diferente modo procede la homeopatía. Esta demuestra sin trabajo á cuantos sepan raciocinar, que las enfermedades no dependen de ninguna acrimonia, ni de ningun principio morbífico material; sino que consisten únicamente en un desarreglo dinámico de la fuerza que anima virtualmente el cuerpo del hombre. Sabe que no puede haber curacion sino por medio de la reaccion de la fuerza vital contra un medicamento apropiado, y que se verifica con tanta mas seguridad y prontitud, cuanta mayor energía conserva esta fuerza vital en el enfermo. Evita tambien todo lo que pudiera causar la menor debilidad (1); se guarda en cuanto la es posible de escitar el mas pequeño dolor, porque el dolor consume las fuerzas; tampoco emplea mas medicamentos que aquellos cuyos efectos conoce bien, es decir, el modo de modificar dinámicamente el estado del hombre, busca entre ellos aquel cuya facultad modificativa (la enfermedad medicinal) es capaz de hacer cesar la enfermedad por su analogía con ella (*similia similibus*), y da solo este á dósis raras y débiles, que sin causar dolor ni debilitar, escitan sin embargo una reaccion suficiente. De aquí resulta que estingue la enfermedad natural sin debilitar, atormentar, ni torturar al enfermo, y que las fuerzas vuelven por sí mismas á medida que se vá presentando el alivio. Este trabajo que tiende á restablecer la salud de los enfermos en poco tiempo, sin inconvenientes y de una manera completa, parece fácil, pero es muy penoso y exige mucha reflexion.

La homeopatía, pues, se nos presenta como una medicina muy sencilla, siempre la misma en sus principios y en

---

(1) La homeopatía no vierte una sola gota de sangre; no purga, ni hace vomitar, ni sudar jamás, no repercute ningun mal esterno por medio de tópicos, ni prescribe baños calientes, ni lavativas medicinales; no aplica ni vejigatorios, ni sinapismos, ni sedales ó cauterios; nunca escita la salivacion, ni quema las carnes hasta los huesos con el moxa ó hierro rujiente, etc.

sus procederes, que forma un todo aparte perfectamente independiente, y que rehusa toda asociacion con la perniciosa rutina de la antigua escuela. (1)

---

(1) Me reconvengo á mi mismo por haber seguido en otro tiempo los pasos de la alopatía, aconsejando aplicar sobre la espalda en las enfermedades psóricas, un emplasto de pez que escita picazon, y recurrir á conmociones eléctricas muy ligeras en las parálisis. Como rara vez son útiles estos medios, y la homeopatía se ha perfeccionado ya bastante para no necesitarlos, retiro el consejo que habia dado de recurrir á ellos, y en el cual se ha encontrado un pretesto para tratar de combinar entre sí la homeopatía y la alopatía.

EXPOSICION

DE LA

DOCTRINA MÉDICA HOMEOPATICA,

Ú

ÓRGANON DEL ARTE DE CURAR.

INTRODUCCION.

Ojeada sobre los métodos alopático y paliativo de las escuelas que han dominado hasta el dia en medicina.

Desde que existen los hombres sobre la tierra han estado espuestos individualmente ó en masa à la influencia de causas morbíficas, físicas ó morales. Mientras que han permanecido en el estado de pura naturaleza, les ha bastado un corto número de remedios, porque la sencillez de su género de vida les hacia accesibles á pocas enfermedades. Pero las causas de alteracion de la salud y la necesidad de socorros se han aumentado en proporcion á los progresos de la civilizacion. Desde entonces, es decir, desde los tiempos que han seguido de cerca á Hipócrates, ó hace dos mil quinientos años, hubo hombres que se dedicaron al tratamiento de las enfermedades, cuyo número se aumentaba cada dia, y á los que la vanidad condujo à buscar en su imaginacion medios para aliviarlas. Tantas cabezas diferentes produjeron una infinidad de doctrinas acerca de la naturaleza de las enfermedades y de sus remedios, á las que se condecoró con el nombre de sistemas, y que todas estaban en contradiccion las unas con las otras, como consigo mismas. Cada una de estas teorías sutiles

admiraba al mundo en un principio por su profundidad ininteligible, y atraia à su autor una multitud de entusiastas prosélitos, de los que sin embargo ninguno podia sacar de ella nada que le fuera útil en la práctica, hasta que un nuevo sistema, muchas veces del todo opuesto al precedente, hacia olvidar este, y á su vez se apoderaba por algun tiempo del renombre. Mas ninguno de estos sistemas estaba conforme con la naturaleza, ni con la esperiencia. Todos eran un tejido de sutilezas fundadas sobre consecuencias ilusorias que no podian servir de nada á la cabecera de los enfermos, y que solo eran á propósito para sostener vanas disputas

Al lado de estas teorías, y sin ninguna dependencia de ellas, se formó un método que consiste en dirigir mezclas de medicamentos desconocidos contra formas de enfermedades arbitrariamente admitidas, todo con arreglo á miras materiales en contradiccion con la naturaleza y la esperiencia, y por consiguiente sin resultado ventajoso. Esta es la antigua medicina que se llama alopatía.

Sin desconocer los servicios que un gran número de médicos han hecho à las ciencias accesorias del arte de curar, á la física, á la química, á la historia natural en sus diferentes ramos, y á la del hombre en particular, á la antropología, á la fisiología, à la anatomía, etc., me ocuparé aquí de la parte pràctica de la medicina, para demostrar cuán imperfecto es el modo con que se han tratado las enfermedades hasta ahora. Mis miras se elevan mucho sobre esa rutina mecánica que juega con la vida tan preciosa de los hombres, tomando por guia colecciones de recetas, cuyo número cada dia creciente prueba cuán estendido se encuentra todavía por desgracia su uso. Mas dejo este escándalo á la plebe del pueblo médico, y voy á ocuparme solamente de la medicina reinante, que imagina que su antigüedad la da realmente el carácter de ciencia.

Esta antigua medicina se alaba de ser la única que merece el título de racional, porque tambien es ella sola, dice, la que se detiene á investigar y separar la causa de las enfermedad,es, la única tambien que sigue los pasos de la naturaleza en el tratamiento de estas.

Tolle causam! grita sin cesar; pero se limita à este vano clamor. Se figura poder encontrar la causa de la en-

fermedad; pero no la encuentra en realidad, porque no se puede ni conocerla, ni, por consiguiente, encontrarla. En efecto, siendo la mayor parte, la inmensa mayoría de las enfermedades, de orígen dinámico, su causa no puede someterse á nuestros sentidos. Se veia, pues, reducida á imaginar una. Comparando, por una parte el estado normal de las partes internas del cuerpo humano despues de la muerte (anatomía) con las alteraciones visibles que estas partes presentan en los sugetos muertos de enfermedades (anatomia patológica); por otra, las funciones del cuerpo vivo (fisiologia) con las aberraciones infinitas que estas sufren en los innumerables estados morbosos (patologia semeyótica), y deduciendo de esto consecuencias con arreglo al modo invisible con que se efectúan los cambios en el interior del hombre enfermo, se llegaba uno á formar una imágen vaga y fantástica, que la medicina teórica miraba como causa primitiva de la enfermedad (1), de la cual se hacia en seguida la causa próxima y al mismo tiempo la

(1) Su conducta hubiera sido mas conforme á la sana razon y á la naturaleza de las cosas, si para ponerse en estado de curar una enfermedad hubieran tratado de descubrir su causa ocasional, y si, despues de haber puesto fuera de toda duda la eficacia de un plan de tratamiento en todas las afecciones dependientes de una misma causa ocasional, hubieran podido despues aplicarle igualmente con buen resultado á aquellas cuyo orígen era el mismo, como por ejemplo el mercurio, que conviene en todas las úlceras venéreas, es apropiado tambien á las úlceras del glande determinadas por un cóito impuro; si hubiesen descubierto, repito, que todas las demas enfermedades crónicas (no venéreas) reconocen por causa ocasional la infeccion reciente ó antigua del miasma psórico, y hubiesen encontrado con arreglo á esto un método curativo comun, modificado solamente por las consideraciones terapéuticas relativas á cada caso individual, que les permitiese curarlas todas; entonces hubieran podido decir que tenian á la vista la única causa de las enfermedades crónicas no venereas, á la que se debia atender para tratarlas con feliz éxito. Pero despues de tantos siglos no han podido curar innumerables afecciones crónicas, porque ignoraban que deben su orígen al miasma psórico, descubrimiento que pertenece á la homeopatía, y que la ha puesto en posesion de un método curativo eficaz. Sin embargo, se alababan de ser los únicos cuyo tratamiento era racional y dirigido contra la causa primitiva de las enfermedades, aunque no han tenido jamás la menor sospecha de esta verdad tan útil, que todas ellas proceden de un orí-

esencia íntima de esta enfermedad, ó la enfermedad misma, aunque el buen juicio diga que la causa de una cosa no puede serlo la cosa misma. Ahora bien: ¿cómo se podia, sin querer engañarse á sí mismo, hacer de esta esencia inapreciable un objeto de curacion, prescribir contra ella medicamentos cuya tendencia curativa era igualmente desconocida, al menos de la mayor parte de ellos, y sobre todo acumular muchas de estas sustancias desconocidas en lo que se llaman fórmulas?

Sin embargo, el sublime proyecto de encontrar *á priori* una causa interna é invisible de la enfermedad se reducia, al menos en los médicos reputados por los mas razonables de la antigua escuela, á investigar, tomando tambien, á la verdad, por base los síntomas, lo que se podia presumir que era el carácter genérico de la enfermedad presente (1). Se queria saber si era el espasmo, ó la debilidad, ó la paralisis, la fiebre ó la inflamacion, la induracion ó la obstruccion de tal ó cual parte, la plétora sanguinea, el esceso ó la falta de oxígeno, de carbono, de hidrógeno ó de azoe en los humores; la exaltacion ó la disminucion de la vitalidad del sistema arterial, venoso ó capilar; una alteracion en las proporciones relativas de los factores de la sensibilidad, de la irritabilidad ó de la nutricion. Estas conjeturas, honradas por la escuela con el nombre de indicaciones procedentes de la causa, y miradas como la única racionalidad posible en medicina, eran demasiado hipotéticas y falaces para que pudieran gozar de la menor utilidad en la práctica. Incapaces, aun cuando hubiesen sido fundadas, de dar á conocer el mejor remedio que se podia emplear en tal ó tal caso dado, halagaban demasiado el amor propio del que las habia construido á fuerza de laboriosidad; pero en la mayor parte de casos les inducian á error, cuando pretendian obrar con

---

gen psórico, y por consiguiente no las hayan curado jamás en realidad.

(1) Todo médico que trata las enfermedades con sujecion á caractéres tan generales, aunque se apropiase él mismo el dictado de homeópata, no por eso dejaria de ser en realidad un alópata generalizador, porque no se puede concebir homeopatía sin la individualizacion mas absoluta.

arreglo á ellas. Obraban así mas bien por ostentacion, que con la esperanza real de que les sirvieran de algun provecho para llegar á la verdadera indicacion curativa.

¿Con cuánta frecuencia no sucedia que el espasmo y la paralisis parecia que existian en una parte del organismo mientras que la inflamacion aparentaba encontrarse en otra?

Por otra parte ¿de dónde podian salir remedios seguros para cada uno de estos pretendidos caractéres generales? Semejantes medios no hubieran podido ser otros que los específicos, es decir, medicamentos análogos á la irritacion morbífica en su modo de obrar (1); pero la antigua escuela los proscribia como muy peligrosos (2), porque, en efecto, la esperiencia habia demostrado que con las fuertes dósis consagradas por el uso comprometian la vida en las enfermedades, en que la aptitud á sentir irritaciones homogéneas está tan desarrollada. Pues la antigua escuela no sospechaba que se pudiesen administrar los medicamentos á dósis muy débiles y aun en estremo pequeñas. Asi ni se debia, ni se podia curar por la via directa y la mas natural, es decir, por remedios homogéneos y específicos, puesto que la mayor parte de los efectos que los medicamentos producen eran y quedaban desconocidos, y porque, aun cuando se les hubiese conocido, no se hubiera podido jamás, con semejantes hàbitos de generalizacion, adivinar la sustancia que era mas à propósito emplear.

No obstante, la antigua escuela que conocia muy bien que era mas racional seguir el camino derecho que no meterse por sendas tortuosas, creia todavía curar directamente las enfermedades eliminando su supuesta causa ma-

---

(1) Llamados en la actualidad homeopáticos.

(2) «En los casos en que la esperiencia habia revelado la virtud curativa de medicamentos que obraban de un modo homeopático, cuyo modo de accion era inesplicable, se salia de la »dificultad declarándolos *específicos*, y esta palabra, hablando »en propiedad, destituida de sentido, les dispensaba en adelante »de reflexionar sobre el objeto en cuestion. Pero hace ya largo »tiempo que estos estimulantes homogéneos, es decir, específicos ú homeopáticos han sido proscriptos por ejercer una influenia en estremo peligrosa.» (Rau, *Ueber d. homœopath. Heilverf.* Heidelberg, 1824, p. 101, 102.)

terial; porque le era casi imposible renunciar á estas ideas groseras al tratar, ya de formarse una imágen de la enfermedad, ya de descubrir las indicaciones curativas, del mismo modo que no estaba en su poder el reconocer la naturaleza á la vez espiritual y material del organismo por un sér tan elevado como las alteraciones de sus sensaciones y acciones vitales, que se llaman enfermedades, que resultan principal y aun casi únicamente de impresiones dinámicas, y no podrian ser determinadas por ninguna otra causa.

La escuela, pues, consideraba toda materia alterada por la enfermedad, ya estuviese solamente en estado de orgasmo, ya fuese arrojada al esterior, como la causa escitadora de esta enfermedad, ó al menos, en razon de su pretendida reaccion como la que la sostiene; y esta última opinion la admite aun en el dia.

Hé aquí por qué creia verificar curaciones obrando sobre las causas, y empleando todos sus esfuerzos para espeler del cuerpo las causas materiales que ella suponia á la enfermedad.

De aquí su cuidado en hacer vomitar, para evacuar la bilis en las fiebres biliosas (1), su método de prescribir vomitivos en las afecciones del estómago (2),

---

(1) Rau (*loc. cit.*, p. 176), cuando no estaba perfectamente enterado de la homeopatía, pero que sin embargo me encontraba íntimamente persuadido del carácter dinámico de la causa de estas fiebres, las curaba ya con una ó dos pequeñas dosis de un medicamento homeopático, sin administrar ningun evacuante, de lo cual refiere dos casos notables.

(2) En una afeccion gástrica que sobreviene de una manera pronta, con eruptos continuos y repugnantes de alimentos corrompidos, y generalmente con abatimiento de la moral, frio en los pies y en las manos, etc., la medicina ordinaria no se ha ocupado hasta ahora mas que de las sustancias alteradas contenidas en el estómago. Debe darse segun ella un buen vomitivo para provocar la espulsion de dichas materias. La mayor parte de las veces se llena esta indicacion con el tártaro estibiado mezclado ó no con la ipecacuana. ¿Mas recobra el enfermo la salud así que ha vomitado? ¡Oh! no. Estas afecciones gástricas de orígen dinámico son producidas ordinariamente por algun trastorno moral (contrariedad, disgusto, terror), por un enfriamiento, por un trabajo intelectual ó corporal al que se ha entregado uno inmediatamente despues de comer. El emético y la ipecacuana no son á propósito para hacer cesar este desarreglo dinámico, y el vómito revolucionario que determinan no lo es tam-

su conato de evacuar la pituita y los vermes intestinales en la palidez de la cara, la bulimia, los dolores de tripas

---

poco. Ademas, los síntomas morbosos particulares, cuya manifestacion provocan ellos mismos, han ocasionado un nuevo ataque á la salud, y la secrecion biliar se desarregla, de suerte que si el enfermo no goza de una constitucion muy robusta, debe resentirse por algunos dias de este pretendido tratamiento dirigido contra la causa, aunque todo lo contenido en el estómago haya sido espelido de una manera violenta. Pero si en lugar de estos evacuantes, que le perjudican siempre, se hace respirar al enfermo una sola vez un glóbulo de azúcar, tan grueso como un grano de mostaza, que esté empapado en el jugo muy dilatado de pulsátila, lo que infaliblemente restablece el orden en la economía entera y en el estómago en particular, se encuentra curado en el término de dos horas. Si se presentan todavía algunos eruptos, son debidos á gases privados de olor y sabor; las sustancias contenidas en el estómago no estan ya alteradas, y á la comida próxima el sugeto ha recobrado su apetito habitual, y se encuentra bueno y ágil. Hé aquí lo que se debe llamar una verdadera curacion que ha destruido la causa. La otra no lleva este título mas que por usurpacion; no hace mas que molestar al enfermo y dañarle.

Jamas reclama vomitivos un estómago lleno de alimentos, aunque sean difíciles de digerir. En semejantes casos la naturaleza sabe desembarazarse de ellos por los vómitos espontáneos que escita, y que solo puede permitirse apresurarlos por medio de titilaciones mecánicas ejercidas en el velo del paladar y las fauces. Así se evitan los efectos accesorios que resultarian de la accion de los eméticos, y una corta cantidad de infusion de café basta para hacer pasar á los intestinos las materias que permaneciesen todavía en el estómago.

Pero si el estómago, despues de haberle llenado mas de lo regular, no poseyese ó si hubiese perdido la irratibilidad necesaria para la manifestacion espontánea del vómito, y si el enfermo, atormentado por dolores agudos en el epigastrio, no esperimentase el menor deseo de vomitar, en una paralisis semejante de la viscera gástrica, el vomitivo no haria mas que producir una inflamacion peligrosa y aun mortal de las vias digestivas; mientras que dosis pequeñas y repetidas con frecuencia de una fuerte infusion de café reanimarian dinámicamente la escitabilidad disminuida del estómago, y le pondrian en estado de espeler por sí solo por arriba ó por abajo las materias contenidas en su interior, por grande que fuese su cantidad. Tambien faltan en este caso los médicos ordinarios á su pretension de dirigir el tratamiento contra la causa.

Cuando el ácido gástrico se hace muy abundante, y refluye á la boca, lo que no es raro, se acostumbra en el dia, aun en las enfermedades crónicas, á administrar un vómito para desemba-

y la tumefaccion del vientre en los niños (1), su costumbre de sangrar en las hemorragias (2), y principalmente la importancia que da á las emisiones sanguíneas de toda especie (3) como indicacion principal que hay que llenar en

---

razar de él al estómago. Pero desde el dia siguiente ó algunos dias despues se encuentra en la misma cantidad ó mayor todavia. Al contrario las acedías cesan por sí mismas, cuando se ataca su causa dinámica con una pequeñísima dosis de ácido sulfúrico muy dilatado, ó mejor todavía de un remedio antipsórico homeopático á los otros síntomas. Asi es como en muchos tratamientos, que en el sentir de la antigua escuela se dirigen contra la causa morbífica, el objeto favorito es espeler penosamente y con detrimento del enfermo el producto material de la desarmonía dinámica, sin inquietarse en lo mas mínimo por reconocer el origen dinámico del mal, para combatirle homeopáticamente, lo mismo que todo lo que de él dimane, y tratar asi las enfermedades de un modo racional.

(1) Síntomas que dependen únicamente de un miasma psórico, y que ceden fácilmente sin vomitivos ni purgantes á suaves antipsóricos (dinámicos).

(2) Aunque casi todas las hemorragias morbosas dependen únicamente de una desarmonía dinámica de la fuerza vital, sin embargo la antigua escuela les asigna por causa una super-abundancia de sangre, y no puede menos de prescribir las sangrías, para desembarazar al cuerpo de esta pretendida plenitud. Las funestas consecuencias que de ellas resultan como la pérdida de las fuerzas, la tendencia ó la transicion al tifus, son atribuidas por ella á la enfermedad, de la que suele no poder triunfar entonces. En una palabra, aun cuando el enfermo no haya librado de la enfermedad, cree haberse conducido conforme al adagio de *causam tolle*, haber hecho, valiéndome de su lenguaje, cuanto se podia hacer por el enfermo, y no tener nada de que reconvenirse en cuanto al resultado.

(3) Aunque no haya quizá nunca una sola gota de sangre en esceso en el cuerpo humano vivo, no por eso deja de mirar la antigua escuela su pretendida plétora ó super-abundancia de sangre, como la causa material principal de las inflamaciones que debe combatir con sangrías, ventosas escarificadas y sanguijuelas. Esto es lo que llama obrar de un modo racional, y dirigir el tratamiento contra la causa. Aun llega á considerar en las fiebres inflamatorias generales y en las pleuresías agudas á la linfa coagulable que existe en la sangre, ó lo que se llama costra flogística, como la materia pecante, y se esfuerza en hacerla salir en la mayor cantidad posible por medio de sangrías reiteradas, á pesar de no ser raro el ver que esta costra se hace mas gruesa y mas densa á cada nueva emision sanguínea. Asi es como cuando la fiebre in-

las inflamaciones. Obrando así cree obedecer á las indicaciones verdaderamente deducidas de la causa, y tratar las enfermedades de una manera racional. Ella cree igualmente que, ligando un pólipo, estirpando una glándula infartada ó haciéndola destruir por la supuracion producida á beneficio de los irritantes locales, disecando un quiste esteatomatoso ó melicérico, operando un aneurisma, una fístula lagrimal ó una fístula del ano, amputando un pecho canceroso ó un miembro cuyos huesos estan afectados de cáries, etc., ha curado las enfermedades de un modo radical, y ha destruido sus causas. La misma creencia tiene cuando emplea sus repercusivos, y deseca úlceras antiguas

---

flamatoria no quiere ceder, vierte sangre á veces casi hasta el punto de matar al enfermo, para hacer desaparecer la costra ó la supuesta plétora, sin sospechar que la sangre inflamada no es mas que un producto de la fiebre aguda, ó sea de la irritacion inflamatoria morbosa, inmaterial ó dinámica; que esta última es la única causa del grande desórden que existe en el sistema vascular, y que se la puede destruir con una dosis mínima de un remedio homeopático; por ejemplo, con un glóbulo de azúcar empapado en el jugo del acónito al decillonésimo grado de dilucion, proscribiendo los ácidos vegetales; de tal manera que la mas violenta fiebre pleurética, con todos los síntomas alarmantes que la acompañan, se encuentra completamente curada en el espacio de veinticuatro horas á lo mas, sin ninguna emision sanguínea y sin el menor antiflogístico; de modo que un poco de sangre sacada entonces de una vena, por via de esperimento, no se cubre ya de costra inflamatoria, mientras que en otro enfermo de circunstancias enteramente semejantes que haya sido tratado segun el pretendido método racional de la antigua escuela, si se libra de la muerte despues de numerosas sangrías y crueles padecimientos, sufre muchas veces meses enteros flaco y debilitado, antes de poder tenerse de pié, y en otros casos sucumbe á una fiebre tifoidea, á una leucoflegmasia ó á una tisis ulcerosa, consecuencia frecuente de semejante tratamiento.

El que ha observado el pulso de un sugeto enteramente normal una hora antes del escalofrio que precede siempre á la pleuresía aguda, no puede menos de sorprenderse cuando se trata de persuadirle, dos horas despues luego que el calor se ha manifestado, que existe entonces una enorme plétora que hace necesarias evacuaciones sanguíneas reiteradas, y se pregunta á sí mismo qué milagro ha podido introducir las libras de sangre que se quieren evacuar en los vasos del enfermo, que él ha visto latir dos horas antes con un movimiento tan regularizado. ¡Sin

de las piernas con el uso de los astringentes, de los óxidos de plomo, de cobre y de zinc, asociados, es verdad, á los purgantes que en nada disminuyen el mal fundamental, y no hacen mas que debilitar; cuando cauteriza las úlceras sifilíticas, destruye localmente las vegetaciones y verrugas y rechaza de la piel la sarna por medio de los ungüentos de azufre, de plomo, de mercurio ó de zinc; en fin, cuando hace desaparecer una oftalmía con las disoluciones de plomo ó de zinc, y combate los dolores de los miembros por medio del balsamo de Opodeldok, de las pomadas amoniacales, ó de las fumigaciones de cinabrio y de ámbar. En todos estos casos se figura haber destruido el mal, y haber

---

embargo, no puede existir en sus venas ni una onza de sangre mas de la que habia dos horas antes, cuando el sugeto estaba bueno!

Asi, cuando el partidario de la medicina alopática practica sus emisiones sanguíneas, no es la sangre supérflua la que quita al enfermo atacado de una fiebre aguda, pues este líquido no puede jamás existir en esceso, sino que le priva de la cantidad de sangre normal é indispensable para la vida y para el restablecimiento de la salud, pérdida enorme que no está en su mano el poderla reparar. Sin embargo imagina haber obrado segun el axioma de *Causam tolle*, al cual da tan falsa interpretacion, mientras que la única y verdadera causa de la enfermedad es no una superabundancia de sangre que jamas existe en realidad sino una irritacion inflamatoria dinámica del sistema sanguíneo, como lo prueba la curacion que se obtiene en semejantes casos por la administracion á dósis prodigiosamente débiles del jugo del acónito, que es homeopático á esta irritacion.

Tampoco escasea la antigua escuela las emisiones sanguíneas tópicas, sobre todo las aplicaciones copiosas de sanguijuelas, en el tratamiento de las inflamaciones locales. El alivio paliativo que de ellas resulta en los primeros momentos no es coronado por una curacion rápida y completa; lejos de esto, la debilidad y el estado valetudinario á que queda siempre expuesta la parte que ha sido tratada de este modo, y muchas veces tambien el resto del cuerpo, demuestran demasiado cuán injustamente atribuian la inflamacion local á una plétora local, y cuán tristes son los resultados de las emisiones sanguíneas, mientras que esta irritacion inflamatoria de apariencia local, que es puramente dinámica, puede ser destruida de una manera pronta y duradera, con una pequeña dósis de acónito, ó segun las circunstancias, de belladona; á favor de cuyo medio se encuentra curada la enfermedad, sin necesidad de recurrir á las sangrías, que nada es capaz de justificar.

empleado un tratamiento racional dirigido contra la causa. ¡Mas cuáles son las consecuencias! Nuevas formas de enfermedades, que se manifiestan infaliblemente mas temprano ó mas tarde, que se toman, cuando aparecen, por enfermedades nuevas, y que son siempre mas peligrosas que la afeccion primitiva, refutan sobradamente las teorías de la escuela. Esto debiera abrirla los ojos, probando que el mal tiene una naturaleza inmaterial profundamente oculta, que su orígen es dinámico, y que no puede ser destruido mas que por una potencia dinámica.

La hipótesis que generalmente ha preferido la escuela hasta en los tiempos mas modernos, y aun pudiera decirse que hasta el dia, es la de los principios morbíficos y de las acromonías, que á la verdad ella sutilizaba mucho. Era preciso desembarazar de estos principios á los vasos linfáticos y sanguíneos por los órganos urinarios y las glándulas salivales; al pecho por las glándulas traqueales y bronquiales; al estómago y al tubo intestinal por elvómito y las deyecciones albinas; sin lo cual no se creian con facultades para decir que el cuerpo habia sido limpiado de la causa material escitante de la enfermedad, y que se habia hecho una curacion radical conforme al principio *tolle causam.*

Practicando en la piel aberturas, que la presencia habitual de un cuerpo estraño convertia en úlceras crónicas (cauterios, sedales), imaginaba trasegar la materia pecante del cuerpo, que jamás se halla enfermo sino dinámicamente, como se hace salir la hez de un tonel dándole un barreno. Creia tambien atraer los malos humores al esterior por medio de vejigatorios sostenidos perpetuamente. Pero todos estos procederes absurdos y contrarios á la naturaleza no hacian mas que debilitar á los enfermos, y en fin hacerlos incurables.

Convengo que era mas cómodo para la debilidad humana suponer, en las enfermedades que habia que curar, un principio morbífico, cuya materialidad pudiese concebir el entendimiento, tanto mejor cuanto que los mismos enfermos se prestaban muy gustosos á semejante hipótesis. Efectivamente, admitiéndola no habia mas que ocuparse en hacer tomar suficiente cantidad de medicamentos para purificar la sangre y los humores, escitar el sudor, facilitar la espectoracion, y barrer el estómago y los intestinos.

Hé aquí por qué todas las materias médicas que han aparecido desde Dioscórides guardan un silencio casi completo acerca de la accion propia y especial de cada medicamento; y se limitan, despues de haber enumerado sus virtudes supuestas contra tal ó cual enfermedad nominal de la patología, á decir que promueve la secrecion de la orina, el sudor, la espectoracion ó el flujo menstrual, y sobretodo que tiene la propiedad de espeler por arriba ó por abajo los materiales contenidos en el tubo digestivo, porque en todos tiempos los esfuerzos de los prácticos han tenido por objeto principal la espulsion de un principio morbífico material y de muchas acrimonias que ellos pensaban que eran la causa de las enfermedades.

Todo esto eran vanos ensueños, suposiciones gratuitas, hipótesis destituidas de todo fundamento, hábilmente imaginadas para la comodidad de la terapéutica que se vanagloriaba de tener un objeto mas fácil de conseguir cuando se tratase de combatir por medio de ella los principios morbíficos materiales.

Mas la esencia de las enfermedades y su curacion no se acomodan á nuestros desvarios y á los deseos de nuestra pereza. Las enfermedades no pueden, por complacer á nuestras locas hipótesis, dejar de ser aberraciones dinámicas que nuestra vida espiritual esperimenta en su modo de sentir y de obrar, es decir, cambios inmateriales en nuestro modo de ser.

Las causas de nuestras enfermedades no pueden ser materiales, puesto que la menor sustancia material estraña (1), por inocente que nos parezca, que se introduzca en los vasos sanguíneos, es espelida inmediatamente como un veneno por la fuerza vital, ó sino puede serlo ocasiona la muerte.

Si se introduce el mas pequeño cuerpo estraño en

(1) La vida cesó de repente por la inyeccion de un poco de agua pura en una vena (*véase* Müller, en Birch, *History of royal society*, vol. IV). El aire atmosférico introducido en las venas, ha causado la muerte (*véase* J.-H. Voigt, *Magazin fuer den neuesten Zustand der Naturkunde*, t. III, p. 25). Los líquidos, aun los mas inocentes, introducidos en las venas, han puesto la vida en peligro (*véase* Autenrieth, *Physiologie*, II, § 784.)

nuestras partes sensibles, el principio de vida que está esparcido por todas partes en nuestro interior no descansa hasta que ha promovido la espulsion de este cuerpo por el dolor, la fiebre, la supuracion ó la gangrena. ¿Y en una enfermedad de la piel que cuente veinte años de existencia este principio vital, cuya actividad es infatigable, sufriria con paciencia durante veinte años en nuestros humores un principio exantemático material, un virus herpético, escrofuloso ó gotoso? ¿Qué nosologista ha visto jamás ninguno de estos principios morbíficos de que habla con tanta seguridad, y sobre los cuales pretende construir un plan de conducta médica? ¿Quién pondrá jamás á la vista de nadie un principio gotoso, un virus escrofuloso?

Aun cuando la aplicacion de una sustancia material a la piel, ó su introduccion en una herida, haya propagado las enfermedades por infeccion, ¿quién podria probar, como se afirma tan amenudo en nuestras patogénias, que la menor partícula material de esta sustancia penetre en nuestros humores ó se halle absorbida? (1) Por mas que se laven las partes genitales con el mayor cuidado y con toda la prontitud posible, esta precaucion no libra de las úlceras venéreas. Basta un débil soplo de un hombre atacado de viruelas para producir esta terrible enfermedad en un niño sano.

¿Qué cantidad debe penetrar así de este principio material en los humores para producir, en el primer caso, una enfermedad (la sífilis) que si no se la cura durará toda la vida y solo se estinguirá por la muerte, y en el segundo, una afeccion (las viruelas) que á menudo hace perecer con rapidez en medio de una supuracion casi general? (2) ¿Es

(1) A una niña de ocho años que habia sido mordida por un perro rabioso en Glasgow, un cirujano le cortó inmediatamente toda la parte en que habian obrado los dientes, lo que no impidió el que padeciese la rábia treinta y seis dias despues: de la que murió á los dos dias. (*Med. comment. of Edinb.*, *dec. II*, *vol II*, 1793.)

(2) Para explicar la produccion de la cantidad, muchas veces tan considerable, de materias fecales pútridas, y de icor ulceroso que se observa en las enfermedades, y poder presentar estas sustancias como la causa que promueve y sostiene el estado morboso, aunque no se haya visto penetrar en el cuerpo nada material en el momento de la infeccion, se ha imaginado otra

posible admitir en estas dos circunstancias y otras análogas un principio material que haya pasado á la sangre? Se ha visto muchas veces que cartas escritas en el cuarto de un enfermo han comunicado la misma enfermedad miasmática á el que las leia. ¿Se puede pensar entonces en alguna cosa material que penetre en los humores? ¿Pero á qué todas estas pruebas? ¿Cuántas veces no se ha visto á algunas espresiones injuriosas ocasionar una fiebre biliosa que ponia la vida en peligro, á una profecía indiscreta causar la muerte á la época predicha, y á una sorpresa agradable ó desagradable suspender súbitamente la vida? Dónde está entonces el principio morbífico material que se ha introducido en sustancia en el cuerpo, que ha producido la enfermedad que la sostiene, y sin cuya espulsion material por medio de medicamentos toda curacion radical seria imposible?

Los partidarios de una hipótesis tan grosera como la de los principios morbíficos deberian avergonzarse de desconocer hasta este punto la naturaleza espiritual de nuestra vida, y el poder dinámico de las causas que dan origen á las enfermedades, y de humillarse de este modo al innoble papel de gentes que en sus vanos esfuerzos para barrer las materias pecantes cuya existencia es una quime-

---

hipótesis, que consiste en admitir que ciertos principios contagiosos muy sutiles obran en el cuerpo como fermentos, conducen los humores al mismo grado de corrupcion que ellos, y los convierten de esta manera en un fermento semejante á ellos mismos, que sostiene y alimenta la enfermedad. Mas ¿por medio de qué tisanas depurativas se esperaba poder librar al cuerpo de un fermento que renacia sin cesar, y espelerle tan completamente de la masa de los humores, que no quedase de él la mas pequeña molécula, la cual, en la hipótesis admitida, hubiera debido corromper tambien estos humores, y reproducir, como anteriormente, nuevos principios morbíficos? Seria, pues, imposible curar jamás estas enfermedades á la manera de la escuela alopática! Bien se demuestra en este caso á qué inconsecuencias tan groseras conducen las hipótesis, aun las mas sutiles, cuando se fundan en un error. La sífilis, aun la mas constitucional, despues de haber combatido la psora que la complica con frecuencia, se cura bajo la influencia de una ó dos pequeñas dósis de la trigésima dilucion de mercurio metálico, y la alteracion sifilítica general de los humores, se encuentra destruida asi para siempre de una manera dinámica.

ra, matan á los enfermos en lugar de curarlos. Los esputos á menudo tan repugnantes, que se observan en las enfermedades, ¿serian pues precisamente la materia que los engendra y los sostiene? (1) ¿No son mas bien siempre productos de la enfermedad, es decir, de la desarmonía puramente dinámica que la vida ha sufrido?

Con estas ideas materiales tan falsas acerca del orígen y la esencia de las enfermedades, no es sorprendente que en todos tiempos asi los pequeños como los grandes prácticos, y aun los inventores de sistemas los mas sublimes, hayan tenido por objeto principal la espulsion y la eliminacion de una supuesta materia morbìfica, y que la indicacion mas frecuentemente establecida haya sido la de atenuar esta materia, hacerla movible, y procurar su salida por medio de la saliva, la espectoracion, el sudor y la orina; la de purificar la sangre por medio de la accion inteligente de las tisanas; la de desembarazarla asì de las acrimonias é impurezas que no existieron en ella jamás; la de trasegar el principio imaginario de la enfermedad por medio de sedales, de cauterios y de vejigatorios permanentes; pero principalmente la de hacer salir por el conducto intestinal la *materia pecante* á beneficio de los laxantes y de los purgantes agraciados con el tìtulo de aperitivos y disolventes, á fin de darles mas importancia y un esterior mas imponente.

Ahora bien; si admitimos, lo que no se puede dudar, que á escepcion de las enfermedades producidas por la introduccion de sustancias del todo indigestas ó nocivas en los órganos digestivos ú otras visceras huecas, por la penetracion de cuerpos estraños al través de la piel, etc., no existe ninguna que tenga por causa un principio material, sino que por el contrario todas son únicamente y siempre el resultado especial de una alteracion virtual y dinámica de la salud, ¿cuàn absurdos no deben parecer á todo hombre sensato los métodos de tratamiento cuya base es la espulsion (2) de este principio imaginario, puesto

(1) Si asi fuese bastaria sonarse bien los mocos para curarse infalible y rapidamente cualquier coriza, aun el mas inveterado.

(2) La espulsion de las lombrices tiene cierta apariencia de

que de ellos nada bueno puede resultar al hombre en sus principales enfermedades, las crónicas, y por el contrario perjudican siempre enormemente?

Las materias degeneradas y las impurezas que se hacen visibles en las enfermedades no son otra cosa (nadie dejará de convenir en esto) que productos de la enfermedad, de los que sabe librarse el organismo de un modo á veces demasiado violento sin el auxilio de la medicina evacuante, y que renacen por todo el tiempo que dura la enfermedad. Estas materias se presentan muchas veces al verdadero médico como síntomas morbosos, y le ayudan á trazar el cuadro de la enfermedad, del que se sirve despues para buscar un agente medicinal homeopático apropiado para curarla.

Pero los partidarios actuales de la antigua escuela no quieren que se mire como principal objeto de sus trata-

---

necesidad en las enfermedades llamadas verminosas. Se encuentran lombrices en algunos niños y escárides en la mayor parte de ellos. Mas estos parásitos dependen de una afeccion general (psora), unida á un género de vida insalubre. Mejórese el régimen y cúrese homeopáticamente la psora, lo que es mas fácil en esta edad que en ninguna otra época de la vida, y dejarán de ser incomodados por las lombrices los niños, mientras que se las ve reaparecer prontamente en gran número despues del uso de los purgantes solos ó asociados al semen-contra.

Pero, se dirá, no se debe seguramente perdonar ningun medio para arrojar del cuerpo la lombriz solitaria, ese monstruo criado para tormento del género humano.

Sí, se hace salir algunas veces el tenia. ¡Pero á costa de qué padecimientos consecutivos y de qué peligro para la vida! ¡No quisiera tener sobre mi conciencia la muerte de todos los que han debido sucumbir á la violencia de los purgantes dirigidos contra ese gusano, y los años de languidez que han sufrido los que escapaban de la muerte! ¡Y cuántas veces no sucede tambien que despues de haber repetido muchos años seguidos estas superpurgaciones destructoras de la salud y la vida, el animal no sale ó se reproduce! ¿Qué seria pues de este tratamiento si no hubiese la menor necesidad de procurar espelerle y matarle por medios violentos y crueles, que con tanta frecuencia comprometen la vida del enfermo? Las diversas especies de tenia solo se encuentran en sugetos psóricos, y desaparecen siempre luego que se ha curado de la psora. Hasta el momento de la curacion viven, sin incomodar mucho al sugeto, no inmediatamente en

mientos el espeler los principios morbíficos materiales. Dan á las diferentes y numerosas evacuaciones que emplean el nombre de método derivativo, y pretenden no hacer con esto mas que imitar á la naturaleza del organismo enfermo, que en sus esfuerzos para restablecer la salud resuelve la fiebre por el sudor y la orina; la pleuresía por la hemorragia nasal, los sudores y los esputos mucosos; otras enfermedades por el vómito, la diarrea y el flujo de sangre; los dolores articulares por ulceraciones en las piernas; la angina por salivacion, ó por metastasis y abscesos que produce en partes distantes del sitio del mal.

Con arreglo á esto, creen que nada mejor tienen que hacer que imitar á la naturaleza, y siguen un camino muy desviado del verdadero en el tratamiento de la mayor parte de las enfermedades. Imitando tambien á la fuerza vital enferma abandonada á sí misma, proceden de una manera indirecta (1) aplicando irritaciones heterogéneas mas

---

los intestinos, sino en el residuo de los alimentos, donde sumergidos como en su mundo propio permanecen tranquilos y encuentran lo que es necesario para su nutricion. Mientras continúan estas circunstancias, no tocan á las paredes de los intestinos, ni causan ningun daño á aquel en cuyo cuerpo se encuentran encerrados. Pero luego que una enfermedad aguda cualquiera se apodera del sugeto, el contenido de los intestinos se hace insoportable al animal, que da muchas vueltas, irrita las paredes sensibles del tubo alimenticio, y escita una especie de cólico espasmódico, que contribuye bastante á aumentar los padecimientos del enfermo. Del mismo modo el niño no se agita ni se mueve en la matriz, sino cuando la madre está enferma, y permanece tranquilo en medio del agua en que nada mientras que aquella está buena.

Es digno de notar que los síntomas observados en esta época en los sugetos que tienen una lombriz solitaria son de tal naturaleza, que la tintura de helecho macho, á una dósis la mas pequeña, proporciona rápidamente su estincion de un modo homeopático, porque hace cesar lo que en la enfermedad causaba la agitacion del parásito. Encontrándose en adelante el animal á su gusto, continúa viviendo tranquilamente en las materias intestinales, sin incomodar al enfermo de un modo sensible, hasta que el tratamiento antipsórico está bastante adelantado para que el verme no encuentre ya en el contenido del conducto intestinal las sustancias propias para servirle de alimento, y desaparece por sí mismo para siempre, sin que sea necesario el mas ligero purgante.

(1) En vez de estinguir el mal con prontitud, sin dilacion

fuertes sobre partes distantes del asiento de la enfermedad, promoviendo y sosteniendo tambien de ordinario evacuaciones por los órganos que mas difieren de los tejidos afectados, á fin de desviar en cierto modo el mal hácia este nuevo sitio.

Esta derivacion ha sido, y es todavia, uno de los principales métodos curativos de la escuela reinante hasta el dia.

Imitando así á la fuerza medicatriz de la naturaleza, segun la espresion empleada por otros, tratan de escitar violentamente, en las partes mas sanas y que mejor pueden soportar la enfermedad medicinal, nuevos síntomas, que, bajo la apariencia de crísis y la forma de evacuaciones, deben segun ellos derivar la enfermedad primitiva (1), á fin de que las fuerzas medicatrices de la naturaleza puedan efectuar poco á poco la resolucion (2).

Los medios de que se sirven para conseguir este objeto son el uso de sustancias que promueven el sudor y la orina, las emisiones sanguìneas, los sedales y cauterios, y de preferencia los irritantes del tubo digestivo propios á determinar evacuaciones ya por arriba, ya principalmen-

---

y sin agotar las fuerzas, como lo hace la Homeopatía, con el auxilio de potencias medicinales dinámicas dirigidas contra los puntos enfermos del organismo.

(1) Como si las cosas inmateriales pudiesen derivarse! Así es siempre para ellos una materia morbífica, por sutil que se la suponga.

(2) Las enfermedades medianamente agudas son las únicas que acostumbran á terminarse de una manera tranquila cuando han llegado al término de su curso natural, ora se empleen remedios alopáticos que no tengan demasiada energía, ora no se use ningun medio semejante: la fuerza vital, reanimándose, sustituye entonces poco á poco el estado normal al estado anormal, que se ha debilitado gradualmente. Mas en las enfermedades muy agudas y en las crónicas, que forman la inmensa mayoría de aquellas á que está sujeto el hombre, falta este recurso tanto á la grosera naturaleza como á la antigua escuela; en estas, los esfuerzos espontáneos de la fuerza vital y los procederes imitadores de la Alopatia son impotentes para producir la resolucion; y á lo sumo puede resultar de ellos una tregua de corta duracion, durante la cual el enemigo reune sus fuerzas para reaparecer tarde ó temprano mas terrible que nunca.

te por abajo, y estos últimos han recibido tambien los nombres de aperitivos y de disolventes (1).

En auxilio de este método derivativo se recurre á otro que tiene mucha afinidad con él, y que consiste en emplear irritantes antagonistas: como los tejidos de lana sobre la piél, los baños de pies, los nauseabundos, los tormentos del hambre impuestos al estómago y al conducto intestinal, los medios que escitan el dolor, la inflamacion y la supuracion en partes próximas ó distantes del mal; como los sinapismos, los vejigatorios, el torvisco, los sedales, los cauterios, la pomada de Autenrieth, el moxa, el hierro hecho ascua, la acupuntura, etc. En todo esto se sigue tambien la marcha de la grosera naturaleza, que entregada á sí misma trata de desembarazarse de la enfermedad dinámica, por dolores que produce en partes distantes del cuerpo, por metastasis y abscesos, por erupciones cutáneas ó úlceras supurantes, y cuyos esfuerzos para esto son enteramente inútiles cuando se trata de una afeccion crónica.

No es pues un cálculo razonado, sino solamente una indolente imitacion lo que ha puesto á la antigua escuela en la senda de estos métodos indirectos, tanto derivativo como antagonista, lo que la ha conducido á procedimientos tan poco eficaces, tan debilitantes y tan nocivos, para aparentar que alivia y libra de las enfermedades durante algun tiempo, pero sustituyendo al antiguo un mal mas peligroso. ¿Y semejante resultado puede llamarse curacion?

Se han limitado á seguir la marcha instintiva de la naturaleza en los esfuerzos que esta intenta, y que solo son coronados de un mediano éxito (2) en las enfermedades

(1) Esta espresion anuncia tambien que se suponia una materia morbífica que disolver y espeler.

(2) La medicina ordinaria consideraba los medios que emplea la naturaleza del organismo para aliviarse, en los enfermos que no hacen uso de medicamento alguno, como modelos perfectos dignos de imitarse. Mas se engañaba mucho. Los esfuerzos miserables y sumamente incompletos que hace la fuerza vital para auxiliarse á sí misma en las enfermedades agudas, son un espectáculo que debe escitar al hombre á no contentarse con una estéril compasion, y á desplegar todos los recursos de su inteligencia, á fin de poner término, con una

agudas poco intensas. No se ha hecho mas que imitar á la potencia vital conservadora abandonada á sí misma, que, fundándose únicamente en las leyes orgánicas del cuerpo, no obra mas que en virtud de estas leyes, sin pensar, ni reflexionar sus actos. Se ha copiado á la grosera naturaleza, que no puede, como un cirujano inteligente, aproximar los lábios apartados de una herida, y reunirlos por primera intencion; que en una fractura es impotente, por mas materia ósea que derrame, para enderezar y poner los dos estremos del hueso en frente el uno del otro; que no sabiendo ligar una arteria herida deja á un hombre lleno de vida y de fuerza sucumbir por la pérdida de sangre; que ignora el arte de volver á su situacion normal la cabeza de

---

curacion real, á los tormentos que se impone á sí misma la naturaleza. Si la fuerza vital no puede curar homeopáticamente una enfermedad ya existente en el organismo, produciendo otra enfermedad nueva y semejante á esta (§. 43-46), lo que en efecto rara vez está á su disposicion (§ 50), y si el organismo, privado de todos los auxilios esteriores, tiene que triunfar por sí solo de una enfermedad que acaba de presentarse (su resistencia es del todo impotente en las afecciones crónicas), no vemos mas que esfuerzos dolorosos, y con frecuencia peligrosos, para salvarse á toda costa, esfuerzos que no es raro tengan por resultado la muerte.

No sabiendo lo que pasa dentro de la economía en un hombre sano, no podemos tampoco ver lo que sucede cuando la vida se encuentra desordenada. Las operaciones que se verifican en las enfermedades solo se anuncian por los cambios perceptibles, por los síntomas, único medio por el que nuestro organismo puede espresar las alteraciones sobrevenidas en su interior; de suerte que en cada caso dado no sabemos siquiera cuáles son, entre los síntomas, los que se deben á la accion primitiva de la enfermedad, y los originados por las reacciones á beneficio de las que la fuerza vital trata de librarse del peligro. Los unos y los otros se confunden entre sí á nuestra vista, y no nos presentan mas que la imágen reflejada al esterior del conjunto del mal interior; puesto que los esfuerzos infructuosos con que la vida abandonada á sí misma trata de hacer cesar la enfermedad, son tambien padecimientos del organismo entero. Hé aquí por qué las evacuaciones que la naturaleza escita al fin de las enfermedades cuya invasion ha sido repentina, y que se llaman crísis, causan muchas veces mas mal que bien. Lo que la fuerza vital hace en estas pretensas crísis y el modo como las realiza, son para nosotros misterios, del mismo modo que todos los actos in-

un hueso que ha sufrido una luxacion, y hace tambien imposible su reduccion en muy poco tiempo con los auxilios de la cirujia por el infarto que produce en los al rededores; que para librarse de un cuerpo estraño violentamente introducido en la córnea transparente, destruye el ojo entero por la supuracion; que en una hernia estrangulada no sabe destruir el obstáculo mas que por la gangrena y la muerte; y en fin, que en las enfermedades dinámicas hace muchas veces, por el cambio de forma que les imprime, la posicion del enfermo mucho mas peligrosa que lo era antes. Hay mas todavía: esa fuerza vital no inteligente admite sin perplejidad en el cuerpo las mas grandes plagas de nuestra existencia terrestre, las fuentes de las innumerables enfermedades que afligen á la especie

---

teriores que se efectuan en la economía orgánica de la vida. Lo que es cierto no obstante es, que en el curso de estos esfuerzos hay mas ó menos partes que padecen y se encuentran sacrificadas por salvar lo restante. Estas operaciones de la fuerza vital que tienen por objeto únicamente el combatir una enfermedad aguda con arreglo á las leyes de la constitucion orgánica del cuerpo, y no con sujecion á las inspiraciones de un pensamiento bien reflexionado, no son la mayor parte de las veces mas que una especie de alopatia. A fin de librar por una crísis los órganos primitivamente afectos aumenta la actividad de los órganos secretorios, hácia los cuales deriva así la afeccion de los primeros; sobrevienen vómitos, diarrea, abundante secrecion de orina, sudores, abscesos, etc.; y la fuerza nerviosa, atacada dinámicamente, trata de descargarse en cierto modo por medio de productos materiales.

La naturaleza del hombre abandonada á sí misma no puede librarse de las enfermedades agudas mas que por la destruccion y el sacrificio de una parte del organismo mismo, y sino se sigue á esto la muerte, la armonía de la vida y de la salud no puede restablecerse sino de una manera lenta é incompleta.

La grande debilidad á que los órganos que han estado espuestos á los ataques del mal y aun el cuerpo entero quedan sujetos despues de esta curacion espontánea, el enflaquecimiento, etc., prueban demasiado la exactitud de la proposicion que se acaba de sentar.

En una palabra, toda la marcha de las operaciones por las que el organismo trata de librarse por sí solo de las enfermedades de que es atacado, solo hace ver al observador un tejido de padecimientos, y nada le muestra que pueda ó que deba imitar, si quiere ejercer realmente el arte de curar.

humana hace muchos siglos, es decir, los miasmas crónicos, la psora, la sífilis y la sicósis. Muy lejos de poderse librar el organismo de estos miasmas, ni aun tienen el poder de suavizarlos; por el contrario, les deja ejercer tranquilamente sus estragos hasta que la muerte viene á cerrar los ojos del enfermo, las mas veces despues de largos y tristes años de sufrimientos.

¿Cómo la antigua escuela que se llama á sí misma racional, ha podido, en una cosa tan importante como la curacion, en una obra que exige tantas meditaciones y tanto juicio, tomar á esta ciega fuerza vital por sustituidora, por su única guia, imitar sin reflexion los actos indirectos y revolucionarios que desempeña en las enfermedades, seguirla en fin como el mejor y el mas perfecto de los modelos, mientras que la razon, ese don magnífico de la divinidad, nos ha sido concedido para poderla esceder infinitamente en los socorros que hay que dar á nuestros semejantes?

Cuando la medicina dominante, aplicando asi, como acostumbra à hacerlo, sus métodos antagonista y derivativo, que se fundan solamente en una imitacion no reflexionada de la energía grosera, automática y sin inteligencia, que ve desplegar á la naturaleza, ataca órganos inocentes, y los aflige con dolores mas agudos que los de la enfermedad contra la que se dirigen; ó lo que sucede en el mayor número de casos, les obliga á evacuaciones que disipan inútilmente las fuerzas y los humores; su objeto es desviar hácia la parte que irrita la actividad morbosa, que la vida desplegaba en los órganos primitivamente afectados, y desarraigar asi violentamente la enfermedad natural, produciendo una enfermedad mas fuerte de otra especie, en un punto que hasta entonces habia estado libre; es decir, sirviéndose de medios indirectos y no apropiados, que agotan las fuerzas, y la mayor parte de las veces producen dolor (1).

(1) La esperiencia diaria prueba cuán pocos resultados proporciona esta maniobra en las enfermedades crónicas. Solo en el menor número de casos puede conseguirse la curacion. Mas ¿se atreveria uno á alabarse de haber conseguido una victoria, si en lugar de atacar al enemigo cara á cara y con armas igua-

Es cierto que con estos falsos ataques, la enfermedad, cuando es aguda, y por consiguiente su curso no podia ser de larga duracion, se traslada á partes distantes y no semejantes á las que ocupaba al principio; pero por eso no está curada. Nada hay en ese tratamiento revolucionario, que se refiera de una manera directa é inmediata à los órganos primitivamente enfermos, y que merezca el título de curacion. Si se hubiera abstenido de estos peligrosos ataques hechos à la vida de lo restante del organismo, se hubiera visto con frecuencia que la enfermedad aguda desaparecia por sí sola de una manera mas ràpida, dejando tras sí menos sufrimientos, y causando una consuncion de fuerzas mucho menor. Por otra parte, ni el proceder seguido por la grosera naturaleza, ni su copia alopática, se pueden poner en paralelo con el tratamiento homeopático directo y dinámico, que, conservando las fuerzas, estingue la enfermedad de una manera inmediata y rápida.

Mas en la inmensa mayorìa de las enfermedades crónicas, estos tratamientos perturbadores, debilitantes é indirectos de la antigua escuela, no producen casi jamás ningun bien. Su efecto se limita á suspender por un corto número de dias tal ó tal sìntoma incómodo, que vuelve tan luego como la naturaleza se ha acostumbrado á la irritacion distante; renace la enfermedad mas peligrosa, porque los dolores antagonistas (1) y las evacuaciones im-

---

les, y terminar la contienda por su muerte, se limitase á incendiar el pais detrás de él, á cortarle toda retirada, y á destruirlo todo en deredor suyo? Se consigue sí, con tales medios, quebrantar el valor del adversario; pero con esto no se logra el objeto principal; el enemigo no está anonadado, existe allí todavía, y cuando haya podido abastecer sus almacenes, levantará de nuevo la cabeza, mas feroz que antes. Mientras tanto el pobre pais que está enteramente inocente de aquella querella, queda tan arruinado que no podrá reponerse en mucho tiempo. He aquí lo que sucede á la alopatía en las enfermedades crónicas, cuando sin curar la enfermedad arruina y destruye el organismo por medio de ataques indirectos contra órganos inocentes, distantes del asiento de esta última. Hé aquí los resultados de que no tiene motivos de alabarse.

(1) ¿Qué resultado favorable han tenido jamás esos cauterios empleados con tanta frecuencia, que estienden á lo lejos su

prudentes han debilitado la energìa de la fuerza vital.

Mientras que la mayor parte de los alópatas, imitando de un modo general los saludables esfuerzos de la grosera naturaleza entregada á sus propios recursos, introducian asi en la práctica esas derivaciones, que ellos llaman útiles, y que cada una variaba segun las indicaciones sugeridas por sus propias ideas, otros dirigiéndose á un fin mucho mas elevado, favorecian con todo su poder la tendencia que manifiesta la fuerza vital á desembarazarse de las enfermedades por medio de evacuaciones y de metástasis antagonistas, trataban en cierto modo de sostenerla, activando estas derivaciones y estas evacuaciones, y creian poderse abrogar por esta conducta el tìtulo de ministros de la naturaleza.

Como sucede con bastante frecuencia en las enfermedades crónicas, que las evacuaciones promovidas por la naturaleza proporcionan algun alivio, aunque peqeño, en los casos de dolores agudos, de paralisis, de espasmos, etc., la antigua escuela se figuró que el verdadero medio de curar las enfermedades era favorecer, sostener y aun aumentar estas evacuaciones.

Pero no vió que todas las pretendidas crisis producidas por la naturaleza abandonada á sì misma, no proporcionan mas que un alivio paliativo y poco duradero, y que lejos de contribuir á la verdadera curacion, agravan por el contrario el mal interior primitivo, por la consuncion que producen de las fuerzas y de los humores. Jamás se ha visto á semejantes esfuerzos de una naturaleza grosera, proporcionar el restablecimiento duradero de un enfermo; jamás estas evacuaciones escitadas por el organismo (1) han curado una enfermedad crónica. Por

---

olor fétido? Si en los primeros quince dias, mientras no causan todavía muchos dolores, parece que por antagonismo disminuyen ligeramente una enfermedad crónica, mas tarde, cuando el cuerpo se ha habituado al dolor, no tienen mas efecto que debilitar al enfermo, y abrir así un campo mas vasto á la afeccion crónica. ¿Se encontrarian pues todavía en el siglo XIX, médicos que considerasen estos exutorios como albañales por donde sale la materia pecante? Casi se vé uno inclinado á creerlo.

(1) Tampoco lo han hecho nunca las evacuaciones producidas por el arte.

el contrario, en todos los casos de este género se vé á la afeccion primitiva despues de un corto alivio, cuya duracion va siempre disminuyendo, agravarse manifiestamente, y los accesos hacerse mas frecuentes y mas fuertes, aunque no cesen las evacuaciones. Del mismo modo, cuando la naturaleza, abandonada á sus propios medios en las afecciones crónicas internas que comprometen la vida, no sabe socorrerse mas que promoviendo la aparicion de síntomas locales esternos, con el objeto de desviar el peligro de los órganos indispensables á la existencia, transportándole por metástasis á aquellos que no lo son; estos efectos de una fuerza vital enérgica, pero sin inteligencia, sin reflexion y sin prevision, conducen á todo, menos á una mejoría real, á la curacion; no son mas que paliaciones, cortas suspensiones impuestas á la enfermedad interna á espensas de una gran parte de los humores y de las fuerzas, sin que la afeccion primitiva haya perdido nada de su gravedad. Pueden á lo mas, sin el concurso de un verdadero tratamiento homeopático, retardar la muerte, que es inevitable.

La alopatía de la antigua escuela, no contenta con exagerar mucho los esfuerzos de la grosera naturaleza, les daba una falsísima interpretacion. Imaginándose sin fundamento que son verdaderamente saludables, trataba de favorecerles, y de darles un desarrollo mayor, con la esperanza de llegar así á destruir el mal completamente, y conseguir una curacion radical. Cuando en una enfermedad crónica la fuerza vital parecia que mejoraba tal ó tal síntoma incómodo del estado interior, por ejemplo, por medio de un exantema humedo, entonces el que ella llama ministro de la naturaleza aplicaba un epipástico ú otro cualquiera exutorio sobre la superficie supurante que se habia establecido, para sacar de la piel una cantidad de humor mucho mas grande todavía, y ayudar así á la naturaleza á curar, alejando del cuerpo el principio morbífico. Mas, ya sucedia que cuando la accion de este medio era demasiado violenta, el herpe muy antiguo, y el sugeto muy irritable, la afeccion esterna aumentaba mucho sin ventajas para el mal primitivo, y los dolores haciéndose mas vivos quitaban el sueño al enfermo, disminuian sus fuerzas, y con frecuencia determinaban tambien la apari-

cion de una erisipela febril del mal carácter; ya que cuando el remedio obraba con mas suavidad sobre la afeccion local, acaso reciente todavìa, ejercia una especie de homeopatismo esterno sobre el síntoma local que la naturaleza habia producido en la piel para aliviar la afeccion interna, renovaba así esta ùltima, á la que acompañaba un peligro mucho mayor, y esponia á la fuerza vital, por esta supresion del síntoma local, á producir otro mas peligroso en alguna parte mas noble. Sobrevenia en reemplazo una oftalmìa temible, la sordera, espasmos del estómago, convulsiones epilépticas, accesos de sofocacion, ataques de apoplejìa, enfermedades mentales, etc. (1).

La misma pretension de ayudar á la energìa vital en sus esfuerzos curativos, conducia al ministro de la naturaleza, cuando la enfermedad hacia afluir la sangre à las venas del intestino recto ó del ano (hemorroides ciegas), á recurrir á las aplicaciones de sanguijuelas, muchas veces en gran número, para abrir una salida à la sangre por este punto. La emision sanguìnea ocasionaba un corto alivio, algunas veces demasiado ligero para merecer que se hablase de él; pero debilitaba el cuerpo, y daba lugar á una congestion mas fuerte todavìa en la estremidad del conducto intestinal, sin producir la mas pequeña disminucion del mal primitivo.

En casi todos los casos en que la fuerza vital enferma trataba de evacuar un poco de sangre por el vómito, la espectoracion, etc., con el objeto de disminuir la gravedad de una afeccion interna peligrosa, se apresuraba á favorecer con energía estos pretendidos esfuerzos saludables de la naturaleza, y sacaba sangre en abundancia de las venas; lo que jamás estaba exento de inconvenientes para lo sucesivo, y debilitaba manifiestamente al cuerpo.

Cuando un enfermo padecia frecuentes náuseas, bajo el pretesto de entrar en las miras de la naturaleza, se le propinaban vomitivos que jamàs hacian bien, y mu-

(1) Estas son las consecuencias naturales de la supresion de los síntomas locales de que se trata, consecuencias que el médico alópata mira las mas de las veces como enfermedades del todo diferentes y nuevas.

chas veces acarreaban peligrosas consecuencias, accidentes graves y aun la muerte.

Algunas veces la fuerza vital, para disminuir un poco el mal interior, producia infartos frios en las glándulas esteriores. El ministro de la naturaleza cree servir bien á su divinidad, trayendo estos tumores à supuracion por medio de fricciones de todas especies y de aplicaciones estimulantes, para introducir despues el instrumento cortante en el absceso llegado á madurez, y hacer salir al esterior la materia pecante. Mas la esperiencia ha enseñado mil y mil veces cuáles son los males interminables que casi sin escepcion resultan de esta pràctica.

Como el alópata ha visto muchas veces grandes padecimientos que se aliviaban un poco, en las enfermedades crónicas, por sudores nocturnos sobrevenidos espontàneamente, ó por ciertas deyecciones naturales de materias líquidas, se cree llamado á seguir estas indicaciones de la naturaleza; piensa tambien que debe ayudar el trabajo que se hace à su vista, prescribiendo un tratamiento sudorìfico completo, ò el uso continuado muchos años de lo que él llama laxantes suaves, á fin de librar con mas seguridad al enfermo de la afeccion que le atormenta. Pero esta conducta de su parte no tiene jamás sino un resultado contrario, es decir, que agrava siempre la enfermedad primitiva.

Cediendo al imperio de esta opinion, que ha abrazado sin exámen, à pesar de su falta absoluta de fundamento, el alópata continúa en ayudar (1) los esfuerzos de

(1) Sin embargo, no es raro que la antigua escuela se permita una marcha inversa, es decir, que cuando los esfuerzos de la energía vital que tienden á aliviar el mal interno por medio de evacuaciones ó por la produccion de síntomas locales al esterior, perjudican evidentemente al enfermo, despliegue contra ellos todo el aparato de sus repercusivos: que combata así los dolores crónicos, el insomnio y las diarreas antiguas con el opio á grandes dosis, el vómito con pociones efervescentes, los sudores fétidos de los pies con pediluvios frios y fomentos astringentes, los exantemas con preparaciones de plomo y zinc, las hemorragias uterinas con inyecciones de vinagre, los sudores colicuativos con el suero aluminoso, las poluciones nocturnas con una gran cantidad de alcanfor, los accesos de calor en el cuerpo y en la cara, con el nitro, los ácidos

la fuerza vital enferma, en exagerar tambien las derivaciones y evacuaciones, que no conducen jamás al objeto, sino mas bien à la ruina de los enfermos, sin ver que todas las afecciones locales, evacuaciones y aparentes derivaciones, que son efectos escitados y sostenidos por la fuerza vital abandonada à sus propios recursos á fin de aliviar un poco la enfermedad primitiva, forman ellas mismas parte del conjunto de los síntomas de la enfermedad contra cuya totalidad no hubiera habido remedio mas verdadero y pronto que un medicamento elegido con arreglo á la analogìa de los fenómenos determinados por su accion sobre el hombre sano; ó en otros términos, un remedio homeopático.

Como todo cuanto hace la grosera naturaleza para aliviarse en las enfermedades ya agudas, ya sobre todo las crónicas, es muy imperfecto y aun constituye una enfermedad, es muy natural creer que, trabajando los esfuerzos del arte en el mismo sentido de esta imperfeccion, para aumentar sus resultados, perjudican todavìa mas; y que al menos en las enfermedades agudas no pueden corregir lo que tienen de defectuoso las tentativas de la naturaleza, puesto que no encontrándose el médico en estado de seguir las vias ocultas por las que la fuerza vital efectua sus crisis, no podria obrar mas que al esterior con medios enérgicos, cuyos efectos son menos benéficos que los de la naturaleza entregada á sì misma, pero en cambio mas perturbadores y mas funestos. Porque este alivio incompleto que la naturaleza llega á conseguir por medio de derivaciones y de crisis, no puede él alcanzarlo siguiendo el mismo camino; se queda todavía, por mucho que haga, muy inferior à este miserable socorro, que al menos puede pro-

---

vegetales y el ácido sulfúrico, las epistasis con el taponamiento de las narices con torundas de hilas empapadas en alcohol ó en líquidos astringentes, las úlceras de las piernas con los óxidos de zinc, plomo, etc. Pero millares de hechos atestiguan cuán tristes son los resultados de esta práctica. El prosélito de la antigua escuela se alaba de viva voz y por escrito de que ejerce una medicina racional, y de que busca la causa de las enfermedades para curar siempre radicalmente: pues hé aquí que no combate mas que un síntoma aislado, y siempre con gran detrimento del enfermo.

porcionar la fuerza vital abandonada á sus propias fuerzas.

Se ha tratado, sacrificando la membrana pituitaria, de producir hemorrágias nasales imitando las epístasis naturales, para aliviar, por ejemplo, los accesos de una cefalalgia crónica. Sin duda se podria así sacar bastante sangre de las narices para debilitar al enfermo; pero el alivio era mucho menor del que se habia conseguido en otra ocasion en que, por su propio impulso, la fuerza vital instintiva habia hecho correr solamente algunas gotas de sangre.

Uno de esos sudores ó diarreas llamadas críticas, que la fuerza vital, activa incesantemente, escita á consecuencia de una incomodidad súbita producida por un disgusto, el terror, un enfriamiento, un cansancio, tiene mucha mas eficacia para disipar, momentaneamente al menos, los agudos padecimientos del enfermo, que todos los sudoríficos ó purgantes de una oficina, que solo consiguen empeorarle. La esperiencia diaria no permite dudar de esto.

Con todo eso, la fuerza vital, que no puede obrar por sí misma mas que de una manera conforme á la disposicion orgánica de nuestro cuerpo, sin inteligencia, sin reflexion, sin juicio, no nos ha sido dada para que la miremos como la mejor guia que hay que seguir en la curacion de las enfermedades, ni mucho menos para que imitemos servilmente los esfuerzos incompletos y morbosos que hace para restablecer la salud, añadiendo á ellos actos mas contrarios que los suyos al objeto que se propone alcanzar, para que nosotros nos ahorremos el trabajo de inteligencia y de reflexion necesario para el descubrimiento del verdadero arte de curar: en fin para que en el lugar del mas noble de todos los artes humanos pongamos una mala copia de los socorros poco eficaces que la grosera naturaleza puede dar, cuando se la abandona á sus propios recursos.

¿Qué hombre de sano juicio querria imitarla en sus esfuerzos conservadores? Estos esfuerzos son precisamente la enfermedad misma, y la fuerza vital afectada morbosamente, es la que crea la enfermedad que se ve. El arte pues debe por necesidad aumentar el mal cuando la imita en sus procederes, ó suscitar mayores riesgos cuando suprime sus esfuerzos. Pues la alopatía hace lo uno y lo otro. ¡Y es esto lo que ella llama una medicina racional!

¡No! esta fuerza innata en el hombre, que dirige la vida de la manera mas perfecta durante la salud, cuya presencia se hace sentir con igualdad en todas las partes del organismo, en la fibra sensible como en la fibra irritable, y que es el resorte infatigable de todas las funciones normales del cuerpo, no ha sido criada para socorrerse á sí misma en las enfermedades, para ejercer una medicina digna de imitacion. ¡No! la verdadera medicina, obra de la reflexion y del juicio, es una creacion del ingenio humano; que, cuando la automática energía de la fuerza vital ha sido arrastrada por la enfermedad á acciones anormales, sabe imprimirla por medio de un remedio homeopático, una modificacion morbosa análoga, pero un poco mas fuerte de manera que la enfermedad natural no pueda ya influir sobre ella, y que despues de la desaparicion, que no se hace aguardar mucho tiempo, de la nueva enfermedad producida por el medicamento, vuelva á las condiciones del estado normal, á su destino de presidir al sosten de la salud, sin haber sufrido, durante esta conversion, ningun ataque doloroso ó capaz de debilitarla. La medicina homeopática enseña los medios de llegar á este resultado.

Un gran número de enfermos tratados segun los métodos de la antigua escuela que acabamos de examinar, se libraban de sus enfermedades, no en los casos crónicos (no venereos), sino en los casos agudos que presentan menos peligro. Sin embargo solo conseguia esto por medio de rodeos tan penosos, y de una manera tan imperfecta, que no podia decirse que fuesen deudores de sus curaciones á la influencia de un arte agradable en sus procederes. En las circunstancias en que el peligro no era nada inminente, unas veces se contentaban con reprimir las enfermedades agudas por medio de emisiones sanguíneas, ó por la supresion de uno de sus principales síntomas á beneficio de un paliativo enantiopático; otras veces se las suspendia por medio de irritantes y revulsivos aplicados sobre sitios distantes del órgano enfermo, hasta que se hubiese terminado el curso de su revolucion natural, es decir, que se les oponian medios indirectos que causaban una pérdida de fuerzas y de humores. Obrando de este modo, la mayor parte de lo que habia que hacer para destruir enteramente la enfermedad, y reparar las pérdidas espe-

rimentadas por el sugeto, quedaba á cargo de la fuerza conservadora de la vida. Esta, pues, tenia que triunfar del mal agudo natural y de las consecuencias de un tratamiento mal dirigido. Ella era la que, en ciertos casos designados solo por la casualidad, tenia que desplegar su propia energìa para volver las funciones á su ritmo normal, lo que no hacia muchas veces sino con trabajo, de una manera incompleta, y no sin accidentes de naturaleza diversa.

Es dudoso que esta marcha, seguida por la medicina actual en las enfermedades agudas, abrevie ó facilite realmente un poco el trabajo à que debe entregarse la naturaleza para proporcionar la curacion, pues que ni la alopatía ni la naturaleza pueden obrar de un modo directo, porque los métodos derivativo y antagonista de la medicina solo son à propósito para producir un ataque mas profundo en el organismo, y ocasionar una pérdida mayor de fuerzas.

La antigua escuela posee tambien otro método curativo, que se llama escitante y fortificante (1), y que obra con el auxilio de sustancias llamadas escitantes, nervinas, tónicas, confortantes y fortalecientes. No puede uno menos de sorprenderse al ver que se atreve á ostentar semejante método.

¿Ha conseguido jamás disipar la debilidad que produce y sostiene ó aumenta con tanta frecuencia una enfermedad crónica, prescribiendo como lo ha hecho tantas veces, el vino del Rhin ó el de Tokay? Como este método no podia curar la enfermedad crónica, origen de la debilidad, las fuerzas del enfermo disminuian tanto mas, cuanto mas vino se le hacia tomar, porque á las escitaciones artificiales, opone la fuerza vital un descaecimiento durante la reaccion.

¿Se ha visto jamàs à la quina, ó à las diversas sustancias que se conocen con el nombre colectivo de amargos, volver á dar las fuerzas en estos casos, que son tan frecuentes? Estos productos vegetales, que se suponia que

(1) Este es propiamente hablando enantiopático, y volveré todavía á ocuparme de él en el texto del órganon. (§. 59).

eran tónicos y fortificantes en todas circunstancias, ¿no tenian, como las preparaciones marciales, la prerogativa de añadir frecuentemente nuevos males à los antiguos en consecuencia de su accion morbífica propia, sin poder hacer cesar la debilidad dependiente de una enfermedad antigua desconocida?

Los ungüentos nervinos, ó los demás tópicos espirituosos y balsámicos, ¿han disminuido jamás de un modo verdadero, ni aun solamente momentáneo, la parálisis incipiente de un brazo ó de una pierna que proceda, como sucede tan amenudo, de una enfermedad crónica, sin que esta misma haya sido curada? Las conmociones eléctricas y galvánicas, ¿han tenido jamàs otro resultado, en semejantes circunstancias, que el de hacer poco à poco mas intensa y finalmente total la parálisis de la irritabilidad muscular y de la escitabilidad nerviosa (1)?

Los escitantes y afrodisìacos tan decantados, el ámbar gris, la tintura de cantáridas, las criadillas de tierra, las cardamomos, la canela y la vainilla, ¿no concluyen constantemente por convertir en una impotencia total la debilidad gradual de las facultades viriles, cuya causa es en todos los casos un miasma crónico desapercibido?

¿Còmo se puede decantar una adquisicion de fuerza y de escitacion que dura algunas horas, cuando el resultado que á esto se sigue acarrea el estado contrario, que dura para siempre, con arreglo á las leyes de la naturaleza de todos los paliativos?

El poco bien que los escitantes y fortificantes proporcionan à las personas tratadas de enfermedades agudas segun el antiguo método, es mil y mil veces superado por los inconvenientes que resultan de su uso en las enfermedades crónicas.

---

(1) Un boticario tenia una pila de volta, cuyas descargas moderadas mejoraban por algunas horas el estado de las personas atacadas de dureza de oido. Bien pronto estos sacudimientos no producian efecto, y se veia obligado, para obtener el mismo resultado, á hacerlos mas fuertes, hasta que á su vez llegaban estos á ser tambien ineficaces; despues de lo cual los mas violentos, tenian todavía al principio la facultad de devolver el oido por algunas horas á los enfermos, pero concluian por dejarlos sujetos á una sordera absoluta.

Cuando la antigua medicina no sabe qué hacer para atacar una enfermedad crónica, usa á ciegas medicamentos que designa con el nombre de alterantes. Echa mano de los mercuriales, los calomelanos, el sublimado corrosivo, el ungüento mercurial, terribles medios que estima sobre todos los demàs hasta en las enfermedades no venéreas, y que dispensa con tanta prodigalidad, y hace obrar durante tanto tiempo sobre el cuerpo enfermo, que la salud acaba por ser arruinada completamente. Ella produce sí grandes cambios; pero estos cambios jamás son favorables, y la salud se encuentra constantemente destruida sin recurso por un metal que es pernicioso en alto grado, siempre que no se sabe usarlo con oportunidad.

Cuando en todas las fiebres intermitentes epidémicas, estendidas con frecuencia en vastas comarcas, prescribe à altas dosis la quina, que solo cura homeopàticamente la verdadera fiebre intermitente de los pantanos, aun admitiendo que la psora no se oponga à ello, da una prueba palpable de su conducta ligera é inconsiderada, pues que estas fiebres afectan un carácter diferente cada vez, por decirlo asì, que se presentan, y por consiguiente reclaman tambien casi cada vez otro remedio homeopático, del cual una pequeñísima dósis, única ó repetida, basta entonces para curarlas radicalmente en algunos dias. Como estas enfermedades vuelven por accesos periódicos; como la antigua escuela no considera mas que el tipo en todas las fiebres intermitentes; finalmente, como no conoce ni quiere conocer otros febrífugos mas que la quina, se persuade que para curar estas fiebres la basta estinguir el tipo con dosis acumuladas de quina ò de quinina, lo que el instinto inconsiderado, pero bien inspirado en este caso, de la fuerza vital, trata de impedir con frecuencia durante muchos meses. Mas el enfermo, engañado por este tratamiento falaz, jamás deja, despues que se ha suprimido el tipo de su fiebre, de esperimentar padecimientos mas vivos que los causados por la fiebre misma. Se pone pálido y asmático; sus hipocondrios parece que estan comprimidos por una ligadura; pierde el apetito; su sueño jamás es tranquilo; no tiene ni fuerza, ni ànimo; la hinchazon se apodera frecuentemente de sus piernas, de su vientre y aun de su cara y de sus manos. Sale así del hospital, cu-

rado, segun pretenden, y con muchìsima frecuencia son necesarios despues años enteros de un tratamiento homeopático penoso, no para volverle la salud, sino para librarle de la muerte.

La antigua escuela se jacta de que con el auxilio de la valeriana, que en semejante caso obra como medio antipático, consigue disipar por algunas horas el profundo estupor de que van acompañadas las fiebres nerviosas. Pero como el resultado que obtiene no es de duracion; como se ve precisada á aumentar incesantemente la dosis de valeriana para reanimar al enfermo algunos instantes, no tarda en ver que las mas altas dosis no producen ya el resultado que espera, mientras que la reaccion determinada por una sustancia, cuya impresion estimulante no es mas que un simple efecto primitivo, paraliza enteramente la fuerza vital, y entrega al enfermo á una muerte próxima, que este pretenso tratamiento racional hace inevitable. Sin embargo, la escuela no conoce que mata con seguridad en semejante caso, y solo atribuye la muerte á la malignidad del mal.

Un paliativo quizá mas temible todavía es la digital purpúrea, con la cual la escuela reinante se muestra tan ufana, cuando quiere hacer lento el pulso en las enfermedades crónicas. La primera dósis de este medio poderoso, que obra aquí de una manera enantiopática, disminuye seguramente el número de pulsaciones arteriales durante algunas horas; pero el pulso no tarda en recobrar su frecuencia. Se aumenta la dósis para conseguir que se retarde todavía un poco, lo que en efecto se consigue, hasta que las dósis cada vez mas fuertes no producen ningun resultado; y durante la reaccion, que ya no se puede impedir, la frecuencia del pulso es muy superior á la que habia antes de la administracion de la digital: el número de pulsaciones se aumenta entonces en términos que ya no se las puede contar, el enfermo no tiene nada de apetito, ha perdido todas sus fuerzas, en una palabra se ha transformado en un verdadero cadáver. Ninguno de los que se tratan así se libra de la muerte, á no ser para caer en una manía incurable (1).

(1) Y sin embargo uno de los corifeos de la antigua escuela,

Hé aquí cómo dirigia el alópata sus tratamientos. Mas los enfermos se veian obligados á someterse á esta triste necesidad, pues ninguna mejora hubieran hallado en los demas médicos, porque todos habian tomado su instruccion en un mismo manantial, y este era impuro.

La causa fundamental de las enfermedades crónicas no venéreas y los medios capaces de curarlas eran desconocidas de estos prácticos que se pavonean con sus curaciones dirigidas, segun ellos, contra las causas, y con el cuidado que dicen que tienen de remontarse en el diagnóstico al orígen de estas afecciones. (1) ¿Cómo habrian podido curar el inmenso número de las enfermedades crónicas con sus métodos indirectos, imperfectas y peligrosas imitaciones de los esfuerzos de una fuerza vital automática, que no han sido destinados para servir de modelos de la conducta que debe seguirse en medicina?

Miraban lo que creian que era el carácter del mal como la causa de la enfermedad, y con arreglo á esto dirigian sus pretendidas curaciones radicales contra el espasmo, la inflamacion (plétora), la fiebre, la debilidad general y parcial, la pituita, la putridez, las obstruciones, etc., que imaginaban disipar con el auxilio de sus antiespasmódicos, antiflogísticos, fortificantes, escitantes, antisépticos, fundentes, resolutivos, derivativos, evacuantes, y otros medios antagonistas, que ellos mismos no conocian mas que de un modo superficial.

Mas no bastan indicaciones tan vagas para encontrar remedios que sean de un verdadero auxilio, y menos que en cualquiera otra parte en la materia médica de la antigua escuela, que como he hecho ver en otro lugar (2), se

---

Hufeland, alaba todavía la digital para llenar esta indicacion. «Nadie negará, dice, que la demasiada energía de la circulacion puede ser calmada por la digital.» La esperiencia diaria niega este efecto por parte de un remedio enantiopático heróico.

(1) En vano quiere Hufeland honrar á su vieja escuela diciendo que se entrega á esta investigacion, porque se sabe que, antes de la publicacion de mi *Tratado de las enfermedades crónicas*, la alopatía habia ignorado durante veinticinco siglos el verdadero orígen de estas. Debió pues asignarles otro, que era falso.

(2) Véase en los *Prolegomenos* de mi *tratado de materia* médi-

fundaba las mas de las veces en simples conjeturas, y en consecuencias deducidas de efectos obtenidos en las enfermedades.

Se procedia igualmente de un modo del todo aventurado, cuando dejándose guiar por indicaciones todavìa mas hipotéticas, se obraba contra la falta ó superabundancia de oxígeno, de àzoe, de carbono ó de hidrógeno en los humores; contra la exaltacion ó la disminucion de la irritabilidad, de la sensibilidad, de la nutricion, de la arterialidad, de la venosidad ó de la capilaridad; contra la astenia, etc, sin conocer ningun medio de conseguir unos fines tan quiméricos. Todo esto era pura ostentacion. Eran sì tratamientos, pero que ninguna ventaja reportaban á los enfermos.

Mas hasta toda apariencia de tratamiento racional de las enfermedades desaparece con el uso consagrado por el tiempo, y aun erigido en ley, de asociar en conjunto sustancias medicinales diversas para constituir lo que se llama una *receta* ó una *fórmula*. Se coloca á la cabeza de esta fórmula, bajo el nombre de *base*, un medicamento que no está conocido respecto á la estension de sus efectos medicinales, pero que se cree que debe combatir victoriosamente el carácter principal atribuido á la enfermedad por el médico; se añaden á él, como *ayudantes*, una ó dos sustancias no menos desconocidas en cuanto á la manera con que afectan el organismo, y que se destinan ya á llenar alguna indicacion accesoria, ya á corroborar la accion de la base; despues se añade un supuesto *correctivo* cuya virtud medicinal propiamente dicha no se conoce mucho mejor; todo esto se mezcla entre sí, haciendo entrar todavìa á veces un jarabe ó un agua destilada, que poseen igualmente virtudes medicinales propias, y se cree que cada uno de los ingredientes de esta mezcla hará en el cuerpo del enfermo el papel que le ha asignado el pensamiento del médico, sin dejarse perturbar, ni inducir á error por los demas agentes de que está acompañado, lo que razonablemente no se puede esperar. El uno de estos ingredientes destruye al otro,

---

ca *pura*, el capítulo sobre las *fuentes* de la materia médica ordinaria. (T. I, ¶. I).

en totalidad ó en parte, en su modo de obrar; ó le da lo mismo que á los restantes, un nuevo modo de accion en que no se habia pensado, de manera que no pueden producir el efecto que se esperaba. Muchas veces el inesplicable enigma de las mezclas produce, lo que no se esperaba ni se podia esperar, una nueva modificacion de la enfermedad, que no se advierte en medio del tumulto de los síntomas, pero que se hace permanente cuando se prolonga el uso de la receta; de consiguiente una enfermedad facticia que se añade á la enfermedad original, una agravacion de la enfermedad primitiva; ó si el enfermo no hace uso largo tiempo de la misma receta, si se le dan otra ú otras compuestas de diversos ingredientes, resulta al menos un aumento de la debilidad, porque las sustancias que estan prescritas en semejante sentido, tienen generalmente poca ó ninguna relacion directa con la enfermedad primitiva y no hacen mas que atacar sin utilidad los puntos donde menos han obrado sus tiros.

Aun cuando fuese conocida la accion de los medicamentos sobre el cuerpo humano (y el médico que dispone una fórmula no conoce muchas veces la de la centésima parte de ellos), mezclar entre sí muchos, de los cuales algunos son ya muy compuestos, y de los que cada uno debe diferir mucho de los otros en cuanto á su energía especial, para que el enfermo tome esta mezcla inconcebible á dosis copiosas y repetidas frecuentemente, y sin embargo pretender que se espera de ella un efecto curativo determinado, es uno de aquellos absurdos que indignan á todo hombre sin preocupaciones y acostumbrado à reflexionar (1). El resultado está naturalmente en contradic-

(1) Se han encontrado aun en la escuela ordinaria hombres que han reconocido lo absurdo de las mezclas de medicamentos, aunque ellos mismos sigan esta eterna rutina condenada por su razon. Asi, Herz se espresa del modo siguiente (*Journal de Hufeland*, II, p. 33): « Se trata de hacer cesar el estado inflamatorio, no empleamos solos ni el nitro, ni la sal amoniaco, ni los ácidos vegetales, sino que ordinariamente mezclamos muchos antiflogísticos, ó bien los hacemos alternar unos con otros. Se trata de oponerse á la putridéz. no nos basta para conseguir el objeto administrar en gran cantidad uno de los antisépticos conocidos, la quina, los ácidos minerales,

cion con lo que se espera de un modo tan positivo. Sobrevienen cambios, es cierto; pero no hay entre ellos uno solo que sea bueno, ni conforme al fin que se propone.

¡Desearia saber á cuàl de estas maniobras, ejecutadas todas á ciegas en el cuerpo del hombre enfermo, se podria llamar una curacion!

No se debe esperar la curacion mas que de la fuerza vital que le queda todavìa al enfermo, despues de haber restituido esta fuerza á su ritmo normal de actividad por medio de un medicamento apropiado. En vano se esperaria conseguir esto estenuando el cuerpo segun los preceptos del arte. ¡Sin embargo, la antigua escuela no sabe oponer á las enfermedades crónicas mas que medios á propósito para martirizar á los enfermos, para agotar los humores y las fuerzas, y abreviar la vida! ¿Puede pues salvar cuando destruye? ¿Merece el título de arte de curar? Obra *lege artis* de la manera mas opuesta á su fin, y hace, podria uno creer que con intencion, precisamente lo contrario de lo que deberia ejecutar. ¿Se la puede pues preconizar? ¿Se la debe tolerar por mas tiempo?

En estos últimos tiempos se ha escedido á sí misma en su crueldad para con los enfermos y en lo absurdo de sus acciones. Todo observador imparcial debe convenir en ello, y hasta médicos salidos de su propio seno como Kru-

---

el árnica, la serpentaria, etc; nos gusta mas unir muchos en una fórmula, y esperamos mejores resultados de su accion combinada; ó bien por ignorancia de lo que convendria mas en el caso presente, acumulamos cosas opuestas, y dejamos á la aventura el cuidado de hacer producir por unas ó por otras el alivio que nos proponemos. Asi es muy raro que se escite el sudor, que se purifique la sangre, que se resuelvan las obstrucciones, que se promueva la espectoracion, y aun que se purgue á beneficio de un solo medio. Nuestras fórmulas, para llegar á este resultado, son siempre complicadas, casi nunca simples y puras; asi no se las puede considerar como esperiencias relativas á los efectos de las diversas sustancias que entran en su composicion. A la verdad en nuestras fórmulas establecemos doctoralmente una gerarquía entre los medios, y llamamos base á aquel á quien confiamos propiamente hablando el efecto, dando á los demas el nombre de ayudantes, correctivos, etc. Pero es evidente la arbitrariedad de esta clasificacion. Los

ger-Hansen, se han visto precisados, por el aviso de su conciencia, á confesarlo públicamente.

Ya era tiempo de que la sabiduría del divino Criador y conservador de los hombres pusiese término á estas abominaciones, y que hiciera aparecer una medicina inversa, que lejos de agotar los humores y las fuerzas con vomitivos, purgantes, baños calientes, sudoríficos ó sialogogos; de verter á torrentes la sangre indispensable para la vida; de torturar con medios dolorosos; de añadir incesantemente nuevas enfermedades à las antiguas, y de hacer, en fin, estas incurables por el uso prolongado de medicamentos heróicos de accion desconocida: en una palabra, de tomar las cosas al revés, y de abrir desapiadadamente un ancho camino á la muerte, economiza todo lo posible las fuerzas de los enfermos, y les conduce con tanta suavidad como prontitud à una curacion duradera, con el auxilio de un pequeño número de agentes simples, perfectamente conocidos, bien elegidos, y administrados á dosis mínimas. Era ya tiempo de que hiciese descubrir la homeopatìa.

Ejemplos de curaciones homeopáticas hechas involuntariamente por médicos de la antigua escuela.

La observacion, la meditacion y la esperiencia me han

---

ayudantes contribuyen lo mismo que la base al efecto total, aunque, á falta de escala, no podamos determinar su grado de participacion. Tampoco puede ser del todo indiferente la influencia de los correctivos sobre las virtudes de los demás medios; deben aumentarlas, disminuirlas ó comunicarles otra direccion. El cambio saludable que producimos por medio de semejante fórmula, debe considerarse siempre como el resultado del conjunto de su contenido, y nosotros no podemos concluir jamás cosa alguna relativa á la utilidad especial de cada uno de los ingredientes de que se compone. Sabemos muy poco de lo que hay que conocer de esencial en todos los medicamentos, y nuestros conocimientos son muy limitados respecto à las afinidades que despliegan quizá por centenares cuando se mezclan los unos con los otros, para que podamos decir con certeza cuáles serán el modo y grado de energía de una sustancia, aun la mas indiferente en apariencia, cuando haya sido introducida en el cuerpo humano, combinada con otras sustancias.»

hecho conocer que, á la inversa de los preceptos trazados por la alopatía, la marcha que hay que seguir para obtener verdaderas curaciones, suaves, prontas, ciertas y duraderas, consiste en elegir, para cada caso individual de enfermedad, un medicamento capaz de producir por sí mismo una afeccion semejante á la que se quiere curar.

Este método homeopático ni habia sido enseñado, ni puesto en práctica por persona alguna antes de mì. Pero si él solo es conforme á la verdad, como cada uno podrá convencerse de ello conmigo, se debe esperar que cada siglo ofrezca señales palpables de él (1). En efecto, esto es lo que sucede.

En todos tiempos las enfermedades que han sido curadas de un modo real, pronto, duradero y manifiesto, con medicamentos, y que no han debido su curacion à que se haya hallado alguna circunstancia favorable; á que la enfermedad aguda hubiese acabado su revolucion natural; ó en fin á que las fuerzas del cuerpo hayan recobrado poco á poco la preponderancia durante un tratamiento alopático ó antipático (porque ser curado directamente difiere mucho de ser curado por una via indirecta), estas enfermedades, digo, han cedido, aunque sin saberlo el médico, à un remedio homeopático, es decir, dotado del poder de suscitar por sì mismo un estado morboso semejante ó aquel cuya desaparicion proporcionaba.

No hay, hasta en las curaciones reales obtenidas por medio de medicamentos compuestos, y cuyos ejemplos por otra parte son bastante raros, una sola en la que no se reconozca que el remedio, cuya accion dominaba á la de los demàs, era siempre de naturaleza homeopática.

Pero esta verdad se nos presenta mas evidente todavìa en ciertos casos en que los médicos, violando la costumbre que no admite mas que mezclas de medicamentos dispuestos bajo la forma de recetas, han curado con rapi-

(1) Porque la verdad es eterna como la Divinidad misma. Los hombres pueden desconocerla durante largo tiempo, pero llega al fin el momento en que, para el cumplimiento de los decretos de la Providencia, sus rayos atraviesan la nube de las preocupaciones, y esparcen sobre el género humano una claridad benéfica que nada es capaz de estinguir en adelante.

dez á beneficio de un medicamento. Entonces se ve con sorpresa que la curacion fue siempre efecto de una sustancia medicinal capaz de producir ella misma una afeccion semejante á la que padecia el enfermo, aunque no supiese el médico lo que hacia, y solo obrase así en un momento de olvido de los preceptos de su escuela. Administraba precisamente el medicamento contrario al que le prescribia administrar la terapéutica admitida, y solo por esto se curaban sus enfermos con prontitud.

Voy á esponer aquí algunos ejemplos de estas curaciones homeopáticas, que encuentran su interpretacion clara y precisa en la doctrina hoy dia reconocida y existente de la homeopatía, pero que no es menester mirar como argumentos en favor de esta última, en atencion á que no necesita de sosten ni de apoyo (1).

Ya el autor del Tratado de las epidemias, atribuido á Hipócrates (2), habla de un cólera morbo rebelde á todos los remedios, que se curó únicamente por medio del eleboro blanco, sustancia que escita por sí misma el cólera, como lo han visto Foreest Ledel, Raimann y muchos otros (3).

---

(1) Si en los casos que voy á referir, las dósis de los medicamentos han sido mayores que las que prescribe la medicina homeopática, naturalmente se ha debido seguir de esto el peligro que en general llevan consigo las altas dósis de medicamentos homeopáticos. Sin embargo, diversas circunstancias, cuya influencia no siempre es posible conocer, hacen que dósis muy considerables de medicamentos homeopáticos curen sin causar perjuicio notable, ya porque la sustancia vegetal haya perdido algo de su energía, ya porque hayan sobrevenido evacuaciones abundantes, que tienen por resultado el destruir la mayor parte del efecto del remedio, ya en fin, porque el estómago haya recibido al mismo tiempo otras sustancias capaces de contrarestar la fuerza de las dósis por su accion antidótica.

(2) Lib. V. al principio.

(3) P. Foreest XVIII, *obs.* 44, Ledel, *Misc. nat. cur. dec.* III, *ann.* I, *obs.* 65. Reimann, *Bresl Samml* 1724, p. 535.—Con toda intencion he omitido en este ejemplo y en todos los siguientes mis propias observaciones y las de mis discípulos acerca de las virtudes especiales de cada medicamento, y he citado solamente las de médicos de tiempos pasados. Mi objeto al conducirme así, ha sido el hacer ver que la medicina homeopática podia haberse encontrado antes de mí.

La sudeta inglesa que se presentó por primera vez en 1485, y que, mas mortífera que la misma peste, hacia perecer en muy poco tiempo, segun el testimonio de Willis, de cien enfermos los noventa y nueve, no se la pudo sojuzgar hasta el momento en que se empezó á dar los sudoríficos á los enfermos. Desde aquella época hubo muy pocos que murieran de ella segun hace notar Sennert (1).

Un flujo de vientre que duraba hacia muchos años, que amenazaba con una muerte inevitable, y contra el cual todos los medicamentos habian sido nulos, se curó, con grande sorpresa de Fischer (2) y no mia, de una manera rápida y duradera por un purgante que administró un empírico.

Murray, al que elijo entre muchos otros, y la esperiencia diaria colocan el vértigo, las náuseas y la ansiedad entre los principales síntomas que produce el tabaco. Pues precisamente de vértigos, de náuseas y de ansiedad fue de lo que se libró Diemerbroeck (3) por el uso de la pipa, cuando se vió atacado de estos síntomas en medio de los auxilios que prestaba á las víctimas de las enfermedades epidémicas de Holanda.

Los efectos perjudiciales que algunos escritores, Georgi entre otros (4), atribuyen al uso del *Agaricus muscarius* en los habitantes del Kamtschatka, y que consisten en temblores, convulsiones, epilepsia, se han hecho saludables en las manos de C. G. Whistling (5), que ha empleado este hongo con felices resultados contra las convulsiones acompañadas de temblor, y en las de J.-C. Berhardt (6), que tambien se ha servido ventajosamente de él en una especie de epilepsia.

---

(1) *De febribus*, IV, *cap.* 15.

(2) En Hufeland' S. *Journal fuer praktische Heilkunde*, X, IV, p. 127.

(3) *Tractatus de peste*. Amsterdam. 1665, p. 273.

(4) *Beschreibung aller Nationen des russischen Reiches*, p. 78, 267, 284, 321, 329, 352.

(5) *Diss. de virt. agaric. musc.* Jena, 1718, p. 13.

(6) *Chym. Vers.* und. Erfahrungen. Leipsick, 1754; obs. 5 p., 324.—Gruner. *De viribus agar. mus.* Jena, 1778, p. 13.

La observacion hecha por Murray (1), de que el aceite de anís calma los dolores de vientre y los cólicos gáseosos causados por los purgantes, no nos sorprende, sabiendo que J.-P. Albrecht (2) ha observado dolores de estómago producidos por este líquido, y P. Foreest (3) cólicos violentos debidos igualmente á su accion.

Si F. Hoffmann alaba la ciento-en-rama ó yerba de San Juan en muchas hemorrágias; si G.-E. Stahl, Buchwald y Loeseke han encontrado muy útil este vegetal en el flujo hemorroidal escesivo; si Quarin y los redactores de la Coleccion de Breslau hablan de hemoptisis cuya curacion ha producido esta planta; si en fin Thomasius, segun refiere Haller, la ha empleado con feliz éxito en la metrorragia; estas curaciones se refieren evidentemente á la virtud que goza la planta de producir por sí misma flujos de sangre y la hematuria, como lo ha observado G. Hoffmann (4), y sobre todo de escitar la epistasis, como lo ha comprobado Bockler (5).

Scovolo (6), entre otros muchos, ha curado una emision dolorosa de orina purulenta por medio de la *uva ursi*; lo que no hubiera podido verificarse si esta planta no tuviera la facultad de promover por sí misma ardor al orinar, con emision de una orina viscosa, como lo ha reconocido Sauvages (7).

Aun cuando las numerosas esperiencias de Stoerck, Marges, Planchon, Dumonceau, F.-C. Junker, Schinz, Ehrmann y otros no hubieran establecido que el cólchico cura una especie de hidropesía, deberia ya esperarse de él esta propiedad, en razon de la facultad especial que posee de disminuir la secrecion renal, al mismo tiempo que escita continuos deseos de orinar, y de dar lugar á la salida de una corta cantidad de orina de un rojo ar-

(1) *Appar. medic.*, I, p. 429, 430.
(2) *Mis. nat. cur.*, dec. II, *ann.* 8, *obs.* 169.
(3) *Observat. et curationes*, lib. 217.
(4) *De medicam. officin.* Leiden, 1738.
(5) *Cynosura mat. med.*, *cont.* p. 552.
(6) *En Girardi, de uva ursi* Padua, 1764.
(7) *Nosolog.*, III, p. 200.

diente, como lo han visto Stoerck (1), y de Berge (2).

Es evidente tambien que la curacion de un asma hipocondriaco, efectuada por Goeritz (3) con el auxilio del cólchico, y la de un asma complicado con hidrotorax, conseguida por Stoerck (4) á beneficio de esta misma sustancia, estan fundadas en la facultad homeopática que posee de provocar por sí misma el asma y la disnea, efectos cuya realidad ha confirmado de Berge (5).

Muralto (6) ha visto que la jalapa, independientemente de los cólicos, ocasiona una grande inquietud y mucha agitacion, efectos de que puede uno convencerse todos los dias. Todo médico familiarizado con las verdades de la homeopatía hallará pues muy natural que de esta propiedad derive la que G. W. Wedel la atribuye con razon (7) de calmar frecuentemente los retortijones que agitan y hacen gritar á los niños de corta edad, y de proporcionar un sueño tranquilo á estos pequeños séres.

Se sabe, como está suficientemente atestiguado por Murray, Hillary y Spielmann, que las hojas de sen ocasionan cólicos; que producen segun G. Hoffmann (8) y F. Hoffmann (9) flatos y agitacion en la sangre (10), causa ordinaria del insomnio. En consecuencia de esta virtud homeopática del sen, es como Detharding (11) ha podido curar con su auxilio cólicos violentos, y librar á muchos enfermos del insomnio.

Stoerck, que era tan sagaz, llegó á conocer que el inconveniente que habia hallado en el dictamo de producir á veces un flujo mucoso por la vajina (12), derivaba pre-

(1) *Lib. de colchico.* Viena, 1763, p. 12.
(2) Journal de medecine, XXII.
(3) A.—E. BUECHNER, *Miscell. phys. med. mathem, ann.* 1728. *jul.* p. 1212, 1213. Erfurt, 1732.
(4) II *Ibid*, *cas*, II, 13, *Cont. cas.* 4, 9.
(5) *Ibid.*, *loc. cit.*
(6) *Miscell. nat. cur. cap. dec.* II. *a.* 7, *obs.* 112.
(7) *Opiolog.*. lib. I, p. I, II, p. 38.
(8) *De medicin. officin.*, lib. I, cap. 36.
(9) Diss. de manna, §. 16.
(10) En *Murray*, *loc. cit.* II, p. 507.
(11) *Ephem. nat. cur cent.* 10, *obs.* 76.
(12) *Lib. de flamm. Jovis.* Viena, 1769, cap. 2.

cisamente del mismo orígen que la facultad en virtud de la cual esta raiz le habia servido tambien para curar una leucorrea crónica (1).

Stoerck hubiera debido admirarse igualmente de haber curado una especie de exantema crónico general, húmedo y fagedénico, con la clemátida (2), despues de haber reconocido el mismo (3) que esta planta puede producir una erupcion psórica en todo el cuerpo.

Si la eufrasia ha curado, segun Murray (4), la lipitud ó abundancia de lagañas y una especie de oftalmía, ¿cómo ha podido producir este resultado, sino es por la facultad que Lobel (5) ha notado en ella, de excitar una especie de inflamacion de los ojos?

Segun J.—H. Lange (6), la nuez moscada se ha mostrado muy eficaz en los desmayos histéricos. La causa natural de este fenómeno es homeopática, y depende de que, cuando se administra dicha sustancia en alta dósis á un hombre sano, da lugar, segun J. Schmid (7) y Cullen (8), al embotamiento de los sentidos y á una insensibilidad general.

La antigua costumbre de emplear el agua de rosas al esterior contra las oftalmías, parece un testimonio tácito de la existencia de una propiedad curativa de los males de los ojos en las flores del rosal. Dicha propiedad se funda en la virtud homeopática que tienen estas flores de escitar por sí mismas una especie de oftalmía, efecto que Echtius (9), Ledel (10) y Rau (11) las han visto realmente producir.

Si el zumaque venenoso tiene la propiedad, segun De

(1) *Ibid.*, cap. 9.
(2) *Ibid.*, cap. 13.
(3) *Ibid.*, cap. 33.
(4) *Appar. medic.*, II, p. 221.
(5) *Stirp. adversar.*, p. 219.
(6) *Domest. Bruns vic.* 136.
(7) *Misc. nat. cur.*, *dec.* II, ann. 2, *obs.* 120.
(8) *Arzneimitellhre*, II, p. 233.
(9) En Adami, *Vita medic.* p. 72.
(10) *Misc. nat. curios. dec.* II, ann. 2, *obs.* 140.
(11) *Ueber den Werth des homœop. Heilverf.*, p. 73.

Rossi (1), Van Mons (2) J. Monti (3), Sybel (4) y otros, de hacer salir en la piel granos que poco á poco la cubren en totalidad, se concibe fácilmente con tales antecedentes que esta planta haya podido curar homeopáticamente algunas especies de herpes, como Dufresnoy y Van-Mons nos enseñan que realmente lo ha hecho. ¿Qué es lo que ha dado al zumaque venenoso, en un caso citado por Alderson (5), el poder de curar una paralisis de los miembros inferiores, acompañada de debilidad de las facultades intelectuales, si no es la propiedad de que goza evidentemente de producir por sí mismo una total postracion de las fuerzas musculares, desordenando las facultades intelectuales del sugeto en términos de hacerle creer que va á morir, como lo ha visto Zadig (6)? Segun Carrére (7), la dulcamara ha curado las mas violentas enfermedades causadas por un enfriamiento. Esto solo puede consistir en que dicha yerba es muy propensa á producir, en tiempos frios y húmedos, incomodidades semejantes á las que resultan de un enfriamiento, como lo han observado el mismo Carrére (8) y Starcke (9). Fritze (10) ha visto á la dulcamara producir convulsiones, y De Haen (11) la ha visto igualmente dar lugar á convulsiones acompañadas de delirio. Pues, convulsiones acompañadas de delirio han cedido, en manos de este último médico á pequeñas dósis de dulcamara. En vano se buscaria en el imperio de las hipótesis la causa que hace que la dulcamara se haya mostrado tan eficaz en una especie de herpe, á la vista de Carrére (12) de

---

(1) *Obs de nonnullis plantis quæ pro venenatis habentur.* Pisa, 1767.
(2) En Dufresnoy *Ueber den vvurzelnden Sumach*, p. 206.
(3) Acta Inst. Bonon. sc. et art. III, p. 165.
(4) En *Med. Annalen.*, 1811, julio.
(5) En *Samml. aus. Abh. f. pr. Arzte*, XVIII, 1.
(6) En Hufeland's *Journal der prakt. Heilk.* V, p. 3.
(7) Carrere et Starcke. *Abhandl. neber die Eigenschafft des Nachts chatens oder Bittersuesse.* Jena, 1786, p. 20-23.
(8) *Ibid.*
(9) En Carrere *ibid.*
(10) *Annalen des Klinischen* Instituts, III, p. 45.
(11) *Ratio medendi*, t. IV, p. 228.
(12) *Ratio medendi* t. IV, p. 92.

Fouquet (1) y de Poupart (2); pero la sencilla naturaleza, que reclama la homeopatía para curar con seguridad, la ha puesto á nuestro alcance, en la facultad que tiene la dulcamara por su parte de ocasionar una especie de herpe. Carrére ha visto producir con el uso de esta planta una erupcion herpética que cubrió todo el cuerpo por espacio de quince dias (3), otra que se estableció en las manos (4), y una tercera que fijó su asiento en los labios de la vulva (5). Ruecker (6) ha visto á la escrofularia causar una anasarca general, y por esta razon Gataker (7) y Cirillo (8) han conseguido con su auxilio curar (homeopáticamente) una especie de hidropesía.

Boerhaave (9), Sydenham (10) y Radcliff (11) han curado otra especie de hidropesia á beneficio del sauco; porque, como nos enseña Haller, (12) con solo la aplicacion tópica de esta sustancia se produce una tumefaccion serosa.

De Haën (13), Sarcone (14) y Pringle (15) han respetado la verdad y la esperiencia confesando que han curado pleuresias con la escila, raiz cuya grande acritud debia hacerla proscribir en una afeccion de este género, en la que el sistema reinante solo admite remedios dulcificantes, demulcentes y refrigerantes. No obstante esto, el dolor de costado no ha dejado de desaparecer bajo la influencia de la escila, y á consecuencia de la ley homeopática; por-

(1) En Razoux, Tablas nosológicas, p. 275.
(2) Traité des dartres. Paris, 1782, p. 184, 192.
(3) *Ibid.* p. 96.
(4) *Ib.* p. 149.
(5) *Ibid.* p. 164.
(6) *Commerc. liter. Noric.*, 1731. p. 372.
(7) *Versuche und Bemerk. der Edim. Gesellschaft Altemburgo*, 1762. VII p. 95, 98.
(8) *Consult. medichi*, T. III, Nápoles, 1738, en 4.°
(9) *Historia plantarum*, P. I, p. 207.
(10) *Opera*, p. 496.
(11) En Haller *Arznei. mittellehre*, p. 349.
(12) En Vicat, Plantes veneneuses, p. 125.
(13) *Ratio medendi*, P. I, p. 13.
(14) *Geschichet der Krankh. in Neapel*, t. I, § 175.
(15) *Obs. on the diseases of the army*. ed. 7, § 143.

que J.-C. Wagner (1) ya habia visto que la accion libre de esta planta producia una especie de pleuresìa y de inflamacion del pulmon.

Un gran número de prácticos, D. Cruger, Ray, Kellner, Kaau-Boerhaave y otros (2), han observado que el estramonio escita un delirio estravagante y convulsiones: y á esta facultad precisamente es á la que deben los médicos el haber podido curar con su auxilio la demonomanía (3) (delirio fantástico, acompañado de espasmos en los miembros) y otras convulsiones, como lo han hecho Sidren (4) y Wedenberg (5). Si, en manos de Sidren (6), se han curado con dicha planta dos casos de corea, que habian sido producidos el uno por el miedo, y el otro por el vapor del mercurio, es porque tiene en sì misma la propiedad de escitar movimientos involuntarios en los miembros, como lo han observado Kaau-Boerhaave y Lobstein. Diferentes observaciones, entre otras las de Schenk, establecen que el estramonio puede destruir la memoria en muy poco tiempo; por lo que no es sorprendente que, segun dicen Sauvages y Schinz, posea la virtud de curar la amnésia. En fin Scmalz (7) ha llegado á curar por medio de esta planta una melancolía que alternaba con la manía, porque segun Da Costa (8) administrada á un hombre sano, tiene la facultad de promover un estado análogo en las funciones cerebrales.

Muchos médicos, entre ellos Percival, Stahl y Quarin, han observado que el uso de la quina producia pesadez de estómago. Otros han visto que esta sustancia producia vómitos y diarrea (Morton, Friborg, Baner y Quarin), el síncope (D. Cruger y Morton), una gran debilidad, una especie de ictericia (Thomson, Richard, Stahl y C.—E.

---

(1) *Observationes clinicæ*, Lubeck, 1737.
(2) C. Cruger, en la *Misc., nat. cur.*, dec. III, año 2, obs. 88. Kaau-Boerhaave, *Impetum faciens*. Leiden, 1745, p. 282. Kellner, en *Bresel. Samml.* 172.
(3) *Veckoskrift for Lækare*, VI, p. 40.
(4) *Diss. de stramonii usu in morbis convulsivis. Upsal*, 1773
(5) *Diss de stramonii usu. Ups.* 1773.
(6) *Diss morborum casus, spec. I. Ups.* 1785.
(7) *Chir. und. medicin. Vorfaelle*. Leipzick, 1781: p. 178.
(8) En *Schenck* l. obs. 139.

Fischez) amargor de boca (Quarin y Frischer), en fin tension del bajo vientre. Pues precisamente cuando estas incomodidades y estos estados morbosos se encuentran reunidos en las fiebres intermitentes, es cuando Torti y Cleghorn recomiendan recurrir solamente á la quina. Del mismo modo, el uso ventajoso que se hace de esta corteza en las digestiones laboriosas, en la falta de apetito y el estado de estenuacion que son consecuencia de las fiebres agudas, sobre todo cuando han sido tratadas por medio de la sangría, de los evacuantes y los debilitantes, se funda en la propiedad que tiene de producir una postracion estrema de fuerzas, de anonadar el cuerpo y el alma, de hacer la digestion penosa, y de abolir el apetito, como lo han observado Cleghorn, Friborg, Cruger, Romberg, Stahl, Tomson y otros.

¿Cómo se hubieran detenido mas de una vez flujos de sangre con la ipecacuana, como lo han conseguido Baglivio Barbeyrac, Gianella, Dalberg, Bergiris y otros, si no encerrase en sí misma la facultad de escitar hemorragias, lo que efectivamente han notado Murray, Scott y Geoffroy? ¿Cómo podria ser saludable en el asma espasmódico, como Akenside (1), Meyer (2), Bang (3) Stoll (4), Fouquet (5) y Ranoë (6) nos lo enseñan, si no poseyese la facultad de producir por sí misma, sin escitar ninguna evacuacion, el asma en general, y el asma espasmódico en particular, que Murray (7), Geoffroy (8) y Scott (9) han visto nacer de su accion sobre la economía? ¿Pueden exigirse pruebas mas claras de que los medicamentos deben ser aplicados para la curacion de las enfermedades en razon de los efectos morbosos que producen?

Seria imposible comprender como el haba de S. Igna-

---

(1) *Medical. trans.*, I, número 7, p. 39.
(2) *Diss. de ipecac. refracta dosi usu*, p. 34.
(3) *Praxis medica*, p. 346.
(4) *Prælectiones*, p. 221.
(5) Journal de médecine, t. 62, p. 137.
(6) En las *Act. reg. soc. med. Hafn.* II, p. 163 III, p. 361.
(7) *Medic. pract. Bibl.* p. 237.
(8) Traité de la matière medicale, II, p. 157.
(9) En *Med. comment. of. Edimb.* IV, p. 71.

cio ha podido ser tan eficaz en una especie de convulsion, como lo afirman Herrmann (1), Valentin (2) y un escritor anónimo (3), sino promoviese por sí misma convulsiones semejantes, como se han convencido de ello Bergius (4) Camelli (5) y Durius (6).

Las personas que han recibido golpes y contusiones esperimentan dolores de costado, ganas de vomitar, punzadas y ardor en los hipocondrios, todo esto acompañado de ansiedad, de temblores y estremecimientos involuntarios semejantes á los que ocasionan las conmociones eléctricas; durante la vigilia y durante el sueño hormigueo en las partes afectas, etc. Pues pudiendo el árnica producir por sí misma síntomas semejantes, como lo atestiguan las observaciones de Meza, Vicat, Crichthon, Collin, Aaskow, Stoll y J-C. Lange, se concibe fácilmente que esta planta cure los accidentes que proceden de un golpe, de una caida ó de una contusion, segun lo han esperimentado hace algunos siglos una multitud de médicos y pueblos enteros.

Entre los desórdenes que la belladona produce en el hombre sano, se encuentran síntomas cuyo conjunto compone una imágen que se parece mucho á la especie de hidrofobia que causa la mordedura de un perro rabioso, enfermedad que May erne (7), Munch (8), Buchholz (9) y Neimike (10) han curado real y perfectamente con esta planta (11) El sugeto no puede dormirse; tiene dificultad

---

(1) *Cynosura mat. med.* II, p. 231.
(2) *Hist. simplic. reform.*, p. 194 §. 4.
(3) En las *Act. Berol., dec.* II, vol. 10, p. 12.
(4) *Materia médica*, p. 150.
(5) *Philos. trans.*, vol, XXI n.° 250.
(6) *Miscell. nat. cur. dec.* III, ann. 9, 10.
(7) *Praxeos in morbis internis syntagma alterum.* Viena, 1697 p. 136.
(8) *Beobacchtungen bey angewendeter Belladenne bey den Menschen.* Stendal 1789
(9) *Heilsame Wirkungen der Belladonne in ausgebro chener Wuth.* Erfurt. 1785.
(10) En J.-H. Munch' S. *Beobachtungen*, Th I, p. 74.
(11) Si ha sucedido con frecuencia que la belladona no ha tenido buen éxito en la rabia declarada, no se debe perder de vista que solo puede curar en este caso por la facultad que tiene

de respirar; le devora una sed ardiente y acompañada de ansiedad; apenas se le presentan líquidos cuando inmediatamente los rechaza; su cara está encendida, sus ojos fijos y centelleantes (F.-C. Grimm); esperimenta sofocacion al beber (E. Camerarius y Sauter); generalmente no puede tragar nada (May, Lottinger, Sicelius, Buchave, D' Hermon, Maneti, Vicat, Cullen); esperimenta alternativamente terror y deseos de morder à las personas que le rodean (Sauter, Dumoulin, Buchave, Mardorf); escupe á su alrededor (Sauter); trata de escaparse (Dumoulin, E. Gmelin, Buch' oz); en fin, su cuerpo está en una contínua agitacion (Boucher E. Gmelin y Sauter). La belladona ha curado tambien varias especies de manìa y melancolía en los casos referidos por Evers, Schmuker, Schmalz, Munch padre é hijo y otros, porque posee en sí misma la facultad de producir ciertas especies de demencia, tales como las que han sido señaladas por Rau, Grimm, Hasenest, Mardorf, Hoyer, Dillenius y otros. Henning (1) despues de haber tratado inútilmente por espacio de tres meses una amaurosis con manchas abigarradas delante de los ojos, con una multitud de medios diversos, llegó à imaginarse que esta afeccion podia muy bien ser debida á la gota, de la que no obstante el enfermo no habia tenido ningun ataque, y la casualidad le condujo así á prescribir la belladona (2), que proporcionó una

---

de producir efectos semejantes à los de la enfermedad, y que de consiguiente no deberia haber sido administrada, sino á dosis sumamente pequeñas, como todos los remedios homeopáticos, lo que se demostrará en el Organon. Pero la mayor parte de las veces se la ha administrado á dosis enormes, de modo que los enfermos se veian morir necesariamente no de la enfermedad sino del remedio. Sin embargo, puede muy bien suceder que haya mas de un grado ó de una especie de hidrofobia y de rabia, y que por consiguiente, segun la diversidad de los síntomas, el remedio homeopático mas conveniente sea unas veces el beleño y otras tambien el estramonio.

(1) En Hufeland' s *Journal*, XXV, IV, p. 70-74.

(2) Solo por conjetura se ha dispensado á la belladona el honor de colocarla en el número de los remedios contra la gota. La enfermedad que podria tener todavia algun derecho á abrogarse el nombre de gota, ni puede ni podrá jamás curarse con la belladona.

curacion rápida y exenta de todo inconveniente. Nadie duda que él hubiera elegido este remedio desde el principio, si hubiera sabido que no se puede curar mas que con el auxilio de medios que produzcan síntomas semejantes á los de la enfermedad, y que la belladona no podia dejar, segun la ley infalible de la naturaleza, de curar homeopáticamente en este caso, puesto que segun el testimonio de Sauter (1) y de Buchholz (2), escita ella misma una especie de amaurosis con manchas abigarradas delante de los ojos.

El beleño ha hecho desaparecer en presencia de Mayerne (3) Stœrck, Collin y otros, espasmos que tenian grande semejanza con la epilepsía. Ha producido este efecto en razon á la facultad que posee de escitar convulsiones muy análogas á la epilepisa, como se halla indicado en las obras de E. Camerarius, C. Seliger, Hunerwolf, A. Hamilton, Planchon, Da Costa y otros.

Fothergill (4) Stœrck, Hellwig y Ofterdinger han empleado el beleño con buenos resultados en ciertos géneros de enajenacion mental. Pero hubiera probado aun mucho mejor en semejantes casos en manos de mayor número de médicos si no se hubiera tratado de curar con su auxilio otras enajenaciones mentales, que la que tiene analogía con la especie de locura estúpida que Van Helmont, Wedel, J.—G. Gmelin, Laserre, Hunerwolf, A. Hamilton, Kiernander, J. Stendmann, Tozzetti, F. Faber y Wendt han visto suceder á la accion de esta planta sobre la economía.

Reuniendo los efectos que estos últimos observadores han visto producir al beleño, se forma la imágen de un histerismo llegado á un grado considerable. Pues encontramos en J.—A.—P. Gesner, en Stœrck y en las Actas de los curiosos de la naturaleza (5), que un histerismo que tenia mucha semejanza con el referido fue curado con el uso de esta planta.

---

(1) En Hufeland' s *Journal*, XI.
(2) *Ibid.*, V, I, p. 252.
(3) *Præx. med.*, p. 23.
(4) *Mem. ofthe. med. soc. of.* London, I, p. 310, 314.
(5) IV, obs. 8.

Schenkbecher (1) no hubiera podido curar jamás con el beleño un vértigo que contaba veinte años de duracion, si este vegetal no poseyese en alto grado la facultad de producir generalmente un estado análogo, como lo atestiguan Hunerwolf, Blom, Navier, Planchon, Sloane, Stedmann, Greding, Wepfer, Vicat y Bernigau.

Mayer Abramsom (2) atormentaba hacia mucho tiempo á un maniaco celoso con remedios que no producian en él ningun efecto, cuando al fin le hizo tomar como soporífico el beleño, que produjo una rápida curacion. Si hubiera sabido que esta planta escita los celos y manías en los sugetos sanos, y hubiera conocido la ley homeopática, única base natural de la terapéutica, hubiera podido desde el principio administrar el beleño con toda seguridad, y evitar asi el molestar al enfermo con remedios, que no siendo homeopáticos, de nada podrian servirle.

Las fórmulas complicadas que Hecker (3) empleó con el mejor resultado en un caso de constriccion espasmódica de los párpados hubieran sido inútiles, si felizmente la casualidad no hubiera hecho entrar en ellas el beleño que, segun Wepfer (4), produce una afeccion análoga en los sugetos sanos.

Withering (5) no llegó tampoco á triunfar de una constriccion espasmódica de la faringe con imposibilidad de tragar, hasta el momento en que administró el beleño, cuya accion especial consiste en determinar una constriccion espasmódica del istmo de las fauces con imposibilidad de ejecutar la deglucion, efecto que Tozzetti, Hamilton, Bernigau, Sauvages y Hunerwolf le han visto producir y en alto grado.

¿Cómo podria el alcanfor ser tan saludable, como pretende el verídico Huxham (6), en las fiebres llamadas lentas nerviosas, en las que el calor está disminuido, la

---

(1) *Von der Kinkina, Schuerling, Bilsenkraut, u. s. W.* Riga, 1769, p. 162 *Anhang.*
(2) En Hufeland's *Journal* XIX, II, p. 60.
(3) *Ibid.* I, p. 354.
(4) *De cicuta aquatica* Bâle, 1716, p. 320.
(5) *Edinb. med. comment, dec.* II, B, VI, p. 263.
(6) *Opera*, t. I, p. 172, t. II, p. 84.

sensibilidad embotada y las fuerzas generales considerablemente disminuidas, si el resultado de su accion inmediata sobre el cuerpo no fuese la manifestacion de un estado semejante en un todo á aquel, como G. Alexander, Cullen y Hoffmann lo han observado?

Los vinos generosos tomados á pequeñas dosis curan homeopáticamente la fiebre inflamatoria pura. C. Crivellati (1), H. Augenius (2), A Mundella (3), y dos anónimos (4) han recogido todas las pruebas de esto. Ya Asclepiades (5) habia curado una inflamacion del cerebro con una pequeña dosis de vino. Un delirio febril acompañado de respiracion estertorosa y semejante à la profunda embriaguez que el vino produce, fue curado en una sola noche con vino, que Rademacher (6) administró al enfermo. ¿Es posible desconocer aqui el poder de una irritacion medicinal anàloga?

Una fuerte infusion de té ocasiona á las personas que no estan acostumbradas á él palpitaciones de corazon y ansiedad: asi tomado á pequeñas dosis es un escelente remedio contra estos accidentes producidos por otras causas, como lo ha puesto fuera de toda duda G-L. Rau (7).

Un estado semejante á la agonía, en el cual el enfermo esperimentaba convulsiones que le privaban del conocimiento, y que alternaban con accesos de respiracion espasmódica y entrecortada, á veces tambien suspirosa y estertorosa, y que se acompañaba de un frio glacial en la cara y en el cuerpo, con lividez de los pies y de las manos y debilidad del pulso (estado enteramente anàlogo al conjunto de accidentes que Schweikert y otros han visto resultar de la accion del opio) fue al principio tratado

---

(1) *Trattato dell' uso e modo di dare il vino nelle febbri acute.* Roma, 1600.
(2) *Epist.* T. II, lib. 2 ep. 8.
(3) *Epist.* 14. Bâle, 1538.
(4) *Eph. nat. cur.*, dec. II, ann. 2, obs. 53-Gazette de santé, 1788.
(5) *Cœl. Aurel. Acut.* lib. I, c. 16.
(6) En Hufeland' s *Journal*, XVI, I, p. 92.
(7) *Veber den Werth des homœopathischen Heilf.* Heidelberg, 1824. p. 75.

sin éxito por Stutz (1) con el álcali, pero se curó en seguida de un modo rápido y duradero con el opio. ¿Quién no reconoce aquí el método homeopático puesto en práctica sin saberlo el mismo que le emplea? El opio produce tambien, segun Vicat, J.-C. Grimm y otros, una fuerte y casi irresistible tendencia al sueño, acompañada de sudores abundantes y delirio.

Este fue un motivo para que Osthoff (2) no le administrase en una fiebre epidémica que presentaba síntomas muy análogos; porque el sistema cuyos principios seguia prohibia recurrir á él en semejante circunstancia. Sin embargo, despues de haber agotado inútilmente todos los remedios conocidos, y creyendo á su enfermo próximo á morir, tomó el partido de darle un poco de opio, cuyo efecto fue saludable, y efectivamente debia serlo segun la ley eterna de la homeopatía. J. Lind confiesa igualmente (3) que el opio quita los dolores de cabeza con calor en la piel y dificultad de sudar, que la cabeza se despeja, el calor ardiente de la fiebre desaparece, la piel se pone flexible y bañada de un sudor abundante. Pero Lind no sabia que este efecto saludable del opio es debido á que á despecho de los axiomas de la escuela, esta sustancia produce en el hombre sano síntomas muy análogos á aquellos. Han existido sin embargo algunos médicos por cuya imaginacion ha pasado esta verdad como un relámpago, pero sin dar orígen á la mas mínima sospecha de la ley homeopática. Alston (4) dice que el opio es un medio calefaciente, pero que no es menos á propósito para moderar el calor cuando ya existe.

De la Guerenne (5) administró el opio en una fiebre acompañada de un violento dolor de cabeza, de tension y dureza del pulso, sequedad y aspereza de la piel, calor urente, en fin de sudores debilitantes, cuya difícil exhalacion era continuamente interrumpida por la agitacion estraordinaria del enfermo. Este medio le produjo buenos

(1) En Hufeland's *Journal*, X, IV.
(2) En *Salzb. med. chirurg.* Zeitung, 1805, III, p. 110.
(3) *Vers. ueber die Krankheiten denen die Europæer in heisen Klimalen unterworfen sind* Riga, 1773.
(4) En *Edimb. Versuchen.* V. P. I, art. 12.
(5) En Roemer. *Annalen der Arzneimittellher*, I. II, p. 6.

resultados; mas no sabia que si el opio habia producido efectos ventajosos, habia sido porque posee la facultad de producir un estado febril enteramente análogo en los sugetos sanos, segun lo han reconocido muchos observadores. En una fiebre soporosa, en que el enfermo privado de la palabra se hallaba tendido con los ojos abiertos, los miembros rígidos, el pulso pequeño é intermitente, la respiracion difícil y estertorosa, síntomas perfectamente semejantes á los que el opio puede escitar por sí mismo, segun relacion de Delacroix, Rademacher, Crumpe, Pyl, Vicaet, Sauvages y otros muchos, esta sustancia fue la única á que C.—L. Hoffmann (1) vió producir buenos efectos, que fueron naturalmente un resultado homeopático. Wirthenson (2), Sidenham (3) y Marcus (4) han conseguido tambien curar con el opio fiebres letárgicas. El letargo que De Meza (5) curó, no pudo ser vencido mas que por esta sustancia que en semejante caso obra homeopáticamente, pues ella misma ocasiona el letargo. Despues de haber atormentado largo tiempo con remedios inapropiados á su situacion, es decir, no homeopáticos, á un hombre atacado de una enfermedad nerviosa pertinaz, cuyos principales síntomas eran la insensibilidad y entorpecimiento de los brazos, de los muslos y del bajo vientre, C.—C. Mathæi (6) le curó por último con el opio, que, segun Stutz, J. Young y otros, tiene la propiedad de escitar por sí mismo accidentes semejantes de una grande intensidad, y que por consiguiente como cada uno ve no ha verificado la curacion en este caso si no de una manera homeopática. ¿Con sujecion á qué ley se verificó la curacion de un letargo que databa de muchos dias, y que Hufeland obtuvo por medio del opio, (7) sino con sujecion á la de la homeopatía que ha sido desconocida hasta el presente? Un

(1) *Von Scharbock, Lustseuche, u. s. vv.* Munster, 1787, p. 295.
(2) *Opii vires fibræ cordis debilitare, etc.* Munster, 1775.
(3) *Opera*, p. 654.
(4) *Magazin fuer Therapie*, I, I, p. 7.
(5) *Act. reg. soc. med. Hafn.* III, p. 202.
(6) En Struve' s *Triumph. der Heilk.* III.
(7) En Hufeland' s *Journal*, XII, I.

enfermo padecia una epilepsia que no se manifestaba mas que durante el sueño; De Haen conoció que no era aquel un sueño natural, sino un adormecimiento letárgico, con respiracion estertorosa, semejante en todo al que el opio suscita en los sugetos sanos; y únicamente con el auxilio del opio fue como le transformó en un sueño sano y verdadero, al mismo tiempo que libró al enfermo de la epilepsia. (1) ¿Cómo podria el opio, que segun nadie ignora, es entre las sustancias vegetales aquella cuya administracion á pequeñas dósis produce el estreñimiento mas fuerte y mas pertinaz, ser sin embargo uno de los remedios con que mas se puede contar en las astricciones de vientre que ponen la vida en peligro, sino en virtud de la ley homeopática tan desconocida, es decir, si la naturaleza no hubiese destinado los medicamentos á vencer las enfermedades naturales por una accion peculiar que les es propia, y que consiste en producir una afeccion análoga? El opio, cuya primera impresion es tan poderosa para estreñir el vientre, fue para Tralles (2) el único medio de salvacion en un caso que habia tratado inútilmente hasta entonces por medio de los evacuantes y de otros medicamentos no apropiados á las circunstancias. Lentilius (3) y G.—W. Wedel (4) Wirthenson, Bell, Heister y Richter (5) han comprobado igualmente la eficacia del opio, aun administrado solo, en esta enfermedad. Bohn se habia convencido tambien por la esperiencia de que los opiados por sí solos podian desembarazar á las entrañas de su contenido en el cólico llamado *miserere* (6); y el grande Hoffmann, en los casos mas peligrosos de este género, se limitaba solo al opio combinado con el licor anodino. (7) ¿Todas las teorías contenidas en los doscientos mil volúmenes de medicina que pesan sobre la tierra, podrian darnos una esplicacion racional de este he-

(1) *Ratio medendi*, V, p. 126.
(2) *Opii usus et abusus*, sect. II, p. 260.
(3) *Eph. nat. cur.*, dec. III, ann. I. App. p. 131.
(4) *Opiologia*, p. 120.
(5) *Anfangsgruende der Wundarzneikunde*, V, §. 328. *Cronische Krankheiten*. Berlin, 1816, II, p. 220.
(6) De *officio medici*.
(7) *Medicin. rat. system.* t. IV, P. II, p. 297.

cho y de tantos otros semejantes, siendo todas ellas enteramente estrañas á la ley terapéutica de la homeopatia? ¿Son por ventura sus doctrinas las que nos conducen al descubrimiento de esta ley natural tan francamente espresada en todas las curaciones verdaderas, rápidas y durables, á saber: que, cuando se aplican los medicamentos al tratamiento de las enfermedades, es preciso tomar por guia la semejanza de los efectos que producen en el hombre sano con los síntomas de estas afecciones?

Rave (1) y Wedekind (2) han detenido metrorragias alarmantes con el auxilio de la sabina, que, como todos saben, determina hemorragias uterinas, y por consiguiente el aborto en las mujeres sanas. ¿Podrà desconocerse aqui la ley homeopàtica que prescribe curar *similia similibus*?

¿Seria el almizcle especìfico, con muy pocas escepciones, en las especies de asma á que se ha dado el nombre de Millar, sino produjese por sí mismo sofocaciones espasmódicas sin tos, como lo ha observado F. Hoffmann (3)?

¿Es posible que la vacuna garantice de las viruelas mas que de una manera homeopática? Porque, sin hablar de otros grandes rasgos de semejanza que existen con frecuencia entre estas dos enfermedades, tienen de comun, el que no pueden manifestarse mas que una sola vez en el curso de la vida; que dejan igualmente cicatrices profundas; que las dos determinan la tumefaccion de las glándulas axilares; una fiebre análoga, una rubicundez inflamatoria al rededor de cada grano; y en fin la oftalmia y las convulsiones. La vacuna destruiria bien la viruela recien manifestada, es decir, curaria esta afeccion ya existente, si no la escediesen las viruelas en intensidad. No le falta, pues, para producir este efecto, mas que un esceso de energía que, segun la ley natural, debe coincidir con la semejanza homeopática para que pueda efectuarse la curacion (§ 152). Así la vacuna, considerada como medio homeopático, no puede tener eficacia sino cuando

(1) *Beobachtungen und Schluesse*, II, p. 7.
(2) En Hufeland's *Journal*, X, I, p. 77.
(3) *Med. ration. sistem.*, III, p. 92.

se la emplea ántes de que aparezcan en el cuerpo las viruelas, que son mucho mas fuertes que ella. De esta manera provoca una enfermedad muy análoga á la viruela, y por consiguiente homeopática, despues de la cual el cuerpo humano que, por lo general no es atacado mas que una vez de este género de enfermedad, se encuentra en adelante al abrigo de semejante contagio (1).

Se sabe que la retencion de orina es uno de los accidentes mas frecuentes y penosos que producen las cantáridas; asercion que ha sido puesta fuera de toda duda por J. Camerarius, Baccius, Fabricio de Hidlen, Foreest, J. Lanzoni, Van der Wiel y Werlhoff (2). Por consiguiente las cantáridas administradas al interior con precaucion, deben ser un remedio homeopático muy saludable en casos análogos de disuria dolorosa. Pues esto es lo que efectivamente sucede. Sin contar todos los médicos griegos, que en lugar de nuestra cantárida usaban el *Meloe cichorii* de Fabricius, Fabricio de Aquapendente, Capo di Vaca, Riedlin, Th. Bartolino (3), Young (4), Smith (5), Raimond (6), de Meza (7), Brisbane (8) y otros han curado perfectamente con las cantáridas iscurias muy dolorosas, que no dependian de un obstáculo mecánico. Sidenham ha visto á este medio producir los mejores efectos en casos del mismo género, le alaba mucho, y le hubiera empleado gustoso si las tradiciones de la escuela que creyéndose mas sábia que la naturaleza, prescribe dulcificantes y demulcentes en semejantes circunstancias, no le hubiesen

---

(1) Esta curacion homeopática anticipada (que se llama preservacion ó profilaxia) nos parece posible tambien en algunos otros casos. Así creemos que llevando uno consigo azufre pulverizado puede preservarse de la sarna de los trabajadores en lana, y que tomando una dósis de belladona, por pequeña que sea, se libra tambien de la fiebre escarlatina.

(2) V. mis *Fragmenta de viribus medicamentorum positivis*. Leipzick, 1805, I, p. 83.

(3) *Epist.* 4, p. 345.

(4) *Phil. Trans.*, número 280.

(5) *Medic. comunications*, II, p. 305.

(6) En *Auserles. Abhandl. fuer pract. Aerzte*, III, p. 460.

(7) *Act. reg. soc. med. Hafn.*, II, p. 302.

(8) *Auserles. Faelle*, Altenb. 1776.

inducido, contra sus propias convicciones, á no emplear el remedioque es específico ú homeopático (1). En la gonorrea inflamatoria reciente en que Sachs de Lewenhein, Hannæus, Barttolino, Lister y antes de todos estos Werlhoff han administrado las cantáridas á pequeñísimas dósis con un completo resultado; esta sustancia ha hecho desaparecer manifiestamente los síntomas mas graves que empezaban á declararse (2). Solo ha producido este efecto en virtud de la propiedad de que goza segun el testimonio de casi todos los observadores, de ocasionar una disuria dolorosa, ardor al orinar, inflamacion de la uretra (Wendt), y aún por su simple aplicacion al esterior, una especie de gonorrea inflamatoria (Wichmann) (3).

El uso del azufre al interior causa con frecuencia en los sugetos irritables un tenesmo acompañado algunas veces de dolores en el bajo vientre y de vómitos, como lo afirma Walther (4). Pues solo en virtud de esta propiedad concedida al azufre es como se han podido curar por medio de él (5) afecciones disentéricas, y un tenesmo hemorroidal, segun Werlhof (6), y, segun Rave (7), cólicos ocasionados por las hemorroides. Es bien sabido que las aguas de Tæplitz, como todas las demás aguas sulfurosas tibias y calientes, determinan la aparicion de un exantema, que se parece mucho á la sarna de los trabajadores en lana. Pues esta virtud homeopática es la que justamente las hace á propósito para curar diversas erupciones psóricas. ¿Qué medio hay mas sofocante que el

---

(1) *Opera*, *ed. Reichel*, t. II, p. 124.

(2) Digo «los síntomas mas graves que empiezan á declararse,» porque lo restante del tratamiento exige otras consideraciones; pues si bien hay algunas gonorreas tan leves que desaparecen pronto por sí mismas y casi sin auxilios, existen otras mucho mas graves, principalmente aquella que tanto se ha generalizado desde las campañas de los Franceses, y que se comunica por el coito como la sífilis, aunque sea de una naturaleza enteramente diversa.

(3) *Auswahl aus den Nurnberger gelehrten Unterhaltungen*. I, p. 249.

(4) *Prog. de sulphure et marte*. Leipzick, 1743, p. 5.

(5) *Med. National-Zeitung*, 1798, p. 153.

(6) *Observat. de febribus*, p. 3, §. 6.

(7) En Hufeland's *Journal*, VII, II, p. 168.

vapor del azufre? Sin embargo, Bucquet (1) cita el vapor del azufre en combustion como el medio que mejor prueba, para reanimar á los sugetos asfixiados por cualquiera otra causa.

Leemos en los escritos de Beddoes y otros, que los médicos ingleses han encontrado en el ácido nìtrico un poderoso medio contra la salivacion y las úlceras de la boca ocasionadas por el uso del mercurio. Este ácido no hubiera podido ser útil en semejante caso, sino poseyese la facultad de producir por sì mismo la salivacion y úlceras en la boca, bastando, para que se manifiesten dichos efectos, aplicarle en baño à la superficie del cuerpo, segun testimonio de Scott (2) y Blair (3), y como se ve sobrevenir igualmente despues de su administracion al interior, como lo atestiguan Alyon (4), Lucke (5), J. Ferriar (6) y G. Kellie (7).

Fritze (8) ha visto á un baño cargado de potasa cáustica producir una especie de tétanos, y A. de Humboldt (9) ha llegado por medio de la sal de tártaro fundida, especie de potasa semi-cáustica, à aumentar la irritabilidad de los músculos hasta el punto de producir la rigidez tetánica. La virtud curativa que la potasa cáustica ejerce en todas las especies de tétanos, en que Stutz y otros la han hallado tan ventajosa ¿podria esplicarse de una manera mas sencilla y mas verdadera que por la facultad de que goza este álcali de producir efectos homeopáticos?

El arsénico, cuya inmensa influencia sobre la economía hace que no se atreva uno á decidir si puede ser mas temible en manos de un imprudente, que saludable en las de un sabio, el arsénico no hubiera hecho tan sor-

---

(1) *Edimb. med. comment.*, IX.
(2) En Hufeland' s. *Journal*, IV, p. 353.
(3) *Neueste Efahrungen*. Glogau, 1801.
(4) En las Mém. de la Soc. d' émulation, I, p. 195.
(5) En *Beddoes*.
(6) En *Sammlung auserles. Abhandl. fuer pract. Aerzte*, XIX, II.
(7) *Ibid.* XIX, I.
(8) En Hufeland' s. *Journal*, XII, I, p. 116.
(9) *Verssuch ueber die gereizte Munskel und Nervenfaser*. Posen y Berlin 1797.

prendentes curaciones de cánceres de la cara á la vista de una multitud de médicos, entre los cuales citaré solamente á Falopio (1), Bernhardi (2) y Roennow (3), si este óxido metálico no tuviera la facultad homeopática de dar origen en los sugetos sanos á tubérculos muy dolorosos y muy difíciles de curar, segun Amatus Lusitanus (4), á ulceraciones muy profundas y de mal carácter, segun Heinreich (5) y Knape (6), y á úlceras cancerosas, segun el testimonio de Heinze (7). Los antiguos no estarian unánimes en el elogio que hacen del emplasto magnético ó arsenical de Angel Sala (8) contra los bubones pestilenciales y el carbunco, sino tuviese el arsénico, como aseguran Degner (9) y Pfann (10), la propiedad de producir tumores inflamatorios que pasan prontamente á la gangrena, y carbuncos ó pústulas malignas, como lo han observado Verzascha (11) y Pfann (12). ¿Y de dónde le vendria la virtud curativa que manifiesta en algunas especies de fiebres intermitentes, virtud confirmada por tantos millares de ejemplos, mas para cuya aplicacion práctica no se tiene todavía bastante precaucion, y que proclamada hace ya muchos siglos por Nicolás Myrepsus, ha sido despues puesta fuera de duda por Slevogt, Molitor, Jacobi, J.-C. Bernhardt, Jungken, Fauve, Brera, Darwim, May, Jackson y Fowler, sino fuese por la facultad que tiene de provocar la fiebre que han señalado casi todos los observadores de los inconvenientes de esta sustancia, en particular Amatus Lusitanus, Degner, Buchholz,

---

(1) *De ulceribus et tumoribus, lib.* 2, Venecia, 1563.
(2) En el Journal de méd., chir. et pharm., LVII, 1752. Mars.
(3) *Konigl. vetensk. Handl. f. a.* 1776.
(4) *Obs. et cur.*, cent. II, cur. 34.
(5) *Act. nat. cur.*, II, obs. so.
(6) Annalen der Staatsarzneyk, I, I.
(7) En Hufeland' s. *Journal*. 1813, setiembre, p. 48.
(8) *Anatom. vitrioli*, tr. II. *In Opp. med chym., Francfort*, 1647, p. 381, 463
(9) *Act. nat. cur.*, VI.
(10) *Annalen der Staatsarzneykunde*, loc. cit.
(11) *Obs. med. cent.* Bâle, 1677, obs. 66.
(12) *Sammlung merkwuerd. Faelle*. Nuremberg, 1750, p. 119, 130.

Heun y Knape? Podemos creer á E. Alexander (1), cuando dice que el arsénico es un remedio soberano contra la angina de pecho, puesto que Tacheniús, Guilbert, Preussius, Thilenius y Pyl le han visto ocasionar una viva opresion de pecho, Griselius (2) una disnea que llegaba casi hasta la sofocacion; en fin, Majault sobre todo (3) accesos de asma escitados repentinamente por la progresion y acompañados de una grande postracion de fuerzas.

Las convulsiones que determinan el cobre, y segun Tondi, Ramsay, Fabas, Pyl y Cosmier, el uso de alimentos cargados de partículas cobrizas; los ataques reiterados de epilepsia que han producido á la vista de J. Lazerne (4), la introduccion de una moneda de cobre en el estómago, y á la de Pfundel (5), la ingestion de la sal amoniaco cobriza en las vias digestivas, esplican sin dificultad á los médicos que se tomen la molestia de reflexionar cómo el cobre ha podido curar la corea, segun refieren R. Willan (6), Walcker (7), Thuessimk (8) y Delarive (9); cómo las preparaciones cobrizas han proporcionado con tanta frecuencia la curacion de la epilepsia; como lo testifican los hechos referidos por Batty, Baumes, Bierlig, Boerhaave, Causland, Cullen, Duncan, Feuerstein, Hevelius, Lieb, Magennis, C.-F. Michaëlis, Reil, Russel, Stisier, Thilenius, Weissmann, Weizenbreyer, Withers y otros.

Si Poterius Wepfer, F. Hoffman, R.-A. Vogel, Thierry y Albrecht han curado con el estaño una especie de tisis, una fiebre héctica, catarros crónicos y un asma mucoso, es porque este metal tiene la propiedad de producir por sí mismo una especie de tisis, como

(1) *Med. comm of Edimb.*, dec. II, t. I, p. 85.
(2) *Misc. nat. cur.*, dec I, ann. 2, p. 149.
(3) En *Sammlung auserles. Abhandl.*, VII, I.
(4) *De morbis int. capitis.* Amsterdam, p. 1748, 255.
(5) En Hufeland's *Journal*, II, p. 264; y segun testimonio de Burdach, en su *System. der Arzneien.* I, Leipzick 1807, p. 284.
(6) *Samml. auserles. Abhandl.*, XII, p. 62.
(7) *Ibid.* XI, 3, p. 672.
(8) *Waarnemingen* n.° 18.
(9) En Kuhn's *phys; med. Journal* 1800, Enero, p. 58.

Stahl (1) habia ya podido convencerse de ello. ¿Y cómo hubiera podido curar unos dolores de estómago, como se lo atribuye Geischlaeger, sino pudiese determinar por sí mismo una cosa semejante? Pues esta facultad de que goza la ha puesto fuera de toda duda el mismo (2) Geischlaeger y antes que este Stahl (3).

El desagradable efecto que tiene el plomo de ocasionar una astriccion pertinaz de vientre y aun la pasion ilíaca, como lo han notado Thumberg, Wilson, Luzuriaga y otros ¿no nos da á entender que este metal posee tambien la virtud de curar estas dos afecciones? Porque debe, como todos los demás medicamentos del mundo, poder combatir y curar de un modo duradero, por su facultad de escitar síntomas morbosos, los males naturales que tengan semejanza con los que él engendra. Pues Angel Sala (4) ha curado una especie de íleo, y J. Agrícola (5) un estreñimiento, que comprometia la vida del enfermo, con el uso del plomo al interior. Las píldoras saturninas con las que muchos médicos, Chirac, Van Helmont, Naudeau, Pererius, Rivinus, Sydenham, Zacutus Lusitanus, Bloch y otros han curado la pasion iliaca y el estreñimiento inveterado no obraban solamente de una manera mecánica y por su peso; pues si de esto hubiera dependido su eficacia, el oro, cuyo peso específico escede mucho al del plomo, se hubiera mostrado mas eficaz en semejante caso; sino que producian su efecto sobre todo como remedio saturnino interno, y curaban homeopáticamente. Si Otton Tachenius y Saxtorph han curado en otro tiempo hipocondrías pertinaces con el auxilio del plomo, es preciso recordar que este metal tiende por sí mismo á producir afecciones hipocondríacas, como puede verse en la descripcion que hace Luzuriaga (6) de sus efectos perjudiciales.

---

(1) *Mat. med.*, cap. 6. p. 85.
(2) En Hufeland's. *Journal*, X, III, p. 165
(3) *Mat. med. loc. cit.*
(4) *Opera*, p. 213
(5) *Comment. in J. Poppii chym. med.*, Leipzick, 1638, p. 223.
(6) Recueil, periód. de littérature, I, p. 20.

No debe causar admiracion el que Marcus (1) haya curado rápidamente una hinchazon inflamatoria de la lengua y de la faringe con un remedio (el mercurio) que, segun la esperiencia diaria y mil veces repetida por los médicos, posee una tendencia específica á producir la inflamacion y la tumefaccion de las partes internas de la boca, fenómenos á que da tambien lugar solo por su aplicacion à la superficie del cuerpo bajo la forma de ungüento ó de emplasto, como lo han esperimentado Degner (2), Friese (3), Alberti (4), Engel (5) y otros muchos. La debilidad de las facultades intelectuales (Swediauer) (6), la imbecilidad (Degner) (7), y la enajenacion mental (Larrey) (8), que se han visto resultar del uso del mercurio, unidas á la facultad casi específica que se conoce en este metal de producir la salivacion, esplican como G. Perfect (9) ha podido curar de un modo duradero con el mercurio una melancolía que alternaba con una sialorréa. ¿Porqué los mercuriales han tenido tan buen éxito en manos de Seelig (10) contra la angina acompañada de pùrpura, en las de Hamilton (11), Hoffmann (12), Marcus (13), Rush (14), Colden (15), Bayley y Michaëlis (16), contra otras esquinencias de mal caracter? Evidentemente ha sido porque este metal suscita por sì mismo una especie de angina de las mas incómodas (17). ¿No es homeopáticamen-

---

(1) *Magazin*, II, II.
(2) *Act. nat. cur.*, VI, app.
(3) *Geschichte und Versuche einer chirurg. Gesellschaft.* Copenhague, 1774.
(4) *Jurisprudentia medica*, V, p. 600.
(5) *Specimina medica*, Berlin, 1781, p. 99.
(6) Traité des maladies vénér., II, p. 368.
(7) *Loc. cit.*
(8) En la Descript. de l' Egypte, t. I.
(9) *Annalen einer Austalt fuer Wahnsinnige.* Hanovre, 1804.
(10) En Hufeland, s *Journal* XVI, I, p. 24.
(11) *Edinb. med. comment.*, IX, I, p. 8.
(12) *Medic Wochenblatt*, 178, núm. I.
(13) *Magazin fuer specielle Therapie*, II, p. 334.
(14) *Medic. inquir. and observ.*, núm. 6
(15) *Med. obs. and. inquir.*, núm. 19, p. 211
(16) En Richter' s. *chirurg.* Biblioth., V, p. 737–739.
(17) Se ha tratado tambien de curar el croup por medio del mercurio, pero casi siempre sin buen resultado; porque este

te como Sauter (1) ha curado una inflamacion ulcerosa de la boca, acompañada de aftas y de una fetidéz del aliento semejante á la que acompaña al ptyalismo, prescribiendo gargarismos con la disolucion del sublimado; y como Bloch (2) ha hecho desaparecer las aftas de la boca con el uso de las preparaciones mercuriales, puesto que esta sustancia, entre otras ulceraciones bucales, produce particularmente una especie de aftas, como nos lo aseguran Schlegel (3) y Th. Acrey (4)?

Hecker (5) ha empleado con éxito muchas mezclas de medicamentos en una caries sobrevenida á consecuencia de las viruelas. Por fortuna entraba en todas estas mezclas el mercurio, à cuya accion se concibe que podia ceder la enfermedad, puesto que es uno de los pocos agentes medicinales que tienen la facultad de producir por si mismos la caries, como lo prueban tantos tratamientos mercuriales exagerados, ya contra la sífilis, ya tambien contra otras enfermedades, entre otros los de G.—P. Michaelis (6). Este metal, tan temible cuando se prolonga su uso, á causa de la cáries de la que se hace entonces causa escitante, ejerce sin embargo una influencia homeopática muy saludable en la càries que sucede á las lesiones mecánicas de los huesos, de lo que J. Schlegel, (7), Joerdens (8) y J.—M. Muller (9) nos han trasmitido ejemplos muy notables. Las curaciones de cáries no venéreas y de

---

metal no puede producir por sí mismo en la membrana mucosa de la traquea arteria un cambio análogo á la modificacion particular que ocasiona en ella esta enfermedad. El hígado de azufre calcareo, que escita la tos dificultando la respiracion, y mejor todavía como lo he probado la esponja quemada obran de una manera mucho mas homeopática en sus efectos especiales, y prestan por consiguiente un auxilio mucho mas eficaz, sobre todo á las dosis mas pequeñas posibles.

(1) En Hufeland' s *Journal*, XII, II.
(2) *Medic. Bemerk.*, p. 161.
(3) En Hufeland' s. *Journal*, VII, 14.
(4) *Lond. med. journ.*, 1788.
(5) En Hufeland' s *Journal*, I, p. 362.
(6) En Hufeland' s *Journal*, 1809, VI, junio, p. 57.
(7) *Ibid.* V, p. 605, 610.
(8) *Ibid.* X, II.
(9) *Obs. med. chir.*, II, cas. 10.

diferente género que las anteriores, obtenidas igualmente con el mercurio por J.—F.—G. Neu (1) y J.—D. Metzger (2), suministran una nueva prueba de la virtud curativa homeopática de que está dotada esta sustancia.

Leyendo los escritos que se han publicado acerca de la electricidad médica, se sorprende uno al ver la analogía que existe entre las incomodidades ó accidentes morbosos que á veces ha determinado este agente, y las enfermedades naturales, compuestas de síntomas en todo semejantes, cuya curacion permanente ha proporcionado por homeopatía. Es inmenso el número de los autores que han observado la aceleracion del pulso entre los primeros efectos de la electricidad positiva; mas Sauvages (3), Delas (4) y Barillon (5) han visto paroxismos completos de fiebre que habian sido escitados por la electricidad. Esta facultad, que tiene de producir la fiebre, es la causa á que se debe atribuir que solo ella haya bastado á Gardini (6), Wilkinson (7), Sime (8) y Wefey (9), para curar una fiebre terciana, y á Zetzel (10) y Willermoz (11), aun para hacer desaparecer fiebres cuartanas. Se sabe que la electricidad determina ademas en los músculos, contracciones que se asemejan á los movimientos convulsivos.

De Saus (12) podia tambien producir por su influjo, siempre que queria, movimientos convulsivos duraderos en el brazo de una muchacha. Pues en virtud de esta facultad propia de la electricidad es por lo que De Saus (13) y

---

(1) *Disi. med. pract.* Gottinga, 1776.
(2) *Adversaria*, P. II, sect. 4.
(3) Bertholon de St.—Lazare, *Medizinische Elektricitaet.* Leipsick, 1788, T. I, p. 239, 240.
(4) *Ibid.*, p. 232.
(5) Bertolon de St.—Lazare, *Medicinische Elektricitaet.* Leipzick, 1788, T. I, p. 233.
(6) *Ib.* p. 232.
(7) Bertholon de St— Lazare, T. I, p. 251.
(8) *Ib.* p. 250.
(9) *Ib.* p. 249.
(10) *Ib.* p. 52.
(11) *Ib.* p. 250.
(12) *Ib.* p. 274.
(13) *Ib.* p. 274.

Franklin (1) la han aplicado con feliz éxito al tratamiento de las convulsiones, y Theden (2) ha llegado á curar con su auxilio á una niña de diez años, á la que un rayo la habia privado de la palabra y del movimiento del brazo izquierdo, todo ello dando lugar á un movimiento involuntario continuo de los brazos acompañado de una contraccion espasmódica de los dedos de la mano izquierda. La electricidad determina igualmente una especie de ciática, como Jallabert (3) y otro (4) lo han observado: asi ha podido curar homeopáticamente esta afeccion, segun lo han demostrado Hiortberg, Lovet, Arrigoni, Daboueix, Mauduyt, Syme y Wesley. Muchos médicos han curado una oftalmía con la electricidad, es decir á beneficio del poder que tiene esta última de producir por sí misma inflamaciones de los ojos, como resulta de las observaciones de P. Dickson (5) y Bertholon (6).

Ultimamente en manos de Fushel ha curado tambien varices, y debe esta virtud curativa á la facultad que Jallabert (7) ha demostrado que tiene de producir tumores varicosos. Albers refiere que un baño caliente á cien grados del termómetro de Fahrenheit disminuyó mucho el vivo color de una fiebre aguda en la que el pulso latia ciento treinta veces por minuto; y que redujo el número de pulsaciones á ciento diez. Læffler ha reconocido que los fomentos calientes son muy útiles en la encefalitis producida por la insolacion ó por la accion del calor de las estufas (8), y Callisen (9) mira las afusiones de agua caliente sobre la cabeza como el medio mas eficaz en la inflamacion del cerebro.

Si se hace abstraccion de los casos en que los médicos ordinarios han llegado á conocer, no por sus propias investigaciones, sino por el empirismo del vulgo, el remedio

---

(1) Recueil sur l' élect. médic. II, p. 386.
(2) *Neue Bemerkunger und Erfahrungen*, III.
(3) Expériences et observations sur, l' électricité.
(4) *Philos. trans.*, vol. 63.
(5) Bertholon, *loc. cit.*, p. 466.
(6) *Loc. cit.*, II, p. 296.
(7) *Loc. cit.*
(8) En Hufeland' s *Journal*, III, p. 690.
(9) *Act soc. med. Hafn*, IV, p. 419.

específico de aquellas enfermedades que permanecen siempre semejantes á sí mismas, por consiguiente aquel con cuyo auxilio puede curarse de un modo directo, como el mercurio en las enfermedades venéreas, el árnica en las producidas por contusiones, la quina en las fiebres intermitentes de los pantanos, el azufre en polvo en la sarna reciente, etc.; si, repito, se dejan á un lado estos casos, veremos que por todas partes, casi sin ninguna escepcion, los tratamientos de las enfermedades crónicas, emprendidos con tan grandes apariencias de capacidad y suficiencia por los partidarios de la antigua escuela, no han tenido otro resultado que atormentar á los enfermos, agravar su situacion, conducirlos aun al sepulcro, é imponer gastos ruinosos á las familias.

Algunas veces tambien una mera casualidad les conducia al tratamiento homeopático (1); pero no conocian la

(1) Así, por ejemplo, creen espeler de la piel la materia de la traspiracion detenida, segun ellos, en esta membrana despues de los enfriamientos, cuando en medio del frio de la fiebre dan á beber una infusion de flores de sauco, planta que tiene la facultad homeopática de hacer cesar una fiebre semejante, y de restablecer al enfermo, cuya curacion es mucho mas pronta y segura, sin sudar, tomando poca cantidad de esta infusion, y no haciendo uso de otra cosa. Cubren con cataplasmas calientes frecuentemente renovadas los tumores agudos y duros, cuya escesiva inflamacion acompañada de dolores insoportables no permite que se establezca la supuracion: bajo la influencia de este tópico no tarda en ceder la inflamacion, los dolores se mitigan, el absceso empieza á manifestarse, como se conoce por el aspecto reluciente del tumor, por su tinte amarillento y por su blandura. Entonces creen que se ha reblandecido el tumor por la humedad, cuando no han hecho mas que destruir homeopáticamente el esceso de inflamacion por el calor más fuerte de la cataplasma, y hacer posible de este modo la pronta manifestacion de la supuracion. ¿Por qué emplean con éxito en algunas oftalmias el óxido rojo de mercurio, que forma la base de la pomada de Saint-Ives, y que si se concede á alguna sustancia el poder de inflamar el ojo, debe necesariamente poseerle? ¿Es difícil conocer que obran en esto homeopáticamente? ¿Cómo un poco de jugo de perejil produciria un alivio instantáneo en la disuria tan frecuente en los niños, y en la gonorrea ordinaria, que se conoce principalmente por los inútiles y dolorosos esfuerzos para orinar, que la acompañan, si este jugo no gozase ya de la facultad de escitar por sí mismo en los sugetos

ley natural en virtud de la cual se verifican y deben verificarse las curaciones de este género.

Es pues de la mayor importancia para el bien del género humano averiguar cómo se han verificado, hablando en propiedad, estas curaciones tan notables por su rareza como por sus efectos sorprendentes. El problema es de grande interés. Efectivamente encontramos, y los ejemplos que acaban de citarse lo demuestran demasiado, que estas curaciones solo se han hecho con medicamentos homeopáticos, es decir, que poseian la facultad de producir un estado semejante á la enfermedad que se trataba de curar. Se han verificado de una manera pronta y duradera por medicamentos de que se habian servido por casualidad los que los prescribian; á pesar de estar en contradiccion con todos los sistemas y todos los principios terapéuticos de su tiempo, muchas veces sin saber lo que hacian, ni porqué obraban de este modo, confirmando asi con los he-

---

sanos conatos dolorosos para orinar, que casi es imposible satisfacer; si de consiguiente no curase homeopáticamente? La raiz de saxifraga mayor, que promueve una abundante secrecion de mucosidades en los bronquios y en la laringe sirve para combatir con buenos resultados la angina llamada mucosa, y se detienen algunas metroragias con una pequeña dosis de las hojas de sabina que posee la facultad de determinar por sí misma hemorragias uterinas: en una y otra circunstancia se obra sin conocer la ley homeopática. En el ópio á pequeñas dósis que produce el estreñimiento, se ha encontrado uno de los remedios mas principales y seguros contra el estreñimiento que acompaña á las hernias estranguladas y al íleo sin que este descubrimiento haya conducido al de la ley homeopática, cuya influencia sin embargo era tan sensible en semejante caso. Se han curado pequeñas úlceras no venéreas en la faringe con cortas dósis de mercurio, que obraba entonces homeopáticamente. Se ha detenido muchas veces la diarrea por medio del ruibarbo que determina evacuaciones albinas. Se ha curado la rabia con la belladona, que ocasiona una especie de hidrofobia. Se ha hecho cesar como por encanto el coma, tan peligroso en las fiebres agudas, á beneficio de una pequeña dósis de ópio, sustancia dotada de virtudes calefacientes y estupefacientes. ¡Y despues de tantos ejemplos que tan alto hablan, se ve todavía que los médicos persiguen la homeopatía con un encarnizamiento que no puede anunciar mas que el despertamiento de una conciencia atormentada de remordimientos en un corazon incapaz de enmendarse!

chos y contra su voluntad la necesidad de la única ley natural en terapéutica, la de la homeopatía, ley á cuya investigacion no han permitido entregarse hasta el dia las preocupaciones médicas, á pesar del gran número de hechos y de indicios que debian haber puesto en estado de descubrirla.

La medicina doméstica misma, ejercida por personas estrañas á nuestra profesion, pero dotadas de un sano juicio y de un genio observador, habia conocido que el método homeopático era el mas seguro, el mas racional y el menos espuesto á fallar.

Se aplica colicostra helada sobre los miembros que acaban de congelarse, ó bien se los frota con nieve (1).

---

(1) M. Lux ha establecido sobre estos ejemplos sacados de la práctica doméstica su método curativo, *per idem* (æqualia æqualibus), que designa con el nombre de *Isopatìa*, y que algunas cabezas escéntricas miran como el *nec plus ultra* del arte de curar, sin saber cómo podrian realizarle.

Pero si se juzgan sanamente estos ejemplos, aparece ya la cosa bajo muy diferente aspecto.

Las fuerzas puramente físicas, son de una naturaleza muy diferente de las dinámicas de los medicamentos en su accion, sobre el organismo vivo.

El calor y el frio del aire ambiente, del agua ó de los alimentos y bebidas, no ejercen por sí mismos una influencia nociva absoluta sobre el cuerpo sano. Una de las condiciones para el mantenimiento de la salud, es que el frio y el calor alternen, y por sí mismos no son medicamentos. Así que cuando obran como medios curativos en las enfermedades del cuerpo, no es en virtud de su esencia, ó como sustancias nocivas por sí mismas, como lo son los medicamentos, aun á las dósis mas pequeñas, sino únicamente en razon de su cantidad mas ó menos considerable, es decir, del grado de temperatura; del mismo modo que, para tomar otro ejemplo de fuerzas puramente físicas, una masa de plomo aplasta dolorosamente mi mano, no porque es de plomo, puesto que una lámina delgada no produciria este efecto, sino porque tiene mucho metal y es muy pesada.

Si pues el frio y el calor son útiles en ciertas afecciones del cuerpo, tales como las congelaciones y las quemaduras, solamente lo son en razon de su grado, del mismo modo que solo atacan la salud del cuerpo, cuando llegan á un grado estremo.

Esto bien establecido, hallamos que en los ejemplos de la práctica doméstica, no es la aplicacion prolongada del grado de frio á que se ha congelado el miembro, el que le restablece *isopáticamente*, puesto que muy lejos de esto, extinguiria en él la

El cocinero, que acaba de escaldarse una mano, la presenta al fuego á una cierta distancia, sin atender al aumento de dolor que de esto resulta en un principio; porque ha aprendido de la esperiencia que de este modo puede en muy poco tiempo, y muchas veces en pocos mi-

---

vida sin recurso, sino la de un frio aproximado solamente á aquel (*homeopáticamente*), y llevado poco á poco hasta una temperatura soportable. Así la colicostra helada que se aplica en una habitacion sobre un miembro congelado, no tarda en deshelarse, en tomar por grados la temperatura de la habitacion, y en curar así al miembro de un modo físicamente homeopático. Del mismo modo, una quemadura hecha en la mano con agua hirviendo no se cura por la reaplicacion de agua hirviendo, sino solamente por la accion de un calor un poco menos vivo, por la inmersion del miembro en un líquido á sesenta grados, cuya temperatura disminuye á cada instante hasta igualarse con la del aposento. Así tambien, para presentar otro ejemplo de accion física, el dolor y la tumefaccion causados por un golpe recibido en la frente, disminuyen homeopáticamente, cuando se apoya el pulgar sobre la parte, primero con vigor, y despues con una fuerza siempre decreciente, mientras que un golpe semejante al que los ha ocasionado, lejos de calmarlos, no haria mas que aumentar *isopáticamente* el mal.

Respecto á los hechos, que refiere M. Lux como curaciones *isopáticas*, tales como algunas contracturas en hombres, y una paralísis de los riñones en un perro, ocasionadas unas y otras por un enfriamiento, y que cedieron en poco tiempo al baño frio, no tiene razon para pretender esplicarlos por la isopatía. Los accidentes que se designan con el nombre de enfriamientos, se atribuyen impropiamente al frio, puesto que se los ve sobrevenir en los sugetos predispuestos despues de la accion de una rápida corriente de aire, que ni aun podia llamarse fresco. Los diversos efectos del baño frio sobre el organismo vivo en el estado de salud y de enfermedad, no pueden tampoco mirarse bajo un solo punto de vista de modo que se esté autorizado para fundar sobre ellos un sistema tan atrevido. Que el medio mas seguro de curar la mordedura de las serpientes venenosas sea el aplicar sobre la herida porciones de estos animales, como lo dice M. Lux, es una asercion digna de archivarse entre las fábulas que nos han transmitido nuestros padres, hasta que se haya confirmado por esperimentos que no dejen la menor duda. En fin, que un hombre hidrófobo haya sido curado, segun se dice, en Rusia con la administracion de la saliva de un perro rabioso, este se dice, no es suficiente para inducir á un médico concienzudo á repetir semejante prueba, ni para justificar la adopcion de un sistema tan poco verosímil como el de la *isopatía*.

nutos, curar perfectamente la quemadura y hacer desaparecer hasta la menor señal de dolor (1).

Otras personas inteligentes, igualmente estrañas á la medicina, por ejemplo los barnizadores, aplican sobre las quemaduras una sustancia que por sí misma escita una sensacion semejante de ardor, á saber: el espíritu de vino (2) caliente ó la esencia de trementina (3), y se curan

---

(1) Fernel *(Therap., lib. VI, cap. 20)* consideraba ya la esposicion de la parte quemada al fuego como el medio mas á propósito para hacer cesar el dolor. J. Hunter *(On the blood, p. 218)* refiere los graves inconvenientes que resultan del tratamiento de las quemaduras con el agua fria, y prefiere mucho el método de aproximar las partes al fuego. Se separa en esto de las doctrinas médicas tradicionales, que prescriben los refrigerantes contra la inflamacion *(contraria contrariis)*; porque la esperiencia le habia enseñado que un calor homeopático *(similia similibus)* era el medio mas saludable que habia.

(2) Sydenham (*Opera*, p. 271) dice que las aplicaciones reiteradas de alcohol son preferibles en las quemaduras á todos los demas medios. B. Bell *(sistem of surgery, 1789)* respeta igualmente á la esperiencia, que indica los remedios homeopáticos como los únicos eficaces. Hé aquí cómo se espresa: «el alcohol es uno de los mejores medios contra las quemaduras de toda especie. Cuando se le aplica, al principio parece que se aumenta el dolor *(véase* mas adelante, 164) pero este no tarda en disminuirse para ser reemplazado por una sensacion agradable de calma. Nunca es tan poderoso este método, como cuando se sumerge la parte en alcohol; pero si no puede verificarse esta inmersion es preciso tener continuamente cubierta la quemadura con una compresa empapada en dicho líquido.» Yo añado que el alcohol caliente, y aun muy caliente alivia de un modo mas pronto y seguro, porque es mucho mas homeopático que el alcohol frio. Esto es lo que la esperiencia confirma.

(3) E. Kentish, que tenia que tratar á los quemados, con frecuencia de un modo horrible, en las minas de ulla, por la esplosion de gases inflamables, les hacia aplicar esencia de trementina caliente ó alcohol, como el mejor remedio que se podia emplear en las quemaduras graves (*Essay ou burus*, Lóndres, 1798.) Ningun tratamiento puede ser mas homeopático que este, ni hay tampoco otro que tenga mas eficacia.

Heister, cirujano hábil y lleno de buena fé, recomienda tambien esta práctica por su propia esperiencia (*Instit. chirurg.*, t. I, p. 333); alaba la aplicacion de la esencia de trementina, del alcohol y de las cataplasmas tan calientes como pueda resistirlas el enfermo.

Pero nada demuestra mejor la asombrosa preeminencia del método homeopático, es decir, de la aplicacion á las partes

asi en pocas horas, sabiendo muy bien que los ungüentos llamados refrigerantes no producirian el mismo resultado en igual número de meses, y que el agua fria no haria mas que empeorar el mal (1).

---

quemadas de sustancias que escitan por sí mismas una sensacion de calor y de ardor, sobre el método paliativo, que consiste en hacer uso de medios refrigerantes, y frigoríficos, que las esperiencias puras en las que para comparar los resultados de estos dos procederes contrarios se los ha aplicado simultáneamente sobre un mismo sugeto y en quemaduras de igual grado.

Así J. Bell, teniendo que tratar á una señora que se habia quemado los dos brazos con caldo, cubrió el uno con esencia de trementina, é hizo sumergir el otro en agua fria. El primero, á la media hora, no causaba ya dolores, mientras que el segundo continuó doloroso por espacio de seis horas; luego que la enferma le sacaba del agua, sentia en él dolores mucho mas agudos; y la curacion de este brazo exigió mucho mas tiempo que la del otro.

J. Anderson (en Kentish., *loc. cit.* p. 43) ha tratado del mismo modo á una mujer que se habia quemado la cara y los brazos con manteca hirviendo. «Pocos minutos despues del accidente, se cubrió la cara, que estaba muy roja y dolorosa, con aceite de trementina; en cuanto al brazo, le habia ya metido la misma en agua fria, y manifestó deseos de esperar algunas horas el efecto de este tratamiento. Al cabo de siete horas estaba mejor la cara, y la enferma muy aliviada. En cuanto al brazo, al que se habia renovado con frecuencia el líquido en que estaba sumergido, se hacian sentir en él vivos dolores, luego que se le sacaba del agua, y la inflamacion habia aumentado de un modo manifiesto. Al dia siguiente supe que la enferma habia pasado grandes dolores; la inflamacion se habia estendido por encima del codo; se habian reventado muchas y grandes ampollas, y se habian formado escaras gruesas en el brazo y en la mano, que se las cubrió entonces con una cataplasma caliente. La cara no causaba la menor sensacion de dolor; pero fué necesario emplear los emolientes por mas de quince dias, para conseguir la curacion del brazo.»

¿Quién no ve aquí la inmensa ventaja del tratamiento homeopático, es decir, de un agente que produzca efectos semejantes á los del mal, sobre el método antipático que prescribe la antigua escuela?

(1) J. Hunter no es el único que señala los graves inconvenientes del tratamiento de las quemaduras con el agua fria. Fabricio de Hilden *(De combustionibus libellus*, Bâle, 1607, cap. V, p. II) asegura igualmente que los fomentos frios son muy perjudiciales en esta clase de accidentes, que producen los mas

Un segador ya algo antiguo, por poco acostumbrado que esté á los licores fuertes, no bebe jamás agua fria cuando el ardor del sol y el cansancio del trabajo le han puesto en un estado de fiebre ardiente; conoce muy bien el peligro de obrar de este modo, y toma un líquido escitante, por ejemplo, un trago de aguardiente. La experiencia, orígen de todas las verdades, le ha convencido de las ventajas y de la eficacia de este proceder homeopático. El calor y la laxitud que esperimentaba no tardan en disminuir (1).

Ha habido tambien de cuando en cuando médicos que han sospechado que los medicamentos curaban las enfermedades, por la virtud de que gozan de producir síntomas morbosos análogos (2).

Así el autor del libro Περὶ τόπων των κατ ανθρωπον (3) que forma parte de la coleccion de las obras comprendidas bajo el nombre de Hipócrates, dice estas palabras notables: Διὰ τά ὅμοια νοῦσος, γίνέται και διά τὰ ὅμοια προσφερόμενα ἐκ νοσούντων ὑγιαίνονται... διὰ τὸ ἐμέειν ἔμετος παύεται.

Médicos menos antiguos han conocido y proclamado igualmente la verdad del método homeopático. Así Boulduc (4) ha visto que la propiedad purgante del ruibarbo, era la causa de la facultad que tiene esta raiz de detener la diarrea.

Detharding ha descubierto (5) que la infusion de sen

---

desagradables efectos, y que son su resultado la inflamacion, la supuracion y la gangrena.

(1) Zimmermann (*De l' Esperience*, t. II) nos enseña que los habitantes de los paises cálidos usan tambien de él con el mejor éxito, y que acostumbran á beber una corta cantidad de licor espirituoso cuando se sienten muy acalorados.

(2) Mi intencion al citar los pasajes siguientes de escritores que han presentido la homeopatía, no es la de probar la escelencia de este método que se establece por sí mismo, sino la de evitar que se me tache de haber pasado en silencio estas especies de presentimientos, para apropiarme la prioridad de la idea.

(3) Bâle, 1538, p. 72.

(4) Mem. de l' Ac. roy., 1710.

(5) *Eph. nat. cur., cent. X, obs.* 76

alivia los cólicos en los adultos, en virtud de la propiedad que tiene de producir cólicos en los sugetos que gozan de buena salud.

Bertholon (1) dice que la electricidad disminuye y llega á hacer desaparecer en las enfermedades, un dolor muy análogo al que ella misma provoca.

Thoury (2) asegura que la electricidad positiva acelera el pulso; pero que tambien le hace lento cuando tiene ya demasiada aceleracion por causa de la enfermedad.

Stœrck (3) ha imaginado que, teniendo el estramonio la propiedad de desarreglar el espíritu produciendo la manía en los sugetos sanos, se le podria administrar á los maniacos, con el objeto de volverles la razon, determinando un cambio en la marcha de sus pensamientos.

Pero de todos los médicos, aquel cuya conviccion respecto de esto se encuentra espresada del modo mas formal y convincente, es el Danés Stahl (4), que habla en estos términos:

«La regla admitida en medicina, de tratar las enfermedades con remedios contrarios ú opuestos á los efectos que estas producen (*contraria contrariis*), es completamente falsa y absurda. Estoy persuadido que por el contrario las enfermedades ceden á los agentes que determinan una afeccion semejante (*similia similibus*); las quemaduras, con el ardor del fuego á que se aproxima la parte; las congelaciones, con la aplicacion de la nieve y del agua fria; las inflamaciones y las contusiones, con la de los espirituosos. De este modo es como he conseguido hacer desaparecer la propension á las acedias con pequeñas dósis de ácido sulfúrico, en casos en que se habian administrado inútilmente una multitud de polvos absorbentes.»

Asi mas de una vez se ha estado cerca de la grande verdad; pero jamás se ha pasado de una idea fugitiva, y

---

(1) *Medizinische Elektricitœt*, II, p. 15 y 282.
(2) Mém. leida en la Acad. de Caen.
(3) Libell. de stramon., p. 8.
(4) J. Hummel, Comment. de arthritide tam tartarea, quam scorbutica, seu podagra et scorbuto. Budingae, 1738, en 8, p. 40-42.

de este modo la indispensable reforma que la antigua terapéutica debia sufrir para ser reemplazada por el verdadero arte de curar, por una medicina pura y cierta, no ha podido establecerse hasta nuestros dias.

ORGANON
DE LA MEDICINA.

1. La primera, la única mision del médico, es la de dar la salud á los enfermos (1); esto es lo que se llama curar.

2. El bello ideal de la curacion consiste en restablecer la salud de un modo pronto, suave y duradero; en quitar y destruir completamente la enfermedad por el camino mas corto, mas seguro y menos nocivo, procediendo segun inducciones faciles de comprender.

3. Cuando el médico percibe claramente lo que

(1) Su mision no es, como lo han creido tantos médicos que han perdido su vida y sus fuerzas en alcanzar celebridad, la de forjar sistemas, combinando vaciedades é hipótesis sobre la esencia íntima de la vida, y la produccion de las enfermedades en el interior invisible del cuerpo, ó la de tratar incesantemente de esplicar los fenómenos morbosos y su causa próxima, que se nos ocultará siempre, sumergiendo todo esto en un fárrago de abstracciones ininteligibles, cuya pompa dogmática engaña á los ignorantes, mientras que los enfermos suspiran en vano por socorros. Bastante número tenemos de estos desvaríos científicos, á que se da el nombre de *medicina teórica*, y para los que hasta se han establecido cátedras especiales. Ya es tiempo de que todos los que se llaman médicos, cesen al fin de engañar á los hombres con palabras que nada significan, y de que empiecen á obrar, es decir, á aliviar y curar realmente á los enfermos.

hay que curar en las enfermedades, es decir, en cada caso morboso individual (*conocimiento de la enfermedad, indicacion*); cuando tiene una nocion precisa de lo que hay de curativo en los medicamentos, esto es, en cada medicamento en particular (*conocimiento de las virtudes medicinales*); cuando, guiado por razones evidentes, sabe elegir la sustancia que por su accion es la mas apropiada á cada caso (*eleccion del medicamento*), adoptar para ella el modo de preparacion que mas conviene, y juzgar el momento en que esta dosis necesita ser repetida, en una palabra, hacer de lo que hay de curativo en los medicamentos á lo que hay de indudablemente enfermo en el sugeto una aplicacion tal que deba seguirse la curacion; cuando, en fin, conoce los obstàculos que se oponen al restablecimiento de la salud en cada caso especial, y sabe alejarlos para que sea duradero, entonces solamente obra de un modo racional y conforme al objeto que se propone conseguir, entonces solamente merece el título de verdadero médico.

4. El médico es al mismo tiempo conservador de la salud, cuando conoce las cosas que la desarreglan, que producen y sostienen las enfermedades, y sabe separarlas del hombre sano.

5. Cuando se trata de efectuar una curacion, el médico se sirve de todo lo que puede ilustrarle, ya con relacion à la causa ocasional mas verosimil de la enfermedad aguda, ya respecto de las principales fases de la enfermedad crónica, que le permitan encontrar su causa fundamental, debida las mas de las veces á un miasma crónico. En este género de investigaciones, se debe atender á la constitucion física del enfermo, sobre todo si se trata de una afeccion crónica, al cambio de su genio y de su carácter, á sus ocupaciones, á su género de vida, á sus relaciones sociales y domésticas, á su edad, á su sexo, etc.

6. El observador exento de preocupaciones; el que conoce la futilidad de las especulaciones metafísicas á las que la esperiencia no presta apoyo, por mucha perspicacia de que esté dotado, no ve en cada enfermedad individual mas que modificaciones accesibles á los sentidos del estado del cuerpo y del alma, simples signos de la enfermedad, accidentes, síntomas, es decir, deviaciones del precedente

estado de salud, que son sentidas por el enfermo mismo, notadas por las personas que le rodean, y observadas por el médico. El conjunto de estos signos apreciables representa la enfermedad en toda su estension, es decir, que constituye la forma verdadera, la única que se puede concebir. (1).

7. Como en una enfermedad en la cual nada hay que separar de la causa que manifiestamente la ocasiona y la sostiene (*causa occasionalis*) (2), no puede verse otra

---

(1) No sé cómo ha podido suceder que á la cabecera del enfermo, sin observar con cuidado los síntomas, y dirigir el tratamiento en su consecuencia, se haya imaginado que no se necesitaba buscar, y que ni aun se podria hallar lo que una enfermedad tiene que curar, sino en el interior del organismo que es inaccesible á nuestros sentidos. No concibo cómo ha podido tenerse la ridícula pretension de reconocer el cambio sobrevenido en ese interior invisible, sin atender á los síntomas; de volverle á las condiciones del órden normal por medio de medicamentos (¡desconocidos!), y de presentar este método como el único fundado y racional. Lo que se manifiesta á los sentidos por medio de los síntomas ¿no es para el médico la enfermedad en sí misma, puesto que nunca puede ver el sér espiritual, la fuerza vital, que crea esta enfermedad, que no necesita verla jamás, bastándole la intuicion de sus efectos morbosos para ponerle en estado de curar? ¿Pues qué mas quiere la antigua escuela con esta *prima causa*, que va á buscar en el interior sustraido á nuestros sentidos, mientras que desdeña la parte sensible y manifiesta de la enfermedad, es decir, los síntomas, que nos hablan un lenguaje tan claro? «El médico, que se entretiene en investigar cosas ocultas en el interior del organismo, puede engañarse todos los dias. Pero el homeópata, trazando con cuidado el cuadro fiel del grupo entero de los síntomas, se proporciona un guia, con que puede contar, y cuando ha conseguido hacer desaparecer todos los síntomas, ha destruido tambien con toda seguridad la causa interna y oculta de la enfermedad.» (*Rau loc. cit.*, p. 103)

(2) No hay necesidad de decir que todo médico que raciocina, empieza por separar la causa ocasional; la enfermedad cesa despues ordinariamente por sí misma. Así se quitan las flores demasiado olorosas que ocasionan el síncope y accidentes histéricos, se estrae de la córnea el cuerpo estraño que produce una oftalmía, se levanta, para aplicarle mejor, un apósito muy apretado, que amenaza producir la gangrena de un miembro, se pone á descubierto y se liga la arteria, cuya rotura da lugar á una hemorragia alarmante, se trata de hacer salir con el vómito las bayas de belladona que se han tragado, se estraen

cosa mas que los síntomas, es preciso tambien, teniendo en cuenta la presencia posible de un miasma y las circunstancias accesorias (V. 5), que los síntomas solos sirven de guia en la eleccion de los medios apropiados para curar. El conjunto de los síntomas, esa imágen reflejada al esterior de la esencia interior de la enfermedad, es decir, de la afeccion de la fuerza vital, debe ser el principal ó el único medio por el que el mal dé á conocer el medicamento que necesita, el único que determine la eleccion del remedio mas apropiado. En una palabra, la totalidad (1) de los síntomas es lo principal, lo único de que el médico debe ocuparse en cualquier caso morboso individual, lo único que tiene que combatir con el poder de su arte, á fin de curar la enfermedad y de transformarla en salud.

8. No se podria concebir ni probar por ningun experimento del mundo, que despues de la estincion completa de los síntomas, y del conjunto de accidentes perceptibles, quede, ó pueda quedar otra cosa que la salud, y que el cambio morboso que existia en el interior del cuerpo, no haya sido enteramente extinguido (2).

---

los cuerpos estraños que se han introducido en las aberturas naturales del cuerpo (la nariz, la faringe, el oido, la uretra, el recto, la vagina,) se tritura la piedra en la vejiga, se abre el ano imperforado del recien nacido, etc.

(1) La antigua escuela, no sabiendo muchas veces á qué otro expediente recurrir, ha tratado mas de una vez de combatir y suprimir con medicamentos solamente uno de los síntomas que producen las enfermedades. Este método se conoce con el nombre de *medicina sintomática*. Ha escitado con razon el desprecio general, no solo porque no produce la mas pequeña ventaja positiva, sino tambien porque de él resultan graves inconvenientes. Un síntoma solo no constituye la enfermedad en sí misma, como tampoco una pierna constituye un hombre entero. Este método era tanto mas perjudicial, cuanto que atacando á un síntoma aislado, únicamente se le combatia con un remedio opuesto (es decir, de un modo enantiopático ó paliativo), de suerte que despues de un alivio de corta duracion, se le veia reaparecer mas grave que antes.

(2) Cuando un hombre ha sido curado por un verdadero médico, de modo que no quede la menor señal, ni el mas ligero síntoma de la enfermedad, y cuando todos los signos de la salud hayan reaparecido de un modo duradero, ¿se puede suponer, sin

9. En el estado de salud, la fuerza vital que anima dinámicamente la parte material del cuerpo, ejerce un poder ilimitado. Sostiene todas las partes del organismo en una admirable armonía vital, respecto del sentimiento y de la actividad, de suerte que el espíritu dotado de razon que reside en nosotros, puede emplear libremente estos instrumentos vivos y sanos, para conseguir el elevado objeto de nuestra existencia.

10. El organismo material, supuesto sin fuerza vital, no puede ni sentir, ni obrar, ni hacer cosa alguna para su propia conservacion (1). Unicamente al sér inmaterial que le anima en el estado de salud y de enfermedad, es al que debe el sentimiento y el cumplimiento de sus funciones vitales.

11. Cuando el hombre cae enfermo, esta fuerza espiritual, activa por sì misma y presente en todas las partes del cuerpo, es la única que al principio siente la influencia dinámica del agente hostil á la vida. Ella sola, despues de haber sido desarmonizada por esta percepcion, puede proporcionar al organismo las sensaciones desagradables que esperimenta, y compelerle á las acciones insólitas que llamamos enfermedad. Siendo invisible por sí misma y apreciable únicamente por los efectos que produce en el

---

ofender al entendimiento humano, que todavía existe la enfermedad entera en el interior? Esto es, sin embargo, lo que pretende uno de los corifeos de la antigua escuela, Hufeland, cuando dice que «la homeopatía puede muy bien hacer desaparecer los síntomas, pero que la enfermedad permanece.» ¿Obra de este modo por despecho de los progresos que hace la homeopatía para la felicidad del género humano, ó porque tiene aun formada una idea muy grosera de la enfermedad, porque la considera, no como una modificacion dinámica del organismo, sino como una cosa material, capaz de permanecer escondida despues de la curacion en algun rincon del interior del cuerpo, y de tener cualquier dia el capricho de presentarse, aun en medio de la salud mas floreciente? Hé aquí hasta dónde llega todavía la ceguedad de la antigua patologia. Con estos antecedentes, no debe causar admiracion que esto haya podido producir una terapéutica, cuyo único objeto es barrer el cuerpo del pobre enfermo.

(1) Se halla muerto y sometido desde entonces á la potencia del mundo físico esterior, entra en putrefaccion, y se resuelve en sus elementos químicos.

cuerpo, esta fuerza no espresa, ni puede espresar su desarmonìa mas que por una manifestacion anómala en el modo de sentir y de obrar de la porcion del organismo accesible à los sentidos del observador y del médico, es decir, por síntomas de enfermedad.

12. Solo la fuerza vital desarmonizada es la que produce las enfermedades (1). Los fenómenos morbosos accesibles á nuestros sentidos espresan, pues, al mismo tiempo todo el cambio interno, es decir, la totalidad de la desarmonía de la potencia interior. En una palabra, ponen la enfermedad toda entera en evidencia. Por consiguiente la curacion, es decir, la cesacion de toda manifestacion morbosa, la desaparicion de todos los cambios apreciables que son imcompatibles con el estado normal de la vida, tiene por condicion y supone necesariamente que la fuerza vital esté restablecida en su integridad, y todo el organismo vuelto á la salud.

13. Se sigue de aquì que la enfermedad, inaccesible á los procedimientos mecánicos de la cirujìa, no es, como la pintan los alópatas, una cosa distinta del todo viviente, del organismo y de la fuerza vital que le anima, oculta en el interior del cuerpo, y siempre material, cualquiera que sea por otra parte el grado de sutileza que se la quiera atribuir. Semejante idea solo podia nacer de cabezas imbuidas en las doctrinas del materialismo. Ella es la que durante millares de años ha llevado á la medicina á los falsos caminos que ha recorrido y en los que se ha separado de su verdadero destino.

14. De todos los cambios morbosos invisibles que sobrevienen en el interior del cuerpo, y cuya curacion se puede realizar, no existe uno solo que no se dé á conocer al observador atento por medio de los signos y los sìntomas. Asì lo ha querido la bondad infinitamente sabia del soberano conservador de la vida de los hombres.

---

(1) De ninguna utilidad podria ser al médico saber, cómo la fuerza vital determina al organismo á producir los fenómenos morbosos, es decir, cómo crea la enfermedad; y lo ignorará tambien eternamente. El dueño de la vida no ha hecho accesible á sus sentidos mas que lo que le era necesario y suficiente conocer en la enfermedad, para poderla curar.

15. La desarmonía invisible para nosotros de la fuerza vital, que anima á nuestro cuerpo, no forma, en efecto, mas que un sér, con el conjunto de síntomas que esta fuerza produce en el organismo, que impresionan nuestros sentidos, y que representan la enfermedad existente. El organismo es sí el instrumento material de la vida; mas no se le podria concebir no animado por la fuerza vital, que siente y gobierna de una manera intuitiva, del mismo modo que no puede concebirse esta fuerza vital independientemente del organismo. Los dos no forman mas que un sér, aunque nuestro espíritu divida esta unidad en dos ideas, pero únicamente por su propia comodidad.

16. Siendo nuestra fuerza vital una potencia dinámica, la influencia nociva sobre el organismo sano de los agentes hostiles que vienen del esterior á turbar la armonía del juego de la vida, no podria, pues, afectarla mas que de una manera puramente dinámica. Así pues, el médico solo puede remediar sus desarmonías (las enfermedades), haciendo obrar sobre ella sustancias dotadas de fuerzas modificadoras, igualmente dinámicas ó virtuales, cuya impresion percibe por medio de la sensibilidad nerviosa, presente en todas partes. Así los medicamentos no pueden restablecer, y no restablecen realmente la salud y la armonía de la vida, mas qué obrando dinámicamente sobre ella, despues que la observacion atenta de los cambios accesibles á nuestros sentidos en el estado del sugeto (conjunto de síntomas) ha suministrado al médico nociones de la enfermedad, tan completas como necesita tenerlas, para encontrarse en estado de curarla.

17. La curacion que sucede á la estincion de todo el conjunto de signos y accidentes perceptibles de la enfermedad, teniendo al mismo tiempo por resultado la desaparicion del cambio interior en que se funda esta última, es decir, en todos los casos, la destruccion del total de la enfermedad (1), es claro, segun esto, que el médico solo

(1) Un sueño, un presentimiento, una supuesta vision forjada por una imaginacion supersticiosa, una profecía solemne de muerte infalible á cierto dia ó á cierta hora, han producido muchas veces todos los síntomas de una enfermedad incipiente y progresiva, los signos de una muerte próxima, y la muerte

tiene que quitar la suma de síntomas, para hacer desaparecer simultáneamente el cambio interior del cuerpo, y cesar la desarmonía morbosa de la fuerza vital, es decir, para estinguir el total de la enfermedad la enfermedad misma (1). Mas destruir la enfermedad, es restablecer la salud, primero y único objeto del médico que está penetrado de la importancia de su mision, que consiste en socorrer à su prójimo, y no en perorar con un tono dogmático.

18. De esta verdad incontestable que, fuera del conjunto de síntomas, nada puede encontrarse en las enfermedades, por lo que sean susceptibles de espresar que necesitan de auxilios, debemos concluir, que tampoco puede haber en ellas otra indicacion para la eleccion del remedio, mas que la suma de síntomas observados en cada caso individual.

19. No siendo las enfermedades mas que cambios en el estado general del hombre, que se anuncian por signos morbosos, y no siendo posible la curacion mas que por la conversion del estado de enfermedad al de salud, se concibe fácilmente que no podrian los medicamentos curar

---

misma en el momento indicado; lo que no hubiera podido suceder, si no se hubiese verificado en el interior del cuerpo un cambio correspondiente al estado que se espresaba al esterior. Por la misma razon en casos de esta naturaleza se ha llegado á veces, ya engañando al enfermo, ya insinuándole una conviccion contraria, á disipar todos los signos morbosos que anunciaban la aproximacion de la muerte, y á restablecer la salud, lo que no hubiera podido suceder, si el remedio moral no hubiese hecho cesar los cambios morbosos internos y esternos, cuyo resultado debia ser la muerte.

(1) El soberano conservador de los hombres no podia manifestar su sabiduría y su bondad en la curacion de las enfermedades que los afligen, mas que haciendo ver claramente al médico lo que tiene que quitar á estas enfermedades, para destruirlas, y restablecer asi la salud. ¿Qué deberiamos pensar de su sabiduría y de su bondad, si, como pretende la escuela dominante, que afecta introducir una mirada adivinadora en la esencia íntima de las cosas, lo que necesita curarse en las enfermedades, se encontrase envuelto de una mística oscuridad, y encerrado en el interior oculto del organismo, y el hombre se viese por esta razon en completa imposibilidad de reconocer el mal y por consiguiente de curarle?

las enfermedades, si no tuviesen la facultad de cambiar el estado general del hombre, que consiste en sensaciones y acciones, y que únicamente en esta facultad se funda su virtud curativa.

20. No hay medio de reconocer en sí misma, solo por los esfuerzos de la inteligencia, esta facultad, oculta en la esencia íntima de los medicamentos, esta aptitud virtual para modificar el estado del cuerpo humano, y por consiguiente, para curar las enfermedades. Unicamente por la esperiencia y por la observacion de los efectos que produce, influyendo sobre el estado general de la economìa, es como llega uno à conocerla, y á formarse una idea clara de ella.

21. No siendo apreciable en sí misma la esencia curativa de los medicamentos, lo que nadie se atreverá á poner en duda, y no pudiendo los esperimentos puros, hechos aun por los observadores dotados de la mas rara perspicacia, darnos á conocer nada que sea capaz de hacerlos medicamentos ó medios curativos, sino esta facultad de producir cambios manifiestos en el estado general de la economía, sobre todo en el hombre sano, en el que suscitan muchos síntomas morbosos bien caracterizados, de esto debemos concluir que, cuando los medicamentos obran como remedios, no pueden igualmente ejercer su virtud curativa, mas que por esta facultad que poseen de modificar el estado general de la economía, dando origen á síntomas particulares. Por consiguiente, es preciso atenerse únicamente á los accidentes morbosos que los medicamentos producen en el cuerpo sano, como á la única manifestacion posible de la virtud curativa de que gozan, si se quiere saber, con respecto á cada uno de ellos, las enfermedades que pueden curar.

22. Mas como nada se descubre que quitar en las enfermedades para convertirlas en salud, mas que el conjunto de sus signos y síntomas; como nada se ve tampoco de curativo en los medicamentos, mas que su facultad de producir síntomas morbosos en los hombres sanos, y de hacerlos desaparecer en los enfermos; síguese de esto, que los medicamentos no toman el carácter de remedios, y no son capaces de estinguir las enfermedades, sino escitando ciertos accidentes y síntomas, ó, para espresarme con

mas claridad, una enfermedad artificial que destruye los síntomas ya existentes, es decir, la enfermedad natural que se quiere curar. De aquí se sigue tambien, que para disipar la totalidad de los síntomas de una enfermedad, es preciso buscar un medicamento que tenga tendencia á producir síntomas semejantes ó contrarios, segun que se haya aprendido de la esperiencia, que el modo mas fácil, mas cierto y mas permanente de quitar los síntomas de la enfermedad, y de restablecer la salud, es el oponer á estos últimos, síntomas medicinales semejantes ó contrarios. (1)

23. Pues todas las esperiencias puras, todos los ensayos hechos con cuidado nos enseñan que síntomas morbosos continuos, lejos de poder ser borrados y estinguidos por síntomas medicinales opuestos, como los que escita el método antipático, enantiopático ó paliativo, reaparecen por el contrario mas intensos que lo habian sido hasta entonces, y agravados de una manera bien manifiesta, despues de haberse calmado al parecer durante algun tiempo. (*V.* 58, 62 y 69.)

24. No queda pues otro medio de emplear con éxito los medicamentos contra las enfermedades, mas que recurrir al método homeopático, en el que se busca, para di-

(1) El otro modo, diferente de estos dos, de emplear los medicamentos en las enfermedades, es el método alopático, en el que se administran remedios que producen síntomas que no tienen ninguna relacion directa con el estado del enfermo, y que no son, ni semejantes, ni opuestos, sino absolutamente heterogéneos. Ya he demostrado en la introduccion que este método es una grosera y nociva imitacion de los esfuerzos imperfectos que una impulsion ciega y puramente instintiva obliga á la fuerza vital, desordenada por cualquiera influencia desagradable, á tentar para salvarse á todo trance escitando y sosteniendo una enfermedad en el organismo; porque la ciega fuerza vital no ha sido creada mas que para sostener la armonía en el organismo mientras dura la salud, y una vez desarreglada no es ya apta para restituirse al estado normal, así como los síntomas no constituyen la enfermedad misma. Sin embargo á pesar de sus inconvenientes se sirve de él hace tanto tiempo la escuela actual, que no puede ya el médico pasarle en silencio, así como el historiador no puede callar las opresiones que el género humano ha sufrido durante millares de años bajo los gobiernos despóticos y absurdos.

rigirle contra la universidad de los síntomas del caso morboso individual, entre todos los medicamentos, aquel cuyo modo de obrar sobre el hombre sano se conoce bien, y que posee la facultad de producir la enfermedad artificial mas semejante á la enfermedad natural que se tiene á la vista.

25. Mas el único oráculo infalible del arte de curar, la esperiencia pura (1), nos enseña en todos los ensayos hechos con cuidado, que en efecto el medicamento que obrando sobre hombres perfectamente sanos ha podido producir síntomas los mas semejantes á los de la enfermedad que nos proponemos tratar, posee tambien realmente, cuando se le emplea á dósis suficientemente atenuadas la facultad de destruir de una manera pronta, radical y duradera, la universalidad de los síntomas del caso morboso, es decir, (V 6, 16) la enfermedad presente toda entera; ella nos demuestra que todos los medicamentos curan las enfermedades cuyos síntomas se asemejan todo lo posible á los suyos, y que entre estas últimas, no hay ninguna que no ceda á su accion.

26. Este fenómeno se funda en la ley natural de la homeopatía, ley desconocida hasta el dia, aunque se haya tenido alguna vaga sospecha de ella, y á pesar de haber sido en todos tiempos el fundamento de toda curacion

(1) No quiero hablar de una esperiencia semejante á la de que se alaban nuestros prácticos vulgares despues de haber combatido durante largos años con un monton de recetas complicadas una multitud de enfermedades que jamás han examinado con cuidado, pero que, fieles á los errores de su escuela, han mirado como suficientemente conocidas por los nombres que tienen en la patología, creyendo ver en ellas un principio morbífico imaginario ú otra cualquiera anomalía interna no menos hipotética. A la verdad, ven siempre en ellas alguna cosa; pero no saben lo que ven, y llegan á resultados que solo un Dios podria desembrollar en medio de un tan gran concurso de fuerzas diversas que obran sobre un sugeto desconocido, resultados de los que no se puede sacar ninguna induccion. Cincuenta años de semejante esperiencia son como cincuenta años pasados en mirar por un caliscopio, que lleno de cosas desconocidas y variadas, girára continuamente sobre sí mismo; se habrian visto millares de figuras que variaban á cada instante, sin poder esplicar ninguna de ellas.

verdadera, á saber: que *una afeccion dinámica, en el organismo viviente, es estinguida de un modo duradero por una mas fuerte, cuando esta, sin ser de la misma especie que ella, se le asemeja mucho en cuanto al modo de manifestarse.* (1)

27. La potencia curativa de los medicamentos está fundada (V. 12, 16) en la propiedad que tienen de dar origen á sìntomas semejantes á los de la enfermedad, y que esceden en fuerza à estos ùltimos. De donde se sigue que la enfermedad no puede ser destruida y curada de un modo cierto, radical, rápido y duradero, sino por medio de un medicamento capaz de producir el conjunto de sìntomas lo mas semejante á la totalidad de los de la enfermedad, y dotado al mismo tiempo de una energía superior á la que ella posee.

28. Como esta ley terapéutica de la naturaleza se manifiesta altamente en todos los ensayos puros y en todos

---

(1) Así es como se tratan tambien los males físicos y morales. ¿Por qué el brillante Júpiter desaparece con el crepúsculo de la mañana de los nervios ópticos del que le contempla? Porque una potencia semejante, pero mas fuerte, la claridad del nuevo dia, obra entonces sobre nuestros órganos. ¿Con qué se acostumbra á calmar los nervios olfatorios ofendidos por olores desagradables? Con tabaco, que afecta á la nariz de un modo semejante pero mas fuerte. Ni con la música, ni con sustancias azucaradas se podria curar el disgusto del olfato, porque estos objetos son relativos á los nervios de otros sentidos. ¿Por qué medio se sofocan en el oido compasivo de los concurrentes los lamentos del desgraciado condenado al suplicio de los azotes? Con el agudo sonido del pito unido al ruido del tambor. ¿Cómo se disfraza el ruido lejano del cañon enemigo, que causaria terror en el alma del soldado? Con el estrepitoso ruido de los tambores. Esta compasion y este terror no le hubieran podido reprimir, ni las amonestaciones, ni la distribucion de uniformes brillantes. Del mismo modo la tristeza y los disgustos se estinguen en el alma con la noticia, aunque sea falsa, de una desgracia mayor que ha sucedido á otra persona. Los inconvenientes de una alegría muy viva se evitan con el café, que por sí mismo dispone el alma á impresiones agradables. Ha sido preciso que los alemanes, sumergidos despues de muchos siglos en la apatía y en la esclavitud, fuesen arruinados bajo el yugo tiránico del estranjero para que el sentimiento de la dignidad del hombre se despertase en ellos, y levantasen al fin la cabeza por primera vez.

los esperimentos con cuyo resultado se puede contar; y como por consiguiente el hecho es positivo, poco nos importa la teoría científica del modo como se verifica. Y doy muy poca importancia á las esplicaciones que se puo dieran proponer al efecto. Sin embargo, la siguiente me parece que es la mas verosímil, porque se funda únicamente en los datos que suministra la esperiencia.

29. Toda enfermedad que no pertenece esclusivamente al dominio de la cirujía, no proviniendo mas que de una desarmonía particular de nuestra fuerza vital, respecto al modo de desempeñarse las sensaciones y las acciones, el remedio homeopático ocasiona á esta fuerza una enfermedad medicinal ó artificial anàloga, pero un poco mas fuerte, que reemplaza á la enfermedad natural. Cediendo entonces á la impulsion del instinto, la fuerza vital, que ya no está enferma mas que de la afeccion medicinal, pero que lo está un poco mas que antes, se ve obligada á desplegar mas energía contra esta nueva enfermedad; mas teniendo poca duracion la accion de la fuerza medicinal que la desarmoniza (1), no tarda en triunfar de ella, de suerte que, como habia sido librada

---

(1) La poca duracion de accion de las potencias aptas para producir enfermedades artificiales, á que damos el nombre de *medicamentos*, hace que, á pesar de su superioridad sobre las enfermedades naturales, le cueste mucho menos trabajo á la fuerza vital el triunfar de ellas, que de estas últimas. Teniendo las enfermedades naturales una duracion muy larga, las mas de las veces tan larga como la misma vida (psora, sífilis, sicosis), no pueden ser vencidas por la fuerza vital sola. Es preciso, para estinguirlas, que el médico afecte mas enérgicamente á esta, por medio de un agente capaz de producir una enfermedad muy análoga, pero dotado de una potencia superior (remedio homeopático). Este agente introducido en el estómago, ó respirado por la nariz, violenta en cierto modo á la ciega é instuitiva fuerza vital, y su impresion reemplaza á la enfermedad natural existente hasta entonces, de suerte que la fuerza vital solo queda sujeta en adelante á la enfermedad medicinal, y esto por poco tiempo, porque la accion del medicamento (ó el curso de la enfermedad producida por él) no dura mucho tiempo. La curacion de enfermedades que contaban ya muchos años, proporcionada (V. 46) por la aparicion de la viruela y del sarampion, (que una y otro solo duran algunas semanas), es un fenómeno del mismo género.

en primer lugar de la enfermedad natural, queda tambien libre entonces de la enfermedad medicinal artificial, sustituida á aquella, y por consiguiente, capaz de volver la vida del organismo á la salud. Esta hipótesis, que es muy verosimil, se funda en las proposiciones siguientes.

30. Los medicamentos, sin duda tambien porque depende de nosotros variar su dósis, parece que tienen un poder de desarmonizar el cuerpo humano muy superior al de las irritaciones morbíficas naturales; porque las enfermedades naturales se curan y se vencen con medicamentos apropiados.

31. Las potencias enemigas, tanto físicas como morales, que atacan nuestra vida acá en la tierra, y que se llaman influencias morbíficas, no poseen de un modo absoluto la facultad de alterar la salud (1); solamente enfermamos bajo su influencia cuando nuestro organismo está suficientemente predispuesto á sentir los ataques de las causas morbíficas, y á dejarse poner por ellas en un estado en el que las sensaciones que esperimenta y las acciones que ejecuta son diferentes de las que tienen lugar en el estado normal. Así pues estas potencias no determinan la enfermedad, ni en todos los hombres, ni en un mismo hombre en todas ocasiones.

32. Pero es muy diferente lo que sucede con las potencias morbíficas naturales que llamamos medicamentos. Efectivamente, en todos tiempos y en todas circunstancias, un verdadero medicamento obra sobre todos los hombres, escita en ellos los síntomas que le son propios, y aun produce algunos apreciables por los sentidos, cuando se le administra á dósis bastante fuertes; de manera que todo organismo viviente, cualquiera que sea, debe en todos

---

(1) Cuando digo que la enfermedad es una aberracion ó una desarmonía del estado de salud, no trato de dar una esplicacion metafísica de la naturaleza íntima de las enfermedades en general, ó de cualquier caso morboso en particular. Solo quiero decir con esto, lo que ni son ni pueden ser las enfermedades, es decir, espresar que no consisten en cambios mecánicos ó químicos de la sustancia material del cuerpo, que no dependen de un principio morbífico material, y que son esclusivamente alteraciones espirituales ó dinámicas de la vida.

tiempos y de una manera absoluta, ser atacado y en cierto modo infectado por la enfermedad medicinal; lo que, como acabo de decir, no sucede respecto de las enfermedades naturales.

33. Resulta pues incontestablemente de todas las observaciones (1), que el organismo humano tiene mucha mas propension á dejarse desarmonizar por las potencias medicinales que por las influencias morbíficas y los miasmas contagiosos; ó lo que es lo mismo, que las influencias morbíficas solo tienen un poder subordinado, y aun con frecuencia muy condicional, de producir enfermedades, mientras que las potencias medicinales le tienen absoluto, directo é infinitamente superior.

34. La mayor intensidad de las enfermedades artificiales que se producen por médio de los medicamentos, no es sin embargo la única condicion exigible para que aquellas tengan el poder de curar las enfermedades naturales. Es necesario, ante todas cosas, para que se efectue la curacion, que haya la mayor semejanza posible entre la enfermedad que se trata de combatir y la que el medicamento puede suscitar en el cuerpo humano, á fin de que esta semejanza, unida á la intensidad un poco mayor de la afeccion medicinal, permita á esta reemplazar á la otra, y quitarle así toda su influencia sobre la fuerza vital. Tan cierto es esto, que la misma naturaleza no puede curar una enfermedad ya existente añadiendo á ella otra desemejante, por fuerte que esta sea, é igualmente el médico no puede efectuar curaciones, cuando emplea medicamentos incapaces de ocasionar en el hombre sano un estado morboso semejante á la enfermedad que tiene á la vista.

(1) Hé aquí un hecho notable de este género: cuando antes del año de 1801 reinaba todavía de cuando en cuando entre los niños la fiebre escarlatina lisa de Sydenham, atacaba sin escepcion á los que no la habian padecido en una epidemia precedente; mas en la epidemia de que yo mismo fuí testigo en Kœnigslutter, todos los niños que tomaron con anticipacion una pequeñísima dósis de belladona se libraron de esta enfermedad sumamente contagiosa. Para que puedan los medicamentos preservar de una enfermedad epidémica, es preciso que su potencia de modificar la fuerza vital sea superior á ella.

35. Para hacer resaltar mas estas verdades, vamos á examinar tres casos diferentes, á saber: la marcha de la naturaleza en dos enfermedades naturales desemejantes, que se hallan á la vez en un mismo sugeto, y el resultado del tratamiento médico ordinario de las enfermedades con medicamentos alopáticos, incapaces de producir un estado morboso artificial, semejante al que se trata de curar. Este exámen demostrará, por una parte, que la misma naturaleza no puede curar una enfermedad ya existente, con otra enfermedad desemejante aunque sea mas fuerte; y por otra, que los medicamentos, aun los mas enérgicos, jamás podrian producir la curacion de una enfermedad cualquiera, no siendo homeopáticos.

36. I. Si las dos enfermedades desemejantes que se hallan à la vez en el hombre tienen igual fuerza, ó si la mas antigua es mas fuerte que la otra, la nueva enfermedad será rechazada del cuerpo por la que existia ya antes que ella, y no podrá establecerse en él. Asi un hombre, atormentado ya por una afeccion crónica grave, no será atacado de una disentéria otoñal, ni de ninguna otra epidemia moderada. Segun Larrey (1), la peste de Levante no se presenta en los lugares en que reina el escorbuto, ni las personas que padecen herpes, sufren tampoco su infeccion. El raquitismo impide, segun Jenner, que la vacuna se desarrolle. Hildenbrand asegura que los tísicos no se resienten de las fiebres epidémicas, à no ser que estas sean muy violentas.

37. Del mismo modo una enfermedad crónica antigua, no cede al método ordinario de curacion con medicamentos alopáticos, es decir, que no producen en el hombre sano un estado análogo al que la caracteriza. Resiste á los tratamientos de este género, prolongados aun durante años enteros, con tal que no sean demasiado violentos. Esta asercion se verifica cada dia en la práctica, y no necesita ser apoyada con ejemplos.

38. II. Si la enfermedad nueva, que no se parece à la antigua, es mas fuerte que esta última, la suspende

---

(1) *Mémoires et observations dans la description de l'Egypte.* t. I.

hasta que ella haya acabado su curso ó se haya curado; pero entonces reaparece la antigua. Tulpius dice (1) que dos niños que contrajeron la tiña, dejaron de sufrir accesos de epilepsia que habian padecido hasta entonces; pero que volvieron á presentarse despues de la desaparicion del exantema de la cabeza. Schœpf ha visto estinguirse la sarna por la manifestacion del escorbuto, y renacer despues de la curacion de esta última enfermedad (2). Un tifus violento ha suspendido los progresos de una tísis pulmonar ulcerosa, que siguió su marcha inmediatamente despues de la cesacion de la afeccion tifoidea (3). La manía que se declara en un tísico borra la tisis con todos sus síntomas; pero la enfermedad del pulmon renace y mata al enfermo si llega á cesar la enagenacion mental (4). Cuando reinan á la vez el sarampion y la viruela, y han atacado los dos á un mismo niño, ordinariamente el sarampion ya declarado es detenido por la viruela que empieza á manifestarse, y no vuelve á seguir su curso hasta despues de la curacion de esta; con todo, Manget ha visto tambien (5) á la viruela completamente declarada á consecuencia de la inoculacion, ser suspendida durante cuatro dias por haber sobrevenido el sarampion, y despues de la descamacion de este se reanimó para recorrer en seguida sus periodos hasta el fin. Se ha visto tambien á la erupcion del sarampion, al sesto dia de la inoculacion, detener el trabajo inflamatorio de esta última, y no presentarse la viruela hasta que el otro exantema hubo terminado su periodo septenario (6). En una epidemia rubeólica, se presentó el sarampion en muchos inoculados cuatro ó cinco dias despues de la insercion, y retardó hasta su entera desaparicion la erupcion de la viruela, que no se hizo

(1) *Obs. lib. I. obs.* 8.
(2) En el *Journal de Huffeland*, XV, II.
(3) Chevalier, en los *Nouvelles Annales de la Médecine francaise* de Huffeland, II, p. 192.
(4) *Mania thisi superveniens eam cum omnibus suis fenomenis auffert, verum mox redit thisis et occidit, abeunte mania.* Reil. *Memor* fasc., III. V, p. 171.
(5) En *Edimb. med. comment.*, t. I, I.
(6) Juan Hunter, *Traité des maladies vénériennes.*

hasta entonces, y marchó despues de un modo regular (1). La verdadera fiebre escarlatina de Sydenham (2) con angina, fué eclipsada al cuarto dia por la manifestacion de la vacuna, que continuó hasta su fin, y solamente despues de su terminacion se vió á la escarlatina manifestarse de nuevo. Pero como estas dos enfermedades parece que son de una fuerza igual, se ha visto tambien ser suspendida la vacuna al octavo dia por la erupcion de una verdadera escarlatina, y desaparecer su aureola roja, hasta que esta terminó su curso, en cuyo momento la vacuna continuó el suyo, y le acabó con regularidad (3). Una vacuna estaba próxima á su perfeccion, al octavo dia, cuando se presentó el sarampion, que al punto la hizo estacionaria, y solo despues de la descamacion de este continuó y acabó aquella su marcha, de modo que, segun Kortum (4), tenia al décimosesto dia el aspecto que ordinariamente presenta al décimo. Se ha visto á la vacuna prender aun en medio del sarampion desarrollado, mas no ha empezado á recorrer sus periodos hasta que la otra afeccion ha pasado; esto es lo que nos demuestra igualmente Kortum (5). Yo mismo he tenido ocasion de ver desaparecer una angina paratidea luego que se estableció el trabajo particular de la vacuna. Solo despues que la vacuna acabó su curso, y desapareció la aureola roja de los granos, fué cuando se manifestó en las glándulas parótidas y maxilares una nueva inflamacion acompañada de fiebre, y recorrió su periodo ordinario de siete dias. Lo mismo sucede con todas las enfermedades desemejantes; la mas fuerte suspende á la mas débil, á menos que se compliquen mútuamente, lo que rara vez sucede á las afecciones agudas; pero jamás se curan recíprocamente.

---

(1) Rainay, en *Med. comment. of Edimb.*, III, p. 480.

(2) Ha sido descrita con mucha exactitud por Withering y Plenciz. Pero se diferencia mucho de la miliar purpúrea (ó del *Roodvonk*) á la que se tenia placer en dar el nombre de fiebre escarlatina. Solo en estos últimos años es cuando estas dos enfermedades, originariamente muy diferentes, se han parecido la una á la otra por sus síntomas.

(3) Jenner, en *Medizinische Annalen*, 1800, agosto, p. 747.

(4) En el Journal de Huffeland, XX, III, p. 50.

(5) *Loc. cit.*

39. La escuela médica ordinaria ha sido testigo de estos hechos hace muchos siglos. Ha visto á la misma naturaleza impotente para curar ninguna enfermedad, con la adicion de otra, por intensa que fuese esta última cuando la nueva no es semejante á la que ya existe en el cuerpo. ¿Qué se debe pensar de ella, puesto que por eso no ha dejado de continuar tratando las enfermedades crónicas con medios alopáticos, es decir, con sustancias que las mas de las veces solo podian producir por sí mismas un estado morboso desemejante de la afeccion, cuya curacion estaba en problema? Y aun cuando los médicos no hubiesen observado hasta entonces á la naturaleza con bastante atencion, ¿no habrian podido conocer por los tristes efectos de sus procedimientos, que se encontraban en un camino estraviado, á propósito únicamente para alejarles de su objeto? ¿No advertian que empleando, segun su costumbre, medios alopáticos violentos contra las enfermedades crónicas, no hacian mas que crear una enfermedad natural, desemejante de la primitiva, que acallaba á esta sí, y la suspendia durante todo el tiempo de su propia duracion, pero la dejaba reaparecer, luego que la disminucion de las fuerzas del enfermo no permitia ya continuar minando el principio de la vida, por los vivos ataques de la alopatía? Asi es como los purgantes enérgicos y frecuentemente repetidos limpian realmente con bastante prontitud la piel del exantema psórico; pero cuando el enfermo no puede ya soportar la afeccion desemejante que se ha producido violentamente en sus entrañas, cuando se ve obligado á renunciar á los purgantes, la erupcion cutánea reaparece tal como existia ántes, ó bien la psora interna se manifiesta por un síntoma cualquiera desagradable, atendido que ademas de la afeccion primitiva, que no ha disminuido nada, el enfermo tiene entonces desarregladas sus digestiones, y sus fuerzas aniquiladas. Del mismo modo, cuando los médicos ordinarios producen y sostienen ulceraciones en la superficie del cuerpo, creyendo destruir por medio de ellas una afeccion crónica, jamás consiguen el objeto que se proponen, es decir, que jamás curan; porque estas úlceras facticias son del todo estrañas y alopáticas al mal interno. Sin embargo, como la irritacion causada por muchos cauterios es á

menudo un mal superior, aunque desemejante, al estado morboso primitivo, le sucede á veces que reduce á este al silencio por algun tiempo; pero no hace mas que suspenderle, debilitando por grados al enfermo. Una epilepsia que habia sido suprimida durante un gran número de años por medio de cauterios, reaparecia constantemente y mas violenta que nunca, cuando se trataba de suprimír el exutorio, como lo atestiguan Pechlin (1) y otros. Pero ni los purgantes son mas alopáticos respecto de la sarna, ó los cauterios respecto de la epilepsia, que las mezclas de ingredientes desconocidos, de que se hace uso en la práctica vulgar, lo son relativamente á las otras formas innumerables de enfermedad. Estas mezclas tampoco hacen mas que debilitar al enfermo, y suspender el mal durante un espacio de tiempo muy corto, sin poder curarle, ademas de que su uso repetido jamás deja de añadir un nuevo estado morboso al antiguo.

4o. III. Puede tambien suceder que la nueva enfermedad, despues de haber obrado largo tiempo, concluya por aliarse con la antigua afeccion, á pesar de su falta de semejanza, y qce de aqui resulte una enfermedad complicada de tal modo, sin embargo, que cada una ocupe una region especial en el organismo, y que se instale en los órganos que la convienen, abandonando los demas á la que no se la asemeja. Asi, un sugeto sifilítico puede tambien hacerse sarnoso, y vice-versa; porque siendo las dos enfermedades desemejantes no podrian destruirse y curarse reciprocamente. Los síntomas venéreos se obscurecen al principio cuando la erupcion psórica empieza; mas con el tiempo, siendo la enfermedad venérea al menos tan fuerte como la sarna, se alian las dos afecciones la una con la otra (2), es decir, que cada una se apodera única-

(1) *Obs. phys. med. lib.* 2, *obs.* 30.

(2) Esperimentos exactos y curaciones que he obtenido de esta especie de afecciones complicadas me han convencido que no resultan de un amalgama de dos enfermedades, sino que estas existen simultáneamente en la economía, ocupando cada una las partes que están en armonía con ella. En efecto, la curacion se verifica de un modo completo, alternando oportunamente el mercurio y los medios apropiados para curar la sarna, administrados unos y otros á dósis y bajo la forma de preparacion mas adecuadas.

camente de las partes del organismo que la son mas apropiadas, y con esto el sugeto se pone mas enfermo y mas dificil de curar.

En caso de coincidencia de dos enfermedades agudas contagiosas que no tienen semejanza entre sí; por egemplo la viruela y el sarampion, ordinariamente la una suspende á la otra, como ya queda dicho. Sin embargo, se han visto algunas epidemias violentas en las que, en casos raros, dos enfermedades agudas desemejantes han invadido simultáneamente á un mismo cuerpo, y se han, por decirlo así, complicado la una á la otra durante un corto espacio de tiempo. En una epidemia en que las viruelas y el sarampion reinaban á la vez, hubo trescientos casos en que una de estas dos enfermedades suspendió á la otra; en que el sarampion no brotó hasta veinte dias despues de la erupcion de la viruela, y la viruela diez y siete ó diez y ocho dias despues de la del sarampion, es decir, despues del curso total de la primera enfermedad: pero hubo uno en el que P. Rusell (1) halló estas dos enfermedades desemejantes simultáneamente en el mismo sugeto. Rainey (2) ha observado las viruelas y el sarampion á la vez en dos niños. J. Maurice (3) dice que no ha oncontrado mas que dos casos de este género en su práctica. Se encuentran tambien egemplos semejantes en Ettmuller (4) y tambien en algunos otros. Zencker (5) ha visto á la vacuna seguir su curso regular juntamente con el sarampion y la fiebre miliar purpúrea, y Jenner ha visto tambien á la vacuna recorrer tranquilamente sus periodos en medio de un tratamiento mercurial dirigido contra las sífilis.

41. Las complicaciones ó coexistencias de muchas enfermedades en un mismo sugeto, que resultan de un largo uso de medicamentos no apropiados, y que deben su oírgen á los malhadados procederes de la medicina

---

(1) *Transactions of a soc. for the improvem. of med. and. chir. Knowl*, II.
(2) *Med. comment. of Edinb.*, III, p. 480.
(3) *Med. and phys. journal*, 1805.
(4) *Opera*, II, p. I, cap. 10.
(5) En el Journal de *Huffeland*, XVII.

alopática vulgar, son infinitamente mas frecuentes que las á que da lugar la misma naturaleza. Repitiendo sin cesar el uso de remedios que no convienen, se concluye por añadir á la enfermedad natural que se trata de curar los nuevos estados morbosos, muchas veces muy pertinaces, que estos remedios son llamados á producir por la naturaleza misma de sus facultades especiales. No pudiendo estos estados curar, por una irritacion análoga, es decir, por homeopatía, una afeccion crónica con la que no tienen ninguna semejanza, se asocian poco á poco con esta última, y añaden así una nueva enfermedad facticia á la antigua, de suerte que el sugeto se pone doblemente enfermo y mucho mas difícil de curar, y con frecuencia tambien incurable. Muchos hechos, consignados en los diarios ó en los tratados de medicina, apoyan esta asercion. Se encuentra una prueba de esto tambien en los casos frecuentes, en que las úlceras sifilíticas, complicadas, sobre todo, con la afeccion psórica, y aun con la gonórrea ó la sicosis, lejos de curarse por tratamientos largos ó repetidos, con dósis considerables de preparaciones mercuriales mal elegidas, se colocan en el organismo al lado de la enfermedad mercurial crónica, que se desarrolla poco á poco (1), y forman con ella una monstruosa complicacion, designada con el nombre de sífilis larvada, que si no es absolutamente incurable, no puede al menos convertirse al estado de salud sino con la mayor dificultad.

42. La misma naturaleza, como ya llevo dicho, permite á veces la coincidencia de dos y de tres enfermedades espontáneas en un mismo cuerpo. Mas se debe notar muy bien que no existe esta complicacion mas que con respecto á enfermedades desemejantes, que segun las leyes eternas de la naturaleza no pueden extinguirse y curarse recíprocamente. Esta complicacion se efectua á

(1) Porque independientemente de los síntomas análogos á los de la enfermedad venérea, que le permiten curar homeopáticamente esta última, el mercurio produce tambien otros muchos, que no se parecen á los de la sífilis, y que cuando se le administra á altas dósis, sobre todo en la complicacion tan comun con la psora, producen nuevos males, y ejercen grandes estragos en el cuerpo.

lo que parece de tal manera, que las dos ó tres enfermedades se reparten, por decirlo así, el organismo, y cada una de ellas ocupa en él las partes que mas la convienen, division que puede hacerse sin perjudicar á la unidad de la vida, á causa de la falta de semejanza que tienen entre sí.

43. Pero es muy diferente el resultado, cuando dos enfermedades semejantes llegan á encontrarse en el organismo; es decir, cuando á la enfermedad ya existente se une otra mas fuerte que la es semejante. Entonces es cuando se ve cómo la curacion puede efectuarse por la via de la naturaleza, y cómo debe conducirse el hombre para curar.

44. Dos enfermedades que se parezcan, no pueden, ni rechazarse mútuamente, como en la primera de las tres hipótesis precedentes, ni suspenderse la una á la otra, como en la segunda, de suerte que la antigua reaparezca despues de la estincion de la nueva, ni, en fin, como en la tercera, existir la una al lado de la otra en un mismo sugeto, y formar una enfermedad doble ó complicada.

45. ¡No! Dos enfermedades que difieren la una de la otra en cuanto al género (1), pero que se asemejan mucho en cuanto á sus manifestaciones y sus efectos, es decir, los síntomas y sufrimientos que determinan, se destruyen siempre mútuamente luego que llegan á encontrarse en un mismo organismo. La mas fuerte destruye á la mas débil. Este fenómeno no es difícil de concebir. La enfermedad mas fuerte que sobreviene, teniendo analogía con la antigua en su modo de obrar, ataca, y aun de preferencia, las partes que habia atacado hasta entonces esta última, que mas débil que ella se estingue, no encontrando ya donde ejercer su actividad (2) En otros términos: luego que la fuerza vital, desarmonizada por una potencia morbífica, llega á ser afectada por una nueva potencia muy análoga, pero superior en energía, no siente mas que la impresion de esta última sola, y la

---

(1) Véase anteriormente 26 la nota.

(2) Del mismo modo que la imágen de la llama de una lámpara desaparece rápidamente del nervio óptico por un rayo de sol que impresiona nuestros ojos con mas fuerza.

precedente, reducida á la condicion de una simple fuerza sin materia, debe dejar de ejercer una influencia morbosa, y por consiguiente de existir.

46. Se podrian citar muchos egemplos de enfermedades que la naturaleza ha curado homeopáticamente por otras enfermedades que producen síntomas semejantes.

Mas si se quieren hechos esactos y esentos de toda duda, es preciso atenerse al pequeño número de enfermedades siempre semejantes á sì mismas que nacen de un miasma permanente, y que por esta razon, son dignas de recibir un nombre particular.

Entre estas afecciones se presenta en primer lugar, la viruela, tan famosa por el número é intensidad de sus síntomas, y que ha curado una multitud de males caracterizados por síntomas semejantes á los suyos.

Uno de los accidentes mas comunes de las viruelas, son oftalmias violentas, que amenazan la abolicion de la vista. Pues Dezoteux (1) y Leroy (2) refieren cada uno un caso de oftalmia crónica, que se curó de una manera perfecta y duradera por la inoculacion. Una ceguera que databa de dos años, y que habia sido causada por la repercusion de la tiña, cedió completamente á la viruela, segun Klein (3).

¿No ha sucedido muchísimas veces á la viruela ocasionar la sordera y la disnea? J. F. Closs (4) la ha visto curar estas dos afecciones, cuando llegó á su máximum de intensidad Es tambien un síntoma frecuente de la viruela, una tumefaccion muy considerable de los testículo. Asi se ha visto, segun Klein (5) á este exantema curar homeopáticamente una tumefaccion voluminosa y dura del testículo izquierdo, que era el resultado de una contusion. Se curó igualmente con ella un infarto análogo del testículo, á la vista de otro observador (6).

Se cuenta tambien una especie de disentéria en el

(1) Traité de l'inoculation, p. 189.
(2) *Heilkunde für Mutter*, p. 384.
(3) *Interpres clinicus*, p. 293.
(4) *Neue Heilart der Kinderpocken*. Ulm, 1769, p. 68; y Specim, obs. p. 18.
(5) *Interpres clinicus*.
(6) *Nov. act. nat. cur.*, *vol.* I, obs. 22.

número de los accidentes desagradables que determina la viruela: por eso ha curado esta afeccion homeopáticamente la disentéria en un caso que refiere F. Wendet (1).

Nadie ignora que, cuando sobreviene la viruela despues de la insercion de la vacuna, aquella destruye inmediatamente á esta de un modo homeopático, y no la permite llegar á su perfeccion, tanto porque tiene mas fuerza que ella, como porque se la parece mucho. Mas, por la misma razon, cuando la vacuna llega al término de la madurez, su grande semejanza con la viruela hace que homeopáticamente disminuya y modere al menos mucho esta última, cuando llega á declararse, y la imprime un carácter mas benigno, como lo testifican Muhry (2) y otros muchos autores.

La vacuna, ademas de las pústulas preservativas de las viruelas, produce tambien una erupcion cutánea general de otra naturaleza. Consiste este exantema en granos cónicos, ordinariamente pequeños, rara vez gruesos y supurantes, secos, apoyados sobre aureolas rojas poco extensas, mezcladas con pequeñas manchas redondeadas, de un color rojo y acompañadas á veces del mas vivo prurito. En muchos niños precede este exantema algunos dias á la aparicion de la areola roja de la vacuna; pero las mas veces se declara despues, y desaparece al cabo de algunos dias, dejando en la piel unas manchitas encarnadas y duras. Unicamente en razon de su analogía con este exantema es como la vacuna, tan luego como ha prendido, hace homeopáticamente desaparecer de un modo completo y duradero las erupciones cutáneas con frecuencia muy antiguas é incómodas que existen en ciertos niños, como la aseveran un gran número de observadores (3).

La vacuna cuyo síntoma especial es causar una tumefaccion del brazo (4), ha curado despues de su erupcion, un brazo que estaba hinchado y medio paralizado (5).

---

(1) *Nachricht von dem Krankeninstitut zu Erlangen*, 1783.

(2) En Robert Willam, sur la Vaccine.

(3) Principalmente Clavier, Hurel y Désormeaux, en el *Bulletin des Sciences médicales del' Eure*, 1808. *V.* tambien Journal de médec. continué, XV, 206.

(4) Balhorn, en el Journal de Huffeland. X, II.

(5) Stevenson, en los *Annals of Medicine* de Duncan, vol. I, p. II, núm. 9.

La fiebre de la vacuna, que sobreviene á la época en que se forma la areola roja, ha curado homeopàticamente dos fiebres intermitentes, como nos lo demuestra Hardege (1); lo que confirma la observacion hecha ya por J. Hunter (2) que dos fiebres (ó enfermedades semejantes) no pueden subsistir juntas en un mismo cuerpo (3).

El sarampion y la coqueluche tienen mucha semejanza entre sí en cuanto á la fiebre y el carácter de la tos.

Asi Bosquillon (4) ha notado en una epidemia en que estas dos enfermedades reinaban á la vez, que entre los niños que tuvieron el sarampion, hubo muchos que no fueron atacados de la coqueluche. Todos se hubieran librado de ella, y para siempre, del mismo modo que quedaban inaccesibles en adelante al contagio del sarampion, si la coqueluche no fuese una enfermedad que solo se asemeja en parte al sarampion, es decir, si tuviese un exantema análogo al de esta última; hé aquí por qué el sarampion no pudo librar homeopáticamente de la coqueluche mas que á cierto número de niños, y esto tan solo durante aquella epidemia.

---

(1) En el journal de Huffeland, XXIII.

(2) Traité de la maladie vénerienne. París, 1787; en 8, fig.

(3) En las anteriores ediciones del *Organon* he citado en este lugar ejemplos de afecciones crónicas curadas por la sarna, que segun los descubrimientos que he comunicado al público en el primer tomo de mi *Tratado de las enfermedades crónicas*, solo pueden considerarse bajo cierto punto de vista como curaciones homeopáticas. Los grandes males disipados así (asmas sofocativos y tisis ulcerosas) eran ya de orígen psórico desde el principio; eran los síntomas, que habian llegado á amenazar la vida, de una antigua psora completamente desarrollada en el interior, á los que la aparicion de una erupcion psórica producida por una nueva infeccion reducia á la forma simple de una enfermedad psórica primitiva, lo que hacia desaparecer el mal antiguo y los síntomas alarmantes de la existencia. Esta vuelta á la forma primitiva no puede por consiguiente considerarse como un medio curativo homeopático de los síntomas muy desarrollados de una psora antigua, sino bajo el concepto de que la nueva afeccion pone á los enfermos en el estado infinitamente mas favorable de poder curarse en lo sucesivo mas fácil y completamente de la psora con el uso de los medicamentos antipsóricos.

(4) Elementos de medic. práct. de Cullen, p. II, l. 3, cap. 7.

Pero cuando el sarampion encuentra una enfermedad que se parece á él en su síntoma principal, el exantema, puede sin dificultad extinguirla y curarla homeopáticamente. Asi es como se curó un herpe crónico (1) de un modo pronto, perfecto y duradero, por la erupcion del sarampion, como lo ha observado Kortum (2). Una erupcion miliar que hacia seis años que cubria la cara, el cuello y los brazos, donde causaba un ardor insoportable, y que se renovaba siempre que habia variacion atmosférica, se redujo por la aparicion del sarampion á una simple tumefaccion de la piel, que cesó tambien enteramente cuando aquel hubo desaparecido, y no volvió á reproducirse jamás (3).

47. Nada puede enseñar al médico de un modo mas claro y mas persuasivo cual es la eleccion que debe hacer entre las potencias capaces de suscitar enfermedades artificiales (los medicamentos), para curar de un modo cierto, permanente y pronto, á imitacion de la naturaleza.

48. Todos los ejemplos que acaban de exponerse hacen ver que jamás, ni los esfuerzos de la naturaleza, ni el arte del médico, pueden curar una enfermedad cualquiera con una potencia morbífica desemejante, por enérgica que sea, y que solo es practicable la curacion á beneficio de una potencia morbífica capaz de producir síntomas semejantes y un poco mas fuertes. La causa de esto se encuentra en las leyes eternas é irrevocables de la naturaleza, que han sido desconocidas hasta ahora.

49. Hallaríamos un número mucho mayor de estas verdaderas curaciones homeopáticas naturales, si por una parte, los observadores hubiesen fijado mas la atencion en ella, y si por otra la naturaleza tuviese á su disposicion muchas mas enfermedades capaces de curar homeopáticamente.

50. La naturaleza misma casi no tiene á su disposicion otros medios homeopáticos que las enfermedades

(1) O al menos desapareció este síntoma.
(2) En el Journal de Huffeland, XX, III, p. 50.
(3) Rau, *loc. cit.*, p. 85.

miasmáticas poco numerosas que renacen siempre semejantes á sí mismas, como la sarna, el sarampion, la viruela (1). Mas de estas potencias morbíficas, las unas (la viruela y el sarampion) son mas peligrosas y mas alarmantes que el mal que podrian remediar; y la otra (la sarna) exige ella misma, despues de haber efectuado la curacion, el uso de medios capaces de extinguirla á su vez; circunstancias que una y otra hacen su uso, como medios homeopáticos, difícil, incierto y peligroso. ¡Y por otra parte, cuán pocas se encuentran ademas en el número de las enfermedades del hombre que pudieran tener un remedio homeopático en las viruelas, el sarampion y la sarna!

La naturaleza, pues, solo puede curar muy pocas enfermedades con estos medios arriesgados. No puede servirse de ellos sino con peligro para el enfermo; porque las dósis de estas potencias morbíficas no son, como las de los medicamentos, susceptibles de ser atenuadas en razon de las circunstancias, y para curar la antigua enfermedad análoga de que un hombre se encuentra atacado, le abruman con la pesada y peligrosa carga de la enfermedad en totalidad, variólica, rubeólica ó psórica. Sin embargo, se ha visto que su concurso ha producido á veces hermosas curaciones homeopáticas, que son otras tantas pruebas irrecusables en apoyo de esta grande y única ley terapéutica de la naturaleza: *curad las enfermedades con remedios que produzcan síntomas semejantes á los de aquellas.*

51. Estos hechos debian haber bastado ya para revelar al genio del médico la ley que acaba de enunciarse. ¡Mas véase qué ventaja tiene aquí el hombre sobre una grosera naturaleza que obra sin reflexion! ¡Cuánto no multiplican los medicamentos esparcidos por toda la creacion, las potencias morbíficas de que él puede disponer para alivio de las dolencias de sus hermanos! En ellos encuentra los medios de escitar estados morbíficos tan variados como las innumerables enfermedades naturales á

(1) Y el miasma exantemático que coexiste con el de la vacuna en la linfa vacúnica.

que deben servir de remedios homeopàticos. Constituyen otras tantas potencias morbìficas cuya fuerza se extingue por sí misma despues de haber producido la curacion, y que no exigen, como la sarna, otros medios para extinguirla á su vez. Son verdaderas influencias que el médico puede atenuar al infinito, y cuya dósis puede disminuir hasta no dejarlas mas que una fuerza un poco superior á la de la enfermedad natural semejante, en cuya curacion deben emplearse. Con tan preciosos recursos, no se necesita dirigir violentos ataques al organismo para estirpar un mal antiguo y pertinaz, y el paso del estado de enfermedad al de salud duradera se verifica de un modo suave é insensible, aunque con frecuencia rápido.

52. Despues de ejemplos de una evidencia tan palpable, es imposible á todo médico que raciocione, el perseverar todavia en la aplicacion del método alopático ordinario, en la administracion de medicamentos cuyos efectos no tienen ninguna relacion directa ú homeopática con la enfermedad, y que atacan al cuerpo en sus partes menos enfermas, escitando evacuaciones, contra-irritaciones, derivaciones, etc. (1). Le es imposible persistir en la adopcion de un método que consiste en producir, á expensas de las fuerzas del enfermo, la manifestacion de un estado morboso enteramente diferente de la afeccion primitiva, con dósis elevadas de mezclas de medicamentos, la mayor parte desconocidos. El uso de semejantes mezclas no puede tener otro resultado que el que dimana de las leyes generales de la naturaleza cuando una enfermedad desemejante se une á otra en el organismo humano; es decir, que la afeccion lejos de curarse se encuentra siempre agravada. Tres efectos podràn resultar entonces: 1.° Si el tratamiento alopático, aunque muy largo, es suave, la enfermedad natural permanecerá en el mismo estado, y el enfermo solo habrá perdido parte de sus fuerzas, porque, como se ha visto mas arriba, la afeccion que existia antiguamente en el cuerpo, no permite á una afeccion nueva desemejante y que es mas débil establecer-

(1) V. anteriormente la Introduccion, y mas adelante el opúsculo acerca de la alopatía.

se tambien en él. 2.° Si los remedios alopáticos atacan la economía con violencia, el mal primitivo parecerá que cede por algun tiempo, y reaparecerá animado al menos con la misma fuerza, luego que se interrumpa el tratamiento; porque como se ha dicho ya igualmente, siendo la nueva enfermedad mas fuerte, acalla y suspende por algun tiempo á la mas débil y desemejante que existia antes que ella. 3.° En fin, si se emplean las potencias alopáticas á dósis elevadas y durante largo tiempo, este tratamiento, sin curar jamás la enfermedad primitiva, no conseguirá mas que añadir á ella nuevas enfermedades facticias, y hará mas difícil de obtener la curacion, porque como hemos visto ya tambien, cuando dos afecciones crónicas desemejantes y de igual intensidad llegan á encontrarse, se colocan la una al lado de la otra en el organismo, y se establecen en él simultáneamente.

53. Las curaciones verdaderas y suaves se verifican, pues, únicamente por el proceder de la homeopatía. Este proceder, como lo hemos reconocido ya anteriormente (7—25), consultando á la experiencia y valiéndonos del raciocinio, es el único con el cuál el arte puede curar las enfermedades del modo mas seguro, mas rápido y mas duradero; porque se fundan en una ley eterna é infalible de la naturaleza.

54. Ya he hecho notar antes (43—49) que el proceder homeopático es el único cierto; porque de los únicos tres modos como pueden emplearse los medicamentos contra las enfermedades, solo aquel es el que conduce en línea recta á una curacion suave, segura y duradera, sin perjudicar al enfermo por otro lado, ó sin debilitarle. El método homeopático puro es tambien seguramente el único con el que el arte del hombre puede efectuar curaciones, del mismo modo que es cierto que no se puede tirar mas que una línea recta de un punto á otro.

55. El segundo modo de emplear los medicamentos en las enfermedades, al que yo llamo *alopático* ó *heteropático*, es el que se ha empleado con mas generalidad hasta el dia. Sin atender en lo mas mínimo á lo que propiamente hablando hay enfermo en el cuerpo, ataca las partes que mas ha respetado la enfermedad, para derivar ó

atraer el mal hácia ellas. Ya he tratado de este método en la Introduccion (1), y no hablaré aqui mas de él.

56. El tercero y último modo (2) de emplear los medicamentos contra las enfermedades, es el *antipático, enantiopático ó paliativo*. Este es el método de que mas se han servido los médicos hasta el dia para hacer creer que aliviaban á los enfermos, y con el que mas han contado para ganar su confianza, engañándolos con un alivio instantàneo. Vamos á demostrar cuán poco eficaz es, y hasta qué punto es nocivo en las enfermedades que no tienen un curso muy rápido. A la verdad, es lo único que, en la ejecucion del plan de tratamiento de los alópatas, tiene relacion con una parte de los padecimientos causados por la enfermedad natural. ¿Mas en qué consiste esta relacion? vamos á ver que por su naturaleza es precisamente la que mas se debiera evitar, si no se quisiera engañar á los enfermos, ni burlarse de ellos.

57. Un médico vulgar que quiere proceder con sujecion al método antipático, solo atiende á un síntoma, aquel que mas aqueja al enfermo, y descuida todos los demas por numerosos que sean. Prescribe contra este síntoma un remedio que se sabe produce el efecto directamente contrario; porque segun el axioma *contraria contrariis* proclamado hace mas de mil y quinientos años por la antigua escuela, de este remedio es del que debe esperar el auxilio (paliativo) mas pronto. Así, da grandes dosis de ópio contra los dolores de toda especie, porque esta sustancia embota ràpidamente la sensibilidad. Prescribe la misma droga contra las diarreas, porque en poco tiempo detiene el movimiento peristáltico del canal intestinal al que priva de su sensibilidad. Le administra

---

(1) V. la Introduccion.

(2) Podria quererse admitir un cuarto modo de emplear los medicamentos contra las enfermedades, à saber: el *método isopático*, el de tratar una enfermedad por el mismo miasma que la ha producido. Mas, aun suponiendo que esto fuera posible, lo que ciertamente seria un descubrimiento precioso, como no se administra el miasma á los enfermos sino despues de haberle modificado hasta cierto punto por las preparaciones que se le hacen sufrir, no se verificaria la curacion en este caso, sino oponiendo *similimum similimo*.

igualmente contra el insomnio, porque produce prontamente un estado de estupor y de entorpecimiento. Emplea los purgantes cuando el enfermo se halla molestado despues de algun tiempo por el estriñimiento Hace meter en agua fria la mano escaldada, que por su frialdad parece que quita de pronto, y como por encanto, los dolores escocientes de la quemadura. Cuando un enfermo se queja de que tiene frio y de que le falta el calor vital le hace meter en un baño caliente, que le reanima al instante. Al que acusa una debilidad habitual, le aconseja beber vino, que le reanima inmediatamente y parece restablecerle las fuerzas. Se emplean igualmente algunos otros medios antipáticos, es decir, opuestos á los síntomas; sin embargo, quedan muy pocos despues de los que se acaban de enumerar, porque el médico ordinario solo conoce los efectos propios ó primitivos de un cortísimo número de medicamentos.

58. No insistiré en el vicio (*véase* 7, la nota) que tiene este método de no sujetarse mas que á un solo síntoma, y por consiguiente á una pequeña parte del todo; conducta de la que evidentemente nada puede esperarse para alivio del conjunto de la enfermedad, que es lo único á que el enfermo aspira. Sin embargo, consultaré á la esperiencia para saber de ella, si, entre los casos en que se ha hecho así una aplicacion antipática de medicamentos contra una enfermedad crónica ó contínua, podria citarnos tan solo uno en el que, el alivio de corta duracion que por medio de él se obtiene, no haya sido seguido de una agravacion manifiesta, no solo del síntoma así paliado desde luego, sino de la enfermedad toda entera. Pues todos los que han observado con atencion convendrán en que despues de este ligero alivio antipático, que no dura largo tiempo, el estado del enfermo empeora siempre y sin excepcion, aunque el médico vulgar trate ordinariamente de esplicar este aumento demasiado evidente, atribuyéndole á la malignidad de la enfermedad primitiva, ó á la manifestacion de una enfermedad nueva (1).

(1) Aunque los médicos no hayan acostumbrado hasta el dia observar, sin embargo, no ha podido ocultárseles que el uso de los paliativos es seguido infaliblemente de una agravacion del mal. Se encuentra un ejemplo sorprendente de este género

59. Jamas se ha tratado todavia ningun síntoma grave de una enfermedad continua con dichos remedios opuestos ó paliativos, sin que al cabo de algunas horas haya dejado de reaparecer el mal, aun agravado evidentemente. Así, para disipar la tendencia habitual á adormecerse, se administraba café, cuyo efecto primitivo es mantener despierto al sugeto; mas luego que esta accion habia pasado, reaparecia la propension al sueño mas fuerte que antes. Cuando un hombre padecia insomnio, sin cuidar lo mas mínimo de los demas síntomas de su enfermedad, se administraba, en el momento de meterse en la cama, ópio, que en virtud de su accion primitiva le proporcionaba por aquella noche un sueño de entorpecimiento y de estupor; pero el insomnio se hacia mas pertinaz las noches siguientes. Se oponia el ópio á las diarreas crónicas, sin atender á los otros síntomas; porque su efecto primitivo es producir la astriccion; mas el flujo de vientre, despues de haber sido suspendido por algun tiempo, reaparecia mas molesto que antes. Los dolores vivos y que se presentaban por accesos frecuentes se calmaban momentáneamente bajo la influencia del òpio, que embota la sensibilidad; pero jamás dejaban de renovarse con mayor violencia, y aun á veces tambien en un grado insoportable, ó eran reemplazados por otro mal mucho mas incómodo. El médico vulgar no conoce ninguna cosa mejor que el ópio, contra una tós antigua cuyos accesos

---

en J.—H. Schulze (*Diss. qua corporis humani momentaneorum alterationum specimina quædam expenduntur. Halle*, 1741, § 28). Una cosa semejante vemos testificada por Willis. (*Pharm. rat.*, sect. 7 cap. I, p. 298): *opiata dolores atrocissimos plerumque sedant atque indolentiam.... procurant, eamque.... aliquamdiu et pro state quodam tempore continuant, quo spatio elapso dolores mox recrudescunt et brevi ad solitam ferociam augentur.* Y p. 295: *Exactis opii viribus illico redeum tormina, nec atrocitatem suam remittunt, nisi dum ab eodem pharmaco rursus meantantur.* Del mismo modo J. Humter (en su tratado de las enfermedades venéreas) dice que el vino aumenta la energía en las personas débiles, sin comunicarlas un verdadero vigor, y que las fuerzas disminuyen en seguida en la misma proporcion que habian sido escitadas; de manera que nada gana el sugeto con él, y por el contrario pierde la mayor parte de sus fuerzas.

se presentan principalmente durante la noche; porque el efecto primitivo de esta sustancia es estinguir toda especie de irritacion: puede muy bien suceder que note el enfermo algun alivio la primera noche; pero en las noches siguientes la tós se presentará mas molesta que nunca, y si se obstina el médico en combatirla con el mismo paliativo, aumentando gradualmente la dósis, se juntan á la tós la fiebre y los sudores nocturnos. Se ha creido disipar la debilidad de la vejiga y la retencion de orina, que es su consecuencia, administrando tintura de cantáridas que estimula las vias urinarias; de esto resultan sí al principio algunas evacuaciones forzadas de orina; pero la vejiga se hace despues menos irritable, menos susceptible de contraerse, y está próxima á la paralisis. Se alaban de poder combatir una disposicion inveterada al estreñimiento con purgantes á altas dósis, que promueven abundantes y frecuentes deyecciones; pero el efecto secundario de este tratamiento es poner el vientre mucho mas estriñido. Un médico vulgar aconseja beber vino para hacer desaparecer una debilidad crónica; pero este líquido solo estimula mientras dura su efecto primitivo, y la reaccion que se sigue á el tiene siempre por resultado disminuir todavía mas las fuerzas. Se espera calentar y confortar un estómago frio y perezoso con el uso de los amargos y de las especias; pero el efecto secundario de estos paliativos, que solo excitan durante su accion primitiva, es acrecentar la inaccion de la víscera gástrica. Se ha imaginado que convenian los baños calientes para remediar la falta habitual de calor vital; pero, al salir del agua, se encuentran los enfermos todavia mas decaidos, mas sensibles al frio, y entran en calor con mas dificultad que antes. La inmersion en el agua fria alivia instantáneamente los dolores ocasionados por una fuerte quemadura; pero este dolor se aumenta despues á un grado increible, la inflamacion se estiende rápidamente en las partes circunvecinas (1), y adquiere por este procedimiento mucha mas intensidad. Se pretende curar un romadizo antiguo con los estornutatorios, que excitan la

(1) Véase la Introduccion al final.

secreciou de las mucosidades nasales, y no se ha notado que este medio concluye siempre por agravar el accidente, para cuya curacion se le cree á propósito. La electricidad y el galvanismo, potencias que en un principio ejercen una grande influencia sobre el movimiento muscular, restituyen con prontitud la facultad de obrar á miembros largo tiempo debilitados y casi paralizados; pero su efecto secundario es la estincion absoluta de toda irritabilidad muscular, y una paralisis completa. La sangría es á propósito, segun dicen, para hacer cesar el aflujo habitual de sangre á la cabeza; pero de su uso se sigue siempre que la sangre se dirige en mas abundancia á las partes superiores. Lo único que la generalidad de los médicos sabe oponer al aniquilamiento casi paralítico de lo físico y de lo moral, que es un síntoma predominante en muchas especies de tifus, es la valeriana á altas dósis; porque esta planta es uno de los mas poderosos estimulantes que se conocen; mas se les ha ocultado que la excitacion producida por la valeriana es un puro efecto primitivo, y que despues de la reaccion del organismo, el estupor y la imposibilidad de obrar, es decir, la paralisis del cuerpo y la debilidad del espíritu aumentan infaliblemente: no han notado que los enfermos á los que se ha prodigado la valeriana en semejante caso opuesto ó antipático, son precisamente los que la muerte arrebata casi con seguridad. Cuando el pulso es pequeño y acelerado en las caquexias, los médicos de la antigua escuela (1) consiguen el hacerle lento por bastantes horas con una sola dósis de digital purpúrea, cuyo efecto primitivo es inducir lentitud en la circulacion; pero el pulso no tarda en recobrar la misma celeridad que tenia; las dósis repetidas y sucesivamente mas fuertes de digital cada vez tienen menos éxito, y concluyen por no poder hacerle mas lento; lejos de esto, el número de pulsaciones se hace incalculable durante la reaccion, se pierde el sueño, el apetito y las fuerzas, y una muerte pronta es inevitable si no se declara la manía. En una palabra la antigua escuela no ha tenido jamás en cuenta cuántas veces sucede

(1) Véase Huffeland en su opúsculo titulado: *Die homœopatie*, p. 20.

que el efecto secundario de los medicamentos antipáticos es acrecentar el mal ó aun ocasionar alguna cosa todavía peor; pero la esperiencia nos suministra bastantes pruebas de esto, capaces de llenar al alma de horror.

60. Cuando estos desagradables resultados, que deben naturalmente esperarse de los medicamentos antipáticos, llegan á manifestarse, el médico vulgar cree salir de la dificultad administrando una dósis mayor, cada vez que el mal empeora. Pero tampoco se sigue de esto mas que un alivio de corta duracion; y de la necesidad en que se encuentra de aumentar incesantemente la dósis del paliativo, resulta unas veces que se declara una enfermedad mas grave, otras que la vida se halla en peligro, y aun mas que el enfermo sucumbe. Pero jamás se obtiene así la curacion de un mal que hace algun tiempo que existe, ó con mas razon inveterado.

61. Si los médicos hubiesen sido capaces de reflexionar sobre los tristes resultados de la aplicacion de los remedios antipáticos, hace mucho tiempo que hubieran encontrado esta grande verdad: que *solo siguiendo una marcha directamente opuesta á aquella es como se debe llegar á un método de tratamiento que produzca curaciones reales y duraderas.* Hubieran conocido que así como un efecto medicinal contrario á los síntomas de la enfermedad (remedio administrado antipáticamente) no proporciona mas que un alivio de corta duracion, despues del cual el mal empeora constantemente, del mismo modo el método inverso, es decir, la aplicacion homeopática de los medicamentos, su administracion fundada en la analogía entre los síntomas que producen y los de la enfermedad debe proporcionar una curacion perfecta y duradera, con solo tener cuidado de sustituir á las enormes dósis de que hacen uso, las mas débiles que sea posible emplear. Mas á pesar de las pocas dificultades que presenta esta série de raciocinios; á pesar de que es un hecho demostrado que ningun médico ha producido una curacion duradera en las enfermedades crónicas, sino cuando en sus fórmulas entraba por casualidad un medicamento homeopático predominante; á pesar de este otro hecho, no menos positivo, que la naturaleza jamás ha conseguido una curacion rápida y completa, sino por medio de una

enfermedad semejante añadida por ella á la antigua (46); à pesar de todo esto, no han podido, durante una série tan dilatada de siglos, llegar á una verdad, la única en que se encuentre la salud de los enfermos.

62. Tratando de esplicarme á mí mismo, por una parte los perniciosos resultados del tratamiento antipàtico ó paliativo, por otra los felices efectos que produce por el contrario el método homeopático, lo he conseguido con el auxilio de las consideraciones siguientes, que emanan de hechos numerosos, y que nadie ha encontrado antes que yo, aunque eran de una evidencia perfecta, y de una evidencia infinita para la medicina.

63. Toda potencia que obra sobre la vida, todo medicamento desarmoniza mas ó menos la fuerza vital, y produce en el hombre cierto cambio que puede durar mas ò menos tiempo. Se da á este cambio el nombre de *efecto primitivo*. Aunque producido á la vez por la fuerza vital, pertenece sin embargo mas á la potencia cuya accion se ejerce sobre nosotros. Pero nuestra fuerza vital tiende siempre á desplegar su enerjia contra esta influencia El efecto que de aquì resulta, que pertenece à nuestra fuerza vital de conservacion, y que depende de su actividad automàtica, lleva el nombre de *efecto secundario* ó de *reaccion*.

64. Mientras dura el efecto primitivo de las potencias morbìficas artificiales (medicamentos) sobre un cuerpo sano, la fuerza vital parece que desempeña un papel puramente pasivo, como si estuviera obligada á sufrir las impresiones de la potencia esterior, y à dejarse modificar por ella. Mas algun tiempo despues parece que se despierta en cierto modo. Entonces, si hay algun estado directamente contrario al efecto primitivo ó à la impresion que ha recibido, manifiesta una tendencia à producirle, que es proporcional à su propia enerjia y al grado de influencia ejercida por la potencia morbosa artificial ó medicinal; si no existe en la naturaleza un estado directamente opuesto à este efecto primitivo, trata de establecer su propia preponderancia borrando el cambio que ha sido producido en ella por una accion esterior (la del medicamento), y sustituyendo á él su propio estado normal.

65. Los ejemplos del primer caso resaltan à la vista

de todo el mundo. Una mano que se ha tenido sumergida en agua caliente tiene desde luego mucho mas calor que la otra que no ha sufrido la inmersion (efecto primitivo); pero algun tiempo despues de haberla sacado del agua y enjugado bien, se enfria y llega à tener mucho menos calor que la del lado opuesto (efecto secundario). El gran calor que procede de un ejercicio violento (efecto primitivo), es seguido de escalofrios y de frio (efecto secundario). El hombre que se habia calentado ayer bebiendo vino con abundancia (efecto primitivo), es sensible hoy á la menor corriente de aire (efecto secundario). Un brazo que ha permanecido largo tiempo en agua de nieve está desde luego mas pálido y mas frio que el otro (efecto primitivo); pero sáquesele del agua y enjúguesele con cuidado y se pondrá no solo mas caliente que el otro, sino aun quemante, rojo è inflamado (efecto secundario). El café fuerte nos estimula al principio (efecto primitivo); pero nos deja despues una pesadez y una tendencia al sueño (efecto secundario), que dura largo tiempo, si no las hacemos desaparecer de nuevo por algun tiempo y de un modo puramente paliativo, volviendo à tomar café. Despues de haberse proporcionado el sueño, ó mas bien un entorpecimiento profundo por medio del ópio (efecto primitivo), se tiene mucho mas trabajo para dormirse à la noche siguiente (efecto secundario). Al estriñimiento producido por el opio, (efecto primitivo) sucede la diarrea (efecto secundario); y à las evacuaciones determinadas por los purgantes (efecto primitivo), un estriñimiento, una astriccion de vientre que dura muchos dias (efecto secundario). Asi es como al efecto primitivo de las altas dósis de una potencia que modifica profundamente el estado de un cuerpo sano, la fuerza vital, por su reaccion, jamás deja de oponer un estado directamente contrario, cuando puede producir alguno.

66. Mas se concibe fàcilmente que el cuerpo sano no da ningun signo de reaccion en sentido contrario despues de la accion de una dósis débil y homeopática de las potencias que cambian el modo de su vitalidad. Es verdad que aun una pequeña dósis de todos estos agentes produce efectos primitivos apreciables, cuando se emplea para ello la atencion necesaria; pero la reaccion que ejerce en se-

guida el organismo viviente no excede jamas al grado necesario para el restablecimiento del estado normal.

67. Estas verdades incontestables que se nos presentan por sì mismas cuando consultamos á la naturaleza y á la experiencia, esplican por una parte, por qué el método homeopàtico es tan ventajoso en sus resultados, y demuestran por otra lo absurdo del que consiste en tratar las enfermedades con medios antipàticos ò paliativos (1).

(1) Solo en casos muy urgentes en que el peligro que corre la vida y la inminencia de la muerte no diesen tiempo para obrar á un medicamento homeopático, y no admitiesen una espera de algunas horas y á veces ni aun de algunos minutos en enfermedades sobrevenidas de repente en sugetos que poco antes estaban buenos, como las asfixias, la fulguracion, la sofocacion, la congelacion, la sumersion, etc., solo en estos casos es permitido y conviene empezar al menos por reanimar la irritabilidad y la sensibilidad por medio de los paliativos, tales como ligeras conmociones eléctricas, labativas de café fuerte, olores escitantes, la accion progresiva del calor, etc. Luego que la vida física se encuentra reanimada, el juego de los órganos que la sostienen recobra su curso regular, porque no habia aqui enfermedad (a), sino solamente suspension ú opresion de la fuerza vital que, por otra parte, se encontraba por sí misma en el estado de salud. Se colocan tambien en este caso diversos antídotos en los envenenamientos repentinos: los álcalis contra los ácidos minerales, el hígado de azufre contra los venenos metálicos, el café, el alcanfor (y la ipecacuana) contra los envenenamientos por el ópio, etc.

No se debe creer que un remedio homeopático ha sido mal elegido contra un caso dado de enfermedad, porque algunos de sus síntomas solo correspondan antipáticamente à algunos síntomas morbosos de mediana ó ninguna importancia. Con tal que los otros síntomas de la enfermedad, los que son mas fuertes y mas marcados, en fin, los que la caracterizan, encuentren en el remedio síntomas que los cubran, los estingan y los aniquilen; los síntomas antipáticos poco numerosos, que han podido manifestarse, desaparecen por sí mismos luego que el remedio ha dejado de obrar, sin retardar en lo mas mínimo la curacion.

(a) La nueva secta ecléctica (la de los insuficientistas), se apoya pero en vano, en esta advertencia para admitir por todas partes escepciones de la regla en las enfermedades, y poder aplicar á su gusto los paliativos alopáticos; se podria decir que no obraba así, mas que para ahorrarse el trabajo de buscar el remedio homeopático que conviene exactamente á cada caso morboso, ó mas bien por no tomarse el de hacerse médico homeópata, al mismo tiempo que se da el aire de tal; pero sus hechos corresponden á sus principios, y se reducen à muy poca cosa.

68. Vemos á la verdad, examinando lo que sucede en las curaciones homeopáticas, que las dósis infinitamente pequeñas que bastan para vencer y destruir las enfermedades naturales, por la analogìa que existe entre los sìntomas de estas últimas y los de los medicamentos, dejan al principio en el organismo, despues de la estincion de la enfermedad primitiva, una ligera afeccion medicinal que sobrevive á aquella. Pero la exigüidad de las dósis hace esta enfermedad tan ligera, pasagera y susceptible de disiparse por sí misma, que el organismo no necesita desplegar contra ella una reaccion superior à la que es necesaria para elevar el estado presente al grado habitual de la salud, es decir, para restablecer completamente esta última. Pues habiendo sido estinguidos todos los sìntomas de la enfermedad primitiva, no necesita grandes esfuerzos para conseguir este objeto (*V.* 65).

69. Pero lo contrario precisamente sucede en el método antipático ó paliativo. El sìntoma medicinal opuesto por el médico al síntoma morboso (como el entorpecimiento que constituye el efecto primitivo del ópio, opuesto á un dolor agudo), no es del todo estraño y alopático á este último. Hay entre estos dos síntomas una relacion evidente, pero inversa. La destruccion del síntoma morboso debe efectuarse en este caso por un síntoma medicinal opuesto. Pues hé aquí lo que es imposible. Es cierto que el remedio antipático obra precisamente sobre el punto enfermo del organismo, tanto como podria hacerlo un remedio homeopático; pero se limita a cubrir en cierto modo el sìntoma morboso natural, y à hacerle insensible por cierto espacio de tiempo. En el primer momento de la accion del paliativo no siente el organismo ninguna afeccion desagradable, ni por parte del síntoma morboso, ni por la del medicinal, que parece que se han destruido recìprocamente y neutralizado de una manera, por decirlo asi, dinámica. Esto es lo que sucede, por ejemplo, al dolor y á la facultad estupefaciente del ópio; porque en el primer momento el organismo se siente como en estado de salud, no experimentando ni sensacion dolorosa ni entorpecimiento. Mas no pudiendo el sìntoma medicinal opuesto ocupar en el organismo el mismo sitio de la enfermedad ya existente, como sucede por el método

homeopático, en que el remedio excita una enfermedad artificial semejante à la natural, y solamente mas fuerte que ella, no pudiendo por consiguiente la fuerza vital encontrarse afectada, por el medicamento que se emplea, de una nueva enfermedad semejante á la que la atormentaba hasta entonces, no puede extinguirse esta última. La nueva enfermedad hace ciertamente insensible el organismo en los primeros momentos, por una especie de neutralizacion dinámica (1), si puede espresarse asi, pero no tarda en extinguirse por sí misma, como toda afeccion medicinal; y entonces no solamente deja á la enfermedad en el mismo estado en que se hallaba anteriormente, sino que tambien, como jamás pueden administrarse los paliativos mas que á grandes dósis para proporcionar un alivio aparente, pone á la fuerza vital en la precision de producir un estado opuesto (*V.* 63—65) al que habia producido el medicamento paliativo, de determinar un efecto contrario al del remedio, es decir, de dar origen á un estado análogo á la enfermedad natural, todavia no destruida. Proviniendo pues esta adicion de la misma fuerza vital (la reaccion contra el paliativo) no puede dejar de aumentar la intensidad y la gravedad del mal (2). Asi el síntoma morboso (parte de la enfermedad)

(1) Las sensaciones contrastantes ú opuestas no se neutralizan de un modo permanente en el cuerpo del hombre vivo, como las sustancias dotadas de propiedades opuestas lo hacen en un laboratorio de química, donde se vé, por ejemplo, que el ácido sulfúrico y la potasa forman, uniéndose, un cuerpo enteramente diferente de ellos, una sal neutra, que ni es ácido, ni álcali, y que no se descompone en lo mas mínimo por el fuego. Tales combinaciones, que producen alguna cosa de estable y de neutro, no se verifican jamas en nuestros órganos sensitivos relativamente á impresiones dinámicas de naturaleza opuesta. Hay ciertamente al principio una apariencia de neutralizacion ó de destruccion reciproca, pero las sensaciones opuestas no se borran una á otra de un modo estable. Un afligido solo suspende un instante la espresion de su dolor á la vista de un espectáculo divertido: olvida bien pronto las distracciones y vuelven á correr sus lágrimas con mas abundancia que nunca.

(2) Por clara que sea esta proposicion ha sido no obstante mal interpretada, y se ha objetado contra ella que un paliativo debe curar por su efecto consecutivo, que se parece á la enfermedad existente, tan bien como lo hace un remedio homeo-

se agrava luego que el efecto del paliativo ha cesado, y tanto mas cuanto mayores han sido las dósis que se han administrado de él. Para no salir del ejemplo de que nos hemos servido ya, cuanto mayor es la cantidad de opio que se ha dado para calmar el dolor, tanto mas se aumenta este sobre los límites de su violencia primitiva, despues que el opio ha dejado de obrar (1).

7o. Despues de lo que acaba de decirse no podrán desconocerse las verdades siguientes:

1.° El médico solo tiene que curar los padecimientos del enfermo y las alteraciones del ritmo normal apreciables por los sentidos, es decir, la totalidad de los síntomas por medio de los cuales la enfermedad indica el medio mas apropiado para socorrerla; todas las causas internas que podrian atribuirse á esta enfermedad, todos los caractéres ocultos que se pretendiera asignarla, todos los principios materiales de que se quisiera hacerla depender, serian otros tantos sueños vanos.

2.° La desarmonía, que nosotros llamamos enfermedad, no puede transformarse en salud mas que por otra desarmonía excitada por medio de medicamentos. La virtud curativa de estos últimos consiste pues únicamente en el cambio que hacen experimentar al hombre, es decir, en la provocacion de síntomas morbosos específicos. Los experimentos hechos en personas sanas son el medio mejor y mas puro de conocer esta virtud.

3.° Segun todos los hechos conocidos, es imposible

---

pático por su efecto primitivo. Pero, al poner esta dificultad no se ha reflexionado que el efecto consecutivo jamas es un producto del medicamento, y que resulta siempre de la reaccion que ejerce la fuerza vital del organismo, que por consiguiente esta reaccion de la fuerza vital, cuando se emplea un paliativo es un estado semejante al síntoma de la enfermedad que ha quedado intacto por el medicamento, y que aun se encuentra aumentado por el mismo.

(1) Asi en el obscuro calabozo, en que el prisionero apenas distingue los objetos que le rodean, si se enciende un poco de alcohol esparce al rededor de él una claridad consoladora, pero cuando se ha apagado la llama, cuanto mas brillante ha sido esta, mas profundas le parecen al desgraciado las tinieblas que le envuelven; y le cuesta tambien mucho mas trabajo que antes el distinguir todo lo que le rodea.

curar la enfermedad natural por medio de medicamentos que poseen por sí mismos la facultad de producir en el hombre sano un estado morboso ó un síntoma artificial desemejante. Asi el método alopático jamás proporciona realmente la curacion. La misma naturaleza tampoco produce jamas una curacion en la que una enfermedad se extinga por medio de una segunda enfermedad desemejante añadida á la anterior por fuerte que pueda ser esta nueva afeccion.

4.º Todos los hechos concurren tambien á demostrar que un medicamento susceptible de dar lugar en el hombre sano á un síntoma morboso opuesto á la enfermedad que se trata de curar no produce mas que un alivio fugitivo en una enfermedad ya antigua, no proporciona jamas su curacion, y la deja siempre reaparecer al cabo de cierto tiempo, mas grave de lo que era anteriormente. El método antipàtico y puramente paliativo es, pues, en un todo contrario al fin que uno se propone en las enfermedades antiguas y de alguna importancia.

5.º El tercer método, el único que queda á que poder uno dirigirse, la Homeopatía, que calculando bien la dosis, emplea contra la totalidad de los síntomas de una enfermedad natural, un medicamento capaz de producir, en el hombre sano, síntomas tan semejantes como es posible á los que se observan en el enfermo, es el único realmente saludable, el único que destruye las enfermedades ó las aberraciones puramente dinámicas de la fuerza vital de una manera fácil, completa y duradera. La naturaleza misma nos dá un ejemplo de esto en ciertos casos fortuitos en que añadiendo á una enfermedad existente una enfermedad que se la asemeja, la cura con prontitud y para siempre

71. Como no se puede ya dudar que las enfermedades del hombre solo consisten en grupos de ciertos síntomas; y que la posibilidad de destruirlas con medicamentos, es decir, de volverlas á la salud, objeto de toda curacion verdadera, depende únicamente de la facultad inherente á las sustancias medicinales de producir síntomas morbosos semejantes á los de la afeccion natural, la marcha que se debe seguir en el tratamiento está reducida á los tres puntos siguientes:

1.º ¿Porqué via llega el médico á averiguar lo que necesita saber relativamente á la enfermedad, para poder emprender su curacion?

2.º ¿Cómo debe estudiar los instrumentos destinadoa á la curacion de las enfermedades naturales, es decir, la potencia morbífica de los medicamentos?

3.º ¿Cuál es el mejor modo de aplicar estas potencias morbíficas artificiales (los medicamentos) en la curacion de las enfermedades?

72. Por lo que respecta al primer punto, es necesario que entremos primeramente en algunas consideraciones generales. Las enfermedades de los hombres forman dos clases: las unas son operaciones rápidas de la fuerza vital salida de un ritmo normal, que se terminan en un tiempo mas ó menos largo, pero siempre de mediana duracion. Estas se llaman enfermedades *agudas*. Las otras, poco claras y aun con frecuencia imperceptibles al principio, se apoderan del organismo cada una á su modo, le desarmonizan dinámicamente, y poco á poco le alejan de tal modo del estado de salud, que la automática energía vital, que se llama fuerza vital, destinada al mantenimiento de este, solo puede oponerles una resistencia incompleta, mal dirigida é inútil, y que en la impotencia en que se encuentra de estinguirlas por sí misma, se ve obligada á dejarlas crecer, hasta que al fin ocasionan la destruccion del organismo. Estas se conocen con el nombre de enfermedades *crónicas*, y dependen de la infeccion por un miasma crónico.

73. Respecto á las enfermedades agudas, se las puede dividir en dos categorías. Unas que atacan á hombres aislados por efecto de causas morbíficas cuya influencia han sufrido. Los excesos en comer y en beber, la falta de los alimentos necesarios, las violentas impresiones físicas, el enfriamiento, el acaloramiento, las fatigas, los esfuerzos, etc., ó las excitaciones, las afecciones morales, son frecuentemente su causa. Mas la mayor parte de las veces dependen de recrudescencias pasajeras de una psora latente que vuelve á su estado de sueño é inaccion cuando la enfermedad crónica no es muy violenta, ó cuando ha sido curada de una manera pronta. Otras atacan á muchos individuos á la vez y se desarrollan aquí y allá (es-

porádicamente), bajo el imperio de influencias meteóricas ó telúricas, cuya accion se encuentran dispuestos á sentir por el pronto pocos hombres. A esta clase pertenecen las que atacan á muchos hombres á la vez: dependen entonces de una misma causa, se manifiestan con síntomas muy análogos (epidemias) y suelen hacerse contagiosas cuando obran en masas unidas y apiñadas de individuos. Estas enfermedades ó fiebres (1) son todas de naturaleza especial; y como los casos individuales que de ellas se manifiestan tienen el mismo orígen, ponen tambien constantemente á los que atacan en un estado morboso idéntico en todo, pero que abandonado à sí mismo, se termina en poco tiempo por la muerte ó la curacion. La guerra, las inundaciones y el hambre son frecuentemente las causas de estas enfermedades; pero pueden depender tambien de miasmas agudos, que reaparecen siempre bajo la misma forma, y á los que por consiguiente se dan nombres particulares: de estos miasmas los unos solo atacan al hombre una vez en el curso de su vida, como la viruela, el sarampion, la coqueluche, la fiebre escarlatina (2) de Sydenham, etc., y los otros pueden atacarle repetidas

---

(1) El médico homeópata, que no participa de las preocupaciones de la escuela médica ordinaria, es decir, que no asigna como ella á estas fiebres un número determinado del cual no pueda pasar la naturaleza, ni les impone nombres que le obliguen á seguir tal ó cual marcha determinada en el tratamiento, no reconoce tampoco las denominaciones de fiebre de las cárceles, fiebre biliosa, tifus, fiebre pútrida, fiebre nerviosa, fiebre mucosa; cura todas las enfermedades tratando cada una segun lo que ofrece de particular.

(2) Despues de 1801 han confundido los médicos una miliar purpúrea venida del Oeste (*roodvon*) con la fiebre escarlatina, aunque los signos de estas dos afecciones son enteramente diferentes, aunque el acónito es el medio curativo y preservativo de la primera y la belladona el de la segunda; en fin, aunque la primera afecta siempre la forma epidémica, mientras que la otra no se presenta las mas veces mas que de un modo esporádico. Estas dos afecciones parece que se han confundido en varias localidades, en estos últimos tiempos, con una fiebre eruptiva de especie particular, contra la cual no han sido perfectamente homeopáticos ni el uno ni el otro de estos dos remedios.

veces, como la peste de Levante, la fiebre amarilla, el cólera morbo asiático, etc.

74. Desgraciadamente debemos contar tambien en el número de las enfermedades crónicas, estas afecciones tan generalizadas que producen los alópatas con el uso prolongado de medicamentos heróicos á dósis crecidas y siempre en aumento, con el abuso de los calomelanos, del sublimado corrosivo, del ungüento mercurial, del iodo, del opio, de la valeriana, de la quina y de la quinina, de la digital, del ácido prúsico, del azufre y del ácido sulfúrico, de los purgantes propinados durante años enteros, de las sangrias, de las sanguijuelas, de los cauterios, de los sedales, etc. Todos estos medios debilitan desapiadadamente la fuerza vital, y cuando esta no sucumbe à ellos poco á poco y de una manera particular á cada uno, alteran su ritmo normal de tal modo, que para garantir á la vida de ataques hostiles, se ve obligada aquella á modificar el organismo, á extinguir ó exaltar sin medida la sensibilidad y la excitabilidad en un punto cualquiera, á dilatar ó estrechar, endurecer ó reblandecer ciertas partes, á producir acá y allá lesiones orgánicas, en una palabra, á mutilar el cuerpo tanto al exterior como al interior (1). No le queda otro recurso para preservar la vida de una destruccion total, en medio de los ataques sin cesar reiterados de potencias tan destructivas.

75. Estos trastornos de la salud, debidos á las fatales prácticas de la alopatìa, y de las que jamàs se han visto mas tristes ejemplos que en los tiempos modernos, constituyen las mas peligrosas é incurables de todas las enfermedades crónicas. Siento decir que parece imposible descubrir ó imaginar jamàs un medio para curarlas, cuando han llegado à cierto grado.

76. El Todo-poderoso al crear la homeopatìa solo nos ha dado armas contra las enfermedades naturales. En

(1) Si el enfermo sucumbe al fin, el que le ha tratado, descubriendo á la abertura del cadaver los desórdenes orgánicos, que son el resultado de su impericia, jamas deja de presentárseios á los parientes inconsolables como un mal primitivo é incurable. (Véase mas adelante mi opúsculo sobre la Alopatìa). Los tratados de anatomía patológica contienen los productos de estos lastimosos errores.

cuanto á estos desórdenes, que un falso arte ha fomentado con frecuencia por espacio de años enteros en el interior y el esterior del organismo humano, con medicamentos y tratamientos nocivos, solo pertenece á la fuerza vital el repararlos, cuando no ha sido debilitada demasiado, y cuando puede, sin que nada la turbe, consagrar muchos años à una obra tan laboriosa. Todo lo mas que puede hacerse es auxiliarla con medios dirigidos contra algun miasma crónico que pudiera muy bien encontrarse todavía oculto. No hay ni puede haber medicina humana para reconducir al estado normal estas innumerables anomalías engendradas con tanta frecuencia por el método alopático.

77. Con mucha impropiedad se da el epíteto de crónicas á las enfermedades de que son atacados los hombres que están sometidos incesantemente á influencias nocivas, de las que podrian sustraerse, que hacen habitualmente uso de alimentos ó de bebidas perjudiciales á la economía, que se entregan á escesos ruinosos para la salud, que carecen á cada instante de los objetos necesarios á la vida, que viven en parajes mal sanos, y sobre todo en sitios pantanosos, que no habitan mas que cuevas ú otros lugares pequeños y sin ventilacion, que carecen de aire ó de movimiento, que se debilitan por trabajos escesivos de cuerpo ó de espíritu, y que se encuentran continuamente devorados por el pesar, etc. Estas enfermedades, ó mas bien estas privaciones de salud que se acarrea uno á si mismo, desaparecen solo con el cambio de régimen, á menos que exista algun miasma crónico en el cuerpo, y no se les puede dar el nombre de enfermedades crónicas.

78. Las verdaderas enfermedades crónicas naturales, son aquellas que deben su orígen à un miasma crónico, que hacen progresos incesantemente cuando no se les oponen medios curativos específicos, y que, á pesar de todas las precauciones imaginables relativamente al régimen del cuerpo y del espíritu, abruman al hombre con padecimientos, que siempre van en aumento hasta el término de su existencia. Estos son los tormentos mas numerosos y mas grandes de la especie humana, puesto que el vigor de la constitucion, la regularidad del género de vida y la energía de la fuerza vital nada pueden contra ellos.

79. Entre estas enfermedades miasmáticas crónicas, que cuando no se las cura, solo se estinguen con la vida, la única que se ha conocido hasta el dia es la sífilis. La sicósis, de la que tampoco puede triunfar la fuerza vital por sí sola, no ha sido considerada como una enfermedad miasmática crónica interna, que formase una especie aparte, y se la creia curada despues de la destruccion de las escrescencias de la piel, sin atender á que su foco ó manantial existia siempre.

80. Pero un miasma crónico sin comparacion mas importante que estos dos, es el de la psora. Los otros dos revelan la afeccion interna específica de donde dimanan, el uno por medio de úlceras y el otro por escrescencias en forma de coliflores. Despues de haber infectado todo el organismo, es únicamente cuando la psora anuncia su inmenso miasma crónico interno por una erupcion cutánea del todo particular, á la que acompañan un prurito voluptuoso é insoportable y un olor especial. Esta psora es la única verdadera causa fundamental y productora de las innumerables formas morbosas (1) que bajo los nom-

(1) Me han sido necesarios doce años de investigaciones para encontrar el orígen de este increible número de afecciones crónicas, para encontrar esta grande verdad, que se habia ocultado á todos mis predecesores y contemporáneos, establecer las bases de su demostracion y reconocer al mismo tiempo los principales medios curativos apropiados, para combatir todas las formas de este mónstruo de mil cabezas. Mis observaciones relativas á este punto se encuentran consignadas en el Tratado de enfermedades crónicas que publiqué en 1828.

Antes de haber profundizado esta importante materia solo podia enseñar á combatir todas las enfermedades crónicas como individuos aislados con las sustancias medicinales conocidas hasta entonces por sus efectos sobre el hombre sano, de modo que mis discípulos trataban cada caso de afeccion crónica como una enfermedad aparte, como un grupo distinto de síntomas, lo que no impedia el que las aliviáran con frecuencia lo bastante, para que la humanidad doliente tuviera que felicitarse de los beneficios de la nueva medicina. ¡Cuánto mas satisfecha debe estar la escuela moderna ahora que se aproxima mucho mas á la perfeccion, y que ha encontrado para la curacion de las enfermedades crónicas debidas á la psora remedios todavia mas homeopáticos (los antipsóricos), entre los que el verdadero médico elige aquellos cuyos síntomas medicinales corresponden mejor á la enfermedad crónica que quiere curar!

bres de debilidad nerviosa, isterismo, hipocondria, manía, melancolía, demencia, furor, epilepsia y espasmos de toda especie, reblandecimiento de los huesos ó raquitis, escoliosis y cifosis, cáries, cáncer, fungus hematodes, tejidos accidentales, gota, hemorroides, ictericia y cianosis, hidropesia, amenorrea, gastrorragia, epistaxis, hemoptisis, hematuria, metrorragia, asma y supuracion de los pulmones, impotencia y esterilidad, hemicranea, sordera, catarata y amaurosis, mal de piedra, paralisis, abolicion de un sentido, dolores de toda especie, etc., figuran en las patologías como otras tantas enfermedades propias, distintas é independientes unas de otras.

81. El paso de este miasma al través de millones de organismos humanos en el curso de algunos centenares de generaciones, y el estraordinario desarrollo que ha debido adquirir con este motivo, esplican hasta cierto punto, cómo puede en la actualidad manifestarse bajo formas tan diferentes, sobre todo si se atiende al número infinito de circunstancias (1), que contribuyen ordinariamente á la manifestacion de esta gran diversidad de afecciones crónicas (síntomas secundarios de la psora), sin contar la variedad infinita de complexiones individuales. Así pues, no es sorprendente que organismos tan diferentes penetrados del miasma psórico, y sometidos á tantas influencias nocivas esteriores é interiores, que muchas veces obran sobre ellos de un modo permanente, ofrezcan tambien un número incalculable de afecciones, de alteraciones y de males, que la antigua patologia (2) ha citado

(1) Algunas de estas causas que, modificando la manifestacion de la psora, le imprimen la forma de enfermedades crónicas, dependen evidentemente, ya del clima y de la constitucion natural especial del sitio que se habita, ya de las diversidades que presenta la educacion física y moral de la juventud, en unas partes descuidada, en otras retardada largo tiempo, y en otras llevada al esceso, del abuso que se hace de ella en las relaciones de la vida, del régimen, de las pasiones, de las costumbres, de los usos y de los hábitos.

(2) ¿Cuántos no se encuentran en el número de estos nombres, que tienen un doble sentido, y por cada uno de los cuales se designan enfermedades muy diferentes no teniendo muchas veces relacion las unas con las otras mas que por un solo síntoma, como fiebre intermitente, ictericia, hidropesia, tísis, leucorrea,

hasta ahora como otras tantas enfermedades distintas, designándolas con una multitud de nombres particulares.

82. Aunque el descubrimiento de este gran manantial de afecciones crónicas haya hecho dar á la medicina algunos pasos mas hácia el de la naturaleza del mayor número

---

hemorroides, reumatismo, apoplejía, espasmo, histerismo, hipocondría, melancolía, manía, angina, parálisis, etc., que se tienen por enfermedades fijas, siempre semejantes á sí mismas, y que en razon del nombre que se les ha dado, son tratados siempre con el mismo plan? ¿Cómo justificar la identidad del tratamiento médico con la adopcion de semejante nombre? Y si el tratamiento no debe ser siempre el mismo ¿á qué un nombre idéntico, que supone tambien coincidencia en el modo de ser atacado por los agentes medicinales? *Nihil sanè in artem medicam pestiferum magis unquàm irrepsit malum, quam generalia quædam nomina morbis imponere, iisque aptare velle generalem quamdam medicinam*: asi es como se espresa Huxham (*Opp. phys. med.*, t. I.), médico tan ilustrado como concienzudo. Fritze se lamenta tambien (*Annalen*, I, p. 80) de que se dé el mismo nombre á enfermedades esencialmente diferentes.

«Hasta las enfermedades epidémicas, dice, que probable»mente se propagan por un miasma específico en cada epidemia, »reciben nombres de la escuela médica reinante, como si fuesen »enfermedades estables, ya conocidas, y se presentasen siem»pre bajo la misma forma. Asi es que se habla de una fiebre de »los hospitales, de las cárceles y de los campamentos, de una »fiebre pútrida, biliosa, nerviosa y mucosa, á pesar de que ca»da epidemia de estas fiebres erráticas se muestra bajo la for»ma de una enfermedad nueva, que jamas se habia presentado »aun, y que varia mucho, tanto en su curso, como en sus sínto»mas mas estables, y en el modo de comportarse. Cada una de »ellas se diferencia de tal modo de todas las epidemias anteriores, »que no dejan por eso de llevar el mismo nombre, que seria »necesario querer oponerse á todos los principios de la lógica »para dar á enfermedades tan diversas uno de los nombres que »han sido introducidos en la patología, y arreglar despues su »conducta médica con arreglo al nombre de que se hubiera abu»sado así. Sydenham es el único que ha comprendido esta ver»dad (*Opp.* cap. 2, *de Morb. epid.* p. 43); porque insiste en que »no se debe jamas creer en la identidad de una enfermedad epi»démica con otra que ya se ha manifestado, y tratarla en con»secuencia de esta semejanza; porque las epidemias que han »estallado en diversos tiempos, han sido todas diferentes las »unas de las otras: *Animum admiratione percellit, quam discolor »et sui plane dissimilis morborum epidemeorum facies; quæ tam »aperta horum morborum diversitas tum propiis ac sibi peculiari»bus symtomatis, tum etiam medendi ratione, quam hi ab illis dis-*

de enfermedades que se presentan para curar, sin embargo, en cada enfermedad crónica (psórica) para cuyo tratamiento es llamado el médico homeópata, no debe cuidar menos que antes de apoderarse bien de los síntomas perceptibles, y de todo cuanto tengan de particular; porque no es mas posible, en estas enfermedades que en las otras, el obtener una verdadera curacion, sin individualizar cada caso particular de un modo rigoroso y absoluto. Solamente hay que distinguir si la enfermedad es aguda ó crónica, porque en el primer caso, los síntomas principales se manifiestan con mas rapidez, el cuadro de la enfermedad se traza en mucho menos tiempo, y hay muchas menos preguntas que hacer, por presentarse por sí mismos la mayor parte de los signos á los sentidos del observador (1).

83. Este exámen de un caso particular de enfermedad, que tiene por objeto presentarle bajo las condiciones formales de la individualidad, solo exige de parte del médico

---

»parent sibi vindicant, satis illucescit. Ex quibus constat, morbos »epidémicos, utut externa quatantenus specie et symptomatis aliquot »nutrisque pariter convenire paullo incautioribus videantur, re ta»men ipsa, si bene adverteris animum, alienæ esse admodum in»dolis et distare ut æra lupinis.»

Es claro, despues de esto, que todos esos nombres inútiles de enfermedades, de que tanto se abusa, no deben tener ninguna influencia en el plan de tratamiento adoptado por un verdadero médico, que sabe que no debe juzgar y tratar las enfermedades con arreglo á la semejanza nominal de un síntoma aislado, sino con sujecion al conjunto de todos los signos del estado individual de cada enfermo, pues su deber es estudiar escrupulosamente los males, y no el presumirlos á beneficio de hipótesis gratuitas. Sin embargo, si se cree necesitar algunas veces de nombres de enfermedades para hacerse inteligible en pocas palabras al vulgo, cuando se habla de un enfermo en particular, no deben al menos emplearse mas que palabras colectivas. Puede decirse, por ejemplo, el enfermo tiene una especie de corea, una especie de hidropesía, una especie de fiebre nerviosa, una especie de fiebre intermitente, etc. Pero no se debe jamás decir: tiene el corea, la hidropesía, la fiebre nerviosa, la fiebre intermitente, etc.; porque seguramente no existen enfermedades permanentes y siempre semejantes á sí mismas que merezcan estas denominaciones.

(1) Segun esto, la marcha que voy á trazar para entregarse á la investigacion de los síntomas, solo conviene en parte á las enfermedades agudas.

un espíritu sin prevencion, sentidos perfectos, atencion a observar, y fidelidad al trazar el retrato de la enfermedad. Me limitaré à exponer aquí los principios generales de la marcha que se debe seguir, y solo se adoptarán aquellos que son aplicables à cada caso especial.

84. El enfermo hace la relacion de lo que esperimenta; las personas que le rodean refieren de qué se ha quejado, cómo se ha conducido, y cuanto han notado en él: el médico ve, escucha, en una palabra, observa con todos sus sentidos lo que existe de alterado y de estraordinario en el enfermo. Lo escribe todo en el papel, en los mismos términos de que se han servido el enfermo y los asistentes. Les deja concluir sin interrumpirles (1), à menos que no se pierdan en digresiones inútiles. Tiene cuidado solamente al empezar de exhortarles à que hablen con lentitud, á fin de poder seguirles al escribir todo cuanto juzgue necesario anotar.

85. A cada nueva circunstancia que el enfermo ó los asistentes refieran, debe el médico empezar un nuevo renglon, á fin de que los síntomas estén todos escritos separadamente los unos debajo de los otros. Procediendo de este modo, le será fácil añadir á cada uno de ellos, ademas de las noticias vagas que le hayan sido comunicadas al principio, las nociones mas exactas que pudiera adquirir despues.

86. Cuando el enfermo y las personas que le rodean hayan acabado lo que tenian que decir por su propia impulsion, el médico se informará con mas precision de cada síntoma, procediendo para esto del modo siguiente. Vuelve á leer todos cuantos le han sido señalados, y al tratar de cada uno en particular, pregunta, por ejemplo: ¿á qué época se verificó tal accidente? ¿fué antes del uso de los medicamentos que el enfermo ha tomado hasta el dia, mientras que los tomaba, ó solamente algunos dias despues de haber dejado su uso? ¿Qué dolor, qué sensacion, exactamente descritos, se han manifestado en tal parte del

(1) Toda interrupcion rompe el enlace de las ideas del que habla, y no le vuelven despues las cosas á la memoria del mismo modo que queria decirlas al principio.

cuerpo? ¿Qué sitio ocupaban con exactitud? ¿Se hacia sentir el dolor solamente por accesos? ó bien ¿era contínua y sin cesar? ¿Cuánto tiempo duraba? ¿A qué época del dia ó de la noche, y en qué situacion del cuerpo era mas violento, ó cesaba del todo? ¿Cuál era el carácter exacto de tal accidente, de tal circunstancia?

87. El médico hace que le precisen de este modo cada uno de los indicios que le habian dado al principio, sin que jamas estén concebidas sus preguntas de suerte que en cierto modo dicten la respuesta (1) ó pongan al enfermo en el caso de no tener que responder mas que sí ó no. Obrar de otro modo seria esponer al que se pregunta, á afirmar ó á negar por indiferencia ó por complacer al médico, una cosa falsa, ó verdadera solamente à medias, ó del todo diferente de lo que realmente sucede. Asi pues, de esto resultaria un cuadro infiel de la enfermedad, y por consiguiente una mala eleccion de los medios curativos.

88. Cuando el médico halla que en esta relacion espontánea no se ha hecho mencion ya de muchas partes ó funciones del cuerpo, ya de las disposiciones del espíritu, pregunta si no tienen todavìa alguna cosa que decir relativamente á tal parte ó á tal funcion, ó á tal ó cual disposicion moral (2); pero tendrá gran cuidado de sujetarse á términos generales, á fin de que la persona que le suministre las aclaraciones, se vea obligada à explicarse de un modo categórico acerca de estos diversos puntos.

89. Cuando el enfermo (porque á él es, escepto en

---

(1) Por ejemplo, el médico no debe decir, ¿tal ó cual cosa ha sucedido de este modo ó del otro? Dar semejante giro á sus preguntas es sugerir al enfermo respuestas falsas é indicaciones engañosas.

(2) Por ejemplo: ¿hace del cuerpo el enfermo? ¿cómo orina? ¿cómo es el sueño durante el dia y durante la noche? ¿cuál es la disposicion de su espíritu, de su humor? ¿hasta qué punto es dueño de sus sentidos? ¿dónde siente la sed? ¿qué gusto esperimenta en la boca? ¿qué alimentos y bebidas le gustan mas? ¿cuáles son los que mas le repugnan? ¿encuentra á cada alimento y á cada bebida el sabor que debe tener, ó algun otro gusto estraño? ¿cómo se encuentra despues de haber bebido ó comido? ¿tiene alguna cosa que decir relativamente á su cabeza, á sus miembros, ó á su vientre?

las enfermedades simuladas, á quien debe uno referirse de preferencia en todo lo que tiene relacion con las sensaciones que experimenta) ha suministrado de este modo por sí mismo todas las noticias necesarias, y completado bastante bien el cuadro de la enfermedad, puede el médico hacerle algunas preguntas mas especiales, si no se encuentra todavia suficientemente ilustrado. (1)

90. Despues que el médico ha acabado de poner por

---

(1) Por ejemplo: ¿cuántas veces ha obrado el enfermo? ¿de qué naturaleza eran las materias? ¿y las deyecciones blanquecinas eran mucosas ó fecales? ¿la salida de los escrementos iba acompañada de dolores o no? ¿de qué naturaleza son precisamente estos dolores, y dónde se hacen sentir? ¿qué es lo que el enfermo ha espelido por arriba? ¿el mal gusto de boca es pútrido, ácido, amargo ó de otra naturaleza? ¿se hace sentir antes, durante ó despues de beber y comer? ¿á qué época del dia se esperimenta particularmente? ¿qué gusto tienen los eruptos? ¿la orina sale turbia ó solo se pone así algun tiempo despues de su espulsion? ¿de qué color es en el momento de su salida? ¿cuál es el color del sedimento? ¿cómo se comporta el enfermo mientras duerme? se queja? gime? habla? grita? ¿se despierta sobresaltado? ¿ronca al inspirar ó al espirar? ¿está siempre echado de espaldas, ó de qué lado se echa? ¿se tapa bien por sí mismo ó no puede aguantar la ropa? ¿se despierta fácilmente, ó tiene un sueño muy profundo? ¿cómo se encuentra al despertar? ¿se manifiesta con frecuencia tal ó cual incomodidad? ¿y con que motivo? ¿es cuando el enfermo está sentado, echado, de pié ó andando? ¿es solamente en ayunas, por la mañana temprano, ó solamente por la noche, ó despues de la comida? ¿cuándo se ha presentado el frio? ¿ha sido solamente una sensacion de frio, ó tenia al mismo tiempo un frio verdadero? ¿tenia la piel caliente mientras se quejaba de frio? ¿esperimentaba solamente una sensacion de frio, sin escalofrios? ¿tenia calor sin que estuviera encendida la cara? ¿qué partes del cuerpo se advertian calientes al tacto? ¿se quejaba el enfermo de calor, sin tener la piel caliente? ¿cuánto tiempo ha durado el frio, y cuánto el calor? ¿cuándo se ha presentado la sed? ¿durante el frio, el calor, antes ó despues? ¿era muy intensa? ¿qué deseaba beber el enfermo? ¿cuándo se ha presentado el sudor? ¿ha sido al principio ó al fin del calor? ¿cuánto tiempo ha transcurrido entre uno y otro? ¿ha sobrevenido durante el sueño ó estado despierto? ¿cuál era su abundancia? ¿era caliente ó frio? ¿en qué partes del cuerpo se presentó? ¿qué olor tenia? ¿de qué se quejaba el enfermo antes, ó durante el frio, durante ó despues del calor, durante ó despues del sudor, etc.?

escrito las respuestas, anota ademas lo que él mismo observe en el enfermo (1), y trata de saber si lo que él vé existia ó no mientras que el enfermo gozaba todavia de salud.

91. Los síntomas que existen y lo que el enfermo esperimenta mientras hace uso de un medicamento, ó poco tiempo despues, no representan la imágen pura de la enfermedad. Por el contrario, los síntomas y las incomodidades que se han manifestado antes del uso de los medicamentos, ó muchos dias despues que se ha cesado de administrarlos, dan una verdadera nocion de la forma originaria de esta enfermedad. Estos son, pues, los que el médico debe anotar de preferencia. Cuando la afeccion es crónica, y ha hecho ya uso el enfermo de remedios, puede dejársele algunos dias sin administrarle ninguno, ó al menos sin administrarle otra cosa que sustancias no medicinales, y se defiere durante todo este tiempo el exámen riguroso; porque este es el medio de obtener los síntomas permanentes en toda su pureza, y de poder formarse una imágen fiel de la enfermedad.

92. Mas cuando se trata de una enfermedad aguda, que presenta demasiado peligro para no permitir ninguna dilacion, y cuando el médico nada puede averiguar res-

---

(1) Por ejemplo: ¿cómo se ha conducido el enfermo durante la visita? ¿estaba de mal humor, irritado, brusco, lloroso, tímido, desesperado ó triste, tranquilo ó confiado, etc.? ¿se hallaba sumido en el estupor, ó en general no estaba en su sano juicio? ¿está ronco? ¿habla muy bajo? ¿dice cosas que no vienen al caso? ¿se nota algo de insólito en su conversacion? ¿qué color tienen su cara, sus ojos ó su piel en general? ¿cuál es el grado de espresion y de vivacidad del rostro y de sus ojos? ¿cómo estan la lengua, la respiracion, el olor del aliento y el oido? ¿las pupilas estan dilatadas ó muy contraidas? ¿con qué prontitud y hasta qué grado se mueven en la luz y en la obscuridad? ¿cuál es el estado del pulso y del vientre? ¿la piel está madorosa ó caliente? ¿fria ó seca? ¿en tal ó cual parte del cuerpo ó en todo él? ¿está echado el enfermo con la cabeza doblada hácia atras, con la boca medio ó enteramente abierta, ó con los brazos cruzados por encima de la cabeza? ¿está acostado de espaldas ó en cualquiera otra posicion? ¿le cuesta mas ó menos trabajo el incorporarse en la cama? En una palabra, el médico tiene en cuenta todo lo que ha podido observar y que le parece digno de ser anotado.

pecto del estado que ha precedido al uso de los remedios, entonces se limita á observar el conjunto de síntomas tal como le hayan modificado aquellos, á fin de apoderarse ó comprender bien el estado presente de la enfermedad; es decir, de poder abrazar en un solo y mismo cuadro la afeccion primitiva y la afeccion medicinal adjunta, que, hecha ordinariamente mas grave y mas peligrosa que la otra con medios las mas veces contrarios á los que habrian debido administrarse, reclama frecuentemente socorros muy prontos, y la rápida aplicacion de un medicamento homeopático apropiado, para que el enfermo no perezca del tratamiento irracional que ha sufrido.

93. Si la enfermedad aguda ha sido ocasionada poco tiempo antes, ó si la enfermedad crónica lo ha sido hace mas ó menos tiempo, por un suceso notable, que el enfermo ó sus parientes preguntados en secreto no quieren descubrir, es preciso que el médico se sirva de destreza y circunspeccion para llegar á conocer esta circunstancia (1).

94. Cuando se informa del estado de una enfermedad crónica, es necesario pesar bien las circunstancias particulares en que ha podido encontrarse el enfermo respecto á sus ocupaciones ordinarias, á su género de vida habitual y á sus relaciones domésticas. Se examina, si no hay nada en estas circunstancias, que haya podido dar orígen ó que sostenga la enfermedad, á fin de contribuir á la curacion separando las que se creyeren sospechosas (2).

---

(1) Si las causas de la enfermedad tienen algo de humillante ó ruboroso, y los enfermos ó los que les rodean vacilan en confesarlas, ó al menos en declararlas espontáneamente, el médico debe tratar de descubrirlas con preguntas hechas con contemplacion, ó por medio de informes tomados en secreto. Se colocan en el número de estas causas las tendencias al suicidio, el onanismo, el abuso de los placeres del amor, los desórdenes contra-naturales, los escesos en la comida ó en la bebida, el abuso de alimentos nocivos, la infeccion venérea ó psórica, un amor desgraciado, los celos, las contrariedades domésticas, la indignacion, la tristeza debida á las desgracias de familia, los malos tratamientos, la imposibilidad de vengarse, un terror supersticioso, el hambre, una deformidad en las partes genitales, una hernia, un prolapsus, etc.

(2) En las enfermedades crónicas de las mujeres, es preciso sobre todo tener en consideracion el embarazo, la esterilidad, la propension al acto venéreo, los partos, los abortos, la lactancia y el estado del flujo ménstruo. Por lo que concierne á este

95. El exámen de los síntomas enumerados precedentemente y de todos los demas signos de enfermedad, debe pues en las afecciones crónicas, ser tan riguroso como sea posible, y aun descender á minuciosidades. En efecto, en estas enfermedades es en las que son mas pronunciados, en las que se asemejan menos á los de las afecciones agudas, y en las que exigen ser estudiados con mucho mas cuidado, si se quiere que el tratamiento tenga buen éxito. Por otra parte, los enfermos se han acostumbrado de tal modo á sus largos sufrimientos, que fijan poco ó nada la atencion en síntomas liegros, muchas veces característicos y aun decisivos para la eleccion del remedio, mirándolos, por decirlo así, como enlazados de una manera necesaria con su estado físico, como formando parte de la salud, cuya verdadera sensacion han olvidado despues de quince ó veinte años que hace que padecen, y respecto de los cuales ni aun les viene à la imaginacion que puedan tener la menor conexion con la afeccion principal.

96. Por otra parte, los enfermos mismos tienen un humor tan diferente, que algunos, notablemente los hipocondriacos y otras personas sensibles é impacientes, pintan sus padecimientos con colores demasiado vivos, y se sirven de espresiones exageradas para inducir al médico á que los socorra con prontitud (1)

último, jamas se debe olvidar el preguntar si se presenta á épocas demasiado aproximadas ó distantes, cuánto tiempo dura, si fluye la sangre sin interrupcion ó por intervalos, cuál es la cantidad del flujo, si la sangre es de color subido, si se manifiesta la leucorrea antes que aparezca este ó despues que ha cesado de fluir; pero se cuidará sobre todo de averiguar cuál es el estado físico y moral, qué sensaciones y qué dolores se manifiestan antes, durante y despues de las reglas; si la mujer es atacada de flujo blanco, de qué naturaleza es, cuál es su abundancia, qué sensaciones le acompañan, en fin, en qué circunstancias y en qué ocasiones ha aparecido.

(1) El hipocondriaco, aun el mas insoportable, jamas imagina accidentes é incomodidades que no sienta en realidad. Puede uno asegurarse de esto comparando sus quejas á épocas diferentes, mientras que el médico no le da nada, ó al menos no le administra ninguna sustancia medicinal. Solo se debe rebajar alguna cosa de sus lamentaciones, ó al menos atribuir la ener-

97. Otros por el contrario, ya por pereza, ya por un pudor mal entendido, ya en fin, por una especie de melindre y timidez guardan silencio respecto à muchos males, solo los indican en términos oscuros, ó los señalan como de muy poca importancia.

98. Si pues es cierto que debe uno referirse sobre todo á lo que el mismo enfermo diga de sus males y sensaciones, y preferir las espresiones que le sirven para pintarlos, porque sus palabras se alteran casi siempre al pasar por la boca de las personas que le rodean, no lo es menos que en todas las enfermedades, pero especialmente en las que tienen un carácter crónico, el médico necesita poseer en alto grado circunspeccion, tacto, conocimiento del corazon humano, prudencia y paciencia para llegar à formarse una imágen verdadera y completa de la enfermedad y de todos sus detalles.

99. En general, el estudio de las enfermedades agudas y de las que se han declarado recientemente, presenta mas facilidad, porque el enfermo y los que le rodean tienen muy presente en la imaginacion la diferencia que existe entre el estado de cosas actual y la salud destruida hace tan poco tiempo, cuya imágen conservan todavía reciente en la memoria. El médico debe igualmente saberlo todo en este caso; mas no necesita anticiparse á los indicios, que, la mayor parte, se presentan por sì mismos.

100. Por lo que concierne á la investigacion del conjunto de los síntomas de las enfermedades epidèmicas y esporádicas, es enteramente indiferente que haya ó no existido ya en el mundo, bajo tal ó cual nombre, una afeccion semejante. La novedad ó el carácter de especialidad de una afeccion de este género no induce ninguna diferencia, ni en el modo de estudiarla, ni en el de tratarla. En efecto, se debe mirar siempre la imágen pura de cada enfermedad que

---

jía de las espresiones de que se sirve á su escesiva sensibilidad. Bajo este aspecto, la misma exageracion del cuadro que hace de sus padecimientos se convierte en un síntoma importante en la série de los de que se compone la imágen de la enfermedad. El caso es enteramente diferente en los maniacos, y en los que fingen estar enfermos por malicia ó cualquiera otra causa.

domina actualmente como una cosa nueva y desconocida, estudiarla à fondo en si misma, si se quiere ser verdaderamente médico, es decir, no reemplazar jamàs la observacion con la hipótesis, y no mirar jamás un caso dado de enfermedad como conocido, ya en totalidad, ya solamente en parte, sino despues de haber profundizado con cuidado todas sus manifestaciones. Esta conducta es tanto mas necesaria en este caso, cuanto que toda epidemia reinante es bajo muchos aspectos un fenómeno de especie particular, que, cuando se le examina con atencion, se encuentra que difiere mucho de otras epidemias antiguas, á las que sin razon se habia puesto el mismo nombre. Es preciso, sin embargo, esceptuar las epidemias que proceden de un miasma siempre semejante á sí mismo, como la viruela, el sarampion, etc.

101. Puede suceder que el médico que trata por primera vez á un hombre atacado de una enfermedad epidémica no encuentre inmediatamente la imágen perfecta de la afeccion, puesto que no se llega á conocer bien la totalidad de los sìntomas y signos de estas enfermedades colectivas, sino despues de haber observado muchos casos. No obstante, un médico ejercitado podrá muchas veces, desde el primero ó segundo enfermo, acercarse de tal modo al verdadero estado del mal, que conciba una imágen caracterìstica de él, y aun que posea los medios de determinar el remedio homeopàtico á que debe recurrirse para combatir la epidemia.

102. Si se tiene cuidado de poner por escrito los sìntomas observados en muchos casos de esta especie, el cuadro que se ha trazado de la enfermedad va siempre perfeccionándose. No se hará ni mas estenso, ni mas verboso, sino mas gráfico, mas característico y abrazará mejor las particularidades de la enfermedad colectiva. Por una parte, los sìntomas generales (por ejemplo, la falta de apetito, la pérdida del sueño, etc.) adquieren un grado mayor de precision; por otra, los síntomas que mas sobresalen, especiales, raros, aun en la epidemia, y propios ademas solo de un pequeño número de afecciones, se diseñan y forman el caràcter de la enfermedad (1). Las personas

(1) Entonces es cuando el estudio de los casos subsiguientes

atacadas de la epidemia tienen todas, ciertamente, una enfermedad procedente del mismo orìgen, y por consiguiente igual; pero la estension toda entera de una afeccion de este género, y la totalidad de sus síntomas, cuyo conocimiento es necesario para formarse una imágen completa del estado morboso, y elegir en virtud de ella el remedio homeopático que esté mas en armonìa con este conjunto de accidentes, no pueden observarse en un solo enfermo; es preciso para conseguirlo deducirlos por abstraccion del cuadro de padecimientos de muchos enfermos dotados de una constitucion diferente.

103. Este método, que es indispensable seguir en las enfermedades epidémicas, que la mayor parte son agudas, he debido aplicarle tambien, de un modo todavía mas riguroso de lo que se ha hecho hasta el dia, á las enfermedades crónicas producidas por un miasma que permanece siempre semejante á sì mismo en cuanto al fondo, y particularmente á la psora. Estas afecciones exigen en efecto que se estudie el conjunto de sus síntomas; porque cada enfermo no presenta mas que algunos, no ofrece, por decirlo asì, mas que una porcion de los fenómenos morbosos cuya coleccion entera forma el cuadro completo de la caquexia considerada en su conjunto. Así pues, únicamente observando muchas personas atacadas de estas clases de afecciones es como llega uno á apoderarse de la totalidad de los síntomas que pertenecen á cada miasma crónico, y al de la psora en particular, condicion indispensable para llegar al conocimiento de los medicamentos, que siendo apropiados para curar homeopáticamente la caquexia entera, son al mismo tiempo los verdaderos remedios de todos los males crónicos individuales de que ella es orígen.

104. La totalidad de los síntomas que caracterizan el caso presente, ó en otros términos, una vez puesta por escrito la imágen de la enfermedad (1) está hecho lo mas

---

mostrará al médico que con el socorro de los primeros ha encontrado ya un remedio aproximativamente homeopático, si la eleccion fué buena, ó si debe recurrir á un medio mas apropiado todavía.

(1) Los médicos de la antigua escuela se encuentran muy descansados en este punto. No solo no se entregan á una inves-

dificil. El médico debe despues tener siempre à la vista esta imágen, que sirve de base al tratamiento, sobre todo en las enfermedades crónicas. Puede considerarla en todas sus partes, y hacer resaltar de ella los signos característicos, á fin de oponer á estos síntomas, es decir, á la enfermedad misma, un remedio exactamente homeopàtico, cuya eleccion haya sido determinada por la naturaleza de los accidentes morbosos á que él mismo da orìgen en su accion pura. Durante el curso del tratamiento se informa de los efectos del remedio y de los cambios sobrevenidos en el estado del enfermo, para borrar del cuadro primitivo de síntomas los que han desaparecido en totalidad, anotar aquellos de que todavìa quede alguna cosa, y añadir las nuevas incomodidades que han podido sobrevenir.

105. El segundo punto del deber del verdadero médico es el examinar los instrumentos destinados à la curacion de las enfermedades naturales, estudiar la potencia morbìfica de los medicamentos, à fin de que, cuando se trate

---

tigacion rigorosa de todas las circunstancias de la enfermedad, sino que frecuentemente interrumpen al enfermo en la relacion detallada que quiere hacer de sus padecimientos, para apresurarse á escribir una receta compuesta de ingredientes, cuyo verdadero efecto les es desconocido. Ningun médico alópata se informa con precision de todas las particularidades de la enfermedad que tiene á la vista, y ninguno de ellos ha pensado todavía mucho menos en ponerlas por escrito. Cuando vuelve á ver al enfermo, al cabo de bastantes dias, ha olvidado en gran parte ó del todo las ligeras nociones que le habian dado, y que han borrado de su memoria las visitas multiplicadas que ha hecho á otras personas. Todo ha entrado por un oido y salido por el otro. En su nueva visita se limita igualmente á algunas preguntas generales, aparenta que toma el pulso, mira la lengua, é inmediatamente, sin motivo racional, escribe otra receta ó hace continuar la antigua. Despues, despidiéndose cortesmente, corre á la casa de los otros cincuenta ó sesenta desgraciados entre quienes tiene que dividir la mañana, sin que se fatigue su inteligencia por el menor esfuerzo. Hé aquí como, lo que hay de mas sério en el mundo, el exámen concienzudo de cada enfermedad y el tratamiento basado en esta esploracion, es tratado por hombres que se llaman médicos y que pretenden ejercer una medicina racional. El resultado es casi generalmente malo, como se debia muy bien esperar de esto, y sin embargo los enfermos se ven obligados á dirigirse á estas gentes, ya porque no hay otros mejores, ya por seguir la costumbre.

de curar, pueda encontrar entre ellos uno cuya série de síntomas constituya una enfermedad facticia tan semejante como sea posible al conjunto de los síntomas principales de la enfermedad natural que se propone hacer desaparecer.

106. Se necesita conocer en toda su estension la potencia morbifica de los medicamentos. En otros términos, es preciso que todos los síntomas y cambios que son susceptibles de sobrevenir por la accion de cada uno de ellos sobre la economía, hayan sido observados en lo posible antes de poder uno entregarse á la esperanza de encontrar entre ellos remedios homeopáticos contra la mayor parte de las enfermedades naturales.

107. Si para llegar á este objeto, no se administrasen los medicamentos mas que á personas enfermas, aun prescribiéndolos simples y uno à uno, se veria muy poco ó nada de sus efectos puros; porque mezclándose los síntomas de la enfermedad natural ya existente con los que los agentes medicinales son aptos para producir, seria muy raro que se pudiesen percibir estos últimos de un modo bien claro.

108. No hay, pues, medio mas seguro y mas natural para encontrar infaliblemente los efectos propios de los medicamentos sobre el hombre, que ensayarlos separadamente los unos de los otros y á dósis moderadas sobre personas sanas, y anotar los cambios que de esto resulten en el estado físico y moral, es decir, los elementos de enfermedad que estas sustancias son capaces de producir (1);

(1) Ningun médico, que yo sepa, escepto el grande é inmortal Haller, ha sospechado, en el curso de veinte y cinco siglos, este método tan natural, tan absolutamente necesario y tan únicamente verdadero de observar los efectos puros y propios de cada medicamento, para concluir de aquí cuáles son las enfermedades que seria apto á curar. Solo Haller, antes que yo, ha comprendido la necesidad de seguir esta marcha (véase el prefacio de su *Farmacopea Helvet.*, Bale, 1771, en fol., p. 12): *Nempè primum in corpore sano medela tentanda est, sine peregrina ulla miscela; odoreque et sapore ejus exploratis, exigua illius dosis ingerenda et ad omnes, quæ respiratio, quænam excretiones, attendendum. Inde ad ductum phænomenorum, in sano observorum, transeas ad experimenta in corpore ægroto, etc.* Mas ningun médico se ha aprovechado de este precioso pensamiento, ni aun ha fijado nadie en él la atencion.

porque, como hemos visto anteriormente (*V.* 24—27), toda la virtud curativa de los medicamentos está fundada únicamente en el poder que tienen de modificar el estado del hombre, y procede de la observacion de los efectos que resultan del ejercicio de esta facultad.

109. Yo he sido el primero en seguir este camino con una perseverancia que no podia nacer ni sostenerse (1) mas que por la última conviccion de esta grande verdad, tan preciosa para el género humano, que la administracion homeopática de los medicamentos es el único método cierto de curar las enfermedades (2).

110. Recorriendo lo que los autores han escrito sobre los efectos nocivos de las sustancias medicinales que por descuido, intencion criminal ó de otro cualquiera modo habian llegado en gran cantidad al estómago de personas sanas, he visto cierta coincidencia entre estos hechos y las observaciones que habia recogido en mí mismo y en otros, con motivo de experimentos cuyo objeto era reconocer el modo de obrar de las mismas sustancias en el hombre sano. Se las cita como casos de envenenamiento y como pruebas de los efectos perniciosos inherentes al uso de estos agentes enérgicos. La mayor parte de los que los refieren se han propuesto en ello señalar un pe-

---

(1) He consignado los primeros frutos de mis trabajos, tales como podian ser, en un opúsculo titulado: *Fragmenta de viribus medicamentorum positivis, sive in sano corpore humano observatis*, p. I, II, Leipzick, 1805, en—8.° Otros mas maduros lo han sido en las diversas ediciones de mi Materia médica pura, y en mi Tratado de las enfermedades crónicas.

(2) No puede haber otro método mas verdadero de curar las enfermedades dinámicas (es decir, no quirúrgicas) que la homeopatía, del mismo modo que no se puede tirar mas que una línea recta entre dos puntos dados. Es preciso, pues, haber profundizado muy poco el estudio de la homeopatía, no haber visto jamás ningun tratamiento homeopático bien motivado, no haber sabido juzgar hasta qué punto estan destituidos de fundamento los métodos alopáticos, é ignorar qué consecuencias, las unas malas, las otras hasta espantosas, ocasionan, para querer hacer marchar estos detestables métodos á la par con la verdadera medicina, y presentarlos como hermanos *sin* los que esta no podria pasarse. La homeopatía pura, que casi nunca falta á su objeto, que tiene feliz éxito casi siempre, rechaza toda asociacion de este género.

ligro. Algunos los enuncian tambien para hacer ostentacion de la habilidad que han desplegado, encontrando medios de restablecer poco á poco la salud de hombres, que la habian perdido de una manera tan violenta. Muchos, en fin, para descargar su conciencia de la muerte de los enfermos, alegan la malignidad de estas sustancias, que llaman entonces venenos. Ninguno de ellos ha sospechado que los síntomas en quienes solo querian ver pruebas de la venenosidad de los cuerpos capaces de producirlos, eran indicios ciertos que revelaban la existencia, en estos mismos cuerpos, de la facultad de estinguir, á título de remedios, los síntomas semejantes de enfermedades naturales. Ninguno ha pensado que los males que excitan, son el anuncio de su homeopaticidad saludable. Ninguno ha comprendido que la observacion de los cambios á que dan lugar los medicamentos en las personas sanas, era el único medio de reconocer las virtudes curativas de que aquellos están dotados; porque no se puede llegar á este resultado ni por raciocinios *á priori*, ni por el olor, el sabor, ó el aspecto de las sustancias medicinales, ni por el análisis químico, ni administrando á los enfermos recetas en que se hallen asociadas en mayor ó menor número otras drogas. Ninguno, en fin, ha presentido que estas relaciones de enfermedades medicinales suministrarian un dia los elementos de una verdadera y pura materia medica, ciencia que, desde su orígen hasta el dia, solo ha consistido en un cúmulo de conjeturas y de ficciones, ó que en otros términos, no ha tenido todavía una existencia real (1).

111. La conformidad de mis observaciones sobre los efectos puros de los medicamentos con estas antiguas advertencias que habian sido hechas con miras muy diferentes, y aun la de estos últimos con otras del mismo género que se encuentran esparcidas en los escritos de diversos autores, nos proporcionan fácilmente la conviccion de que las sustancias medicinales, dando orìgen á un cambio

(1) Véase lo que con respecto à esto he dicho en mi memoria sobre las fuentes de la materia médica ordinaria (Prolegomenos de la Materia médica pura, t. I).

morboso en el hombre sano, siguen las leyes naturales, positivas y eternas, y que en virtud de estas leyes son capaces de producir, cada una en razon de su individualidad, ciertos síntomas morbosos que jamás dejan de escitar.

112. En las descripciones que los autores antiguos nos han dejado de las consecuencias frecuentemente funestas que acarrean los medicamentos tomados á dósis tan exageradas, se encuentran tambien síntomas que no se han mostrado al principio de estos tristes sucesos, sino solamente hácia el fin, y que son de naturaleza enteramente opuesta à los del periodo incipiente. Estos síntomas, contrarios al efecto primitivo (*V.* 63) ó á la accion propiamente dicha de los medicamentos sobre el cuerpo, son debidos á la reaccion de la fuerza vital del organismo. Constituyen el efecto secundario (*V.* 62—67) del que rara vez se observan señales cuando se emplean á dósis moderadas, à título de ensayo, y del que nunca ó casi nunca se ve el mas pequeño vestigio cuando las dósis son mas débiles; porque en las curaciones homeopáticas la reaccion del organismo viviente no pasa mas allá de lo que es rigurosamente necesario para establecer el estado natural de salud (*V.* 67).

113. Las sustancias narcóticas son las únicas que se esceptuan en esta parte. Como, en su efecto primitivo, estinguen tanto la sensibilidad y la sensacion, como la irritabilidad, sucede con bastante frecuencia, cuando se las ensaya en sugetos sanos aun à dósis moderadas, que se observa durante la reaccion una exaltacion de la sensibilidad y un acrecentamiento de la irritabilidad.

114. Pero, esceptuando los narcóticos, todos los medicamentos que se ensayan á dósis moderadas en sugetos sanos, solo dejan percibir sus efectos primitivos, es decir, los síntomas que denotan que modifican el ritmo habitual de la salud, y que escitan un estado morboso destinado á durar mas ó menos tiempo.

115. Entre los efectos primitivos de algunos medicamentos, se encuentran muchos que son opuestos en parte ó al menos bajo ciertos aspectos accesorios, á otros síntomas que aparecen ya antes, ya despues. Esta circunstancia no basta, sin embargo, para hacerlos considerar como efectos

consecutivos propiamente dichos, ó como un simple resultado de la reaccion vital. Forman solamente una alternacion de diversos paroxismos de la accion primitiva, y se les da el nombre de *efectos alternantes.*

116. Algunos síntomas son producidos por los medicamentos frecuentemente, es decir, en un gran número de sugetos; otros lo son rara vez, ó en pocas personas, y algunos solo en un pequeño número de individuos.

117. A esta última categoría es á la que pertenecen las idiosincracias. Por estas se entiende las constituciones particulares que aunque sanas, tienen sin embargo tendencia á dejarse poner en un estado mas ó menos pronunciado de enfermedad por ciertas cosas, que parece que no hacen ninguna impresion, ni producen cambios en muchas personas (1). Mas esta falta de accion sobre tal ó tal persona no es mas que aparente. En efecto, como la produccion de todo cambio morboso cualquiera supone en la sustancia medicinal la facultad de obrar, y en la fuerza vital que anima el organismo la aptitud á ser afectada por ella, las alteraciones manifiestas de la salud, que se observan en las idiosincracias, no pueden atribuirse únicamente á la constitucion particular del sugeto. Es preciso referirlas al mismo tiempo á las cosas que las han dado orígen, y en las que debe residir la facultad de ejercer la misma influencia sobre todos los hombres, con la sola diferencia que, entre los sugetos que gozan de salud, no se encuentra mas que un corto número que tenga tendencia á dejarse poner por ellas en un estado tan evidentemente morboso. Lo que prueba que estas potencias hacen realmente impresion sobre todos los hombres es, que curan homeopáticamente, en todos los enfermos, los mismos síntomas morbosos que aquellos cuya manifestacion parece que ellas mismas producen solamente en las personas sujetas á las idiosincracias (2).

---

(1) El olor de las rosas produce desmayos á algunas personas, otras contraen enfermedades, á veces alarmantes, despues de haber comido almejas, cangrejos ó huevos de barbo, ó despues de haber tocado las hojas de ciertos zumaques, etc.

(2) Asi es como la princesa Maria Porphyragénète, en presencia de su tia Eudoxia, hacia volver en sí, rociándole con

118. Cada medicamento produce efectos particulares en el cuerpo del hombre, y ninguna otra sustancia medicinal puede dar orígen á otros que sean exactamente semejantes (1).

119. Del mismo modo que cada especie de planta difiere de todas las demas por su configuracion, su modo propio de vegetar y de crecer, su sabor y su olor; del mismo modo que cada mineral difiere de los demas respecto à sus cualidades esteriores y à sus propiedades quìmicas, circunstancia que habria debido ya bastar por sì sola para evitar toda confusion, asi tambien todos estos cuerpos difieren entre sì respecto á sus efectos morbìficos y por consiguiente á sus efectos curativos (2). Cada sustancia ejerce en la salud del hombre una influencia particular y determinada que no permite se la confunda con ninguna otra (3).

---

agua de rosas (τό των ρόδων στάλαγμα), á su hermano, el emperador Alexis, que padecia con frecuencia síncopes. (*Hist. byz. Alexias, lib.* 15, p. 503, ed, Posser.) Horstius (*Opp.* III, p. 59) ha encontrado muy eficaz en el síncope, el vinagre rosado.

(1) Esta verdad habia sido reconocida tambien por Haller, que dice (prefacio de su *Hist. stirp. Helv.*): *Latet immensa virium diversitas in iis ipsis plantis, quarum facies externas dudum novimus, animus quasi et quodcumque cœlestius habent, nondum perspeximus.*

(2) El que sabe que la accion de cada sustancia sobre el hombre se diferencia de la de todas las demas, y aprecia la importancia de este hecho, tampoco tiene dificultad en comprender que, médicamente hablando, no puede haber succedáneos, es decir, medicamentos equivalentes ó capaces de reemplazarse mútuamente. Unicamente aquel, para quien los efectos puros y positivos de las sustancias medicinales son desconocidos, puede incurrir en la insensatez de querernos persuadir, de que un remedio puede reemplazar á otro y producir el mismo efecto saludable en un caso dado de enfermedad. Asi es como los niños en su simpleza confunden las cosas mas esencialmente diferentes, porque apenas las conocen mas que por su esterior no teniendo la menor idea de sus propiedades íntimas, ni de su verdadero valor intrínseco.

(3) Si esta es exactamente la verdad, como no cabe duda, un médico deseoso de pasar por hombre razonable, y de tener tranquila su conciencia, no puede prescribir en lo sucesivo mas medicamentos que aquellos cuyo verdadero valor conozca perfectamente; es decir, aquellos cuya accion haya estudiado en

120. Es menester, pues, distinguir bien los medicamentos unos de otros, puesto que de ellos es de quien dependen la vida y la muerte, la enfermedad y la salud de los hombres. Para esto es necesario hacer con cuidado esperiencias puras, que tengan por objeto el manifestar las facultades que les pertenecen, y los verdaderos efectos que producen en los sugetos sanos. Procediendo de este modo se aprende á conocerlos bien, y á evitar toda equivocacion al aplicarlos al tratamiento de las enfermedades; porque solo un remedio bien elegido puede volver al enfermo, de un modo pronto y duradero, el mayor de los bienes de la tierra, la salud del cuerpo y del alma.

121. Cuando se estudian los efectos de los medicamentos en el hombre sano, no se debe perder de vista que basta administrar las sustancias llamadas heróicas á dósis poco elevadas, para que produzcan cambios aun en la salud de las personas robustas. Los medicamentos de naturaleza menos fuerte deben administrarse á dósis mas elevadas cuando se desee tambien experimentar su

---

el hombre sano con bastante esmero para estar persuadido de que aquel que elige entre todos ellos es el único que puede producir un estado morboso el mas análogo á la enfermedad que se trata de curar; porque, como anteriormente se ha visto, ni el hombre, ni la naturaleza proporcionan jamas una curacion completa, pronta y permanente, sino con el auxilio de un medio homeopático. Asi, pues, ningun médico puede evitar en adelante el entregarse á investigaciones de este género, sin las cuales tampoco podria adquirir respecto á los medicamentos los conocimientos indispensables al ejercicio de su profesion, y que tan descuidados han estado hasta el dia. La posteridad creerá dificilmente que se hayan limitado hasta aquí los prácticos á administrar siempre á ciegas, en las enfermedades, remedios cuyo verdadero valor ignoraban, y cuyos efectos puros y dinámicos jamas se habian estudiado sobre el hombre sano; que hayan tenido la costumbre de asociar muchas de estas sustancias desconocidas, cuya accion es tan diversificada, y que hayan abandonado despues al azar el cuidado de arreglar todo lo que de esto podia resultar para el enfermo. Asi es como un insensato entra en el taller de un artista, coge con ambas manos todas las herramientas que se le presentan á la vista, y se figura que con su auxilio podrá concluir una obra que vé bosquejada. ¿Quién puede dudar que la echará á perder por su ridículo modo de trabajar, y tambien que acaso la mutilará irreparablemente?

accion. En fin, cuando se trate de conocer la de las sustancias mas débiles no se pueden elegir para sugetos de la esperiencia mas que personas exentas de enfermedad, (es cierto) pero dotadas ademas de una constitucion delicada, irritable y sensible.

122. En las esperiencias de este género de donde depende la certeza del arte de curar y la conservacion de todas las generaciones venideras, solo se emplearán medicamentos que se conozcan bien, y respecto de los que se tenga la conviccion de que están puros, que no han sido falsificados y que poseen toda su energìa.

123. Cada uno de estos medicamentos debe tomarse bajo una forma simple y exenta de todo artificio. Por lo que toca à las plantas indígenas se esprime su jugo, que se mezcla con un poco de alcohol, para impedir que se corrompa. Respecto à los vegetales exóticos se los pulveriza, ó bien se prepara con ellos una tintura alcohólica, que se mezcla con cierta cantidad de agua, antes de administrarla. En fin, las sales y las gomas no deben disolverse en agua hasta el momento mismo que se van á tomar. Si no se puede proporcionar la planta mas que en estado seco, y si tiene esta por su propia naturaleza virtudes poco enérgicas, se la ensaya bajo la forma de infusion, es decir, que despues de haberla picado en pedazos muy menudos, se vierta sobre ella agua hirviendo en la que se la deja permanecer durante algun tiempo: la infusion debe beberse inmediatamente despues de su preparacion, y estando todavìa caliente; porque todos los jugos de las plantas, y todas las infusiones vegetales, á que no se añade alcohol, pasan ràpidamente á la fermentacion y á la corrupcion, y pierden asi su virtud medicinal.

124. Toda sustancia medicinal que se somete á ensayos de este género debe emplearse sola y perfectamente pura. Debemos guardarnos muy bien de asociar á ella ninguna sustancia estraña y de tomar ningun medicamento, ya el mismo dia, y a menos todavìa en los siguientes, mientras que se quiera observar los efectos que es capaz de producir.

125. Es preciso que el régimen sea muy moderado mientras dure la esperiencia. Hay que abstenerse todo lo posible de especias, y limitarse á alimentos simples y

que solo sean nutritivos, evitando con cuidado las legumbres verdes (1), las raices, las ensaladas, las sopas de yerbas, alimentos que, á pesar de las preparaciones de cocina que han sufrido, conservan siempre algo de energìa medicinal, que turbaria la accion del medicamento.

La bebida serà la misma que la de que se hace uso diariamente, solo se tratará de que sea todo lo menos estimulante posible (2).

126. El que intenta la esperiencia debe evitar, mientras esta dure, entregarse á trabajos penosos de cuerpo y espíritu, á escesos y á pasiones desordenadas. Es preciso que ningun negocio urgente le impida observarse con cuidado; que por sí mismo ponga una atencion escrupulosa en todo lo que suceda en su interior, sin que nada le distraiga de ello, en fin, que una à la salud del cuerpo el grado de inteligencia necesario para poder designar y describir claramente las sensaciones que esperimente.

127. Deben ser esperimentados los medicamentos tanto en hombres como en mujeres, á fin de poner en evidencia las modificaciones relativas al sexo que son aptos á producir.

128. Las observaciones mas recientes han demostrado que las sustancias medicinales no manifiestan, ni con mucho, la totalidad de sus fuerzas ocultas cuando se las toma en estado grosero, ó tales como la naturaleza nos las presenta. No desarrollan completamente sus virtudes sino despues de haber sido llevadas á un alto grado de dilucion por medio de la trituracion y la succucion, modo muy sencillo de manipulacion, que desarrolla á un grado increible, y pone en plena accion sus fuerzas ocultas hasta entonces, y hasta cierto punto sumidas en el sueño. Está reconocido en el dia que el mejor modo de ensayar

---

(1) Se puede permitir el uso de los guisantes, de las judías verdes y aun de las zanahorias, por ser legumbres verdes que tienen muy poco ó nada de medicinales.

(2) La persona que se somete á las esperiencias debe no estar acostumbrada al uso del vino puro, del aguardiente, del café ó del té, ó al menos ha de hacer ya largo tiempo que ha abandonado estas bebidas nocivas, de las cuales las unas son escitantes y las otras medicinales.

aun una sustancia reputada débil, consiste en tomar durante muchos dias seguidos, cuatro ó seis glóbulos empapados en su trigésima dilucion, que se humedecen con un poco de agua y se toman en ayunas.

129 Si esta dósis produce efectos muy débiles, se puede, para hacer estos mas pronunciados y mas sensibles, aumentar cada dia algunos glòbulos, hasta que el cambio se haga apreciable; porque un medicamento no afecta á todos los sugetos con la misma fuerza, y en este punto reina mucha diversidad. Se vé algunas veces que una persona, que parece delicada, apenas se afecta por un medicamento que se sabe es muy enérgico, y que habia sido administrado á dósis moderada, mientras que lo es de un modo demasiado fuerte por otras sustancias mucho mas débiles. Asi mismo hay sugetos muy robustos que esperimentan síntomas morbosos considerables por parte de agentes medicinales suaves en la apariencia, y que por el contrario sienten poco los efectos de otros medicamentos mas fuertes. Pero como jamás se sabe de antemano cuál de estos dos casos tendrá lugar, conviene que cada uno empiece por una dósis pequeña, y que despues la aumente de dia en dia si lo juzga necesario.

130. Si desde el principio, y por primera vez, se ha dado una dósis demasiado fuerte, resulta de esto una ventaja, y es que la persona que se somete á la esperiencia aprende cuál es el órden con que se suceden los sìntomas, y puede anotar con exactitud el momento en que cada uno aparece, cosa muy importante para el conocimiento del carácter de los medicamentos; porque asi se manifiesta del modo menos equívoco el órden de los efectos primitivos y el de los efectos alternantes. Asi tambien muchas veces basta una pequeña dósis, cuando el sugeto que se somete á la esperiencia está dotado de una gran sensibilidad, y ademas se observa con mucha atencion. En cuanto à la duracion de la accion de un medicamento, solo se llega á conocerla comparando entre sí los resultados de muchas esperiencias.

131. Cuando se ve uno precisado, para adquirir solamente algunas nociones, á dar por espacio de muchos dias seguidos dósis progresivamente mayores del medicamento á un mismo sugeto, se aprende muy bien de este

modo á conocer los diversos estados morbosos que esta sustancia puede producir en general; pero no se adquiere ninguna noticia acerca de su sucesion; porque la dósis siguiente cura con frecuencia alguno de los síntomas provocados por la precedente, ó produce en su lugar un estado opuesto. Los síntomas de esta naturaleza deben ser anotados entre dos paréntesis, como equívocos, hasta que nuevas esperiencias mas puras hayan decidido si se debe ver en ellos una reaccion del organismo, ó un efecto alternante del medicamento.

132. Mas cuando nos proponemos únicamente la investigacion de los síntomas que una sustancia medicinal, sobre todo débil, puede producir por sí misma, sin atender á la sucesion de estos síntomas y á la duracion de accion del medicamento, es preferible aumentar diariamente la dósis por espácio de muchos dias seguidos. De esta manera se manifestará el efecto del medicamento, todavía desconocido, aun el mas suave, sobre todo si se le ensaya en una persona sensible.

133. Cuando la persona que se somete á la esperiencia siente una incomodidad cualquiera por parte del medicamento, es útil y aun necesario, para la determinacion exacta del síntoma, que tome sucesivamente diversas posiciones y observe los cambios que de esto se sigan. Así examinará si por los movimientos comunicados á la parte que padece, andando en la habitacion ó al aire libre, manteniéndose de pie, sentada ó echada, el síntoma aumenta, disminuye ó se disipa, y si vuelve ó no, tomando la primera posicion, si cambia bebiendo ó comiendo, hablando, tosiendo, estornudando ó desempeñando cualquiera otra funcion del cuerpo. Debe observar igualmente á qué hora del dia ó de la noche se manifiesta de preferencia. Todas estas particularidades descubren lo que hay de peculiar y característico en cada síntoma.

134. Todas las potencias esteriores, y principalmente los medicamentos, tienen la propiedad de producir en el estado del organismo viviente cambios particulares que varian para cada una de ellas. Mas los síntomas propios de una sustancia medicinal cualquiera no se manifiestan todos en la misma persona, ni simultáneamente, ni en el curso de una misma esperiencia; por el contrario, se

ve á una misma persona sentir de preferencia ya este, ya aquel, en una segunda ó tercera experiencia, de manera, con todo eso, que en la cuarta, octava décima, etc., personas se verán quizá reaparecer muchos de los síntomas que se han manifestado ya en la segunda, sesta, novena, etc. Tampoco los síntomas vuelven á presentarse á las mismas horas.

135. Unicamente por medio de observaciones multiplicadas en un gran número de sugetos de ambos sexos convenientemente elegidos y tomados de todas las constituciones, es como se llega á conocer de un modo casi completo el conjunto de todos los elementos morbosos que un medicamento tiene la facultad de producir. Solo se tiene la certeza de estar al corriente de los síntomas que un agente medicinal puede ocasionar, es decir, de las facultades puras que posee para modificar y alterar la salud del hombre, cuando las personas que le ensayan por segunda vez advierten muy pocos accidentes nuevos, y solamente observan casi siempre los mismos que habian sido observados por otras antes que ellas.

136. Aunque, como acaba de decirse, un medicamento sometido á la esperimentacion en el hombre sano no pueda manifestar en un solo sugeto todas las alteraciones de salud que es capaz de producir, y no las ponga en evidencia mas que en cierto número de sugetos diferentes los unos de los otros, respecto à la constitucion física y á las disposiciones morales; sin embargo, tampoco es menos cierto que una ley eterna é inmutable de la naturaleza le ha dispensado la tendencia à escitar dichos síntomas en todos los hombres (*V* 110). De aquì procede el que determine todos sus efectos, aun los que se le ven producir rara vez en las personas sanas, cuando se le administra á un enfermo atacado de males semejantes á los que nacen de él. Administrado entonces, aun á dósis las mas débiles, promueve en el enfermo, si ha sido elegido homeopáticamente, un estado artificial parecido á la enfermedad natural que la cura de un modo rápido y duradero.

137. Cuanto mas moderada sea la dósis del medicamento que se quiere ensayar, sin pasar con todo eso mas allá de ciertos límites, tanto mas pronunciados serán tambien los efectos primitivos, que son los que importa conocer

sobre todo; no se verán mas que estos, ni habrá ninguna señal de reaccion. Suponemos desde luego que la persona á quien està confiada la esperiencia ama la verdad, que es moderada bajo todos conceptos, que tiene una sensibilidad bien desarrollada, y que se observa con toda la atencion de que es capaz. Al contrario, si la dósis es escesiva, no solamente se manifestaràn muchas reacciones entre los sìntomas, sino que tambien los efectos primitivos se presentaràn de un modo tan precipitado, tan violento y confuso, que será imposible hacer ninguna observacion precisa. Añadamos tambien el peligro que de ello puede resultar al esperimentador, peligro que no es dado mirar con indiferencia al que respeta á sus semejantes, y vé un hermano hasta en el último hombre del pueblo.

138. Suponiendo que todas las condiciones asignadas precedentemente á una esperimentacion pura para que sea válida (V. 124-127) hayan sido cumplidas, las incomodidades, los accidentes y las alteraciones de la salud que se manifiestan, mientras que dura la accion de un medicamento, dependen de esta sola sustancia, y deben anotarse como pertenecientes esclusivamente á ella, aun cuando el sugeto hubiese mucho tiempo antes esperimentado espontanéamente síntomas semejantes. La reaparicion de estos sìntomas en el curso de la experiencia prueba solamente que en virtud de su propia constitucion, este sugeto tiene una predisposicion especial à que se manifiesten en él. En el caso presente son efectos del medicamento; porque no se puede admitir que hayan venido por sì mismos en una ocasion en que un poderoso agente medicinal domina toda la economía.

139. Cuando el médico no ha experimentado el remedio en sí mismo, y le ha hecho ensayar por otra persona, es preciso que esta escriba las sensaciones, incomodidades, accidentes y cambios que experimente en el instante mismo que las sienta. Es preciso que indique tambien el tiempo transcurrido desde que tomó el medicamento hasta la manifestacion de cada sìntoma, y que haga conocer la duracion de este, si se prolonga mucho. El médico lee esta relacion en presencia del que ha hecho la experiencia, inmediatamente despues de concluida; ó

si dura muchos dias, hace la lectura cada dia, á fin de que el experimentador, conservando todavia fresca la memoria, pueda responder à las preguntas que juzgue conveniente dirigirle relativamente à la naturaleza precisa de cada síntoma, y ponerle en estado ya de añadir los nuevos detalles, que recoge, ya de hacer las rectificaciones y modificaciones necesarias (1).

140. Si la persona no sabe escribir, será necesario que el médico la pregunte cada dia, para saber de ella todo cuanto ha experimentado. Pero este exámen debe limitarse en gran parte á escuchar la narracion que haga ella misma. Se guardará el médico cuidadosamente de querer adivinar ò conjeturar alguna cosa: preguntará lo menos posible, ó si lo hace, deberá ser con la misma prudencia y la misma reserva que he recomendado anteriormente (V. 84-99.) como precauciones indispensables, cuando se toman las informaciones de que se necesita para formar el cuadro de las enfermedades naturales.

141. Mas de todas las esperiencias puras relativas á los cambios que los medicamentos simples producen en la salud del hombre, y á los síntomas morbosos cuya manifestacion pueden promover en las personas sanas, las mejores serán siempre las que un médico dotado de buena salud, exento de preocupaciones y capaz de analizar sus sensaciones, haga en sí mismo con las precauciones que acaban de prescribirse. Nunca se está mas cierto de una cosa que cuando la ha esperimentado uno por sí mismo (2).

(1) El que comunica al público el resultado de semejantes experiencias, es responsable del carácter de la persona que se ha sometido á ellas y de las aserciones que emite refiriéndose á esta misma persona. Esta responsabilidad es de derecho, puesto que se trata del bienestar de la humanidad doliente.

(2) Las esperiencias hechas en uno mismo tienen tambien una ventaja que es imposible obtener de otro modo. En primer lugar proporcionan la conviccion de esta grande verdad: que la virtud curativa de los remedios se funda únicamente en la facultad que tienen de producir cambios en el estado físico y moral del hombre. En segundo lugar enseñan á comprender sus propias sensaciones, sus pensamientos, su moral, orígen de toda verdadera sabiduría (γνωθι σεαυτὸν), y hacen adquirir el talento de la observacion, sin el que no puede pasarse el médico. Las observaciones hechas en otros no tienen

142 Por lo que hace á saber el modo de conducirse en las enfermedades, sobre todo las crónicas, que casi todas permanecen semejantes à sí mismas, para descubrir entre los síntomas de la afeccion primitiva algunos de los que pertenecen al medicamento simple aplicado á la curacion (1), es un objeto de investigaciones, que exige una grande capacidad de juicio, y que es preciso confiar á los maestros en el arte de observar.

143. Cuando, despues de haber experimentado de este modo un gran número de medicamentos simples en el hombre sano se hayan anotado cuidadosa y fielmente todos los elementos de enfermedad, todos los síntomas que pueden producir por sí mismos, como potencias morbíficas artificiales, entonces solamente se tendrá una verdadera Materia médica, es decir, un cuadro de los efectos puros é infalibles (2) de las sustancias medicinales simples. Así

---

el mismo atractivo, que las que uno hace en sí mismo. El que observa á los demas siempre debe temer que no esperimenten exactamente lo que dicen, ó que no espliquen de un modo conveniente lo que sienten. Jamas hay una seguridad de no haber sido engañado al menos en parte. Este obstáculo para el conocimiento de la verdad, que jamas puede evitarse enteramente, cuando se observan los síntomas morbosos escitados en otro por la accion de los medicamentos, no existe en los ensayos que hace uno en sí mismo. El que se somete á la esperiencia sabe con exactitud lo que siente, y cada nuevo ensayo, que hace en su propia persona, es para él un motivo de dar más estension á sus investigaciones, haciéndolas con otros medicamentos. Seguro, como lo está, de no engañarse, se hace por lo mismo mucho mas hábil en el arte tan importante de observar, y redobla al mismo tiempo su celo, porque este le enseña á conocer el verdadero valor de los recursos del arte, cuya escasez es todavía tan grande. No se crea tampoco que las pequeñas incomodidades que se contraen ensayando los medicamentos son perjudiciales á la salud. Al contrario, la esperiencia prueba que hacen al organismo mas apto para rechazar todas las causas morbosas, naturales ó artificiales, y le endurecen contra su influencia. La salud se hace mas sólida, y el cuerpo mas robusto.

(1) Los síntomas, que en el curso de toda la enfermedad, solo se han hecho notar mucho tiempo antes, ó que ni aun han sido observados jamas, y por consiguiente son nuevos y pertenecen al remedio.

(2) En estos últimos tiempos se ha confiado el cuidado de esperimentar los medicamentos á personas desconocidas y dis-

se poseerà un código de la naturaleza en el que estaràn escritos un número considerable de síntomas propios á cada uno de los agentes que se hayan sometido á la esperimentacion. Estos síntomas, pues, son los elementos de las enfermedades artificiales con cuyo auxilio se curaràn algun dia muchas enfermedades naturales semejantes. Estos son los únicos verdaderos instrumentos homeopáticos, es decir, especificos, capaces de producir curaciones ciertas y duraderas.

144. Escúyase severamente de esta Materia médica todo lo que sea conjetura, asercion gratuita ó ficcion. En ella solo debe hallarse el lenguaje puro de la naturaleza interrogada con cuidado y buena fé.

145. Se necesitaria seguramente un número muy considerable de medicamentos, cuya accion pura sobre los sugetos sanos fuese bien conocida, para que nos hallàsemos en estado de encontrar un remedio homeopático contra cada una de las innumerables enfermedades naturales que afligen al hombre, es decir, una potencia morbífica artificial que fuese análoga á cada una de ellas (1). Sin embargo, gracias á la multitud de elementos morbíficos que cada uno de los medicamentos enérgicos que se han ensayado hasta el dia en el hombre sano han dejado ya observar, solo quedan en el dia un pequeño número de enfermeda-

tantes que se hacian pagar retribucion por este cargo, y cuyas observaciones se publicaban despues. Pero este método parece que priva de garantía moral, de certeza y de todo valor real á este importante trabajo, sobre el que deben fundarse las bases de la única medicina verdadera.

(1) En un principio fuí yo solo para estudiar los efectos puros de los medicamentos, que era la principal y mas importante de mis ocupaciones. Despues me han ayudado en este trabajo algunos médicos jóvenes, cuyas observaciones he examinado escrupulosamente. Pero ¡qué no se conseguirá hacer en materia de curaciones, en el inmenso dominio de las enfermedades, cuando numerosos observadores, de cuya exactitud podamos estar seguros, hayan contribuido con investigaciones hechas en sí mismos á enriquecer esta materia médica la única verdadera que puede haber! El arte de curar se aproximará entonces á las ciencias matemáticas en cuanto á su certeza.

des contra las que no se pueda encontrar entre estas sustancias, un remedio homeopático razonable (1), que restablezca la salud de una manera suave, segura y duradera, es decir, con una seguridad infinitamente mayor que la que se tendria recurriendo á las terapéuticas generales y especiales de la medicina alopática, cuyas mezclas de medicamentos desconocidos no hacen mas que desnaturalizar y agravar las enfermedades crónicas, y retardan mas bien que aceleran la curacion de las enfermedades agudas.

146. El tercer punto del deber de un verdadero médico es emplear las potencias morbíficas artificiales (medicamentos), cuyos efectos puros ha comprobado en el hombre sano, del modo mas conveniente para efectuar la curacion homeopática de las enfermedades naturales.

147. Aquel, de entre estos medicamentos, cuyos síntomas conocidos tienen la mayor semejanza con la totalidad de los que caracterizan una enfermedad natural dada, debe ser el medicamento mas apropiado, el mas ciertamente homeopático que se puede emplear contra esta enfermedad, es su remedio específico.

148. Un medicamento que posee la tendencia y la aptitud á producir una enfermedad artificial semejante en lo posible á la enfermedad natural contra la que se emplea, y que se administre á justa dósis, afecta precisamente, en su accion dinámica sobre la fuerza vital morbosamente desarmonizada, las partes del organismo que hasta entonces habian estado sujetas á la enfermedad natural, y escita en ellas la enfermedad artificial que puede producir por su naturaleza. Pues esta, en razon de su semejanza y preponderancia, se sustituye á la enfermedad natural. De aquí se sigue que, desde el momento en que la fuerza vital no sufre de esta última, solo está afectada de la otra. Mas habiendo sido muy débil la dósis del remedio, la enfermedad medicinal desaparece muy pronto por sí misma. Vencida como lo es toda afeccion medicinal moderada por la energía desarrollada de la fuerza vital, deja al cuerpo libre de todo padecimiento, es decir, en un estado de salud perfecta y duradera.

(1) Véase anteriormente 109 la nota.

149. Cuando ha sido bien hecha la aplicacion del medicamento elegido de modo que sea perfectamente homeopático (1), la enfermedad natural aguda que se trata de combatir, por maligna y dolorosa que pueda ser, se disipa en pocas horas, si es reciente, y en un pequeño número de dias, si es un poco mas antigua. Toda señal de mal estar desaparece; no se ve ninguno ó casi ningun vestigio de enfermedad artificial ó medicinal, y se restablece la salud por una transicion rápida é insensible. Por lo que toca á los males crónicos y principalmente á los que están complicados, exigen mas tiempo para curarse. Las enfermedades medicinales crónicas que la medicina alopática produce con tanta frecuencia al lado de la en-

(1) A pesar de las numerosas obras destinadas á disminuir las dificultades de esta investigacion, á veces muy trabajosa, del remedio mas apropiado homeopáticamente bajo todos conceptos á cada caso especial de enfermedad, exige todavía que se estudie en los mismos manantiales, que se proceda con la mayor circunspeccion, y que nada se resuelva, sin haber pesado seriamente una multitud de circunstancias diversas. La mas hermosa recompensa del que se entrega á este estudio, es la tranquilidad de una conciencia segura de haber desempeñado fielmente sus deberes. ¿Cómo un trabajo tan minucioso, tan penoso y sin embargo, el único apto para poner en estado de curar con seguridad las enfermedades, podria agradar á los partidarios de la nueva secta bastarda que, no adoptando mas que las formas esteriores de la homeopatía, prescriben los medicamentos, por decirlo asi, sin reflexion (*Quidquid in buccam venit*), y que, cuando el remedio mal elegido no alivia inmediatamente, se atienen no á su imperdonable incuria, sino á la misma doctrina que acusan de imperfecta? Estas hábiles gentes se consuelan muy pronto con el mal éxisto de los medios apenas medio-homeopáticos que emplean, recurriendo en seguida á los procederes de la alopatia, que les son mas familiares, como algunas docenas de sanguijuelas, las inocentes sangrias de ocho onzas, etc. Si el enfermo sobrevive, esclaman que no hubieran podido salvarle con ningun otro método, dando claramente á entender que estos medios tomados, sin molestarse mucho la cabeza, de la rutina de la antigua escuela han tenido en el fondo todo el honor de la curacion. Si sucumbe consuelan con ellos mejor á sus allegados, diciéndoles que se ha hecho cuanto humanamente era posible hacer para salvarle. ¿Quién querrá honrar á estos hombres inconsiderados y peligrosos con admitirlos entre los adeptos del arte penoso pero saludable á que se da el nombre de medicina homeopàtica?

fermedad natural que no ha podido destruir exigen sobre todo un tiempo muy largo, y aun frecuentemente son incurables á causa de las sustracciones de fuerza y de jugos vitales que son el resultado de los medios de tratamiento que gustan emplear los partidarios de esta medicina.

150 Si alguno se queja de uno ó dos síntomas poco pronunciados, que hace poco tiempo ha notado, el médico no debe ver en esto una enfermedad perfecta que reclame seriamente los auxilios del arte. Una pequeña modificacion en el régimen y en el género de vida basta ordinariamente para disipar tan ligeras indisposiciones.

151. Mas cuando los síntomas poco numerosos de que se queja el enfermo tienen mucha violencia, el médico observador descubre ordinariamente muchos mas que no se hallan tan bien marcados, y que le dan una imágen completa de la enfermedad.

152. Cuanto mas intensa es la enfermedad aguda, tanto mas numerosos y pronunciados son ordinariamente los síntomas que la componen, y es mas fácil tambien encontrar un remedio que le convenga con tal que los medicamentos conocidos en su accion positiva, y entre los que debe elegirse, sean bastante numerosos. Entre las series de síntomas de un gran número de medicamentos no es difícil encontrar uno que contenga elementos morbosos de los que se pueda componer un conjunto de síntomas muy análogo á la totalidad de los de la enfermedad natural que se tiene á la vista. Pues este medicamento es justamente el remedio que se desea.

153 Cuando se busca un remedio homeopático específico, es decir, cuando se compara el conjunto de los signos de la enfermadad natural con las séries de síntomas de los medicamentos bien conocidos, para hallar entre estos últimos una potencia morbífica artificial semejante al mal natural cuya curacion está en problema, es necesario sobre todo y casi esclusivamente, atenerse á los síntomas predominantes, singulares, estraordinarios y característicos (1) porque á estos es principalmente á los

(1) M. de Bœnninghausen ha hecho un gran servicio á la

que deben corresponder los síntomas semejantes en la série de los que nacen del medicamento que se busca, para que este último sea el remedio, con cuyo auxilio convenga mas emprender la curacion. Por el contrario, los síntomas generales y vagos, como la falta de apetito, el dolor de cabeza, la languidez, el sueño agitado, el malestar general, etc., merecen poca atencion, porque casi todas las enfermedades y casi todos los medicamentos producen estos efectos y otros bastante anàlogos.

154. Cuantos mas efectos semejantes contenga la contra-imágen formada con la série de síntomas del medicamento, que parece merecer la preferencia, y cuanto mas parecidos sean estos á los síntomas estraordinarios, pronunciados y característicos de la enfermedad natural, tanto mayor serà de una y otra parte la semejanza, y con tanta mas razon será el medicamento conveniente, homeopático y especìfico en esta circunstancia. Una enfermedad que no cuenta muy larga fecha, cede ordinariamente sin graves incomodidades á la primera dósis de este remedio.

155. Digo *sin graves incomodidades*, porque, cuando un remedio perfectamente homeopàtico obra sobre el cuerpo, solo son eficaces los síntomas correspondientes á los de la enfermedad que trabajan en extinguir estos últimos ocupando su lugar. Los demas síntomas, con frecuencia numerosos, que la sustancia medicinal produce y que en nada corresponden á la enfermedad presente apenas se manifiestan, y el enfermo se mejora por instantes. La razon de esto es que la dosis de un medicamento de que quiere hacerse una aplicacion homeopática, necesitando ser muy pequeña, se encuentra dicha sustancia mucho mas débil para manifestar aquellos síntomas, que no son homeopàticos, en las partes del cuerpo exentas de enfermedad. No deja, pues, obrar mas que á sus síntomas homeopàticos sobre los puntos del organismo que estan ya atacados de la irritacion que resulta de los síntomas anàlogos de la enfermedad natural, á fin de escitar á la

---

homeopatia con su Exposicion de los síntomas que caracterizan á los medicamentos antipsóricos.

fuerza vital á producir una afeccion medicinal análoga, pero mas fuerte, que estinga la enfermedad natural.

156. Sin embargo, casi no existe remedio homeopático, por bien elegido que haya sido, que, sobre todo á dósis poco atenuadas, no produzca al menos, durante su accion primitiva, incomodidades ligeras, ó algun pequeño síntoma nuevo, en enfermos muy irritables y sensibles. Es casi imposible, en efecto, que los síntomas del medicamento cubran tan perfectamente á los de la enfermedad, como un triángulo puede hacerlo respecto á otro que tenga ángulos y lados iguales á los suyos. Pero esta anomalía, insignificante en un caso favorable, es obscurecida sin trabajo por la energía propia del organismo viviente, sin que ni aun lo note el enfermo, á menos que no sea de una sensibilidad escesiva. El restablecimiento de la salud no deja de progresar por esto, si no lo impiden influencias medicinales estrañas, como errores de régimen ó pasiones.

157. Pero, aunque sea cierto que un remedio homeopático administrado á cortas dòsis estingue suavemente la enfermedad aguda que le es análoga, sin manifestar otros de sus sìntomas no homeopáticos, es decir, sin escitar nuevas y graves incomodidades; sin embargo, se observa casi siempre que produce poco despues de haberle tomado el enfermo, al cabo de una ó muchas horas, segun la dosis, una especie de pequeña agravacion tan parecida á la afeccion primordial, que el mismo enfermo la toma por un aumento de su propia enfermedad. Pero en realidad solo es una enfermedad medicinal muy análoga al mal primitivo, y que le escede un poco en intensidad.

158. Esta pequeña agravacion homeopàtica del mal durante las primeras horas, presagio feliz que las mas veces anuncia que la enfermedad aguda cederá á la primera dósis, nada ofrece que no sea regular; porque la enfermedad medicinal debe naturalmente ser un poco mas fuerte que el mal á cuya extincion se la destina, si se quiere que le venza y le cure, del mismo modo que una enfermedad natural no puede destruir y hacer cesar otra que se le asemeja, sino cuando tiene mas fuerza y mas intensidad que ella (V. 43—48).

159. Cuanto mas débil es la dósis del remedio homeopático, tanto mas ligero y de corta duracion es tambien el aumento aparente de la enfermedad en las primeras horas.

160. Sin embargo como es casi imposible atenuar bastante la dósis de un remedio homeopático para que este no sea susceptible de aliviar, de esceder y curar la enfermedad que le es análoga (veáse la nota de 249), se concibe fácilmente que toda dósis de este medicamento, que no es la mas pequeña posible, puede todavía ocasionar una agravacion homeopática durante la primera hora que transcurre despues que el enfermo la ha tomado (1)

161. Si refiero á la primera ó á las primeras horas la agravacion homeopática, ó mas bien la accion primitiva del medicamento homeopático, que parece que acrecienta un poco los síntomas de la enfermedad natural, este plazo se aplica solo á las afecciones agudas recientes (2). Mas

---

(1) Esta preponderancia de los síntomas medicinales sobre los morbosos naturales, que simula una exasperacion de la enfermedad, ha sido notada tambien por otros médicos cuando la casualidad ponia en sus manos un remedio homeopático. Cuando el sarnoso despues de haber tomado azufre se queja de que se le aumenta la erupcion, el médico que no conoce la causa de esto, le consuela diciéndole que es preciso que salga al esterior toda la sarna para poderla curar, pero ignora que es un exantema provocado por el azufre, que toma la apariencia de una exasperacion de la sarna. Leroy asegura que el pensamiento (*Viola tricolor*) empezó por empeorar una erupcion de la cara, cuya curacion produjo despues; pero no sabia que este aumento aparente del mal provenia únicamente de que se habia administrado á muy fuerte dosis el medicamento que en este caso era homeopático. Lysons (*Med. trans.*, vol. II, Lóndres, 1772) dice que las enfermedades de la piel que ceden con mas seguridad á la corteza del olmo, son las que esta sustancia hace aumentar al principio. Si él no hubiera administrado, segun la costumbre de la medicina alopática, la corteza del olmo á dósis enormes, sino que, como exigia su carácter homeopático, la hubiera hecho tomar á dosis muy pequeñas, los exantemas contra que la prescribia se hubieran curado sin esperimentar este aumento de intensidad, ó al menos hubiera sido muy poco pronunciado.

(2) Aunque el efecto de los medicamentos que estan dotados por sí mismos de la accion mas prolongada, se disipa rápidamente en las enfermedades agudas, dura largo tiempo en

cuando medicamentos cuya accion se prolonga mucho tienen que combatir un mal antiguo y muy antiguo, que por consiguiente una dósis debe continuar obrando durante muchos dias seguidos, entonces se ven pronunciarse de cuando en cuando durante los seis, ocho ó diez primeros dias algunos de los efectos primitivos de estos medicamentos, algunas de estas exasperaciones aparentes de los síntomas del mal primordial que duran una ó muchas horas, mientras que el alivio general se pronuncia de una manera sensible en los intervalos. Una vez transcurrido este pequeño número de dias, el alivio producido por los efectos primitivos del medicamento continua todavía durante muchos dias casi sin que nada le turbe.

162. Siendo todavía muy limitado el número de medicamentos cuya accion verdadera y pura sobre el organismo se conoce exactamente, sucede algunas veces que solo se encuentran en la série de síntomas del medicamento mas homeopático una porcion de los síntomas de la enfermedad que hay que curar, y que por consiguiente se ve uno obligado á emplear esta imperfecta potencia morbífica artificial á falta de otra que lo sea menos.

163. En este caso no debe esperarse del remedio de que se ha hecho uso, una curacion completa y exenta de inconvenientes. Se ven sobrevenir durante su uso algunos accidentes que no se notaban antes en la enfermedad, y que son síntomas accesorios dependientes de un medicamento imperfectamente apropiado. Este inconveniente no impide, es verdad, que el remedio estinga una gran parte del mal, es decir, los síntomas morbosos semejantes á los medicinales, y que de aquí resulte un principio de curacion bien pronunciado; pero tampoco deja de observarse la provocacion de algunos males accesorios, que tienen la ventaja de ser siempre muy moderados cuando se ha cuidado de atenuar suficientemente la dósis.

164. El pequeño número de síntomas homeopáticos que se encuentra entre los del medicamento al que hace

---

las crónicas (que proceden de la psora), y de aquí proviene que los medicamentos antipsóricos no producen muchas veces esta exasperacion homeopática en las primeras horas; pero la determinan mas tarde y á horas diferentes de los ocho ó diez primeros dias.

recurrir la falta de otro mas apropiado, jamas perjudica á la curacion, cuando se compone en gran parte de los síntomas estraordinarios que distinguen y caracterizan la enfermedad; no deja de seguirse la curacion sin graves incomodidades.

165. Mas cuando entre los síntomas del medicamento elegido, no se encuentra ninguno que se asemeje perfectamente á los síntomas mas marcados y característicos de la enfermedad; cuando el medicamento no corresponde á esta última mas que respecto á los accidentes vagos é indeterminados (desfallecimiento, languidez, dolor de cabeza, etc.); y cuando entre los medicamentos conocidos no se puede elegir otro mas homeopático, no debe el médico prometerse un resultado ventajoso inmediato de la administracion de un remedio tan imperfecto.

166. Sin embargo este caso es muy raro, porque el número de medicamentos cuyos efectos puros se conocen ha aumentado mucho en estos últimos tiempos, y cuando se presentan los inconvenientes que de él dimanan disminuyen luego que se puede emplear en seguida un remedio cuyos síntomas se asemejen mas á los de la enfermedad.

167. En efecto, si el uso del remedio imperfectamente homeopático, que se emplea al principio, acarrea males accesorios de alguna gravedad, no se aguarda en las enfermedades agudas á que la primera dósis haya concluido completamente su accion; antes que esto suceda, se examina de nuevo el estado modificado del enfermo y se añade lo que queda de los síntomas primitivos á los síntomas recientemente aparecidos para formar de todo una nueva imágen de enfermedad.

168. Entonces se encuentra mas fácilmente entre los medicamentos conocidos un remedio análogo, del que bastará hacer uso una sola vez, sino para destruir enteramente la enfermedad, al menos para hacer la curacion mucho mas fácil. Si este nuevo medicamento no basta para restablecer completamente la salud, se vuelve á examinar lo que queda del estado morboso, y se elige en seguida el remedio homeopático mas apropiado á la imágen que se obtenga. De este modo se continua hasta haber llegado á nuestro fin, es decir, hasta volver al enfermo el pleno goce de la salud.

169. Puede suceder que examinando por primera vez una enfermedad, y eligiendo tambien por primera vez el remedio, se encuentre que la totalidad de los síntomas no esté suficientemente cubierta por los elementos morbíficos de un solo medicamento, lo que depende del pequeño número de estos cuya accion pura es bien conocida; y que dos remedios rivalicen en conveniencia, siendo el uno homeopático para tal parte de los síntomas de la enfermedad, y siéndolo el segundo mas para tal otra. Sin embargo no es admisible emplear aquel de estos dos remedios que se juzgue mas conveniente, y dar inmediatamente despues el otro; porque habiendo variado las circunstancias, este último no convendria ya al resto de los síntomas todavía subsistentes, y porque en semejante caso se necesitaria examinar de nuevo el estado de la enfermedad, para juzgar, segun la imágen que de ella se formase, cuál seria el remedio que homeopáticamente convendria mejor entonces á su nuevo estado.

170. En este caso, como siempre que se ha verificado algun cambio en el estado de la enfermedad, es necesario examinar lo que queda todavía actualmente de los síntomas, y elegir un remedio tan conveniente como sea posible al nuevo estado presente del mal, sin atender en lo mas mínimo al medicamento que en el principio habia parecido ser el mejor, despues del que se ha empleado. Pocas veces sucederá que el segundo de los dos remedios que al principio se habian juzgado convenientes, lo sea todavía en este momento. Mas si despues de un nuevo exámen del estado del enfermo se encontrase que entonces todavía le convenia, este seria un motivo mas para darle la preferencia.

171 En las enfermedades crónicas no venéreas, las que por consiguiente proceden de la psora, se necesita frecuentemente para curar, emplear uno despues de otro muchos remedios, cada uno de los cuales ya se dé solo una dósis de él, ya se le repita muchas veces consecutivas, debe ser elegido homeopático al grupo de síntomas que aun subsista, despues que el precedente ha agotado su accion.

172. Semejante dificultad nace del demasiado corto número de síntomas de la enfermedad, circunstancia que

merece igualmente fijar la atencion, pues que en llegando á separarla se vencen casi todas las dificultades, que ademas de la penuria de los remedios homeopáticos conocidos pueda presentar el mas perfecto de todos los métodos curativos.

173. Las únicas enfermedades que parece que tienen pocos síntomas, y que por lo mismo se prestan con mas dificultad á la curacion, son las que se podrian llamar parciales, porque no tienen mas que uno ó dos síntomas principales y predominantes que encubren á casi todos los demas. La mayor parte de estas enfermedades son crónicas.

174. Su síntoma principal puede ser ó un mal interno, por ejemplo, una cefalalgia de muchos años de fecha, una diarrea inveterada, una antigua cardialgia, etc., ó una lesion esterna. Estas últimas afecciones son las que con mas particularidad se llaman *enfermedades locales*.

175. Por lo que respecta á las enfermedades parciales de la primera especie, la falta de atencion de parte del médico es con frecuencia la única causa que le impide ver los demas síntomas con cuyo auxilio podria completar el cuadro de la enfermedad.

176. Hay sin embargo algunas enfermedades, en corto número, que á pesar de todo el cuidado con que se las examine en el principio (V. 84—98) solo muestran uno ó dos síntomas fuertes y violentos, y todos los demas no existen sino en un grado poco pronunciado.

177. Para tratar con buen éxito este caso, que por otra parte se presenta rara vez, se empieza por elegir, segun la indicacion de los síntomas poco numerosos que se observan, el medicamento que parece ser el mas homeopático.

178. Podrá muy bien suceder que este remedio, elegido segun todas las exigencias de la ley homeopática, ofrezca la enfermedad artificial que su analogia con la enfermedad natural hace apropiada para verificar la destruccion de esta última; y esto será tanto mas posible, cuanto mas notables, mas pronunciados y mas característicos sean los síntomas del mal natural.

179. Pero lo que mas frecuentemente sucede es que

solo convenga en parte á la enfermedad, y que no se adapte á ella de un modo exacto, por no haberse podido hacer la eleccion, fundada en un número suficiente de síntomas.

180. Asi, el medicamento, obrando entonces sobre una enfermedad à la que no corresponde mas que en parte, producirá males accesorios, como en el caso (V. 162 y siguientes) en que la eleccion ha sido imperfecta por la penuria de remedios homeopáticos. Dará pues origen á muchos accidentes pertenecientes à la série de sus propios síntomas. Mas estos accidentes son igualmente síntomas propios á la enfermedad misma, los cuales no habia notado el enfermo hasta aquel momento, ó no los habia esperimentado mas que rara vez, y que no hacen entonces mas que desarrollarse en un grado superior. Se manifestarán ó se exasperaràn accidentes que poco antes no percibia el enfermo, ó que solo los sentia de un modo muy vago.

181. Se objetará quizá que los males accesorios y los nuevos síntomas de enfermedad que entonces aparecen, deben atribuirse al remedio que acaba de ser administrado. Tal es su orìgen en efecto (1). Sin duda provienen de este remedio (V. 105). Pero no son menos por eso síntomas que la enfermedad era apta por sí misma á producir en el sugeto, y el medicamento, en su cualidad de provocador de accidentes semejantes, los ha hecho solamente manifestarse, los ha obligado á aparecer; en una palabra, la totalidad de los síntomas que entonces se manifiestan, debe considerarse como perteneciente á la enfermedad misma, como constituyendo su verdadero estado actual, y bajo este punto de vista se la debe considerar tambien al tratarla.

182. Asi es como la eleccion de los medicamentos casi inevitablemente imperfecta á causa del demasiado corto número de síntomas presentes, hace sin embargo el servicio de completar el conjunto de los síntomas de la enfer-

(1) A menos que no sean debidos á un grande esceso en el régimen, á una pasion violenta ó á un movimiento tumultuoso en el organismo, como el establecimiento ó cesacion de las réglas, la concepcion, el parto, etc.

medad, y facilita de este modo la investigacion de un segundo medio mas homeopàtico.

183. A menos, pues, que la violencia de los accidentes nuevamente desarrollados exija prontos socorros, lo que debe ser muy raro à causa de la exigüidad de la dósis homeopática, y lo es sobre todo en las enfermedades muy crónicas, es necesario, cuando el primer medicamento no produce ya nada ventajoso, trazar un nuevo cuadro de la enfermedad, con arreglo al cual se elige un segundo remedio homeopático, que sea exactamente conforme á su estado actual. Esta eleccion será tanto mas fácil, cuanto mas numeroso y mas completo se haya hecho el grupo de síntomas (1).

184. Se continua del mismo modo, despues del efecto completo de cada dósis, anotando el estado en que queda la enfermedad, señalando los síntomas todavia subsistentes; la imàgen que de aquí resulta sirve para encontrar un nuevo remedio tan homeopático como sea posible. Esta es la marcha que es preciso seguir hasta la curacion.

185. Entre las enfermedades parciales, las que se llaman locales ocupan un lugar importante. Se entienden por estas últimas los cambios y padecimientos que sobrevienen en las partes esteriores del cuerpo. La escuela ha enseñado hasta el dia que en semejante caso solo estaban afectadas las partes esteriores, y que el resto del cuerpo no tenia parte en la enfermedad; proposicion absurda en teoría y que ha conducido á aplicaciones terapéuticas las mas perniciosas.

186. De las enfermedades llamadas locales, aquellas cuyo origen es reciente y que proceden únicamente de una

(1) Un caso muy raro en las enfermedades crónicas, pero que se encuentra con bastante frecuencia en las agudas, es aquel en que, á pesar de la pequeñez de los síntomas, se siente no obstante el enfermo muy mal, de manera que puede atribuirse este estado al entorpecimiento de la sensibilidad, que no permite al sugeto percibir distintamente los dolores y las incomodidades. En semejante caso el ópio hace cesar este estado de estupor del sistema nervioso, y los síntomas de la enfermedad se manifiestan claramente durante la reaccion del organismo.

causa esterior, parecen ser las únicas que tienen realmente derecho à este nombre. Mas entonces es preciso que la lesion sea muy poco grave, porque, cuando tiene alguna importancia, el organismo viviente se resiente todo entero, se declara la fiebre, etc. A la cirujía es á la que pertenece tratar estos males, mientras que se necesita dispensar socorros mecànicos á las partes dolientes, para alejar y estinguir los obstáculos igualmente mecánicos, que se oponen á la curacion, la que solo debe esperarse de la fuerza vital: en esta categoría se colocan, por ejemplo, las reducciones, la reunion de las heridas, la estraccion de los cuerpos estraños que han penetrado en las partes vivientes, la abertura de las cavidades esplánicas, ya sea para estraer un cuerpo que molesta à la economía, ya para dar salida á derrames ó colecciones de lìquidos, la coactacion de las estremidades de un hueso fracturado, la consolidacion de una fractura por medio de un vendaje apropiado, etc. Mas cuando á consecuencia de semejantes lesiones el organismo entero reclama auxilios dinámicos activos para poder desempeñar el trabajo de la curacion, cuando por ejemplo se necesita recurrir á medicamentos internos para hacer cesar una fiebre violenta procedente de una grande contusion, de una dislaceracion de las partes blandas, carnes, tendones y vasos; cuando es preciso combatir el dolor causado por una quemadura ó por una cauterizacion, entonces empiezan las funciones del médico dinamista, y se hacen necesarios los auxilios de la homeopatía.

187. Pero es muy diverso lo que sucede respecto á los males, cambios y padecimientos que sobrevienen en la superficie del cuerpo, sin ser causados por una violencia esterior ó al menos á consecuencia de una lesion esterior casi insignificante. Estas enfermedades tienen su orígen en una afeccion interna. Es pues tan absurdo como peligroso el tomarlas por síntomas puramente locales, y tratarlas esclusivamente ó con corta diferencia por medio de aplicaciones tópicas, como si se tratase de un caso quirúrgico, segun lo han hecho hasta el dia los médicos de todos los siglos.

188. Se da á estas enfermedades el epíteto de locales, porque se las cree afecciones fijas esclusivamente en las partes esteriores, y en las que el organismo toma poca ó

ninguna parte, como si en cierto modo ignorase su existencia (1).

189. Sin embargo, basta la menor reflexion para concebir que un mal esterno, que no ha sido ocasionado por una grave violencia ejercida del esterior, no puede ni nacer, ni existir, ni menos todavìa empeorar, sin una causa interna, sin la cooperacion del organismo entero, por consiguiente sin que este último esté enfermo. No podria manifestarse si la salud general no estuviese desarmonizada, si la fuerza vital dominante, si todas las partes sensibles é irritables y todos los òrganos vivientes del cuerpo no tomasen parte. Ni aun seria concebible su produccion, si no fuese el resultado de una alteracion de la vida entera. ¡Tan íntimamente enlazadas estan entre sí las unas con las otras las partes del cuerpo y forman un todo indivisible, atendido el modo de sentir y de obrar!

190. Todo verdadero tratamiento médico de un mal sobrevenido en las partes esteriores del cuerpo sin violencia ejercida del esterior que haya dado lugar á él debe pues tener por objeto la estincion y la curacion, á beneficio de remedios internos, del mal general que padece el organismo entero. De este modo solamente es como puede ser racional, seguro y radical.

191. Esta proposicion está puesta fuera de duda por la esperiencia que manifiesta que todo remedio interno enérgico produce, inmediatamente despues de haber sido administrado, cambios considerables en el estado general del enfermo, y en particular en el de las partes esteriores afectadas, que la medicina vulgar mira como aisladas, aun cuando estas partes estén situadas en las estremidades del cuerpo. Y estos cambios son de una naturaleza la mas saludable; consisten en la curacion del hombre todo entero, que hace desaparecer al mismo tiempo el mal local, sin que se necesite emplear ningun remedio esterior, con tal que el remedio interior, que se dirige contra el todo de la enfermedad, haya sido bien elegido, y sea perfectamente homeopático.

---

(1) Este es uno de los numerosos absurdos perniciosos de la antigua escuela.

192. El mejor modo de llegar á este objeto consiste en tomar en consideracion, cuando se examina el caso de enfermedad, no solamente el carácter exacto de la afeccion local, sino tambien todas las demas alteraciones que se observen en el estado del enfermo, sin que se las pueda atribuir á la accion de los medicamentos. Todos estos síntomas deben reunirse en una imágen completa, á fin de que se proceda á la investigacion de un remedio homeopático conveniente entre los medicamentos, de los que se conocen los síntomas morbíficos que son capaces de determinar.

193. Este remedio, dado únicamente al interior, y del que una sola dósis bastará si el mal es de origen reciente, cura simultáneamente la enfermedad general del cuerpo y la afeccion local. Un efecto semejante por su parte debe probarnos que el mal local dependia únicamente de una enfermedad de todo el cuerpo, y que es preciso considerarle como una parte inseparable del todo, como uno de los síntomas mas considerables y mas predominantes de la enfermedad general.

194. No conviene en las afecciones locales agudas que se han desarrollado rápidamente, ni en las que existen ya de larga fecha, hacer la aplicacion sobre la parte enferma de ningun tópico, aun cuando este fuese la misma sustancia que tomada interiormente sería homeopática ó específica, y aun cuando se administrase simultáneamente este agente medicinal al interior. Pues las afecciones locales agudas como las inflamaciones, erisipelas, etc., que han sido producidas no por lesiones esternas de una violencia proporcionada á la de aquellas, sino por causas dinámicas ó internas, ceden de ordinario á los remedios interiores susceptibles de producir un estado interno y esterno semejante al que existe actualmente (1) Si con estos medios no desapareciesen enteramente, si, á pesar de la regularidad del género de vida, queda todavía algun vestigio de la enfermedad que la fuerza vital no ha podido volver á las condiciones del estado normal, entonces la afeccion

(1) Por ejemplo el acónito, el rhus, la belladona, el mercurio, etc.

local aguda era, como sucede con frecuencia, el producto de la animacion de una psora adormecida hasta entonces en el interior del organismo, y que se halla ya á punto de manifestarse bajo la forma de una enfermedad crónica.

195. En estos casos, que no son raros, es preciso, para obtener una curacion radical, dirigir un tratamiento antipsórico apropiado á la vez, contra las afecciones que persisten todavia, y contra los síntomas que el enfermo esperimentaba antes ordinariamente. Por lo demas, el tratamiento antipsórico interno es el único que se necesita en las afecciones locales crónicas, que no son manifiestamente venéreas.

196. Podria creerse que la curacion de estas enfermedades se efectuaria de una manera mas pronta, si el medio reconocido homeopàtico por la totalidad de los síntomas se emplease no solamente al interior, sino tambien al esterior, y que un medicamento aplicado tambien al punto enfermo deberia producir en él un cambio mas rápido.

197. Mas este método debe desecharse, no solamente en las afecciones locales que dependen del miasma de la psora, sino que tambien en las que proceden del miasma de la sífilis ó del de la sicosis. Porque la aplicacion simultánea de un medicamento al interior y al esterior, en las enfermedades que tienen por síntoma principal una afeccion local fija, ofrece el grave inconveniente de que la afeccion esterior (1) desaparezca de ordinario mas pronto que la enfermedad interna, lo que puede hacer creer injustamente que la curacion es completa, ó al menos hace dificil y á veces imposible el juzgar si la enfermedad total ha sido estinguida por el remedio dado interiormente.

198 El mismo motivo debe hacer desechar la aplicacion puramente local, á los síntomas esteriores de una enfermedad miasmática, de los medicamentos que pueden curar esta última, cuando se les administra al interior. Porque si nos limitamos á suprimir localmente estos síntomas, una obscuridad impenetrable se difunde en el

(1) La erupcion psórica reciente, las úlceras, las verrugas,

tratamiento interno, necesario para el restablecimiento perfecto de la salud; pues el síntoma principal, la afeccion local, ha desaparecido, y solo quedan los demas síntomas mucho menos significativos y constantes, que con frecuencia son muy poco característicos para poder deducir de ellos una imágen clara y completa de la enfermedad.

199. Si no se hubiese hallado todavia el remedio homeopático de la enfermedad (1), cuando ha sido destruido el síntoma local por la cauterizacion, la escision ó las aplicaciones desecantes, el caso se hace mucho mas embarazoso, á causa de la incertidumbre y de la inconstancia de los síntomas que quedan todavia; porque el síntoma externo que mejor que otra circunstancia hubiera podido guiar en la eleccion del remedio é indicar cuánto tiempo se le debe emplear al interior para estinguir enteramente la enfermedad, se halla sustraido de la observacion.

200. Si existiese todavía este síntoma, se hubiera podido encontrar un remedio homeopàtico conveniente al conjunto de la enfermedad; una vez descubierto este remedio, la persistencia de la afeccion local anunciaria que la curacion no era todavia perfecta, mientras que su desaparicion probaria que se habia extirpado el mal de raiz, y que la curacion era absoluta, ventaja que jamas se sabria apreciar lo bastante.

201. Es evidente que la fuerza vital, abrumada por una enfermedad crónica de la que no puede triunfar por su propia energìa, no se decide à producir una afeccion local en una parte esterior cualquiera, mas que para aliviar, abandonàndole órganos cuya integridad no es absolutamente necesaria á la existencia, un mal interno que amenaza romper los resortes esenciales de la vida, y destruir la vida misma. Su objeto es transportar en cierto modo la enfermedad de un punto à otro, y sustituir un mal esterno á otro interno La afeccion local acalla de esta manera la enfermedad interior, pero sin poder curarla ni disminuirla esencialmente (2). Sin embargo, el mal

(1) Como sucedia antes de mí respecto á los remedios antipsóricos y antisicósicos.

(2) Los cauterios de los médicos de la antigua escuela producen un efecto anàlogo. Estas úlceras, que el arte produce en el esterior, apaciguan ciertamente muchas enfermedades

local nunca es otra cosa que una parte de la enfermedad general, pero una parte que la fuerza vital orgánica ha exagerado mucho, y que ha transportado á la superficie esterior del cuerpo, donde el peligro es menor, á fin de disminuir otro tanto la afeccion interior. Mas por eso no se cura esta última, todo al contrario, hace progresos poco à poco, de suerte que la naturaleza se ve forzada à aumentar y agravar tambien el sìntoma local, á fin de que pueda continuar reemplazándola hasta cierto punto, y proporcionarle cierto alivio. Asi las úlceras antiguas de las piernas hacen progresos, mientras no se cura la psora interna, y las úlceras venéreas aumentan mientras no se combate la sífilis interna, á medida que con el transcurso del tiempo la enfermedad total toma mas desarrollo y adquiere mas intensidad.

202. Si el médico imbuido en los preceptos de la escuela ordinaria destruye el mal local con remedios esteriores, en la persuasion en que está de curar asi la enfermedad toda entera, la naturaleza reemplaza este sìntoma despertando los padecimientos interiores y los demas síntomas que si bien existian ya, parecia sin embargo que habian estado adormecidos hasta entonces, es decir, exasperando la enfermedad interna. Es pues falso que, como se acostumbra á decir, los remedios esteriores hayan hecho entrar entonces el mal local en el cuerpo, ó que le hayan repercutido sobre los nervios.

203. Todo tratamiento esterno de un síntoma local que tiene por objeto estinguirle en la superficie del cuerpo sin curar la enfermedad miasmàtica interna; que se propone, por ejemplo, hacer desaparecer la erupcion sarnosa de la piel por medio de unturas, cicatrizar una úlcera venérea cauterizándola, destruir una vegetacion por medio de la ligadura ó del hierro rusiente, este pernicioso método, tan generalmente empleado hoy dia, es el principal manantial de las innumerables enfermedades cróni-

---

crónicas internas, pero solo las reducen á silencio por un espacio de tiempo muy corto, sin poder curarlas; por otra parte debilitan el organismo, y le causan una impresion mucho mas profunda que la que le producirian la mayor parte de las metástasis producidas instintivamente por la fuerza vital.

cas, que tienen nombre ó que están sin él, bajo cuyo peso gime la humanidad entera. Es una de las acciones mas criminales de que ha podido hacerse culpable la medicina. Sin embargo, asi es como generalmente se ha procedido hasta el presente, y no se enseña todavía otra regla de conducta en las escuelas (1).

204. Si se esceptuan los males crónicos que dependen de la insalubridad del género de vida habitual, y las innumerables enfermedades medicinales (V. 74) producidas por los falsos y peligrosos métodos de tratamiento, cuyo uso gusta tanto prolongar en afecciones frecuentemente ligeras á los médicos de la antigua escuela, todas las demas enfermedades crónicas, sin escepcion, dependen de un miasma crónico, de la sifilis, de la sicosis, pero sobre todo de la psora, que se hallaba en posesion del organismo entero y penetraba todas sus partes, aun desde antes de la aparicion del síntoma local primitivo, erupcion psórica, úlcera y bubon, ó vegetacion, y que cuando se le quita este síntoma, estalla inevitablemente tarde ó temprano, dando orígen á una multitud de afecciones, de las cuales ninguna seria tan frecuente, si los médicos se hubiesen entregado siempre à curar los miasmas mismos, y á estinguirlos en el organismo con remedios homeopáticos internos, sin atacar sus síntomas locales por medio de tópicos.

205. El médico homeopata jamas trata los síntomas primitivos de los miasmas crónicos, como tampoco los males secundarios que resultan de un desarrollo, con medios locales que obren, ya de un modo dinámico (2), ya

---

(1) Porque todos los medicamentos que se prescribian al interior en semejantes casos solo servian para agravar el mal, puesto que no poseian la virtud específica de curarle en su totalidad, pero que sin embargo atacaban el organismo, le debilitaban y le ocasionaban otras enfermedades medicinales crónicas.

(2) En consecuencia, no puedo aconsejar, por ejemplo, la destruccion local del cáncer de los lábios ó de la cara (¿fruto de una psora muy desarrollada?) con la pomada de Fray Cosme; no solo porque este método es muy doloroso, y falla muchas veces, sino tambien, y sobretodo porque semejante medio dinámico, aunque libre localmente al cuerpo de la úlcera cancerosa, no disminuye en lo mas mínimo la enfermedad fundamental, de suerte que la fuerza conservadora de la vida se ve

mecánico. Cuando llegan á aparecer los unos ó los otros, se dedica únicamente á curar el gran miasma que constituye su base, y de este modo los síntomas primitivos y los secundarios desaparecen por sí mismos. Mas como no era este el método que se seguia antes de él, y como desgraciadamente encuentra las mas de las veces los síntomas primitivos (1) borrados ya del esterior por los médicos que le han precedido, casi siempre tiene que ocuparse de los síntomas secundarios, de los males producidos por el desarrollo de los miasmas, y sobre todo de las enfermedades crónicas nacidas de una psora interna. Remito, acerca de este punto, á mi tratado de las enfermedades crónicas, en el que he indicado la marcha que hay que seguir de un modo tan riguroso como era dado á un hombre solo hacerlo, despues de largos años de esperiencia, de observacion y de meditacion.

206. Antes de emprender la curacion de una enfermedad crónica, es necesario investigar con el mayor cuidado (2) si el enfermo ha sido infectado de sífilis ó de go-

---

obligada á trasladar el foco del gran mal que existe en el interior, á una parte mas esencial (como sucede en todas las metástasis), y á producir de este modo la ceguera, la sordera, la demencia, el asma sofocativo, la hidropesía, la apoplejía, etc., pero la pomada arsenical tampoco llega á destruir la úlcera local, sino cuando no es muy estensa, y la fuerza vital conserva grande energía; pues en tales circunstancias todavía es posible curar enteramente el mal primitivo. La estirpacion del cáncer, ya en la cara, ya en el pecho, y la de los tumores enquistados dan absolutamente los mismos resultados. La operacion es seguida de un estado un poco mas peligroso todavía, ó á lo menos se ha anticipado la época de la muerte. Estos efectos han tenido lugar en un sin número de casos: pero la antigua escuela no por eso persiste siempre menos en su ceguedad.

(1) Erupcion psórica, úlceras (bubones), vegetaciones.

(2) Cuando se toman informes de este género, es preciso no dejarse engañar con las aserciones de los enfermos y de sus parientes que asignan por causas á las enfermedades crónicas, aun las mas graves é inveteradas, un enfriamiento sufrido muchos años antes, un susto recibido en otro tiempo, un esfuerzo, un pesar, etc. Estas causas son demasiado ligeras para engendrar una enfermedad crónica en un cuerpo sano, para sostenerla años enteros, y hacerla mayor cada año, como sucede á todas las afecciones crónicas que proceden de una

norrea; porque, si asi fuese, el tratamiento deberia recibir un impulso especial en este sentido, y aun no tener otro objeto si solo existiesen signos de sífilis ó de sícosis, lo que en el dia es muy raro. Mas, aun en los casos en que se tenga que curar la psora, es preciso igualmente tratar de saber si ha habido una infeccion de este género, porque entonces habria complicacion de las dos enfermedades, lo que sucede cuando los signos no son puros; porque siempre ó casi siempre cuando el médico cree ver una antigua enfermedad venérea es mas bien una complicacion de la psora y de la sífilis lo que tiene á la vista, por ser el miasma psórico interno la causa fundamental mas frecuente de las enfermedades crónicas, que tan á menudo desfiguran y exasperan monstruosamente las aventuradas maniobras de la alopatía.

207. Si lo que precede es cierto, el médico homeópata debe tambien informarse de los tratamientos alopáticos á que ha podido estar sometida hasta entonces la persona atacada de la enfermedad, de los medicamentos que se han usado de preferencia, y mas frecuentemente, de las aguas minerales à que se ha recurrido y de los efectos que su uso ha producido. Estas nociones le son necesarias para concebir hasta qué punto ha degenerado la enfermedad de su estado primitivo, corregir en parte estas alteraciones artificiales, si es posible conseguirlo, ó al menos evitar ó huir de los medicamentos de que se ha abusado hasta entonces.

208. Lo primero que hay que hacer en seguida es informarse de la edad del enfermo, de su género de vida, de su régimen, de sus ocupaciones, de su situacion doméstica, de sus relaciones sociales, etc. Se examina si estas diversas circunstancias contribuyen à aumentar el mal, y hasta qué punto pueden favorecer el tratamiento ó serle desfavorables. Tampoco se descuidará en investigar si la disposicion del espíritu y el modo de pensar del enfermo

---

psora desarrollada. Causas mucho mas poderosas que estas deben haber presidido al nacimiento y progresos de un mal crónico, grave y pertinaz, y las que acaban de enumerarse son, á lo mas, á propósito para sacar á un miasma de su adormecimiento letárgico.

ponen obstáculo à la curacion, si es preciso imprimirles otra direccion, favorecerlos ó modificarlos.

209. Unicamente despues de muchas conferencias consagradas á proporcionarse todas estas nociones prévias, es cuando el médico procura trazar, segun las reglas precedentemente espuestas, un cuadro tan completo como sea posible de la enfermedad, á fin de poder anotar los síntomas predominantes y característicos, con arreglo á los cuales elige el primer remedio antipsórico ú otro, tomando por guia al principio del tratamiento la analogía tan grande como sea posible de los síntomas.

210. A la psora se refieren casi todas las enfermedades que antes he llamado parciales, y que parecen mas difíciles de curar en razon de este mismo carácter, que consiste en que todos sus demas accidentes desaparecen delante de un gran síntoma predominante. A esta clase pertenecen las enfermedades del espíritu y de la moral. Sin embargo, estas afecciones no forman una clase á parte y enteramente separada de las demas; porque el estado de la moral y del espíritu cambia en todas las enfermedades llamadas corporales (1), y se le debe comprender entre los síntomas principales que importa anotar, cuando se quiere trazar una imágen fiel de la enfermedad, con arreglo á la cual se pueda en seguida combatirla homeopáticamente con éxito.

211. Esto llega á tener tal importancia, que el estado

(1) ¿Cuántas veces no se encuentran enfermos que, á pesar de estar sujetos hace muchos años á afecciones muy dolorosas, han conservado sin embargo un humor apacible y complaciente, de suerte que se siente uno lleno de respeto y de compasion para con ellos? Pero cuando se ha triunfado del mal, lo que frecuentemente es posible por el método homeopático, se vé à veces presentarse un cambio de carácter el mas terrible, y reaparecer la ingratitud, la dureza de corazon, la maldad refinada y los caprichos repugnantes, que formaban el carácter del sugeto antes de que cayese enfermo. Muchas veces un hombre que era pacífico, cuando estaba bueno, se hace atolondrado, violento, caprichoso, insoportable, ó impaciente y desesperado cuando cae enfermo. No es raro que la enfermedad embrutezca a un hombre de talento, que haga de un ingenio limitado una cabeza mas capaz, y de un sér apático un hombre lleno de presencia de espíritu y resolucion.

moral del enfermo es muchas veces el que decide sobre todo en la eleccion del remedio homeopático; porque este estado es un síntoma característico, uno de los que menos debe dejar escapar un médico habituado á hacer observaciones exactas.

212. El criador de las potencias medicinales ha atendido tambien singularmente á este elemento principal de todas las enfermedades, el cambio del estado de la moral y del espíritu; porque no existe un solo medicamento heróico que no produzca un cambio notable en el humor y en el modo de pensar del sugeto sano al que se le administra, y cada sustancia medicinal produce uno diferente.

213. Jamas pues se curará de un modo conforme á la naturaleza, es decir, de una manera homeopática, mientras que á cada caso individual de enfermedad, aun aguda, no se atienda simultáneamente al síntoma del cambio sobrevenido en el espíritu y la moral, y se escoja por remedio un medicamento susceptible de producir por sí mismo no solamente síntomas semejantes á los de la enfermedad, sino tambien un estado moral y una disposicion del espíritu semejantes (1).

214. Lo que tengo que decir del tratamiento de las afecciones del espíritu y de la moral se reducirá, pues, á muy poco, porque no se las puede curar de otro modo que todas las demas enfermedades; es decir, que en cada caso individual es preciso oponerles un remedio que tenga una potencia morbífica tan semejante como sea posible á la de la enfermedad misma, atendiendo al efecto que produce sobre el cuerpo y sobre el alma de personas sanas.

215. Casi todas las enfermedades que se llaman afecciones del espíritu y de la moral no son otra cosa que enfermedades del cuerpo, en las que la alteracion de las facultades intelectuales y morales se ha hecho tan predo-

(1) Rara vez produce el acónito, ó acaso nunca, una curacion rápida y duradera, cuando el humor del enfermo es igual y apacible; ni la nuez vómica, cuando el carácter es suave y flemático; ni la pulsátila, cuando es alegre, sereno y obstinado; ni el haba de S. Ignacio, cuando el humor es invariable y poco sujeto á sentir penas, ni sustos.

minante sobre los demas síntomas, cuya disminucion se verifica mas ó menos rápidamente, que concluye por tomar el carácter de una enfermedad parcial y casi de una afeccion local.

216. No son raros los casos en las enfermedades llamadas corporales que amenazan la existencia, como la supuracion del pulmon, la alteracion de cualquiera otra víscera esencial, la fiebre puerperal, etc, en los que el síntoma moral aumentando rápidamente de intensidad, la enfermedad degenera en una especie de manìa, de melancolía ó de furor, lo que aleja el peligro de muerte que resultaba hasta entonces de los síntomas físicos. Estos se alivian hasta el punto de volver casi al estado de salud, ó mas bien disminuyen de tal modo, que ya no puede percibirse su presencia mas que poniendo mucha perseveraneia y destreza en las observaciones. De este modo degeneran en una enfermedad parcial, y por decirlo asi, local, en la que el síntoma moral antes muy ligero, ha tomado una preponderancia tal, que se ha hecho el mas predominante de todos, que ocupa en gran parte el lugar de los demas, y que alivia su violencia, obrando sobre ellos á la manera de un paliativo. En una palabra el mal de los órganos groseros del cuerpo ha sido trasladado á los órganos casi espirituales del alma, que ningun anatómico ha podido tocar todavía y ni tocarà jamas con su escalpel.

217. En las afecciones de este género es preciso proceder con un cuidado del todo particular á la investigacion del conjunto de signos, tanto bajo el aspecto de los sìntomas corporales, cuanto notablemente bajo el del sìntoma principal y característico el estado del espíritu y la moral. Este es el único medio de llegar en seguida à encontrar, en el número de los medicamentos cuyos efectos puros estan conocidos, un remedio homeopático que tenga la potencia de extinguir la totalidad del mal á la vez, es decir cuya serie de sìntomas propios contenga los que se asemejan todo lo posible no solamente á los síntomas corporales del caso presente de enfermedad, sino tambien y sobre todo á sus síntomas morales.

218. Para llegar á poseer la totalidad de los síntomas es preciso en primer lugar describir exactamente todos los

que la enfermedad corporal ofrecia antes del momento en que por el predominio del síntoma moral, ha degenerado en afeccion del espíritu y del alma. Estas nociones las suministrarán las personas que rodean al enfermo.

219. Comparando estos síntomas precedentes de la enfermedad corporal con las señales que aun subsisten de ella actualmente, pero casi borradas, y que aun á esta época se hacen á veces bastante sensibles cuando hay algun momento lucido, ó cuando la enfermedad mental sufre una disminucion pasajera, nos covencemos plenamente de que, aunque encubiertos, jamas han dejado de existir.

220. Si á todo esto se añade el estado de la moral y del espíritu que las personas colocadas al rededor del enfermo y el médico mismo han observado con el mayor cuidado, se obtiene una imágen completa de la enfermedad y se puede despues proceder á la investigacion del medicamento homeopatico apropiado para curarla, es decir, si la afeccion mental tiene ya algun tiempo de duracion, de aquel de entre los medios antipsóricos que tenga la propiedad de producir síntomas semejantes, y principalmente un desórden análogo en las facultades morales.

221. Sin embargo, si el estado de calma y de tranquilidad ordinario al enfermo, ha sido súbitamente reemplazado bajo la influencia del miedo, del pesar, de las bebidas espirituosas, etc., por la demencia ó por el furor, ofreciendo asi el carácter de una enfermedad aguda, no se puede, aunque la afeccion proceda casi siempre de una psora interna, tratar de combatirla desde luego con el uso de los remedios antipsóricos. Es preciso primeramente oponerle los medicamentos apsóricos, por ejemplo, el acónito, la belladona, el estramonio, el beleño, el mercurio, etc., á dósis muy débiles, á fin de disminuirla lo bastante para volver la psora á su anterior condicion latente, lo que hace que el enfermo parezca restablecido.

222. Mas hay que guardarse muy bien de mirar como curado al sugeto que se ha librado asi de una enfermedad aguda de la moral ó del espíritu con remedios apsóricos. Muy lejos de esto, es menester apresurarse á hacerle sufrir un tratamiento antipsórico prolongado para librarle del miasma crónico que se ha hecho latente, es verdad,

pero que no está menos dispuesto á reaparecer de nuevo (1). En efecto, no hay que temer un acceso semejante al que se ha hecho cesar, cuando el enfermo observa fielmente el género de vida que se le ha prescrito.

223. Pero si no se recurre al tratamiento antipsórico, se puede estar casi seguro de que bastarà una causa mucho mas ligera todavía que la que produjo la primera aparicion de la manía, para ocasionar un segundo acceso mas grave y mas prolongado, durante el cual la psora se desarrollará casi siempre de un modo completo, y degenerará en una afeccion mental periódica ó contínua, cuya curacion será mas dificil obtener despues por medio de los antipsóricos.

224. En el caso en que la enfermedad mental no estuviera todavía enteramente formada, y hubiese duda de si resulta realmente de una afeccion corporal, ó si es mas bien la consecuencia de una educacion mal dirigida, de malas costumbres, de una moralidad pervertida, de un espíritu descuidado, de la supersticion ó de la ignorancia, el medio siguiente podrá hacer salir de la dificultad. Se exhortará amistosamente al enfermo, se le presentarán motivos de consuelo, se le harán serias amonestaciones, se le propondrán raciocinios sólidos: si el desórden del espíritu no procede de una enfermedad corporal cederá muy pronto; pero si por el contrario fuese esta su causa, el mal empeorará rápidamente, el meláncolico se hará todavía mas sombrío, mas abatido y mas inconsolable, el

---

(1) Sucede muy rara vez que una afeccion del espíritu ó de la moral, que tenga ya algun tiempo de fecha, cese por sí misma (por la traslacion de la enfermedad interna á los órganos mas groseros del cuerpo). En estos casos poco comunes es en los que se ve á algunos hombres salir de las casas de Orates curados en apariencia. Fuera de estos casos, dichos establecimientos están siempre llenos, y los nuevos enajenados no encuentran cabida en ellos, hasta que la muerte ha establecido algunas vacantes. ¡Ninguno sale curado de un modo real y duradero! Prueba evidente entre otras, de la nulidad de la medicina, á que ridículamente se da el epíteto de racional. ¿Cuàntas veces, por el contrario, no ha conseguido la pura y verdadera medicina, la homeopatía, devolver á los enajenados la posesion de la salud del cuerpo y del espíritu, restituyéndoles al mundo, para el cual ya estaban perdidos?

maniático mas malicioso y exasperado, y el demente mas imbécil (1)

225 Pero hay tambien, como acaba de verse, algunas enfermedades mentales en corto número, que no proceden únicamente de la degeneracion de una enfermedad corporal, y que estando el cuerpo mismo muy poco afectado, traen su origen de afecciones morales, como un pesar prolongado, las mortificaciones, el despecho, las ofensas graves, y sobre todo el miedo y el terror. Estas influyen tambien con el tiempo en la salud del cuerpo y muy á menudo la comprometen en alto grado.

226. Unicamente en las enfermedades mentales producidas asi y alimentadas por el alma misma, es en las que se puede contar con los remedios morales, pero solamente mientras son todavia recientes, y no han alterado mucho la salud del cuerpo. En este caso es posible que la confianza que se demuestra al enfermo, las exhortaciones afectuosas que se le prodigan, los sensatos discursos que se le dirigen, y muchas veces un engaño disfrazado con arte, restablezcan prontamente la salud del alma, y mediante un régimen conveniente vuelvan tambien el cuerpo á las condiciones del estado normal.

227. Mas estas enfermedades deben igualmente su orígen á un miasma psórico, que no estaba todavía á punto de desarrollarse de una manera completa, y la prudencia exige que se someta al sugeto á un tratamiento antipsórico radical, si se quiere evitar que se reproduzca la misma afeccion mental, lo que sucede con mucha facilidad

228. En las enfermedades del espíritu y de la moral producidas por una afeccion del cuerpo cuya curacion se obtiene únicamente con un medicamento homeopático antipsórico, ayudado de un género de vida sabiamente calculado, es bueno no obstante unir á estos medios cierto

(1) Parece que el espíritu conoce, á pesar suyo, la verdad de estas representaciones, y obra sobre el cuerpo como si quisiera restablecer la armonía destruida; pero este se rehace por medio de su enfermedad sobre los órganos del espíritu y del alma, y aumenta el desórden, que ya existe en ellos, descargándose sobre estos mismos de sus propios padecimientos.

régimen, al que debe estar sujeta el alma. Es preciso que bajo este aspecto el médico y los que rodean al enfermo observen escrupulosamente, para con él, la conducta que se haya juzgado conveniente. Al maníaco furioso se opone la calma y la sangre fria de una voluntad firme é inaccesible al temor; al que se desahoga de sus padecimientos con lagrimas y lamentos, se le manifiesta una compasion muda con la espresion de las facciones y el carácter de los gestos; se escuchan en silencio las habladurías del insensato, sin aparentar sin embargo que no se le atiende à nada, como se hace al contrario con aquel cuyos actos ó discursos son repugnantes Por lo que hace à los estragos que podria cometer un maníaco hay que limitarse à prevenirlos é impedirlos sin reprenderle jamas por ellos, y es preciso disponerlo todo de modo que jamas haya que recurrir á los castigos y tormentos corporales. (1). Esta última condicion es tanto mas fácil de cumplir, cuanto que el uso de los medios coercitivos no puede tampoco justificarse con la repugnancia de los enfermos para tomar los remedios; porque en el método homeopático son tan pequeñas las dosis, que jamas se descubren por el gusto las sustancias medicinales, y se le pueden hacer tragar al enfermo en su bebida sin que llegue á recelarlo.

229. La contradiccion, las amonestaciones muy vivas, las exhortaciones demasiado acerbas y la violencia son tan perjudiciales como una condescendencia débil y tímida, y no perjudican menos que esta en el tratamiento de las en-

(1) Nunca se admirará uno demasiado de la dureza y del rigor absurdo que despliegan en muchas casas de locos en Inglaterra y en Alemania, los médicos que, sin conocer el único método verdadero de curar las enfermedades mentales, el emplear contra ellas medicamentos homeopáticos antipsóricos, se contentan con torturar y agoviar á fuerza de golpes á los séres mas dignos de compasion entre todos los desgraciados. Usando de medios tan indignantes, se humillan mucho mas que los carceleros en las casas de correccion; porque estos obran asi únicamente en razon de la mision que para ello han recibido, y sobre criminales, mientras que aquellos, demasiado ignorantes ó perezosos para buscar un método conveniente de tratamiento, parece que solo ejercen tanta crueldad sobre enfermos inocentes, de rabia de que no los pueden curar.

fermedades mentales. Pero sobre todo la ironìa y el engaño que pueden llegar à notar, es lo que mas irrita à los maniàticos, y agrava su estado. El médico y el que los vigila deben siempre aparentar que creen, que gozan de su razon. Deben tambien dedicarse á alejar de ellos todos los objetos esteriores que pudieran turbar sus sentidos ò su alma. No hay distracciones para su espíritu nebuloso. Para su alma sublevada ó esclavizada en las cadenas de un cuerpo enfermo, no hay ni recreos saludables, ni medios de ilustrarse, ni posibilidad de calmarse con palabras, lecturas ó de otro cualquier modo. Nada puede proporcionarles la calma mas que la curacion. La tranquilidad y el bienestar no vuelven à su alma, mas que cuando su cuerpo ha recobrado la salud.

230. Si el remedio antipsórico que se ha elegido para un caso dado de enajenacion mental, afeccion que, como se sabe, se encuentra diversificada al infinito, es perfectamente homeopàtico à la imàgen fiel del estado de la enfermedad; conformidad tanto mas fàcil de encontrar cuando el número de los medicamentos bien conocidos es bastante considerable, cuanto que el síntoma principal, es decir, el estado moral del enfermo, se pronuncia altamente; entonces la mas pequeña dósis basta con frecuencia para producir en poco tiempo un alivio mas pronunciado que el que se hubiera podido obtener de todos los demas medios alopàticos administrados à dósis las mas fuertes, y prodigadas casi hasta el punto de ocasionar la muerte. Puedo tambien afirmar despues de una larga esperiencia, que la superioridad de la homeopatía sobre todos los demas métodos curativos imaginables, en ninguna parte se manifiesta con mas brillo que en las enfermedades mentales antiguas, que deben su orígen à afecciones corporales, ó que se han desarrollado al mismo tiempo que ellas.

231. Hay todavía una clase de enfermedades que merece un exámen del todo particular. Estas son no solamente las que reaparecen à épocas fijas, como las innumerables fiebres intermitentes y las afecciones en apariencia no febriles que afectan la misma forma, sino tambien aquellas en las que ciertos estados morbosos alternan con otros à épocas irregulares.

232. Estas últimas, las enfermedades alternantes, son igualmente muy diversificadas (1), pero pertenecen todas á la grande série de las crónicas. La mayor parte son un resultado del desarrollo de la psora, algunas veces, aunque muy raras, complicada con un miasma sifilítico. Por esta razon es por la que se las cura en el primer caso con los medicamentos antipsóricos, alternando con los antisifilíticos, como lo he enseñado en mi Tratado de las enfermedades crónicas.

233. Las enfermedades intermitentes propiamente dichas ó típicas son aquellas en las que, un estado morboso semejante al que existia anteriormente, reaparece despues de un intérvalo bastante regular de bienestar aparente, y se estingue de nuevo despues de haber durado un espacio de tiempo igualmente determinado. Este fenómeno se verifica no solamente en las numerosas variedades de fiebres intermitentes, sino que tambien en las enfermedades en apariencia apiréticas, que aparecen y desaparecen á épocas fijas.

234. Los estados morbosos en apariencia apiréticos

(1) Es posible que dos ó tres estados diferentes alternen á la vez. Puede suceder, por ejemplo, por lo que concierne á la alternativa de dos estados diversos, que se manifiesten ciertos dolores en las estremidades inferiores luego que desaparece una oftalmia, y que vuelva despues esta apenas hayan cesado los dolores; ó que los espasmos y las convulsiones alternen inmediatamente con otra cualquiera afeccion, ya de todo el cuerpo, ya de alguna de sus partes. Pero tambien puede suceder en casos de una triple alianza de estados alternativos en una enfermedad contínua, que á una superabundancia aparente de salud, á una exaltacion de las facultades del cuerpo y del espíritu (alegria insólita, viveza escesiva, sensacion exagerada de bienestar, apetito inmoderado, etc.), se vea suceder repentinamente un humor sombrío y melancólico, una insoportable disposicion á la hipocóndria con desarreglo de muchas funciones vitales, de la digestion, del sueño, etc., y que á este segundo estado reemplace de un modo mas ó menos pronto la sensacion del mal estar que el sugeto esperimenta habitualmente. Muchas veces no existe el menor vestigio del estado anterior cuando se establece el nuevo. Muchas veces tambien quedan aun algunas señales de él. En ciertas circunstancias los estados morbosos que alternan á la vez, son por su naturaleza enteramente opuestos el uno al otro, como por ejemplo, la melancolía y la locura alegre ó el furor.

que afectan un tipo bien pronunciado, es decir que reaparecen á épocas fijas en un mismo sugeto, y que en general no se manifiestan de una manera esporádica ó epidémica, pertenecen todos á la clase de las enfermedades crónicas. La mayor parte dependen de una afeccion psórica pura, rara vez complicada con la sífilis, y se las combate con feliz éxito con el género de tratamiento que exige esta enfermedad. Sin embargo es á veces necesario emplear como medio intecurrente una pequeña dósis homeopática de quina para estinguir completamente su tipo intermitente.

235. Respecto á las fiebres intermitentes (1) que rei-

(1) Hasta ahora la patologia, que todavía no ha salido de la infancia, no conoce mas que una fiebre intermitente, á la que llama tambien fiebre fria. Tampoco admite otra diferencia mas que las del tiempo en que se reproducen los accesos, y en esto están fundadas las denominaciones de fiebre cotidiana, terciana, cuartana, etc. Pero ademas de la diversidad que ofrecen relativamente á sus épocas de reaparicion, presentan todavía las fiebres intermitentes otras diferencias mas importantes. Entre estas fiebres hay muchas á las que no se puede dar el nombre de frias, porque sus accesos consisten únicamente en calor; otras que no estan caracterizadas mas que por el frio seguido ó no de sudor; y todavía en otras el cuerpo del enfermo esta helado, y sin embargo le hacen esperimentar una sensacion de calor, ó bien escitan en él la sensacion de frio, aunque su cuerpo parezca muy caliente á la mano que le toca; en muchos, uno de los paroxismos se limita á escalofrios ó á frio, que reemplaza inmediatamente el bienestar, y el que sigue á aquel no consiste mas que en calor seguido ó no de sudor; en unos casos, el calor es el que primero aparece, y el frio se declara despues; en otros, al frio y al calor reemplaza una apirexia completa, mientras que el paroxismo siguiente, que frecuentemente no aparece sino al cabo de muchas horas, está caracterizado únicamente por sudores; en ciertos casos no se observa ninguna señal de sudor; en otros, los accesos se componen únicamente de sudor sin frio ó sin calor, ó de sudor que se presenta solamente durante el calor. Todavía existen una infinidad de diferencias, relativas sobre todo á los síntomas accesorios, al carácter particular del dolor de cabeza, al mal gusto de boca, al dolor de estómago, á la diarrea, á la falta ó al grado de sed, al género de los dolores que se sienten en el cuerpo y en los miembros, al sueño, al delirio, á las alteraciones del humor, á los espasmos, etc., que se manifiestan durante el frio ó despues de él, durante ó despues del calor, durante ó despues del sudor, sin contar todavía otra multitud de variedades. Todas estas fiebres intermitentes son seguramente muy diversas unas de otras, de las que cada una

nan de un modo esporádico ó epidémico, y no de las que son endémicas en lugares pantanosos, encontramos con frecuencia que cada uno de sus accesos ó paroxismos está compuesto igualmente de dos estados alternantes contrarios, frio y calor ó calor y frio; pero lo mas frecuentemente es de tres, frio, calor y sudor. Por esto es por lo que se necesita que el remedio que se elige contra ellas, y que se toma en general de la clase de los absóricos esperimentados, pueda igualmente, que es lo mas seguro, escitar en las personas sanas dos (ó tres) estados alternantes semejantes, ó al menos que tenga la facultad de producir por sí mismo, con todos sus síntomas accesorios, aquel de los dos ó tres estados alternantes, frio, calor y sudor, que sea mas fuerte y mas pronunciado. No obstante deben servir de guia, principalmente para elegir el medicamento homeopático los síntomas del estado del enfermo durante la apirexia. (1)

236. El método que mas conviene y que es mas útil en estas enfermedades, consiste en dar el remedio inmediatamente, ó al menos muy poco tiempo despues del fin del acceso. Administrado de este modo tiene tiempo de producir en el organismo todos los efectos que dependen de él, para restablecer la salud sin violencia y sin desórden; al paso que si se le hiciera tomar inmediatamente antes del paraxismo, aun cuando fuese homeopático ó específico en el mas alto grado, su efecto coincidiria con la renova-

---

reclama un método de tratamiento homeopático que le sea propio. Verdad es, debe confesarse, que casi todas ellas pueden ser suprimidas (lo que sucede muy á menudo) por grandes y enormes dósis de quina ó de sulfato de quinina, es decir, que estas sustancias impiden su reaparicion periódica, y destruyen su tipo; mas cuando el medicamento ha sido empleado contra fiebres intermitentes á que no convenia, el enfermo no está curado porque se haya estinguido el tipo de su afeccion; está enfermo de otro modo, y muchas veces lo está mucho mas que antes; está sujeto á una enfermedad química especial y crónica, que es muy difícil á la verdadera medicina poder curar en un corto espacio de tiempo. ¡Y esto es lo que se quiere llamar curar!

(1) M. de Bœnninghausen ha sido el primero que ha discutido esta vasta materia, y ha facilitado con sus investigaciones la eleccion del remedio que conviene en las diversas epidemias de fiebres intermitentes.

cion natural de la enfermedad, y determinaria en el organismo un combate tal, una reaccion tan viva, que por lo menos perderia el enfermo mucha parte de sus fuerzas, y aun su vida podria correr riesgo (1). Mas cuando se dà el medicamento inmediatamente despues del fin del acceso, y antes que el paroxismo próximo se prepare aun de lejos á reaparecer, el organismo se encuentra en la mejor disposicion posible para dejarse modificar tranquilamente por el remedio, y volver así al estado de salud.

237. Si el tiempo de la apirexia es muy corto como en algunas fiebres graves, á si está caracterizado por accidentes que se refieren al paroxismo precedente, entonces es necesario administrar el remedio homeopático tan luego como el sudor ó los demas sìntomas que indican el fin de acceso empiecen à disminuir.

238. Solo cuando el medicamento conveniente haya estinguido con una sola dósis muchos paroxismos, y devuelto manifiestamente la salud, pero que sin embargo se ven reaparecer al cabo de algun tiempo indicios de un nuevo acceso, es cuando se puede y se debe repetir el mismo remedio, con tal que la totalidad de los síntomas sea todavía la misma. Mas esta reaparicion de la misma fiebre despues de un intérvalo de salud no es posible, sino cuando la causa que ha producido la enfermedad por primera vez continúa todavia ejerciendo su influjo sobre el sugeto, como sucede en los lugares pantanosos. En semejante caso no se llega muchas veces á obtener una curacion duradera, mas que alejando al sugeto de esta causa ocasional; por ejemplo, aconsejàndole ir à habitar à un pais montañoso, si la fiebre de que està atacado es producto de los efluvios de los pantanos.

239. Como casi todos los medicamentos, en el ejercicio de su accion pura, escitan una fiebre particular, y aun una especie de fiebre intermitente, que difiere de todas las fiebres producidas por otros medicamentos, la numerosa lista de sustancias medicinales nos ofrece los medios de combatir homeopáticamente todas las fiebres intermi-

(1) Se tiene la prueba de esto, en los casos desafortunadamente poco raros, en los que una dósis moderada de ópio, administrada durante el frio de la fiebre, ha causado de un modo pronto la muerte del enfermo.

tentes naturales. Tambien encontramos ya muchos eficaces contra estas afecciones entre el corto número de medicamentos que han sido ensayados hasta el dia en personas sanas.

240. Cuando se ha reconocido que un medicamento es homeopático ó especìfico en una epidemia reinante de fiebres intermitentes; cuando se encuentra sin embargo un enfermo que no se cura de un modo completo, y no se opone á la curacion la influencia de una comarca pantanosa, el obstáculo procede constantemente entonces de un miasma psórico oculto, y por consiguiente se deben usar los medicamentos antipsóricos, hasta que se haya restablecido perfectamente la salud.

241. Las fiebres intermitentes que se declaran epidémicamente en lugares en que por otra parte no son epidémicas, son enfermedades crónicas compuestas de accesos agudos aislados. Cada epidemia especial tiene su carácter propio comun á todos los individuos que ataca, y que cuando se ha reconocido con arreglo al conjunto de síntomas comunes à todos los enfermos, indica tambien el remedio homeopático ó especìfico que conviene en todos los casos. En efecto, este remedio cura casi generalmente los enfermos que antes de la epidemia gozaban de una salud soportable, es decir, que no estaban atacados de una afeccion crónica debida al desarrollo de la psora.

242. Mas si en una epidemia de fiebres intermitentes se han dejado pasar los primeros accesos sin curarlos, ó si los enfermos han sido debilitados por falsos tratamientos alopàticos, entonces la psora, que desgraciadamente existe en un tan gran número de individuos, aunque en estado de sueño, se desarrolla, reviste aqui el tipo intermitente, y hace en apariencia el papel de la fiebre intermitente epidémica, de suerte que el medicamento que hubiera sido saludable en los primeros paroxismos, y que rara vez pertenece á la clase de los antipsóricos, deja de convenir, y ya no puede ser de ningun auxilio. Desde entonces ya no se tiene á la vista mas que una fiebre intermitente psórica, de la cual se triunfa ordinariamente con una pequeñìsima dósis de azufre ó de hìgado de azufre, que rara vez hay necesidad de repetir.

243. En las fiebres intermitentes, con frecuencia muy graves, que afectan á un individuo aislado, exento de toda

influencia de emanaciones pantanosas, se debe, asi como en las enfermedades agudas en general, á las que se aproximan bajo el punto de vista de su origen psórico, empezar por ensayar, por espacio de algunos dias, un remedio no antipsórico, homeopático al caso que se presenta; mas si tarda en conseguirse la curacion, es prueba de que se trata de una psora que está próxima á desarrollarse, y que desde entonces los antipsóricos son los únicos medios de que se puede esperar un socorro eficaz.

244. Las fiebres intermitentes endémicas en los parajes pantanosos y en los paises sujetos à inundaciones, embarazan mucho à los médicos de la escuela reinante. Sin embargo, un hombre puede acostumbrarse en su juventud á la influencia de un pais cubierto de pantanos, y vivir en él sano, con tal que se sujete á un género de vida regular, y que no sea asaltado por la miseria, las fatigas ó las pasiones destructivas. Las fiebres intermitentes endémicas le atacarán á lo mas á su llegada al pais; pero una ó dos dosis de quina preparada homeopáticamente bastarán para librarle de ellas con prontitud, si en lo demas no se separa de la regularidad en su modo de vivir. Pero cuando un hombre que hace bastante ejercicio, y que sigue un régimen conveniente en todo lo que hace relacion al espíritu y al cuerpo, no se cura de una fiebre intermitente de los pantanos por la influencia de este solo medio, se debe estar cierto de que existe en él una psora próxima á desarrollarse, y que su fiebre intermitente solo cederá à un tratamiento antipsórico. (1) Sucede algunas veces, si este sugeto abandona sin dilacion el lugar pantanoso para ir à habitar otro seco y montuoso, que parece que renace en él la salud, que la fiebre le abandona cuando todavia no habia echado raices profundas, es decir, que la psora vuelve á pasar á su estado latente, porque no habia llegado todavìa á su último grado de desarrollo; pero jamás se cura, ni goza nunca de una salud perfecta si no se somete al uso de los remedios antipsóricos.

---

(1) Dósis considerables y frecuentemente repetidas de quina y el sulfato de quinina pueden librar al enfermo de los accesos típicos de la fiebre intermitente de los pantanos; pero no por eso queda menos enfermo de otro modo, mientras no se le administren remedios antipsóricos.

245. Despues de haber visto qué consideracion se debe tener en los tratamientos homeopáticos á las variedades principales de las enfermedades y á las circunstancias particulares que pueden ofrecer, pasaremos á los remedios mismos, al modo de servirse de ellos, y al género de vida que el enfermo debe observar mientras está sometido à su accion.

Todo alivio en las enfermedades agudas ó crónicas que se descubre francamente y hace progresos contìnuos, es un estado que, por mucho tiempo que dure, prohibe formalmente la repeticion de un medicamento cualquiera; porque aquel de que ha hecho uso el enfermo, continúa todavía produciendo el bien que de él puede resultar. Toda nueva dósis de un remedio cualquiera, aun del que se ha dado últimamente, y que hasta entonces se ha manifestado saludable, no tendria otro resultado que turbar el trabajo de la curacion.

246. Sucede ciertamente algunas veces, cuando la dósis del medicamento homeopàtico es muy pequeña, que si nada turba á este remedio en su accion, continùa aliviando lentamente el estado del enfermo, y hace en cuarenta, cincuenta ó cien dias todo el bien que se puede esperar de él en la circunstancia en que se le emplea. Mas por una parte este caso es muy raro, y por otra importa mucho al médico, del mismo modo que al enfermo, que este largo período se reduzca á la mitad, á tres cuartas partes ó aun mas si puede ser, a fin de obtener una curacion mucho mas pronta. Observaciones hechas recientemente, y repetidas un gran número de veces, nos han demostrado que se puede llegar á este resultado bajo tres condiciones sin embargo: primeramente, que la eleccion del medicamento haya sido perfectamente homeopática bajo todos aspectos, en segundo lugar que se administre á la dósis mas pequeña, la que es menos susceptible de desordenar la fuerza vital, conservando no obstante bastante energía para modificarla convenientemente; en fin, que esta débil, pero eficaz dòsis del medicamento, elegido con un cuidado escrupuloso, se repita en los intérvalos (1) que

(1) El autor coloca en este lugar una larga nota que nosotros suprimimos, porque la hemos reproducido entera en el primer

la esperiencia enseña que conviene mejor para acelerar cuanto sea posible la curacion, sin que con todo eso la fuerza vital que debe crear por medio de él una afeccion medicinal análoga á la enfermedad natural pueda sentirse impelida á reacciones contrarias al objeto que se quiere conseguir.

247. Con estas condiciones, las dósis mínimas de un remedio perfectamente homeopàtico pueden repetirse con un resultado manifiesto, muchas veces increible, á distancias de catorce, doce, diez, ocho y siete dias. Se las puede todavia aproximar mas en las enfermedades crónicas que difieren poco de las afecciones agudas, y que demandan socorro con urgencia. Aun pueden disminuirse los intérvalos en las enfermedades agudas, y reducirse à veinte y cuatro, doce, ocho y cuatro horas. En fin, pueden ser de una hora y aun de cinco minutos solamente en las afecciones agudísimas. Finalmente, servirá de regla para la conducta que debe seguirse en estos casos la rapidez mayor ó menor del curso de la enfermedad y de la accion del medicamento que se emplea.

248. La dósis de un mismo medicamento se repite muchas veces en razon de las circunstancias. Mas solo se la reitera hasta la curacion, ó hasta que dejando el remedio de producir alivio, el resto de la enfermedad ofrezca un grupo diferente de síntomas, que reclame la eleccion de otro remedio homeopático.

249. Todo medicamento prescrito para un caso de enfermedad, que en el curso de su accion produce síntomas nuevos y graves no inherentes á la afeccion que se quiere curar, no es á propósito para producir una verdadera curacion. (1) No se le puede mirar como homeopá-

---

tomo de nuestra traduccion del *Tratado de materia mèdica pura. (Prolegomenos, sobre la repeticion de un medicamento homeopático.)* (Nota del traductor.)

(1) Habiendo probado la esperiencia que es casi imposible atenuar tanto la dósis de un remedio perfectamente homeopático, para que no baste à producir un alivio pronunciado en la enfermedad contra quien se dirige (*véase* 161-179), seria obrar en sentido inverso al objeto que nos proponemos, y querer dañar al enfermo, el imitar á la medicina vulgar, que cuando no obtiene alivio, ó que aun ve empeorar el estado del enfermo, repite el mismo medicamento, y aumenta todavía su dósis, por-

tico. En semejante caso es preciso, si la agravacion es considerable, apresurarse á recurrir al antídoto para estinguirla en parte, antes de elegir un medicamento cuyos sìntomas se asemejen mas á los de la enfermedad, ó si los accidentes no son muy graves dar en seguida otro remedio que tenga mas conformidad con el estado actual del mal.

250. Esta conducta será todavia mas indispensable si en un caso urgente el médico observador, que espía con cuidado los resultados, advierte al cabo de seis, ocho ó doce horas que se ha equivocado en la eleccion del último remedio, porque el estado del enfermo empeora un poco de hora en hora, y porque se manifiestan síntomas nuevos. En semejante caso le es permitido y aun està obligado á reparar la falta que ha cometido, eligiendo otro remedio homeopàtico que no convenga solamente de un modo mediano al estado presente de la enfermedad, sino que sea tambien el mas apropiado posible. (V. 161).

251. Hay algunos medicamentos, por ejemplo, el haba de San Ignacio, el zumaque venenoso y quizá tambien la brionìa, cuya facultad de modificar el estado del hombre consiste principalmente en efectos alternantes, especie de sìntomas de accion primitiva que son en parte opuestos los unos à los otros. Si despues de haber prescrito una de estas sustancias en consecuencia de una eleccion rigurosamente homeopàtica, el médico no viese sobrevenir ningun alivio, una segunda dósis tan exigüa como la primera, y que podria administrarse ya al cabo de algunas horas si la enfermedad fuese aguda, le conduciria prontamente à su objeto en la mayor parte de los casos. (1)

252. Mas si en lo que concierne à los demas medica-

---

que está en la persuasion de que no ha servido, por haberlo administrado en una cantidad demasiado pequeña. Si el enfermo no ha cometido algun estravío en el régimen, ya físico, ya moral, todo aumento, toda agravacion que se anuncia por síntomas nuevos, demuestra solamente que el remedio elegido no era adoptado al caso; pero nunca prueba que la dósis haya sido demasiado pequeña.

(1) Como lo he demostrado ámpliamente en los Prolegomenos del artículo consagrado al haba de San Ignacio. (Tratado de Materia Médica Pura, tomo 3.° de la traduccion castellana.)

mentos se viese en una enfermedad crónica, (psórica) que el remedio mas homeopàtico (antipsórico) administrado à la dósis conveniente (la mas pequeña posible) no proporcionaba ningun alivio, este seria un signo cierto de que la causa que sostiene el mal subsiste todavia, y que hay en el género de vida del enfermo, ó en lo que le rodea, alguna circunstancia que debe empezarse por alejar, si se quiere hacer duradera la curacion.

253. Entre los signos que en todas las enfermedades, sobre todo aquellas cuyo caràcter es agudo, anuncian un ligero principio de alivio ó de agravacion, que no todos tienen el talento suficiente para discernir, los mas manifiestos y mas seguros se deducen del humor del enfermo, y del modo con que se conduce bajo todos conceptos. Si el mal empieza à aliviarse, por poco que sea, el enfermo se encuentra mas à su gusto, està mas tranquilo, tiene mas libertad de espìritu, renace en él el ànimo, y todas sus maneras se hacen, por decirlo así, mas naturales. Lo contrario sucede si el enfermo empeora aunque sea muy ligeramente; en este caso se advierte en el humor y en el espíritu del enfermo, en todas sus acciones, en todos sus gestos y en todas las posiciones que toma alguna cosa de insólito, que no se oculta à un observador atento, pero que se encuentra mucha dificultad en describir. (1)

254. Si se añade ademas, ora la aparicion de nuevos síntomas, ora la exasperacion de los que existian ya, ó por

(1) Los signos de alivio relativos al humor y al espiritu del enfermo se manifiestan poco tiempo despues que ha tomado el remedio, cuando la dósis ha sido suficientemente atenuada, es decir, tan pequeña como sea posible. Una dósis mas fuerte de lo que exige la necesidad, aunque sea del remedio mas homeopático, obra con mucha violencia, y produce en seguida un desórden demasiado grande y prolongado en las facultades intelectuales y morales, para que pueda conocerse con tiempo el alivio en el estado de estas últimas. Haré notar aquí que esta regla tan importante es una de aquellas contra la que mas pecan los homeópatas principiantes y los médicos que pasan de la antigua à la nueva escuela. Estos, alucinados por las preocupaciones, temen en semejante caso recurrir à las dósis mas pequeñas de las mas altas diluciones de los medicamentos, y asi se privan de las grandes ventajas, que mil y mil veces reiteradas se han obtenido de ellas; no pueden hacer lo que realiza la verdadera homeopatia, y se creen injustamente sus adeptos.

el contrario, la disminucion de los síntomas primitivos, sin que se hayan manifestado otros nuevos, el médico dotado de un espíritu observador y penetrante no podrá menos de conocer bien pronto si el enfermo se ha agravado ó mejorado, aunque en el número de los enfermos se encuentren algunos incapaces de decir si están mejor ó peor, y otros tambien que no quieren decirlo.

255. Sin embargo aun en este último caso se puede obtener una plena y entera conviccion, volviendo á servirse de todos los síntomas que se han anotado en el cuadro de la enfermedad, y revisándolos uno despues de otro de acuerdo con el enfermo. Cuando este último no acusa otros síntomas diferentes de aquellos de que habia hablado antes, cuando ninguno de los accidentes se ha agravado, en fin, cuando se ha notado ya cierto alivio en las facultades morales é intelectuales, es indispensable que el medicamento haya producido una disminucion esencial de la enfermedad, ó si todavía ha transcurrido poco tiempo desde su administracion, que esté próximo á producirla. Mas si habiendo sido bien elegido el remedio tardáre mucho en manifestarse el alivio, deberá atribuirse ó á alguna falta cometida por el enfermo, ó á la escesiva duracion de la agravacion homeopática (V. 57) producida por la sustancia medicinal, y en este último caso concluir que la dósis no ha sido bastante pequeña.

256. Por otra parte, si el enfermo se queja de algun síntoma importante desarrollado recientemente, y que anuncia que el medicamento no ha sido perfectamente homeopático, por mas que tenga la condescendencia de decir que se siente mejor, el médico lejos de creerle debe por el contrario considerar su estado como mas grave que antes, y tendrá muy pronto ocasion de convencerse de ello por sus propios ojos.

257. El verdadero médico se guardará muy bien de tomar cariño ó aficion á ciertos remedios que la casualidad le ha proporcionado con frecuencia ocasion de emplear con feliz resultado. Esta predileccion le haria descuidar muchas veces otros que serian mas homeopáticos, y por consiguiente mas eficaces.

258. Evitará igualmente el tener prevencion contra los remedios que le hayan hecho sufrir algun revés por haberlos elegido mal, es decir, por culpa suya. Deberá te-

ner siempre presente en la memoria esta grande verdad, que de todos los medicamentos conocidos uno solo merece la preferencia, aquel cuyos síntomas tengan mas semejanza con la totalidad de los que caracterizan la enfermedad. Ninguna pasion miserable debe escucharse en un asunto tan sério.

259. Como es necesario en la pràctica homeopática que las dósis sean muy pequeñas, se concibe fácilmente que es preciso separar del régimen y del género de vida de los enfermos todo lo que pudiera ejercer sobre ellos una influencia medicinal cualquiera, á fin de que el efecto de dósis tan exiguas no sea estinguido, vencido ó turbado por ningun estimulante estraño. (1)

260. En las enfermedades crónicas sobre todo es donde importa alejar con cuidado todos los obstáculos de este género; pues que ya se hallan ordinariamente agravadas por estos ó por otros errores del régimen frecuentemente desconocidos. (2)

---

(1) Los dulces sonidos de la flauta que, oidos desde lejos y en el silencio de la noche, disponen á un corazon sensible al entusiasmo religioso, hieren en vano al viento, cuando estan acompañados de gritos y ruidos disonantes.

(2) Por ejemplo, el café, el té, la cerbeza que contiene sustancias vegetales dotadas de propiedades medicinales que no son apropiadas al estado del enfermo, los licores preparados con aromas medicinales, todas las clases de ponche, el chocolate con especias, las aguas de olor y perfumes de todo especie, los ramilletes de flores muy olorosas, las preparaciones dentrí-ficas, pulverulentas ó líquidas, en que entran sustancias medicinales, las bolsitas perfumadas, los manjares muy condimentados, las pastas y sorbetes aromatizados, las legumbres que consisten en yerbas, raices ó renuevos medicinales, el queso añejo, las carnes manidas, el tocino y la manteca de puerco, de ganso y de pato, la ternera muy jóven, los alimentos ácidos. Todas estas cosas ejercen una accion medicinal accesoria, y debe abstenerse de ellas el enfermo. Se prohibirá tambien el abuso de los placeres de la mesa, aun del azúcar y de la sal. Tampoco se permitirán las bebidas espirituosas, el calor escesivo de las habitaciones, los vestidos de franela sobre la piel (que deben reemplazarse en verano con vestidos, primero de algodon y despues de lienzo), la vida sedentaria en lugares no ventilados, el abuso del ejercicio puramente pasivo (á caballo, en coche, ó en columpio), y de la lactancia, el hábito de acostarse para dormir la siesta, el dormir mucho tiempo, los placeres nocturnos, la falta de limpieza, los placeres sexuales contra-naturales, las

261. El régimen que mas conviene en las enfermedades crónicas mientras se hace uso de medicamentos consiste en alejar todo lo que pueda estorbar la curacion, y en proporcionar segun la necesidad las condiciones inversas, prescribiendo por ejemplo las distracciones inocentes, el ejercicio activo al aire libre y sin atender al tiempo, los alimentos convenientes, nutritivos y privados de virtudes medicinales, etc.

262. Por el contrario, en las enfermedades agudas, escepto la enajenacion mental, el instinto conservador de la vida habla de un modo tan claro y tan preciso, que el médico solo tiene que recomendar á los asistentes que no contraríen la naturaleza rehusando al enfermo lo que pide con instancia, ó tratando de persuadirle á tomar cosas que podrian perjudicarle.

263. Los alimentos y bebidas que pide una persona atacada de enfermedad aguda no son, es verdad, la mayor parte mas que cosas paliativas y aptas á lo mas para proporcionar un alivio momentáneo, pero no tienen, propiamente hablando, cualidades medicinales, y corresponden solamente á una especie de necesidad. Con tal que la satisfaccion que bajo este aspecto se proporciona al enfermo no salga de los justos límites, los débiles obstáculos que podria oponer á la curacion radical de la enfermedad (1) estan compensados y con esceso por la potencia del remedio homeopático, por la libertad en que queda la fuerza vital, y por la calma que sigue á la posesion de un

---

lecturas eróticas. Se evitarán los motivos de cólera, de pesar, y de despecho, el juego tomado con pasion, los trabajos corporales ó intelectuales forzados, la permanencia en sitios pantanosos, el habitar lugares en que no se renueva el aire, las necesidades urgentes, etc. Todas estas influencias deben evitarse ó alejarse en lo posible, si se quiere obtener la curacion, que estos obstáculos harian difícil ó acaso imposible. Algunos de mis discípulos parece que quieren hacer mas difícil de observar el régimen á los enfermos, prohibiendo todavía otras cosas bastante indiferentes, lo que no merece aprobarse.

(1) Sin embargo, esto sucede rara vez. Así, por ejemplo, el enfermo casi nunca tiene sed mas que de agua pura en las enfermedades francamente inflamatorias, que reclaman tan imperiosamente el acónito, cuya accion seria destruida por la introduccion en el organismo de bebidas activadas con ácidos vegetales.

objeto ardientemente deseado. La temperatura de la habitacion y el número de cubiertas de la cama deben igualmente regularse segun los deseos del enfermo, en las enfermedades agudas Se cuidará de evitar todo lo que pudiera causarle una fuerte atencion de espíritu ó conmover su moral.

264. El verdadero médico no puede contar con la virtud curativa de los medicamentos, sino cuando los posee tan puros y tan perfectos como es posible. Así que, es preciso que sepa apreciar él mismo su pureza.

265. Es para él un caso de conciencia tener una íntima conviccion de que el enfermo toma siempre el remedio que le conviene realmente.

266. Las sustancias que proceden del reino animal y del vegetal no gozan plenamente de sus virtudes medicinales, mas que cuando estan crudas (1)

---

(1) Las sustancias animales y vegetales crudas tienen todas ellas mas ó menos virtudes medicinales, y pueden modificar el estado del hombre, cada una á su modo. Las plantas y los animales de que se alimentan los pueblos civilizados tienen sobre los demas la ventaja de contener mayor cantidad de partes nutritivas y virtudes medicinales menos energicas, que disminuyen todavía con las preparaciones que se les hace sufrir, como la espresion del jugo nocivo (la cazabe, en América), la fermentacion (la de la pasta de que se hace el pan, la de la colicostra, etc.), las fumigaciones, la coccion, la torrefaccion, etc., que destruyen ó disipan las partes á que se adhieren estas virtudes. La adicion de la sal (salazon) y del vinagre (salsas, ensaladas) produce tambien este efecto, pero resultan de esto otros inconvenientes.

Las plantas dotadas de virtudes medicinales las mas enérgicas, se despojan igualmente de ellas en todo ó en parte, cuando se las trata del mismo modo. Las raices de lirio cárdeno, de rábano silvestre, de peonía y de aro seguino se hacen casi inertes por la desecacion. El jugo de los vegetales mas violentos se reduce frecuentemente á una masa totalmente inerte por la accion del calor que sirve para preparar los estractos ordinarios. Basta dejar quieto algun tiempo el jugo de la planta mas peligrosa para que pierda todas sus propiedades; pasa rápidamente por sí mismo á la fermentacion vinosa, cuando la temperatura es moderada, inmediatamente despues se ágria, en seguida se pudre, lo que acaba de destruir en el toda virtud medicinal; el sedimento que se deposita entonces en el fondo no es mas que una fécula inerte. Las yerbas verdes, que se ponen en montones, pierden tambien la mayor parte de lo que tenian de medicinal por la especie de exudacion ó de sudor que esperimentan.

267. El modo mas perfecto y seguro de apoderarse de la virtud medicinal de las plantas indígenas, y que pueden obtenerse frescas, consiste en esprimir el jugo, que se mezcla en seguida exactamente con partes iguales de alcohol. Se deja quieta la mezcla por espacio de veinte y cuatro horas en un frasco tapado, y despues de haber decantado el líquido claro, en el fondo del cual se encuentra un sedimento fibroso y albuminoso, se le conserva para uso medicinal (1). El alcohol que se ha añadido al jugo se opone al desarrollo de la fermentacion, asi para el presente como para el porvenir. Se tiene el líquido al abrigo de los rayos del sol en frascos de vidrio bien tapados. De este modo se conserva la virtud medicinal de las plantas entera, perfecta y sin la menor alteracion. (2)

268. En cuanto á las plantas, cortezas y raices exó-

---

(1) Buchoez (*Taschenbuch fuer Scheidekuenstler und Apotheker*, 1815, t. VI) asegura á sus lectores (y él que ha dado cuenta de su libro en la *Leipziger Literaturzeitung*, 1816, núm. 82, no lo censura), que se debe este escelente modo de preparar los medicamentos á la campaña de Rusia (1812), de donde ha venido á Alemania. Pero refiriéndole en las mismas palabras de la primera edicion de mi *Organon*, se le ha olvidado decir que soy yo el inventor: ya le habia yo publicado dos años antes de la campaña de Moscou (en 1810). ¿Se prefiere mas bien aparentar que se cree que un descubrimiento ha venido de los desiertos del Asia, que atribuir el honor de él á un compatriota! Antiguamente, es verdad, se mezclaba el alcohol con los jugos de las plantas, con el fin, por ejemplo, de poder conservarlas algun tiempo antes de preparar con ellas los estractos; pero jamas se ha hecho esta adicion con la mira de administrar despues esta mezcla como remedio.

(2) Aunque generalmente convenga mezclar partes iguales de alcohol y de jugo recientemente esprimido para hacer que se precipite la materia fibrosa y la albúmina, sin embargo, hay plantas muy cargadas de mucosidades, como la consuelda, el pensamiento, etc., que exigen ordinariamente doble cantidad de alcohol. En cuanto á las plantas poco ricas en jugo, como el oleandro, el boj, la sabina, el galo (cerezo de Luisiana), el lódano, etc., es preciso empezar por machacarlas hasta que formen una pasta homogénea y húmeda, á la que se añade despues doble cantidad de alcohol, que se une al jugo vegetal, y permite obtenerle por la accion de la prensa; pero pueden tambien triturarse estas plantas secas con azúcar de leche hasta el millonésimo grado de atenuacion, disolver entonces un grano de este polvo, y servirse de la disolucion para obtener las diluciones siguientes (*V.* 271.)

ticas que no pueden obtenerse en el estado fresco, un médico prudente jamàs se fiará de otro para proporcionárselas en forma de polvo. Antes de usarlas en su práctica debe procurar tenerlas enteras, y no preparadas, para poderse convencer de su pureza. (1)

169. La medicina homeopática por un procedimiento que le es propio, y que jamàs se habia ensayado antes de ella, desarrolla de tal modo las virtudes medicinales dinámicas de las sustancias groseras, que proporciona á todas ellas una accion de las mas penetrantes, aun á aquellas que antes de haber sido tratadas de este modo no ejercian la menor influencia medicinal sobre el cuerpo del hombre.

270. Se toman dos gotas de la mezcla de partes iguales de un jugo vegetal fresco y alcohol, se las echa en noventa y ocho gotas de alcohol, y se dan dos fuertes sacudidas al frasco que contiene el líquido. Se tienen en seguida otros veinte y nueve frascos llenos en sus tres cuartas

(1) Para conservarlas en forma de polvos se necesita una precaucion no usada hasta el dia en las boticas, donde no pueden guardarse, sin que se alteren, ni aun los polvos bien desecados de sustancias animales y vegetales. Esto consiste en que las materias vegetales, aun cuando esten perfectamente secas, conservan todavía cierta cantidad de humedad, condicion indispensable para la coherencia de su tegido, que no impide que la droga permanezca incorruptible mientras se conserva entera, pero que se hace supérflua luego que se la pulveriza. De aqui se sigue que una sustancia animal ó vegetal, que estaba bien seca de entera, da un polvo ligeramente húmedo, que no tarda en alterarse y enmohecerse en los frascos, por bien tapados que esten, si antes no se ha tenido el cuidado de privarles de toda su humedad. El modo mejor de conseguirlo consiste en estenderle sobre un plato de hoja de lata de bordes elevados, que se calienta en un baño de María, y en moverle hasta que sus partes no se aglomeren en burujones, sino que se deslicen las unas sobre las otras, como arena fina. Secados de este modo, y conservados en frascos bien tapados y sellados, son inalterables para siempre, y conservan completamente sus virtudes primitivas, sin enmohecerse jamas, ni criar mitas. Debe tenerse singular cuidado de poner los frascos al abrigo de la luz, en cajas ó en gabetas. Cuando penetra el aire en estos frascos, cuando estan espuestos á la accion de los rayos del sol ó de la luz difusa, las sustancias animales y vegetales pierden cada dia mas sus virtudes medicinales, lo que ya las sucede cuando estan en grandes porciones, y principalmente bajo la forma de polvo.

partes con noventa y nueve gotas de alcohol, y en cada uno de los cuales se echa una gota del líquido contenido en el precedente, cuidando siempre de dar dos sacudidas á cada frasco. (1) El último ó el trigésimo contiene la dilucion al decillonésimo grado de potencia (X), (2) la cual se emplea con mas frecuencia.

271. Todas las demas sustancias destinadas á los usos de la medicina homeopática, como los metales puros, los óxidos y sulfuros metálicos, las demas sustancias minerales, el petroleo, el fósforo, las partes y jugos de las plantas que solo pueden proporcionarse en el estado seco, las sustancias animales, las sales neutras y otras, etc., se llevan al millonésimo grado de atenuacion pulverulenta por medio de una trituracion que dura tres horas; despues de la cual se disuelve un grano del polvo, y se trata la disolucion en veinte y siete frascos sucesivos, del mismo modo que se ha hecho respecto de los jugos vegetales, á fin de elevarlas al trigésimo grado de desarrollo de su potencia. (3)

272. En ningun caso es necesario emplear mas de un medicamento á la vez. (4)

---

(1) Fundándome en esperiencias multiplicadas y observaciones exactas, y queriendo fijar un término preciso y medio al desarrollo de la virtud de los medicamentos líquidos, he prescrito que no se den mas que dos sacudidas á cada frasco, en lugar de dar mas, como lo hacia antes, lo que desarrollaba demasiado la potencia de los remedios. Hay homeópatas que llevan consigo los medicamentos homeopáticos en forma líquida, mientras hacen sus visitas, y que pretenden que las virtudes no adquieren exaltaciones con el tiempo por este medio. Sostener semejante tésis, es probar que no se tiene un genio de observacion bien riguroso. Yo he disuelto un grano de anatron (sal comun) en media onza de agua mezclada con un poco de alcohol, y he agitado sin interrupcion durante media hora el frasco que contenia el líquido, y que ocupaba las dos terceras partes de él; y he visto despues que esta mezcla igualaba en energía á la trigésima dilucion.

(2) En un principio se emplearon en homeopatía los números romanos para designar las diluciones, y con cada uno se designaban tres: asi, por ejemplo, el diez romano (X) espresaba la 30.ª el VI, la 18.ª, etc.; en el dia para mayor claridad se emplea el sistema de numeracion arábigo. (N. del T.)

(3) Como se ha dicho con mas estension todavía en los discursos que preceden á la esposicion de los síntomas de los medicamentos que comprende el primer tomo del *Tratado de materia médica pura*.

(4) A la verdad, algunos homeopatas han ensayado, en los

273. No se concibe que pueda quedar la menor duda respecto á si es mas razonable y mas conforme á la naturaleza no emplear à la vez en una enfermedad, mas que una sola sustancia medicinal bien conocida, ó prescribir una mezcla de muchos medicamentos diferentes.

274. Como el verdadero médico encuentra en los medicamentos simples y no mezclados todo lo que puede desear, es decir, potencias morbíficas artificiales que por su facultad homeopática curan completamente las enfermedades naturales, y como es un precepto muy prudente no emplear nunca muchas fuerzas para lo que puede hacerse con una, jamas le ocurrirá dar á la vez como remedio mas que un solo medicamento simple: porque sabe que aun cuando se hubieran estudiado en el hombre sano los efectos específicos y puros de todos los medicamentos simples, no podrìamos por eso encontrarnos en estado de prever y calcular el modo con que estas sustancias mezcladas entre sì pueden contrariarse y modificarse recìprocamente en sus efectos. Tampoco ignora que un medicamento simple administrado en una enfermedad cuyo conjunto de sìntomas se asemeja perfectamente á los suyos, basta por sì solo para curarla de una manera perfecta. Está bien convencido, en fin, de que, aun en el caso menos favorable, aquel en que el remedio no estuviese enteramente en armonía con el mal, respecto á la semejanza de los síntomas, produciria al menos algun provecho á la materia médica, confirmando, los nuevos sìntomas que en semejante caso escitase, los que habia producido anteriormente en las esperiencias hechas en sugetos sanos, ventaja de que se priva haciendo uso de medicamentos compuestos. (1)

275. La apropiacion de un medicamento á un caso dado

---

casos en que un medicamento convenia á una parte de los síntomas y otro á otra, el dar dos medicamentos á la vez ó casi al mismo tiempo; pero encargo seriamente que se esté prevenido contra semejante maniobra, que jamas será necesaria, aun cuando á veces parezca que debe ser útil.

(1) El médico que raciocina se contenta con dar al interior el remedio que haya elegido lo mas homeopático posible; dejará á los rutineros las tisanas, las aplicaciones de saquitos de yerbas, los fomentos con cocimientos vegetales, las lavativas y las fricciones con tal ó cual especie de ungüento.

de enfermedad no se funda solamente en su eleccion perfectamente homeopática, sino tambien en la precision ó mas bien en la exigüidad de la dósis à que se le administra. Si se da una dósis demasiado fuerte de un remedio, aunque sea del todo homeopático, perjudicará infaliblemente al enfermo, á pesar de ser saludable por su naturaleza la sustancia medicinal; porque la impresion que de ella resulta es muy fuerte, y tanto mas vivamente sentida, cuanto que en virtud de su carácter homeopático, el remedio obra precisamente sobre las partes del organismo, que mas han esperimentado ya los ataques de la enfermedad natural.

276. Esta es la razon por la que un medicamento, aunque sea homeopático, perjudica constantemente cuando se le administra á dósis muy elevada; y es tanto mas nocivo, cuanto mas fuerte es la dósis. Pero la misma elevacion de la dósis ocasiona tanto mas perjuicio al enfermo, cuanto mas homeopático es el remedio, y su potencia dinámica ha sido mas desarrollada (1), y una fuerte dósis de semejante medicamento harà mucho mas daño que una dósis igual de una sustancia medicinal alopàtica, es decir, sin relacion ninguna de conveniencia con la enfermedad, pues entonces la agravacion homeopàtica, (*V.* 157—160) es decir, la enfermedad artificial muy anàloga á la enfermedad natural que el remedio ha escitado en las partes del organismo que mas padecen, llega hasta el punto de dañar (2), mientras que, si no hubiera escedido los justos límites, hubiera efectuado suavemente la curacion. El enfermo á la verdad no padece ya de la enfermedad primitiva, que ha sido destruida homeopàticamente; pero padece mucho mas de la enfermedad medicinal, que ha sido mucho mas fuerte, y de la debilidad, que es su consecuencia natural.

277. Por la misma razon, y porque un remedio dado

---

(1) Los elogios que algunos homeópatas, poco numersos, han dado en estos últimos tiempos á las fuertes dósis, dependen por una parte, de que habian elegido las primeras diluciones del medicamento, como yo mismo lo hacia con corta diferencia hace veinte años, cuando todavía no habia sido ilustrado por la esperiencia, y por otra, de que los medicamentos elegidos por ellos no eran perfectamente homeopáticos.

(2) *Véase* la nota del 246.

á dósis bastante pequeña se muestra tanto mas maravillosamente eficaz, cuanto mas cuidado se ha tenido de elegirle bien homeopático, un medicamento cuyos síntomas propios esten perfectamente en armonía con los de la enfermedad, deberá ser tanto mas saludable, cuanto mas se aproxime su dósis á la exigüidad á que necesita reducirse para proporcionar suavemente la curacion.

278. Se trata ahora de saber cuál es el grado de exigüidad que mas conviene para dar á la vez el carácter de certeza y de suavidad á los benéficos efectos que se quieren producir, es decir, cuánto debe disminuirse la dósis del remedio homeopático en un caso dado de enfermedad para obtener la mejor curacion posible de esta última. Se concibe fácilmente que no es á las conjeturas teòricas á las que debemos dirigirnos para obtener la solucion de este problema, que no es por medio de ellas como puede establecerse, considerado cada medicamento en particular, à qué dòsis es suficiente administrarle para producir el efecto homeopàtico, y conseguir una curacion tan pronta como suave. Todas las sutilezas imaginables de nada sirven en este caso. Solo à beneficio de esperiencias puras y de observaciones exactas es como puede llegarse à el resultado. Seria absurdo objetar con las altas dósis que emplea la práctica vulgar, cuyos medicamentos no se dirigen à las mismas partes dolientes, sino solamente à las que no estan atacadas por la enfermedad. Nada puede concluirse de esto contra la pequeñez de la dósis, cuya necesidad en los tratamientos homeopáticos la demuestran las esperiencias puras.

279. Pues las esperiencias puras establecen de un modo absoluto que cuando la enfermedad no depende manifiestamente de una alteracion profunda de un órgano importante, aun cuando sea de la clase de las crónicas y de las complicadas, y cuando se tiene cuidado de alejar del enfermo toda influencia medicinal estraña, la dósis del remedio homeopàtico jamas podrà ser bastante débil para hacerle inferior en fuerza à la enfermedad natural, que puede estinguir y curar esta última, mientras conserve la energía necesaria para provocar, inmediatamente despues de haberla tomado, síntomas semejantes à los suyos, y un poco mas intensos. (*V.* 157—160.)

280. Esta proposicion, sólidamente establecida por

la esperiencia, sirve de regla para atenuar la dósis de todos los medicamentos homeopàticos, sin escepcion, hasta un grado tal, que, despues de haber sido introducidos en el cuerpo, no produzcan mas que una agravacion casi insensible. Poco importa entonces que la atenuacion llegue hasta el punto de parecer imposible á los médicos vulgares, cuya imaginacion solo se alimenta con ideas materiales y groseras (1). Las declamaciones deben cesar cuando la infalible esperiencia ha pronunciado su fallo.

(1) ¡Que aprendan de los matemáticos, que cualquiera que sea el número de partes en que se divida una sustancia, cada parte contiene sin embargo todavía una corta porcion de ella, que, por consiguiente, la mas pequeña partícula que se pueda imaginar no deja de ser algo, y jamas se convierte en nada! ¡Que aprendan de los físicos que hay inmensas potencias que no tienen peso, como el calórico, la luz, etc., y que, por esta misma razon son infinitamente mas ligeras todavia que el contenido medicinal de las mas pequeñas dósis de la homeopatía! ¡Que pesen, si pueden, las palabras ofensivas que producen una fiebre biliosa, ó la noticia aflictiva de la muerte de un hijo único que hace perecer á una madre cariñosa! ¡Que toquen, por espacio de un cuarto de hora solamente, un iman capaz de sostener cien libras, y los dolores que esperimentarán les enseñarán que las influencias imponderables pueden tambien producir sobre el hombre los efectos medicinales mas violentos! ¡Que, de entre ellos, los que sean de una complexion débil se hagan aplicar suavemente á laboca del estómago durante algunos minutos la estremidad del pulgar de un magnetizador que haya fijado su voluntad, y las sensaciones desagradables que esperimentarán les harán arrepentirse bien pronto de haber querido asignar límites á la actividad de la naturaleza!

El alópata que, ensayando el método homeopático, no se atreva á tomar á su cargo el dar dósis tan débiles y tan atenuadas, solo tiene que preguntarse qué arriesga con prescribirlas. Si no hubiese en ellas mas de cierto que lo que tienen de peso, si todo lo que no hubiese debiera juzgarse igual á cero, una dósis que le parece que no es nada no podria tener otro resultado peligroso mas que el no producir ningun efecto, lo que al menos es una cosa mucho mas inocente que los resultados á que conducen las fuertes dósis de medicamentos alopáticos. ¿Por qué quiere creer á su inesperiencia flanqueada de preocupaciones, mas competente que una esperiencia de muchos años que se apoya sobre hechos? Por otra parte, el medicamento homeopático en cada division ó dilucion adquiere un nuevo grado de potencia por las sacudidas que se le imprimen, medio de desarrollar las virtudes inherentes á las sustancias medicinales, desconocido antes que yo lo anunciase, y que es tan enérgico que en estos últimos tiempos la esperiencia me ha obligado á reducir á dos el número de sacudidas, en lugar de diez que prescribia antes á cada dilucion.

281. Todos los enfermos tienen, principalmente por lo que respecta á su enfermedad, una tendencia increible á sentir la influencia de las potencias medicinales homeopàticas. No hay un hombre, por robusto que sea, que, aun atacado solamente de una enfermedad crónica, ó de lo que se llama un mal local, no advierta bien pronto un cambio favorable en la parte enferma, despues de haber tomado el medicamento homeopático conveniente, á la mas pequeña dósis posible; en una palabra, que no esperimente por efecto de esta sustancia una impresion superior á la que produciria en un niño de veinte y cuatro horas, pero que estuviese sano. ¡Cuán ridícula es pues la incredulidad puramente teórica, que rehusa sujetarse à la evidencia de los hechos!

282. Por débil que sea la dósis del remedio, con tal que produzca la mas ligera agravacion homeopática, con tal que pueda dar orígen á síntomas semejantes á los de la enfermedad primitiva, pero un poco mas fuertes, afecta de preferencia y casi esclusivamente las partes del organismo que ya padecen, que están fuertemente irritadas, y muy predispuestas á recibir una irritacion tan semejante á la suya. De este modo, sustituye á la enfermedad natural otra enfermedad artificial que se la parece mucho, y que solamente es un poco mas fuerte. El organismo viviente no padece ya mas que de esta última afeccion, que con arreglo á su naturaleza, y en razon de la exigüedad de la dósis por la que ha sido producida, cede bien pronto á los esfuerzos de la fuerza vital para restablecer el órden normal, y deja asi, cuando la afeccion ha sido aguda, al cuerpo libre de padecimientos, es decir, sano.

283. Para proceder de un modo conforme á la naturaleza, un verdadero médico solo administrarà el remedio homeopático á la dósis exactamente necesaria para sobrepujar y extinguir la enfermedad presente; de modo que si por uno de aquellos errores perdonables á la debilidad humana, hubiese elegido un medicamento que no conviniese, el daño que de esto resultára seria tan ligero, que bastaria para repararle la energìa de la fuerza vital, y la administracion de otro remedio mas homeopàtico, dado tambien á la mas pequeña dósis posible.

284. El efecto de las dósis tampoco se debilita en la misma proporcion que disminuye la cantidad material del

medicamento en las preparaciones homeopáticas. Ocho gotas de tintura tomadas de una vez no producen sobre el cuerpo humano un efecto cuatro veces mayor que una dósis de dos gotas; solo le producen con corta diferencia doble; del mismo modo, una gota de la mezcla de una gota de tintura con diez gotas de un líquido sin propiedades medicinales, no produce un efecto décuplo del de una gota diez veces mas dilatada, sino solamente un efecto apenas doble. La progresion continúa así, segun la misma ley, de manera que una gota de la dilucion mas dilatada debe todavia producir, y produce realmente, un efecto muy considerable. (1)

285. Se atenúa tambien la fuerza del medicamento disminuyendo el volúmen de la dósis, es decir, que cuando en vez de hacer tomar una gota entera de cualquiera dilucion, solo se administra una pequeñísima fraccion de esta gota (2), se consigue perfectamente el objeto que se

---

(1) Supongamos que una gota de una mezcla que contiene un décimo de grano de sustancia medicinal, produce un efecto $=a$; una gota de otra mezcla, que contenga solamente un centésimo de grano de esta misma sustancia, solo producirá con corta diferencia un efecto $=\frac{a}{2}$, si contiene un diez milésimo de grano del medicamento, el efecto será $=\frac{a}{4}$; si contiene un millonésimo, el efecto será $=\frac{a}{8}$, y asi sucesivamente, en igual volúmen de dosis; el efecto del remedio sobre el cuerpo humano solo se debilita la mitad poco mas ó menos, cada vez que su cantidad disminuye las nueve décimas partes de lo que era antes. Yo he visto muchas veces á una gota de tintura de nuez vómica al decillonésimo grado de dilucion producir exactamente la mitad del efecto que otra al quintillonésimo grado, cuando las administraba una y otra á una misma persona y en las mismas circunstancias.

(2) Lo mejor que puede hacerse para esto es emplear pequeños glóbulos ó grageas de azúcar del tamaño de un grano de la semilla de adormidera. Uno de estos glóbulos, impregnado del medicamento é introducido en el vehículo, forma una dósis que contiene cerca de la trescentésima parte de una gota, porque trescientos glóbulos de este tamaño se empapan lo suficiente con una gota de alcohol. Poniendo sobre la lengua uno de estos glóbulos, sin beber nada despues, se disminuye considerablemente la dósis. Pero si, siendo mas sensible el enfermo, hay necesidad de emplear la dósis mas débil posible, y obtener

desea, que es hacer su efecto menos pronunciado. La razon de esto es fácil de concebir; habiendo disminuido el volúmen de la dósis, se sigue naturalmente que debe ponerse en contacto con menos nervios, y si bien estos comunican igualmente la virtud del remedio á todo el organismo, solo la transmiten en un grado mucho mas débil.

286. Por la misma razon el efecto de una dósis homeopática se aumenta en proporcion de la masa del líquido en que se la disuelve para hacerla tomar al enfermo, aunque la cantidad de la sustancia medicinal sea la misma. Mas entonces el medicamento se encuentra puesto en contacto con una superficie mucho mas estensa, y el número de nervios que sienten su efecto es mucho mas considerable. Aunque pretendan los teóricos que se debilita la accion del medicamento dilatándole en un líquido, la esperiencia dice precisamente lo contrario, al menos en lo que concierne á los medios homeopáticos. (1)

287. Debe advertirse, sin embargo, que hay una grande diferencia entre mezclar imperfectamente la sustancia medicinal con cierta cantidad de líquido, y hacer esta mezcla de un modo tan íntimo, (2) que las menores

---

no obstante el mas pronto resultado, se limita á una simple y única inspiracion.

(1) El vino y el alcohol, los mas simples de todos los escitantes, son los únicos cuyos efectos estimulante y embriagante disminuyen cuando se los dilata en mucha agua.

(2) Cuando me sirvo de la palabra *íntima* quiero decir que sacudiendo una vez la gota del líquido medicinal con cien gotas de alcohol, es decir, que tomando en la mano el frasco que contiene el todo, y haciéndole mover con rapidez á beneficio de un fuerte movimiento de flexion y otro de estension del brazo, obtendré ya una mezcla exacta, pero que harán mas íntima todavía dos, tres ó diez movimientos semejantes, es decir, desarrollarán mas la virtud medicinal, desplegarán en cierto modo la potencia del medicamento, y harán mucho mas penetrante su accion sobre los nervios. Asi pues, cuando se procede á la dilucion de las sustancias medicinales, es muy prudente no dar mas que dos sacudidas á cada uno de los veinte ó treinta frascos sucesivos, cuando solo se quiere desarrollar moderadamente la potencia activa. Será bueno tambien al atenuar los polvos, no insistir demasiado en la trituracion en el mortero: asi, cuando sea menester mezclar un grano entero de medicamento con los primeros cien granos de azúcar de leche, no se molerá con fuerza mas que durante una hora, espacio de tiempo del que tampoco se debe pasar en las atenuaciones siguientes, para que

fracciones del líquido contengan una cantidad de medicamento proporcionalmente igual á la que exista en todas las demas. En efecto, la mezcla tiene mucha mas potencia medicinal en el segundo caso que en el primero. De aqui pueden deducirse las reglas que se deben seguir en la disminucion de las dósis, cuando sea necesario debilitar todo lo posible el efecto de los remedios, para que puedan soportarlos los enfermos mas sensibles (1).

288. La accion de los medicamentos líquidos (2) sobre nosotros es tan penetrante, se propaga con tanta rapidez, y de un modo tan general, desde el punto irritable y sensible que ha recibido el primero la impresion de la sustancia medicinal à todas las demas partes del cuerpo, que casi se vé uno inclinado á llamarle un efecto espiritual, dinámico ó virtual.

289. Todas las partes de nuestro cuerpo que poseen el sentido del tacto son tambien susceptibles de recibir la impresion de los medicamentos, y de propagarla á todas las demas. (3)

290. Despues del estómago, la lengua y la boca son las partes del cuerpo mas susceptibles de recibir las influencias medicinales. Sin embargo, el interior de la nariz, el recto, los órganos genitales y todas las partes dotadas de una grande sensibilidad tienen casi la misma aptitud para sentir la accion de los medicamentos. La misma

---

el desarrollo de la fuerza del remedio no pase de los justos límites.

(1) Cuanto mas se progresa en las diluciones, teniendo cuidado de comunicar á cada una dos sacudidas, tanto mas rápida y penetrante parece que se hace la accion medicinal, que la preparacion ejerce sobre la fuerza vital y el estado del sugeto. Su fuerza disminuye muy poco por este medio, aun cuando se eleve la dilucion demasiado, y en lugar de detenerse, como de ordinario sucede en la X, que casi siempre es bastante, se llegue á la XX, L, C ó mas; únicamente la duracion de accion parece que disminuye progresivamente en este caso.

(2) Omitimos la nota que pone aquí el autor, por encontrarse ya en los *Prolegomenos* del primer tomo de nuestra traduccion del *Tratado de materia médica pura. Sobre todo bajo la forma de vapor, etc.* hasta el fin del párrafo. (Nota del traductor.)

(3) La falta de olfato en un enfermo no impide que los medicamentos que huele, ejerzan completamente sobre él su accion medicinal y curativa.

causa hace que estos últimos se introduzcan en el cuerpo por la superficie de las heridas y de las úlceras, casi con tanta facilidad como por la boca ó las vias aéreas.

291. Aun los órganos que han perdido el sentido á que especialmente estaban destinados, por ejemplo, la lengua y el paladar privados del gusto, la nariz privada del olfato, comunican á todas las demas partes del cuerpo el efecto de los remedios, que solo obran inmediatamente sobre ellos, de un modo tan perfecto como si poseyesen su facultad propia.

292. La superficie del cuerpo, aunque cubierta de piel y de epidermis, tampoco deja de ser à propósito para recibir la accion de los medicamentos, sobre todo de los que son líquidos. Sin embargo, las porciones mas sensibles de esta cubierta son tambien las mas aptas para sentirla (1).

293. Creo necesario hablar tambien aquí del magnetismo animal, cuya naturaleza difiere tanto de la de los demas remedios. Esta fuerza curativa, que deberia llamarse *mesmerismo* por el nombre de su inventor, de cuya realidad solo pueden dudar los insensatos, y que hace afluir al cuerpo de un enfermo la voluntad firme de un hombre benévolo, por medio de tactos, obra de un modo homeopático escitando síntomas semejantes á los de la enfermedad, objeto que se consigue á beneficio de una sola pasada ejecutada con la voluntad medianamente firme, deslizando lentamente la palma de las manos sobre el cuerpo desde el vértice de la cabeza hasta la estremidad de

(1) Parece que la frotacion no favorece la accion de los medicamentos, sino porque hace á la piel mas sensible, y á la fibra viviente mas apta no solo para sentir en cierto modo la virtud medicinal, sino tambien para comunicar á lo restante del organismo esta sensacion modificadora del estado general en que aquel se encuentra. Cuando se empieza por frotar la parte interna de los muslos, basta despues aplicar simplemente en ella el ungüento mercurial para producir el mismo resultado medicinal que si se hubiera frotado directamente con el ungüento. Porque se ignora todavía si esta última operacion tiene ó no por resultado, ya el hacer penetrar el metal en el cuerpo, ya el que le absorban los linfáticos. No obstante, la Homeopatía casi nunca necesita, para curar, recurrir al uso de ningun medicamento en fricciones.

los pies. (1) Conviene el mesmerismo bajo esta forma, por ejemplo, en las hemorragias uterinas aun en su último período, cuando están próximas à causar la muerte. Obra tambien repartiendo la fuerza vital con uniformidad en el organismo, cuando se encuentra en esceso en un punto, y falta en otro, como cuando la sangre se dirige á la cabeza, cuando un sugeto debilitado esperimenta un insomnio acompañado de agitacion y de mal estar, etc. En este caso se practica una sola pasada semejante à la precedente, pero un poco mas fuerte. En fin, obra comunicando inmediatamente fuerza vital á una parte debilitada ó à todo el organismo, efecto que ningun otro medio produce de una manera tan cierta y menos apropiada á perturbar lo restante del tratamiento médico. Se llena esta tercera indicacion tomando una voluntad fija y bien pronunciada, y aplicando las manos ó las puntas de los dedos sobre la parte debilitada, de la cual ha hecho el asiento de su síntoma local principal una enfermedad crónica interna, como por ejemplo, en las úlceras antiguas, la gota serena, la paralisis de un miembro, etc. (2). A esta clase pertenecen

---

(1) La dosis homeopática mas pequeña, que no obstante produce muchas veces resultados milagrosos, cuando es empleada convenientemente. No es raro que los médicos incompletamente homeópatas se imaginen que obran con mas sensatez, prescribiendo á los enfermos atacados de afecciones graves, dosis muy poco distantes de medicamentos diferentes, elegidos por otra parte homeopáticamente, y empleados á altos grados de dilucion. De este modo los sumergen en un estado tal de sobreescitacion, que se encuentran fluctuando entre la vida y la muerte, y basta despues el menor medicamento para acarrear una muerte inevitable. En semejante caso basta una suave pasada magnética, ó la aplicacion, pero poco prolongada, de la mano de un hombre bien intencionado, sobre la parte que especialmente padece, para restablecer la armonía en la reparticion de la fuerza vital, y producir de este modo descanso, sueño y curacion.

(2) Aunque la operacion de completar localmente la fuerza vital, operacion que se debe reiterar de cuando en cuando, no pueda producir una curacion duradera, cuando la afeccion local, siendo antigua, depende, como siempre sucede, de un miasma interno general, sin embargo, esta corroboracion positiva, esta saturacion inmediata de fuerza vital, que se halla tan distante de ser un paliativo en este caso, como el comer y el beber respecto del hambre y la sed, no es de poco auxilio en el tratamiento real de toda la afeccion con los medicamentos homeopàticos.

tambien ciertas curaciones aparentes, que en todos tiempos han hecho los magnetizadores dotados de grande fuerza natural. Pero el resultado mas brillante de la comunicacion del magnetismo á todo el organismo es el haber vuelto á la vida á personas sumidas largo tiempo en un estado de muerte aparente, con solo la voluntad firme y bien fija de un hombre lleno de fuerza vital (1), especie de resurreccion de que refiere la historia muchos ejemplos incontestables.

294. Todos estos métodos de practicar el mesmerismo se fundan en el aflujo de una cantidad mayor ó menor de fuerza vital al cuerpo del enfermo. Por esta razon han recibido el nombre de mesmerismo positivo (2). Mas existe otro que merece el de mesmerismo negativo, porque produce el efecto inverso. A este se refieren las pasadas que se usan para hacer salir á un sugeto del estado de somnambulismo, y todas las operaciones manuales de que se componen los actos de *calmar* y *ventilar* ó *airear*. El modo mas seguro y mas sencillo de descargar por el mesmerismo negativo la fuerza vital acumulada en esceso en una parte del cuerpo de un sugeto que no ha sido debilitado, consiste en mover rápidamente la mano derecha estendi-

---

(1) Principalmente de uno de esos hombres, de los que se encuentran pocos, que con una constitucion robusta y una grande bondad de alma tienen poca propension á los placeres del amor, y aun pueden sin mucha dificultad imponer silencio á sus deseos, en los que, por consiguiente todos los espíritus vitales empleados otras veces en la secrecion del esperma, estan dispuestos, y en grande abundancia, á comunicarse á los demas hombres por efecto de los tocamientos fortificados con una voluntad firme. Algunos de los magnetizadores dotados del poder de curar, que he tenido ocasion de conocer, se encontraban en este caso.

(2) Al tratar aquí de la virtud curativa, cierta y decidida del mesmerismo positivo, no hablo del abuso que de él se ha hecho con tanta frecuencia, cuando, repitiendo estas pasadas por espacio de medias horas, de horas enteras y aun de dias, se produce en sugetos cuyos nervios son débiles, ese enorme trastorno de toda la economía humana que se llama somnambulismo, estado en que el hombre, sustraido al mundo de los sentidos, parece que pertenece mas al de los espíritus, estado contrario á la naturaleza, y muy peligroso, por medio del cual se ha tenido mas de una vez el atrevimiento de intentar curar las enfermedades crónicas.

da à una pulgada de distancia del cuerpo desde el vértice de la cabeza hasta la estremidad de los pies (1). Cuanto mas rápida es esta pasada, tanto mas fuerte es la descarga que produce. Puede, por ejemplo, cuando una mujer antes sana (2) ha sido sumida en un estado de muerte aparente por la supresion de sus reglas, debida á una conmocion violenta, volverla à la vida, quitàndola la fuerza vital probablemente acumulada en la region precordial, y restableciendo el equilibrio en todo el organismo (3) Del mismo modo una ligera pasada negativa menos rápida calma la agitacion, à veces muy grande, y el insomnio molesto que resultan de una pasada positiva muy fuerte practicada sobre un sugeto muy irritable, etc.

(1) Es una regla conocida que la persona que se quiere magnetizar positiva ó negativamente no debe llevar tejidos de seda en ninguna parte de su cuerpo.

(2) Por consiguiente una pasada negativa, sobre todo muy rápida, seria muy perjudicial á una persona atacada de debilidad crónica, y en la que la vida tuviera poca energía.

(3) Un jóven y robusto aldeano, de diez años de edad, fue magnetizado á causa de una ligera incomodidad por una mujer, que practicó sobre él muchas y muy fuertes pasadas con la estremidad de los dos pulgares en la region precordial por bajo de las costillas; inmediatamente cayó pálido como un cadáver en un estado tal de inmovilidad é insensibilidad, que fueron inútiles todos los medios que se emplearon para volverle á la vida, y se le creyó muerto. Mandé à su hermano mayor que le hiciese una pasada negativa tan ràpida como le fuera posible desde el vértice de la cabeza hasta la estremidad de los pies; al momento volvió en sí tan sano y ágil, como si nada le hubiera sucedido.

VARIOS OPUSCULOS

DE

HANNEMANN.

VARIOS OPUSCULOS

DE

HAHNEMANN.

DE LAS FORMULAS EN MEDICINA (1).

Al testo de la obra, cuya traduccion presento, hé añadido las notas señaladas con la letra Y, que facilitarán el viaje de Anticyra á una parte de los lectores, y quizá tambien se lo ahorrarán.

Si el prefacio del autor nos manifiesta que en Lóndres necesita todavía el liberalismo médico del velo del incógnito para no ser infamado, es todavìa mas necesaria esta precaucion en nuestro caro pais. ¿Pero qué importa? La verdad no tiene ni mas ni menos valor porque la haya dicho un anónimo, ó un hombre que tenga un nombre brillante.

Se verà que el original es una compilacion de recetas escogidas, ó al menos elegantes, pero se advertirá tambien la poca aficion que tiene el anotador á las mezclas de medicamentos. ¿Cómo pues, se preguntará, le ha ocurrido la idea de traducir semejante libro? Y yo respondo: que precisamente por esto es por lo que lo he hecho. He querido demostrar á mis compatriotas que las mejores fórmulas son todavìa defectuosas, que son con-

(1) Prefacio publicado en 1800, à la cabeza de la traduccion alemana de un formulario inglés, que apareció en Lóndres en 1794.

trarias á la naturaleza, que estan en contradiccion consigo mismas y con el objeto para que se las ha imaginado. Es esta una verdad que deberia preconizarse por todas partes. ¿Cuándo veré al mundo curado de la manía de las recetas? ¿Cuándo se convencerá de que la curacion de las enfermedades exige medicamentos menos numerosos, enteramente simples, pero perfectamente apropiados à cada caso? ¿Se quiere ser siempre el blanco de los sarcasmos de los Arcésilas? ¿No se quiere dejar jamás de mezclar entre sì una multitud de sustancias, las unas conocidas solo á medias, y las mas desconocidas aun por los médicos mas instruidos? Aunque Jones consuma en Lóndres cada año cien libras de quina, ¿qué nociones ciertas y completas tenemos acerca del modo de accion de este poderoso medio? ¡Poseemos bien pocas por cierto! ¿Qué sabemos de la accion pura y especial del mercurio, cuyo enorme consumo en medicina parece, sin embargo, que debe hacer creer que conocemos bien su modo de comportarse para con nuestro cuerpo? ¡Muy poco igualmente! Nada mas bien, á no ser que cura la enfermedad venérea, hecho establecido hace trescientos años; porque todo lo demas se reduce á fragmentos inciertos. ¿Qué datos positivos tenemos respecto al ópio, que nos autoricen para abusar de él tanto como lo hacemos? Casi ninguno. ¿Qué sabemos del alcanfor? Nada, por decirlo asì.

Sabed, Arcésilas, que hay disidencia en el dia sobre si el mercurio puede ó no escitar un cambio en la energía, la movilidad y la sensibilidad de la fibra; en una palabra, una fiebre *sui generis*; si la quina es anti-pirética solamente como sustancia amarga y astringente, del mismo modo que lo seria un compuesto de genciana y de bistorta, ó si depende de un principio que la es inherente; si el ópio fortifica ó debilita; si el alcanfor es refrigerante ó calefaciente, y que los que sostienen el pró ó el contra se olvidan de darnos á conocer los motivos exactos de sus aserciones. Mas si es tan vago aun el conocimiento que tenemos de las cosas que empleamos todos los dias: ¡cuánto mas desconocidas no nos serán todavía las sustancias que se emplean rara vez!

¡Si una oscuridad tan grande envuelve todavía à cada droga en particular, no es á la nada á lo que deben reducirse los fenómenos que las mezclas de estas sustancias

desconocidas producen en las enfermedades, es decir, en los estados no ordinarios del cuerpo humano, que no siempre es fácil reconocer de un modo claro, y que son los mas enigmáticos de todos los séres organizados! Para mì, esto es lo mismo que tomar un puñado de bolas desiguales, lanzarlas, con los ojos cerrados, sobre una mesa de billar, y querer determinar de antemano qué efecto produciràn todas à la vez, qué direccion seguirá cada una de ellas, en fin, qué posicion tomarán todas despues de una multitud de reflexiones y choques incalculables. Sin embargo, la apreciacion de los resultados de todas las potencias mecànicas es infinitamente mas fácil que la de los resultados de las potencias dinámicas.

No sucede lo mismo en una receta, oigo decir á mi lado. El médico que la formula prescribe á cada ingrediente el papel que debe desempeñar en el cuerpo humano. ¡Esta será la base, aquel el ayudante, un tercero el correctivo y un cuarto el escipiente! En virtud de todo mi poder, prohibo à todos estos ingredientes que se salgan del cargo que les asigno; yo quiero que el correctivo no deje de cubrir los vicios de la base y del ayudante; pero le prohibo espresamente salir de los límites que le estan trazados, y pretender desempeñar por sì mismo un papel contrario al de la base. En cuanto á tì, ayudante, tú serás el mentor de mi base, tú la asistirás en su difícil cargo; pero acuérdate bien que debes limitarte á sostenerla, y que no vas á hacer otra cosa ó á contrariarla: no tengas la audacia de emprender alguna espedicion por tí solo, ó de oponerte à las intenciones de mi base; es preciso que obres de acuerdo con ella, aunque tú seas otra cosa bien diferente, porque yo te lo mando. Os confio el cuidado de un negocio muy importante; espeled de la sangre todas las impurezas que contenga, sin tocar en lo mas mínimo á lo que tenga bueno; alterad lo que veais que no tiene una composicion conveniente, y modificad lo que os parezca que es de mala cualidad. Reflexionad bien que esta mision de alterar y de modificar os da ámplias facultades para cambiar todo lo que Dios sabe y lo que no sabe. Teneis que disminuir la irritabilidad de la fibra muscular, calmar la escesiva sensibilidad de los nervios, y producir sueño y sosiego. Veis esas convulsiones del brazo y esos espasmos del cuello de la vejiga,

pues quiero que los acalleis al instante: veis este bromista atacado de ictericia, os encargo que le blanqueeis la piel y le desobstruyais las vias biliarias, ya dependa su impermeabilidad de un espasmo, ya de un obstàculo mecànico. Mis largos tratamientos y mis jugos de yerbas de primavera no me han producido ningun resultado en esta matrona histérica ni en estos antiguos exantemas; y esto es lo que me obliga à admitir obstrucciones en los capilares del bajo vientre, mi recurso favorito para salir de la dificultad Ven acà, querida base, que hace pocos dias te he visto alabada como un infalible desopilante en un nuevo folleto. Te encargo que resuelvas estas induraciones, aunque yo mismo no las conozco, porque son invisibles, ni sé tampoco qué ménstruo tiene la facultad de disolverlas ó de fundirlas, para servirme de las palabras sonoras de nuestra escuela. Mas tú sabràs lo que debe hacerse cuando te encuentres con ellas. Sæmmering dice, es verdad, que los vasos de las glàndulas infartadas, lejos de estar obstruidos, son por el contrario mas àmplios que de ordinario; ¿pero qué nos importan las ideas vanas de ese visionario? ¿No hace ya bastantes siglos que todos los demás médicos y yo desobstruimos? Basta, pues, querida base, que yo te mande desobstruir. Querida base, muriato de sosa, ves este enfermo atacado de fiebre pútrida; te ruego que vayas á toda prisa á detener la putrefaccion. No te sirve escusarte diciendo que siempre has sido desgraciada en tus espediciones, porque te doy por ayudante el ácido vitriólico que te ayudará en todo cuanto emprendas; aunque esos locos de químicos quieran persuadirnos de que no podeis estar unidos sin que al instante dejeis de ser lo que sois, sin convertiros en ácido nítrico y en sulfato de potasa. ¡Como si esto pudiera suceder sin el permiso del médico que reina en las recetas! Nada importa, yo te mando que hagas cesar la fiebre pútrida, pues para eso te doy tu diploma de base, y pongo ademas à tu servicio una multitud de ayudantes y correctivos. Querida base, opio, tengo que combatir una tos pertinaz y dolorosa, cuyo ataque te reservo. Te confio este cuidado, á tí por quien los Asclepiades han hecho un deber en aliviar los espasmos y dolores, por diversos que fuesen, asi como los siete planetas han recibido la órden, en el calendario secular, de dominar tal ó tal

parte de nuestro cuerpo. Me han dicho, sin embargo, que con bastante frecuencia estreñias el vientre. Mas para que no te dé semejante capricho en este caso, te asocio tal ó cual droga laxante: á tí te toca cuidar de que esta sustancia no destruya tu accion, porque sino ¿de qué serviria que fueses base? Me he acordado tambien que muchas veces causas calor y aumentas la transpiracion; pero á fin de que no suceda asi, te doy el alcanfor como correctivo, y para contralor de tu conducta. Ha habido en estos últimos tiempos quien ha pretendido que perdias todas tus propiedades cuando te se asociaba el alcanfor; mas no debes sufrir esto. Cada uno de vosotros dos debe cumplir el cargo que le asigna la materia médica constitucional. Me han dicho tambien que afectas el estómago; mas para impedir este inconveniente hago marchar de acuerdo contigo muchas sustancias cardiacas, y prescribo al enfermo que beba despues una taza de café, que añuda á la digestion, segun aseguran los escritos de nuestros prácticos; porque yo tengo muy poca fé en las palabras de algunos innovadores que dicen por el contrario que debilita. Por último, tù tendrás cuidado de que el estómago no sea debilitado; pues para eso eres base.

Y hé aquí como cada ingrediente de una receta compuesta obtiene su papel, del mismo modo que si fuese un sér dotado de espontaneidad y libertad. Ya no le falta mas que satisfacer à las indicaciones; tres, cuatro síntomas y mas deben ser combatidos por otros tantos medios diferentes. Imaginad, pues, Arcesilas, cuantas drogas es preciso acumular *secundum artis leges* para dirigir el ataque á la vez sobre todos los puntos. La gana de vomitar reclama una cosa, la diarrea otra, la fiebre vespertina y los sudores nocturnos una tercera. Ademas està tan débil el pobre enfermo, que indispensablemente necesita todavìa un fortificante, ó por mejor decir muchos, para que lo que el uno no haga pueda hacerlo el otro.

¿Pero qué sucederia si todos los síntomas dependiesen de una misma causa como casi siempre sucede, y si existiese una droga que satisficiese á todos estos síntomas?

Entonces ya seria otra cosa. Mas nos costaria mucho trabajo hacer investigaciones de este género, por otra parte es mucho mas cómodo para nosotros introducir en cada receta alguna sustancia que corresponda á cada indica-

cion, y observando esta conducta, obedecemos á todas las exigencias de la escuela.

¡Pero y la ciencia, y la vida tan preciosa de los hombres! Es imposible servir à dos amos á la vez.

¿Creeis de buena fé que vuestra mezcla va á producir lo que atribuis á cada ingrediente, como si las drogas de que se compone no debiesen ejercer ninguna influencia, ninguna accion las unas sobre las otras? ¿No veis, pues, que dos agentes dinámicos jamas pueden producir, cuando estan reunidos, lo que hubiera hecho cada uno de ellos aisladamente? ¿No conoceis que de aquí debe resultar un efecto medio, que es imposible calcular de antemano? ¿Quién hubiera previsto que el resultado del ópio administrado con el café habia de ser casi siempre una abundante emision de orina? ¿Creeis que el ópio producirá el estupor, si le asociais à la ipecacuana? Entonces no obedecerá á vuestra voluntad, ni à vuestros principios atomísticos; porque el efecto de esta asociacion es el producir la ansiedad y el sudor.

Sin embargo, el emético escitará con mas seguridad el vómito, añadiéndole quina en razon de la debilidad del estómago.

¡Amigo, todo al revés de vuestra corta penetracion!

¿Mas por qué ha producido tan poco efecto en este enfermo el heléboro blanco?

Porque habeis administrado al mismo tiempo una lavativa de chamomilla.

¡Qué efectos tan terribles debe producir, segun dicen algunos autores, un buen estracto de estramonio! Pero todos ellos mienten; pues hace poco tiempo he dado á un enfermo muy irritable una fuerte dósis de este estracto, y no ha hecho nada, absolutamente nada.

¿No entraba oximiel en la pocion?

Sí; ¿pero qué importa? El oximiel entraba solo como vehículo, y no eran mas que cuatro onzas.

¡Cuatro onzas de este ácido vegetal! Ahora ya no me sorprende la falta de accion del estramonio.

¿Mas de qué me admiro cuando os he visto prescribir á la vez la sal de tàrtaro y la guta gamba? ¿Con qué objeto dábais esa mezcla, y qué efectos ha producido?

La sal de tàrtaro debia atenuar la pituita, y la guta gamba espeler las lombrices por abajo. Mas, con grande

sorpresa mia, no ha producido ni una sola deposicion.

Tampoco me admiro de eso. Sabed, pues, que dos, tres, cuatro, etc., sustancias que se mezclan entre sí no producen lo que podria esperarse de cada una de ellas, si se las administrase aparte y en tiempos diferentes, y que entonces producen, mal que os pese, un efecto dinámico intermedio. El órden de batalla que en semejante caso asignais á los ingredientes, con arreglo á los preceptos de vuestra escuela, no vale absolutamente para nada. La naturaleza obedece á leyes eternas, sin preguntaros si debe hacerlo ó no. Ama la sencillez, y hace mucho con un solo medio, mientras que vosotros haceis poco con muchos..... ¡Imitad, pues, á la naturaleza!

Prescribir recetas compuestas es el colmo del empirismo. No administrar mas que remedios sencillos, y esperar, para prescribir un segundo, à que el primero haya acabado su accion, es lo que conduce en línea recta al santuario del arte. ¡Elegid!

EFECTOS DEL CAFE (1).

Para vivir largo tiempo y conservar la salud, solo debe usar el hombre alimentos que sean nutritivos y que no contengan nada de irritantes, ni de medicinales. Sus bebidas igualmente solo deben ser humectantes y nutritivas á la vez, como el agua pura de fuente y la leche.

En cuanto à los condimentos que estimulan el paladar, la sal, el azúcar y el vinagre, todos tres en pequeña cantidad, son los únicos incapaces de perjudicar al cuerpo del hombre. Todos los que llamamos especias y todas las bebidas espirituosas participan mas ó menos de la naturaleza de los medicamentos; y cuanto mas se aproximan à estos últimos, cuanto mas frecuentemente y en mayor cantidad se les introduce en el cuerpo, tanto mas daño causan à la salud y abrevian nuestra carrera.

Lo mas peligroso es usar habitualmente de sustancias puramente medicinales que gozan de grande fuerza.

El vino era la única bebida medicinal entre los antiguos; pero al menos los griegos y los romanos tenian la prudencia de no beberle nunca sin haberle aguado copiosamente.

Los tiempos modernos han visto introducirse en el ré-

(1) Publicado en 1803.

gimen otras muchas sustancias medicinales líquidas y sólidas; se toma el tabaco, se fuma, se mascan sus hojas y las del cáñamo; se traga el ópio, se comen hongos sospechosos, se beben el aguardiente y otras muchas clases de cervezas irritantes, se toma té y café (1).

Las sustancias medicinales son las que no solo no nutren, sino que trastornan la salud; y todo trastorno de la salud es un estado contrario á la naturaleza, una especie de enfermedad (2).

El café es una sustancia puramente medicinal.

Todo medicamento administrado á alta dósis ejerce una impresion desagradable en la sensibilidad del hombre sano.

Nadie ha fumado tabaco por primera vez sin esperimentar repugnancia; á nadie le ha sido agradable el café puro y no azucarado la primera vez que le ha tomado. Esta es una advertencia que la naturaleza nos hace para que no violemos las leyes de la salud, y no menospreciemos inconsideradamente el instinto conservador de la vida.

Si, cediendo á la moda y al ejemplo, continuamos haciendo uso de sustancias medicinales, el hábito debilita poco á poco la impresion desagradable que nos producian al principio; y aun concluyen por gustarnos; es decir, que la accion en apariencia agradable que ejercen sobre nuestros órganos se hace insensiblemente una necesidad para nosotros. El vulgo cree hallar la felicidad en las necesidades artificiales, á cuya satisfaccion acompaña bien pronto la idea de un placer sensual.

Puede tambien suceder que habiendo sido indispuestos

---

(1) El chocolate es un alimento muy nutritivo, á no ser que se le cargue de especias, pues entonces puede ser muy nocivo.

(2) Las sustancias á que se da el nombre de medicamentos tienen un poder para estinguir los estados contra-naturales y peligrosos que se llaman enfermedades, proporcionado al que poseen de poner enfermos á los cuerpos sanos. Su único destino es trasformar la enfermedad en salud. Fuera de los casos de enfermedad, los medicamentos perjudican siempre á la salud, pues no pertenecen al régimen de la vida natural. Usar frecuentemente de ellos, é introducirlos en el régimen dietético, es destruir la armonia de los órganos, minar la salud y abreviar la vida. Medicamento saludable para el hombre sano, es una proposicion cuyos términos implican contradiccion.

hasta cierto punto por estas sustancias medicinales, el instinto nos incite á continuar usándolas, es decir, á aliviarnos, momentáneamente al menos, por la influencia paliativa que ejercen sobre las incomodidades de que ellas mismas son de cuando en cuando orígen.

Para comprender esto, es preciso saber que todo medicamento produce dos efectos opuestos en el cuerpo del hombre. Su efecto primitivo es precisamente el inverso del efecto secundario, es decir, del estado en que deja el cuerpo muchas horas despues que ha cesado el efecto primitivo (1).

La mayor parte de los medicamentos ocasionan en el hombre sano sensaciones desagradables y dolorosas, que, durante el efecto secundario, son á la inversa de lo que habian sido durante el efecto primitivo, y su uso aun prolongado jamas produce impresiones agradables al que està sano.

No hay mas que un pequeño número de sustancias medicinales, admitidas como artículos de régimen por un mundo refinado y ávido de goces, que se esceptúen de esta regla al menos en sus efectos primitivos (2). Estas tienen la singular propiedad de producir durante su accion primitiva, cuando se usan habitualmente, pero con moderacion, un acrecentamiento artificial del estado ordinario de salud, una especie de exaltacion de la vida, y sensaciones casi esclusivamente agradables; porque los efectos desagradables que son el resultado de su accion secundaria son poco sensibles mientras que el sugeto goza de una mediana salud, y tiene en lo demas un género de vida conforme á la naturaleza.

A esta clase poco numerosa de sustancias medicinales que han sido introducidas entre nuestros goces dietéticos, pertenece el café, cuyos efectos, tanto agradables como desagradables, son todavía muy poco conocidos, por mas estraña que parezca esta asercion.

El uso desordenado que se hace de esta bebida casi à todas las horas del dia, los diferentes grados de fuerza que se

---

(1) Por ejemplo, el polvo de jalapa purga el dia que se toma: pero los dos dias siguientes habrá estreñimiento de vientre.

(2) Por ejemplo, el vino, el aguardiente el tabaco, el té, el café, etc.

le dan, las diversas cantidades que de ella se toman, y las infinitas gradaciones en la situacion social, la edad y la constitucion de los que la usan, hacen variar á cada instante el punto de vista bajo que debe mirarlas el observador, y le hacen muy dificil llegar á nociones puras acerca de sus verdaderos efectos. Es comparable á un disco cubierto de escrito que giràra ràpidamente sobre sí mismo; pues aunque los caracteres hayan sido trazados con claridad, todo se confunde y se hace ilegible, aun à los ojos mas perspicaces.

Un solo medio nos queda para conocer la mas importante de todas las bebidas, el café, y es el observar incesantemente, con precision y exactitud, huyendo en lo posible de todas las ilusiones, y referir cuidadosamente los fenómenos á sus causas.

En general, el efecto primitivo del café consiste en una exaltacion mas ó menos agradable de la actividad vital. Las funciones llamadas animales, naturales y vitales, son escitadas artificialmente por él durante las primeras horas. Mas el efecto secundario que se manifiesta en seguida poco à poco, ocasiona un estado precisamente contrario, es decir, un sentimiento desagradable de la existencia, horror á la vida, una especie de paralisis de las funciones animales, naturales y vitales. (1)

Cuando una persona que no está acostumbrada al café le toma con moderacion, ó cuando un hombre acostumbrado à esta bebida la usa con esceso (2), esperimenta durante las primeras horas un sentimiento mas vivo de su propia existencia. Su pulso está mas lleno y mas fre-

---

(1) Cuando me despierto por la mañana, escribia una gran señora que tomaba mucho café, no puedo obrar, ni pensar mas que lo haria una ostra.

(2) Las espresiones de moderacion y de esceso solo deben tomarse en una acepcion relativa é individual. Un príncipe criado entre el lujo necesitaba que cada taza de café fuese una infusion de siete onzas de grano tostado, al paso que hay sugetos á los que una infusion de una dracma de café afecta ya fuertemente. En este punto cada uno debe tomarse á sí mismo por medida, porque unos soportan mas que otros. Añadiré ademas que todos los síntomas agradables del efecto primitivo del café no aparecen en todos los individuos, al menos à la vez: uno esperimenta estos, otro aquellos; tal ofrece muchos de ellos, y tal otro presenta pocos.

cuente; pero mas blando. Se le presenta en las mejillas una rubicundez circunscrita, que no desaparece por degradaciones insensibles, sino que es parecida á una mancha. Su frente y las palmas de las manos se cubren de una humedad caliente. Advierte mas calor que antes, y esta sensacion le causa una inquietud agradable. Su corazon está agitado de palpitaciones voluptuosas, parecidas á las que produce una grande alegrìa. Se abultan las venas de sus manos Al tocarle se advierte tambien mas calor que de costumbre en su piel; pero este calor jamas se hace ardiente, ni aun despues de una fuerte dósis de café, y degenera mas bien en un sudor general. La presencia de espíritu, la atencion y la compasion son mas vivas que en el estado ordinario. Parece que todos los objetos han tomado un aspecto risueño, sobre todo si la dósis ha sido mayor que la acostumbrada (1). Durante las primeras horas el bebedor de café tiene la sonrisa en los labios; està satisfecho de sí mismo y de todo lo que le rodea Esto es precisamente lo que ha elevado al café al rango de bebida social. Todos los sentimientos agradables que se comunican al alma llegan con facilidad al grado del entusiasmo. Todos los recuerdos funestos se borran de la memoria; todas las sensaciones desagradables se callan ante esta fiebre de felicidad.

En el estado de salud, el hombre debe esperimentar alternativamente sensaciones agradables y desagradables. Así lo quiere la sabia organizacion de nuestra naturaleza. Mas durante el efecto primitivo de esta bebida medicinal, todo es bienestar; aun las funciones que en el estado ordinario de salud van acompañadas de sensaciones molestas

(1) Sin embargo, si la persona no está habituada al café, cuando le toma con esceso, y su constitucion es muy irritable, esperimenta una hemicránea que desciende desde el vértice de los huesos parietales hasta la base del cerebro. Parece tambien que han adquirido una sensibilidad dolorosa las meninges de este lado. Los pies y las manos se ponen frios, é inunda la frente y las manos un sudor frio. Entonces todo irrita, y se hace insoportable; se enfada uno, se desespera, nada encuentra á su gusto, esperimenta ansiedad y un temblor continuo; está inquieto, llora casi sin motivo, ó bien se rie casi involuntariamente: al cabo de algunas horas cae en el letargo, y de cuando en cuando se despierta sobresaltado. Dos veces he observado este estado singular.

y casi dolorosas, se ejecutan entonces con una facilidad sorprendente, y con una especie de goce.

No hay ninguna persona que, no viviendo ya en la tosquedad del estado de la naturaleza, no esperimente al dispertarse, ó poco tiempo despues, sobre todo si ha dormido menos de lo que acostumbra, una sensacion desagradable de vuelta imperfecta á la existencia, de entorpecimiento en la cabeza y de pesadez en los miembros: los movimientos ràpidos exigen esfuerzos, y el ejercicio del pensamiento es penoso.

Pues el café disipa casi al instante esta desagradable sensacion natural; esta incomodidad del cuerpo y del espíritu; nos hace revivir de repente.

La naturaleza quiere tambien que despues de haber desempeñado nuestras obligaciones diarias, nos encontremos cansados: una especie de pesadez, de cansancio de las facultades del cuerpo y del espíritu, nos hace morosos, nos inspira mal humor, y nos obliga á buscar en el sueño un sosiego que nos es necesario.

Tomamos café, y esta morosidad, esta inercia, esta laxitud desagradable del cuerpo y del espíritu desaparecen rápidamente; una viveza facticia reemplaza á la gana de dormir, y continuamos despiertos contra la voluntad de la naturaleza.

Para vivir necesitamos de alimento, que la naturaleza nos obliga á buscar por medio del hambre, sensacion roedora del estómago que va acompañada de un imperioso deseo de alimentos, de un humor pendenciero, de una grande impresionabilidad al frio y de una especie de postracion.

La sed, esta otra sabia institucion de la naturaleza, es una sensacion no menos penosa; porque ademas del molesto deseo de liquidos de que necesita nuestro cuerpo para reparar sus pérdidas, esperimentamos tambien los tormentos de una sequedad en la boca y en la garganta, de un calor seco en todo el cuerpo, que dificulta un poco la respiracion, de una vaga inquietud, etc.

Tomamos café, y desaparecen las penosas sensaciones del hambre y de la sed, ó casi son nulas. El hambre y la sed naturales casi son desconocidas á los verdaderos bebedores de café, sobre todo á las mujeres que, no haciendo ejercicio al aire libre, se privan del medio de estinguir,

al menos á temporadas, las funestas consecuencias de esta bebida. El cuerpo, pues, se encuentra privado del alimento y de la bebida, y los vasos cutáneos se ven obligados, contra la voluntad de la naturaleza, á tomar del aire la cantidad de humedad indispensable al sostenimiento de la existencia. De aquì procede que los bebedores de café espelan por la orina mucho mas líquido del que han bebido. Las mas imperiosas necesidades de la naturaleza se ven reducidas al silencio, y, gracias á la bebida divina, se acerca uno poco á poco á la condicion de los espìritus bienaventurados. ¡Es un verdadero principio de transfiguracion desde este mundo!

El Conservador infinitamente bueno de todos los séres vivos ha querido que despues de habernos saciado de alimentos, nos hiciese esperimentar el movimiento una sensacion desagradable, á fin de que así nos viésemos obligados á suspender nuestras ocupaciones durante algun tiempo, á descansar nuestro cuerpo y nuestro espíritu, y á permitir que la importante funcion de la digestion pudiese empezarse tranquilamente. Una pereza de cuerpo y de espíritu, una constriccion en la parte inmediata al estómago, una especie de compresion penosa, de plenitud y de tension en el bajo vientre, que esperimentamos al querer ejercer nuestras fuerzas inmediatamente despues de comer, nos recuerda que entonces necesitamos de reposo. Del mismo modo si tratamos de fatigar nuestro espìritu, se sigue de esto inmediatamente un entorpecimiento de las facultades intelectuales, una especie de pesadez de cabeza, de frio en los miembros con calor en la cara, y se aumenta tambien la presion incómoda en el estómago, con tension penosa del bajo vientre: tan cierto es que los esfuerzos intelectuales son todavìa mas contrarios á la naturaleza y mas perniciosos que los del cuerpo al principiar la digestion.

Pues el café hace cesar esta laxitud de espìritu y de cuerpo, con esta sensacion desagradable en el bajo vientre. Hé aquí por qué los sibaritas refinados le toman inmediatamente despues de comer, y entonces gozan plenamente de sus efectos, recobran su buen humor y se sienten tan ágiles como si su estómago contuviese poco ó ningun alimento.

La naturaleza ha querido obligarnos á evacuar los re-

siduos de la digestion por medio de sensaciones poco agradables. Esperimentamos una ansiedad insoportable, con una necesidad no menos penosa, que estingue todos los goces de la vida, hasta que hemos obedecido á la necesidad.

Mas el genio refinado de nuestro siglo ha prevenido este inconveniente, y ha tratado tambien de eludir esta ley de la naturaleza. El café ayuda y acelera el trabajo de la digestion, que, en el órden natural, necesitaria muchas horas para efectuarse; siendo su efecto primitivo activar el movimiento peristáltico de los intestinos, estos órganos impelen con mas rapidez su contenido à medio digerir hácia el ano, y con esto se cree haber encontrado un precioso digestivo. Mas no pudiendo el quilo ser convenientemente elaborado en el estómago, ni absorbido en suficiente cantidad en los intestinos en un tan corto espacio de tiempo, atraviesa la masa las vias alimenticias sin haber suministrado al cuerpo la mitad de las partes asimilables que contiene, y llega medio liquida todavía al fin de su carrera. ¡Es preciso convenir en que este es un escelente medio de ayudar la digestion y de corregir á la naturaleza!

Del mismo modo, cuando se trata de mover el vientre, el ano se ve precisado por los efectos del café á contraerse y dilatarse de una manera mas rápida, de modo que las deyecciones albinas, que no tienen consistencia, se hacen casi sin esfuerzos, y con mas frecuencia que en las personas que no estan habituadas á esta bebida.

Asì es como esta accion primitiva del café disminuye y hace casi nulas las sensaciones desagradables que la sabiduría de la naturaleza ha hecho inherentes á nuestro organismo, sin que se adviertan las tristes consecuencias que de esto resultan ni aun siquiera se sospechen.

El efecto primitivo de esta bebida escita tambien mas que ningun otro medio facticio el apetito venéreo, que el refinamiento de nuestro siglo ha colocado en el rango de los principales goces. A la menor ocasion, se presentan á la vista las ideas voluptuosas con la rapidez del relampago, y solo son necesarios algunos instantes para elevar la escitacion de los órganos casi al grado de éstasis. El café despierta el apetito venéreo diez ò quince años con anticipacion, desde la edad mas tierna y mas distante de la pubertad, lo cual ejerce la mas funesta influencia sobre la mo-

ralidad y la mortalidad, sin hablar de la impotencia prematura que es su resultado. (1)

Los efectos del café de que he hablado hasta aquí, se manifiestan bajo un aspecto mucho mas sombrío todavía en las personas de un temperamento muy irritable, y en las que estan ya enervadas por el frecuente uso de esta bebida ó por una vida sedentaria. Todo hombre imparcial que observe su estado físico y moral ve en él señales evidentes de sobre escitacion contranatural, una impresionabilidad escesiva, ó una alegria que no esta en proporcion con las causas que la escitan, un abandono de ternura que casi llega hasta las convulsiones, ó una tristeza estrema, agudezas que la razon no contiene en sus justos límites; en fin, un verdadero trastorno de las facciones, cuando la cara no debiera espresar mas que una sonrisa, una ligera ironìa, un mediano afecto, un resentimiento moderado de melancolía ó de compasion. Hasta los músculos de lo restante del cuerpo muestran entonces una movilidad estraordinaria y contraria á la naturaleza; todo es vida, todo es actividad, aun á la menor ocasion, durante las primeras horas que transcurren despues de haber tomado una fuerte infusion de café, ó segun la espresion admitida, café bueno. Las ideas se presentan en tropel á la imaginacion, y se suceden con rapidez. ¡Esta es una vida facticiamente duplicada!

En el estado natural, necesita el hombre de algunos esfuerzos para recordar cosas que han pasado hace mucho tiempo; pero inmediatamente despues de haber tomado café, la memoria derrama en cierto modo sus tesoros sobre la lengua, y de aquí resulta à menudo que se abandonen á una imprudente locuacidad, y que dejen escapar los secretos mas importantes.

Nada tiene ya límites ni medida. La gravedad fria y reflexiva de nuestros antepasados, la firmeza de voluntad, la solidez de juicio, la perseverancia en las resoluciones, la facilidad de ejecutar movimientos poco rápidos, pero

(1) ¡Placeres! ¡placeres! hé aquí lo que se busca en el dia. Se quiere gozar prontamente de la vida, sin interrupcion, aunque sea á costa de todos los demas intereses, y se consigue facilmente el objeto con esta bebida que acelera sí la vida, pero que la gasta.

enérgicos, todas estas cualidades que en otro tiempo distinguian el carácter nacional de los alemanes, han desaparecido con el uso del café, para ser reemplazados por la imprudencia en los desahogos del ánimo, por la precipitacion en los juicios, por la ligereza, por la locuacidad, la volubilidad del carácter, por una movilidad fugitiva y sin energía y por un continente teatral. (1)

Sé muy bien que el aleman necesita beber café para escitar su imaginacion, para inventar novelas ligeras, para producir una poesía festiva y picante, que le necesita tambien el aleman para brillar con tacto é ingenio en los círculos de la moda. El bailarin, el improvisador, el juglar, el charlatan, el estafador y el jugador necesitan del café, como tambien el músico moderno para sostener la aturdidora rapidez de sus inspiraciones, y el médico acreditado para no sucumbir á la fatiga de cien visitas que hace cada mañana. ¡Dejemos á todas estas gentes su escitante contrario á los votos de la naturaleza, con todas las funestas consecuencias que de su uso resultan para su propia salud y para bien de los demas!

Pero lo que hay de cierto al menos es, que el hombre mas deseoso de disipar su vida, no hubiera podido encontrar en el mundo ningun medicamento dietético mas apropiado que el café (2) para cambiar por algunas horas sus sensaciones ordinarias en sensaciones agradables, para inspirarle jovialidad y aun petulancia, para hacer abundar su ingenio en rasgos brillantes, para abrasar su imaginacion con un fuego que su constitucion le hubiera rehusado, para acelerar el movimiento de sus músculos hasta el temblor, para redoblar la accion de sus órganos diges-

---

(1) ¡Quién sabe si la enervacion dietética ha sido la causa de que los prodigios del patriotismo, del amor filial, de la fidelidad, de la integridad y de la adhesion á sus deberes, atributos conocidos de nuestros padres, estén casi todos reducidos en el dia á las ligeras proporciones de un limitado egoismo! Es verdad que tampoco se ven ya los crímenes heróicos que, en los tiempos de la edad media y en la antigüedad, demostraban fuerza de cuerpo y energía de espíritu; pero no han hecho mas que transformarse en millares de intrigas, de supercherías y de engaños, de que se ve rodeado á cada paso el hombre de bien. Así pues, ¿cuál es mejor, una sola bomba ó un millon de intrigas ocultas?

(2) Y bajo algunos aspectos el té.

tivos y secretorios, para sostener su apetito venéreo en un estado continuo de escitacion casi involuntaria, para imponer silencio á los tormentos saludables del hambre y de la sed, para ahuyentar el sueño de sus fatigados miembros, y para tenerle despierto, aun cuando todo cuanto en nuestra atmósfera respira este disfrutando las dulzuras del descanso á la sombra apacible de la noche.

Asi es como avasallamos las sabias intenciones de la naturaleza, aun con nuestro propio detrimento.

Al cabo de algunas horas, cuando ya se ha disipado el efecto del café, sucede á él poco à poco un estado opuesto, el efecto secundario ó la reaccion. Cuanto mas fuerte habia sido el primero, tanto mas pronunciado y desagradable es tambien el segundo.

Sin embargo, el abuso de esta bebida medicinal no acarrea tantos inconvenientes en unas personas como en otras.

Nuestro cuerpo está organizado con un arte tan admirable, que los estravìos en el régimen que no son muy graves apenas perjudican, cuando en lo demas tenemos una vida conforme à la naturaleza.

Asì por ejemplo, el trabajador bebe todas las mañanas aguardiente, líquido muy perjudicial por sí mismo, mas cuando solo toma un poco cada vez, no le impide llegar frecuentemente á una edad muy avanzada. Su salud sufre muy poco por esto; porque su buena constitucion, y por otra parte el género de vida saludable que tiene, hacen que no sienta casi ningun mal por esta bebida.

Que en lugar de aguardiente, tome todas las mañanas una ó dos tazas de café ligero, el resultado será el mismo. El vigor de su cuerpo, el ejercicio violento de sus miembros y el aire libre que diariamente respira en abundancia, le ponen al abrigo de los inconvenientes de esta bebida, y su salud sufre muy poco ó nada por ella.

Pero los efectos nocivos del café se pronuncian mucho mas en las personas que no ofrecen una reunion de circunstancias tan favorables.

El hombre que pasa su vida encerrado en su casa ó en un cuarto, puede muy bien, aun con una complexion delicada, gozar de una especie de salud, cuando por otra parte sigue un régimen apropiado à su situacion. Si es so-

brio, si solo hace uso de alimentos fáciles de digerir y poco condimentados, si se limita á bebidas simples, si somete sus pasiones al freno de la razon, y si renueva à menudo el aire de su habitacion, con estas condiciones, de cualquiera sexo que sea, puede, sin hacer ejercicio, y hasta encerrado en una prision, gozar de cierto grado de salud para cuyo trastorno basta, es verdad, la mas ligera causa, pero que por eso no es menos el orígen de un bienestar relativo. La accion de todas las sustancias morbíficas, es decir, de todos los medicamentos, es mucho mas evidente y mas fuerte en tales sugetos que en los hombres robustos y acostumbrados al trabajo al aire libre, que soportan impresiones aun muy nocivas sin esperimentar un daño considerable.

Estos séres que se consumen lentamente en medio de sus perezosos hábitos, y que no tienen mas salud que la precisa para no estar enfermos, solo gozan de la vida á medias por decirlo asi. Ni las sensaciones, ni las funciones vitales, nada tiene en ellos energìa; así son tan ávidos de una bebida que por algunas horas exalta tan poderosamente la actividad vital y el sentimiento de la existencia, sin inquietarse por las desagradables consecuencias que acarreàra el efecto secundario de este paliativo.

Este efecto secundario se parece al estado en que se encontraban antes de haber tomado café, solamente es un poco mas fuerte.

Cuando despues de algunas horas la accion primitiva del café, es decir, la exaltacion facticia de la actividad vital, se ha disipado, sobrevienen poco à poco deseos de dormir, acompañados de bostezos y de una inercia mas grande que de ordinario. Los movimientos son menos fáciles que antes, la alegrìa ha desaparecido para ser reemplazada por un humor sombrio y moroso. A la aceleracion que la digestion y las escreciones habian esperimentado en un principio, suceden dolores causados por la retencion de los gases en los intestinos, y las deyecciones alvinas se verifican con mas lentitud y dificultad que antes. El benéfico calor de que el cuerpo habia sido penetrado, se estingue poco á poco; las mas ligeras variaciones de temperatura causan una impresion desagradable, y las manos y los pies se ponen frios. Los objetos esteriores se presentan bajo un aspecto menos lisonjero. El mal humor

aumenta, y hay mas propension á enfadarse. Los deseos venéreos se enfrian en razon directa de la escitacion momentánea que habian sufrido. Una especie de bulimia que se satisface prontamente reemplaza al apetito natural, y sin embargo los alimentos y las bebidas incomodan mas en el estòmago, y ponen la cabeza mas pesada. Cuesta mas trabajo el poder dormirse, el sueño es mas ligero, y al despertar se está mas entorpecido, mas moroso, y mas melancólico que antes de haber conocido el café.

Mas se recurre de nuevo al perjudicial paliativo, y bien pronto se disipan todos estos males. Empieza una nueva vida facticia, con la sola diferencia de que dura un poco menos tiempo que la primera vez. Así pues, es preciso aproximar incesantemente las dòsis del café, ó tomarle mas fuerte, si se quiere que continue reanimando la vida algunas horas.

De aquí resulta que la constitucion del hombre sedentario va deteriorándose cada dia mas. Los males producidos por el efecto secundario de esta bebida medicinal crecen y echan tan profundas raices, que no se puede conseguir disiparlos, ni aun por algunas horas, haciendo mas frecuentes y mas fuertes las dósis del paliativo.

La piel se hace entonces mas sensible, no solamente al frio sino á la influencia del aire libre en general, cualquiera que sea su temperatura; la digestion se verifica de un modo mas laborioso, las evacuaciones ventrales esperimentan dias enteros de retraso, los gases causan ansiedad y una multitud de sensaciones molestas. La astriccion de vientre solo alterna con la diarrea, y no con cámaras naturales. Se concilia el sueño con mucha dificultad, y se parece mas bien à un letargo no reparador. Al despertar la cabeza està pesada, la imaginacion entorpecida, la memoria lenta, el movimiento dificil, y el corazon lleno de una tristeza que hace parecer sombrìo el aspecto de la bella naturaleza. Las emociones nobles, la filantropía, el reconocimiento, la conmiseracion, el heroismo, la fuerza y elevacion de alma, la serenidad y alegría, son reemplazadas por la timidez, la indiferencia, la insensibilidad, la apatía, la volubilidad y la morosidad. Sin embargo, se continúa siempre tomando café; y solo resultan de esto alternativas mas pronunciadas de sentimentalismo afectado y de insensibilidad, de precipitacion, de irresolucion,

de cólera, de cobarde condescendencia, de amistad falsa y de envidia secreta, de gozo pasajero y de tristeza, de risas falsas y de llantos que demuestran que el cuerpo y el espíritu flotan sin cesar entre la escitacion y el descaecimiento.

Me seria difícil describir todas las incomodidades que asedian á los bebedores de café con los nombres de debilidad, males de los nervios, ó de enfermedades crónicas, que les enervan, y que hacen degenerar en ellos al cuerpo y al espíritu.

¡Guardémonos sin embargo muy bien de creer que los amantes del café sienten en un mismo grado los efectos nocivos de que acabo de hablar! No sin duda: en este, tal síntoma del efecto secundario es el que mas se pronuncia, y en aquel es tal otro. Mi cuadro abraza toda la clase de bebedores de café; reuno aquí en un mismo cuadro todos los males que se derivan de este orígen, tales como han llegado poco á poco á mi conocimiento.

El sentimiento paliativo de bienestar que el café difunde por algunas horas hasta en las fibras mas delgadas, es reemplazado en el momento de la accion secundaria por una propension estrema á las sensaciones dolorosas, propension que se acrecienta tanto mas, cuanto mas tiempo y mas frecuentemente se ha tomado café, cuanto mas fuerte ha sido este y mayor su cantidad. Basta en este caso una causa ligera, que apenas haria impresion á un hombre sano y no acostumbrado al café para ocasionar al que le usa hemicránea, frecuentes dolores de muelas, muchas veces insoportables, que aparecen sobre todo por la noche, acompañados de rubicundez y de fluxion en las mejillas, de estirones dolorosos en diversas partes del cuerpo, ya en un lado de la cara, ya en uno ó en otro miembro (1). El cuerpo está muy predispuesto á la erisipela, que sobreviene, ya en las piernas, donde determina con frecuencia úlceras crónicas, ya en las mamas en las mu-

(1) Estos estirones de los miembros, que produce durante la reaccion el uso habitual del café, no se hacen sentir en las articulaciones, sino de una articulacion á otra. Parece que el dolor existe mas bien en las carnes ó en el tejido celular que en los huesos; la parte no está abultada, no se advierte en ella al esterior ningun cambio, y apenas causa dolor cuando se la toca. Los nosólogos no conocen esta afeccion.

jeres que crian, ya en uno de los lados de la cara. La ansiedad y las bocanadas de calor son el tormento cuotidiano de los bebedores de café, y la hemicránea nerviosa les pertenece con mas especialidad que á nadie. (1)

Las ligeras infracciones del régimen y las pasiones desagradables suscitan en ellos padecimientos en el pecho, en el estómago y el bajo vientre, que impropiamente se designan con el nombre de espasmos. Jamas se presenta sin dolor el flujo periódico. Tampoco observa ninguna regularidad en sus períodos, ó bien es menos abundante que de costumbre, y concluye por reducirse casi á nada. Hasta la sangre es acuosa ó mucilaginosa: un flujo leucorráico ordinariamente ácre y que causa escozor continua casi sin

(1) No debe confundirse esta hemicránea con aquella de que he hablado mas arriba, que no se manifiesta mas que en razon de ciertas causas, como un pesar, el haber cargado demasiado el estómago de alimentos, un enfriamiento, y que de ordinario desaparece pronto á cualquiera hora del dia. La hemicránea nerviosa de que aquí se trata sobreviene por la mañana poco tiempo ó inmediatamente despues de despertar, y se aumenta poco á poco. El dolor es casi intolerable y muchas veces quemante; los tegumentos esteriores de la cabeza estan muy sensibles, y el menor contacto ocasiona dolor. El cuerpo y el espíritu parece que estan dotados de una sensibilidad escesiva. Los enfermos que estan debilitados, buscan los sitios aislados y oscuros, donde para evitar la claridad del dia, cierran los ojos y permanecen sentados en un sillon ó en una cama muy inclinada. El menor ruido, el mas pequeño movimiento acrecienta sus dolores. Evitan el hablar ellos mismos, y el oir hablar á los demas. El cuerpo, sin esperimentar escalofrios, está mas frio que de ordinario; sobre todo las manos y los pies estan muy frios. Todo les es odioso, principalmente los alimentos y bebidas, porque las nauseas contínuas les impiden tomar nada. Si el acceso es muy fuerte, sobrevienen vómitos mucosos, que rara vez disminuyen el dolor de cabeza. Tampoco hay evacuaciones albinas. Esta hemicránea casi nunca cesa antes de la tarde, y yo la he visto durar algunas veces treinta y seis horas, de suerte que no desaparecia hasta el dia siguiente por la tarde. Si el acceso es menos violento, la sustancia que ha sido su primera causa, es decir, el café fuerte, abrevia su duracion de un modo paliativo; pero el cuerpo se hace con esto mas predispuesto á reproducirle despues de un espacio de tiempo mas corto. Las recaidas del mal no tienen nada fijo; reaparece cada quince dias, cada tres ó cuatro semanas. Se le ve manifestarse de un modo enteramente imprevisto y sin causa apreciable; y aun es raro que el enfermo esperimente en la noche que le precede ningun resentimiento de la hemicránea que le aguarda por la mañana. Nunca he observado este estado mas que en los verdaderos bebedores de café.

interrupcion de una época à la otra, y frecuentemente reemplaza del todo á las reglas. El acto venéreo causa à veces dolores. Un tinte amarillento ó pàlido, ojos lànguidos y ojerosos, labios azulados, carnes blandujas, pechos flojos y péndulos, tales son los signos esteriores del funesto estado del organismo. Algunas veces una amenorrea casi completa alterna con una metrorragia abundante. Los hombres son atormentados de hemerroides dolorosas y de poluciones nocturnas. Se estingue poco á poco en los dos sexos la facultad de engendrar: el hombre se hace impotente, la mujer estéril, é incapaz de criar á sus hijos. Sobre todo detras de la taza de café es donde mas se oculta el onanismo, ese monstruo de ojos hundidos, execracion de la naturaleza, que contribuyen tambien á engendrar por su parte, las leyendas romancescas, las fatigas impuestas á la memoria, la frecuentacion de sociedades corrompidas, y la inaccion de una vida sedentaria.

Siendo el efecto secundario del abuso del café producir en el cuerpo una eminente disposicion á toda especie de sensaciones desagradables y de dolores agudos, facilmente se concibe por qué esta sustancia es mas apropiada que ninguna otra para escitar una grande propension à la caries. Ningun estravío del régimen ocasiona con mas facilidad y mas seguridad que el abuso del café la caries de los dientes. El café es, despues de el abuso del mercurio y los pesares, lo que mas contribuye á carear los dientes (1). Aunque el mal aire de las habitaciones y el hábito de sobrecargar el estómago de alimentos por la noche, tomen parte en este resultado, el café es capaz por sì solo de destruir, de poner amarillos y ennegrecer estos pequeños huesos, tan necesarios para el adorno de la boca, para la claridad del lenguaje y para la trituracion de los alimentos. A los dientes incisivos es á los que ataca con especialidad.

Si se esceptúa la verdadera espina ventosa, no se desarrolla casi ninguna caries en los niños que no deba su orígen al café, á no ser que estos pequeños séres hayan tomado mercurio en esceso (2). El café produce tambien á

(1) Observaciones incontestables me han convencido de esto.
(2) Esta caries, que procede del café, produce úlceras de

veces en ellos abscesos profundos, que se abren con mucha lentitud al esterior y por aberturas muy estrechas.

En general, el café ejerce la mas perniciosa influencia sobre los niños, y es tanto mayor cuanto mas delicados son. Aunque no produzca por sí mismo la verdadera raquitis, y no haga mas que acelerar la accion de las causas particulares de esta enfermedad, es decir, la nutricion vegetal no fermentada y la humedad de las habitaciones mal aireadas, sin embargo basta por sí solo para hacer caer casi en tan triste estado aun á los niños que usan de alimentos sanos y gozan de los beneficios de un aire puro. Estos desgraciados séres tienen el color pálido y las carnes blandas. Tardan mucho en aprender á andar, su marcha es vacilante, se caen á cada instante y siempre quieren que los lleven en brazos. Su voz no es mas que una tartamudez. Piden mucho y cosas muy diversas, á pesar de que comen y beben poco. La sencillez, la alegría y el buen humor que forman el carácter de la infancia, son reemplazados por el abatimiento. Nada les agrada, nada les causa satisfaccion. Todo en ellos anuncia solamente una especie de media-existencia. Son muy medrosos, y una nada les asusta. Alternan en ellos la diarrea y el estreñimiento. Su respiracion es estertorosa, sobre todo durante el sueño, porque tienen siempre el pecho lleno de un moco tenaz, que la tos no puede llegar á desprender. Se verifica en ellos la denticion con mucho trabajo, en medio de numerosos accidentes y aun de convulsiones; solo se presentan los dientes á medias, y se caen antes del tiempo destinado por la naturaleza para su renovacion. Casi todas las tardes antes de que se les meta en la cama, ó poco tiempo despues, les sobreviene calor y rubicundez en una sola ó en las dos mejillas. Durante la noche duermen mal, se agitan mucho y piden á menudo de beber; sudan no solo por la frente, sino tambien por todo el cuero cabelludo, y sobre todo en el occipucio: á veces lloran durmiendo. Se salvan de todas las enfermedades con mucho trabajo, y

---

bordes elevados, duros y lívidos, de las que sale un pus semejante á la clara de huevo, y mezclado con partículas caseiformes. El olor es muy débil, y los dolores locales son muy vivos. El resto del cuerpo presenta una imágen pura de la consuncion debida al café.

sus convalecencias son siempre lentas é incompletas. Estan sujetos à padecer una oftalmía crónica, acompañada con bastante frecuencia de una erupcion en la cara, y uno de cuyos síntomas es una singular relajacion de los párpados superiores, que no les permite abrir los ojos, aun cuando los párpados solo estan rubicundos é hinchados en un grado muy débil. Esta oftalmía, que dura muchas veces años enteros, les hace estar contìnuamente tristes y llorosos, y les obliga á echarse sobre la cara, ó estar sentados ó echados en un lugar oscuro, ataca sobre todo à la córnea, que la cubre al principio de vasos rojos, despues de manchas oscuras, ó sobre la cual produce ampollas y pequeñas úlceras, que la corroen á veces en una grande profundidad, y amenazan hacer perder la vista.

Esta oftalmìa, este ruido mucoso del pecho y otros muchos accidentes cuyo cuadro acabo de trazar, se manifiestan hasta en los niños que solo se han alimentado con la leche de sus madres, cuando estas toman mucho café, y permanecen encerradas en sus habitaciones ¡Cuál deberá ser pues la potencia nociva de esta bebida medicinal, para poder atacar hasta à los niños de pecho con solo que la usen sus nodrizas!

Las mujeres y los literatos son despues de los niños los sugetos en quienes influye el café del modo mas nocivo, porque sus ocupaciones les hacen ceñirse á una vida sedentaria. Hay que añadir á esta clase los artesanos que estan encerrados en sus talleres.

Es cierto, como ya he dicho anteriormente, que la actividad y el movimiento al aire libre son los mejores medios para atenuar los efectos nocivos del café: mas con el tiempo llegan à ser insuficientes.

Algunas personas, movidas en cierto modo por el instinto, encuentran tambien en los licores espirituosos una especie de antídoto del café. No se puede negar que estas bebidas ejercen efectivamente alguna accion; pero estos agentes son nuevos irritantes sin facultad nutritiva; es decir, sustancias medicinales que, cuando se las usa habitualmente, acarrean otros inconvenientes sin poder impedir los del café. Son nuevas potencias aceleradoras de la vida, que dejan tras sí males de una naturaleza mas diferente y mas complicada todavía.

El principal medio de curar los males producidos por

el café es el renunciar á este líquido (1). El ejercicio al aire libre acaba la curacion. Pero si el cuerpo y el espíritu estan muy debilitados, entonces es preciso recurrir á ciertos medicamentos saludables en este caso, que no indicaré aquí porque no es á los médicos á quien destino este opúsculo.

Fundándome en una larga esperiencia, acabo de pintar el uso cuotidiano del café como un hábito funesto, como el medio mas seguro de marchitar y estinguir en nosotros la energía del cuerpo y del alma. Mas he dado á este líquido el nombre de bebida medicinal, y quizá no faltará quien quiera servirse de esto para hacerme algunas objeciones.

Se me dirá: los medicamentos son cosas saludables. Ciertamente que sí; pero con la espresa condicion de que sean apropiados al caso en que se les emplea; pero no pu-

(1) No es fácil hacer perder el largo hábito de usar el café, sobre todo en las personas delicadas. Hé aquí cómo yo me conduzco para conseguir este objeto. Trato primeramente de persuadir á mis enfermos, que es urgente renunciar á este hábito. Pues es muy raro que no se les llegue á convencer, cuando oyen la verdad fundada en la esperiencia de boca de un médico convencido de lo que sienta. Nada impide que esta verdad penetre hasta el corazon, porque el que la dice no tiene ningun interés privado en hacerlo, y todo el provecho es para el que la escucha. Una vez conseguida la conviccion, de lo que se puede juzgar facilmente por la cara del enfermo, se disminuye cada tres ó cuatro dias la cantidad habitual de café; y despues de haberla reducido así á una dósis muy corta, que se le deja tomar todavía al sugeto por espacio de ocho dias, se suprime esta última enteramente, y solo se le permite usarla cada dos dias por algun tiempo. Todo es cosa de un mes, cuando se puede contar con el enfermo. Mas si tiene un carácter débil é irresoluto, ó si la privacion influye demasiado sobre su salud débil, se reemplazará poco á poco el café con el té, que si bien es perjudicial, lo es sin embargo menos que el café; ademas, no estando muy habituado al té el enfermo, será mas facil hacerlo dejar, y sustituir á él leche caliente. Es necesario, para borrar completamente las funestas consecuencias del café y sostener el valor del que ha renunciado á él, que fortifique el cuerpo con paseos diarios al aire libre, que alegre su espíritu con distracciones inocentes y que restaure sus fuerzas con buenos alimentos. En fin, cuando se haya hecho todo para que el resultado sea el mejor, es preciso todavía asegurarse de cuando en cuando de que la conversion es real, reanimar el valor del enfermo, si la fuerza del ejemplo llega á trastornar sus resoluciones.

diendo convenir ningun medicamento á un hombre sano, implica contradiccion y es perjudicial que el que goza de buena salud haga de un medicamento su bebida habitual.

Yo aprecio las virtudes medicinales del café, tanto como las de cualquiera otro medicamento con tal que se le aplique à propósito. Nada de lo que Dios ha criado es inútil: todo debe contribuir á la salud del hombre, y principalmente lo que posee una accion poderosa como el café. Mas es preciso que se me quiera entender.

Todo medicamento produce en el cuerpo del hombre sano ciertos cambios particulares que le son peculiares. Si se conocen estos cambios, y se emplea la sustancia en casos de enfermedad que tengan una semejanza completa con los sìntomas que produce por sì mismo en un cuerpo sano, se seguirá á su uso una curacion radical. Esto es lo que yo llamo aplicacion curativa de los medicamentos; la única que se debe admitir en el tratamiento de las enfermedades crónicas.

La facultad que cada medicamento tiene de modificar el estado del cuerpo del hombre de un modo particular, la llamo efecto primitivo de este medicamento. Ya he dicho que al cabo de algunas horas el estado producido por esta accion primitiva era reemplazado por un estado absolutamente inverso, cuando se habia acabado el primero; y á esto es á lo que llamo efecto secundario del medicamento.

Si el medicamento que se opone á una enfermedad escita durante su accion primitiva, sintomas opuestos à los de esta enfermedad, el uso que de él se hace entonces es únicamente como paliativo. A este modo de usar los medicamentos se sigue casi inmediatamente el alivio, pero al cabo de algunas horas, el mal vuelve à presentarse mas fuerte que antes de hacer uso del remedio, porque es reforzado por el efecto secundario de este que se le asemeja bastante. Seria un absurdo aplicar semejante método al tratamiento de las enfermedades crónicas.

Por ejemplo, el efecto primitivo del ópio, en un cuerpo sano, es un sueño letàrgico, con respiracion estertorosa y con ronquido; pero su efecto secundario es el insomnio. Pues si el médico es tan ignorante que se empeña en combatir un insomnio habitual con el opio, procede de un modo paliativo. Un sueño pesado, con ronquido y no separador, se conseguirá muy luego; pero el

efecto secundario será un nuevo insomnio añadido al que ya existia. Al cabo de veinte y cuatro horas el enfermo dormirá todavía menos que antes de haber tomado el opio, à no ser que se le dé una nueva dosis mas fuerte de esta sustancia. Mas el efecto secundario de esta segunda dósis será agravar todavía mas el mal, y jamás se conseguirá con su uso la curacion.

Asi mismo el café tampoco obra jamás sino como un mal paliativo, cuando se le emplea segun la costumbre casi general contra el estreñimiento habitual, tan comun en las personas sedentarias, que depende de inaccion del canal intestinal; su efecto primitivo es el inverso de este estado, por consiguiente la primera vez que se recurra á él ó si se toma rara vez, no dejarà de producir muy pronto una evacuacion; mas en los dias siguientes su efecto secundario pondrá el vientre mas estreñido que lo estaba antes. Si se recurre todavía al paliativo café, es preciso tomarle en mayor cantidad, ó mas fuerte. Sin embargo, el estreñimiento habitual no se curará por eso; porque el efecto secundario del café le harà reaparecer bien pronto; y asi cada dósis ó mas copiosa ó mas fuerte solo tendrá por resultado agravar el mal y hacerle mas pertinaz.

Mirando esto de cerca, podrá convencerse cualquiera de que los efectos, segun dicen algunos, saludables, atribuidos al café, y por medio de los cuales los que le toman en abundancia, tratan de justificar este hábito que han contraido, se reducen casi todos á resultados paliativos; pues es una verdad esperimental, puesta al abrigo de toda contestacion, que si el uso de un medicamento paliativo cualquiera produce siempre un deterioro en la salud, no hay nada mas pernicioso que admitir semejante sustancia entre los artículos de que se compone el régimen cuotidiano.

Si, pues, detestando el abuso del café como bebida habitual, estimo no obstante las virtudes que posee, solo es en razon del uso médico que de él puede hacerse, ya como remedio curativo en las enfermedades crónicas, cuyos síntomas tienen una grande semejanza con sus efectos primitivos (1), ya como paliativo en las afecciones

(1) Por ejemplo, una persona que no esté habituada al café,

desarrolladas con rapidez y acompañadas de un peligro inminente, cuyos síntomas se asemejan mucho à sus efectos secundarios (1). Este es el único uso razonable y prudente que puede hacerse de esta sustancia medicinal, de que abusan tantos millones de hombres con su propio detrimento, cuyo verdadero valor conocen tan pocas personas, y que ejerce una influencia de las mas saludables, cuando se le sabe usar à tiempo.

---

y esperimente frecuentes ganas de defecar seguidas de la espulsion de materias blandas y sin dolores; que tenga insomnio, y se sienta con una estraordinaria actividad de cuerpo y de espíritu, que no esperimente ni hambre ni sed, aunque le parezca que los alimentos y bebidas tienen el mismo gusto que de ordinario. En semejante caso, el café debe producir y producirá en poco tiempo una curacion radical. Asimismo, ningun remedio es mas cierto ni conviene mejor que el café en los accidentes, muchas veces peligrosos, que suceden á una alegría súbita y escesiva, asi como en ciertos dolores que esperimentan á veces las mujeres despues del parto, y que se parecen mucho á sus efectos primitivos.

(1) Por ejemplo, en el mareo, en el envenenamiento por el opio, si el sugeto no está habituado al café, en el del cléboro blanco, en la asfixia por sumersion, por sofocacion, y sobre todo por congelacion, como lo he esperimentado muchas veces con gran satisfaccion.

LA MEDICINA DE LA ESPERIENCIA (1).

§. I. El hombre, considerado como animal, ha sido criado mas desprovisto de recursos que todos los demas animales. No tiene ni armas para defenderse como el toro, ni agilidad para huir de sus enemigos como el ciervo; no tiene alas, ni aletas, ni medio alguno impenetrable por las agresiones esteriores como la tortuga, ni una guarida que le ponga á salvo como una multitud de insectos y de gusanos, ni recurso físico que separe de él á sus enemigos, como el erizo y el torpedo, ni aguijon como la abeja, ni veneno en los dientes como la víbora. Està espuesto, desnudo y sin defensa, á todos los ataques de los enemigos de su especie. Como animal, tampoco puede oponer nada á la accion de los elementos y de los meteoros, ni está protegido contra las olas por el pelo brillante de la foca, ni por el espeso y grasiento plumaje del ànade, ni por la brillante coraza de los escarabajos acuáticos. Su cuerpo, cuyo peso especìfico es poco menor que el del agua, sobrenada con mas dificultad que el de ningun otro cuadrúpedo. Tampoco tiene como el oso polar ó el ànade del norte, un vestido impenetrable por los vientos helados. El cordero, asi que nace, sabe encontrar las tetas de su madre; pero el niño pereceria si una madre cariñosa

(1) Este fragmento salió á luz en 1805.

no le aproximase á la boca las suyas. En ninguna parte le ofrece la naturaleza un alimento enteramente preparado como al mirmecòfago las hormigas, á los icneumones las orugas, y á las abejas el cáliz abierto de las flores. Está sujeto á un número mucho mayor de enfermedades que los animales, los que tienen ademas para resistir á los enemigos invisibles de la vida un arte innato é igualmente invisible, un instinto de que él carece. El hombre solo deja con trabajo las entrañas de su madre; solo él nace desnudo, débil, sin defensa, privado de todo lo que podria hacer soportable su existencia, de todo lo que la naturaleza ha prodigado aun al insecto que se arrastra entre el polvo.

¿Dónde, pues, está la bondad del Criador que ha podido desheredar al hombre, y solo al hombre entre todos los animales, de las necesidades de la vida?

Pero la fuente eterna del amor no ha desheredado en el hombre mas que la animalidad, á fin de dispensarle con mas profusion ese destello de la divinidad, ese espíritu que le hace encontrar con que satisfacer á todas sus necesidades, asegurar su bienestar, y crearse los inmensos recursos por cuyo medio se eleva de un modo considerable sobre todos los séres vivos; ese espìritu que, imperecedero por sì mismo, sabe proporcionar á su perecedera cubierta los medios de conservacion, de garantía, de defensa y de bienestar superiores á todos los de que las criaturas mas favorecidas pueden alabarse haber recibido inmediatamente de la naturaleza.

Con esta energía del espíritu humano para descubrir recursos, es con la que principalmente habrá contado el Padre de los hombres para apartar los males de que el delicado organismo de sus hijos pudiera ser atacado.

Se necesitaba que los esfuerzos de que el cuerpo era capaz por sí solo para alejar las enfermedades fuesen muy limitados, à fin de que el espíritu humano sintiese tanto mejor la necesidad de buscar socorros mas eficaces que aquellos cuyo origen habrá juzgado á propósito el Criador colocar en la simple organizacion.

Nada de lo que la naturaleza contiene debia servir, tal como nos lo ofrece, para la satisfaccion de nuestras necesidades: era preciso que nuestro espíritu encontrase en sus propios recursos los medios de ensancharlo de una

manera indefinida para asegurar completamente nuestro bienestar.

Ella hace nacer espigas de trigo del seno de la tierra, no para que hagamos inmediatamente uso de este alimento grosero y mal sano, sino á fin de que le privemos por medio de la fermentacion y del calor de todos los principios medicinales y nocivos que puede contener, de modo que preparemos de él pan, es decir, un alimento perfeccionado por el poder de nuestro genio, incapaz de perjudicar en adelante. Desde la creacion del mundo, el rayo ha matado á los animales y á los hombres; pero el Criador ha querido que el espíritu del hombre llegase á imaginar un aparato que impide al fuego del cielo llegar á su estancia.

Asi es que permite á todos los agentes naturales obrar sobre nosotros con detrimento nuestro, hasta que encontramos alguna cosa que nos pone al abrigo de su influencia, ó que disminuye sus inconvenientes para nosotros.

Asimismo permite á la innumerable turba de enfermedades que ataquen nuestra constitucion delicada, que la trastornen, que la pongan en peligro de muerte y de destruccion, sabiendo muy bien que lo que hay de animal en nosotros rara vez es capaz de ahuyentar al enemigo, sin sufrir mucho por los esfuerzos que esta tarea le impone, ó aun sin sucumbir á ellos. Mas era preciso que los recursos medicatrices del organismo abandonado á sí mismo fuesen débiles, limitados é insuficientes, á fin de que nuestro espíritu se viese tambien obligado á ejercer su noble prerogativa en una circunstancia en que se trata del mas precioso de los bienes terrestres, la salud y la vida.

El Padre del género humano no queria que nosotros obrásemos como obra la naturaleza, queria que hiciésemos mas que la naturaleza orgánica, pero no del mismo modo, ni con sus medios. No nos ha dado poder para criar un caballo, pero nos ha puesto en estado de fabricar máquinas cuya fuerza escede á la de cien caballos, y dura mucho mas tiempo. Nos ha permitido construir navíos en los que, al abrigo de los mónstruos del mar y del furor de los huracanes, y rodeados de todas las comodidades de la vida, podemos dar vuelta á la tierra,

lo que jamas podria hacer un pez; tambien nos ha negado las aletas, las branquias y una vejiga natatoria que de nada nos servirian para hacer semejantes cosas. Tampoco nos ha dado las alas del condor, pero ha querido que pudiésemos descubrir el arte de encerrar un gas ligero en tejidos que nos llevan silenciosamente en medio de las regiones atmosféricas hasta donde ningun habitante alado podria elevarse.

Del mismo modo no permite que nos sirvamos del esfacelo á la manera del organismo humano entregado á sí mismo para desprender del cuerpo un miembro aplastado, sino que ha armado nuestra mano de un cuchillo de acero que verifica la separacion con menos dolores, menos fiebre y menos peligro para la vida. No permite que nos sirvamos como la naturaleza de los movimientos llamados crísis para curar una multitud de fiebres; no está en nuestro poder el imitar los sudores críticos, las orinas crìticas, los abscesos críticos, las epitaxis críticas; pero, buscándolos bien, encontramos medios que nos permiten curar las fiebres con mas rapidez que lo hacen las crísis, con mas seguridad, mas fácilmente y con menos dolores, con menos peligro para la vida y con menos padecimientos consecutivos.

Así pues me admiro de que la medicina rara vez se haya elevado sobre la imitacion de estos movimientos groseros, y de que haya creido en casi todos los tiempos que nada podia hacer mejor para curar las enfermedades que producir tambien evacuaciones por medio del sudor, de las cámaras, el vómito, la orina, la sangrìa ó las úlceras artificiales. Tal ha sido en efecto el método favorito desde los tiempos mas antiguos hasta nuestros dias: se ha vuelto á él sin cesar cuando los métodos fundados sobre especulaciones abstractas faltaban á sus promesas. ¡Como si estas imitaciones incompletas y forzadas fuesen lo mismo que las crìsis á que la energia propia de la naturaleza da lugar en sus laboratorios ocultos! ¡Como si estas crìsis fuesen el mejor medio de abatir la enfermedad! ¡Como si estas no fuesen mas bien pruebas de la impotencia terapéutica á que el Sér supremo ha condenado con intencion á nuestra naturaleza abandonada á sí misma! Jamàs ha estado en nuestro poder excitar estos esfuerzos espontàneos del organismo con medios artificiales, y esto en sí mismo

implica contradiccion. Jamas ha sido la voluntad del Criador que obrásemos en este sentido. Su voluntad ha sido que perfeccionàsemos nuestro individuo todo entero y por consiguiente tambien nuestro cuerpo y la curacion de sus enfermedades.

Hasta aquì únicamente la cirujía es la que ha seguido en parte esta marcha juiciosa y prudente. Mientras que la naturaleza entregada á sì misma no llega á espeler una esquirla mas que escitando una fiebre que compromete la vida, y una supuracion que destruye casi todo el miembro, el cirujano, despues de haber cortado convenientemente las partes blandas que la cubren, la estrae sin muchos dolores, sin consecuencias temibles y casi sin menoscabo de las fuerzas. Una fiebre lenta con dolores insoportables que minan la existencia hasta las puertas del sepulcro, es casi lo único que el organismo puede oponer à una gruesa piedra desarrollada en la vejiga; pero por medio de una incision, la mano hábil de un cirujano libra al enfermo en algunos minutos de este cuerpo estraño, y le ahorra asi largos padecimientos terminados por una muerte deplorable. Asi pues, ¿deberìamos imitar la gangrena y la supuracion de una hernia estrangulada, porque la naturaleza no conóce otro medio para ponerla término? ¿Se hubiera hecho lo bastante para salvar la vida de un hombre que pierde toda su sangre por una gruesa artería con producirle como la naturaleza un sincope que suspende la hemorragia por media hora? ¿Se reemplazaria con esto al torniquete á la ligadura ó al taponamiento?

Al la verdad serà siempre un objeto digno de toda nuestra admiracion el ver à la naturaleza abandonada à sì misma, privada de los socorros de la cirujìa, y no recibiendo del esterior nada que pueda ayudarla, llegar en muchos casos á curar las enfermedades y los accidentes, aunque frecuentemente con mucho trabajo y dolor, y comprometiendo la vida. Mas no obra asi para que la imitemos. Nosotros no podemos, ni debemos imitarla, puesto que hay medios infinitamente mas fàciles, mas prontos y mas seguros que nuestro espíritu està destinado á crear para las exigencias de la mas necesaria y mas respetable de las ciencias: la medicina.

§. II. La medicina es una ciencia de esperiencia. Ella

se ocupa de destruir las enfermedades con los medios que las opone.

El conocimiento de las enfermedades, el de los medios apropiados para combatirlas, el del modo con que estos medios deben emplearse, hé aquí lo que la constituye.

§. III. Mientras que el sabio y bondadoso Criador permitia la posibilidad de innumerables estados del cuerpo humano que se apartan de la salud, debia mostrarnos claramente los medios de adquirir, respecto á las enfermedades, tantos conocimientos cuantos necesitàsemos poseer para encontrar los remedios apropiados para triunfar de ellas: debia mostrarnos con la misma claridad los de descubrir en los medicamentos las propiedades que les hacen apropiados para la curacion de las enfermedades. De lo contrario hubiera dejado à sus hijos sin socorros, ó bien exigiria de ellos mas de lo que pueden hacer.

Este arte tan necesario á la humanidad doliente no puede estar oculto en los abismos sin fondo de vanas especulaciones, ni en el vacío sin límites de las conjeturas. Debe estar cerca de nosotros, muy cerca, en la esfera de nuestras percepciones esternas é internas.

Los médicos han perdido dos mil años en investigar los cambios invisibles que el interior del cuerpo sufre en las enfermedades, la causa primaria de estas y su esencia íntima, porque creian que no podian curarlas sin tener estos conocimientos que es imposible adquirir.

Aunque la inutilidad de tan largos esfuerzos no sea tampoco una prueba de la imposibilidad de llegar al objeto á que tienden, el hecho esperimental de su inutilidad para la curacion bastaria ya para poner esta imposibilidad fuera de toda duda; porque el grande espíritu del mundo, el mas consecuente de todos los séres, no ha hecho posible mas que lo que era necesario.

§. IV. Si jamas nos es permitido ver los cambios interiores del cuerpo que son la base ó el origen de las enfermedades, el conocimiento de las causas esteriores que han producido estas últimas tiene alguna utilidad.

No hay efecto sin causa. Las enfermedades pues tienen tambien sus causas, por ocultas que sean para nosotros en la mayor parte de los casos.

Vemos algunas enfermedades, en corto número, que proceden siempre de una misma y única causa. Tales son

las que dependen de un miasma, la rabia, las enfermedades venéreas, la peste de levante, la fiebre amarilla, la viruela, la vacuna, el sarampion y algunas otras. Estas tienen de particular que permanecen siempre semejantes á sí mismas, y que, dependiendo de un principio contagioso siempre idéntico, conservan constantemente el mismo carácter y la misma marcha, escepto algunos matices procedentes de circunstancias accesorias y que en nada cambian el fondo de las cosas. Puede suceder tambien que algunas enfermedades á las que no podríamos señalar todavía miasma, como la gota nudosa, la fiebre intermitente de los pantanos y otras muchas endémicas en diversos parajes, dependan igualmente de una sola causa, que permanece siempre la misma, ó de un concurso siempre idéntico de muchas circunstancias determinadas, y cuya asociacion se verifica muy fácilmente, sin lo que no constituirian enfermedades tan bien caracterizadas, ni serian tan frecuentes.

Estas enfermedades en corto número, las primeras al menos, es decir las miasmàticas, pueden considerarse como enfermedades á parte, y recibir en caso de necesidad nombres especiales.

Se ha encontrado un remedio para una de ellas, él la curará siempre y en todas partes, porque una enfermedad de este género permanece siempre, en cuanto al fondo, semejante á sí misma en sus síntomas, es decir, en los representantes de su causa interna, como tambien en sus causas.

Todas las demas enfermedades son tan diferentes las unas de las otras en cuanto à sus síntomas, que se puede sostener resueltamente que dependen de un concurso de muchas causas enteramente diversas; es decir, que varian en cuanto á su número, su naturaleza y su intensidad.

Es posible calcular cuàntas palabras producirian las veinte y cuatro letras del alfabeto combinadas entre sì por grande que sea su número; pero no lo es el numerar las enfermedades diferentes unas de otras; porque nuestro cuerpo puede ser afectado por innumerables influencias esteriores desconocidas todavía en la mayor parte y por otras tantas influencias interiores.

Todas las cosas que ejercen una accion cualquiera, y

su número es incalculable (1), pueden influir sobre nuestro organismo, que está en conexion y en conflicto con todas las partes del universo, y producir en él cambios

(1) Entre estas cosas citaré los innumerables olores, las emanaciones mas ó menos nocivas de las sustancias sin vida y orgánicas, los gases tan diversamente irritantes, que obran sobre nosotros en la atmósfera, en nuestras habitaciones y en nuestros talleres, ó que se desprenden del agua, de la tierra, de los animales y de las plantas, para venir á impresionarnos; la insuficiencia de los alimentos indispensables para el sosten de la vida, la falta de aire libre y puro; la super-abundancia ó la falta de luz solar; el esceso á la falta de las dos especies de electricidad; las variaciones de la presion atmosférica; las de la sequedad ó humedad del aire; las propiedades todavía desconocidas de las altas montañas, relativamente á las de los lugares bajos y valles profundos; las particularidades de los climas; el habitar en vastas llanuras, en desiertos privados de agua y de vegetacion, en las orillas del mar, cerca de los pantanos, en las montañas, en las selvas; la influencia de los diversos vientos; la de un tiempo muy vário ó demasiado uniforme; la de las tempestades y de muchos meteoros; el esceso del calor ó del frio del aire; la frescura ó el demasiado calor de nuestros vestidos y habitaciones; la incomodidad de nuestros miembros producida por los vestidos; el grado de frio y calor de nuestros alimentos y bebidas; la propiedad que tienen muchas veces de ejercer una accion nociva, medicinal ó modificadora sobre nosotros, como el vino, el aguardiente, la cerveza aromatizada, el agua cargada de sustancias estrañas, el café, el té, las especias exóticas é indígenas, las salsas, los licores, el chocolate, los manjares de pastelería, ciertas legumbres y animales, ya que la poseen por sí mismos, ya que se desarrolle por descuidos en la preparacion, por la corrupcion ó la falsificacion, la falta de aseo del cuerpo, de los vestidos, de las habitaciones, las sustancias nocivas que la falta de cuidado deja introducir en los alimentos, al prepararlos ó al conservarlos, el polvo de los materiales nocivos que se trabajan en nuestras fábricas; la negligencia de las medidas de policía propias para asegurar el bienestar general; el abuso de nuestras fuerzas, el esceso ó falta de movimiento, la super-abundancia de escreciones, la sobre-escitacion de los sentidos, las aptitudes contrarias á la naturaleza, que exigen ciertas profesiones; la falta de ejercicio de una parte ó de todo el cuerpo; la irregularidad en las horas del descanso, de la comida y del trabajo; el abuso ó la falta de sueño; el esceso en los trabajos intelectuales en general, ó en aquellos que fatigan alguna de nuestras facultades, que se ejecutan de mala gana y por fuerza; las pasiones tumultuosas ó que desvanecen, escitadas por la lectura, la educacion, el hábito y las relaciones sociales; el abuso de los placeres del amor; los remordimientos de la conciencia; la miseria, los pesares domésticos, el miedo, el terror, las contrariedades, etc.

tan variados, como las mismas causas que los determinan.

¡Qué diversidad no debe haber en el resultado de la accion de estas potencias, cuando muchas de ellas influyan á la vez sobre nuestros cuerpos en un órden variado de sucesion y con diversos grados de intensidad, puesto que estos cuerpos ofrecen tantas variedades en su organizacion, y difieren de tal modo de sí mismos en las diversas épocas de la vida, que ningun individuo humano se parece enteramente á otro bajo ningun aspecto!

De aquí depende que á escepcion de un corto número de enfermedades dotadas de una existencia aparte, todas las demas, en innumerable cantidad, son tan diferentes (1) que cada una de ellas no se observa casi mas que una sola vez, y cada caso morboso que se presenta, debe ser considerado y tratado como una enfermedad individual que jamas ha aparecido tal como se la ve entonces en tal sugeto, en tales circunstancias, y que tampoco se reproducirá jamas exactamente semejante. (2)

---

(1) Se colocan tambien en este lugar una multitud de enfermedades, que se han mirado como idénticas, ya porque no se han comparado bastante rigurosamente sus síntomas, ya porque solo se ha atendido á una analogía mas ó menos notable, tales como la hidropesía, las escrófulas, la atrofia, la hipocondría, los reumatismos, los espasmos, etc. Solo la circunstancia de que el tratamiento que ha tenido buen éxito en un caso no ha producido ningun efecto en otros diez, hubiera debido ser suficiente para hacer sospechar una diferencia hasta entonces no observada. A la verdad, se podria decir que entre las dos clases de enfermedades se encuentra una de afecciones en cierto modo mistas, por ejemplo, el tétanos, la neuralgia dolorosa de la cara, la diabetes, la angina de pecho, la tisis pulmonal, el cáncer, etc., que, aunque diferentes en muchos casos, y exigiendo por lo mismo un tratamiento diferente, se parecen no obstante en algunos otros bajo el punto de vista de sus síntomas y de los medios que reclaman; pero esta distincion sirve de poco en la práctica, y por consiguiente casi no tiene utilidad real, puesto que siempre es necesario examinar el caso con una grande atencion, para descubrir los remedios que le son apropiados. Una vez encontrados estos, poco importa saber que la enfermedad se ha presentado ya en otra ocasion con todos sus síntomas y con las mismas exigencias terapéuticas, no pudiendo conducir este conocimiento al de un tratamiento mas eficaz, que aquel cuya rigurosa apropiacion se ha puesto fuera de toda duda.

(2) ¿Cómo habrá ocurrido la idea de dividir estos *inconjungibilia* en clases, órdenes, familias, géneros, especies y variedades, como se practica con los seres organizados, y de imponer

La esencia íntima de cada enfermedad, de cada caso morboso aislado se manifiesta, en tanto cuanto necesitamos conocerla para curarla, por medio de síntomas cuyo conjunto, intensidad individual, conexiones y sucesion estudia el verdadero observador.

Despues de haber reconocido todos los síntomas apreciables y existentes de la enfermedad, el médico ha encontrado la enfermedad misma; tiene una idea completa de ella, y sabe todo lo que debe saber para curarla.

Para conseguir la curacion, es preciso tener un retrato fiel de la enfermedad, que comprenda la totalidad de sus síntomas. A esto debe agregarse, cuando es posible, el conocimiento de la causa (1), para poder, despues de haber obtenido la curacion con los medicamentos, estirpar esta misma causa à beneficio de una correccion introducida en el régimen, y evitar asi una recaida. (2)

El médico que quiere trazar el cuadro de la enfermedad solo necesita observar con atencion, y copiar con fidelidad (3). Debe huir de las conjeturas y sugestiones.

---

nombres á estos estados tan variables de un cuerpo compuesto de elementos tan diversos y sometidos á influencias tan diferentes! Los millones de casos morbosos que no se presentan la mayor parte mas que una vez, no necesitan que se les dé nombre; solo exigen auxilios. Se han aprovechado algunas semejanzas esteriores, una aparente identidad de causa ó la semejanza igualmente aparente de uno ó de muchos síntomas para poderlas tratar mas fácilmente con un mismo remedio.

(1) Del mismo modo el preceptor á quien se confia la educacion de un niño mimado, debe empezar por estudiarle bien, para poder elegir los medios convenientes para conducirle á la virtud. No necesita conocer la organizacion íntima de su cuerpo, cuyo conocimiento es inaccesible á los mortales, ni tampoco ver su alma, por estarle tambien negado. Debe tratar de saber, en cuanto sea posible, cuáles son las causas que han pervertido la moralidad de su discípulo; pero únicamente para separarlas de él en adelante y evitar una recaida.

(2) Si no se descubre ninguna causa cuya separacion pueda el hombre verificar en adelante, la curacion por medio de un medicamento llena todo lo que nos proponemos. Jamas debe el médico imaginar ó sugerir causas ocasionales.

(3) No cuesta trabajo trazar una docena de figuras humanas sobre el papel, en el espacio de una hora, cuando no nos atenemos á la semejanza; pero un solo modelo bien semejante exige al menos el mismo espacio de tiempo, y ademas necesita mucho mas talento para observar, y mucha mas fidelidad para reproducir lo que se ve.

§ V. El enfermo espone la marcha de sus padecimientos; los asistentes vuelven á trazar su estado; el médico mira, escucha, palpa, etc., para reconocer lo que hay demudado y no ordinario en él, y escribe todas sus observaciones con cierto órden, á fin de tener el cuadro de la enfermedad.

Los síntomas mas constantes, mas pronunciados y mas molestos para el enfermo son los principales de todos. El médico los marca como los rasgos que mas sobresalen en el cuadro. Los síntomas mas singulares y mas estraordinarios suministran los rasgos característicos, distintivos é individuales.

El médico escucha silenciosamente al enfermo y à los que le rodean, anotándolo todo con cuidado. Despues vuelve à preguntar cuáles han sido, y son todavia, los síntomas mas sostenidos, mas frecuentes, mas fuertes y mas incómodos; invita de nuevo al enfermo á que indique exactamente sus sensaciones, para trazar bien la marcha de los accidentes, para señalar de un modo riguroso el sitio de lo que siente, ruega á los asistentes que vuelvan á empezar su relacion, eligiendo los términos que les parezca que espresan con mas precision lo que ya han dicho respecto de los cambios observados por ellos en el enfermo. (1)

Si, comparando esta nueva relacion con la que ya han hecho, encuentra el médico coincidencia en ellas en cuanto á las espresiones, debe admitirlas como verdaderas, y mirarlas como el lenguaje de íntima conviccion. Si no estan acordes entre sí, somete la diferencia al enfermo ó á los asistentes para que decidan cuál de las dos

---

(1) El médico jamas debe sugerir nada en las informaciones que tome. Debe abstenerse de todo lo que pudiera mover al enfermo y á los asistentes á señalar tal ó cual signo, á usar de esta ó de la otra espresion para designarle, para no ponerlos en el caso de decir alguna cosa falsa, ó verdadera solamente á medias, ó aun diferente de lo que existe, á fin de que no se vean conducidos, por agradarle, à afirmar lo que rigurosamente no sea cierto. Descuidando esta precaucion, obtiene un retrato falso de la enfermedad, y elige un medio curativo que no conviene. Lo importante es que el enfermo y los asistentes pinten la enfermedad en términos precisos, aun cuando deban servirse de palabras poco esmeradas.

relaciones es mas conforme à la verdad. De este modo confirma lo que debe ser confirmado, y rectifica lo que deba modificarse. (1)

Si su cuadro no está todavia completo, si faltan algunas partes ó funciones del cuerpo de cuyo estado nada han dicho ni el enfermo, ni los asistentes, el médico hace algunas preguntas relativas á estas partes y á estas funciones, pero concebidas en términos generales, à fin de obligar á los preguntados à que revelen ellos mismos las especialidades. (2)

Luego que el enfermo, el único, á no ser en las enfermedades fingidas, en que se debe tener plena confianza, por lo que respecta á sus sensaciones, ha suministrado tambien por sí mismo un cuadro bastante completo de su enfermedad, puede el médico hacerle algunas preguntas especiales. (3)

Mas como estas preguntas participan algo del carácter de las sugestiones, el médico no mirará las primeras respuestas que le den como la espresion de la verdad; y des-

---

(1) No se puede suponer ni en el enfermo, ni en los asistentes, bastante memoria ó premeditacion para reproducir una espresion inexacta, que se les haya escapado la primera vez. En tal caso habrá algunas variaciones que se les indicarán, para que elijan entre las dos espresiones la que mejor esplique sus sensaciones ó convicciones, ó para que puedan rectificarlas y darlas mas precision.

(2) Por ejemplo, ¿cómo son las cámaras, la orina, el sueño durante el dia y la noche, el estado de la moral, la sed y el gusto de la boca? ¿Qué alimentos y bebidas le gustan mas, y le sientan mejor? ¿Encuentra á cada cosa el gusto que debe tener, y le tiene completamente? ¿Tiene alguna cosa que decir de la cabeza, de los miembros ó del vientre?

(3) Por ejemplo, ¿cuántas deposiciones ha hecho, de qué naturaleza eran, han sido ó no con dolores? ¿El sueño es bueno ó solamente un amodorramiento? Despues se precisan todavia mas las preguntas; por ejemplo, ¿los síntomas que acusa son continuos ó se presentan por accesos? ¿Cuál es la frecuencia de estos accesos? ¿Aparecen solamente los síntomas en su habitacion ó solo al aire libre, solo durante el reposo del cuerpo ó únicamente durante el movimiento? ¿A qué época del dia aparecen y por qué causa? ¿De qué van precedidos, acompañados ó seguidos? En fin se particulariza del todo, y se pregunta, por ejemplo, si el enfermo tiene sobresaltos durante el sueño, si gime ó habla mientras duerme; ¿qué dice entonces? ¿Las cámaras blanquecinas eran de moco ó de materias fecales?

pues de haberlas anotado, reproduce sus preguntas bajo otra forma y en otro òrden (1), recomendando que nada añadan, y que se limiten á volver á trazar exactamente el estado de las cosas.

Sin embargo sucederà con frecuencia que un enfermo inteligente ahorrarà al médico estas preguntas especiales, porque indicarà él mismo en su relacion las circunstancias que las hacen necesarias.

Terminado que sea el exámen, el medico añade lo que haya observado por sí mismo en silencio en el enfermo (2), y lo compara con lo que le han dicho los asistentes.

Entonces es cuando el médico se hace informar de los medicamentos, remedios populares y demas tratamientos que se han empleado, y sobre todo durante los últimos dias. Pregunta principalmente cuáles han sido los accidentes antes del uso y despues de la suspension de todos los medicamentos. Esta última forma es la que admite como representante del estado primitivo; la otra es una modificacion parcial y artificial de la enfermedad, que no obstante algunas veces es necesario tomar y tratar tal como es, cuando el caso es urgente y no admite ninguna dilacion. Si se trata de una afeccion crónica se tiene al enfermo sin usar medicamentos por espacio de algunos dias, á

(1) Por ejemplo, ¿cómo se comporta durante el sueño? ¿De qué estaba compuesta la deposicion? ¿Este síntoma se presenta solo por la mañana, durante el reposo del cuerpo, estando echado ó sentado? ¿Cómo se siente el enfermo cuando está sentado?

(2) Por ejemplo, si el enfermo se ha agitado ó dado muchas vueltas, y cómo se ha portado, si estaba moroso ó pendenciero, precipitado ó perplejo, privado de los sentidos, aletargado; si hablaba con afabilidad ó mal, ó de otro cualquier modo; cuál era el estado de viveza y de fuerza de los gestos y de los ojos; cuál era el color del rostro y de los ojos; el estado de la lengua, de la respiracion ó del oido, el olor del aliento, el grado de dilatacion de las pupilas, la rapidez de sus movimientos, la estension de sus cambios á la luz y en la oscuridad, el estado del pulso, del vientre, de la piel en general ó de alguna parte del cuerpo, respecto á su humedad ó sequedad; si la cabeza está echada hácia atras, si el enfermo está cubierto ó descubierto, si está en decúbito supino con la boca abierta y con los brazos sobre la cabeza, qué posicion toma de preferencia; qué esfuerzos hace para enderezarse. En una palabra, todo lo que puede percibirse de notable en él.

fin de que la enfermedad vuelva á su forma primitiva, y se difiere hasta entonces el estudiar escrupulosamente sus sìntomas para poder establecer el tratamiento sobre sìntomas duraderos y puros, y no sobre síntomas pasajeros y falsos, à que habia dado origen el último medio que se habia empleado. Solo un caso urgente de enfermedad aguda puede hacer desatender esta precaucion.

En último lugar, el médico se informa de las circunstancias conmemorativas, pero de un modo enteramente general. De diez casos apenas se encuentra uno en el que el enfermo ó los asistentes puedan asignar una causa cierta. Mas cuando se encuentra una indudable, casi siempre ha sido indicada ya durante la relacion de la enfermedad. Las mas de las veces, cuando hay necesidad de hacer preguntas respecto á ella, solo se obtienen nociones inciertas. (1)

Esceptúo las causas verganzosas (2) que ni el enfermo ni los asistentes declaran gustosos, ó al menos espontàneamente, y de las cuales debe el médico informarse por medio de preguntas reservadas, ó de averiguaciones indirectas. A no ser en este caso, es perjudicial ó al menos inútil recurrir á las sugestiones para encontrar la causa ocasional, tanto mas cuanto que la medicina solo conoce un corto número de estas, con relacion à las cuales pueda recurrir á remedios ciertos, sin atender á los síntomas de la enfermedad que han producido.

Tomando todas estas precauciones obtiene el médico un cuadro exacto y puro de la enfermedad; tiene à la vista

---

(1) Esta pregunta generalmente hablando no debe hacerse de un modo definitivo. Mas aun cuando se dirija en términos enteramente generales (por ejemplo, ¿de que ha provenido la enfermedad, cual á sido su causa?) comunmente solo sirve para inducir al enfermo ó á los interesados á imaginar alguna supuesta causa ocasional que, si el médico no tiene penetracion, y no conoce á los hombres, le parecerà verosímil, y podrà inducirle á error.

(2) Por ejemplo, envenenamiento, suicidio premeditato, onanismo, esceso en el comer ó en el beber, los placeres sexuales vergonzosos, lecturas inmorales, enfermedad venérea, orgullo ajado, venganza burlada, temor pueril y supersticioso, conciencia atormentada, amor desgraciado, celos, penas caseras, pesares domésticos, cuidados pecuniarios, miserias, hambre, etc.

un retrato fiel de la misma, sin el cual el hombre, que no conoce nada mas que por el testimonio de sus sentidos, no podria conocer ninguna cualidad de las cosas y, menos que ninguna otra, una enfermedad.

Encontrada la enfermedad es preciso buscar el remedio.

§. VI. Toda enfermedad tiene por fundamento un estímulo particular contra-natural, que turba las funciones y el bienestar de nuestros órganos.

Mas la unidad de la vida de los órganos y su concurso á un objeto comun no permiten que dos efectos producidos por estimulaciones generales contra-naturales puedan existir entre sí y simultaneamente en el cuerpo del hombre.

De aquí una *primera proposicion esperimental*: cuando dos estimulaciones generales contra-naturales obran á la vez sobre el cuerpo, si no son de la misma naturaleza, una de ellas, la mas débil, debe ser suspendida y reducida á silencio por la otra, la mas fuerte, durante algun tiempo. (1)

De aquí tambien otra *segunda proposicion esperimental*: cuando los dos estímulos tienen grande analogía el uno con el otro, uno de los dos, el mas débil, es enteramente estinguido y reducido á la nada asi como tambien sus efectos, por la potencia análoga del otro que es mas fuerte.

(1) Esta proposicion esperimental es todavia mas precisada por esta otra: cuando (como en una curacion paliativa) el estímulo general añadido por la accion del medicamento es directamente opuesto al que ya existia en el cuerpo (valetudinario), este último se estingue con una gran prontitud; pero si la irritacion medicinal es heterogénea bajo todos conceptos á la que causa la enfermedad (como en las revulsiones y en los tratamientos llamados generales), esta no es suspendida sino mientras que la nueva irritacion tiene mucha mas fuerza que ella, y no lo es prontamente sino cuando esta última es muy violenta. Si las irritaciones opuestas heterogéneas son enfermedades, y si, lo que rara vez sucede, tienen igual fuerza, de modo que no puedan suspenderse la una á la otra, ó que solo puedan hacerlo por poco tiempo, concluyen por confundirse en una sola enfermedad, que se deja curar entonces como enfermedad simple y homogénea, aunque se haya dado á las afecciones que se encuentran en esta clase el nombre de enfermedades complicadas.

Así por ejemplo, cuando un hombre contrae á la vez el sarampion y las viruelas (dos estímulos heterogéneos), si el sarampion se presenta el primero desaparece asi que llega el dia de la invasion de la viruela, y únicamente despues que esta última se ha curado, reaparece el sarampion y termina su curso natural. Esto es lo que yo he observado con mucha frecuencia (1). Larrey nos demuestra tambien que la peste de Levante se detiene luego que empieza á reinar la viruela, pero que vuelve á presentarse despues de la cesacion de la epidemia variólica.

Estas dos irritaciones corporales son de naturaleza heterogénea: he aquí por què la una suspende á la otra aunque solamente por cierto espacio de tiempo.

Pero si las irritaciones corporales contra-naturales son de naturaleza homogénea, la mas débil es destruida por la mas fuerte, y solo esta última concluye su accion, mientras que la otra se encuentra ya totalmente estinguida. Así la viruela sofoca á la vacuna, esta es detenida en su curso luego que el miasma variólico, depositado antes en el cuerpo, hace irrupcion, y no reaparece ya despues de la cesacion de la viruela.

El miasma vacúnico que, ademas de su efecto bien conocido de producir la vacuna, tiene tambien tendencia á ocasionar una erupcion de granitos rubicundos rodeados de una aureola roja, sobre todo en la cara y en los antebrazos, tendencia que, en ciertas condiciones todavía desconocidas se realiza ordinariamente poco despues de la desecacion de la vacuna, cura otros exantemas cutáneos, de que el sugeto habia sido atacado antes, con tal que haya una grande analogía entre las dos afecciones (2) y las cura para siempre.

(1) En una epidemia de inflamacion febril de las glándulas parótidas he visto cesar esta afeccion, luego que prendia la vacuna, no reaparecer hasta pasados quince dias, cuando habia desaparecido la rubicundez periférica de los granos, y cumplir entonce su marcha septenaria.

(2) Lo que prueba que ciertamente es esta falsa vacuna, y aun solamente la tendencia de la vacuna á producirla y no la vacuna misma, la que cura estos exantemas pustulosos, es el que estos persisten mientras, que la vacuna propiamente dicha sigue su curso, y no desaparecen sino despues de la curacion de los granos, cuando se declara la accion de la falsa vacuna. La

Estas dos irritaciones contra-naturales no pueden existir à la vez en el mismo cuerpo; de donde se sigue, que la irritacion morbosa añadida á la que ya existia, destruye esta última, no solamente por cierto espacio de tiempo, sino para siempre, à causa de la analogìa que existe entre ellas; la estingue enteramente, la reduce á la nada, la cura completamente.

Lo mismo sucede en el tratamiento de las enfermedades por medio de medicamentos.

Si se oponen á la sarna de los trabajadores en lana purgantes fuertes, por ejemplo, la jalapa, poco á poco cede completamente, tanto tiempo cuanto se continúe el uso de los purgantes, porque los efectos de estas dos irritaciones contra-naturales no pueden subsistir al mismo tiempo en el cuerpo. Mas luego que el efecto de la irritacion artificial cesa, es decir, luego que se abandonan los purgantes, la sarna suspendida vuelve á presentarse tal como era antes, porque de dos irritaciones heterogéneas la una no puede estinguir á la otra, y no hace mas que suspenderla por algun tiempo.

Pero si se produce en el cuerpo atacado de sarna una nueva irritacion, cuya naturaleza sea diferente, y cuyo modo de accion sin embargo se parezca mucho al de aquella, por ejemplo, del hìgado de azúfre calcàreo (1), que segun mis observaciones personales y las de algunos otros produce una erupcion muy análoga à la sarna, como dos irritaciones generales contra-naturales no pueden subsistir à la vez en el cuerpo, la sarna desaparece no solamente por un corto espacio de tiempo, sino para siempre, á causa de su grande analogìa con la nueva irritacion, es decir, que la sarna de los trabajadores en lana se cura realmente con el uso del hìgado de azúfre calcàreo, y por

---

vacuna tiene tambien tendencia á producir otra erupcion bajo la forma de granitos semejantes á la miliar y á veces fluentes, pero parece que respetan la cara, los antebrazos y las piernas; esta erupcion cura igualmente una que se le asemeje.

(1) Los baños impregnados de gas hidrógeno sulfurado producen, sobre todo en los pliegues de las articulaciones, el mismo exantema psoriforme, que pica principalmente por la noche; y por esta razon curan tambien rápida y radicalmente la sarna de los trabajadores en lana.

la misma razon con el del azufre en polvo y de los baños sulfurosos.

Aun las enfermedades que un observador superficial considera como puramente locales (1) son suprimidas igualmente por una nueva irritacion producida en la parte, ya durante algun tiempo, cuando las dos irritaciones tienen una tendencia heterogénea ú opuesta, como por ejemplo, el dolor de una quemadura es instantàneamente suspendido por el agua fria, y no se hace sentir mientras dura la inmersion, pero reaparece con violencia luego que se saca del agua la parte quemada; ya enteramente y

(1) La unidad de la vida de todos los órganos y su concurso á un objeto comun permiten dificilmente á una enfermedad cualquiera el ser ó permanecer puramente local, del mismo modo que no es posible que la accion de un medicamento cualquiera permanezca local, y que el resto del cuerpo en nada participe de ella. Todo el organismo participa de ella realmente, aunque en un grado un poco menor, que el punto en que la enfermedad llamada local impresiona sobre todo la vista, y que aquel sobre que se aplica el remedio llamado tópico. Las personas atacadas de herpes están exentas de la peste, segun Larrey, y los europeos se libran de esta enfermedad en la Siria por medio de exutorios sostenidos continuamente en actividad, como lo han visto en nuestros dias Larrey, y en otros tiempos Fabricio de Hilden y Plater; tan falso es que los herpes y los exutorios son afecciones puramente locales, pues que una irritacion tan violenta y tan general como la peste de levante no puede subsistir con ellos en un mismo cuerpo. Pero la exencion solo dura lo que la irritacion morbosa, que es su condicion. Dos niños epilépticos no sentian ningun ataque, mientras duraba en la cabeza una erupcion de que los dos estaban afectados; mas reaparecia la epilepsia cuando se curaba el exantema (Tulpius). Asi vemos frecuentemente á la naturaleza, por medio de úlceras malignas en las piernas, y al médico por medio de cauterios no curar, sino suspender enfermedades decididamente generales; porque los cauterios y las úlceras en las piernas, cuando han durado algun tiempo, se han hecho irritaciones generales contra-naturales: pero los ataques de apoplejía, el asma, etc., reaparecen, luego que la úlcera ó el exutorio se han curado. Un epiléptico se libró de los accesos, mientras se sostuvo un cauterio, pero la epilepsia reapareció en seguida y mas grave que antes, luego que se suprimió esta úlcera (Pechlin). Segun esto se ve que las irritaciones en apariencia locales, cuando han durado algun tiempo se hacen ordinariamente generales, y cuando tienen bastante fuerza, pueden suspender ó curar enfermedades generales, segun que haya hetereogeneidad ó analogía entre ellas y estas últimas.

para siempre, es decir, que son curadas completamente, cuando hay una grande analogìa entre la última irritacion y la primera. Asi cuando la accion del medicamento, por ejemplo, de la irritacion artificial aplicada á una quemadura es de otra naturaleza muy diferente que la de la irritacion morbosa, mas tiene con todo una tendencia muy anàloga, como sucede en este caso con el alcohol muy concentrado, que produce sobre los labios casi la misma sensacion que una llama que se aproximase á ellos, la piel quemada si se continúa rociàndola sin interrupcion se encuentra totalmente curada y libre de dolores en algunas horas en los casos graves, y mucho mas pronto en las quemaduras ligeras; tan cierto es que aun localmente no pueden encontrarse dos irritacions en el cuerpo, sin que la una suspenda á la otra, cuando son desemejantes, ó sin que la una destruya á la otra cuando hay analogìa entre ellas en cuanto al modo de obrar y á la tendencia.

Asi para curar solo necesitaremos oponer á la irritacion morbosa un medicamento apropiado, es decir, otra potencia morbosa, cuya accion se asemeje mucho á la de la enfermedad.

§. VII. Asi como los alimentos son necesarios al hombre que se encuentra sano, del mismo modo se ha visto que los medicamentos son saludables en las enfermedades; pero no lo son de una manera absoluta, sino solamente de un modo relativo.

Los alimentos puros, tomados hasta la cesacion del hambre y de la sed, sostienen nuestras fuerzas, reparando las pérdidas que acarrea el ejercicio de la vida, sin causar desórden en las funciones de los órganos, y sin perjudicar á la salud.

Mas las sustancias á que se da el nombre de medicamentos son de una naturaleza enteramente opuesta. Estas no nutren. Son escitantes contra-naturales destinados únicamente á modificar nuestro cuerpo sano, á perturbar la vida y las funciones de los órganos, á producir sensaciones desagradables, en una palabra á desarreglar *la* salud y producir enfermedades.

No existe un solo medicamento que no tenga esta tendencia (1), y toda sustancia que no la posee no es

(1) Un medicamento que administrado solo sin mezcla y en cantidad suficiente á un hombre sano produce un efecto deter-

medicamento. Esta regla no sufre ninguna escepcion.

Unicamente por esta propiedad de producir una serie de síntomas morbosos específicos en el hombre sano, es por la que los medicamentos pueden curar las enfermedades, es decir, estinguir la irritacion morbosa, oponiéndola una contrairritacion apropiada.

Cada medicamento simple, bastante semejante bajo este aspecto á los miasmas específicos de las enfermedades (el de la viruela, el del sarampion, el veneno de la vivora, la baba de los animales rabiosos, etc.), suscita una enfermedad particular, una série de síntomas determinados, que ningun otro medicamento del mundo puede producir exactamente semejante.

Asi como cada planta se diferencia de las demas por su forma esterior, su modo propio de existencia, su sabor, su olor, etc.; como cada mineral ó cada sal difiere de todas las demas, tanto por sus cualidades físicas, cuanto por sus propiedades íntimas, del mismo modo todos los medicamentos se diferencian los unos de los otros en cuanto á sus virtudes medicinales, es decir, en cuanto á la facultad que tienen de hacer enfermar. Cada uno de ellos determina de un modo, que le es esclusivamente propio, una modificacion en el estado presente de nuestra salud.

La mayor parte de las sustancias pertenecientes al reino animal y al reino vegetal (1) son medicamentos en

---

minado, es decir, una série determinada de síntomas propios, conserva, aun á la mas pequeña dósis, la tendencia á dar origen á estos fenómenos. Los medicamentos heróicos manifiestan su accion sobre las personas sanas y aun robustas á dósis pequeñísimas. Aquellos cuya accion es mucho menos poderosa exigen que para estas esperiencias se les administre en cantidades considerables. Pero los mas débiles de todos solo desarrollan su accion absoluta en sugetos exentos de enfermedad que son muy delicados, irritables y sensibles. Los unos y los otros, es decir, los mas débiles y los mas fuertes manifiestan igualmente sus efectos absolutos en las enfermedades, pero mezclados entonces de tal modo con los síntomas morbosos, que es necesario el mayor hábito para poderlos distinguir.

(1) Los vegetales y animales de que nos servimos como alimentos se diferencian de los demas en que contienen mas partes nutritivas, y en que las virtudes medicinales de que gozan en el estado grosero, ó bien son poco pronunciadas, ó bien, cuando tienen una grande energía, pueden ser destruidas por la desecacion, por la espresion del jugo nocivo, por la fermentacion,

su estado grosero; las que provienen del reino mineral lo son en este estado, y despues de haber sufrido preparaciones.

Jamas manifiestan los medicamentos su verdadera potencia absoluta de un modo mas puro, que en los hombres que gozan de completa salud, con tal que se cuide de administrarlos solos y sin ninguna mezcla.

Muchas de las sustancias, las mas activas han sido ya ensayadas en sugetos sanos, y se han recogido los síntomas á que han dado lugar. (1)

Si se quiere profundizar mas esta nueva fuente de conocimientos, es preciso ensayar uno despues de otro todos los medicamentos fuertes y débiles, alejando con cuidado las circunstancias accesorias capaces de ejercer una influencia cualquiera, y anotar los síntomas que produzcan, en el órden de su aparicion. De este modo se tendrá un cuadro exacto de la forma morbosa que cada una de estas sustancias medicinales produce por sí misma en las personas que gozan de buena salud. (2)

---

por la esposicion al humo, por la accion del calor, ó por la adicion de la sal marina, del azúcar y principalmente del vinagre. Basta que el jugo recientemente esprimido de una planta venenosa permanezca por espacio de un dia en un lugar templado, para que se desarrolle en él la fermentacion alcohólica, y le haga perder mucho de sus virtudes medicinales; mas déjesele en el mismo lugar uno ó dos dias mas, y se apoderará de él la fermentacion acética, y todas sus propiedades medicinales específicas desaparecerán, el sedimento que se forma en él será entonces incapaz de ejercer ninguna accion nociva, como el almidon de trigo.

(1) Si se comparan las curaciones que algunas veces se han obtenido, por efecto de una feliz casualidad, con el auxilio de estos mismos medicamentos, el hombre, aun el mas imbuido de preocupaciones, no podrá menos de reconocer la sorprendente analogía que existe entre los síntomas producidos por ellos en las personas sanas, y aquellos por los que estaban caracterizadas las enfermedades cuya curacion han proporcionado.

(2) Cuando nos proponemos estudiar asi los efectos de medicamentos poco enérgicos, es preciso hacer tomar en ayunas una dósis de ellos bastante fuerte, pero siempre única, y de preferencia bajo la forma de disolucion. Si tratamos de conocer tambien los síntomas que no se han manifestado esta vez, se puede repetir la esperiencia ya en la misma persona, ya en otra, con tal que en el primer caso se haga despues de pasados algunos dias, cuando ya no quede ninguna señal de la accion de la pri-

Procediendo de este modo, nos proporcionaremos suficiente cantidad de agentes apropiados para escitar enfermedades artificiales, ò en otros términos, medicamentos para poder elegir con facilidad entre ellos, cuando haya que tratar alguna enfermedad.

Entonces, despues de haber examinado escrupulosamente la enfermedad que nos proponemos tratar, es decir, anotado todos los fenómenos apreciables, en el órden de su sucesion, señalando con cuidado los síntomas mas graves, ya solo falta oponer à esta enfermedad un agente medicinal capaz de escitar por sí mismo todos los síntomas que la caracterizan, ó al menos la mayor parte de ellos, los mas considerables, los mas singulares, y de producirlos en el mismo òrden, para curarla con toda seguridad, prontamente y para siempre.

El resultado de este método conforme à la naturaleza es infalible; es tan cierto, sin escepcion, y su rapidez escede de tal modo toda esperanza, que ningun otro modo de tratar las enfermedades puede tener nada de análogo.

Mas es preciso tener aqui en cuenta la grande é importante diferencia que hay entre el tratamiento positivo y el tratamiento negativo, ó, segun se acostumbra à decir, entre el tratamiento radical y el tratamiento paliativo.

---

mera dosis. El mismo espíritu de exactitud y de escepticismo debe presidir tambien á la anotacion de los síntomas producidos. Si los medicamentos son muy débiles, es preciso no solamente administrarlos á dosis muy elevada, sino que la persona sana que los tome, sea de una constitucion delicada y muy impresionable. Deben admitirse sin dudar los síntomas evidentes y que mas sobresalen, y en cuanto á los que parezcan equívocos se los inscribe como dudosos, hasta que nuevas esperiencias los hayan confirmado. Al informarse de estos síntomas medicinales es preciso evitar toda especie de sugestion, no con menos cuidado que el que debe emplearse en esta misma investigacion, cuando tiene por objeto los síntomas de las enfermedades. Generalmente debemos atenernos á la relacion espontánea de la persona que se ha sometido á la esperiencia, sin imaginar nada, en cierto modo con preguntas indiscretas: importa sobre todo no sugerir nada en cuanto al modo de espresar las sensaciones. En cuanto á la investigacion de los síntomas medicinales entre los de la enfermedad primitiva, es un objeto para el que se necesita una gran capacidad, y que es preciso dejar á los maestros en el arte de observar.

La accion de los medicamentos simples en el hombre sano determina primeramente fenómenos y síntomas á que se puede dar el nombre de enfermedad positiva, producida específicamente por estas sustancias, ó su efecto positivo y primitivo.

Cuando ha pasado este efecto, sobreviene por transiciones difíciles de percibir (1), lo contrario precisamente de lo que habia sucedido al principio, síntomas directamente opuestos y negativos, á lo que se da el nombre de efecto consecutivo. Esto es lo que sucede sobre todo á los medicamentos sacados del reino vegetal.

Ahora, si se aplica á una enfermedad un medicamento cuyos síntomas positivos ó primeros tengan la mayor analagía con los suyos, este es un tratamiento positivo ó curativo: sucede lo que debe verificarse con arreglo á la segunda proposicion esperimental, es decir, un alivio pronto y duradero, que se puede completar volviendo á dar el medicamento á dosis cada vez mas pequeñas y mas distantes, si la primera ó las dos primeras dosis no han bastado para producir una completa curacion.

De este modo se opone efectivamente á la irritacion contra-natural existente en el cuerpo otra irritacion morbosa análoga todo lo posible, pero preponderante, y que la estingue completamente, porque dos irritaciones contra-naturales no pueden existir á la vez en el cuerpo del hombre, y aquí se trata de irritaciones de la misma naturaleza. (2)

A la verdad se introduce de este modo una nueva enfermedad en el cuerpo, pero con la diferencia, en cuanto al resultado, de que la enfermedad primitiva ha sido estinguida por la que se ha escitado artificialmente, y que

(1) Durante este espacio de tiempo, los síntomas del primer órden alternan todavía con los del segundo, hasta que estos últimos adquieren superioridad, y entonces ya no se advierten mas que estos.

(2) Asi cuando un hombre, no acostumbrado á los licores fuertes, se ha debilitado por un ejercicio forzado, y se queja de un calor quemante, de una sed devoradora y de pesadez en las piernas, una sola bocanada de aguardiente basta á veces para disipar estos accidentes en menos de media hora; porque el aguardiente acostumbra á producirlos durante su accion primitiva en las personas que no estan habituadas á beberle.

la duracion de esta última, despues de la victoria que ha conseguido, espira al cabo de un espacio de tiempo mucho menos largo que el de cualquiera otra enfermedad natural aun la mas corta.

Es un hecho digno de notarse que cuando el medicamento positivo ò curativo corresponde exactamente por sus síntomas primitivos á los de la enfermedad que se quiere combatir con él, no se manifiesta ninguno de los sìntomas consecutivos ó reaccionarios de este medicamento, y que su accion cesa enteramente en el momento en que debia uno esperar ver empezar la aparicion de sus efectos negativos. Si la enfermedad es de naturaleza aguda desaparece en las pocas horas que la naturaleza asigna á la duracion de los síntomas medicinales primitivos, y solo queda la curacion. En este caso existe la verdadera extincion dinàmico-mútua.

Asi pues, en los casos mas felices vuelven las fuerzas inmediatamente, y no se ve ninguna señal de las convalecencias que es tan ordinario observar.

Otra verdad no menos sorprendente es que no existe un solo medicamento que, aplicado de un modo curativo, sea mas débil que la enfermedad á que conviene. Ninguna irritacion morbosa natural se resiste á una irritacion morbosa medicinal que tenga la mayor analogía posible con ella.

Si no solamente se ha elegido el remedio positivo, si ademas se ha hallado la dósis conveniente, y bastan para los tratamientos curativos dósis de una exigüidad increible, el medicamento determina, en la primera hora que transcurre despues de haber tomado la primera dósis, una agravacion que rara vez dura mas de tres horas, y que el enfermo considera como una exasperacion de su enfermedad; pero que no es otra cosa que la manifestacion de los síntomas primitivos, cuya intensidad un poco superior á la de los accidentes morbosos, con los que generalmente tienen una grande analogìa, motiva y esplica su error momentàneo.

En semejante caso la primera dósis basta ordinariamente para curar una enfermedad aguda.

Pero si la primera dósis del medicamento curativo perfectamente apropiado no es un poco mas fuerte que la enfermedad, y por consiguiente no se verifica durante la

primera hora la agravacion particular de que acabo de hablar, no deja por eso de ser destruida en gran parte la enfermedad, y solo se necesitan algunas dósis, cada vez menores, para estinguirla completamente. (1)

Si entonces no se tiene el cuidado de disminuir siempre las dosis, si se las deja tan fuertes ó se las aumenta, sucede á la enfermedad primitiva, que ya ha desaparecido, una especie de enfermedad medicinal artificial, que se ha escitado de este modo sin necesidad. (2)

Mas es muy diferente lo que sucede en los tratamientos paliativos, en los que se emplea un medicamento cuyo efecto positivo y primitivo es el contrario de la enfermedad.

Casi inmediatamente despues de la administracion de semejante medicamento sobreviene una especie de alivio, una sofocacion por decirlo asi instantánea de la irritacion morbosa, pero que dura poco, como por ejemplo, cuando se aplica agua fria sobre una quemadura. Estos son los medicamentos à que se da el nombre de paliativos.

Los paliativos solo impiden que la irritacion morbosa obre sobre el organismo durante sus síntomas primitivos, porque determinan entonces en el cuerpo una irritacion que es la contraria de la enfermedad; pero en seguida la reaccion, que se ejerce en sentido inverso de la accion primitiva,

---

(1) En las enfermedades muy crónicas es necesario, despues del restablecimiento perfecto de la salud, dar todavía durante algunos meses una pequeñísima cantidad de los medicamentos que han triunfado, pero cuidando de que los intervalos de las dósis sean cada vez mayores, á fin de estinguir las últimas huellas de un mal á que el organismo estaba habituado hacia tantos años, y destruir hasta aquellas que no son bastante fuertes para estar al alcance de nuestros sentidos.

(2) Pero si se conoce que el sugeto necesita continuar tomando una dósis igual, ó aun mas fuerte, del medicamento curativo para no esperimentar recaida, esto es un signo cierto de que todavía subsiste la causa productora de la enfermedad (y es preciso destruirla si se quiere que la curacion se sostenga) ó de que el enfermo ha cometido ya algun estravío en el régimen (que ha abusado del café, del té, del aguardiente), ya alguna falta de conducta (la lactancia en una mujer débil, el abuso de los placeres venéreos, una vida demasiado sedentaria, la irritacion contínua del carácter.)

viene á coincidir con la irritacion morbosa primitiva, y á gravarla. (1)

Durante la reaccion del paliativo, y cuando se ha abandonado su uso, empeora la enfermedad. El dolor de una quemadura es mucho mas vivo cuando se saca la mano del agua fria, que lo era antes de la inmersion.

Asi como en el tratamiento curativo y positivo sobreviene durante la primera hora una pequeña agravacion, á la que ordinariamente suceden un alivio y una curacion que son mas duraderas, del mismo modo en el tratamiento paliativo se observa durante la primera hora, casi tambien instantáneamente, un alivio falaz, que disminuye de momento en momento, y que al espirar la accion primitiva, puramente paliativa en este caso, no solamente deja reaparecer á la enfermedad tal como era antes de que se hiciese tomar el medicamento, sino que tambien añade á ella un poco de efecto consecutivo de este último, que por lo mismo que el efecto primitivo era el contrario del estado morboso preexistente, tiene una grande analogía con este. Asi, pues, el resultado definitivo es la agravacion y la exasperacion de la enfermedad.

Vuelve entonces á repetirse el paliativo, y ya no basta la primera dosis, es preciso que sea mayor (2), y con-

---

(1) El ignorar este axioma experimental ha sido causa de que hasta el dia casi no hayan elegido los médicos mas que paliativos para el tratamiento de las enfermedades: la apariencia de alivio que de ellos resulta casi instantáneamente les inducia á error. Asimismo los padres de un niño mal educado se hacen ilusion cuando creen curarle de sus caprichos y de su turbulencia con golosinas. Es verdad que el niño calla asi que ha recibido el primer mimo; pero este paliativo no produce ningun efecto al próximo acceso de terquedad; es preciso darle otros nuevos y cada vez mas, hasta que al fin todo es inútil. Con esto solo se ha conseguido que el niño sea mas porfiado, mas indócil y mas revoltoso. Sus padres, dignos de compasion, buscan entonces otros paliativos, juguetes, vestidos nuevos, palabras cariñosas, que concluyen igualmente por no servir de nada, y producir poco á poco un efecto contrario, es decir, aumentar la enfermedad moral primitiva. Al paso que si en un principio se hubiera recurrido á la severidad, y en caso de recaida no se hubiese dudado volver á ella, se hubiera curado el mal de un modo positivo y duradero, se hubiera cortado de raiz. Este ciertamente aumenta al principio la turbulencia y los gritos del niño, pero despues produce mas calma y un cambio mas ventajoso en sus modales.

(2) De esto se encontrarán ejemplos, entre otros, en J. H.

tinuar elevándola sin cesar, hasta que el medicamento nada alivie enteramente, ó hasta que los efectos coincidentes de estas dosis siempre crecientes hayan producido fenómenos que, cuando han llegado à cierto grado, frecuentemente acallan la enfermedad primitiva, y le sustituyen otra nueva al menos tan grave como ella. (1)

Así, no es raro que un insomnio crónico ceda por algun tiempo à dosis diarias de opio tomadas por la noche, porque el efecto primitivo de esta sustancia, que en este caso obra como paliativo, es producir el sueño; mas como su efecto secundario es producir el insomnio, es decir, aumentar la enfermedad primitiva, hay precision de hacer cada vez mayor la dosis, hasta que un estreñimiento insoportable, una anasarca, un asma ó cualquiera otro de los males consecutivos del opio prohiben el emplearle mas tiempo.

Mas cuando solo se administran algunas dosis del paliativo contra un mal habitual, y se le suspende antes de que haya podido producir sintomas accesorios graves, no tarda uno en convencerse de que no tiene ningun poder contra la enfermedad primitiva, que lejos de esto la agrava por su accion secundaria, y que por consiguiente en realidad solo proporcionaria un auxilio negativo. Asi por

---

Schultes, *Diss. qua corporis humani momentanearum alterationum specimina quædam expenduntur.* Halle, 1741, §. 18. No se limitan á aumentar las dosis, sino que tambien cambian frecuentemente de paliativo, al menos en las afecciones crónicas que admiten muchos, por ejemplo, el histérico. En éste se prescribe la asafétida, el castoreo, la goma gàlbano, la sagapeno, el espíritu de cuerno de ciervo, la tintura de sucino, en fin el opio á dosis siempre crecientes, porque no produciendo todas estas sustancias en sus efectos primitivos mas que un estado con corta diferencia contrario à la enfermedad y no análogo á ella, solo alivian una ó dos veces, despues de lo cual su accion es cada vez mas débil, y concluye por reducirse á nada. Se varian estos medicamentos hasta que se ha acabado la lista, ó hasta que el enfermo se cansa de un tratamiento que no tiene fin, ó hasta que los efectos consecutivos hayan ocasionado una nueva enfermedad que exija otro modo de tratamiento.

(1) Se tiene entonces la felicidad de hacer cesar esta enfermedad producida por el paliativo y reaparece de ordinario la afeccion primitiva, lo que prueba, conforme con la primera proposicion esperimental, que solo habia sido suspendida y no estinguida ó curada.

ejemplo, el enfermo al que se queria curar un insomnio crónico solo se quejaba de que dormia poco, una dósis de opio tomada por la noche le produce, es verdad, inmediatamente una especie de sueño; pero si al cabo de algunos dias abandona el uso de este medio, que en este caso solo obra como paliativo, entonces no puede dormir nada absolutamente. (1)

§. VIII. El uso de los medicamentos como paliativos solo es útil y necesario en un pequeño número de casos, sobre todo en aquellos en que la enfermedad se ha desarrollado rápidamente, y amenaza un peligro casi instantàneo.

Así, por ejemplo, en la asfixia por congelacion, despues de las friegas en la piel y la esposicion gradual á una temperatura cada vez mas elevada, nada vuelve con mas prontitud á la fibra muscular su irritabilidad y à los nervios su sensibilidad que una fuerte infusion de café, cuya accion primitiva es aumentar la movilidad de la fibra y la sensibilidad de todas las partes de nuestro cuerpo, que por consiguiente es un paliativo en el caso en cuestion. Mas en este caso es peligroso el temporizar, y por otra parte no hay que combatir un estado morboso sostenido; porque, luego que se han reanimado la sensibilidad y la irritabilidad, aunque sea por medio de un paliativo, el organismo que no ha sufrido ninguna lesion entra en sus derechos, recobra por sì mismo el juego de las funciones, sin que haya necesidad de recurrir à ningun otro medio.

Asimismo puede haber casos de enfermedades crónicas, por ejemplo, de convulsiones histéricas ó de asfixias en què la influencia temporal de un paliativo (co-

(1) Mas si hay que combatir un estado soporoso, el ópio, que en sus efectos primitivos es una irritacion muy anàloga á esta enfermedad, la curará, y con una dósis la mas pequeña posible, si algunos de sus síntomas primitivos, por ejemplo, un sueño con ronquido que casi no es mas que una modorra, con la boca abierta, las pupilas dirigidas hácia arriba, los ojos entreabiertos, locuacidad durante el sueño y entorpecimiento al despertarse, etc., encuentran síntomas anàlogos en la enfermedad, como el tífus ofrece frecuentemente ejemplos de esto, la curacion se verificará de un modo pronto, duradero y sin convalecencia, porque entonces el opio será el remedio positivo y curativo.

mo el olor de una pluma quemada) està indicada de una manera urgente, ùnicamente para volver á la enferma á su estado ordinario de enfermedad, que no ofrece ningun peligro, y que en seguida exige para ser curado la accion mas duradera y enteramente diferente de medicamentos curativos.

Mas cuando un paliativo no produce en pocas horas lo que de él se espera, no se tarda en ver manifestarse los inconvenientes de que he hablado anteriormente.

En las enfermedades agudas, aun aquellas que recorren con mas rapidez sus perìodos, es mas conveniente á la dignidad del médico, y mas ventajoso para el enfermo, tratarlas con medios positivos ó curativos. De este modo se triunfa de ellas con mas seguridad, en general tambien con mas prontitud, y sin convalecencia.

Sin embargo, los inconvenientes de los paliativos se reducen á poca cosa en las enfermedades agudas ligeras (1). Los principales síntomas desaparecen en gran parte despues de cada dosis de estos medicamentos, hasta que el curso natural de la enfermedad llega á su término, momento en que el organismo, que no ha tenido tiempo de ser muy desordenado por los efectos consecutivos de los medios que se han empleado, entra en sus derechos, y poco á poco triunfa simultáneamente de la enfermedad y de los accidentes consecutivos del medicamento.

Mas, si el enfermo se cura mientras que hace uso de los paliativos, se hubiera curado igualmente sin ningun remedio, en el mismo espacio de tiempo, porque jamàs acortan los paliativos los perìodos naturales de las enfermedades agudas, y se hubiera restablecido despues con mas facilidad, segun las razones que acabo de indicar. Una sola circunstancia, la de que los paliativos alivian de cuando en cuando los síntomas mas incómodos, hace creer al enfermo y á los que le rodean que este tratamiento es mas poderoso que la enfermedad en sí misma, aunque no tenga preeminencia real. Pues el trata-

(1) Una circunstancia hace todavía que no convengan los paliativos, y es que ordinariamente no se emplea ninguno mas que para acallar un solo síntoma morboso, y los demas son descuidados ó combatidos por otros paliativos que todos producen efectos consecutivos que dificultan la curacion.

miento curativo y positivo tiene, aun en las enfermedades que recorren rápidamente sus períodos, una ventaja incontestable sobre todos los alivios, que se pueden obtener por medio de los paliativos, porque abrevia la duracion de la afeccion, la cura realmente antes de que haya hecho toda su carrera, y no deja ningun síntoma despues de ella, si el remedio ha sido elegido de tal modo que corresponda perfectamente al caso.

§. IX. Podria objetarse contra este modo de tratamiento, que no se han servido de él todavia los médicos desde la existencia de la medicina, y sin embargo han curado los enfermos.

La objecion solo es especiosa; porque desde que hay medicina las enfermedades que realmente se han curado de un modo pronto y duradero por medio de medicamentos, y cuyo restablecimiento no ha sido el efecto del tiempo, del curso completo del término asignado á las enfermedades agudas ó de la preponderancia insensible y gradual de la energía del cuerpo, se han curado, aunque sin saberlo el médico, con arreglo al método que acabo de esponer, es decir, por la accion curativa de un medicamento. (1)

(1) Para juzgar de esto es preciso elegir en los escritos de un observador, de cuya exactitud y veracidad no se pueda dudar, los casos en que la curacion rápida, no de una enfermedad aguda cuya naturaleza es el terminarse por sí misma en un espacio de tiempo bastante corto, sino de una enfermedad crónica, ha sido obtenida sin recaida con un solo medicamento y no con una mezcla de drogas contradictorias. Este medicamento era ciertamente muy análogo á la enfermedad en sus efectos primitivos, puesto que la curacion ha sido duradera. Si hubiese sido un paliativo dado á dosis siempre crecientes, la curacion aparente no se hubiera sostenido, ó al menos hubiera sido seguida de afecciones consecutivas. Sin un remedio positivo ó curativo jamas se puede obtener una curacion pronta, suave y duradera. En los casos en que las mezclas de drogas han producido curaciones rápidas y sostenidas, se encuentra que la sustancia predominante es igualmente de naturaleza positiva, ó bien que la mezcla forma un compuesto en el que cada ingrediente no desempeña su propia funcion, sino que es modificado por los otros en su tendencia, de suerte que, despues de las neutralizaciones dinámicas mútuas, queda una potencia medicinal desconocida, respecto de la cual ningun mortal podria adivinar por qué ha obrado como lo ha hecho.

Sin embargo han llegado algunas veces (1) à sospechar los médicos que la verdadera curacion depende de esta aptitud de los medicamentos confirmada en el dia por una multitud de hechos ; de esta tendecia que les es inherente à producir síntomas anàlogos à los de la enfermedad. Mas este rayo de verdad rara vez ha penetrado en el espíritu de nuestra escuela, perdida en medio de una nube de sistemas.

§. X. Despues de haber encontrado el remedio siguiendo esta marcha trazada por la misma naturaleza, falta todavía un punto importante, que es el determinar la dosis.

Un medicamento positivo ó curativo puede, sin que sea culpa suya, producir lo contrario de lo que debia hacer, cuando se le emplea á dosis exageradas. En semejante caso da orígen à una enfermedad aun mas fuerte que lo era la que existia antes.

Cuando se tiene la mano sumergida durante algunos minutos en agua fria, se siente en ella una disminucion de calor, es decir, frio: las venas se borran, las partes blandas se aprietan sobre sì mismas, y son menos voluminosas, la piel se pone pálida, y el movimiento es difícil. Estos son algunos de los efectos primitivos del agua fria sobre el hombre sano. Pero si se saca la mano del agua y se se la enjuga, no pasa mucho tiempo sin que sobrevenga un estado contrario; la mano se pone mas caliente que la otra, se nota en ella una turgencia mas pronunciada en las partes blandas, las venas están mas marcadas, la piel està mas roja, el movimiento es mas vivo y mas enérgico, en una palabra, parece que se ha exaltado en ella la vida. Este es el efecto secundario ó consecutivo del agua fria sobre el cuerpo del hombre sano.

---

(1) Esto es lo que ha sucedido á Hipócrates; otros médicos han reconocido despues que la propiedad que tiene el ruibarbo de escitar el dolor de vientre es la causa de la virtud que tiene de aliviar el cólico, asi como la propiedad vomitiva de la ipecacuana lo es de la virtud que tiene de detener el vómito dada á pequeñas dosis. Asimismo Detharding ha visto que la infusion de hojas de sen que ocasiona cólicos á los sugetos sanos, los cura en el adulto, y cree que este resultado debe depender de la analogía de los efectos. Paso en silencio el consejo que otros (J.-D. Major, A. Brendel, A.-F. Dankwerts, etc.), han dado de curar las enfermedades por otras provocadas artificialmente.

Esta es tambien poco mas ó menos la dosis mas fuerte á que puede emplearse el agua fria, con un resultado duradero, como medio positivo ó curativo, en un estado de debilidad pura que es análogo á sus efectos primitivos sobre el cuerpo sano. Digo la dosis mas fuerte, porque cuando se trata de esponer todo el cuerpo á este agua, y cuando la temperatura de esta es muy baja (1), nos vemos obligados à abreviar la duracion de la aplicacion, á fin de rebajar la dosis al grado conveniente.

Pero si la dosis de este remedio se encuentra considerablemente elevada bajo todos conceptos, sus efectos primitivos exasperan los síntomas morbosos propios al frio, hasta producir un estado de enfermedad que la parte, cuya debilidad se quiere curar por medio de él, no puede hacer cesar ó solo lo consigue con mucho trabajo. Si se eleva la dosis todavía mas, si el agua està muy fria (2), si la superficie espuesta à su accion es muy estensa (3), y la duracion de la inmersion mas larga de lo que acostumbra serlo (4), se sigue de esto el entorpecimiento de todo el miembro un calambre de los músculos, y frecuentemente tambien la paralisis (5), y si todo el cuerpo ha permanecido sumergido en el agua fria una hora ó mas, la muerte ó al menos la asfixia por congelacion sobreviene

---

(1) Proporcionalmente á tal grado de debilidad, 70.° F. podria ser un frio tan considerable como 60.° para una debilidad menor.

(2) Por ejemplo 40.° F.

(3) Por ejemplo toda la pierna.

(4) Por ejemplo por espacio de dos horas.

(5) Hay, á la verdad, ejemplos de buenos efectos producidos aun por las dosis escesivas del medicamento positivo ó curativo en ciertos casos reservados á los maestros del arte. Asi yo he visto al efecto paralizante primitivo de una gran dosis de frio ejercer manifiestamente un efecto curativo en un hombre cuyo brazo derecho, ya casi completamente paralizado hacia muchos años, estaba siempre frio y entorpecido. Un dia de fiesta quiso este hombre ir á pescar à un estanque helado para obsequiar á sus parientes y amigos. No pudiendo hacerlo con el brazo izquierdo, se veia obligado á valerse de los débiles movimientos que ejecutaba todavía el miembro paralizado. Permaneció asi por espacio de mas de media hora ocupado en el agua helada. El resultado fue que el brazo paralizado no tardó en hincharse é inflamarse; pero al cabo de algunos dias estaba curado y tan robusto como el otro, sin la menor señal de paralisis, que habia desaparecido para siempre.

en el hombre sano; pero se hace aguardar mucho menos cuando la accion del frio se ejerce sobre un cuerpo debilitado.

Lo mismo sucede con todos los medicamentos, aun con los que se aplican al esterior.

Un hombre sofocado de calor, de sed y de cansancio, al que una sola bocanada de aguardiente restablece en el espacio de una hora, como ya he dicho antes, caeria en un síncope (probablemente mortal) si en semejante caso en lugar de una sola bocanada bebiese una ó dos libras de aguardiente de una vez, es decir, si tomase el mismo remedio positivo; pero à una dósis escesiva, que le hace nocivo.

No se crea que este carácter nocivo de las dosis exageradas pertenece únicamente á las sustancias empleadas como medicamentos positivos ó curativos. Los paliativos producen tambien grandes inconvenientes cuando se aumenta su dósis; porque los medicamentos son sustancias nocivas por sí mismas, que solo se convierten en remedios por la apropiacion, á dósis convenientes, de su tendencia à hacer enfermar de las afecciones que tienen con ellas una analogía positiva ó negativa.

Asi, para limitarnos al ejemplo tomado de los medios negativos ò paliativos, una mano helada se restablece prontamente en la atmósfera de una habitacion caliente (1). Este calor moderado obra en este caso como un medio dotado de una tendencia contraria à la del frio, es decir, como paliativo, sin perjudicar sensiblemente, porque la dosis no es muy fuerte, y solo necesita emplearse poco tiempo, para curar el débil estado morboso que se ha desarrollado con rapidez.

Pero que la mano que se ha quedado ya enteramente inmóvil é insensible por el frio, es decir helada, se sumerja repentinamente por espacio de una hora en agua à 120 grados, temperatura que todavía podria soportarla otra mano, muere sin remision, se apodera de ella la gangrena y cae.

Un hombre robusto que se ha sofocado fuertemente, no tarda en recobrar sus sentidos en una atmósfera de una

(1) Por ejemplo á 80.° F.

temperatura moderada (de unos 65.º F.) sin esperimentar por este paliativo ningun daño apreciable; pero que inmediatamente despues de este violento acaloramiento se meta en un rio por espacio de una hora, inmersion que su cuerpo no acalorado soportaria por el mismo espacio de tiempo sin sufrir mucho por ella, y se le sacará muerto, ó atacado del mas peligroso tifus.

El agua fria alivia paliativamente una parte que ha sido quemada; pero si se la aplicase inmediatamente hielo se esfacelaria.

Lo mismo sucede tambien con los medios internos. Si una mujer que se ha acalorado mucho bailando bebiese una gran cantidad de agua de nieve, todo el mundo sabe lo que de ordinario le resultaria de esto; y sin embargo, una pequeña cucharada de la misma agua no le hubiera hecho daño, aunque es precisamente el mismo paliativo, pero á menor dosis. Mas por grande que sea el acaloramiento se restablece de un modo seguro y duradero, si se elige un medio curativo cuyos efectos primitivos correspondan al estado en que ella se encuentra, y si este medio se administra á una dosis suficientemente exigüa, es decir, si se la hace beber un poco de té caliente, con una corta cantidad de licor espirituoso (1), y que se pasee lentamente en un cuarto poco caliente, mientras que un vaso de aguardiente la hubiera producido una fiebre ardiente.

§. XI. Solo el que observa con atencion puede tener una idea del grado á que se exalta en las enfermedades la susceptibilidad del cuerpo, respecto de las irritaciones mecánicas. Esta exasperacion escede toda creencia cuando la enfermedad ha llegado à una alta intensidad. Un en-

(1) Este último ejemplo hace ver al mismo tiempo la exactitud de la proposicion que cuando el estado de la enfermedad ha llegado al mas alto grado, y cuando no quedan ya mas que algunas horas para curarse, el uso del medio curativo ó positivo á una dosis muy débil es infinitamente preferible al de los paliativos, aun cuando no se diesen estos al principio mas que en muy pequeña cantidad. Suponiendo que los paliativos no perjudiquen, siempre es cierto que no son útiles, mientras que la mas débil dosis del medio curativo perfectamente apropiado puede evitar una muerte cierta, aun en los casos en que solo se puede disponer de algunas horas para proceder á la curacion.

fermo atacado del tifus, al que vemos sumido en el coma, insensible à todas las sacudidas que se le imprimen y sordo á todos los ruidos vuelve prontamente en sí bajo la influencia de una dosis mínima de opio, aun cuando sea un millon de veces menos fuerte que la que ningun médico ha prescrito jamás.

La sensibilidad de un cuerpo muy enfermo para las estimulaciones medicinales está elevada en muchos casos á tal punto, que se ve que obran sobre este cuerpo, y que empiezan á escitarle, potencias cuya existencia casi hemos llegado à negar porque no producen ningun efecto sobre el hombre sano, ni en algunas enfermedades que no tienen relacion con ellas. Citaré aquí para ejemplo la fuerza heróica del magnetismo animal, de esta influencia inmaterial de un cuerpo humano vivo sobre otro, que se ejerce en ciertos modos de contacto ó de cuasi-contacto, y produce una escitacion tan enérgica sobre las personas á las que una constitucion delicada y una grande sensibilidad hacen muy dispuestos tanto á las emociones vivas como á los movimientos que resultan de una irritabilidad muscular muy desarrollada. Esta fuerza animal no se muestra en lo mas mínimo entre dos personas robustas y sanas, no porque no exista, sino porque es mucho mas débil para poder ó deber manifestarse entre personas sanas, mientras que muchas veces obra con demasiada intensidad en los estados morbosos de la sensibilidad y de la irritabilidad, como igualmente lo hacen dósis mínimas de otros medicamentos curativos en un sugeto muy enfermo. Lo mismo sucede con la aplicacion de una barra de hierro inmantado y del contacto con otros metales, cuyos efectos medicinales son absolutamente insensibles en el cuerpo dotado de salud.

Por otra parte, es tan cierto como sorprendente que las personas, aun las mas robustas, cuando son atacadas de enfermedades crónicas no pueden, á pesar de toda la fuerza de su constitucion, y aunque soporten sin inconveniente diversas irritaciones nocivas muy enérgicas, como los escesos en la comida y en la bebida ó el abuso de los purgantes, no pueden, digo, tomar una dósis mínima del medicamento positivo que conviene à su afeccion, sin sentir su impresion con tanta fuerza como un niño de pecho.

§. XII. Hay en medicina un corto número de sustancias que obran casi únicamente de un modo químico, las unas condensando la fibra viviente, del mismo modo que la muerta (como el tanino), disminuyendo su cohesion y su rigidez (como las grasas); las otras, ya apoderándose de las sustancias que pueden existir en el cuerpo ó al menos en las primeras vias, como la cal ó los álcalis neutralizan los ácidos en el estómago, como el agua hidrosulfurada se combina con ciertos óxidos metálicos, ya descomponiéndolos, como sucede á los álcalis y al hígado de azufre respecto de las sales metálicas, ya en fin destruyendo químicamente las partes del cuerpo, como el hierro ruziente. Si se esceptuan estas sustancias poco numerosas, las operaciones de cirujía la mayor parte mecánicas, y algunos cuerpos nocivos é insolubles que se hayan introducido del esterior en la economía, los demás medicamentos obran de una manera puramente dinámica (1), y curan sin producir evacuaciones, sin ocasionar revoluciones violentas, ni aun apreciables.

---

(1) Convirtiendo el método curativo dinámico las enfermedades en salud de un modo tan pronto é inmediato como poderoso y suave, todos los medios llamados generales, revulsivos y evacuantes que trastornan el organismo contra el objeto de la naturaleza, como los vomitivos, los purgantes, los sudoríficos, etc., son inútiles y nocivos. Los medicamentos que producen estos efectos violentos y revolucionarios, la mayor parte solo lo hacen por el esceso de sus dosis. Abusando asi de los vomitivos, no se ven muchas de las propiedades específicas del tártaro estibiado, de la ipecacuana, del ásaro, etc., que á pequeñas dosis pueden hacerlos medicamentos mucho mas saludables en otras circunstancias. Del mismo modo las numerosas sustancias medicinales de que se acostumbra á abusar para producir estas purgaciones y evacuaciones, de que jamas ó solo muy rara vez necesita un verdadero médico, están destinadas á llenar indicaciones mucho mas útiles que las que se les han conocido hasta el dia: únicamente cuando se las administra en esceso es cuando producen este efecto tumultuoso, y casi todos los demas medicamentos pueden ser vomitivos ó purgantes, cuando se abusa de ellos en el mismo grado. Los pretendidos signos de saburra en las primeras vías y de turgencia de la bilis, el amargor de boca, el dolor de cabeza, la anorexia, la repugnancia á los alimentos, las náuseas, el dolor de vientre y el estreñimiento reclaman ordinariamente otros medios muy diferentes de los purgantes y los vomitivos: la enfermedad mirada en su conjunto se cura muchasveces en muy pocas horas con algunas gotas de la sus-

Esta accion dinánica de los medicamentos es casi enteramente espiritual, como la misma vitalidad, que se rehace sobre el organismo. Lo es sobre todo de un modo evidente para los remedios positivos y curativos, con la singular particularidad de que una dosis muy fuerte puede perjudicar y ocasionar desórdenes graves en el cuerpo, al paso que una dosis débil, aun tan mínima como sea posible, puede no dejar de producir un efecto saludable, con tal que el medio esté bien indicado.

Casi la única condicion que se necesita para que el efecto se desarrolle de lleno y produzca la curacion, es que el medicamento conveniente se ponga en contacto con la fibra viviente y sensible; mas importa poco la exiguidad de la dosis que obra con este objeto sobre las partes sensibles del cuerpo vivo. Si una pequeña dosis de tintura dilatada de opio es capaz de curar un grado determinado de soñolencia contra-natural, la centésima parte, aun la milésima, de esta dosis basta casi siempre para conseguir el mismo resultado, y todavìa se puede atenuar mucho mas la dosis, sin que la mas pequeña deje de producir los mismos efectos curativos que la primera.

Ya he dicho que casi la única condicion de la accion del medicamento es que se ponga en contacto con la fibra viviente y sensible. Esta propiedad dinàmica tiene tal alcance que es enteramente indiferente para el resultado que el contacto se verifique en tal ó tal parte, con tal que esté despojada de epidermis. Poco importa que el medicamento disuelto llegue al estómago, que se quede en la boca, que se aplique á una herida, ó à cualquiera punto de la piel que esté privada de epidermis.

Cuando no hay que temer que sobrevengan evacuaciones, disposicion vital particular del organismo que tiene el poder especial de estinguir la energía dinámica de un medicamento, la introduccion de este último en el recto ó en la nariz satisface completamente las miras del

---

tancia curativa que le convenga, y estos síntomas alarmantes desaparecen con ella sin evacuaciones, de un modo tan insensible, que no se sabe á qué se han reducido. Solo en un corto número de casos es permitido recurrir á tales evacuantes: y es cuando el estómago y el conducto intestinal están sobrecargados de alimentos indigestos, ó contienen cuerpos estraños ó algun veneno.

médico, es decir, que si puede hacerlo, con la misma eficacia cura una enfermedad dada del estómago, un género particular de cefalalgia, una especie de dolor de costado, un calambre en la pantorrilla, ó cualquiera otro mal que tenga su asiento en una parte que carezca de relaciones anatómicas con aquella á que se le aplica.

Unicamente la epidermis de que está cubierta la superficie del cuerpo es la que ocasiona algun obstáculo à la accion de los medicamentos sobre la fibra sensible que ella cubre, mas este obstáculo no es invencible. Los medicamentos obran tambien al través de la epidermis, solamente lo hacen con menos fuerza. Su accion entonces es mas débil cuando están en polvo, mas enérgica cuando están disueltos, y tanto mas pronunciada en este último caso, cuanto mas estensa sea la superficie sobre que esté aplicada la disolucion.

Sin embargo, la epidermis es mas deglada en algunos puntos, en los que por consiguiente se ejerce tambien la accion con mas facilidad. Tales son el vientre, sobre todo en el epigástrio, en las ingles, las axilas, el pliegue de los brazos, la parte interna de los antebrazos, las corvas, etc. Estos puntos son los mas sensibles á la accion de los medicamentos.

Las fricciones casi no contribuyen á favorecer la accion de los medicamentos, mas que haciendo la piel mas sensible, y la fibra mas susceptible de ser impresionada por la potencia medicinal especifica, que desde aquella se irradia á todo el organismo.

Si se frotan los muslos hasta exaltar la sensibilidad, y se aplica en seguida sobre ellos el ungüento mercurial, el resultado es el mismo que si se hubiesen frotado estas partes con el ungüento.

La virtud especìfica de los medicamentos es la misma, ya se les emplee al esterior ó al interior, ya se les ponga en contacto con la fibra sensible por el esterior ó por el interior del cuerpo.

El óxido de mercurio usado al interior cura los bubones venéreos de un modo al menos tan pronto y tan seguro como las fricciones en los muslos con el ungüento napolitano. La inmersion de los pies en una disolucion dilatada de sublimado corrosivo, cura las úlceras de la boca tan rápidamente y con tanta seguridad como la inyeccion de este

líquido en el estómago, sobre todo si se tiene cuidado de frotar la parte antes de bañarla.

El polvo de quina estendido sobre el vientre, cura la fiebre intermitente que este medicamento tiene la propiedad de curar cuando se le administra al interior.

Mas como el organismo enfermo es mucho mas sensible á la accion dinámica de los medicamentos, asi tambien la piel de las personas enfermas lo està mas que la de los sugetos sanos. Basta derramar en el pliegue del brazo una pequeña cantidad de la tintura de ipecacuana, para hacer cesar la tendencia à vomitar en las personas enfermas.

§. XIII. Solo la potencia medicinal del calor y del frio parece que no es tan esclusivamente dinámica como la de los otros medicamentos. Cuando se emplean estos dos agentes como remedios positivos, la mas pequeña dosis posible no basta para producir el efecto. Es preciso que los dos se usen á alta dosis, es decir, que tengan una grande intensidad, si se quiere que su accion saludable se verifique rápidamente. Mas esta apariencia es falaz. La potencia del frio y del calor no es menos dinámica que la de los otros medicamentos, y la diferencia depende de lo habituados que están ya nuestros cuerpos á la influencia que ejerce à ciertas dosis. Para que el frio y el calor puedan ejercer el oficio de medicamentos, es preciso elevarlos sobre el grado acostumbrado, poco si se trata de un efecto positivo, y mucho si solo se trata de conseguir un efecto negativo ó paliativo.

Un calor igual al de la sangre ya es, para la mayor parte de los habitantes de nuestros climas, superior al que estan acostumbrados, de suerte que un baño de pies à 98° ó 99° F. es bastante caliente, cuando no existen otros síntomas, para hacer cesar de un modo positivo el calor en la cabeza; mas se quiere producir un alivio paliativo en un caso de quemadura, y ya hay necesidad de un agua mucho mas fria que aquella con que estamos acostumbrados à bañar las partes sanas de nuestro cuerpo, y tanto mas fria, hasta cierto grado, sin embargo, cuanto mas fuerte es la inflamacion. (1)

(1) Aun en el caso en que la inflamacion es considerable, no se necesita al principio mas que un agua de unos 70° F. para

Lo que acabo de decir relativamente á la necesidad de aumentar el frio y el calor cuando se los quiere emplear como medios curativos, se aplica tambien á todos los demas medicamentos à que está habituado el enfermo. Asi en las personas que estan acostumbradas al vino, al aguardiente, al opio, al café, etc., es preciso administrar estas sustancias á dosis un poco mas fuertes de lo acostumbrado.

El calor y el frio pertenecen, con la electricidad, á la categoría de las escitaciones medicinales dinàmicas mas difusibles. La epidermis no puede, ni disminuir, ni detener su accion, probablemente porque esta membrana les sirve en cierto modo de conductor y de vehìculo. Lo mismo sucede sin duda respecto del magnetismo animal, de la accion medicinal de las barras imantadas, y en general de la potencia ejercida por la aplicacion de los metales al esterior. El galvanismo parece que penetra con un poco menos facilidad al traves de la epidermis.

§. XIV. Cuando nos tomamos el trabajo de atender á ello, reconocemos prontamente que la naturaleza se encuentra en estado de producir los mas grandes efectos con medios sencillos y las mas veces muy débiles. Imitarla en esto debe ser el objeto de los esfuerzos del espìritu humano. Pero cuanto mas acumulamos à la vez medios para conseguir un solo objeto, mas nos separamos de nuestro modelo, y mas mezquinos son los resultados que conseguimos.

Con un corto número de medios simples empleados unos despues de otros, pero mas frecuentemente todavía con uno solo, podemos volver los mas grandes desórdenes de la economía enferma al estado natural de armonía, podemos curar, y á veces en muy poco tiempo, las enfermedades mas crónicas, en aparencia incurables; mientras que bajo la influencia de medios mal elegidos, y mezclados en gran número los unos con los otros vemos á los mas pequeños males degenerar en enfermedades graves é incurables.

---

producir un alivio paliativo; pero de hora en hora es necesario que sea un poco mas fria si se quiere que el alivio persista tal como ha sido desde el principio. Es necesario aumentar de cuando en cuando la intensidad del frio, asi como hay precision de aumentar la dosis de los otros paliativos que se administran al interior.

¿Cuál de estos dos métodos elegirá el que aspire á la perfeccion?

A un solo medio sencillo, exento de toda mezcla es al que siempre pertenece producir los mas saludables efectos, con tal que se le haya elegido bien, que sea el mas apropiado, y que se le administre á dosis conveniente. Jamás es necesario emplear simultáneamente dos de estos medios.

Damos un medicamento para destruir la enfermedad entera con el auxilio de esta sola sustancia, ó si no puede conseguirse completamente este objeto, para ver, despues que el remedio ha agotado su accion, cuàles son los accidentes que exigen todavìa que se les combata. Uno, dos ó à lo mas tres medicamentos bastan para estinguir la mas grande enfermedad. Si la curacion no se consigue, á nosotros es á quien debe atribuirse la falta; no està ni de parte de la naturaleza, ni de parte de la enfermedad.

¿Queremos poder juzgar de lo que un remedio hace, y deja por hacer todavía en una enfermedad? Pues no debemos dar mas que un solo medicamento simple cada vez. Cualquiera adicion no hace mas que embrollar el punto de vista; y como si en rigor nos es posible conocer los síntomas de la accion de un remedio sencillo, no nos lo es el apreciar las fuerzas convinadas y en parte descompuestas las unas por las otras de una mezcla de medicamentos, nos vemos imposiblitados, cuando queremos hacer la distincion de los efectos del medicamento y los síntomas morbosos, de conocer, entre los cambios sobrevenidos, cuales son los que deben atribuirse á la enfermedad, ó que dependen de tal ó cual ingrediente; por consiguiente tampoco podemos saber cuàl de estas drogas deben abandonarse ó continuarse en adelante, ni qué sustancia debe sustituirse à la una, à la otra ó á todas. En un tratamiento semejante ningun fenómeno podria referirse á su verdadera causa. A cualquiera punto que dirijamos nuestras miradas, no encontramos mas que incertidumbre y oscuridad.

La mayor parte de las sustancias medicinales simples determinan en el hombre sano una série, con frecuencia muy estensa, de síntomas positivos. Asi pues, el medicamento apropiado puede muchas veces encerrar en sus efectos primitivos el tipo de la mayor parte de los síntomas

apreciables de la enfermedad que se quiere tratar, con otros muchos tipos anàlogos, que le hagan igualmente apto para curar otras enfermedades.

Ahora lo único que tenemos que desear, es que un medicamento convenga; ó en otros términos, que tenga la facultad de producir por sí mismo la mayor parte de los síntomas que se descubren en las enfermedades; que por consiguiente esté en estado, cuando se le emplee como remedio ó como contra-irritacion, de destruir ó estinguir estos mismos síntomas en el cuerpo enfermo.

Vemos que una sola sustancia sencilla posee esta propiedad en toda su plenitud, cuando se la ha elegido convenientemente.

Asi jamás es necesario emplear á la vez mas de un medicamento simple, cuando se encuentra uno que se adapte bien al caso morboso.

Es tambien muy probable y aun es cierto que, en una mezcla de muchos medicamentos, cada uno de ellos en particular no obra ya de un modo propio á él sobre la enfermedad, y ya no puede, perturbado como lo es por sus concurrentes, ejercer la tendencia específica que le pertenece; sino que el uno obra en oposicion al otro, y todos modifican ó destruyen mútuamente sus efectos, de suerte que el conjunto de muchas fuerzas descompuestas, la una por la otra en el cuerpo, da lugar á un resultado medio, que no podemos desear, porque nos es imposible preverle de antemano, ni aun siquiera sospecharle.

En efecto, enseñándonos la esperiencia que una irritacion general estingue ó reprime á otra, segun que hay entre ellas ya analogía ó antianalogía, ya una grande diferencia de intensidad, cuando muchos medicamentos obran á la vez sobre el cuerpo, la accion de los unos destruye en parte la de los otros (1), y no queda para atacar á la enfermedad mas que la porcion de accion que por nada ha sido combatida en la mezcla. Asi no podemos sa-

(1) Hé aquí por qué las dosis con frecuencia enormes de diversos medicamentos heróicos que entran en ciertas fórmulas complicadas no producen á menudo efectos bien marcados. Una de estas drogas violentas tomada sola á semejante dosis hubiera causado la muerte en muchos casos.

ber si esta accion sobrante conviene ó no, porque ningun medio tenemos de calcular lo que debe quedar.

No exigiendo nunca todo caso morboso, cualquiera que sea, mas que un solo medicamento simple, ningun médico digno de su título tendrá la fantasía de recurrir á mezclas, y de trabajar así él mismo en sentido inverso del objeto que quiere alcanzar. Será por el contrario un signo infalible de que está seguro de su asunto, si solo se le ve prescribir una sustancia, que siendo bien elegida, no puede dejar de curar la enfermedad de un modo pronto, suave y duradero.

§. XV. Si los accidentes son ligeros y en corto número, es una incomodidad insignificante, que apenas reclama el uso de medicamentos, y que solo necesita de un cambio en el régimen para curarse.

Pero si no se ven mas que uno ó dos síntomas graves, cosa que por otra parte es bastante rara, el caso es mas espinoso que cuando hay un gran número de síntomas. Será difícil entonces que el primer remedio que se prescriba convenga perfectamente, ya porque el enfermo no tiene la aptitud necesaria para describir bien todo lo que esperimenta, ya porque los mismos accidentes son poco pronunciados y poco sensibles.

En esta circunstancia rara se prescriben una ó á lo mas dos dosis del medicamento, que se juzga que es el mas apropiado de todos.

Sucederá á veces que este medicamento es precisamente el que conviene; pero como las mas no será este el que hubiera debido emplearse, se descubrirán en seguida accidentes hasta entonces desapercibidos, ó que tomarán mas desarrollo. Estos síntomas apreciables, aunque débiles, podrán servir para trazar un retrato mas exacto de la enfermedad, con arreglo al cual se apreciará con mas certeza el remedio apropiado.

§. XVI. La repeticion de las dosis de un medicamento se regula segun la duracion de su accion. Si obra de un modo positivo ó curativo, se ha manifestado ya un alivio cuando ha terminado su influencia, y una segunda dosis estingue lo restante de la enfermedad. Pueden transcurrir sin inconveniente algunas horas entre la cesacion de la accion de la primera dosis y la administracion de la segunda. La porcion ya estinguida de la enfermedad no podria

renovarse, y aun cuando se dejarà al enfermo sin medicamentos durante muchos dias, el alivio debido á la primera dosis no dejaria por eso de sentirse.

Asi pues, lejos de haber inconveniente en temporizar en semejante caso, demasiada precipitacion en repetir la dosis, puede, por el contrario, hacer fallar la curacion, porque entonces la nueva dosis que se da produce el efecto de un aumento de la primera, y por esto mismo puede hacerse muy perjudicial.

Ya he dicho que la dosis mas débil posible de un medicamento positivo es suficiente para obtener un efecto completo y entero. Se trata de una sustancia cuya accion dura algun tiempo, como la de la digital que se prolonga hasta el sétimo dia, si se repite esta dosis tres ò cuatro veces por dia, la cantidad absoluta del medicamento que antes de la espiracion del sétimo dia se encuentra de veinte á treinta veces mas fuerte, no puede dejar de perjudicar (1), puesto que una vigésima ó trigésima parte de esta cantidad hubiera ya sido suficiente para producir la curacion.

Despues que la primera dosis del medicamento empleado como medio curativo ha agotado su accion, se examina si conviene prescribir una segunda de esta misma sustancia. Si la enfermedad ha disminuido en su conjunto no solamente durante la primera media hora que ha seguido á la administracion, sino mas tarde mientras toda la duracion de accion de la primera dosis, y la disminucion ha sido tanto mas sensible cuanto mas se aproximaba á su término esta duracion, ò bien si, como sucede, ya

(1) Es preciso tambien atender á otra circunstancia. No se concibe bien de qué pueda depender este efecto, pero no es por eso menos cierto que una misma dosis de medicamento, que bastaria para producir la curacion si no se la repitiese mas que cuando la sustancia ha cesado completamente de obrar, ejerce una influencia diez veces mas fuerte si se la llega á fraccionar y á dar estas fracciones á cortos intervalos, mientras dura la accion del medicamento. Por ejemplo, la duracion de accion de un medicamento es de cinco dias, y una dosis de diez gotas basta para curar; si se divide esta dosis de modo que se haga tomar dos veces al dia una gota, el efecto total al cabo de cinco dias no es el mismo que el que hubieran producido las diez gotas tomadas á la vez, sino infinitamente mas fuerte, suponiendo no obstante que el medicamento sea remedio positivo y curativo de la enfermedad.

en las enfermedades muy crónicas, ya en aquellas en las que la reaparicion de los paroxismos no se verifica durante este espacio de tiempo, no se ha manifestado ningun alivio sensible, pero que sin embargo tampoco se haya mostrado ningun síntoma nuevo considerable, entonces es casi siempre cierto en el primer caso y probable en el segundo, que el medicamento era apropiado de un modo positivo, y que se debe prescribir una segunda y aun algunas veces una tercera dosis si las circunstancias lo exigen, y si la primera dosis no ha producido una curacion completa, como frecuentemente lo hace en las enfermedades agudas.

Cuando el medicamento de que se ha hecho eleccion para obtener una curacion positiva no escita casi ningun síntoma que no haya sido ya observado antes, se concluye de esto que el remedio es conveniente, y que curará con seguridad la enfermedad primitiva, aun cuando el enfermo y los asistentes no advirtiesen alivio en un principio. En otros términos, cuando el remedio curativo alivia la enfermedad primitiva en toda su estension, no puede producir ningun síntoma desagradable.

Toda agravacion de una enfermedad que sobreviene durante el uso de un medicamento, toda adicion de síntomas que no habia pertenecido hasta entonces á esta enfermedad, depende únicamente de la accion de este medicamento, cuando no se manifiesta pocas horas antes de una muerte inevitable, ó cuando no es la consecuencia de un estravio en el régimen, de una violenta escitacion de alguna pasion, de una revolucion irresistible de la naturaleza para la aparicion ó la cesacion de las reglas, la invasion de la pubertad, la concepcion ó el parto. Entonces son siempre síntomas del medicamento, que este produce por sí mismo con detrimento del enfermo, ya porque no ha sido bien elegido como remedio positivo, ya porque se le ha empleado largo tiempo y en demasiada cantidad, como paliativo. Una agravacion de la enfermedad por medio de síntomas nuevos de una grande intensidad durante la accion de las dos primeras dosis de un remedio curativo, jamás anuncia que la dosis ha sido muy débil y que se la debe aumentar, sino que prueba que el medicamento no era apropiado para el caso morboso contra que se le ha empleado.

Esta adicion de síntomas fuertes estraños á la enfermedad, en nada se parece á la agravacion de que anteriormente he hablado, y que esperimentan los síntomas morbosos primitivos durante las primeras horas que siguen á la administracion de un remedio positivo ó curativo. Este fenómeno, debido al predominio de los síntomas medicinales, anuncia solamente que el remedio, aunque bien elegido, ha sido empleado á grande dosis; y á no ser que esta haya sido enorme desaparece al cabo de dos, tres ó á lo mas cuatro horas, para ser reemplazada por un restablecimiento duradero de la salud; lo que sucede casi siempre antes de la espiracion del término fijado á la accion de la primera dosis, de suerte que una segunda es generalmente inútil en las enfermedades agudas.

§. XVII. Sin embargo no hay remedio positivo, por bien elegido que haya sido, que no pueda escitar ligeros síntomas nuevos durante su uso en enfermos muy irritables y muy sensibles, porque es casi imposible que haya entre los síntomas de un medicamento y los de una enfermedad la misma semejanza absoluta que entre dos triángulos cuyos ángulos y lados son iguales. Mas la energía propia de la vitalidad basta y aun sobra para hacer desaparecer esta ligera aberracion, que ni aun llega á percibirse, á menos que el enfermo sea de una delicadeza escesiva.

Si un enfermo dotado de una sensibilidad mediana esperimenta durante la accion de la primera dosis algun síntoma ligero que no habia sentido todavía hasta entonces, y al mismo tiempo parece que disminuye la enfermedad primitiva, no es posible, al menos en una enfermedad crónica, reconocer exactamente por esta primera dosis si el remedio que se ha elegido tiene realmente un carácter curativo. Es preciso despues que esta dosis haya concluido su accion dar otra semejante, cuyos resultados solamente podrán decidir la cuestion. Esta vez, en efecto, si el medicamento no es perfectamente apropiado, se verá sobrevenir tambien un nuevo síntoma, no el mismo que la primera vez, sino casi siempre otro distinto, y algunas veces muchos, de una intensidad por otra parte mas fuerte, sin que la curacion de la enfermedad mirada en su conjunto haya hecho progresos apreciables. Si por el contrario conviene el medicamento, esta segunda dosis borra

casi hasta la menor señal del nuevo síntoma, y la curacion marcha con un paso mas rápido, sin que sobrevengan mas obstàculos.

Sin embargo, si la segunda dosis produjese la manifestacion de algun síntoma nuevo poco importante, y no fuese posible encontrar un medicamento mejor apropiado, lo que dependeria entonces, ò de la inhabilidad del médico, ó de la insuficencia de los medios cuyos efectos puros se han estudiado hasta aquí, se llegaria todavìa, en las enfermedades crónicas y en las afecciones agudas que no recorren con demasiada rapidez sus periodos, à hacer desaparecer el nuevo accidente, y á obtener la curacion, aunque con un poco mas de tiempo, disminuyendo sus dosis. En semejante caso tampoco deja de tener influencia la energía vital.

§. XVIII. Cuando los efectos primitivos del medicamento no cubren de un modo positivo mas que los síntomas principales de la enfermedad, y solo obra como paliativo sobre otros de una intensidad mediana ó débil, no es una prueba de su mala eleccion. En semejante caso la verdadera potencia curativa del medicamento la aventaja siempre, y la salud se restablece sin accidentes durante ó despues del tratamiento. La esperiencia no ha decidido todavìa la cuestion de si es bueno aumentar la dosis del medicamento cuando hay necesidad de repetirle.

§. XIX. Cuando en una enfermedad crónica, continuando el uso de un medicamento curativo, sin aumentar la dosis, sobrevienen con el tiempo nuevos síntomas que no pertenecen à la enfermedad primitiva, como las dos ó tres primeras dosis no han dejado de obrar por esto casi sin obstàculo, es fundado buscar la causa de esta contrariedad, no en la mala eleccion del remedio, sino en el régimen ó en cualquiera otra influencia poderosa venida del esterior.

Si, por el contrario, el remedio positivo ha sido elegido perfectamente en relacion con el caso morboso bien estudiado, si ha sido prescrita una dosis suficientemente atenuada, si ha sido repetida tambien segun la necesidad, despues que la primera dosis habia terminado su accion, las enfermedades agudas ó crónicas, por graves ó inveteradas que sean, se curan de un modo tan rápido, tan completo y tan insensible, que el enfermo parece que pa-

sa casi repentinamente à la salud, como por una especie de nueva creacion; pero es preciso para esto que el tratamiento no sea contrariado por alguna irremisible revolucion de la naturaleza, por pasiones violentas, por enormes estravios del régimen, ó por desorganizaciones profundas de órganos esenciales.

§. XX. No se podrá desconocer la influencia del régimen y del género de vida sobre la curacion; mas el médico solo debe cuidar de su direccion en las enfermedades crónicas: porque en las afecciones agudas, esceptuando los casos de completo delirio, un instinto infalible habla en términos tan claros y tan precisos, que basta prescribir al enfermo y á los asistentes que no contraríen la voluntad de la naturaleza por prohibiciones ó instancias intempestivas.

ESCULAPIO EN LA BALANZA (1).

Despues de haber reconocido la debilidad y los errores de mis maestros y de mis libros, caí en un estado de indignacion melancólica, que aun me habria fastidiado de estudiar la medicina. Me hallaba inclinado á creer que todo el arte se reducia à nada, y que no habia medio de perfeccionarle. Me abandonaba á mis reflexiones solitarias, y resolví no ponerlas término hasta haber tomado al fin un partido decisivo.

Habitante de la tierra, me decia, ¡cuán limitado es el número de tus dias en este mundo, y cuàntas dificultades encuentras á cada instante para proporcionarte una existencia soportable, cuando quieres permanecer en el camino de la moral! Mas todos estos goces que tan caros pagas, ¿qué son por sí mismos cuando te falta la salud? ¿Y con cuánta frecuencia no sucede que se desarmonice la salud, y que sea perturbada por incomodidades mas ò menos graves? ¿Cómo calcular el número de enfermedades y de dolores bajo cuyo peso los mortales se doblegan y se arrastran penosamente hácia el término de su existencia, y que no les perdonan ni aun en medio de los inciensos de la gloria, ni de los goces del lujo? Sin embargo ¡oh hombre! ¡cuán noble es tu origen, cuán grande tu destino, y cuán elevado el objeto de tu vida! ¿No estás destinado

(1) Este fragmento salió á luz en 1805.

á aproximarte por medio de sensaciones que aseguran tu felicidad, de acciones que ensalzan tu dignidad, de conocimientos que abrazan el universo, al grande espíritu que adoran todos los habitantes de los sistemas solares? ¿Seria posible que el soplo divino que te anima y que te inspira tan noble actividad fuese condenado à sucumbir, sin que nada pudiese socorrerle, bajo la influencia de estos ligeros desarreglos del cuerpo á que damos el nombre de enfermedades?

¡Oh! no: cuando el Sér infinitamente bueno permitió que las enfermedades ofendieran á sus hijos, sabia muy bien que habia depositado en algun sitio un arte por medio del cual estas potencias martirizadoras pudiesen ser reprimidas y estinguidas. Sigamos el camino de este arte, el mas noble de todos. Este arte saludable es posible; debe ser posible, y aun debe ya existir.

Efectivamente, ¿no vemos de cuando en cuando á un hombre escapar como por milagro de una enfermedad mortal? ¿No nos señalan los anales de la medicina casos en los que, enfermedades que parecia que no debian terminarse mas que por una muerte deplorable, han sido curadas rápidamente, y reemplazadas por una salud perfecta?

¡Cuán raros son estos casos brillantes, en que la curacion ha dependido mas del remedio que del vigor de la juventud, y de la influencia desapercibida de una ó muchas circunstancias accesorias! ¿Pero aun cuando fuesen mucho mas numerosos de lo que veo, se seguiria de aquì que pudiésemos conseguir imitarlos? Son hechos aislados en la historia del género humano: solo puede reproducirse una pequeña parte de las circunstancias bajo que se han manifestado una sola vez, y es casi imposible una imitacion completa. Vemos solamente que han podido verificarse grandes curaciones; pero cómo han sucedido, en qué circunstancias de las que nosotros disponemos se han efectuado, y qué medios emplear para producir absolutamente las mismas condiciones en otro caso, hé aquí lo que no podemos concebir. Acaso no es en esto tampoco en lo que consiste el arte de curar considerado de un modo general. Lo que hay es que este arte existe, pero no en nuestras cabezas, no en nuestros sistemas.

Sin embargo, se me dirà: vemos diariamente enfer-

mos que recobran la salud en manos del médico instruido, del hombre mediano y aun del sér mas profundamente ignorante. Sin duda, responderé; mas hé aquí lo que entonces sucede.

La mayor parte de las enfermedades para las que se llama à un médico son afecciones agudas, es decir, trastornos de la salud que solo tienen que recorrer un espacio de tiempo muy corto para volver á ella ó conducir à la muerte Si el desgraciado sucumbe, su médico acompaña modestamente al feretro: si llega á curarse, es preciso que la naturaleza haya tenido suficiente fuerza para triunfar á la vez de la enfermedad y de la accion de los medicamentos, que se ejerce generalmente en sentido inverso de como deberia ser. Pues esta fuerza la tiene la naturaleza con frecuencia, y aun en el mayor número de casos.

En las disenterias que reinan en otoño se ve que se curan con corta diferencia tantos enfermos, entre los que, sin tomar medicamentos, arreglan su modo de vida por las prudentes sugestiones de la naturaleza, como entre los que son tratados segun el método de Brown ó de Stoll, de Hoffmann ó de Vogler. De ambos lados es tambien casi igual el número de muertos, y sin embargo todos los médicos que han tratado sugetos que se han curado se alaban de que han producido la curacion por el poder de su arte. ¿Qué se debe concluir de aquí? Seguramente no se dirá que todos han tratado convenientemente á sus enfermos, sino que quizá será fundado decir que todos los han tratado mal. ¡Cuánta pretension no hay en alabarse de curaciones de enfermedades que se verifican por sí mismas siempre que no son muy intensas, y cuando el sugeto no comete un estravio notable en el régimen!

Podria recorrer asi toda la série de enfermedades agudas, y encontraria que el restablecimiento de todos los enfermos que han sido tratados por métodos opuestos no es una curacion debida á la medicina, sino una vuelta espontànea á la salud.

Mientras no pueda decirse, por ejemplo, en una epidemia general de disenteria, dàdme los enfermos que creais estan atacados mas peligrosamente de esta enfermedad, y voy à curarlos, á curarlos pronto, à curarlos sin que les quede ninguna otra afeccion consecutiva; mientras no pueda contraerse un empeño semejante y cum-

plirle, no puede haber un derecho para alabarse de que se poseen los medios y el talento necesario para curar la disenteria, y refutar á los que miran como curaciones espontáneas las que el médico se atribuye.

Muchas veces tambien, lo digo con dolor, se curan los enfermos como por encanto de afecciones agudas muy graves, cuando no emplean los medicamentos casi todos tan desagradables que les ordenan á veces con tanta prodigalidad. Por el temor de agraviar, no se alaban de esta idea feliz, y la curacion hace creer al público que el médico les ha prestado un grande auxilio. Sucede à mas de un enfermo restablecerse tambien de un modo casi milagroso, porque en lugar de tomar los remedios y seguir el régimen que se les ha prescrito, se abandonan voluntariamente á su propio capricho, es decir, á los poderosos impulsos del instinto, y hacen uso de cosas estravagantes que apetecen de un modo irresistible Se ha visto à la carne de cerdo, á la colicostra, á las patatas, los arenques, las ostras, los huevos, el aguardiente, el vino, el ponche, el café y otras cosas severamente prohibidas por el médico, proporcionar frecuentemente la curacion de enfermedades que, sometidas al método trazado por la escuela, no hubieran dejado de terminarse en poco tiempo por la muerte.

Hé aquí lo que son las pretendidas curaciones de enfermedades agudas; porque las poderosas represiones de epidemias pestilenciales á beneficio de lasecuestracion de los lugares y personas infestadas, por medio de fumigaciones, etc., son medidas prudentes de policía, y no curaciones médicas.

Pero la impotencia del arte se manifiesta mas à las claras en los mismos lugares secuestrados, en los que no se puede pensar en aislar à los enfermos de los que estan sanos. Allí muere todo cuanto debe de morir, sin que Galeno, Boerhaave ó Brown puedan servir de nada, y solo escapa de la muerte lo que no estaba maduro para ella. Allí devora la tumba enfermeros y médicos, boticarios y cirujanos.

Sin embargo, no puede menos de concederse que, aun en estas calamidades que tanto desalientan á un arte fanfarron, se presentan curaciones, raras á la verdad, pero tan evidentemente debidas á los medicamentos, que no puede uno menos de sorprenderse al ver librarse asi algu-

nas víctimas de la muerte que ya habia estendido sobre ellas sus garras. Estos hechos nos prueban que hay realmente un arte de curar.

¿Mas como ha obrado entonces este arte, á qué medios se debe en realidad el éxito, cuáles eran los caractéres precisos de la enfermedad, y todas las circunstancias que necesitamos conocer, á fin de saber imitar en otros casos la conducta que se ha observado entonces? Hé aquí desgraciadamente lo que no sabemos. No se ha puesto bastante cuidado en observar ó en describir el caso. ¿Pero y el medio de que se ha hecho uso? No es un remedio único el que se ha dado; como todas las recetas que llevan el barniz de la ciencia, era un elixir, un polvo, una mistura, en una palabra, una mezcla de diferentes medicamentos. Dios sabe cual de estas drogas ha sido la que ha prestado el auxilio (1). El enfermo ha tomado ademas una tisana preparada con muchas yerbas de las que no se acuerda bien el médico, ni aun el mismo enfermo podria decir la cantidad que ha tomado de esta tisana.

¿Cómo imitar con buen éxito un caso semejante en la apariencia, cuando no se conocen exactamente ni el caso mismo, ni la conducta que se ha observado en él? Por la misma razon todos los resultados que los imitadores hayan querido deducir de éste son ilusorios; el hecho se halla enteramente perdido para la posteridad. Solamente se ve que es posible curar, pero no se ve como podría hacerse, y como un caso semejante, que nadie podría precisar, seria susceptible de contribuir á la perfeccion de la medicina.

Oigo ya decir que, siendo hombre el médico, es preciso mirarle con alguna indulgencia cuando se trata de enfermedades epidémicas secuestradas por un cordon sani-

(1) No se me objete que todos estos ingredientes solo han producido el efecto por su reunion, y que es preciso no añadir ni quitar nada á la mezcla, si se quiere imitar el hecho. Las drogas numerosas jamás tienen una bondad y una eficacia iguales en dos boticas, ni aun en una misma en diferentes épocas. Por otra parte, un medicamento varia de un dia á otro en una misma botica, segun que se añade á la mezcla tal ó cual ingrediente antes que tal otro, segun que hoy se tritura una de las drogas ó el todo con mas fuerza que el otro dia, que el todo está mas ó menos caliente, el peso mas ó menos exacto, y aun el mismo boticario mas ó menos atento ó distraido, etc. etc.

tario, donde casi no se puede menos de obrar con precipitacion; pero que en las enfermedades crónicas no hay la misma dificultad, y tiene ademas el tiempo y la serenidad necesaria para probar contra Moliere, Guy Patin, Agrippa, Valesius, Cardan, Rousseau y Arcesilas, que puede curar no solamente á los enfermos que se restablecen sin auxilios, sino tambien á todos los que se dirijan á él, y cumplir todo lo que de él se exija. ¡Plegue à Dios que asi fuese! Mas una buena prueba de que los mismos médicos conocen su insuficencia en las enfermedades crònicas, es que evitan en lo posible encargarse de ellas. Se llama á uno de ellos para visitar á una persona anciana atacada de una paralisis hace algunos años, y se le suplica que emplee todos sus recursos y su talento en aquel enfermo. No confiesa naturalmente cuán impotente es el arte en sus manos, y busca mil escusas para salir del apuro. Se encoge de hombros, da à entender que el enfermo no tiene suficiente fuerza para sufrir un tratamiento que casi siempre, en efecto, debe atacar profundamente á la economía y debilitarla de un modo singular; espone, componiendo su gesto y su talante, las condiciones desventajosas de la estacion y del tiempo; insinua que se debe dilatar la curacion hasta una época mas propicia, y esperar á que la primavera haya hecho renacer las yerbas saludables; ó bien hablan de aguas minerales muy distantes con las que se han obtenido curaciones de este género, y á donde podrá ir el enfermo á vuelta de seis ú ocho meses, si el cielo le concede vivir hasta entonces. Como quiera que sea, queriendo sin embargo conservar el enfermo sin comprometerse, y sacar partido de la ocasion, pero no sabiendo exactamente qué conducta observar, hace prescripciones, con cuyo resultado no le permite contar ningun dato cierto. Unas veces trata de combatir la astenia por medio de estimulantes internos y esternos, otras quiere reanimar el tono de la fibra á beneficio de una multitud de estractos amargos (1) que le son desconocidos; trata de fortificar

(1) Se lee á cada instante en las observaciones publicadas aun por los médicos mas distinguidos: «administré entonces los amargos,» como si las plantas amargas no difiriesen todas unas de otras respecto á sus efectos particulares.

los órganos digestivos por medio de la quina, ó de purificar la masa de la sangre por medio de yerbas cuyas propiedades no conoce mejor, ó de resolver el infarto de las glándulas y de los capilares del bajo vientre, que sospecha, sin haberle visto jamás, con una turba de sustancias salinas metàlicas y vegetales, ó de espeler por medio de los purgantes ciertas impurezas que preocupan su imaginacion, y de restablecer por algunas horas las evacuaciones retardadas. Allì se ataca un principio artrítico, aquì una gonorrea repercutida, un vicio psórico, ó cualquiera otra acrimonia semejante. Se verifica à la verdad un cambio, pero no es el que se esperaba. Poco á poco, á pretesto de negocios urgentes, se despide el médico, y en fin, cuando le acosan los parientes del enfermo, les consuela diciéndoles que nada puede hacer el arte en semejante caso.

Este es el cómodo almohadon sobre que la impotencia de un arte, tan orgulloso sin embargo, se duerme ordinariamente en una multitud de enfermedades crónicas, la gota, la tisis pulmonar, las úlceras inveteradas, las contracturas, las innumerables hidropesías y caquexias, el asma crónico, la angina de pecho, los dolores, los espasmos, las erupciones cutáneas, los trastornos de las facultades intelectuales, y tantas otras como podria citar todavìa.

En ninguna parte es mas evidente la nulidad de la medicina que en las antiguas afecciones corporales de que casi no hay familia en que deje de padecer alguno de sus miembros, y contra las cuales se ha ensayado en vano la pretendida habilidad de todos los médicos inmediatos y distantes. Los infelices sufren en silencio la pesada carga de sus males indomables, y abandonados por la mano socorredora del hombre, no tienen otro recurso que buscar consuelos en el seno de la religion.

¡Mas esas son enfermedades notoriamente incurables, dicen los médicos de la escuela, encogiéndose de hombros con un aire de compasion: nuestros libros declaran que no se las puede curar! ¡Como si millones de infelices que padecen, pudieran hallar algun motivo de consuelo en esta confesion de impotencia! ¡Como si el sér que ha creado estos infelices no hubiese creado tambien medios de socorrerles! ¡Como si no fuese igualmente para ellos la fuente eterna de una bondad sin límites, respecto de la cual el

amor maternal mas cariñoso solo aparece como una sombra al lado del resplandor del sol!

Oigo tambien decir á la escuela para escusarse, que es preciso atribuir la incurabilidad de estos males á los vicios de nuestras instituciones políticas, á nuestro género de vida tan distante de lo que seria en el estado de la naturaleza, á las consecuencias enervadoras de un lujo que se reproduce bajo mil formas diversas, y que no hay cosa mas fácil de justificar que la impotencia del arte en semejante caso.

Asi, ¡creeis que la sabiduría infinita que vela por los intereses del género humano, no ha sabido hacer entrar las complicaciones de nuestros pactos sociales y nuestro régimen facticio en el plan que ha trazado para asegurar nuestra felicidad, para alejar de nosotros los males y los padecimientos! ¿Qué género de vida seria bastante singular para que el hombre no pudiese acostumbrarse á él sin destruir irrevocablemente su salud? El lardo de foca y el aceite de ballena que con un pan hecho de espinas tostadas de pescados, forman el alimento del Groënlandes no escluyen mas la salud que el uso contínuo de la leche adoptado por el habitante de las montañas de la Suiza, que la alimentacion enteramente vegetal del pobre Aleman, y el alimento casi esclusivamente animal del rico Inglés. Se imaginaria pues que el magnate Húngaro se acostumbra menos fàcilmente y con mas peligro para su salud à los veinte y treinta platos que llenan su mesa, que el Chino á su ligero caldo de arroz, el montañés sajon á sus patatas, el isleño de la mar del sur á sus frutos asados de àrbol de pan, el highlandes de Escocia á sus tortas de avena, etc.

Concedo de buen grado que el conflicto de pasiones opuestas y de goces multiplicados, la indolencia y la falta de ejercicio pueden ocasionar en los palacios de las grandes ciudades enfermedades mas numerosas y mas raras que las que se encuentran bajo el techo rústico de una cabaña de aldea. Pero todo esto nada cambia en el fondo. Nuestra medicina se muestra tan impotente contra los cólicos que padece el hombre del pueblo en la baja Sajonia, el tsœmer de los Húngaros y de los Transilvanos, la radesige de los Noruegos, el sibbens de los Escoceses, el hotme de los Lapones, la pelagra de los Lombardos, la plica de algunas naciones Slavas, y muchas otras afecciones del sen-

cillo habitante de los campos en diversos parajes de la tierra, como contra las enfermedades de los hombres mas civilizados que pueblan nuestras grandes ciudades.

¿Se necesitaria una diferente para los unos y para los otros? ¿Si se hubiese encontrado la verdadera medicina no deberia bastar en todas partes?

No existe, es cierto, en nuestros libros, en nuestras cabezas, en nuestras escuelas; pero existe en sí misma, es posible.

Sucede algunas veces à un médico graduado el producir, como por efecto de la casualidad, una curacion de que todo el mundo se admira, y que le sorprende á él mismo; mas, entre los numerosos medios que ha empleado, ignora á cual de ellos debe referirse el buen éxito. Con bastante frecuencia tambien, uno de esos médicos sin título á que se da el nombre de charlatanes, consigue curaciones no menos sorprendentes; pero ni él, ni su compañero con título saben sacar de este suceso la verdad viva y fecunda. El uno y el otro son incapaces de decir cual es la sustancia que realmente ha sido útil, y de designarla con certeza en medio del fárrago en que está como sumergida. Ni el uno ni el otro determinan exactamente el caso en que esta sustancia se ha manifestado saludable, y en el cual podria volverlo à ser tambien con seguridad. En una palabra, ni el uno ni el otro saben sacar de aquí una verdad cuya aplicacion sea general, un método curativo seguro que convenga á todos los casos futuros, y que jamàs deje de producir su efecto. Lo que han observado, aunque muy notable, casi nunca puede ser útil para lo venidero. Se entreve solamente que es posible una medicina realmente eficaz; pero en este caso como en otros cien semejantes, se adquiere la íntima conviccion de que todavìa no se ha elevado al rango de ciencia, que aun no se conoce el camino en que se la debe buscar, que se ignora como aprenderla y enseñarla à los demas. Es como sino existiera para nosotros.

Sin embargo, entre estas curaciones brillantes, por otra parte poco comunes, se encuentran muchas que, á pesar de todo el ruido que han podido hacer, no merecen que se las imite, porque han sido obtenidas por lo que vulgarmente se llama medicinas de caballo, es decir, por los medios mas violentos, prodigados á dosis enormes, y

que han puesto á los enfermos á dos dedos de su ruina. En estas espantosas luchas de la vida contra la muerte, la naturaleza solo ha podido vencer de este modo porque la balanza se inclinaba un poco á su lado, sin haberlo notado al principio. Los enfermos, con un pie ya en la tumba, se han reanimado y han escapado de la destruccion.

Una curacion producida por dos escrúpulos de resina de jalapa no cede en nada al heleborismo de los antiguos médicos de la Grecia y de Roma.

Semejantes curaciones se parecen demasiado á los asesinatos: el éxito solo les sustrae de la vindicta de las leyes, y aun les da el colorido de una buena accion, de un beneficio. (1)

No puede ser este el arte divino que, à la manera del grande agente de la naturaleza, debe producir los mas grandes efectos de un modo sencillo, suave é imperceptible, con los mas pequeños medios.

El método que nuestros médicos vulgares siguen generalmente en el tratamiento de las enfermedades, se parece mucho à estas espantosas curaciones revolucionarias. Logran en parte su objeto, pero á beneficio de medios nocivos. Por ejemplo, tratan una enfermedad que no conocen y que va acompañada de hinchazon general: en razon de esta hinchazon es á sus ojos una enfermedad que se presenta casi todos los dias. Sin titubear la dan el nombre de *hidropesía*, como si un solo síntoma constituyese la esencia de toda una enfermedad, y en seguida proceden al tratamiento. Quitemos el agua, y está todo dicho. Se ponen manos á la obra, y no perdonan los purgantes drásticos condecorados con el título de hidragogos. El vientre se deprime, los brazos, las piernas y la cara vuelven á ponerse delgadas y enjutas. ¡Ved, dicen, lo que puedo hacer, cuál es el poder de mi arte! ¡Hemos triunfado de una enfermedad tan grave como la hidropesía! Solo hay una pequeña dificultad, y es que ha sobrevenido una nueva enfermedad, en la que nadie pensaba, una

(1) Asi un usurpador cruel se encuentra colocado entre el cadalso y el trono; una ligera circunstancia que le es desfavorable coloca su cabeza bajo el hacha, y la nacion le maldice, ó bien un pequeño suceso que no habia calculado coloca la corona sobre sus sienes y todo el pueblo le adora.

maldita lienteria que debemos atacar ahora con otras armas.

Hé aquí cómo se consuelan de cuando en cuando. Sin embargo, es imposible decir que se ha obtenido la curacion cuando el uso de medios enérgicos y no congruentes no ha hecho mas que quitar á la enfermedad una parte de su forma esterior, y la ha dado un aspecto diferente. Cambiar una enfermedad en otra, no es curar.

Cuanto mas descifro las curaciones ordinarias, tanta mas certeza adquiero de que no son conversiones directas de la enfermedad en salud, sino revoluciones causadas en la marcha natural de las cosas por medicamentos, que si bien no eran, propiamente hablando, convenientes, no tenian sin embargo bastante fuerza para determinar la aparicion de otra forma morbosa. Hé aquí lo que se llama curaciones.

He llegado, dice un médico, á curar á esta señora del histerismo de que estaba atacada.

¡No! no habeis hecho mas que cambiar la forma de su enfermedad, que ha tomado la de una metroragia.

Algun tiempo despues le oigo alabarse de que ha curado la hemorragia uterina.

¿Pero no veis que la piel se pone morena, que las conjuntivas toman un tinte amarillento, que las cámaras son de un color gris blanquecino, y las orinas han adquirido un color anaranjado?

Asi es cómo marchan las pretendidas curaciones; como los actos sucesivos de una misma tragedia.

Los casos mas felices son todavia aquellos en que la revolucion ocasionada por los medicamentos produce otra enfermedad que hace, si puede uno espresarse asi, que la naturaleza olvide la antigua, la deje desaparecer, y no se ocupe mas que de la nueva, hasta que una circunstancia favorable la libre igualmente de esta última. Hay muchas cosas que pueden producir este resultado: la renunciacion á los medicamentos, el vigor de la juventud, la aparicion ó la cesacion de las reglas al tiempo fijado por la naturaleza, un suceso que influya sobre la felicidad. O bien, lo que es tan raro como un quino á la loteria, pero sucede sin embargo algunas veces, la curacion depende de que, entre los medicamentos que han sido prescritos mezclados, se encuentra uno apropiado al caso.

Así, los errores en las targetas que los farmacéuticos ponen en sus medicamentos, han sido muchas veces la causa de curaciones sorprendentes; mas, ¿semejantes sucesos son títulos de recomendacion para un arte que hasta el presente se ha mostrado el mas incierto de todos? Yo no lo creo asi.

El médico ordinario no entiende frecuentemente por curacion mas que una accion violenta ejercida sobre el cuerpo con cosas tomadas en la oficina de un boticario, ó con un régimen enteramente diferente del que seguia el enfermo, y calculado segun los preceptos de la escuela. Es necesario que el enfermo esté bien abatido antes de que yo pueda socorrerle; ¡si me fuera posible solamente hacerle permanecer en la cama! Pero el médico no añade que es tan fácil, aun infinitamente mas fácil, que pase de la cama al ataud, que de la cama á la curacion. Los médicos que no adoptan los principios de la teoría de la escitacion, acostumbran á prescribir casi siempre un régimen directamente contrario al que seguia el enfermo. Su secta lo quiere asi. Disponen jamon, caldos sustanciosos, aguardiente, à veces en casos en que solo el olor de la carne da náuseas al enfermo, que no puede soportar mas que el agua fria. Tampoco le economizan los remedios violentos à dosis enormes.

Unos y otros están autorizados por sus escuelas para seguir esta marcha. Nada de dosis risibles, dicen, obrad atrevida y enérgicamente, tan fuerte como podais. Tienen razon si, por *tratar* debe de entenderse *revolucionar*

¿Pero cómo es que un arte tan necesario cómo la medicina ha hecho tan pocos progresos durante los treinta y cinco siglos transcurridos desde Esculapio? ¿Qué obstáculos, pues, ha encontrado? Porque lo que los médicos han hecho hasta el dia apenas es la centésima parte de lo que hubiera podido y debido hacerse.

Todos los pueblos que gozan de los beneficios de la civilizacion, aun los que no los disfrutan mas que de un modo imperfecto, han conocido la necesidad, el inestimable precio de este arte. Le suponian en los que se vendian por médicos. Los mismos médicos han afectado en casi todos los tiempos delante de sus enfermos que le poseian plena y enteramente; pero entre sí y en sus escritos han tratado de ocultar los vacios y las contradicciones de su

pretendida ciencia, agotando los recursos de la dialéctica en construir sistemas con conjeturas, hipótesis y definiciones, y han amontonado tambien sistemas sobre sistemas, para que cada secta con su jefe á la cabeza pudiese alabarse de haber elevado un templo digno del Dios que pronuncia en él sus oráculos para todo el que llega.

Los tiempos mas remotos son los únicos que se esceptuan bajo este punto.

Jamàs faltó menos para descubrir el arte de curar que en la época de Hipócrates. Este observador escrupuloso estudiaba la naturaleza en la naturaleza. Describia las enfermedades exactamente sin añadirlas nada, sin darlas coloridos, sin permitirse ningun raciocinio. Ningun médico le ha aventajado despues en talento para la observacion pura. Un solo ramo de la medicina le faltaba todavía á este favorito de la naturaleza, con el cual hubiera poseido el arte entero; este es el conocimiento de los remedios y de su uso. Mas tampoco afectaba tener este conocimiento: hasta confesaba que carecia de él no prescribiendo casi ningun medicamento, y contentàndose con someter el régimen á algunas reglas.

Todos los siglos posteriores à Hipócrates han degenerado; todos se han separado mas ó menos del camino trazado por él, si se esceptuan los últimos partidarios de la ilustre secta de los empìricos, y hasta cierto punto Areteo (1).

Los sofistas penetraron en la medicina. Algunos buscaron el origen de las enfermedades en un principio enemigo general, en un veneno productor de casi todos los males, que era preciso combatir y estinguir. De aquí la idea de esos antìdotos que reunian un número inmenso de ingredientes, y que debian curar casi todos los males; de aquí esa triaca, ese mitridato y otras composiciones anàlogas tan celebradas desde Nicandre hasta nosotros. Desde estos tiempos data la desgraciada idea de que mezclando entre sì muchas drogas no puede menos de encon-

(1) Por pintorescas que sean sus descripciones de enfermedades no son sin embargo mas que cuadros de generalidades estractados de muchos casos individuales. Hipócrates no habia obrado asi, pero los patólogos modernos han seguido la misma marcha que Areteo.

trarse una entre su número que sea apta para vencer al enemigo de la salud, aun admitiendo que se conociese poco ó nada la tendencia de cada una. Esta opinion fue adoptada por Galeno y por Celso, por los últimos médicos griegos y por los árabes. No se disistió de ella en la renovacion de las escuelas de medicina en Bolonia, Padua, Sevilla y París, durante la edad media. Domina todavía en todas las escuelas modernas.

Durante este largo período, que abraza cerca de dos mil años, ha estado muy descuidada la observacion pura de las enfermedades. Se queria ostentar mas ciencia, y se empleaba el tiempo en buscar las causas primarias de las enfermedades, porque se imaginaba que despues de haberlas encontrado seria fácil elegir remedios contra ellas. Galeno inventó con esta mira un sistema, el de las cuatro calidades y sus grados, y hasta hace siglo y medio se siguió ciegamente en todo nuestro hemisferio. Mas apoyándose en todas estas quimeras, no se curaba mejor que antes de su invencion; muy lejos de esto, se curaba menos.

Cuando se hizo mas fácil comunicar las ideas y crearse un nombre fabricando hipótesis, cuando se pudieron leer los escritos de otros sin grandes gastos, en una palabra, despues de la invencion de la imprenta, se multiplicaron los sistemas y se derribaron los unos á los otros hasta nuestros mismos tiempos. Entonces atribuyeron las enfermedades tan pronto á la influencia de los astros, tan pronto á la de espíritus maléficos y hechiceros; los alquimistas las hicieron consistir en su sal, en su azufre y en su mercurio; Silvio en su ácido, en la bilis y en la pituita; por los iatromatemáticos y los mecánicos en la forma de las partículas, en la gravedad, en la presion, en la frotacion, etc.; por los humoristas en ciertas acrimonias de los humores; por los solidistas en cambios en la tonicidad de la fibra y en el estado de los nervios; por Reil en una modificacion en la composicion íntima y en la forma de las moléculas; por los iatroquímicos en la produccion de diferentes gases, etc. Nuestras memorias se acuerdan muy bien todavía del modo con que Brown y sus partidarios esplicaban las causas de las enfermedades, y del atrevimiento con que querian reducir el grande arte á dos solos axiomas. Paso en silencio los gigantescos y ridículos esfuerzos de la filosofía llamada natural.

Ya no se quiso ver las enfermedades tales como eran, ni contentarse con lo que se veia, sino que se trató siempre de buscar *á priori* su origen, que jamás descubriremos en las regiones inaccesibles á los mortales. Nuestros forjadores de sistemas se complacian en estas regiones hiperfísicas, en las que les era fácil no perder terreno; porque en este imperio sin límites de la imaginacion, es rey el que más se eleva sobre los cinco sentidos. El barniz de superioridad que sabian darse al construir estos colosos aéreos, ocultaba su impotencia en el arte de curar.

Se me dirá sin embargo que, desde la invencion de la imprenta, las ciencias preliminares de la medicina, la historia natural y la física en general, la anatomía, la fisiología, la química y la botánica en particular, han hecho notables progresos.

Sin duda que sí; pero es una cosa que merece las mas profundas meditaciones, el indagar de qué ha dependido que estos conocimientos, que efectivamente aumentan mucho el saber del médico, no hayan sin embargo contribuido en nada á perfeccionar el arte de curar. Su influencia inmediata se reduce á muy poco, y ha habido tiempos en que su abuso ha perjudicado á la medicina práctica.

Se ha visto á los anatómicos creerse en posesion de los medios de esplicar las funciones del cuerpo vivo, y pretender que lo que sabian de la situacion de las partes internas bastaba para esplicarse hasta los fenómenos morbosos. Siendo, segun ellos, las membranas ó el tejido celular de un órgano continuacion de las membranas ó del tejido celular de otro, nada mas fácil que comprender las metastasis por este medio. Si llegaba á faltar este recurso, siempre se encontraba algun filetito nervioso que pudiera servir como de puente para la traslacion de la enfermedad de una region del cuerpo á otra. Apenas se descubrió el sistema de vasos linfáticos, se apresuró la anatomía á demostrar á los médicos el camino que debian seguir en este aparato las sustancias medicinales, para llegar á la parte del cuerpo en que se necesita su accion benéfica, y no economizó estas demostraciones materiales tan perjudiciales al verdadero arte de curar. Aun mas de una vez ha reinado de un modo déspota, negando el título de médico, á todo el que no dirigia el escalpel como ella lo habia prescrito, y no sabia decir inmediatamente el nombre de

la menor depresion de la superficie de un hueso, ó à la insercion del mas pequeño músculo, y hasta de músculos que solo debian la individualidad à sus disecciones. Los exámenes de un aspirante al doctorado versaban entonces en gran parte sobre la anatomìa; y cuando la sabía de memoria, cuando la conocia hasta el pedantismo, se le declaraba médico consumado.

La fisiologia nunca habia mirado mas que al través del prisma de las hipótesis, de las esplicaciones groseramente mecánicas y de los axiomas escolásticos, cuando Haller emprendió el demostrar que solo los sentidos y la verdadera esperiencia pueden hacernos conocer los fenómenos del cuerpo humano en estado de salud. Apenas se ha enriquecido la ciencia desde este gran hombre. Unicamente se ha añadido á ella lo poco que las sustancias, las fuerzas y las leyes nuevamente descubiertas podian enseñarnos tocante à las funciones de la economìa. Pero, aun con todos estos recursos, hay pocas funciones que sea capaz de esplicar de un modo conforme á la verdad.

La física ha tenido frecuentemente la poca modestia de mezclarse en la esplicacion de los fenómenos de la salud y de la enfermedad; asi ha pretendido que las leyes de la produccion, de la combinacion y de la propagacion del calòrico y de la electricidad en el mundo inorgánico, podian servir sin ningun cambio, ni la menor escepcion, para esplicar las operaciones de la vida.

Mas ninguna de las ciencias preliminares del médico ha igualado á la química en cuanto á sus pretensiones. Es indudable que esplica algunos de los fenómenos del cuerpo del hombre sano y enfermo, y que nos sirve de guia en la preparacion de muchos medicamentos; pero son incalculables las veces que ha usurpado el dominio en las teorías fisiológicas y patológicas, y que se ha mostrado pronta á autorizar el uso de tales ó cuales remedios.

Repito que es digno de todas nuestras meditaciones, el llegar á descubrir como estas ciencias tan recomendables bajo otros muchos conceptos, y que han progresado con tanta rapidez de medio siglo á esta parte, no han contribuido sin embargo de un modo notable á perfeccionar el tratamiento de las enfermedades. Veamos de encontrar la causa de esto.

La anatomìa nos manifiesta bien el esterior de todas

las partes que pueden separarse por medio del cuchillo, de la sierra ó de la maceracion, pero no nos pone en estado de contemplar su interior. Aun cuando abramos una víscera, no vemos mas que el esterior de sus superficies internas. Aun cuando disecáramos animales y aun hombres vivos no penetrarian mas nuestras miradas en el interior de las funciones ejecutadas por las partes que tuviéramos á la vista. Los mejores microscopios tampoco aumentan el alcance de nuestra vista en esta parte, cuando la refraccion no nos los convierte en un manantial de ilusiones. Por todas partes y de todos modos solo vemos las esterioridades de los órganos, una sustancia grosera; nuestro ojo terrestre jamás percibe la esencia íntima y los detalles de la operacion.

Es verdad que reuniendo esperiencias puras y meditaciones imparciales á los datos suministrados por la anatomía, la física y la química, hemos llegado á formar una gran masa de proposiciones verosímiles acerca de las funciones y de los fenómenos vitales del cuerpo humano sano, porque en el cuerpo sano los fenòmenos se reproducen con bastante semejanza, lo que ha permitido observarles frecuente y comparativamente bajo todos los puntos de vista de los conocimientos que tienen con ellos alguna relacion. Mas no es menos cierto y muy desanimador que las nociones antropológicas ó fisiológicas empiezan á sernos inútiles precisamente en el momento en que el cuerpo se aparta de la salud. Toda esplicacion de un acto morboso deducida de lo que sabemos acerca de las funciones en el estado de salud, no es mas que una pura ilusion que se aparta mas ó menos de la verdad. Por lo menos carecemos entonces de los signos por cuyo medio podriamos reconocer la exactitud de estas esplicaciones trasladadas asi de un dominio á otro, y de cuando en cuando son refutadas por la esperiencia que las juzga en último resultado. Asi una esplicacion no conviene al estado morboso por el solo hecho de aplicarse al estado de salud. Que lo confesemos ó no, es evidente que en el momento en que tratamos de contemplar antropológicamente el estado del cuerpo enfermo, un denso velo se estiende sobre nuestros conocimientos fisiológicos, que antes despedian tan vivo resplandor. Todo lo que sabemos en fisiología se desploma cuando tratamos de esplicar los fenómenos que se

verifican en un cuerpo enfermo. Nos queda muy poco ó nada de que poder sacar partido. No hay duda que la aplicacion forzada de los axiomas de la antropología á la patología nos permite dar una especie de esplicacion, pero esta es siempre una ilusion y un error capaz de estraviarnos.

La química no debia pretender esplicar de un modo exacto la marcha anómala de las funciones del cuerpo enfermo, no pudiendo hacerlo sino muy rara vez cuando se trata del estado de salud. Nos dice lo que deberia suceder con arreglo á sus axiomas, y es enteramente opuesto lo que se verifica. La vitalidad tiene sobre ella mucha superioridad en el estado de salud, y mas todavía en el de enfermedad, en que tantas otras potencias desconocidas ejercen tambien su accion. Tampoco debia mezclarse en decidir acerca de la oportunidad ó inoportunidad de los medicamentos, puesto que lo que estas sustancias tienen de nocivo ó de saludable no entra en el punto de vista bajo que ella las considera, y porque no tiene principios ni medida que la permitan juzgar si serán ó no útiles en los diversos casos morbosos.

Asi el hombre que se dedica al arte de curar ha estado siempre aislado y desamparado por esas ciencias accesorias tan encomiadas, y abandonado por sus sistemas hiperfísicos; todos estos pretensos auxilios salen fallidos cuando se presenta solamente una fiebre intermitente que no ha querido ceder á los evacuantes y á la quina.

¿Qué hacer en semejante caso? pregunta á sus oráculos; ¿qué conducta guardar para conseguir un resultado cierto? Un profundo silencio es la única respuesta que recibe.

Vuelve á entrar en sí mismo y le ocurre la malhadada idea de que su irresolucion, relativamente á lo que debe hacer en este caso, depende de que no conoce la naturaleza íntima de la fiebre intermitente. Ojea veinte manuales los mas celebrados, y si no se han copiado unos á otros los autores, encuentra tantas esplicaciones como libros ha abierto. ¿Cuál de estas esplicaciones debe elegir por guia? Todas ellas se contradicen. Bien veo, se dice á sí mismo, que esta marcha no puede conducirme á nada.

Desde entonces, ya no vuelve á ocuparse de la fiebre intermitente, y se limita á averiguar cuáles son los medi-

camentos que, ademas de la quina y de los evacuantes, han sido preconizados por la esperiencia de todos los tiempos. Abre de nuevo sus libros, y ve con la mayor sorpresa que se han hecho célebres contra la fiebre intermitente una multitud de remedios.

¿Por cuàl deberà empezarse, qué convendrà dar despues y por cuàl habrá que concluir? Dirige sus miradas en derredor; pero no se le aparece ningun àngel conductor, ninguna inspiracion del cielo le dice al oido qué sustancia debe elegir entre un número tan considerable.

¿Qué cosa mas natural ni mas conforme á la debilidad humana que á falta de medio para dirigir su eleccion, tome el funesto partido de mezclar á la vez un gran número de los anti-febrífugos mas recomendados, y de administrar la mezcla à su enfermo? ¿Qué otro medio puede haber de salir del apuro en que se encuentra, mas que el de reunir así muchas drogas? No pudiendo nadie decirle si una de ellas posee una naturaleza diferente de la de las otras, cree que ninguna cosa mejor puede hacer que introducir las mas que pueda en su fórmula (1) Y aun cuando, dice, cada ingrediente difiriese de los demas por su modo de obrar, siempre seria igualmente ventajoso multiplicar en la mistura el número de sustancias que han sido reputadas como anti-piréticas.

Era necesario ser muy desgraciado, dice, para que

---

(1) Los médicos instruidos tratan de justificar la complicacion de sus recetas diarias, diciendo que la mayor parte de los ingredientes han sido puestos en ellas con arreglo á miras racionales, es decir, á consecuencia de indicaciones que cada vez se presentaban; y que toda receta construida segun las reglas del arte debe tener una forma ortodoxa, es decir, comprender una *base* ó sustancia fundamental, un *correctivo* capaz de obviar los inconvenientes de la base, un *ayudante* destinado á encubrir las debilidades de esta misma base y un *escipiente* ó *vehiculo* que dé la forma al todo. De estos dos pretestos, el primero estriva en un hecho imaginario, y el segundo, en sutilezas escolásticas; porque ¿cómo es que el opio añadido á la mezcla no produce el sueño, las sales neutras su efecto laxante ó la tisana de sauco el efecto sudorífico? ¿Por qué las mezclas en que entran estas diversas sustancias, no determinan en la mayoría de casos, los efectos referidos si son exactas las indicaciones que han determinado à admitirlas en la mezcla

entre la multitud de sustancias que hago entrar en este elixir y en estas píldoras, en este electuario, en esta pocion ó en este apocema, no hubiera à lo menos una capaz de producir algun bien. Puede suceder que la sustancia útil sea el medicamento mas reciente y mas enérgico, y que las demas que la acompañan, menos útiles, ó solo aptas para retardar la curacion, sean las menos activas. Esperémosla y entreguémonos à la ventura.

¡ Periculosæ plenum opus aleæ ! ¿Qué pensar de un arte que funda sus operaciones en la casualidad?

Ahora, que sea ó no eficaz este medicamento compuesto, pregunto: ¿cómo es que se ha sabido que tal ó tal droga conviene en la fiebre intermitente?

Las materias médicas, se me responde, lo dicen al tratar de cada una de ellas.

¿Mas, de donde les han venido esas nociones? Indicadme los autores que han empleado cada una de estas drogas sola y sin mezcla en las fiebres intermitentes.

¡Oh! eso no puedo hacerlo. Unos citan testigos ó materias médicas anteriores en apoyo de su asercion. Otros nada citan, ni dicen sin embargo de dónde han sabido lo que nos enseñan.

Hojeémos pues las obras de los que nos dan por garantes. La mayor parte de estos no deben la conviccion que ostentan à sus propias observaciones. Se refieren casi siempre à otras materias medicas, ó bien à Ray, Tabernæmontanus Tragus, Fuchs, Tournefort, Bahuim, Lange, etc.

¿Y estos qué dicen?

Remiten à la práctica doméstica. Aldeanos, gentes sin instruccion han confirmado el hecho en tal ó cual comarca. ¿Y los otros garantes, qué nos enseñan?

Dicen que han empleado con buen éxito tal ó tal droga simple, no sola à la verdad, sino mezclada con otras, como debe hacerlo todo médico instruido. Sin embargo, por eso no dejaban de juzgar que el buen resultado debe atribuirse à dicha sustancia y no à las demas drogas que se le habian unido, ó que se habian administrado al mismo tiempo que ella.

¡Hermoso consuelo! ¡Escelente conviccion es la que se funda en una simple opinion destituida enteramente de probabilidad !!! En una palabra, casi todas las auto-

ridades, en lo concerniente à los efectos de las sustancias medicinales simples, estriban finalmente, ó en el uso tumultuoso de estas drogas mezcladas con otras, ó en las prática doméstica, es decir, en los ensayos hechos casualmente por personas estrañas al arte, y que han visto que tal ó cual sustancia era útil en tal ó cual enfermedad: ¡como si el que no es médico pudiese distinguir las enfermedades!

¡Este es verdaderamente el manantial cierto y puro de nuestra orgullosa materia médica! Y sin embargo, si los hombres estraños al arte no hubiesen hecho ensayos con sus riesgos y peligros, y si no hubiesen transmitido el resultado de sus esperiencias à otros, ignoraríamos todavia lo poco que sabemos respecto á la mayor parte de los medicamentos. Porque si se esceptua lo que han hecho un corto número de hombres de mérito, como Conrad Gesner, Stœrk, Cullen, Alexander, Coste y Willemet, que han empleado medicamentos simples y sin ninguna mezcla, unas veces en enfermedades determinadas, otras en sugetos sanos, todo lo que los demas médicos nos dicen no es mas que una opinion, una creencia, una impostura. Marc Herz creia que el felandro habia curado la tisis ulceroza, aunque le administró reunido á otras muchas cosas (1). Cuando Lange asegura que el vulgo emplea frecuentemente esta planta sola en dicha enfermedad, es para mi de mucho mas peso que la opinion del consejero Herz, por la muy sencilla razon de que en un caso se trata del felandro mezclado con varias drogas, y en el otro del mismo vejetal esento de toda mezcla.

Aun en los tiempos mas remotos no se encontraba la materia médica en un estado tan mezquino. Entonces tenia por base las relaciones de curaciones hechas con sustancias simples consignadas en las tablas votivas. Diocórides y Plinio evidentemente han tenido à la vista

(1) Tal es el procedimiento indisculpable y generalmente seguido por todos los médicos. Jamás disponen una sola sustancia, siempre la mezclan con otras, es decir, sirviéndonos del lenguage científico, escriben recetas. No se puede llamar *receta*, dice Gruner, mas que á lo que contiene muchos ingredientes. ¡Asi os sacais los ojos para ver mas claro!

los groseros descubrimientos del vulgo al escribir cuanto nos han transmitido acerca de los efectos de los medicamentos simples. ¡De este modo no hemos dado ni siquiera un paso mas al cabo de diez y de veinte siglos! ¡Cuàn turbia estás, fuente única de nuestros conocimientos acerca de las virtudes de las sustancias medicinales! ¡Y hé aquí con lo que se satisface la sabia corporacion de los médicos, en un siglo tan ilustrado como el nuestro, cuando se trata de la cosa mas importante para los mortales, del mas precioso de todos los bienes terrestres, la vida y la salud de los hombres! No nos sorprendamos pues del resultado.

Si despues de tales antecedentes hubiera todavia alguno que esperase que la medicina diese un solo paso á su perfeccion siguiendo este camino, es preciso que la naturaleza le haya negado absolutamente la facultad de distinguir lo verosímil de lo imposible.

Para colmar la medida de los errores y de las ilusiones en el uso de los medicamentos contra las enfermedades, se ha imaginado la farmacia moderna, arte cuya existencia se funda en la mezcla de estas sustancias. Jamás caerán en un descrédito absoluto las fórmulas compuestas mientras que el cuerpo de boticarios, tan poderoso en el dia, conserve su influencia.

¡Funestos tiempos de la edad media que produgeran un Nicolàs Myrepsus, á ejemplo del cual se publicaron despues tantos dispensarios y tantas farmacopeas en Italia y Alemania! Antes, los boticarios no eran mas que mercaderes sin privilegio de medicamentos simples, drogueros. Cuando mas, vendian un poco de triaca y de mitridato, pero sin estar obligados á ello, y ademas algunos emplastos, ungüentos y jarabes para uso de los galenistas. El médico, solo compraba en las tiendas donde vendian géneros de la mejor calidad, y mezclaba despues entre sí estas drogas simples con arreglo à sus propias luces. Nadie le impedia tampoco administrárselas á sus enfermos sin haberlas mezclado.

Mas desde que los gobiernos introdugeron los dispensarios, es decir, las colecciones de medicamentos compuestos de que se debe tener provision, fué necesario reunir á los boticarios en corporacion, y darles en cambio de la obligacion que se les imponia, un mono-

polio en virtud del cual se halla fijado y restricto su número, para que no puedan perjudicarse los unos á los otros por la competencia, y para que las drogas dispendiosas no se alteren por falta de suficiente despacho.

Habiendo cometido la autoridad el error de sancionar estas mezclas informes en los dispensarios, era efectivamente equitativo que se concediese á los boticarios el privilegio esclusivo de venderlas. Mas su primer yerro ha consistido en apoyar el absurdo arte de las mezclas, porque sin su intervencion el comercio de las sustancias medicinales simples hubiera continuado como antes se encontraba, y no se hubiera necesitado de estos privilegios de boticarios, que poco á poco han ocasionado un perjuicio incalculable á la medicina.

Todos los dispensarios, desde los mas antiguos hasta los mas modernos, han dado á cada fórmula compuesta un nombre muy sonoro, tomado de la enfermedad que estaba destinada á curar, y despues de cada fórmula sigue una instruccion del modo de usarla, con elogios sin límites. Con esto los médicos jóvenes se vieron impelidos á emplear los medicamentos compuestos de preferencia á los simples, tanto mas cuanto que los primeros tenian en su favor la sancion de los gobiernos.

Una vez investidos los boticarios del privilegio, les interesaba aumentar en lo posible el número de las mezclas, porque sacaban de ellas mucho mas producto que de las drogas simples. Así es como el pequeño dispensario, en octavo, de Valerius Cordus fué remplazado poco á poco por los codes en folio de Viena, de Praga, de Augsburgo, de Brandeburgo, de Wurtemberg, etc. Desde entonces no hubo ya una sola enfermedad conocida contra la cual no ofreciese el dispensario una multitud de medicamentos compuestos, ó por lo menos de fórmulas acompañadas de pomposos elogios. Desde entonces solo se necesitaba para ser médico consumado coger una de estas colecciones de recetas sancionadas por la autoridad local. ¿Qué le podia faltar en efecto al que queria curar las enfermedades? ¡Cuánto no le habian facilitado el estudio y la aplicacion del grande arte!

Solo en estos últimos tiempos es cuando se ha hecho sufrir alguna modificacion á este estado de cosas. Las fórmulas de los dispensarios han tomado nombres

menos marcados de charlatanismo, y se ha disminuido la lista de los compuestos, sobre todo de los que deben estar preparados con anticipacion en las boticas. Pero todavia queda un buen número de fórmulas magistrales.

El tiempo habia hecho caer en olvido las perlas, las piedras gemas, los bezardos, el unicornio, etc., que de tanta utilidad eran en otro tiempo para los boticarios; habian sido simplificadas las composiciones de los medicamentos, ya nadie pedia alcohol diez veces cohobado, ó calomelanos que hubieran sufrido doce sublimaciones, y la introduccion de tarifas mas severas para los boticarios, amenazaba convertir sus antiguas minas de oro en simples minas de plata, cuando de pronto tomaron las cosas inesperadamente un giro de los mas favorables á sus interéses, y por esta misma razon tanto mas perjudicial á la medicina

Los antiguos reglamentos relativos á la medicina (1), habian ya empezado á dar à los boticarios el monopolio de la preparacion de los medicamentos compuestos, y à limitar en esta parte la accion de los médicos. Mas las nuevas leyes han dado la última mano á esta obra, prohibiendo á los médicos hasta la facultad de convertir los medicamentos simples en medicamentos compuestos, y la de dar á sus enfermos ninguna droga medicinal.

No se podia trabajar de un modo mas eficaz en la destruccion de la medicina.

Tres motivos podian haber dado lugar à estas disposiciones legislativas. Podia uno preguntarse:

1.° Hay en los médicos modernos una incapacidad bastante notoria para preparar los medicamentos compuestos, y aun para pesar convenientemente las sustancias simples, para que se les deba prohibir esta facultad como á las comadres el uso del forceps? Si esta cruel suposicion fuese fundada ¿cómo podrian los médicos formular recetas, es decir, prescribir el modo de mezclar entre sí muchos medicamentos, si se les juzga incapaces de hacer por sì mismos lo que mandan practicar à otros?

2.° ¿O bien se ha obrado asi para interés de los boticarios à quienes habria perjudicado el que los médicos dispensasen por sí mismos los medicamentos? Si no exis-

(1) Por ejemplo, *Constitutiones Friderici II* imperatoris.

tiese la medicina en el mundo, mas que á causa de los boticarios, si no cayesen enfermos nuestros hermanos mas que para alimentar á los farmacéuticos, si los hombres instruidos debieran hacerse médicos, menos para curar á sus semejantes, que para enriquecer á aquellos, entonces se concebiria fàcilmente por quese prohibió à los médicos la dispensacion de los medicamentos, y se entregó al monopolio de los boticarios.

3.º ¿O se ha hecho, en fin, para beneficio del enfermo? Deberia creerse que tal ha sido, en efecto, el objeto de las leyes relativas al ejercicio de la medicina. Examinemos si se ha conseguido con las que estan vigentes.

No dispensando por sí mismo el médico los medicamentos, pierde la habilidad necesaria para ejecutar los procedimientos que exige la mezcla de muchas sustancias medicinales, que las mas de las veces ejercen una accion quìmica las unas sobre las otras, y se descomponen mas ó menos. Poco á poco se va haciendo cada vez menos pràctico en este arte, y concluye por no poder ya hacer ninguna fórmula detallada (1), y aun por disponer algunas que encierran sustancias incompatibles, y ser asi la irrision del boticario. Desde entonces se encuentra enteramente à discrecion de este último. Es preciso que el doctor y el enfermo se contenten con lo que quiera hacer el boticario, ó aun el aprendiz ó mancebo de botica.

Quiere el médico, por ejemplo, prescribir en forma de polvo la mirra y el alcanfor á partes iguales, porque la falta de hábito en las manipulaciones hace que ignore que estas dos sustancias jamás pueden producir polvo, y que, por el contrario, resulta de ellas una masa untuosa, ó una especie de líquido, cuando se las tritura largo tiempo juntas. Pues entonces el boticario para, jugar una pieza al médico, le manda las puches ó el liquido en lugar de los polvos, con algunas anotaciones llenas de sarcasmos, ó bien engaña al doctor por conservarse con él en

(1) He aquí como se llega á un resultado que efectivamente es ya casi general en el dia. El médico se vé reducido á no atreverse á imaginar por sí mismo una receta; se vé obligado á copiar todas cuantas necesita de algun dispensario conocido, para no esponerse al peligro de cometer contradicciones é inconsecuencias farmacéuticas.

buena armonìa, y dá al enfermo otra cosa muy diferente de la prescripcion, unos polvos morenos cualquiera que tengan el olor del alcanfor. Si prescribe el médico contra la hemoptisis el polvo de alumbre y de la sal comun triturados juntos, sales que á pesar de ser cada una de por sí una sustancia seca, sin embargo no es polvo lo que resulta de su trituracion comun, sino un líquido, con que no podia adivinar el médico por no estar habituado á dispensar por sí mismo los remedios ¿qué harà el boticario en semejante caso? No le queda otra alternativa mas que ofender al doctor ó engañarle.

¿Es posible que tales colisiones y otras mil de este género redunden jamás en provecho de los enfermos?

Las equivocaciones de toda especie que el boticario ó sus delegados cometen en las mezclas, ya por ignorancia ó precipitacion, ya por falta de exactitud ó por cálculo de interés privado, son para los peritos que analizan estas mezclas un problema de solucion frecuentemente dificil, y aun à veces imposible, cuando se trata de séres sacados del reino vegetal. ¿Cuànto mas dificil no debe ser todavía para el médico que jamás ha tenido ocasion de practicar la farmacia, y al que está prohibida hasta la operacion de asociar los medicamentos? ¿Cómo conocerá las equivocaciones y falsificaciones que otro haya podido cometer al ejecutar sus prescripciones? ¿Si no conoce esto, lo que fácilmente se concibe por lo limitado de sus conocimientos en la materia, qué inconvenientes no pueden y deben resultar de ello para los enfermos? Y si no puede descubrirlo, ¿cómo impedir que los aprendices ó mancebos de boticarios se rian á su costa cuando haya vuelto la espalda?

Privando al médico del derecho de dispensar por sì mismo los medicamentos, todo se convierte en mayor utilidad de los boticarios. ¿Con arreglo á qué tarifa podrán comprobarse sus cuentas? Y si teme un registro ¿no tolera su conciencia reemplazar á una sustancia dispendiosa otra que lo sea menos, sustituciones que muchos boticarios han llevado hasta la truhanerìa? Semejantes fechorias se cometen hace mas de quince siglos. La obrita de Galeno *Peri antiballomenon* nos revela ya algunos hechos de este género, y se podria formar una pequeña biblioteca *solo* con los libros que se han pu-

blicado sobre las falsificaciones y los fraudes que se permiten los boticarios.

¿Qué confianza se puede tener sabiendo esto, en un tratamiento que tiene por objeto curar á los enfermos?

Mas se dirá, las leyes relativas al ejercicio de la medicina no han tratado solo de los boticarios, se han ocupado tambien de los médicos que reciben un tanto por receta.

¡De este modo se concede al médico la misma suma por la receta que copia en un dispensario impreso, que por aquella cuya concepcion le cuesta una hora de trabajo! ¡Admiraos, pues, de que prefiera hacer copias, de las cuales puede ejecutar un gran número en una sola mañana! ¡Admiraos de que escriba mucho, y aun mucho mas de lo que exigen los intereses del enfermo, cuando se le paga en razon del número de sus recetas, y necesita multiplicar mucho el precio de estas, para asegurar su existencia, ó para vivir con esplendor!

¡Adios, pues, arte de curar!!! ¡Adios, salud de los enfermos!!!

Aun dejando aparte lo que tiene de humillante para un sabio, para un artista de primer órden como deberia ser el médico, el hacerse pagar segun el número de sus copias ó de sus viajes, es indudable que la institucion no llena su objeto. La medicina se encuentra reducida á la condicion de una profesion vulgar, y llega á ser un ejercicio el mas mecánico de todos los oficios: el médico escribe recetas sin inquietarse por el resultado, y recibe sus honorarios.

¿Cómo se le podria hacer responsable del resultado no siendo él quien prepara los remedios? (1) Esta preparacion está confiada por el Estado á otro sugeto que nada tiene tampoco que ver con el resultado, (si se esceptuan los casos en que comete enormes errores) y al que no se puede someter á ninguna prueba por las inexactitudes sin número que comete en la preparacion de los

(1) Hablando en propiedad, un tratamiento, es una especie de contrato que hace el enfermo solamente con el médico: *do, ut facias.* El médico le promete auxilios, le ofrece remedios saludables y preparados lo mejor posible. Mas no depende de él cumplir esta promesa; las leyes le prohiben la facultad de hacerlo: la promesa debe cumplirla un tercero que ninguna obligacion ha contraido con el enfermo. ¡Qué inconsecuencia!

remedios conpuestos, por que las mas de las veces es imposible, una vez hecha la mezcla, presentar la prueba de lo que habia de deponer contra él.

Teniendo por objeto el arte de curar la salud de los enfermos, es decir, el mas noble y el mas importante de todos los artes, la naturaleza misma de las cosas exigia que se prohibiese al médico, bajo pena correccional, y aun so pena de muerte, el hacer preparar por otros los remedios necesarios para sus enfermos: deberia obligársele á prepararlos por sí mismo, para que pudiera responder de los efectos que resultasen de ellos.

Mas nadie hubiera imaginado jamás *á priori*, que pudiese estar prohibido al médico preparar por sí mimo lo que emplea para salvar la vida de sus semejantes.

La autoridad hubiera debido mas bien prohibir á un Ticiano, á un Guido Reni, á un Miguel Angel, á un Corregio, á un Rafael, á un Mengs, el preparar por sì mismos los colores de que se servian, y obligarles á comprarlos en tal ó cual tienda de preferencia à otra. Entonces sus cuadros, en lugar de ser inimitables obras maestras, se hubieran convertido en pinturas vulgares, y en muestras de tabernas ó bodegones. Pero hubiera sido menos malo esto que poner en peligro la vida aun del mas vil esclavo, que siempre es hombre, obligándole á tomar medicamentos inciertos, preparados por personas qne no puedan merecer su confianza.

Si en medio de semejante estado de legislacion se encontrase un médico que tuviese la prudencia de renunciar á esta funesta costumbre de prescribir mezclas de muchos medicamentos, y que tanto por el interés de sus enfermos, como por el de la ciencia solo quisiese recurrir à drogas simples, cuya bondad fuese facil de probar, seria escarnecido hasta que abandonase un método tan fatal para la bolsa de los boticarios. Se veria reducido á sufrir persecuciones mortales, ó á cambiar de conducta y volver de nuevo á las fórmulas compuestas. En semejante alternativa ¿qué partido tomarán de cien médicos los noventa y nueve? ¿lo sabeis? ¡pues yo lo sé muy bien!

¡Adios, pues, arte de curar !!! ¡Adios salud de los enfermos!!!

Carta á un médico de alta categoría acerca de la urgencia de una reforma en medicina (1).

No puedo resistir, mi querido amigo, al deseo de manifestaros enteramente mi modo de pensar y mis convicciones, las que hace ya tiempo que tengo ganas de confiar al público.

Hace diez y ocho años que me he separado del camino tan trillado en medicina. Era para mí un suplicio el marchar siempre en la oscuridad, con nuestros libros, cuando tenia que tratar enfermos, y prescribir con arreglo á tal ó cual hipótesis sobre las enfermedades, cosas que tampoco debian mas que al arbitrio su colocacion en la materia médica. Se me hacia un cargo de conciencia el tratar los estados morbosos desconocidos de mis hermanos dolientes por estos medicamentos desconocidos (2), que

(1) Publicada en 1808, y dirigida á Hufeland.

(2) Tenemos, respecto á un gran número de medicamentos, una multitud de conjeturas que se contradicen, y que los hechos refutan á cada instante, un fárrago de nociones físicas y químicas; pero nuestros libros no dicen en qué casos determinados de enfermedades convienen y producen con seguridad la curacion. Nos son casi enteramente desconocidos bajo el punto de vista, propiamente hablando, médico.

en su cualidad de sustancias muy activas pueden, cuando no tienen el carácter de una rigorosa apropiacion, que el médico no podria darles, puesto que no ha examinado todavía sus efectos propios, pueden tan fácilmente, digo, hacer pasar de la vida à la muerte, ó producir afecciones nuevas y males crónicos, frecuentemente mas difíciles de curar que lo era la enfermedad primitiva. Hacerme de este modo el asesino ó el verdugo de mis hermanos era para mi una idea tan espantosa y tan abrumadora, que en los primeros tiempos de mi matrimonio renuncié à la práctica, para no esponerme à dañar, y me ocupé esclusivamente de química y de trabajos literarios.

Pero bien pronto tuve hijos. Enfermedades graves se apoderaron de aquellos séres queridos, que eran mi carne y mi sangre. Mis escrúpulos se aumentaron al ver que no podia proporcionarles un alivio cierto.

¿Dónde encontrar auxilios y auxilios seguros con nuestra teoría de medicamentos, que no se funda mas que sobre vagas observaciones y con frecuencia tambien sobre puras congeturas, con estas innumerables doctrinas de las enfermedades que llenan nuestras nosológias? Solo puede permanecer tranquilo en medio de semejante laberinto, el que crea sin exámen todo cuanto se ha dicho acerca de las virtudes de los medicamentos, porque lo encuentra en cien volúmenes; que mira como otros tantos oráculos no solo las definiciones que nuestros patólogos dan de las enfermedades, sino que tambien las pretendidas curaciones de estas enfermedades con arreglo á las miras arbitrarias de que están llenas nuestras terapéuticas; que no atribuye las muertes sobrevenidas en su práctica á su hábito de obrar, por decirlo así, à ciegas y sin reflexion; que no conoce que debe atribuirlo á la incertidumbre y à la nada de su arte, si las enfermedades agudas se agravan y se prolongan en sus manos, si las afecciones crónicas se muestran rebeldes en lo general; que todo lo hace depender solamente, muerte y exasperacion, de la incurabilidad del mal, de la desobediencia del enfermo, ó de otras ligeras circunstancias semejantes, y que tiene la conciencia bastante ancha para contentarse con estas escusas, para continuar combatiendo las enfermedades, que mira al través del prisma de sus sistemas, con medicamentos hasta ahora desconocidos, cuya accion tie-

me bastante influencia sobre la vida y la muerte.

¿Dónde pues encontraremos socorros seguros? decia suspirando el padre abrumado con las lágrimas y los dolores de sus queridos hijos. ¡Todo era tinieblas y desierto en su derredor! ¡En ninguna parte encontraba alivio para su corazon oprimido!

Ocho años de práctica ejercida con la mas escrupulosa atencion me habian ya hecho conocer la nulidad de los métodos curativos ordinarios. Sabia demasiado, por mi triste esperiencia, lo que se debia esperar de los preceptos de Sidenham y de Hoffmann, de Boerhaave y de Gaubius, de Stoll, de Quarin, de Cullen y de Dehaen.

Sin embargo, quizá es inherente á la naturaleza misma de la medicina, como lo han dicho ya muchos grandes hombres, el no poderse elevar á un grado mayor de certeza.

¡Blasfemia, idea humillante, esclamaba golpeándome la frente! ¡Qué! no hubiera podido la sabiduria infinita del espíritu que anima el universo producir medios de aliviar los padecimientos causados por las enfermedades, á las que no obstante ha permitido que puedan afligir à los hombres!

¡La soberana bondad paternal de aquel que ningun nombre podria designar de un modo digno de él, que provee ampliamente á las necesidades hasta de los animalillos invisibles para nosotros, que esparce con profusion la vida y el bienestar por toda la creacion, seria capaz de un acto tiránico, y no hubiera querido que el hombre hecho á su imágen pudiese con el soplo divino que le penetra y le anima encontrar en la inmensidad de las cosas creadas, medios à propósito para librar á sus hermanos de padecimientos muchas veces peores que la misma muerte! ¡El padre de todo lo que existe, veria con sangre fria el martirio á que condenan las enfermedades à la mas querida de sus criaturas, y no hubiera permitido al genio del hombre, que sin embargo hace todo lo posible, encontrar un modo fácil y seguro de mirar las enfermedades bajo su verdadero punto de vista, y preguntar à los medicamentos para saber en qué casos puede ser útil cada uno de ellos, y prestar un auxilio real y seguro!

Hubiera renunciado à todos los sistemas del mundo, mas bien que admitir una blasfemia semejante.

¡No! ¡Hay un Dios, un Dios bueno que es la bondad y la sabiduría mismas! Debe pues haber tambien un medio criado por él de mirar las enfermedades bajo su verdadero punto de vista, y de curarlas con certeza, un medio que no este oculto en las abstracciones sin fin y en las hipótesis, de las que solo la imaginacion hace el gasto.

Mas ¿por qué no se ha encontrado este medio despues de veinte ò veinte y cinco siglos que hace que hay hombres que se llaman médicos?

Porque estaba demasiado cerca de nosotros, y era demasiado facil, porque no se necesitaban para llegar á él ni sofismas brillantes, ni hipótesis seductoras.

Bien! me decia yo. Puesto que debe haber un medio seguro y cierto de curar, asi como hay un Dios el mas sabio y el mejor de todos los séres, dejaré el campo ingrato de las esplicaciones ontológicas, no escucharé ya las opiniones arbitrarias, cualquiera que sea el arte con que han sido reducidas á sistemas, no me inclinaré mas ante la autoridad de los hombres célebres; pero buscaré al rededor de mí, donde debe estar, este medio, en el que nadie ha pensado, porque era demasiado sencillo, porque no parecia bastante sabio, porque no estaba rodeado de coronas para los maestros en el arte de construir hipótesis y abstracciones escolásticas. Solo podia convenirme á mí, que no queria, por complacer á un sistema, por adular à un jefe de secta, entregar mis hijos enfermos á la muerte que les hubiera preparado la práctica vulgar. Así no me he envanecido con la obrita (*la medicina de la esperiencia*), en la que he dado á conocer este medio. Bastaba para mi satisfaccion el haberle encontrado, el haberle presentado á mis hermanos bajo las sencillas formas que convienen á la verdad, y haberles abierto un nuevo camino, en cuanto era posible hacerlo por escrito, es decir, sin demostracion, à la cabecera del enfermo en un hospital.

En cuanto á mi, hé aquí de qué modo entré en este camino nuevo. ¿Cómo llegarás à saber, me decia, para que estados morbosos han sido criados los medicamentos? ¿Emplearás *experimenta per mortes* en las enfermedades mismas? ¡Oh! no; los veinte y cinco siglos, durante los cuales se ha seguido este solo camino, demuestran demasiado que no conduce mas que á la ilusion y jamas á la certeza.

Tú debes, pensaba yo, observar el modo cómo los medicamentos obran sobre el cuerpo del hombre, cuando se encuentra en el tranquilo estado de la salud. Los cambios que determinan entonces no suceden en vano, y ciertamente deben significar alguna cosa; porque ¿de no ser así para qué se verificarian? ¡Quizà es esta la única lengua en que pueden espresar al observador el objeto de su existencia; quizá las modificaciones y las sensaciones que producen en el organismo del hombre sano, en el que no se vé ahogada su voz por la de los sìntomas morbosos, es el ùnico modo con que pueden revelar al observador, sin preocupaciones, su tendencia especial, la energía positiva y pura en virtud de la cual obran sobre el cuerpo, es decir, destruyen la armonía que constituye la salud, y la restablecen cuando ha sido perturbada por la enfermedad!

Me decia despues; ¿cómo podrian producir los medicamentos lo que verifican en las enfermedades, á no ser en virtud de esta propiedad, de que gozan, de modificar el cuerpo del hombre sano (1)? Seguramente no podrian curar mas que de este modo.

Mas si los efectos que los medicamentos producen en las enfermedades dependen únicamente de la propiedad, en virtud de la que producen cambios en el hombre sano, se sigue de esto que aquel entre cuyos síntomas se encuentra el conjunto de los síntomas característicos de un caso morboso cualquiera, debe tener el poder de curar con seguridad esta enfermedad, puesto que hay una grande analogìa entre los accidentes á que esta última da lugar, y los que él mismo produce en el hombre sano. Síguese de esto, en una palabra, que los medicamentos

(1) Esta propiedad varía ciertamente en cada mineral, de los que por consiguiente cada uno ofrece una série particular de fenómenos, de accidentes y de sensaciones. Cada género de plantas debe tambien tener una accion medicinal distinta; las mismas especies deben igualmente diferenciarse entre sí bajo este aspecto, puesto que la constancia de sus caractéres esteriores indica ya que son séres diferentes. ¡La providencia pues nos ha dispensado abundantemente las potencias curativas! Así solo se necesitan hombres bastante sabios é independientes para sacudir las cadenas de la preocupacion, y renunciar à las teorías. ¡Tén paciencia humanidad doliente!

no pueden curar mas que enfermedades análogas á las que ellos mismos son aptos para producir, y que no determinan mas que los efectos morbosos que tienen la facultad de curar en las enfermedades.

Si no me engaño, continuaba diciéndome, debe ser así. Porque, de otro modo, ¿cómo seria posible que la fiebre terciana y la fiebre cuotidiana, cuya curacion radical he obtenido hace algunas semanas por medio de una ó dos gotas de tintura de quina, ofreciesen síntomas semejantes á los que ayer y hoy he observado en mi mismo, cuando por via de esperimento he tomado poco á poco, aunque bien sano, cuatro dracmas de quina buena?

Desde entonces me puse à recoger los accidentes que los observadores habian visto de cuando en cuando resultar de los medicamentos introducidos en cierta cantidad en el estómago de hombres sanos, y que los habian consignado sin intencion en sus libros. Pero como no obtenia así mas que un corto número de nociones, empecé á ensayar muchas sustancias sobre sugetos sanos, y noté que los accidentes que determinaban, correspondian de una manera sorprendente á los de los estados morbosos que eran susceptibles de curar facilmente y sin recaida.

Entonces no pude dejar de mirar como una proposicion incontestable, que es preciso renunciar á todas las discusiones ontológicas acerca de la enfermedad, objeto para siempre enimágtico; que basta al que quiere curar, considerar cada enfermedad como un grupo de síntomas y de sensaciones, para poder estinguirla sin resistencia con el auxilio de una sustancia medicinal, capaz de producir por sí misma síntomas morbosos análogos en un sugeto sano, bajo la condicion todavía de que el enfermo evite las causas apreciables de esta enfermedad, si se quiere que la curacion sea duradera.

He observado que este modo de considerar las enfermedades, abrazando todos los síntomas que ofrece cada caso particular, era el único exacto, el único que convenia para la curacion; que las formas morbosas admitidas en nuestras nosológias, esos retratos, construidos con fragmentos desprendidos de casos disparatados, no debian ya impedir en adelante que nosotros tomásemos una idea verdadera de los males que la naturaleza ofrece

á la cabecera del enfermo, que las terapéuticas no podian ya inducir á error á los médicos concienzudos, con sus indicaciones curativas arbitrariamente imaginadas, y que ya no habia necesidad de perderse en discusiones metafísicas y escolásticas sobre la impenetrable causa primaria de las enfermedades, de esa manía de racionalismo, que nunca ha conducido mas que á métodos quiméricos de tratamiento.

Reconocí que el único modo de curar se habia encontrado ya sin ninguna adicion de parte de los hombres, sin el menor barniz científico.

¡Mas nadie habia seguido todavía este camino! Me ví obligado á lanzarme en él solo, entregado á mis propias fuerzas y ayudado solo de mis recursos. Lo hice con confianza y con feliz resultado.

Elige los medicamentos con arreglo á los síntomas que una observacion repetida te haya hecho observar que producen por sí mismos en el cuerpo del hombre sano, adminístralos en los casos de enfermedad que te ofrezcan un grupo de síntomas comprendidos en la série de los que tal ó cual sustancia es capaz de producir por sí misma, y curarás la enfermedad con seguridad, la curaràs con facilidad. En otros términos, busca cuál es el medicamento que entre los síntomas producidos por él en el cuerpo de un hombre sano, ofrece del modo mas completo el conjunto de los que presenta un caso dado de enfermedad, y este medicamento producirà la curacion con seguridad y facilidad.

Esta ley, que he tomado de la naturaleza misma de las cosas, la sigo hace ya bastantes años, sin haber tenido jamás necesidad de recurrir á los métodos de la medicina vulgar. Hace doce años que no necesito purgantes para evacuar la bilis ó la pituita; ni tisanas refrigerantes, ni resolutivos ó incisivos, ni anti-espasmódicos, ni calmantes ó ipnópticos, ni irritantes, ni fortificantes, ni diuréticos, sudoríficos. ni rubefacientes, ni vejigatorios, ni sanguijuelas, ni ventosas, ni cauterios; en una palabra, ninguno de esos medios, que la terapéutica general de los diversos sistemas prescribe para llenar indicaciones curativas imaginarias. Desde entonces he curado únicamente con sujecion á la ley de la naturaleza que acabo de enunciar, y de la que no me he separado ni una sola vez.

¿Y cuál ha sido el resultado? Ha sido el que debia ser. No cambiaria por todos los bienes mas alabados de la tierra la satisfaccion que me ha proporcionado este modo de proceder.

En el curso de mis investigaciones, que han exigido tantos años, he hecho un importante descubrimiento. He observado que cuando los medicamentos obran sobre el hombre sano producen dos séries opuestas de síntomas, de los cuales los unos aparecen inmediatamente ó poco despues que la sustancia ha sido introducida en el estómago, ó puesta en contacto con una parte cualquiera, mientras que los otros, enteramente contrarios, se manifiestan poco despues de la desaparicion de los primeros. He confirmado además que el único caso en que los medicamentos proporcionan un auxilio duradero, es aquel en que hay concordancia entre los síntomas que determinan durante las primeras horas de su accion sobre el hombre sano y los de la enfermedad que se quiere combatir, porque entonces esta última es estinguida con una prontitud increible por la enfermedad muy análoga à que da lugar la sustancia medicinal. Esto es lo que yo llamo *Método curativo ó radical*, porque el solo cura de un modo duradero, con certeza y sin males consecutivos.

Por otra parte he reconocido tambien, lo que ahora es fácil de prever, que siguiendo la marcha inversa, que es la que adoptan ordinariamente las escuelas (*contraria contrariis curentur*) es decir, oponiendo los efectos primitivos de los medicamentos á los síntomas morbosos contrarios, por ejemplo, el opio á un insomnio habitual ó à una diarrea crónica, el vino á una debilidad inveterada, los purgantes á una astriccion de vientre habitual, solo se obtiene una curacion paliativa, un alivio de algunas horas solamente, porque transcurrido este espacio de tiempo sobreviene el segundo periodo de la accion medicamentosa, que ocasiona lo contrario que el efecto primitivo, es decir, un estado análogo al de la enfermedad que se quiere combatir, y que por consiguiente no hace mas que aumentar este y agravarle.

Siempre que la medicina ordinaria tiene que combatir síntomas por medio de medicamentos (1), jamás lo hace

(1) En efecto, ademas de su práctica de moderar ciertos sín-

mas que con sujecion á las reglas consagradas por el uso, es decir, de un modo paliativo. Hasta el dia no se conoce el proceder curativo que acabo de indicar.

Mas este descubrimiento es tan importante, que si se le pusiese en pràctica la esperiencia demostraria bien pronto á todos, que únicamente aplicando los medicamentos con sujecion al método curativo *similia similibus*, es como se obtiene un resultado duradero, en muy poco tiempo y con el auxilio de las mas débiles dosis, mientras que el método paliativo, seguido por todos los médicos sin escepcion, solo puede aliviar durante algunas horas, despues de las cuales el mal reaparece mas fuerte que antes à no ser que, como sucede frecuentemente, dé el médico algunos dias de duracion á este alivio momentáneo, repitiendo y aumentando progresivamente las dosis. Mas por otra parte, con estas altas dosis de un medicamento, que no es curativo y homeopàtico, produce, como efectos consecutivos, nuevos estados morbosos que frecuentemente son mas difíciles de curar que la enfermedad primitiva, y con bastante frecuencia tambien se terminan al fin por la muerte.

Se vé, sin necesidad de insistir mucho en ello, que este método paliativo no puede ser de ninguna eficacia en las enfermedades crónicas, y volver á una salud perfecta á los que estan atacados de ellas. Tambien nos demuestra la esperiencia que hasta el dia no se ha curado ninguna afeccion crónica en poco tiempo por la medicina, y que si alguna vez sucede que lleguen á restablecerse los enfermos, este resultado depende de un cambio feliz producido, ya por la actividad espontánea de la naturaleza, ya por un medicamento conveniente, que la casualidad ha hecho entrar en el número de los que se han usado, ya en fin de otras circunstancias fortuitas.

Ademas de estos trastornos, á veces irreparables, que el método paliativo produce en la salud de los hombres, tiene tambien el inconveniente de consumir una cantidad increible de medicamentos dispendiosos, que se vé obligado à prodigar á dósis á veces enormes para producir tan solo alguna apariencia de resultado favorable. Así se ha

---

tomas, la medicina ordinaria tiene todavía otras muchas que son mas arbitrarias y mas intempestivas, si es posible.

visto à Jones en Londres consumir cien libras de quina en un año, y hay médicos que anualmente necesitan muchas libras de opio.

Esto es lo contrario precisamente del método curativo. Como este solo necesita de la mas pequeña escitacion medicinal para estinguir con prontitud una escitacion morbosa análoga, sus necesidades, en cuanto á sustancias medicinales de buena calidad, se reducen á muy poco, aun para aquellas que mas usa, de suerte que recelo dar solamente una evaluacion aproximativa, por miedo de sorprender demasiado.

Siguiendo este método, que difiere de todos los demas, y que les es casi enteramente opuesto, el médico cura con una certeza sorprendente las enfermedades crónicas aun las mas inveteradas; y cuando, entre los medicamentos bien conocidos, se encuentra uno que les convenga perfectamente, las cura en un espacio de tiempo tan corto, que su poca duracion escede toda creencia, sin dejar subsistir ningun dolor, ni ninguna incomodidad.

Ahora, si la principal, la única mision del médico es, como yo lo creo, curar las enfermedades, librar á sus hermanos de una multitud de males que les impiden disfrutar los goces de la vida, que les hace á menudo insoportable la existencia, y ponen frecuentemente la vida en peligro, ó trastornan su razon, ¿cómo aquel, en cuyo pecho lata un corazon sensible, ó arda la mas pequeña chispa de nobles sentimientos que inspire al hombre el deseo de ser útil à sus semejantes, podria dudar un solo instante en elegir este método infinitamente mejor que todos los demas, y menospreciar las creencias de las escuelas aunque tengan en su favor tres mil años de data? Las escuelas no nos enseñan à satisfacer nuestra conciencia curando à los hombres; pero nos instruyen en lo que debemos hacer para presentarnos á los ojos del mundo con aire de sabiduria y de ingenio. Unicamente un hombre sin energía es el que mira las preocupaciones nocivas como una cosa santa é inviolable, porque existen: el verdadero sàbio al contrario, las desprecia lleno de gozo, para reemplazarlas con la verdad eterna, que no necesita del moho del tiempo, de los atractivos de la novedad ó de la moda, y de las declamaciones del espíritu de sistema para obtener sancion.

Era necesario que al fin abriese alguno la lid, y yo lo he hecho.

En el dia ya está abierto el camino Todos los hombres concienzudos pueden seguirle.

Pero si este método, que la contemplacion sosegada de la naturaleza, y el desprecio de las preocupaciones consagradas, me han hecho descubrir, está en contradiccion directa con todos los dogmas de nuestras escuelas, como en otro tiempo las predicaciones lanzadas por Lutero de lo alto de la cátedra de Wittemberg lo estaban con el espíritu de la gerarquía sacerdotal, la falta no es debida ni à mis verdades, ni á las de Lutero.

Refutad estas verdades (1), si podeis, dando á conocer un método curativo mas eficaz todavía, mas seguro y mas agradable que el mio; no le refuteis con palabras, que ya tenemos bastantes.

Mas si la esperiencia os prueba, como á mí, que mi método es el mejor, servíos de él para curar y para salvar à vuestros semejantes, y honrad en esto á Dios.

---

(1) Lo poco que hay de positivo en el inmenso número de las obras de medicina, consiste en la curacion descubierta por casualidad de dos ó tres enfermedades producidas por un miasma que permanece siempre semejante á sí mismo, la fiebre intermitente de otoño de los pantanos, el mal venéreo y la sarna de los trabajadores en lana. Se podria añadir á esto el gran descubrimiento fortuito de la preservacion de la viruela por medio de la vacuna. Pues estas tres ó cuatro curaciones no se verifican mas que en virtud de mi principio, *similia similibus*. La medicina no tiene otra cosa de positivo que ofrecernos desde los tiempos de Hipócrates; la curacion de todas las demas enfermedades le ha sido desconocida.

VALOR DE LOS SISTEMAS

EN MEDICINA,

CONSIDERADOS SOBRE TODO CON RESPECTO A LA PRACTICA QUE DE ELLOS DIMANA. (1)

El modo cómo las diversas partes constituyentes del hombre forman un cuerpo en conjunto, cómo se rehacen las unas sobre las otras y sobre las potencias que obran sobre ellas del esterior, cómo producen los órganos necesarios al ejercicio de la vida, y cómo estos órganos forman un todo, un individuo vivo y sano, no puede esplicarse, como siempre se ha intentado hacerlo hasta el dia, ni por los principios de la mecànica, de la física ó de la química, ni por las leyes á que los sólidos y los líquidos obedecen en la naturaleza inorgánica, ni por la gravitacion, ni por el frotamiento, ni por el choque, ni por la fuerza de inercia, ni por las leyes de la atraccion, de la cohesion ó de la repulsion, ni por la figura de las partes, ni por las leyes de la elasticidad, de la espansion ò de la contractilidad de los cuerpos inorgànicos, ni por las de la propagacion de la luz y de la produccion del calor,

(1) Este fragmento salió à luz en 1808.

ni en fin por los fenómenos del magnetismo, de la electricidad y del galvanismo.

Aunque todas las partes constituyentes del cuerpo humano se encuentren en lo restante de la naturaleza, sin embargo ejercen todas entre sí, para corresponder á las exigencias de la vida y à los demas destinos del hombre, una accion tan particular, que este modo absolutamente especial de comportarse respecto las unas de las otras y del mundo esterior, no puede apreciarse mas que con arreglo á él mismo, y se opone á las esplícaciones tomadas de la mecánica, de la estàtica, de la física y de la quìmica. Las teorías que se construyen hace bastantes siglos, todas han parecido forzadas y sin fundamento, cuando se las ha sometido al crisol de la esperiencia y á una critica imparcial.

Sin embargo, á pesar de tantas decepciones, los fisiòlogos y los patólogos siempre han venido á parar á estas hipótesis, no con la esperanza de ser conducidos por ellos á esplicaciones de que el arte de curar hubiera sacado algun provecho, sino porque fundaban su orgullo en esplicarlo todo, aun lo imposible. Creian que no podian tratar las enfermedades, estos estados anormales del cuerpo humano, sino despues de haber comprendido las leyes que presiden al estado normal y anormal del organismo humano.

Esta fué la primera y la principal ilusion que se hicieron á si mismos y al mundo. Esta malhadada creencia es la que, desde Galeno hasta nosotros, ha hecho à la medicina un teatro de hipótesis estrambóticas, y con frecuencia contradictorias, de esplicaciones, de demostraciones, de congeturas, de dogmas y de sistemas, cuyos funestos efectos son incalculables. El estudiante se imaginaba que poseia el arte de reconocer y curar las enfermedades, cuando se habia atestado la cabeza de estas hipótesis gratuitas, muy apropiadas para trastornársela, y para alejarle en lo posible del verdadero punto de vista bajo el que deben considerarse las enfermedades y su tratamiento.

Aun los observadores medianos veian de cuando en cuando una multitud de hechos que atestiguaban que eran falsas las teorías atomísticas y químicas de las funciones en el hombre sano y de los cambios interiores

sobrevenidos en las enfermedades; pero para salir de este abismo, se caia en el no menos peligroso de la supersticion, porque no se podia renunciar á la idea de que es un deber para el médico esplicarlo todo.

Tan pronto se imaginaba un principio espiritual que dirigía y dominaba todas las acciones del organismo en el estado de salud y en el de enfermedad; tan pronto se creia haber encontrado la causa de los temperamentos y de las constituciones, como tambien la de las enfermedades y de las epidemias, en la influencia de los cuerpos celestes que están separados de nosotros por millares de leguas; tan pronto en fin, se aplicaban al cuerpo humano las antiguas ideas místicas que se refieren al número tres, se veia en él una miniatura del universo, y se creia esplicarlo por los limitados y miserables datos que tenemos sobre el conjunto de la creacion.

Hé aquí como todos los jefes de las sectas médicas y sus secuaces se alejaban mas ó menos de la verdad en sus apreciaciones de la salud, de las enfermedades y del tratamiento reclamado por estas últimas. Millares de libros en folio, en cuarto y en octavo, muy apropiados para disgustarnos con semejante manía, y para hacer sentir un tiempo tan mal empleado, demuestran demasiado que todos estos inmensos esfuerzos solo han conducido á locuras peligrosas.

Mas si las hipótesis fisiológicas y patológicas han sido mas perjudiciales que útiles al arte de tratar las enfermedades, en lo que se verá forzado á convenir todo hombre imparcial, ¿de qué sirven pues?

El médico, se responde, no podria pasarse sin un hilo teórico, al que pudiese en cierto modo referir sus meditaciones y sus acciones, y atenerse al mismo á la cabecera de los enfermos. Todo hombre que no es un simple jornalero, desea darse cuenta de la naturaleza de los objetos de que se ocupa, y del estado en que va á ponerlos.

Sí, replico yo, pero es preciso que este hilo no sea ni un hilo de araña, ni un guia á propósito para estraviarle; sin lo que perjudica mas que si no le hubiese.

Es cierto que los materiales de que el mecánico se sirve tienen propiedades físicas y químicas, y que el trabajador no puede ponerlos convenientemente en prác-

tica sino despues de haber aprendido á conocer tan bien como le sea posible estas propiedades.

Pero es muy diferente cuando se trata de objetos cuya esencia consiste en manifestaciones de vida; y notablemente cuando hay que tratar el cuerpo del hombre para conducir sus modificaciones morbosas al estado de salud, ó su espíritu para desarrollarle y ennoblecerle. En uno y otro caso el objeto sobre que se opera no puede ser juzgado ni tratado con sujecion á los principios físicos ó químicos, como el hierro del forjador, la madera del carpintero, los colores del tintorero.

Asi pues, el médico y el instituidor no pueden dispensarse, antes de ponerse á operar sobre el cuerpo y el espíritu del hombre, de tener un conocimiento prévio de su objeto, que les dirija en cierto modo como por la mano hasta el fin de sus trabajos. El uno y el otro necesitan de conocimientos de distinto género, porque su objeto, el individuo vivo, es de una naturaleza muy diversa.

Tampoco podrian sacar ningun partido de los ensueños metafísicos y místicos que holgazanes presumidos han imaginado sobre la esencia íntima del organismo sobre la vida, la escitabilidad, la sensibilidad y la nutricion del cuerpo, sobre la naturaleza del espíritu considerado como cosa absoluta.

¿Cuál de nuestros sistemas ontológicos sobre la naturaleza íntima, para nosotros inpenetrable, del alma humana, sería apropiado para ayudar al instituidor en el cumplimiento de su noble tarea? Podria perderse en el dédalo de las abstracciones sobre el yo y el no yo, sobre la esencia del espíritu en sí mismo, etc., que han salido del cerebro enfermo de los sofistas de todos los tiempos; mas lo que estas sutilezas trascendentales le suministrarian de útil y de aplicable, no compensaria el trabajo que se habia tomado en estudiarlas. No es dado á los mortales conocer *á priori* la esencia del espíritu humano.

El instituidor sabio está bien persuadido de esta verdad. Así se ahorra en lo posible fatigas inútiles, y para adquirir todos los conocimientos que su objeto exige de él, se atiene á el *á posteriori*, á lo que el alma nos deja percibir de ella por sus manifestaciones de activi-

dad, á la psicologia experimental. Ni puede, ni necesita saber mas.

En el mismo caso se encuentra el médico. Lo que une las partes vivientes del cuerpo humano, de modo que hace de ellas un tan admirable organismo, lo que las obliga á conducirse de un modo tan directamente contrario á su primitiva naturaleza física ó química, lo que las anima y las impele á tan sorprendentes acciones automàticas, en fin, esta fuerza fundamental no puede representarse como un sér aparte; no hacemos mas que entreverla de lejos, pero se escapa á todas nuestras investigaciones, á todas nuestras percepciones.

Ningun mortal conoce el *substratum* de la vitalidad, ó la disposicion íntima *à priori* del organismo vivo. Ningun mortal puede profundizar semejante objeto, ni aun siquiera descubrir su sombra: las lenguas humanas ya hablen en prosa, ya en verso, solo espresan en cuanto á este punto quimeras ó galimatias.

Durante los dos mil años que hace que se han ocupado los hombres de filosofia y de medicina, no se ha dado el mas pequeño paso en el conocimiento *á pirori* de la vitalidad del cuerpo organizado, ni de la fuerza intelectual que obra dentro de él. Todas las frases desprovistas de sentido, por cuyo medio se ha creido establecer demostraciones, todas las sutilezas de los sofistas sobre este objeto, cuyo conocimiento nos es inaccesible, no han venido á parar á nada; el verdadero sabio, el filósofo modesto las han mirado siempre con repugnancia.

Ni aun se podria concebir un medio que fuese susceptible de conducirnos à este conocimiento.

No, jamàs, jamás llegarán los mortales à la intuicion de lo que se oculta en el santuario de las ideas del Dios criador, infinitamente superior á nuestra limitada inteligencia.

Por consiguiente, todo lo que el médico puede saber de su objeto, el organismo viviente, todo lo que de él necesita saber, se limita à lo que los sabios entre nosotros un Haller, un Blumenbach, un Wrisberg, han entendido bajo el nombre de fisiologia, y lo que se podria llamar biologia esperimental, es decir, á los fenómenos apreciables por nuestros sentidos del cuerpo humano sano, considerados aisladamente y en sus conexiones. Lo

imposible, es decir, el como se verifican estos fenómenos, está totalmente fuera del círculo de nuestros conocimientos necesarios en fisiológia.

Paso á la patologia, en la que el mismo furor de los sistemas, que ha vuelto la cabeza á los fisiólogos metafísicos, ha engendrado tambien tantas hipótesis sobre la esencia íntima de las enfermedades, sobre lo que hace que las enfermedades del organismo sean enfermedades, en una palabra, sobre lo que se ha llamado la causa próxima ó interior.

Ningun mortal tiene una idea clara de lo que en este caso se busca, aun cuando fuese dado á algun sér creado el imaginar un medio apropiado para suministrarnos la intuicion de lo que constituye la esencia de una enfermedad en sí misma. Sin embargo, una multitud de sofistas han afectado el aire importante de gentes que poseyeran esta penetracion.

La patología humoral, esa doctrina tan querida sobre todo del pueblo, que considera el cuerpo enfermo como un vaso lleno de impurezas de todas especies, y de acrimonias condecoradas con nombres griegos, que producen tan pronto congestiones y degeneraciones de líquidos y de sólidos, tan pronto la putridez, tan pronto la fiebre, en una palabra, todo aquello de que un enfermo puede quejarse, y que reclaman remedios emolientes, diluyentes, purificantes, incisivos, incrasantes, refrigerantes, evacuantes, purificantes: la patología humoral, digo, habia atravesado un gran número de siglos, luchando de cuando en cuando contra algun sistema nuevo, tal como los de los iatromáticos, de los químicos, de los solidistas, etc., cuando apareció un hombre que, como si hubiera hecho penetrar sus miradas en el interior de la naturaleza, sostuvo con una inconcebible audacia, que no hay mas que una fuerza fundamental, la vida, que esta fuerza no hace mas que aumentar ó disminuir, acumularse ó agotarse en las enfermedades, y que solo se deben mirar estas bajo el punto de vista de la debilidad ó del esceso de fuerza. Este hombre arrebató los sufragios de todo el mundo médico, prueba palpable de que jamás se habia estado convencido ni satisfecho de las ideas recibidas hasta entónces, que no habian producido mas que el efecto de una nube flotante en el espíritu. Se

acogiò avidamente esta doctrina, cuya pequeñez pasó por sencilla. Todas las demas fuerzas fundamentales de la vida, que no son sin embargo inverosímiles, aunque tampoco contribuyen en nada al arte propiamente dicho de curar, fueron abandonadas para no tener ya que reflexionar mucho sobre las enfermedades y su tratamiento. Solo se trataba de determinar arbitrariamente el grado de la escitabilidad, con arreglo á la escala del maestro, para elevar ó rebajar esta fuerza, y ponerla á nivel á beneficio de medios escitantes y deprimentes; porque tambien habian sido reducidos todos los medicamentos al papel de agentes distintos unos de otros, solamente por la cuota de su potencia escitante. ¿Y qué era pues esta escitabilidad? ¿Se podia dar una idea apreciable de ella? ¿No nos aturdia Brown con palabras que no ofrecian sentido claro? ¿No nos conducia á admitir un modo de tratamiento de las enfermedades que, no conviniendo mas que á un corto número de casos, y aun no siendo apropiado mas que en parte à estos, debia en la inmensa cantidad de las demas, tener por resultado una agravacion ó una muerte pronta?

Vino despues la escuela trascendental, que rehusó admitir una fuerza fundamental única de la vida. Se vió aparecer el dualismo, y tuvimos la filosofía llamada natural. Los que miraban eran muchos; y cada uno veia las cosas bajo un nuevo aspecto, cada uno forjaba un nuevo sistema. No hubo mas que una especie de enajenacion mental que les fue comun à todos, la de querer no solamente esplicarse claramente la esencia *á priori*, la naturaleza íntima de las cosas por la intuicion de su propio yo interior, sino que tambien el tenerse à sí mismos por los criadores de todos, y construir à su modo de sus propios fondos. Todo lo que han dicho de la vida en sí misma y de la esencia del hombre era, como el conjunto de sus dogmas, tan ininteligible que no se podia encontrar en ello ningun sentido.

La palabra humana que solo conviene para espresar percepciones recibidas por los sentidos, ò ideas colectivas deducidas de estas percepciones, y de las que cada una, pudiendo fácilmente convertirse en ejemplos concretos, se asemeja por esto á las condiciones de la sensibilidad, la palabra humana se resistia à espresar sus imágenes

poéticas; asi se torturaban el espíritu para imaginar nuevas palabras huecas de las que componian periodos ininteligibles, espresando sutilezas tan escéntricas y trascendentales, que se veia uno embarazado para adivinar si habian querido escribir una sátira de los abusos del ingenio, ó una elegía sobre su pérdida.

A la filosofía natural debemos el haber trastornado y desordenado la cabeza de un gran número de jóvenes médicos. Mas ha tenido hasta aqui demasiada presuncion para ocuparse mucho de las enfermedades y de su tratamiento. Espíritu aéreo y sin cuerpo, voltigea mas allá del sistema solar lejos de los límites de la realidad; parece que no piensa dejar todavía en mucho tiempo estas altas regiones para descender al círculo de accion de la práctica, y en realidad casi no puede hacerlo, porque está perdida en los espacios imaginarios.

Sin embargo, hace poco tiempo ha dado un impulso á un ramo que quiere aproximarse mas á la medicina. Esta otra escuela ha vuelto á poner en boga la hipotesis de las antiguas funciones animales, naturales y vitales, aunque con nombres nuevos, para esplicar la naturaleza de las enfermedades. Mas ¿por qué camino cree llegar á conocer hasta qué punto la sensibilidad y la reproduccion, que ella atribuye arbitrariamente á los órganos, están exaltadas, disminuidas ó cambiadas de naturaleza en un caso individual, á cuál de estas tres aptitudes principales debe referirse de preferencia una enfermedad dada, qué estado absoluto resulta de esto para el organismo entero, y cómo puede llegarse con seguridad al conocimiento del remedio necesario? ¡Qué inmenso problema, pero insoluble, y cuya solucion seria por tanto indispensable para que el sistema pudiese ser útil al arte de curar! Por otra parte ¿qué ideas precisas, concretas, inteligibles, se refieren á estas tres palabras, irritabilidad, sensibilidad y reproduccion? porque no es necesario jugar con palabras vacías de sentido.

Ninguna de estas estériles hipótesis podria proporcionar *á priori* en los casos individuales una idea exacta de las enfermedades, capaz de hacernos encontrar el remedio apropiado para cada una de estas últimas, lo que sin embargo debe ser el único objeto del arte de curar. ¿Cómo justificarse ante la sana razon, cuando se quiere que el mé-

dico práctico coloque entre las cosas que le importa estudiar estas sutilezas teóricas de las que jamàs se puede hacer la menor aplicacion?

El sér el mas consecuente y el mejor de todos ha probado su sabiduría infinita haciendo imposible al hombre lo que le era inútil.

El moralista sabe que estándole negado el conocimiento ontológico de la esencia íntima del alma humana, porque para nada podia servirle, solo necesita, ademas de la psicologia esperimental, de la historia de los errores prácticos del espìritu y del corazon del hombre, y del conocimiento de los medios por los que puede, en cada caso particular, conducir al hombre estraviado al sendero de la virtud.

Sócrates, que conocia tan bien el corazon humano, que tenia una opinion tan esquisita de la moralidad y de lo que hace à los habitantes de la tierra verdaderamente felices, Sócrates solo necesitaba conocer la historia de las faltas cometidas por los que á él se dirigian para conducirles á la virtud por medio de argumentos apropiados y con el mejor de todos, su propio ejemplo. Sabia que Aristodemo despreciaba la divinidad; apreció por sus acciones los síntomas de este mal moral; reconoció las preocupaciones que le alejaban de los sentimientos religiosos, y este conocimiento le bastó para corregirle, para persuadirle á que espontàneamente le manifestase los motivos que le determinaron à cambiar de principios. Jamás necesitó para conseguir su noble objeto entregarse á especulaciones ontológicas acerca de la esencia del espíritu humano en sí mismo, ó sobre la naturaleza metafísica de tal ó cual vicio del alma.

Del mismo modo el médico no tiene necesidad mas que de un conocimiento histórico del modo de comportarse el organismo humano en el estado de salud y del de manifestarse la enfermedad individual, para poder socorrer á esta última luego que haya encontrado el medio conveniente. No puede saber mas, porque tampoco le hubiera servido de nada saberlo.

¿Consistirà, pues, mas la dignidad de la medicina en imaginar teorìas, que en adquirir la habilidad necesaria para curar las enfermedades? ¡Entonces esos grandes fabricantes de frases, que nada saben hacer, debian efectivamente ocupar el primer lugar!

Sin embargo, si las especulaciones y los sistemas metafísicos sobre la esencia íntima de las enfermedades, suponiendo que tuviesen algun fundamento, fuesen útiles para el hombre que quiere curar las enfermedades, y me parece que esto con que tanto ruido se mete deberia tener al menos alguno, ¿no seria de presumir que los fabricantes de sistemas y sus adeptos han sido mejores médicos que los demas, puesto que poseian lo que ellos llamaban la verdadera, la mas sólida base de la medicina? Mas, ¡ay! precisamente á la cabecera del enfermo es donde aborta la jactancia con que se llaman maestros del secreto de la naturaleza; nadie es mas impotente que ellos para aliviar à los enfermos, ni nadie está mas espuesto á perjudicarles.

Ningun fundador ó secuaz de ninguno de los numerosos sistemas de medicina hubiera podido seguir rigurosamente sus principios en la práctica sin ocasionar un grandísimo perjuicio á sus enfermos, sin hacerles mucho mas mal que el que les hubiera causado la privacion absoluta de los socorros del arte. Siempre se han visto obligados, para no ver sucumbir á todos los enfermos à que asistian, ó à recurrir á la inaccion, á lo que se llama medicina espectante, ò, á pesar de sus protestas pùblicas de adhesion á tal ó cual sistema, á volver á los métodos menos nocivos de la terapéutica general de los antiguos tiempos, à los evacuantes, à los derivativos y á los paliativos del humorismo y del saburralismo.

Mas las generalidades mismas de su método curativo prueban ya claramente que no las dirigia en su conducta una verdadera filosofía, que no era el objeto de sus esfuerzos la razon.

Deberia pensarse que, à las enfermedades que creian haber definido *á priori* de un modo bien sabio, y reducido à principios mas sencillos, jamás oponian mas que un solo medicamento simple á la vez, una sustancia cuyos efectos hubiesen sido bien estudiados por ellos en toda su latitud, la mas conocida de estas sustancias, la mas apropiada al caso presente, la única que puede mostrarse útil en él, y esto segun la regla general á que nadie podrà sustraerse, que no se debe tratar de obtener con muchos medios lo que se puede hacer con solo uno.

Mas no hay nada de esto. Cuando se trataba del asun-

lo principal, de las aplicaciones de sus teorías tan sencillas y tan bellas, en una palabra, de la práctica, continuaban adeptos á la antigua rutina, á la cual añadian solamente algun medicamento nuevo introducido por la moda. Este solo hecho prueba que sus sistemas habian sido construidos para deslumbrar y no para ser útiles.

Para baldon de la inteligencia humana, no combatian las enfermedades mas que con mezclas de muchos medicamentos, los cuales por otra parte solo les eran conocidos á medias, y daban estas mezclas muchas á la vez, y aun muchas en un mismo dia: *Haud leve obstaculum penitiori virium in medicamentis cognitioni objicit, quod rarissime simplicia, sed ut plurimum composita, nec hæc sola, sed aliorum usu interpolata usurpentur* (F. Hoffmann). Esta conducta basta para refutar todo lo que estos aforistas dicen de su pretensa sencillez filosófica. ¡No hay un solo médico en la tierra, ni entre los constructores de sistemas, ni entre sus sectarios, que emplee una sola sustancia simple en las enfermedades, y que aguarde á que haya agotado su accion para dar otra!

Aun cuando se conocieran perfectamente las virtudes de cada sustancia medicinal simple, no seria menos absurdo el dar de este modo muchas drogas á la vez. Esto es tratar á ciegas y recurrir á medios tan inciertos, porque ¡cuán confuso no debe ser el efecto de tantos medios hacinados y revueltos! ¡No debe ser impracticable el dar á cada uno la parte que le corresponda en el resultado, para encontrarse en estado en lo sucesivo, de aumentar, disminuir ú omitir el uno ó el otro de entre ellos! Todos á la vez producen un efecto medio, al que nadie sabe cómo ha contribuido cada uno de ellos; se ignora cuál es el que ha modificado á tal ó tal otro en su accion, cuál ha obrado hasta en sentido inverso de él, y ha neutralizado su efecto en la mezcla.

El caso se hace mas grave todavía, y la accion de prescribir mezclas de medicamentos mas culpable, cuando se cree que muchas veces todas estas sustancias así acumuladas, ó al menos la mayor parte de ellas, tienen cada una en particular una accion poderosa, pero desconocida.

Si reunir así en una sola fórmula una multitud de sustancias enérgicas cuya accion no se conoce; que algu-

nas veces solo es presumida, ó arbitrariamente admitida, dar el todo à la vez, y aun frecuentemente muchas mezclas semejantes una despues de otra, sin esperar á que cada una haya terminado su accion, y obrar asi sobre enfermos cuyos padecimientos solo han sido juzgados con sujecion á ideas teóricas, mirados únicamente al través del prisma de sistemas arbitrarios, si esto es medicina y no una peligrosa inconsecuencia, no sé qué es lo que debe entenderse por medicina, ni lo que debe llamarse inconsecuencia peligrosa. Se ha acostumbrado responder á esto, por decir alguna cosa, que al admitir muchos ingredientes en una fórmula, se los elige con arreglo á los síntomas, y con sujecion à las diversas indicaciones suministradas por el estado interior del cuerpo.

¡Como si una sola sustancia medicinal, con tal que se a conozca bien, no pudiese corresponder à muchas indicaciones, à un gran número y aun frecuentemente á todas! ¡Como si las indicaciones cuya pluralidad se conoce pudiesen llenarse con una asociacion de drogas cuya potencia propia se ignora, cuyas acciones se ejercen las unas sobre las otras, y se modifican ó se destruyen en la mezcla!

Esta manìa de mezclar las drogas entre sí es el recurso forzado del que, teniendo muy pocas nociones sobre cada uno de los ingredientes en particular, se consuela de no saber indicar ninguna sustancia simple que sea apropiada al caso morboso, pensando que entre el gran número de las de que se compone su mezcla, se encontrará por casualidad una que justamente convenga. Que semejante método tenga alguna vez buen resultado, ó que salga fallido, siempre es cierto que en uno y otro caso nada nos enseña, y el arte no adelanta ni un solo paso.

¿Si ha producido un cambio favorable, á cuál de los ingredientes debe referirse el resultado? Esto es lo que para siempre queda oculto.

¡Es preciso, dicen, volver á dar en otro caso semejante la misma mezcla ó las mismas mezclas una despues de otra y siguiendo el mismo órden!

¡Pobre cabeza! Nunca se reproduce un caso exactamente idéntico, es cosa imposible.

Añadamos que es imposible tambien que una mezcla de medicamentos se prepare exactamente del mismo mo-

do, sobre todo á largos intervalos, por muchos motivos: la misma fórmula reproduce con frecuencia mezclas muy diferentes cuando se la hace preparar en casa de muchos boticarios á la vez.

En fin, no es del todo probable que el enfermo haya tomado exactamente la cantidad indicada de una droga con frecuencia desagradable al olfato y al gusto, y que se le haya dado exactamente al tiempo señalado. ¿Puede uno siquiera estar cierto de que ha tomado la mas pequeña partícula de un medicamento que le repugnaba, y de que no le ha sustitnido con algun medio doméstico menos desagradable, al cual perteneceria el honor del buen resultado?

Ahora bien; si el estado del enfermo no se mejora durante el uso del medicamento compuesto, si aun lejos de esto se empeora de un modo cualquiera, ¿á qué sustancia entre tantas drogas deberá atribuirse este resultado, á fin de poder borrarla de la fórmula en lo sucesivo?

Esto es lo que no puede saberse, se me responderá; y entonces se obra bien no volviendo á administrar la mezcla.

¡Cómo! ¿Pues no he curado yo la enfermedad con uno solo de sus ingredientes, que concluí por estraer de ella despues de haber empleado largo tiempo sin ningun éxito la fórmula de mi predecesor, atendiendo á que debia ser el único conveniente en el caso que tenia á la vista?

¡Quién es pues tan poco sensato que prescriba mezclas, las mas veces tan repugnantes á la vista, al olfato y al gusto, de medicamentos, respecto de los cuales se ignora cómo obra cada uno de ellos por sí solo y cuando está asociado á los demas!

Se me responderá que las virtudes de los medicamentos no son desconocidas. Pero entonces pregunto si las pocas palabras que acerca de cada uno se encuentran en la materia médica constituyen su conocimiento exacto (1).

(1) F. Hoffmann se espresa con franqueza en este punto: *Quo magis in artis exercitio utile est, veras et non fictas medicamentorum, pro tam diversa corporum et morborum ratione, vire intimius nosse, eo magis utique dolendum, imo mirandum est, quod, si dicere licet, quod res est, per pauca sint remedia, quorum virtutes et operationes certe ac recte perspectæ, sed plerasque pem atque expectationem curantis frustrentur, quia veræ phar-*

Las mas de las veces se reduce á una lista de nombres de enfermedades en que se dice ha sido útil dicha sustancia, frecuentemente tambien una lista muy larga para hacer mas patente la mentira (1). Digo *nombres* de enfermedades) ¡porque no se sabe á qué estados corporales se ha dado estos nombres, ni qué sabiduría ha precedido á su denominacion!

¿Y dónde pues han tomado estos datos los autores de materia médica? ¡Sin duda que no los deberán á una revelacion inmediata! Verdaderamente, se ve uno casi inclinado á creerlo así, porque no pudiendo venirles de la práctica de los médicos, quienes se sabe que, creyendo inferior á su dignidad no prescribir mas que un solo medicamento en una enfermedad, quieren mejor ver perecer á sus enfermos, y á la medicina no elevarse al rango de las artes, que renunciar á su prerogativa de escribir fórmulas compuestas con arreglo á los principios admitidos.

Si pues casi la totalidad de lo que las materias médicas dicen relativamente á las virtudes de las sustancias medicinales simples no ha sido tomado de la esperiencia (2) de los médicos sábios, de la cual casi nada puede sacarse semejante, ¡de dónde, pues, lo han sacado!

---

macorum facultates in Democriti quasi puteo adhuc latitant!.. pauca certe supersunt, quæ fidæ et expertæ virtutis, plurima verò infida, suspecta, fallacia, ficta.

(1) ¡Y cuán peligrosas son estas mentiras! *In nullo mendatio majus est periculum, quam in medico.* (Plinio).

(2) Aunque la materia médica pueda y deba ser hija de la esperiencia, le ha sido preciso someterse al yugo de las hipótesis, y cambiar de forma mas de una vez para obedecer á los caprichos de los sistemas dominantes en medicina. Los medicamentos que los antiguos empleaban como alexifarmacos, cefálicos, esplénicos, uterinos, debieron tomar mas tarde las funciones de antiespasmódicos ó de nervinos. Cuando el sistema no admitia mas que la rigidez y la laxitud de la fibra como causas de las enfermedades, la materia médica se vió obligada á colocar en estas dos categorías las sustancias que hasta entonces habian servido para llenar otras indicaciones. Si la doctrina reinante necesitaba de purificantes ó de medios apropiados para destruir las acrimonias, las mismas drogas que en otro tiempo habian sido llamadas diaforéticas, eccoprócticas, diuréticas, se apresuraban á tomar los nombres nuevos de mundificantes, antiescorbúticos, antiescrofulosos, antipsóricos. Cuando Brown necesitó solamente de los escitantes y de los debilitantes de la

La mayor parte de las virtudes asignadas à los medicamentos simples no han sido originariamente adoptadas mas que en la práctica doméstica, y empleados antes por personas estrañas al arte, que con frecuencia no podian juzgar de la cualidad de las sustancias, ni indicar su verdadero nombre, ni menos todavia precisar la enfermedad en que pretendian haberle encontrado útil. Digo que pretendian, porque tampoco dejaban de dar segun la necesidad muchos remedios populares, el uno inmediatamente despues del otro, de suerte que en último análisis se ignora cuál ha sido útil, aun en la suposicion de que el estado morboso hubiera sido bien apreciado, lo que jamás sucede en semejantes manos.

Estas nociones vagas han sido reunidas de un modo árido y superficial, amontonadas sin órden y sembradas de opiniones supersticiosas ó de conjeturas por los antiguos farmacòlogos, Matthiole, Tabernœmontanus, Gesner, Fuch, Lonicer, Ray, Tournefort, Bock, Lobel, Thurneisser, L'Ecluse, Bauhin, etc.. que las han

---

escitacion, las mismas sustancias que otras veces habian figurado bajo tantos títulos diferentes, se dividieron inmediatamente en dos cohortes, y se repartieron en ellas à su arbitrio; pero como todavía se necesitaba de escitantes fijos y de escitantes difusibles, la arbitrariedad hizo salir bien pronto de la dificultad: se crearon medicamentos para uno y otro título, como si solamente se tratase de crear, y como si los agentes medicinales debiesen aceptar á gusto del hombre la una ó la otra funcion! ¡Como si la accion de la quina fuese menos pronta en esparcirse en el organismo y su reaccion menos duradera que la del opio que no se conocia mejor! En el actual estado de cosas, el inventor de sistemas solo tenia que dictar á los medicamentos el nuevo papel que debian desempeñar, y tenian que dejarse emplear con este título, hasta que un nuevo sistema los hubiese bautizado de nuevo, y llamado no menos arbitrariamente á nuevas funciones. Creo oir decir que cuando se conoce la accion de las sustancias medicinales en sus principios constituyentes químicos, prerogativa de que goza el sistema mas moderno, se puede proceder de un modo perfectamente conforme á la naturaleza. Con arreglo á esto unos están colocados entre los carboníferos, otros entre los hidrogeníferos, etc. Mas tambien hay carbono, hidrógeno y azoe en la berza, en la vaca y en el trigo. ¿Dónde están pues las virtudes medicinales que tan liberalmente se conceden á estos principios? ¿Qué esperar de un arte que, sin embargo, reina sobre la vida de los hombres, cuando està así entregado à la imaginacion y à la arbitrariedad?

confundido con lo que Diocórides habia escrito en el mismo sentido, y sin indicar de dónde lo habia tomado. De estos catálogos hechos sin ninguna crítica, es de lo que está llena nuestra materia médica tan sabia en la apariencia. Tal es su origen (1). Desde entonces todos los autores no han hecho mas que copiar á sus predecesores.

Los tratados poco numerosos que hacen escepcion en este punto, como los de Bergius y de Cullen, son mas estériles respecto á la indicacion de los medicamentos. Estos dos escritores no nos enseñan casi nada de positivo, porque han dejado á un lado, especialmente el último, todo lo que les parecia vago é incierto.

Uno solo entre mil, Murray, indica los casos en que han sido empleados los medicamentos; pero se encuentran en él ordinariamente opuestas las dignidades que afirman y las que niegan, y no es raro que la de-

---

(1) Una de las circunstancias que prueban cuán poco escrupulosas han sido nuestras materias médicas en beber de estas fuentes impuras, es que asignan á los medicamentos simples propiedades fundadas primitivamente en simples conjeturas de nuestros supersticiosos antepasados, en cuentos de viejas ó en cualidades que no tienen ninguna relacion con ellas. Así la raiz del orchis, que los antiguos creian apropiada para fortificar las propiedades viriles, porque representa dos testículos, pasa aun en el dia por analéptica y afrodisiaca. El hipericon todavia es estimado en las heridas, porque los antiguos le creian capaz de curarlas en razon del jugo rojizo que dan sus flores amarillas, cuando se las deshace entre los dedos. ¡De dónde les ha venido á la celidonia, á la corteza de herbéris y de cúrcuma su renombre contra la ictericia, sino de que en otro tiempo se miraba su jugo ó su materia colorante amarilla como un indicio cierto de la eficacia que debian desplegar en esta afeccion? ¿La celidonia, en particular, no debe su nombre y su reputacion en las enfermedades de ojos á una fábula antigua que dice: que las golondrinas se servian de ella para volver la vista á sus hijuelos ciegos? La sangre de drago continúa tambien siendo preconizada en razon de su nombre y de su color rojo contra las hemorragias, y en especial contra la de las encias. Se pretende que el *Ranunculus Fricaria*, y la *Scrophularia nodosa* convienen en las hemorroides ciegas, únicamente porque las raices de estas dos plantas presentan nodosidades. El color rojo de la rubia ha sido causa de que pase por medio apropiado para restablecer las reglas, y la propiedad que tiene de teñir de rojo los huesos de los ani-

cision quede envuelta en una nube de dudas. Concluye el autor con frecuencia manifestando su sentimiento, como hubiera podido hacerlo casi siempre, de que la sustancia medicinal no haya sido empleada sola, sino asociada con otras muchas. Asi pues tambien él nos abandona en medio de las tinieblas. Por otra parte, las autoridades en que se funda nos dejan las mas veces en la incertidumbre acerca de la verdadera naturaleza de la enfermedad en que ha sido empleado el medio.

Lo que prueba hasta qué punto son inciertas las aserciones de casi todos estos observadores, es que en general aseguran que jamás ha perjudicado este medio empleado por ellos, y que nunca ha ocasionado el menor inconveniente, aun cuando no haya sido útil. Esta proposion no sufre escepciones segun ellos. Tambien es esta una asercion contraria á la verdad.

¿Qué se aprende aun en esta materia médica, que

---

males que la comen, ha hecho que se la recomiende como un buen remedio en las enfermedades de los huesos. La saponaria ha pasado siempre por un precioso fundente y detersivo, porque el cocimiento de su raiz hace espuma á semejanza del agua de jabon cuando se la ajita. La reputacion que tiene el jabon de fundir las obstrucciones é induraciones ¿no se refiere á la opinion de que debe obrar en el cuerpo vivo del mismo modo que en las operaciones domésticas ó químicas? Porque los ebanistas empleaban tres leños de color, bajo el nombre comun de sándalo, ha sido necesario concederles á todos tres una misma propiedad depurativa, aunque el sándalo amarillo y blanco provengan de un árbol muy diferente del rojo, y produzcan efectos muy violentos, efectos peligrosos de que nada dice la materia médica. Porque la quina es amarga y estíptica, se ha creido que las cortezas amargas y astringentes de castaño de Indias, de sauce, etc., obraban del mismo modo que ella, como si el sabor pudiese decidir del modo de obrar. Algunas plantas, la centaura menor sobre todo, son muy amargas: y solo por esto se ha concluido que podrian reemplazar á la bilis del hombre. La raiz del *Carex arenaria* se ha creido que podia sustituir á la zarzaparrilla por la semejanza esterior que tiene con esta. Por tener el anis estrellado, el gusto y el sabor del anis, ha sido colocado como este entre los pectorales, á pesar de servirse en Filipinas de algunas partes del árbol que le produce, para preparar un veneno mortífero. ¡Hé qui á lo que se llama fuente filosófica y esperimental de la materia médica!

sin embargo es la mejor de todas? ¡Seguramente muy pocos hechos positivos! ¡Y se trata de solo los instrumentos apropiados para restablecer la salud! ¡Dios de justicia!

¡Medítese bien cuánto debe perjudicar el uso de estos medios, de los que apenas se conocen de ciento uno, en las enfermedades que son tan diversas como las nubes, cuyo número es inmenso, y cuyo conocimiento cuesta tantos sacrificios, aun siguiendo los mejores métodos!

Hay mas todavía: que se piense bien cuán precario, diré más bien, cuán ciego es un método de tratamiento que consiste en combatir con medicamentos casi desconocidos, que se acumulan en una ó muchas fórmulas, estados morbosos desconocidos y mirados al través del prisma colorado de sistemas fantásticos.

Así á pesar de las transformaciones casi continuas que han sufrido hace mas de dos mil años las teorías, fisiológicas, patológicas y terapéuticas, á merced de los sistemas físicos, atomísticos, químicos, idealistas, neumáticos y místicos, el conocimiento de las verdaderas propiedades de los medicamentos simples, está todavía en la infancia, y á pesar de que nuestro siglo ha caminado á la perfección bajo todos los demas aspectos, solo hay todavía un corto número de las enfermedades á que está sujeto el hombre que sea posible curar, sin que pueda quedar duda de que se debe realmente el honor de la curacion al médico. Las demás continúan incurables como lo eran antes de Galeno, ó el tratamiento medico las hace tomar otras formas nuevas, ó la energía vital triunfa de ellas con el tiempo, sobre todo cuando sin saberlo el médico no toma el enfermo remedio alguno; ó algunas veces se curan por un evento fortuito, sin que nadie haya entrevisto el enlace del efecto con la causa, ó en fin se estinguen al término comun de todos los padecimientos del género humano.

Tal es el verdadero, pero espantoso estado en que ha estado hasta el dia la medicina, que al mismo tiempo que promete la salud, roe la existencia de tantos habitantes de la tierra.

¡Cuán feliz me juzgo con haber indicado á los que se compadecen de los males de sus hermanos, y que

arden en deseos de aliviarlos, los principios mas puros y que conducen al objeto en línea recta!

¡Baldon eterno en los anales de la historia á aquel cuyos engaños y fantásticas creaciones paralizan un arte destinado al alivio de los desgraciados!

¡Que aquel que contribuya á hacer mas saludable este arte sea recompensado por esto con la tranquilidad de una conciencia satisfecha, y por una inmarchitable corona cívica!

CONSEJOS

A UN ASPIRANTE AL DOCTORADO (1)

He recorrido vuestros cuadernos sobre la terapéutica de vuestro célebre profesor. Teneis razon en aprenderlo todo y en escribirlo todo. Es preciso saber bien lo que han dicho los hombres que nos han precedido, y lo que dicen nuestros contemporàneos. Tambien yo suelo preguntar algunas veces à mis enfermos qué piensan de su mal, á qué maleficio le atribuyen, y á qué medios simpàticos han recurrido. Me gusta saber qué juicio forma de las cosas la gente. Vos obrais del mismo modo respecto à estos cuadernos, en los cuales encontrais las fábulas que los hombres, que se miran como médicos sàbios, han esparcido sobre cosas que no comprenden, y que nadie en el mundo puede profundizar *á priori*. Hay en ellos necesariamente bastantes proposiciones atrevidas que la naturaleza y la esperiencia no justifican. Hay tambien mucho fárrago que al menos supone trabajo y estudio, porque está espresado en un estilo florido y matafórico. En ellos, un polo oxígeno y un polo hidrógeno en el cuerpo, los factores estimulados, un sistema gangliónico, un centro de la vida vejetativa, un sistema irritable y un sistema sensible, formando los dos un bando aparte, representan la comedia, y desempeñan los papeles que nosotros mismos hemos imaginado para ellos. Son hermosas sombras chinescas sobre la pared. Pero acerquémonos á

(1) Publicado en 1806.

la cabecera del enfermo, y el uno verà un *sinochus systematis irritabilis*, donde otro discípulo del mismo maestro sostendrà con obstinacion que hay precisamente lo contrario, porque los signos que se refieren en la cátedra à estos dos estados son tan poco esenciales y distintos como vagos é incapaces de ser precisados. Mas aun cuando uno de los dos asistentes hubiera adivinado la opinion del autor del sistema, ¿qué ventaja resultarìa de ello para el arte de curar? ¡Ninguna! Por mas que se rompan la cabeza en crear una teoría sobre la esencia de la fiebre, nunca nos enseñará lo que puede y debe aliviar á los enfermos. El castillo de Naipes permanece aislado en su imponente magestad, está vacío en el interior, y ni siquiera contiene un indicio del medio conveniente para curar la enfermedad, cuya esencia se pretende que debe revelársenos en él por una inspiracion de arriba. ¡Oh cuànta epecies *cerebrum non habet*! Todo este oropel teórico no tiene la misma relacion con el problema de la conducta que hay que guardar, que las premisas con la conclusion de un silogismo: ¡no! es como la trompeta ó el tambor de que se sirve un charlatan para reunir en su derredor los espectadores en cuya presencia va á hacer sus juegos de manos. Porque lo que piensa el profesor que debe ser útil en tal ó cual circunstancia, lo admite de una manera arbitraria, sin principios fijos y sin apoyo de la esperiencia. Son puras aserciones. Casi se pasa revista á toda la materia médica para un solo género de fiebre. Den vds, señores, al enfermo infusiones de plantas amargas y aromáticas, (¿por consiguiente tambien de coloquintida de cebolla albarrana, de agàrico, de haba de S. Ignacio, de nuez vómica, de sándalo, de palo de rosa?) ó los óleo-sácaros en té (¿por consiguiente tambien el aceite de laurel-cerezo ó de almendras dulces?).

Todas nuestras definiciones de la fiebre, todas nuestras distincíones sutiles sobre el pulso, que varía casi à cada hora y á la menor modificacion de la moral, son cosas brillantes sin duda, pero inútiles, que à la cabecera del enfermo, donde se trata de curar, hacen el efecto de una nube delante de nuestros ojos. Esta nube, que intercepta la luz en lugar de esparcirla, nos impide ver el verdadero estado del enfermo, y lo que podria prestarle un auxilio eficaz.

Preguntáos solamente á vosotros mismos. Preguntàos despues de haber aprendido todo esto de memoria, podreis sacar de ello algun partido para reconocer la verdadera forma de una enfermedad y curarla. Podemos muy bien tratar á derecha y à izquierda con los numerosos medios que se nos han propuesto. Mas ¿hay entre ellos alguno que sea el mejor, el mas conveniente de todos? ¿Cuál es en esta multitud el que por sí solo y de preferencia á todos los demas puede y debe producir la curacion? Hé aquí lo que siempre ignoramos, y lo que el mismo profesor no sabe, porque de lo contrario hubiera designado solo este remedio, y se hubiera abstenido de nombrar los demas.

Cuando el profesor de terapéutica se espresa en términos muy escogidos sobre cosas que nadie puede percibir, y sabe dar un barniz científico á las hipótesis creadas por él mismo, sus preceptos tienen un esterior imponente, una apariencia de fundamento. Mas cuando se trata de hacer su aplicacion, cuando se trata de curar á un enfermo, objeto real y final del arte, toda esta ostentacion teórica le es inútil; se lanza sin mirar el riesgo en el empirismo, y semejante al rutinero msa incapaz de pensar, os da una larga lista de medicamentos, dejándoos el cuidado de elegir. Meted todos los nombres en un saco, y sacad de él á la ventura uno ó muchos; poco importa que salgan los que salieren; podeis tomar el que os acomode. Aquí donde se trata de curar, empirismo grosero, sincretismo absurdo; allí, donde solo se trata de teorías, frases místicas é ininteligibles tan sublimes como los oráculos de la pitonisa de Delfos. Mas no os inclineis respetuosamente ante este murmullo mágico. Esto no es mas que un ruido vano que no tiene relacion con el deseo que esperimentais de proporcionar socorros fáciles, ciertos y ràpidos á vuestros hermanos enfermos: es una campana que toca, una concha que resuena.

Preguntaos solamente a vosotros mismos. Preguntaos despues de haber aprendido todo esto de memoria, podreis sacar de ello algun partido para reconocer la verdadera forma de una enfermedad y curarla. Podreis muy bien tratar á derecha y á izquierda con los numerosos medios que se nos han propuesto. Mas ¿hay entre ellos alguno que sea el mejor, el mas conveniente de todos? ¿Cual es en esta multitud el que por sí solo y de preferencia á todos los demas puede y debe producir la curacion? He aquí lo que siempre ignoramos, y lo que el mismo profesor no sabe, porque de lo contrario hubiera designado solo este remedio, y se hubiera abstenido de nombrar los demas.

Cuando el profesor de terapéutica se esperza en teorizar muy esco- idos sobre cosas que nadie puede percibir, y sabe dar un barniz científico á las hipótesis creadas por él mismo, sus preceptos tienen un esterior imponente, una apariencia de fundamento. Mas cuando se trata de hacer su aplicacion, cuando se trata de curar á un enfermo, objeto real y final del arte, toda esta ostentacion teórica le es inútil; se lanza sin mirar el riesgo en el empirismo, y semejante al rutinero mas incapaz de pensar, os da una larga lista de medicamentos, designados el cuidado de elegir. Meted todos los comprimidos en un saco, y sacad de él á la ventura uno ó muchos; poco importa que salgan los que salieren; podeis tomar el que os acomode. Aquí donde se trata de curar, empirismo grosero, sincretismo absurdo; allí, donde solo se trata de teorías, frases místicas é inteligibles tan sublimes como los oráculos de la pitonisa de Delfos. Mas no os inclineis respetuosamente ante esta mezcla misteriosa. Esto no es mas que un cuadro de fantasía que no tiene relacion con el deseo que esperimentais de procurar sobre todo, enfermos, es una empresa que toca, una cosa que requiere

REFLEXIONES

SOBRE

LOS TRES MÉTODOS ACREDITADOS

DE TRATAR LAS ENFERMEDADES (1).

No habiéndose encontrado todavia, segun parece, la verdadera curacion de las enfermedades, no hay hasta el dia mas que tres métodos admitidos, la curacion del nombre, la del síntoma y la de las causas.

§. I. *Curacion del nombre*. Este método es el mas cómodo de todos y el que desde la mas remota antigüedad ha contado mayor número de partidarios. ¿Tiene el enfermo gota? dadle ácido sulfúrico; el remedio del reumatismo es el mercurio; la quina conviene en la fiebre intermitente, la simaruba en la disenteria, la escila en la hidropesía. En este método solo el nombre de la pretendida enfermedad basta para determinar al empírico á emplear un medio, cuyos buenos efectos, una esperiencia grosera y no concluyente ha creido notar á veces en las enfermedades que se llamaban sin cumplimiento gota, reumatismo, fiebre intermitente, disenteria, hidropesía. y que ni se describian de una manera esacta, ni tampoco se distinguian cuidadosamente de afecciones semejantes.

Sin embargo, los malos resultados demasiado fre-

(1) Publicado en 1809.

cuentes de esta práctica rutinaria, que tiene demasiado de repugnante para que me detenga en ella largo tiempo, determinaron de cuando en cuando à sus partidarios los menos ciegos á buscar muchos remedios para cada nombre de enfermedades. Las groseras observaciones de la medicina doméstica, oràculo de los antiguos antidotarios ó de las especulaciones fantàsticas, eran la fuente impura donde este método tomaba abundantemente sus remedios.

Se decia entonces: Si A no produce efecto, tomad B, y si este tampoco hace nada, podreis elegir entre C, D, E F, y G, H y K, me han sido con frecuencia de un poderoso auxilio. Otros alaban sobre todo, J y L. Conozco que no merecen los elogios que prodigan à M, V y Z, á N, R ó T. Tampoco debe desdeñarse S y X en esta enfermedad. Recientemente un inglés ha pretendido que no habia ningun medio mejor contra ella que Q, le ensayaré á la primera ocasion.

¿Cuántas veces, dice otro práctico, no me ha sucedido en otro tiempo curar la fiebre intermitente con la quina? Sin embargo, hace algunos años se me han presentado un gran número de casos, en los que este medio ha salido frustrado. Una fiebre intermitente contra la cual se habia empleado en vano, durante largo tiempo, la corteza del Perú, diré mas, casi con inconveniente para el enfermo, ha sido ràpidamente curada por una de mis vecinas, por medio de una infusion de camomila. Uno de mis compañeros pretende haber hecho cesar con una multitud de vomitivos dos fiebres intermitentes que no habian querido ceder ni à esta tisana de manzanilla, ni á la quina à muy fuertes dosis. He seguido su ejemplo en los casos en que estos dos últimos remedios no producian ningun efecto; pero los vomitivos tampoco han tenido resultado: entonces me ocurrió recurrir à la sal amoniaco, y mi enfermo se curó. Sin embargo, me ha sucedido tambien no obtener ningun resultado de la sal amoniaco despues de haber usado en vano la quina, la manzanilla y los vomitivos. Habia leido algun tiempo antes que la raiz de genciana y la nuez vómica, producian escelentes resultados en la fiebre intermitente, y me determiné à ensayarlas. La genciana tuvo buen éxito en dos casos, y la nuez vómica

en tres, en que la genciana y los medios precedentes se habian mostrado inertes. Se pretende que la belladona cura tambien perfectamente la fiebre intermitente, cuando todos los demas medios son insuficientes, y lo mismo se ha dicho del pimiento de España, del polvo de James y del calemolano. La corteza de castaño de Indias goza igualmente de grande celebridad; pero yo tengo en ella muy poca confianza sin saber por qué. Sabemos que el opio es á veces un precioso recurso. Mas, últimamente, he visto una fiebre cuartana, de que estaba atacado un robusto aldeano hacia ya diez y ocho meses, que se habia resistido á todos los medios imaginables, y con grande sorpresa mia se curó con unas gotas de la tintura del haba de S. Ignacio que un profesor estranjero habia enviado al enfermo. En fin, entre nosotros no debo callar que hay fiebres intermitentes contra las cuales mis compañeros y yo hemos agotado todos los recursos del arte, que las cura el verdugo con unas gotas rojas que indudablemente contienen arsénico, aunque pueden tambien citarse un gran número de febricitantes que se han puesto hidrópicos por este remedio, y aun les ha hecho bajar à la tumba. ¡Tan caprichosa y pertinaz es à veces la fiebre intermitente!

¡Amigo! ¿no ves pues que todas estas eran fiebres intermitentes diversas, ó mas bien enfermedades tìpicas enteramente diferentes las unas de las otras? Aun cuando pudiera suceder que una fiebre intermitente fuese pertinaz y caprichosa, ¿por qué habia de manifestarse tan dócil para con tal ó tal remedio? ¡No conoces que hay mas de una fiebre típica, que hay quizá veinte clases que un empirismo estúpido ha vaciado en un mismo molde, dándolas despues por una sola especie, y queriendo curarlas todas por un solo medio, mientras que cada una exige un remedio particular, sin que por esto sea fundado el decir que la enfermedad es caprichosa ó pertinaz!

¡Oh! el médico práctico no tiene tiempo ni ocasion de hacer distinciones tan delicadas entre enfermedades que se parecen, ni de buscar medicamentos apropiados para cada una. Cuando el enfermo nos dice que tiene una fiebre intermitente, le administramos primeramente uno ó dos vomitivos; si no se mejora su estado, ó si aun se em-

peora, le hacemos tomar quina; si la quina ordinaria y la quina real á altas dosis no proporcionan la curacion, le administramos.....

¡Así administrais sin eleccion y á ciegas una sustancia despues de otra hasta que encontrais la buena! Sin embargo, solo obrais de este modo tanto tiempo como lo permiten la paciencia, la bolsa y la vida de los enfermos. ¡Vuestro servidor el señor doctor!

Hé aquí el orìgen de esas largas columnas de medicamentos simples que todos, se dice, son indistintamente apropiados para curar á un enfermo.

Con esas listas de drogas es con las que los médicos elegantes, para darse un barniz de racionalismo, sacrificàndolo todo al empirismo mas grosero, han fabricado sus recetas compuestas. Para esto han tomado á la casualidad tres, cuatro, cinco ó seis de las sustancias cuyos nombres indican sus manuales en los artículos fiebre intermitente, hidropesía, etc., y por medio de un jarabe ó de un agua destilada han hecho del todo una mezcla conforme á las reglas del arte. Esto no era siempre mas que una guerra contra los nombres de las enfermedades, pero mucho mas metódica y con mas armas á la vez. Si uno de los ingredientes de la mezcla no produce nada, será preciso que lo haga otro. Desde entonces todos temieron pasar por unos ignorantes si no prescribian mas que un solo remedio á la vez (1). No podria llevarse mas adelante el empirismo, ni abandonarse mas la razon.

§. II. *Curacion de un síntoma.* No obstante, la imposibilidad de encontrar remedios ciertos para nombres vagos de enfermedades, determinó à algunos médicos mas concienzudos que los demas, á estudiar mejor estas últimas. Se las separò unas de otras las que parecia que eran desemejantes; se buscaron los puntos de contacto que mu-

(1) Nada en la naturaleza està menos conocido, ni ha sido menos estudiado que las virtudes de los medicamentos. ¿Se espera pues llegar á conocerlos de otro modo que empleándolos uno á uno? ¿O bien se imaginarà que una sola droga que conviniese seria menos poderosa contra una enfermedad que una mezcla de muchas sustancias que obrasen en sentido inverso las unas de las otras?

chas de ellas tienen entre sí, y las que se creyó que eran mas afines, fueron distribuidas en clases, órdenes, géneros y especies, ya con arreglo á la analogía de sus causas ocasionales, de las funciones que afectaban, ó del sitio que ocupaban en el cuerpo, ya segun los grados del tono de la fibra, ya en fin con sujecion á uno ó muchos síntomas comunes.

Con esta reseña histórica de las afinidades y desemejanzas aparentes se esperaba hacernos conocer mejor la naturaleza de las innumerables enfermedades, y persuadirnos de que sabemos bastante respecto á ellas para poder proceder en seguida á su tratamiento. Unos, los patólogos ordinarios, buscaban su salvacion en las generalizaciones; otros, los nosólogos, en las subdivisiones.

Con todo, estas tentativas no fueron felices, aun en manos de un Vogel ó de un Wichmann, sino cuando tendian á dar á conocer la marcha de algunas enfermedades epidémicas que reaparecian frecuentemente con caractéres bastante bien determinados, ó de afecciones endémicas que llevaban un sello de estabilidad, ó en fin, de enfermedades que procedian de una causa evidente, como los accidentes producidos por ciertos venenos, tales como el plomo y el vapor del carbon ó la infeccion por medio de miasmas siempre idénticos, como la sífilis y la sarna, aunque tambien en estos casos se presentaban diferencias no incluidas en la descripcion, que con frecuencia cambiaban enteramente la faz de las cosas.

En cuanto á las otras enfermedades, por ejemplo, las hidropesías, los exantemas crónicos, las úlceras, los flujos de sangre y de mucosidad, los innumerables matices de dolores, las fiebres éticas, los espasmos, las afecciones llamadas nerviosas, etc., como á pesar de cierta analogía que se notaba tambien entre ellas, difieren sin embargo las unas de las otras, respecto de los demas de sus síntomas hasta tal punto, que en la mayor parte de las circunstancias cada caso morboso debe considerarse como un individuo á parte; todas las descripciones generales que de ellas podian darse no solamente eran inútiles, sino que tambien inducian á error.

No pretendo poner en duda los servicios que los nosógrafos han hecho á la ciencia, y me limito á recordar que no han sido mucho mas afortunados en la curacion

de las enfermedades que los que tratan estas últimas con arreglo à sus nombres (1).

Ellos fueron principalmente los que despues de haber perdido la esperanza de llegar al descubrimiento del remedio por la descripcion de la enfermedad, imaginaron adaptar, á cada série de los males agrupados en sus cuadros, un plan de tratamiento aplicable á todos los que encerraba, es decir, los métodos curativos fundados sobre indicaciones generales, y puestos en pràctica con medios generales. Las saburras del canal alimenticio indican las evacuaciones por arriba y por abajo; el calor exige los refrigerantes; los flujos reclaman los estípticos; la putridez los antisépticos; los dolores los anodinos; la debilidad los fortificantes; los espasmos los calmantes; el estreñimiento los laxantes; la supresion de orina los diuréticos; la sequedad de la piel los diaforéticos. Entonces fue cuando, despues de una interpretacion con frecuencia forzada de los datos de la esperiencia, se inventaron los evacuantes, los refrigerantes, los antisépticos, los anodinos, los fortificantes, los antiespasmódicos, los aperitivos, los diuréticos, los sudoríficos. Desde este momento se encontró la terapéutica enteramente establecida de un golpe. Para completarla, se la añadieron algunos otros géneros de remedios apropiados para combatir síntomas frecuentemente imaginarios, tales como los incisivos, los disolventes, los atenuantes, los insolventes, etc.

No sé cuàl de los dos empirismos será preferible al otro, el tratamiento del nombre de la enfermedad, ó el del nombre de algunos síntomas. Aunque asi sea, este método tenia mucho mas atractivo para los medio sabios, se presentaba mas que ninguno otro con el esterior del

(1) La descripcion, aun la mas exacta y conforme á la naturaleza de las enfermedades hasta las mas constantes, como las endemias, jamas indica el nombre del remedio. Por fiel que sea el retrato de la pelagra, del yaws, del sibbens, del pian, del radesige, de la plica, etc., no nos dice una palabra del específico que puede curar estos males de un modo pronto, seguro y radical, y que oculto todavía en el seno de la naturaleza, se sustrae à nuestros sentidos. ¿Qué esperar despues de esto, en cuanto á la indicacion del medio curativo, de las descripciones generales de enfermedades que son menos constantes, mas vagas y con menos frecuencia semejantes á sí mismas?

racionalismo; así fue adoptado por todos los que querian hacerse mirar como verdaderos y sabios médicos. De todos los falsos métodos curativos, este es tambien el que durará mas tiempo, porque no obliga à pensar y reflexionar mucho. Es muy lisongero para el que le adopta tener, ó al menos pasar por que tiene, el poder de promover las orinas ó el sudor, de aliviar los dolores, de escitar, relajar, atenuar, reveler, fortificar, refrescar, de suspender aquí los espasmos, detener allì la putridez, y todo con las órdenes que da à sus cohortes de medicamentos. Mas el práctico sabe con cuànta frecuencia le sucede no poder ejecutar todas estas cosas, y verse burlado en sus esperanzas por los medicamentos que sus maestros le marcan con el sello de medios generales.

Admitamos que hay en efecto medios generales capaces á veces de escitar ciertamente el sudor, de promover con seguridad la orina, de calmar manifiestamente los dolores, de fortificar, resolver, purgar, ó de hacer vomitar sin que nunca dejen de producir su efecto, de ejercer una accion incisiva poderosa sobre la pituita, de refrigerar en todos los casos, de estinguir todos los espasmos, de detener todos los flujos demasiado copiosos, de transportar sin inconveniente las congestiones de un punto á otro donde ofrezcan menos peligro; aun cuando todos estos efectos tuviesen lugar ¿se curaria por eso la enfermedad? ¡Oh! no, no se curaria en la mayoría de casos. Se hubiera producido un resultado evidente, pero no se hubiera restablecido la salud, que es sin embargo el objeto propuesto.

El médico, con su opio, alivia por algunas horas la tos y los dolores de pecho; pero la tos dolorosa se hace mas terrible despues Con la misma sustancia produce un sueño pesado, pero al despertarse el enfermo no se encuentra reparado, el insomnio y la ansiedad no hacen mas que aumetarse despues. El médico no se inquieta por esto lo mas mínimo; aumenta la dosis del paliativo, ó se contenta con haber mostrado que puede calmar la tos y hacer dormir; aun cuando el enfermo deba encontrarse mas mal y aun perecer por ello. *Fiat justitia et pereat mundus.*

Hé aquí una hidropesìa: la orina es escasa, el doctor quiere hacer copiosa su secrecion. La escila se en-

cientra colocada á la cabeza de su tropa de diuréticos. Felizmente determina desde luego la salida de una gran cantidad de orina; mas desgraciadamente bajo la influencia prolongada de este medicamento va siempre disminuyendo mas y mas. Sobrevienen síntomas de inflamacion y de gangrena; la anorexia, la debilidad y la agitacion aumentan con la hinchazon. Cuando todo ha sido inútil, deja el doctor morir tranquilamente á su enfermo, satisfecho con haber manifestado que puede hacer segregar la orina por espacio de algunos dias.

La escila ha sido empleada millares de veces como diurética, sin que jamás se haya notado que solo lo es á título de paliativo. ¡Mas cuán raro es que haya curado la hidropesía! A lo mas ha producido este resultado cuando la enfermedad dependia de una supresion de las reglas.

Si el médico llamado para ver á un enfermo le juzga atacado de una afeccion gástrica; le purga y le repurga. Mas la fiebre se aumenta, se desarrolla un gusto pútrido en la boca, el aliento y los escrementos se hacen mas fétidos, la conjuntiva se pone mas amarilla, la lengua mas cubierta y mas morena, se trastornan las ideas, los labios tiemblan, un adormecimiento soporoso reemplaza al sueño, etc. El médico ve con sentimiento á su enfermo marchar rápidamente á la muerte; mas se aplaude de que tiene en su poder medios de espeler vigorosamente las saburras. ¿Qué tiene vd., le dice á otro? Estoy cruelmente atormentado de dolor de cabeza, parece que se me va á abrir de fuerte que es, esperimento espasmos en el estómago, y me sube sin cesar bilis hasta la boca. Fácilmente podria vd. ser atacado de una fiebre biliosa, tomad al instante este vomitivo. El enfermo espele olas de bilis, tiene vómitos sobre vómitos: se cree próximo á exhalar el alma, parece que se estiende sobre sus ojos el velo de la muerte, y un sudor frio inunda todo su cuerpo. He hecho lo que debia, se dice el médico á sí mismo, he procurado evacuar la bilis alterada.

Lo mismo sucederia si recorriésemos toda la lista de los medios generales. El amado doctor hace mucho, pero no hace lo que debe, produce efectos evidentes, pero rara vez proporciona la salud.

La esperiencia, si quisiese escuchar sus lecciones, podria enseñarle mil y mil veces que le basta en la hidro-

pesia hacer cesar la disposicion morbosa para que la serosidad se evacue por sí sola por las vias que la naturaleza sabe elegir mejor que nadie, y que es tan raro obtener la curacion con solo el uso de los diuréticos y de los purgantes, como por el de la puncion; para que el enfermo se cure es preciso que una feliz casualidad haga que el evacuante sea al mismo tiempo el remedio apropiado para estinguir la enfermedad de que depende la hidropesía.

La misma esperiencia podria enseñarle que ningun dolor cesa de un modo duradero, á no ser por la aplicacion de un remedio que convenga á la enfermedad que le produce; que es muy raro por consiguiente que el opio calme los dolores sin que vuelvan à presentarse, porque es tambien raro que esta sustancia sea el verdadero remedio de la enfermedad que les da origen.

No sabe porque quiere ignorarlo gustoso, que el opio es el remedio por escelencia de las enfermedades menos dolorosas, y en las que hay mas propension al sueño. Hace alarde de que puede adormecer los dolores por algunas horas, pero las consecuencias no le inquietan. *Nil nisi quod ante pedes est.*

En los casos en que sus miserables miras le hacian creer en la necesidad de evacuar cubos llenos de mucosidades y de materias albinas á beneficio de toda clase de vomitivos y purgantes, una sola gota de tintura de árnica, basta para quitar las mas de las veces en dos horas la fiebre, el mal gusto de boca, y los cólicos, para limpiar la lengua y para restablecer las fuerzas al grado à que se encontraban antes.

¿Mas cómo sujetar las revoluciones de bilis producidas por un acceso de cólera ó de pesar, si no se espele este humor por el vómito? ¡Qué ciego estais! Una sola dosis, una cantidad inapreciable del medicamento apropiado producirá una calma perfecta antes que transcurran veinte y cuatro horas, y sin que salga del cuerpo un átomo de bilis: el enfermo no se siente medio muerto, como se sentiria despues de haber tomado el vomitivo; y se encuentra curado. ¡Cuántas veces no se abusa de la sangría y del nitro contra los síntomas del calor! Dad de mano á vuestros atemperantes que abrevian la vida, curad con un medio apropiado á la enfermedad de que depende la

aceleracion del pulso, y el calor cesará por sí mismo.

Sin embargo, veo que no tratais de curar la enfermedad, sino solamente de disminuir el calor. En tal caso, abrid las arterias gruesas hasta que se haya derramado la última gota de sangre; ¡así llegareis con mas seguridad y mas completamente á vuestro objeto!

Hé aquí lo que siempre sucede con vuestros medios generales. Sirven para daros á veces el esterior de un poderoso médico; mas es raro que el que se cura lenta y trabajosamente les deba su curacion.

Mas son tambien muy frecuentes los casos en que los medios generales no producen lo que exigís de ellos. ¡Cuántas veces no sucede que vuestros antiflogísticos aumenten la inflamacion, que vuestros fortificantes aumenten la debilidad, que vuestros evacuantes exasperen los síntomas de las saburras del tubo alimenticio, que vuestros resolutivos hagan mas abundante el moco, y la dureza del bajo vientre mas grande, que vuestros calmantes den mas viveza á los dolores, que vuestros revulsivos impriman mas actividad à las congestiones, que vuestros diaforéticos pongan la piel mas seca, y vuestros diuréticos disminuyan tambien la secrecion de la orina!

¿Y cómo sucede que, aun en los casos en que con su auxilio conseguís suprimir por algun tiempo tal ó tal síntoma, ó provocar tal ó cual evacuacion, la enfermedad toma sin embargo peor carácter? ¿No puedo decir con razon que estos medios no eran los que convenian para curarla?

Así el hombre que no sabe nadar se cansa con movimientos mal combinados de sus brazos y de sus piernas, que no hacen mas que hundirle mas pronto.

Con todo, la medicina ordinaria ni aun lleva su solicitud hasta descender à los detalles de los síntomas. Cuando hemos pasado los primeros años de la pràctica, años bien duros en que se tortura la imaginacion para encontrar lo que mas conviene á los enfermos, y durante los cuales la conciencia tiene todavía el derecho de hacerse escuchar, cuando nos hemos acostumbrado un poco á la rutina, entonces es un verdadero placer ser médico. No se trata mas que de tener un esterior arrogante, una voz de tenor que imponga respeto, el arte de gesticular bien con los tres primeros dedos de la mano derecha; en

en una palabra cierto aire de gravedad en toda su persona, para tener toda la habilidad del rutinero, este arte divino que ningun precepto puede enseñar. Por otra parte, se concibe muy bien que los detalles del tocador, del menage, del tren y del criado, deben estar en perfecta armonìa con lo demas.

Por mas que estas minuciosidades absorvan nuestras facultades durante las veinte y cuatro horas de cada dia, no somos por esto sino mas felices como médicos. Para entre nosotros sea dicho, toda nuestra práctica se funda en dos ó tres inocentes misturas ya conocidas en las boticas, dos ó tres polvos compuestos que se aplican á todos los casos, una preciosa tintura nervina y fortificante, algunos julepes y una multitud de pìldoras, unas purificantes y otras aperitivas; mas nos encontramos perfectamente con esto. Mis caballos cubiertos de sudor se detienen à la puerta de N.; y bajo del coche, respectuosamente sostenido por los criados, con la diligencia de un hombre que lleva la salvacion, pero sin embargo con dignidad y con un esterior grave. Ya se han abierto las dos hojas de la puerta que conduce á la habitacion del enfermo; los asistentes mudos, con la cabeza baja, la veneracion, la confianza y la súplica pintadas en sus rostros, se apresuran à conducir al salvador à la cama. ¿Cómo habeis pasado la noche, mi querido? veamos la lengua... el pulso.

Se dejarà el uso del polvo que he prescrito ayer; se le darà esta pocion cada media hora, alternando con estas pìldoras y despues se le darà este julepe. Aspirar lentamente un polvo de tabaco, tomar el baston y el sombrero, hacer á cada uno un saludo proporcionado à la influencia que se le supone en la casa, hé aquí el gran juego, durante à lo mas tres ó cuatro minutos, que nos hacemos pagar á tìtulo de visitas, y que repetimos tantas veces al dia cuantas lo hace necesario la cara afligida de los asistentes, porque este es para nosotros el barómetro del peligro, que nosotros jamás tenemos ni tiempo, ni sosiego para examinarle. ¿Y cuántas visitas de estas haceis cada dia? ¿Creeis pues, miserable cerebro, que podria yo tener mi casa montada bajo un pie decente, si no hiciese muchas docenas de visitas de esta clase cada mañana? ¡Pero eso es un trabajo hercúleo! Ha, ha, ha!... Escribir de

prisa en una cuartilla de papel, una de las oho ó diez recetas que tengo en la uña, la primera que se me viene á la imaginacion, sin romperme la cabeza en reflexionar, lo llamais trabajo mental? ¡Mas dificil me es encontrar ahora un par de caballos para reemplazar á los que tengo, que estan sin servicio! *¡ Hoc opus, hic labor!* ¡Mucho mas apurado me veo para hacer la lista de los platos que se han de servir en una comida que doy dentro de quince dias, á fin de que nada falte en ella en cuanto á lo exquisito de los manjares y la elegancia del servicio! *¡ Et hoc opus, et hic labor!*

Los remedios favoritos desempeñan tambien un gran papel. Sin saber decir por qué, el uno hace entrar conchas de ótras preparadas en casi todas sus fórmulas, el otro pone en todas magnesia ó espíritu de minderero; un tercero casi no puede escribir una receta sin hacer entrar en ella nitro purificado: este quiere rob de grama en todas sus prescripciones, y aquel da á todos sus enfermos estracto de taraxacon, ó mezcla en todo la quina, que convenga ó no. La mayor parte de los rutineros tienen cada uno un remedio favorito, sin saber por qué. No se puede imaginar una cosa mas empírica. ¡Cómo! ¿las enfermedades que son tan admirablemente diferentes, y cada una de las cuales exige un remedio especial, se acomodarian todas á una misma y única sustancia, que el doctor ha tomado bajo su alta proteccion? Echar siempre á un mismo número, anuncia ser un mal jugador de lotería. Ciertamente deberá ganar algunas veces; ¿pero cuántas ganarà, ó mas bien cuantas perderà? porque siempre que no gana pierde realmente. ¿No es esto hacerse ridículo à los ojos del mundo entero?

§. III. *Curacion de la causa* Las enfermedades pueden dividirse en dos clases bajo el punto de vista pràctico, en enfermedades que dependen de una causa visible material, y en aquellas cuya causa es inmaterial, dinámica.

Las enfermedades de la primera clase, las que dependen de una causa visible, simple, material, por ejemplo, de una espina introducida en un dedo, de una piedra que se haya tragado, de una concrecion desarrollada en las vias biliares ó en la vejiga, de huesos acomulados en el ciego, de un ácido caústico introducido en el

estómago, de una pieza de hueso hundida en el cráneo, de la demasiada longitud del frenillo de la lengua, etc., son infinitamente menos numerosas que las de la segunda clase.

La indicacion curativa no es equívoca en estas enfermedades. De acuerdo unánime consiste en separar la causa material, ya sea esta causa puramente mecánica ó puramente química, ya participe del uno y del otro carácter. Basta ordinariamente esta eliminacion para producir la curacion, á menos que no haya habido una lesion muy grave del órgano.

No tenemos, pues, que insistir en este punto.

Lo que debe ocuparnos en este lugar, es la curacion de las enfermedades de la segunda clase, que comprende la innumerable multitud de otras afecciones que se llaman mas particularmente enfermedades agudas, semi-agudas y crónicas, con todas las incomodidades é indisposiciones que dependen de una causa material y dinámica.

Es inherente á la naturaleza del espíritu humano el buscar al rededor de él las causas de los fenómenos. Así luego que se presenta una enfermedad, se vé á cada uno apresurarse á atribuirla á una causa cualquiera, á la que juzga que es mas influyente. Mas nos engañariamos si concluyésemos de esta tendencia irresistible, que es necesario el conocimiento de las causas para producir la curacion.

La segunda clase encierra muy pocas enfermedades cuya causa nos sea conocida de nombre; pero no contiene ninguna de la que conozcamos la esencia de esta causa. Ningun espíritu creado puede penetrar en el interior de la naturaleza. Sin embargo, se cree que se conoce el nombre y la cosa en lo que concierne á las enfermedades. El médico vulgar tiene de comun con el pueblo, el figurarse que puede asignar nominativamente una causa á cada cambio sobrevenido en la salud; los médicos mas sabios en apariencia se imaginan tambien que pueden penetrar en la esencia íntima de las enfermedades, y curarlas con arreglo á esto.

La naturaleza misma de las cosas quiere que jamás nos sea posible profundizar la esencia de la mayor parte de las causas dinámicas venidas del esterior.

¡Qué no se ha dicho de la influencia de las estaciones

y de la del tiempo en la produccion de las enfermedades! Se hace remontar á un año entero, ò al menos à muchos meses antes de la aparicion de una epidemia, la relacion de los diferentes estados del barómetro y del termómetro, las variaciones del viento, los grados de humedad y de sequedad de la atmósfera, y sin duda se atribuye la enfermedad mortífera á las circunstancias que han reinado durante este espacio de tiempo, como si hubiese entre ellas una relacion necesaria de causalidad. Mas aun admitiendo que estas circunstancias, ó al menos la diferencia de estaciones, tengan alguna parte en lo que ocasiona ó contribuye á ocasionar enfermedades de especie particular, ¡qué auxilio tan pobre ofrecen los sucesos que en nada se pueden cambiar, puesto que dependen de la atmósfera y de la revolucion del globo, para establecer indicaciones con sugecion á las que pueda ser útil el médico en la epidemia reinante!

Si la estacion, si el estado presente de la atmósfera realmente han sido causa del mal presente, ¿qué nos importa saberlo, puesto que de ello no podemos deducir el remedio apropiado al mal que aflije al pais?

El terror, el miedo, la aversion, la cólera, el pesar, un enfriamiento, etc., son impresiones que no podemos someter á un análisis físico.

Ignoramos cómo y hasta qué punto modifican estas impresiones el cuerpo humano, y cuáles son precisamente las enfermedades que le ocasionan. Nuestra ignorancia en este punto es tal, que no hemos dado un paso mas en cuanto al tratamiento, cuando se nos ha indicado el nombre de la causa presunta, cuando se nos ha dicho que eran el terror ó el miedo, el pesar ó la cólera. Las especulaciones, aun la mas abstractas sobre la naturaleza metafísica del terror, no suministran al práctico el menor indicio que le ilustre acerca de la marcha que debe seguir para curar sus consecuencias, jamás pronuncian el nombre del remedio específico de los accidentes agudos del terror, que es el opio.

Es fàcil decir que la sarna depende del vicio psórico, la sífilis del vicio venéreo, la viruela, del vicio variólico, la fiebre cuartana del aire de los pantanos. Mas al articular estos nombres, no estamos mas adelantados relativamente al conocimiento y al verdadero tratamiento de

estas enfermedades. Los miasmas morbosos nos son tan desconocidos en su esencia íntima, como los mismos males que de ellos dependen. Esta esencia es absolutamente inaccesible á nuestros sentidos, y lo que la escuela nos enseña de la causa ocasional de las enfermedades, jamàs nos hará entrever cuáles son los remedios que realmente les convienen Lo que hemos aprendido hasta aquí tocante à estos remedios ha sido un puro efecto de la casualidad, el resultado de una esperiencia ciega. Jamás señalará la causa de la enfermedad el camino que es preciso seguir para buscarlos y encontrarlos.

¿Qué conocimiento de la causa y de la naturaleza íntima de las enfermedades endémicas podria bastar para revelarnos los verdaderos remedios de estas afecciones? Habrá siempre para nosotros, débiles mortales, un abismo insondable entre este pretendido conocimiento y el descubrimiento del medio curativo. Jamàs podrá descubrir la razon una conexion lógica entre el uno y el otro. Aun cuando Dios nos revelára los cambios invisibles que un miasma crónico determina en el interior de las partes mas sutiles de nuestro cuerpo, donde ya no puede penetrar el ojo del anatómico; aun cuando nuestro espíritu, que no tiene receptividad mas que para las impresiones venidas por los sentidos, fuese capaz de recibir una instruccion tan trascendental, este conocimiento intuitivo no nos conduciria todavía al del remedio específico, del único que nunca deja de producir su efecto.

Ni el nombre de bocio, ni la causa probable de esta enfermedad, el habitar en las gargantas de las montañas, inspira à nuestro espíritu el nombre del remedio que la casualidad ha hecho descubrir en la esponja quemada.

¿Por qué pues blasonamos la orgullosa pretension de curar las enfermedades con arreglo à sus causas dinámicas?

Los accidentes y males producidos por los venenos domésticos y farmacéuticos, han encontrado en estos últimos tiempos los remedios que les son apropiados en parte; mas no se ha llegado al conocimiento de estos medios especificos, ni por especulaciones acerca de la naturaleza íntima de estas enfermedades, ni por investigaciones físicas ò químicas sobre sus causas, los venenos, sino por un camino mucho mas corto y mucho mas confor-

me á la naturaleza. No hace todavìa mucho tiempo que se trataba de espeler frecuentemente con un resultado muy funesto, estas sustancias nocivas por medio de los purgantes y de los vómitos, como si se hubiese tratado de agentes mecànicos introducidos en el estómago y en los intestinos. En el dia se sabe combatir muchos de llos como causas morbosas de la segunda clase, como causas de naturaleza dinàmica, y oponerles los antídotos que convienen realmente: determinan un cambio en todo el cuerpo de un modo peculiar á ellas, que nosotros no lo conocemos, y jamás pueden ser curados sus efectos como irritaciones simplemente locales ó puramente mecánicas, como se creia en otro tiempo.

Otros han obrado de un modo mas sabio, y como si hubieran recibido la inspiracion de arriba, han dividido los venenos en acres, narcóticos, narcótico-acres, etc. Despues han partido de esta clasificacion arbitraria para prescribir no menos arbitrariamente los medios que deben emplearse. Aquí tenemos una imágen fiel del modo como la escuela procede cuando juzga las enfermedades naturales y les asigna remedios. ¡Arbitrariedad, vanidad, arrogancia y orgullo!

La belladona y la nuez vómica se vieron colocadas en la categorìa de los venenos narcóticos, y con la misma marcialidad se les asignaron por antídotos los ácidos vegetales, el jugo de limon y el vinagre. Por desgracia de nuestros clasificadores podia sometérseles en este caso á una prueba perentoria, y convencerles del error por la autoridad de los hechos. Se ha visto en efecto que los àcidos vegetales son los medios que mas agravan los accidentes de la belladona y de la nuez vómica. Y hé aquí como frecuentemente afirman precisamente lo contrario de lo que es cierto.

Sed sæculorum commenta delet dies.

¿Cómo habrian podido imaginar los partidarios de esta escuela, que una de estas sustancias enérgicas tiene por antídoto el opio y la otra el alcanfor, segun lo ha puesto fuera de toda duda la esperiencia?

Sin embargo, no se han limitado á imaginar causas esteriores para las enfermedades, ó á prestar á estas una naturaleza arbitraria, con arreglo á la cual se les asignaban no menos arbitrariamente los remedios. Se ha

llegado todavía mas lejos, y se han creado tambien causas internas.

La orgullosa pretension de derivar la mayor parte de las enfermedades de una ó muchas causas internas, se hizo entonces el orígen de diversas sectas médicas, que desatinaron todas á porfia las unas de las otras.

Una de estas sectas, que no fué la mas perjudicial, espresaba la vida en cierto modo especial y las particularidades, los efectos propios de cada órgano con el nombre figurado de *Archéo*, especie de alma de cada parte, y creia que cuando enfermaba una parte cualquiera, era su arqueo el que se necesitaba aplacar ó volver á otra série de ideas.

Me parece que esta secta ha confesado con esto la impotencia en que se encontraba de concebir la produccion de las enfermedades, y de satisfacer á las exigencias de estas cosas sobrenaturales.

Otras han tratado de persuadirnos que el predominio del àcido era la causa próxima de todas las enfermedades, teoria en cuya consecuencia solo prescribian álcalis. A esta secta trató de unirse la antigua escuela que atribuia todas las enfermedades agudas, las epidemias sobre todo, à un veneno comun, las mas veces engendrado por sí mismo en el interior del cuerpo, y que con arreglo á esta idea se imaginaba igualmente que podia combatirlas casi todas por medio de tierras absorbentes, alcalinas, pero especialmente por medio de los bezardos y de mezclas de opio con los mas fuertes aromas, (triaca, mitridato, filonio). El abuso que hacia de los polvos terrosos se ha propagado hasta nosotros, y el espíritu maléfico que la impelia à hacer un uso tan empírico y tan universal del opio, se ha apoderado de algunas sectas modernas, que han inventado otras causas para autorizar la aplicacion casi general que hacen de un medio indicado solo en algunos casos.

C. L. Hoffmann no se ha creido con menos derecho que otro cualquiera para erigir en verdad general su creencia particular, que casi todas las enfermedades provienen de una especie de putrefaccion, y que se las debe tratar con los medios que la escuela indica como antipútridos.

Nadie le disputa este derecho, como tampoco á otros

jefes de secta que no viendo en las enfermedades mas que acrimonias de la sangre, han imaginado remedios contra la atrabilis, contra el virus psórico, artrítico, escrofuloso, raquítico, y Dios sabe contra cuantas otras acrimonias, hasta que al fin los modernos cayeron en el estremo opuesto, escluyeron los humores del número de las causas morbosas, y solo atribuyeron la produccion de las enfermedades à las partes sólidas.

Así es como las pobres enfermedades han sido caprichosamente referidas, tan pronto á unas causas, tan pronto á otras. Sin embargo, no se dejaban atacar por esto, y continuaban en tranquila posesion.

No se crea que en suma total una secta haya curado mas enfermedades que otra. Lo que se queria no era curar, sino imaginar causas de enfermedades, especular sobre el modo como estas se desarrollan, y edificar sobre esto sistemas. Así no se curaban mejor las enfermedades despues que antes; á menos que no lo quisiesen ellas, es decir, que se presentase alguna circunstancia particular para proporcionar este resultado de improviso.

La doctrina de las acrimonias humorales ha dominado largo tiempo entre los hombres. Pero como no era muy fácil imaginar específicos contra cada una de estas acrimonias, ordinariamente se atenian en gran parte à los evacuantes. Si se esceptúan algunas tisanas empíricas y algunas aguas minerales acreditadas por casualidad, à las que el médico humorista mandaba que pasasen á la sangre para endulzarla, para corregirla, para separar de ella las impurezas con una accion en cierto modo mágica, y espelerlas del cuerpo por medio de la orina ó de la transpiracion, la maniobra de esta escuela consistia principalmente en sacar la sangre mala, ó en evacuar los humores impuros por arriba ó por abajo.

¿Cómo? ¡Queria no sacar mas que la sangre mala! ¿Por qué milagro conseguia separar lo bueno de lo malo en los vasos, acribar en cierto modo este líquido, de modo que no deje salir mas que lo que no vale de nada y conserve lo que sea de buena calidad? ¿Dónde se encontrará una cabeza tan groseramente organizada que crea semejantes cosas? ¡Qué importa! siempre se derramaban olas de sangre, de ese jugo vital que tanto respetaba ya Moisés.

Las sectas humorales refinadas, ademas de la alteracion de la sangre, tenian todavia para disculpar sus espantosas é inhumanas emisiones sanguineas una plétora, cuya existencia suponian casi en todas partes. Ademas, intentaban tambien con esto derivar, disminuir el tono y llenar otra multitud de indicaciones accesorias sugeridas por su ciencia. Se ve que, á ejemplo de las demas sectas, procedian de un modo arbitrario, pero con la formalísima intencion, no de curar, porque esto hubiera sido una cosa muy vulgar, sino de dar el mas brillante barniz de racionalismo á sus especulaciones.

Los humoristas partidarios de la saburras tenian tambien escelentes razones y miras muy juiciosas para justificar sus innumerables vomitivos y sus purgantes suaves y fuertes. ¡Ved que cantidad de impurezas se han sacado de la sangre! ¡Mirad el sillico! Cuando hayan sido espelidas todas, entonces solamente se verá desembarazado el cuerpo de todos los humores pecantes. Contad por otra parte con la masa de impurezas que diariamente se desprenden de los alimentos y de las bebidas, y que se acumulan; por lo tanto es preciso evacuarlas bien y con frecuencia, si se quiere que el enfermo escape de la muerte. Ved tambien como la mayor parte de los enfermos se quejan de que tienen el vientre tenso y doloroso, ó al menos de que esperimentan peso en los hipocondrios; tienen la lengua sucia y mal gusto de boca. ¿Quién no reconocerá despues de esto que las saburras de las primeras vías son el foco de todas las fiebres, la causa de casi todas las enfermedades? Ciertamente, es preciso evacuar, es preciso hacerlo á menudo y con energía, á fin de quitar el germen de las enfermedades. Lo que prueba ya la escelencia de nuestro método, es que somos generalmente estimados. Con nuestro auxilio el enfermo siente por su dinero el efecto que en él produce el medicamento, y ve por sus ojos las inmundicias que le hacemos espeler del cuerpo ¿Quién se atreverá á negar que no es esta la medicina que le gusta al pueblo? ¿Quién dudará que nuestra iglesia es la única ortodoxa?

Querido hermano, dice otra rama de la escuela saburral, solo hay un punto en el que no estoy de acuerdo contigo, y es que quieres derivar todas las enfermedades de la bilis. Yo pretendo que todas dependen de la presen-

cia del moco en las primeras vías. Es preciso atenuar y disolver este moco: es preciso, repito, purgar de él al cuerpo con cuidado, si se quieren cortar las enfermedades de raiz. Todas vuestras fiebres biliosas y pútridas son fiebres mucosas larvadas, todas las enfermedades imaginables proceden del moco, y aunque los enfermos tratados con nuestro método se vean obligados á esperar largo tiempo su curacion, no podemos alabarnos menos de que poseemos un sistema bien fundado y escelente.

Blennophile, segun el uso de los médicos, iba á continuar estendiéndose sobre las ventajas de su sistema, cuando Eucholos, impacientado de oir negar que la bílis era una causa general de enfermedad, no pudo menos de sostener esta tésis en un discurso no menos enérgico. La bílis debe ser evacuada, tal fue la conclusion de su filípica; debe serlo sin titubear y por todas las vías, así por arriba como por abajo, porque de ella es de la que dimanan todas las enfermedades.

Así fue barrido el mundo por arriba y por abajo durante mas de medio siglo: y cualquiera hubiera podido creer que ya no quedaban en él impurezas. Se engañan, dice Kæmpf, falta mucho para que se haya quitado todo lo que hay en él de impuro; al menos los medios que se han empleado por abajo nada tenian de suficientes para hacer la limpieza. Se ha ido á buscar el orígen de las enfermedades donde no estaba. Pues de no ser así ¿de dónde proceden esos centenares de afecciones nerviosas, hipocondriacas, tormentos hasta el dia indescifrables de los magnates de la tierra; de dónde esas enfermedades del pecho, del hígado, de la piel y de la cabeza; y qué digo, de dónde todas las demas enfermedades si no es de las obstrucciones del bajo vientre? Es preciso que centenares de lavativas resolutivas fundan esas obstrucciones y las conduzcan al esterior, si quiere uno librarse de la muerte. ¡Dios! cuàn ciego ha sido el mundo hasta el dia para no haber descubierto mas pronto el único remedio posible de la única causa posible de todas las enfermedades! Y en realidad ningun método era mas cómodo para el práctico: ningun otro podria ocultar tan bien lo vago de sus indicaciones como este, que, sustrayéndole á la censura del simple buen juicio, le permitia trabajar en las tinieblas, y hacer

salir al esterior despues de muchos centenares de clísteres las obstrucciones revestidas de las mas espantosas formas. Hacer cocer huevos en un sombrero es una niñada en comparacion de semejante fuerza.

¡Si solamente poseyese yo, dice suspirando Tyron, todos los signos por cuyo medio se pueden conocer inmediatamente las obstrucciones, si supiese solamente lo que son las obstrucciones, qué puntos de los intestinos son bastante indolentes para hospedar con tanta tranquilidad semejantes huéspedes proteiformes, y de dónde proviene su color agrisado, su figura, su consistencia, su olor, tales como Kæmpf nos las ha presentado en forma de láminas! ¡Con todo, no me siento enteramente satisfecho! ¡Qué espíritu celeste me dirá si hay signos esteriores ciertos para conocerlas, si yo mismo no alimento tales mónstruos en mis vísceras!

No te aflijas, querido Tyron, de no poder llegar hasta ellas con tus cinco sentidos. El juego de las obstrucciones y de las lavativas desobstruentes se ha acabado ya.

Era una pura especulacion de moneda, si es que no ha sido un piadoso fraude del inventor. Con numerosas lavativas se puede convertir el intestino grueso, aun del mas robusto aldeano, en órgano productor de materias contrarias al órden natural de las cosas, de masas mucosas diversamente configuradas y de cuerpos duros de todos colores.

Otros visionarios modernos estan afectados de una mania parecida á esta; admiten el infarto de los capilares del bajo vientre en casi todas las enfermedades que no pueden curar. Pero tampoco han indicado los signos por cuyo medio se llega á conocer este infarto de un modo cierto. ¡Es, pues, tambien un terror pánico para los pobres enfermos á quienes se intimida tan fácilmente! ¡Es, pues, tambien, una hermosa ocasion para pescar á rio revuelto! ¡Mas consoláos! De seguida han encontrado bajo su gorro de algodon los disolventes mas aptos para combatir esta nueva causa. ¡Pensad en esa multitud de aguas minerales que todos los dias brotan de la tierra para gran provecho de sus diversos médicos inspectores, y que ya tienen, sin que sepamos cómo, el poder de curar todas las enfermedades imaginables, que por consiguiente no pueden dejar de resolver tambien los infartos de los

capilares del bajo vientre y de las glándulas mesentéricas! ¡Reflexionad ademas en la saponaria, en el diente de leon, en los remedios antimoniales, que sobre todo han sido imaginados para hacer befa de la química, en los jabones de antimonio que se deterioran de una hora á otra, en los mismos jabones ordinarios, en la hiel de buey, en la raiz de grama, y sobre todo, en esas nobles sales neutras, que son para nosotros mas que viento y marea, y que al menos conocemos de nombre! ¿Qué podreis tener que no lleguen á resolver todos estos medios?

¡Vea vd. qué bien dicho!

¿Mas habeis visto jamás que resuelvan semejantes infartos, y cómo se conducen para ello? ¿Qué revelacion divina os ha dicho que esos medios eran fundentes, puesto que la esperiencia nada enseña á los sentidos sobre este objeto, ni puede poner á la luz del medio dia nada de lo que ellos hacen en las tinieblas? ¿Estais vos mismo bien persuadido de la existencia real de los infartos de que tanto hablais? ¿Sabeis que esas glàndulas reputadas por vos como obstruidas han sido halladas por Sœmmering las mas penetrables de todas á las inyecciones mercuriales? ¿Sabeis que cuando habeis administrado muriato de barita ó muriato de cal con felices resultados en algunos casos de escrófulas no resolviais nada, como os lo imaginàbais, sino que solamente quitábais el àcido encontrado por Fischer en estas glàndulas, y que las hacia entumecerse? ¿Dónde pues están ahora vuestras obstrucciones? ¿De qué valor son vuestros fundentes, puesto que no hay nada que fundir?

¿Mas de dónde proviene esa multitud de enfermedades que arrebata la mitad de los niños antes de que cumplan cinco años? Por mi parte, dice uno, creo que el trabajo de la denticion es casi la única causa de las enfermedades y de la mortalidad en los niños. Si se les observa con atencion, se verà que sufren de sus malditos dientes desde las primeras semanas de su existencia, y continúa este estado durante algunos años. Estos pobrecitos séres están continuamente atormentados por los dientes, de los cuales siempre hay alguno que quiere salir. Asi sus lamentos, sus caprichos, su costumbre de meter los dedos en la boca, la baba que los inunda, su palidez, sus diarreas, su abultamiento del vientre, el despertar sobresal

tados, su agitacion continua, sus espasmos, sus accidentes febriles, en una palabra, todo lo que les sucede es atribuido, cuando no podemos curarlos, no à nuestra ignorancia, sino á una causa no menos inmutable que la fatalidad de los turcos. Desde entonces los padres nada tienen que imputarnos. Pero si el niño llega á ser atacado de una enfermedad muy conocida, como la coqueluche, el sarampion, la viruela, etc., y muere de ella, tenemos el escelente recurso de decir que la denticion ha sido la causa. Con este pretesto salimos tambien airosamente del paso, cuando despues de estas enfermedades quedan afecciones consecutivas, atrofia, tos, diarrea, pterigion, ceguera, úlceras, ya en un punto, ya en otro Solo la denticion es causa de todos estos funestos resultados. ¡Dios bendiga al que ha imaginado la denticion dificil! Es sensible solamente que esos niños miserables de los aldeanos echen sus dos filas de dientes muy blancos sin sentirlo, y sin necesitar de nosotros; porque pudiera muy bien tardar poco en llegar un tiempo en que se viese uno inclinado à creer que la benéfica naturaleza sabe hacer salir los dientes sin el auxilio del hombre, y que los produce tranquilamente en la boca como las perlas, cuando la malhadada actividad de los médicos y el género de vida de los ciudadanos que tantas enfemedades engendra en los niños, no ponen á ello ningun obstáculo.

Un compañero se elevó de repente contra esta declaracion de principios, y como todo debe ser exagerado en el mundo, sostuvo que las lombrices son la ùnica causa de las enfermedades de la infancia. Llevó su sistema al estremo de hacer depender de las lombrices una multitud de fiebres epidémicas en los niños; porque estos las expelen con mucha frecuencia en el curso de estas afecciones. Bajo este concepto me admiro de que no se traten tambien de buscar en los vermes intestinales las causas de la viruela, del sarampion y de la escarlatina; puesto que los materiales albinos los contienen tambien en estas enfermedades. Ha llegado á curar algunos niños por medio del hierro, del semen contra, de la jalapa en polvo ó de los calomelanos, y ha visto salir por el ano algunas lombrices; estos animales, son á su parecer, los que han determinado la enfermedad, aun cuando el niño no haya echado lombrices sino solamente las mucosidades

que el efecto purgante de la jalapa y de los calomelanos jamàs dejan de hacer salir al esterior. Este es siempre para el moco de lombrices. ¿Qué tiene, pues, de particular el moco de los vermes lombricoides para poderle distinguir tan fàcilmente de cualquiera otro? ¿Y el hierro, la jalapa, el semen-contra, el calomelano no curan tambien otras enfermedades que las que han sido determinadas por las lombrices? Por lo que respecta al semen-contra la esperiencia me ha convencido de lo contrario; en cuanto á los otros tres medicamentos todos los médicos saben lo que deben juzgar de ellos.

Por otra parte, lo que teneis por signos de la presencia de los vermes, la tension del vientre, el hambre voràz que alterna con la anorexia, el prurito en la nariz, las ojeras, la dilatacion de las pupilas y aun la salida de algunos vermes lonbricoides, ¿son realmente síntomas de una enfermedad verminosa? ¿no pueden mas bien ser síntomas de un mal coexistente con los vermes, y que lejos de ser el efecto de estos últimos, sea mas bien su causa? ¿no duran frecuentemente hasta la muerte, despues de la cual no se encuentran algunas veces lombrices en el cadáver?

Si porque se encuentran algunas veces perforados los intestinos se pretendiese atribuir esta perforacion à los vermes, podria responderse, que una agresion semejante por parte de ellos contra las paredes del reservorio que les sirve de domicilio les es tan poco natural, que en los niños robustos habitan frecuentemente el canal intestinal hasta la edad adulta, y aun á veces en número muy considerable, sin dar lugar á ningun accidente, y no se determinan à una accion tan poco natural como la de perforar los intestinos, sino cuando han sido impelidos á ello por una enfermedad existente en el niño.

¡Separemos estas causas materiales de las enfermedades, esclama el solidista; no convienen á nuestro siglo infatuado de metafísica! La debilidad nerviosa, hé aqui el origen de la mayor parte de las enfermedades que afligen en el dia á la raza humana. Debilidad de los nervios y relajacion de la fibra, no hay otra cosa. Todas las enfermedades de nuestra edad pueden referirse à esto.—Decidnos, amigo, ¿cuáles son los medios de curar esa debilidad nerviosa, que escluye todas las demas causas?—¿Cuá-

les pueden ser sino las que aventajan á todos los demas, la quina, el hierro y los estractos amargos? — ¿Y cómo, pues, se verifica eso? — Notad bien que todo lo que es amargo tonifica, para servirme del lenguaje de Cullen; lo que encoje ó constriñe la lengua, como las sales ferruginosas, debe fortificar la fibra; ¿y qué sustancia se me citará que aventaje en esto á la quina, corteza con la cual se pueden curtir las pieles? pues casi no hay otra cosa que hacer en las enfermedades mas que curar la debilidad nerviosa, y reanimar el tono de la fibra, cuyas indicaciones llenan completamente estos medicamentos. — ¡Sin duda, si todo lo que acabais de decir fuese cierto; si las innumerables enfermedades no ocasionasen en el modo de ser y de comportarse del sólido vivo innumerables diferencias, que solo un cerebro limitado puede tener la pretension de abrazar bajo un nombre único; si conocieseis todas las sustancias amargas y las infinitas gradaciones que ofrecen en sus efectos, si la quina no dejase de ser un medio poderoso cuando el agua de cal le ha quitado todos sus principios curtientes; si todos los efectos del hierro pudiesen derivarse de su astringencia!

Oigo decir á otro que esas causas de las enfermedades no son bastante sutiles para nuestro siglo, sin contar con que el método curativo lleva el sello de ideas demasiado groseras. ¡La naturaleza y el tratamiento de las enfermedades son mucho mas sutiles! El gas es lo que forma su base. Al nuevo sistema químico pertenece solamente abrir las puertas de la vida.

Sabed que todos los desórdenes que se verifican en nuestras funciones dependen, ó de la falta ó del esceso de oxígeno, de calórico, de hidrógeno, de azoe ó de fósforo, que por consiguiente no se puede curar mas que con medios apropiados para sobreoxigenar ó desoxigenar, sobrecalorificar ó descalorificar, sobrehidrogenar ó deshidrogenar, sobreazoar ó desazoar, sobrefosforar ó desforar.

Ved qué bien suena esta teoría, y qué buen efecto hace sobre el papel. Marcha tambien con el espíritu de las ideas de la moda. Mas entonces, en cada caso de enfermedad, necesito de una asistencia sobrenatural que me particularice estas generalidades, que me revele si tal afeccion depende del esceso ó de la falta de oxígeno ó de azoe, que me indique cuáles son los antídotos quími-

cos de este estado químico individual, porque todas estas cosas, aunque deducidas con verosimilitud de la especulacion, solo son productos de nuestro espiritu, y jamás pueden estar al alcance de nuestros sentidos. Toda asercion que tiene por base la mas pequeña verdad, tiene tambien una utilidad práctica.

Es preciso que lleguemos mas arriba todavía, asegura un célebre profesor de dinamología, alimentado con la leche etérea de la filosofía crítica. Debemos remontarnos al origen primitivo de las enfermedades, á los cambios en la composicion y la forma de la materia. Pero por mas que esta máxima ontológica se aproxime todo lo posible á la verdad *á priori* para el filósofo que se ha familiarizado con la ciencia de la naturaleza en general, y con la constitucion probable de nuestro organismo en particular, el médico práctico no puede absolutamente sacar de ella ningun partido, le es imposible aplicarla al tratamiento de las enfermedades. Del mismo modo lo que Bruce nos dice de las fuentes lejanas del Nilo no tiene la menor utilidad práctica en el Delta. No obstante, el físico de que se trata se ha acercado mucho mas, en sus consideraciones particulares sobre las enfermedades, y principalmente sobre las fiebres, á los datos puros de la esperiencia, que lo que hubiera debido esperarse, y ha dejado en ellas á las probabilidades mucha menos latitud que sus crédulos predecesores. Si el espíritu de sistema guia todos sus pasos, jamás deja de decir de buena fe cuándo la abstraccion marcha en sentido inverso de la esperiencia, y es muy estimada de él esta última. El médico, que sabe pensar, puede instruirse leyendo sus escritos, con tal que al llegar á la cabecera del enfermo no olvide que las consideraciones, que quizá han merecido su aprobacion, solo son pensamientos individuales, simples cálculos, y que nunca se podrá deducir de ellos el mas pequeño remedio curativo.

Mas la parte del arte médico que Wilmans presenta á la vista del médico capaz de reflexionar, me parece que es entre todas la que mas se aproxima á la verdad. Con todo, hay que limitarse solo á sus prolegómenos, si se quiere no perder el camino recto. En cuanto á sus divisiones, ya se ve reinar en ellas el espíritu de la escuela. En medicina todas las especulaciones que di-

manan del puro empirismo tienden á particularizar

Respecto al arte de manejar los sofismas de la dialéctica, el atrevimiento de las aserciones, el descaro de prodigarse elogios á sí mismo, y en el desprecio de las modificaciones infinitas que la naturaleza ha introducido tan visiblemente en las enfermedades y sus remedios, ningun jefe de secta en medicina ha igualado á Brown, ese empírico por escelencia, que no siendo práctico él mismo, redujo todas las indicaciones curativas posibles à dos, escitar y disminuir la escitacion, y proclamò el mas grande de todos los absurdos médicos, diciendo que solo puede haber dos ó tres enfermedades diferentes por el mas ó el menos de escitacion, con una masa correspondiente de escitabilidad. Con el auxilio de semejante doctrina bien pronto estaba construida la terapéutica. Escoged para remedios cosas escitantes y cosas que sean lo menos escitantes posible (1). A mi parecer una ó dos drogas hubieran bastado para llenar la primera indicacion. Brown para no estar en contradiccion consigo mismo, hubiera debido tomar uno solo de los escitantes menos fijos y otro de los mas fijos; porque si todos ellos solo podian hacer una misma cosa, ¿á qué tener muchos?

Sin embargo, podria muy bien haber sospechado el inconveniente de la simplificacion, y conocido él mismo que un bebedor no podria reemplazar el aguardiente con almizcle ó alcanfor. Para acabar su sistema le hubiera sido preciso ignorar las cosas que todo el mundo sabe, y que el buen juicio nos enseña diariamente.

Mas no tengo que ocuparme aqui de lo que él mismo ha debido juzgar de las contradicciones de su sistema, y de los esfuerzos que ha necesitado hacer para contradecir asi los hechos mas patentes, para llegar à ser jefe de secta. Lo que me basta es que en la apariencia jamàs ha habido ningun jefe de secta que haya conocido menos la naturaleza, pero que tampoco ningun otro ha poseido me-

(1) Me admiro de que sus partidarios le hayan prestado gratuitamente, respecto á estas últimas sustancias, una idea que no le pertenece, y que no podia tener si queria ser consecuente. En ninguna parte habla Brown de remedios que quiten la irritacion. Sus minorativos de la astenia debian ser sustancias que no debilitasen mas que por la poca intensidad de su escitacion.

jor el arte de manejar la dialéctica para erigir en máximas absolutas algunas proposiciones, que solo parecian nuevas á causa del modo estraño con que eran presentadas, para enmascarar el vacío de las ideas con el auxilio de la oscuridad del lenguaje, y para establecer la superioridad de su genio sutil por la secularizacion de todas las demas verdades incontestables. Quizà hubiera concluido por confesar él mismo que se burlaba del mundo, si el abuso de sus estimulantes difusibles le hubiera dejado vivir mas tiempo.

No hay tonteria que no haya sostenido ya algun sofista, y en todos tiempos la manía de simplificar ha sido el gran caballo de batalla de los fabricantes de sistemas al primer vuelo.

Así el uno hacia dimanar el universo del fuego, y el otro del agua. Este quiere que todos los séres vivientes procédan de un huevo. Descartes paseaba el mundo en los torbellinos que él habia imaginado. Así prentendia la alquimia encerrar todas las sustancias en el triàngulo de su azufre, de su sal y de su mercurio. ¿Qué la importa el número de los metales? Creia lucirse reduciéndolos dictatorialmente à siete, y estos mismos los reducia á una sola sustancia primitiva, su semilla de los metales. ¿No era la orgullosa manía de simplificar la que habia hecho decretar en otro tiempo que la tierra es el objeto y el centro de toda la creacion, y considerar apenas los treinta mil soles esparcidos en el espacio como lámparas destinadas á iluminar nuestro pequeño globo?

Mas volvamos al sectario que queria medir la medicina por toesas, y que casi no admitia mas enfermedades que la gota (1), algunos reumatismos, algunos catarros, algunas hemorragias y la angina gangrenosa.

Pasaré en silencio los pecados teòricos de que no debe tratarse aquí, para llegar á los que conciernen al tratamiento de las enfermedades.

Jamás habia aparecido hasta entonces doctrina que fuese mas á propósito para inducir á los prácticos á error, y mas peligrosa para los principiantes.

(1) Sorprende la prolijidad, por decirlo así, casi pragmática, con que Brovvn trata de la gota, mientras que apenas sabe dar algunas frases superficiales acerca de las mas importantes de las demas enfermedades especiales.

Segun Brown nada debia confiarse á las fuerzas de la naturaleza; jamás se necesita dejar descansar á los remedios, es preciso estimular ó debilitar contínuamente. ¡Qué blasfemia, y al mismo tiempo qué peligrosa insinuacion para el medio-médico ordinario, que se encuentra ya demasiado dispuesto à obrar! ¿Qué orgullo no se le inspira diciéndole que domina á la naturaleza?

Dad siempre muchos remedios á la vez, decia Browon. Jamás debemos limitarnos á un solo medio contra una enfermedad. Este es el caràcter de la falsa medicina. El charlatanismo nunca marcha sin mezclas de medicamentos, y el que erige semejante precepto en regla absoluta de conducta, está á mil leguas de los caminos sencillos de la naturaleza, de su ley, que quiere que se pueda conseguir muchos objetos con un solo medio. Este solo axioma, tan á propósito para trastornar las cabezas y los tratamientos, debe haber costado la vida á bastántes hombres.

Brown no hacia diferencia entre los paliativos y los curativos. A imitacion de los charlatanes nunca recomienda mas que los primeros (1), cuya accion contraria à la de la enfermedad acalla al principio los síntomas por espacio de algunas horas, para dejar despues un estado opuesto al que habia resultado de su auxilio temporal. Así el opio es á sus ojos una verdadera panacea en todas las enfermedades que proceden y van acompañadas de dibildad. ¡Qué esceso de empirismo como el de recomendar para producir un efecto fortificante general, un remedio que despues de las pocas horas durante las que estimula las fuerzas las deja mucho mas abatidas que lo estaban antes de su uso, efecto que no se puede prevenir mas que aumentando las dosis poco à poco y sin cesar! ¿Y cuál es el médico esperimentado que ignora los resultados del uso prolongado del opio á altas dosis? Es, pues, esta sustancia la que fortifica de un modo puramente paliativo, pero que mas que ninguna otra deja tras sì la debilidad y disposicion al dolor, la que Brown

(1) No desconozco la grande utilidad de los paliativos. En las enfermedades que se desarrollan y tienden á marchar rápidamente, no solo bastan algunas veces, si que tambien merecen la preferencia, siempre que no se puede perder una hora, un minuto para socorrer al enfermo. En estos casos, pero solamente en estos, son útiles.

recomendaba sin restriccion como el mas conveniente de todos los medios en todas las enfermedades, aun las mas crónicas, que tienen por carácter la debilidad. El que no vea en esto un empírico rematado no tiene ojos. Solo hay un caso, pero muy raro en que el opio puede no debilitar, en que parece que no debilita cuando se le emplea paliativamente á corta dosis en un sugeto robusto sometido á un régimen fortificante; y es cuando la casualidad hace que al mismo tiempo sea el remedio específico de la enfermedad. Hé aquí cuál ha sido el origen del error. Pero los medios curativos, las verdaderas armas del verdadero médico que destruyen el mal radicalmente y para siempre, empezando por escitar una enfermedad análoga á la existente, Brown no dice de ellos una palabra ni aun los conoce de nombre. ¿Es esta la mision de un restaurador ó de un inventor de la medicina? Título que no duda darse á sí mismo. Para limitarme á un solo ejemplo, ni aun sospecha que es preciso tener largo tiempo en agua fria una quemadura antes que deje de causar dolores cuando se la saca del líquido y que el mejor medio de hacer nacer ampollas, es aplicar tópicos refrigerantes á esta inflamacion local. No sospecha que sucede precisamente lo contrario cuando se mete la parte quemada en alcohol. ¿A qué se han reducido pues, los antiesténicos y antiasténicos paliativos? ¿Cuán lejos están de la reputacion que se les ha querido atribuir?

¿Qué médico práctico no conoce la potencia paliativamente debilitante del agua fria? No se necesitaba que Brown nos presentase la propiedad debilitante del frio como una cosa nueva. Mas cuando pretende que el frio es un debilitante positivo se engaña, como tan frecuentemente le sucede. El frio no debilita mas que en el momento mismo de su aplicacion, es decir, de un modo paliativo; pero en sus efectos consecutivos es uno de los mejores fortificantes que poseemos, es decir, que obra como un remedio curativo curando de un modo duradero. Se sabe que el agua fria es el medio mas seguro de curar la congelacion, es decir, el mas alto grado de debilitacion de un miembro. Me limito á este ejemplo entre mil que podria citar de los efectos curativamente fortificantes del frio.

Brown no conocia mas causas de enfermedades que

una escitacion muy viva por los estimulantes (esténia), cuya prolongacion engendra la debilidad indirecta, ó una escitacion demasiado débil por estimulantes muy poco enérgicos (debilidad directa). La estenia comprende las enfermedades francamente inflamatorias, y la asténia abraza todas las demas enfermedades que llevan el carácter de debilidad Las primeras se curan con la sangría, el frio y el agua; las otras con el calor, los caldos sustanciosos, el vino, el aguardiente y sobre todo el opio.

Hé aquí como Brown cura sobre el papel, y prescribe tratar las innumerables enfermedades tan infinitamente diferentes en sus especies. El grosero empirismo y la presuntuosa ignorancia no podrian llegar mas lejos. ¡Así todas las epilepsias (1), todas las hidropesias, todas las enfermedades endémicas, todas las melancolías, se curarian con seguridad por medio del opio, el aguardiente, el calor y los caldos de carne! ¿Quién ha visto jamás que semejante tratamiento obtenga buenos resultados en estas enfermedades? ¿Queria Brown burlarse de nosotros? ¿Despues de haber reducido la medicina á un corto número de medios empíricos, queria en fin destruirla enteramente. ¡Sin embargo, no! es racionalista en grado supremo. Recomienda que jamàs se emprenda un tratamiento sin haber examinado todas las circunstancias antecedentes, á fin de asegurarse si han podido obrar como demasiado escitantes ó como debilitantes, y quiere que solo con arreglo á estos datos se decida sobre la naturaleza de la enfermedad y el tratamiento que exige. Mas haciendo de esta investigacion la única indicacion que hay que llenar, prueba demasiado que jamás ha tratado enfermos mas que en su gabinete, y raciocina como un ciego que habla de colores. ¿Quién se atreveria á lisongearse en los casos inopinados y en las clases bajas, de poder descubrir siempre, antes de empezar el tratamiento, à qué categoria pertenecian las circunstancias pasadas hace largo tiempo, si el mal ha sido precedido de un esceso, de una falta de escitacion ó de un concurso de es-

(1) No conocia epilepsia con superabundancia de sangre buena, ni hidropesias esténicas, ni hemorragia esténicas, ni catarros asténicos, aunque la naturaleza los conozca y los produzca con demasiada frecuencia.

tas dos condiciones en tales ó cuales proporciones respectivas, si ha habido transicion, ya de la esténia á la debilidad directa ó indirecta, ya del uno ó del otro de estos dos géneros de debilidad á la esténia, ó bien si una clase de asténia se ha unido á la otra, y si ha resultado de esto un efecto misto, en fin, á cual de los ochenta grados que una inspiracion divina ha revelado á Brown, se encuentra disminuida ó acumulada la escitabilidad, y todo comparando sin cesar la intensidad de estas influencias nocivas con la masa de escitabilidad repartida al sugeto desde la creacion del mundo, sin dejar por esto jamás de atender á la edad, al sexo, á la constitucion, al clima, al pais, ect.? ¿Qué médico esperimentado podrá pretender que una décima parte de los enfermos ó de los que los rodean se encontrarán en disposicion de responder categóricamente á estas preguntas, las unas hiperbólicas, las otras sutiles, sobre todas las emociones antecedentes, agradables ó desagradables; sobre las impresiones de los diversos grados de calor y de frio desde un espacio de tiempo considerable, sobre la esposicion á una luz muy viva ó muy escasa, á un aire mas ó menos seco ó húmedo, puro ó impuro, sobre las cualidades mas ó menos nutritivas ó sabrosas de los alimentos, sobre la cantidad y la cualidad de las bebidas espirituosas ó acuosas, sobre la mayor ó menor frecuencia de los placeres venéreos, sobre la frecuencia y el grado del ejercicio, sobre la naturaleza de las ocupaciones del espíritu, etc.? Aun suponiendo que se encontrase una familia que, despues de haber sido preguntada durante semanas enteras, pudiese y quisiese responder á todo ó á parte de estas preguntas, que versan sobre objetos que la mayor parte habrá ya olvidado, ¡cuán obligado no se veria despues el pobre doctor á torturarse el espíritu para comparar entre sí estas innumerables circunstancias, calcular su influencia sobre un sujeto dotado de tal ó tal grado de escitabilidad, pesar el resultado, y determinar con arreglo á esto en cuántos grados Brownianos se encuentran superadas las potencias sobre-escitantes por las de escitacion insuficiente, ó estas por aquellas en tal ó cual individuo, no olvidando ningun término, ni grande, ni pequeño sin lo que todo el cálculo seria inexacto! Todos conocen que este método que no podria llevarse mas lejos segun los principios de

Brown, puesto que en él se funda el conocimiento de las enfermedades, es inejecutable en la práctica diaria, que exigiria un tiempo y cuidados infinitos antes de poder empezar el mas insignificante tratamiento, y que mientras se llenasen sus exigencias, la enfermedad pasaria á otro periodo de su curso, si es que no se terminaba por la muerte. Un Browniano concienzudo quizá no podria jamás llegar á reunir todas las informaciones, y á hacer todos los cálculos que su sistema le prescribe antes de administrar alguna cosa al enfermo. ¡Y sin embargo, despues de concluido todo esto, solo sabrá todavía una sola cosa, que la enfermedad depende de la esténia ó de la debilidad, ya directa, ya indirecta! ¿Es, pues, este el único conocimiento de que el médico necesita para curar? Sabeis que hay debilidad directa en todas las enfermedades endémicas. ¡Manos, pues, á la obra! Curadme todos los paises infestados del radésyge, de la pelagra, de la plica, del sibbens, del yaws, del pian, etc. ¿No necesitais para esto mas que de escitantes fijos y difusibles? Aquí teneis opio, calor, aguardiente, quina y caldo sustancioso. Curad con prontitud.

¡Dios Todo-poderoso, cuántas locuras puede acumular un solo escritor sin práctica para baldon de la inteligencia humana!

¡Seamos, sin embargo justos! Si la aureola que debia marcar la apoteosis de esta cabeza original desapareciese; si el gigante que queria poner el Pélion sobre el Ossa ha descendido poco á poco del rango de los héroes; si el plan colosal de trastornarlo todo en el imperio de Esculapio ha salido frustrado; si los millares de enfermedades individuales no han podido ser referidas á dos ó tres causas, ó lo que es lo mismo, á dos ó tres enfermedades diferentes solo por el grado, si no ha sido posible destruirlas con dos ó tres estimulantes; en fin, si toda esta ostentacion de arabescos y de escentricidades se ha perdido en el dominio de la fábula, no olvidemos el hacer justicia á Brown por haber destruido con un brazo vigoroso las hordas de hematistas, acrimonistas y saburralistas, que con sus lancetas, sus bebidas tibias, su régimen exigüe, sus purgantes, sus vomitivos y sus fundentes, amenazaban estinguir nuestra generacion, ó al menos hacerla degenerar en estremo, por haber reducido de ciento á tre-

las enfermedades que se deben tratar antiflogísticamente, determinado con mas precision la influencia sobre nuestra salud, de las seis cosas llamadas no naturales, y quitado al régimen vegetal la preminencia que se le habia concedido sobre el régimen animal; en fin, por haber reintegrado la apropiacion del régimen entre los medios curativos, vuelto el honor á la antigua distincion de las enfermedades, en las que dependen de una falta de escitacion y las que provienen de sobre-escitacion, y señalado demasiado bien la diferencia que debe existir en su tratamiento en general.

¡Que estos servicios reales sirvan para reconciliarnos con su nombre!

Sus discípulos orgullosamente envueltos en la capa de su Elías, han apoyado su doctrina con clamores estrepitosos, señal segura de una mala causa. Nos han aturdido con las máximas de Brown sobre los grados de la escitabilidad, que hacian exaltar ó disminuir á su gusto por las circunstancias nocivas antecedentes. Nos han roto la cabeza con la debilidad simple y complexa, directa ó indirecta, con la diátesis y las predisposiciones como medios de distinguir las enfermedades generales, de las afecciones locales, con los escitantes fijos y difusibles. Trataban á sus enfermos con caldos sustanciosos, vino y opio. Pero tenian la destréza de añadir á esto todo lo que en la medicina comun les parecia ser necesario é indispensable. Así, cuando el caldo, el vino y el opio no producian buenos resultados, administraban en las fiebres intermitentes de los pantanos, la quina tan vedada por su maestro, pero protestando que solo la daban como escitante fijo. Prescribian tambien la esencia de trementina en la hidropesía, teniendo cuidado sin embargo de declarar que poseia precisamente el grado de potencia escitante necesaria en esta afeccion. Del mismo modo yo he visto comer pollos en dia de vigilia en ciertos conventos, despues que el prior, haciendo sobre ellos la señal de la cruz, habia pronunciado la fórmula: *¡fiat piscis!*

LA ALOPATIA.

Una palabra de advertencia á los enfermos de todas clases (1).

La Alopatía, ó el método curativo de la antigua escuela médica, se alaba de que posee hace dos mil quinientos años el arte de destruir la causa de las enfermedades cuyo tratamiento emprende, y, al contrario de la Homeopatía que no tiene este poder, de ser la única que hace curaciones dirigidas contra las causas, la única que cura de un modo racional.

Pero para que los alópatas pudiesen destruir la causa de las enfermedades crónicas que componen sin contradiccion la mayoría de las afecciones á que el hombre está sujeto, se necesitaria al menos que esta causa les fuese conocida. Pues les ha sido desconocida en todos los siglos, y se sorprendieron enteramente cuando los recientes descubrimientos de la homeopatía les enseñaron que todas las enfermedades crónicas dependen únicamente de tres miasmas, verdad de que la antigua escuela jamàs habia tenido la menor sospecha.

Habiéndoles sido siempre desconocida la verdadera causa de las enfermedades crónicas, síguese de esto que hasta el presente han dirigido sus golpes contra causas falsas, y que no destruyendo la verdadera, de la cual no tenian ninguna nocion, tampoco han podido jamas curar realmente estas enfermedades.

Los resultados prueban lo que acabo de sentar. Porque si se esceptúan las enfermedades procedentes del miasma venéreo, en las que el mercurio encontrado empíricamente por hombres estraños á la medicina proporcionaba auxilios reales, todas las demas enfermedades crónicas no hacian mas que agravarse, y hacerse incurables

(1) Publicado en 1831.

bajo la influencia de todos los medios desplegados contra ellas por la antigua escuela, y ninguna era curada; ni vuelta á la salud. Sustituir, por la accion de medicamentos, à la afeccion de que uno està atacado otra mas grave y de aspecto diferente, despues, como se hace de ordinario, pretender que esta ha sobrevenido por casualidad, que el médico en nada ha contribuido á su aparicion, no es curar á los enfermos y volverles la salud, sino perjudicarles y entretenerles con ilusiones.

Los médicos de la antigua escuela tomaban sin razon los diversos caractéres, à veces puramente imaginarios, y los diferentes fenómenos de las enfermedades crónicas que no son mas que productos y manifestaciones de la causa primitiva, por la causa misma de estas afecciones, y combatian ora el enfriamiento, el catarro, el reumatismo, ora la gota, las obstrucciones del sistema de la vena porta, las hemorroides, los infartos de los vasos linfáticos, las induraciones, los principios morbíficos en los humores, un estado saburral ó mucoso de las primeras vías, la debilidad del estómago y de los órganos digestivos, la de los nervios, el espasmo, la plétora, la inflamacion crónica, la hidropesía, etc. Creian ver en estos estados la causa que tenian que destruir, y cuando por sus procedimientos habian llegado à disminuirlos ó á hacerlos desaparecer, se imaginaban que habian destruido esta causa.

Pero despues que uno de estos caractéres ó estados habia sido disminuido ó suprimido por la violencia de sus medicamentos, jamás dejaba de reaparecer en su lugar algun otro fenómeno morboso, producto diferente de la causa fundamental. ¿Cómo pues el estado primitivo hubiera podido ser esta causa, puesto que su cesacion no ocasionaba una verdadera curacion, ni restablecia la salud, y cuando se seguia de él un nuevo estado morboso siempre mas grave? ¿De dónde pues venia entonces primitivamente lo que se creia que era el carácter de la enfermedad? ¿De qué dependian la propension del enfermo á resfriarse, el catarro, el reumatismo, la gota, las obstrucciones del sistema de la vena porta, las hemorroides, los infartos de los vasos linfáticos, las induraciones, el estado mucoso y saburral de las primeras vías, la acrimonia aparente de la sangre, la debilidad del estómago y de los órganos digestivos, el estado febril, la debilidad nerviosa,

el espasmo, la plétora, la inflamacion crónica, la hidropesìa, etc.? ¿Qué orígen primitivo debia asignarse á estos estados, puesto que no son mas que otras tantas formas diversas del pretenso carácter de la enfermedad, manifestaciones diferentes del mal interno, en una palabra, síntomas, que atacar uno de ellos solamente por medio de medicamentos, despues de haberle dado falsamente el nombre de causa, no es en realidad mas que ejercer una mala medicina sintomática, aunque obrando asi se pretenda que se conduce uno de un modo racional, y que se combate la verdadera causa de la enfermedad? ¿Cuál era, hablando en propiedad, la causa fundamental de estos males y fenómenos secundarios alternantes, causa cuya sola destruccion puede proporcionar una curacion radical y duradera, y constituir un tratamiento verdaderamente racional? Hé aquì lo que los médicos de la antigua escuela no han sabido jamás, y lo que tampoco quieren aprender en el dia de la homeopatía (1). Sin embargo, nada han rebajado hasta el dia de sus altas pretensiones al racionalismo de los métodos nunca saludables y constantemente funestos que emplean contra las enfermedades crónicas. ¡Ha habido jamas farfantonerìa mas ridícula y perniciosa á la vez para el género humano, si se la juzga segun su resultado general y constante!

En cuanto á lo que concierne al tratamiento de las enfermedades agudas, la esperiencia manifiesta igualmente que cuando los que son atacados de estas afecciones quedan abandonados á su fuerza vital sola sin ninguna cooperacion de la alopatía, se curan en general mucho mas pronto y con mas seguridad que cuando se someten á los métodos acreditados por la antigua escuela; en este último caso muere mas de uno de ellos, que sin tan malhadados auxilios hubiera podido resistir; muchos tambien quedan despues mas enfermos que lo estaban antes, y de ordinario concluyen por perecer miserablemente de resultas del tratamiento, que se les ha hecho sufrir, mientras que abandonados à sì mismos se hubieran restablecido.

Este resultado depende de que la alopatía atribuye un carácter falso á las enfermedades agudas, para ponerle en

(1) Es menos vergonzoso no saber una cosa que rehusar aprenderla.

armonía con el plan de tratamiento adoptado por ella. Asi la vemos suponer una plétora por causa fundamental, y sangrar copiosamente en la pleuresía y perineumonía agudas, en las que le hubiera bastado, como lo enseña y practica la homeopatía, hacer cesar la irritacion morbosa del sistema arterial con dosis pequeñas de medicamentos internos, para estinguir en pocas horas toda la enfermedad, sin necesidad de debilitar las fuerzas del enfermo, que ya no puede recobrarlas despues, ó no las recupera sino despues de mucho tiempo.

No se concibe que los alópatas puedan mirar como un gran pecado el no sangrar, que sangren copiosamente en las enfermedades inflamatorias, por ejemplo, en las inflamaciones de pecho, que se hayan hecho de esto á sí mismos una ley inviolable, y que quieran imponer igualmente esta ley á los médicos, cuya práctica es mas feliz que la suya.

Si este método fuese tan saludable como dicen, ¿cuál es la causa de que mas de una sesta parte de los enfermos, que perecen cada año entre sus manos, sucumban á enfermedades inflamatorias, segun lo testifican sus propios cuadros de mortalidad? No hubiera muerto uno de doce de estos desgraciados, si no hubieran caido en manos ávidas de sangre, y si hubiesen sido abandonados à su propia naturaleza.

La tísis pulmonar arrebata anualmente centenas de millares de individuos en la flor de su edad. ¡Alópatas, à cargo de vuestra conciencia está su muerte! Porque ¿se encuentra uno solo entre ellos cuya enfermedad no haya tomado su orígen de vuestros bellos métodos curativos, de las emisiones sanguíneas, y del tratamiento antiflogístico à que habeis recurrido sin razon contra una flegmasía de pecho anterior? Este modo insensato y bárbaro de tratar la pleuresía por medio de la sangría, las sanguijuelas y los debilitantes, hace descender á la tumba cada año millares de hombres, que sucumben despues á la fiebre nerviosa, á la hidropesía y á la tísis pulmonar. ¡Verdaderamente! este es un escelente medio de estinguir en masa y sordamente el núcleo del género humano!

Y es esto curar? curar de un modo racional? curar la causa?

Entre las personas atacadas de pleuresía, aun la mas

aguda, que la homeopatía restablece, y en el mayor número de casos con una prontitud admirable, no se encontrará una sola que muera despues de consuncion y de tísis pulmonar; porque la homeopatía no cura las inflamaciones de pecho, en la apariencia las mas mortales, sino haciendo cesar el estado morboso del sistema sanguíneo por medio de medicamentos internos poco numerosos, suaves, pero apropiados, que frecuentemente alivian el desórden y los dolores en el corto espacio de veinte y cuatro horas, y economizan las fuerzas de los enfermos, puesto que hacen inútiles todas las emisiones sanguíneas y todos los medios debilitantes. Sabe en efecto lo que los médicos de la antigua escuela no saben y desgraciadamente no quieren saber, que las fuertes inflamaciones agudas de pecho (y de otras partes) son únicamente debidas á la esplosion de un miasma psórico oculto en el interior del cuerpo, y que ninguno de los que estan exentos de la psora es atacado de estas afecciones. Sabe cómo conducirse, despues de haber aliviado el desórden inflamatorio de la circulacion, para curar la psora sin dilacion con remedios apropiados, para que en adelante ya no pueda ejercer sobre los pulmones los estragos que tan facilmente ocasionan su destruccion. Y consigue con tanta mas seguridad su objeto, cuanto que no ha malgastado, como lo hace siempre la alopatía, por medio de sangrías y refrigerantes antipáticos las fuerzas vitales, tan necesarias para la reaccion que escitarán los remedios antipsóricos que le resta usar.

Respecto á las demas enfermedades agudas, la alopatía tampoco las trata como la homeopatía con arreglo á las particularidades que presentan en cada caso especial, sino únicamente segun el nombre patológico que han recibido en su escuela, y segun el plan de conducta que sus libros trazan para cada uno de estos nombres. Asi, por diferentes que sean unas de otras las fiebres intermitentes, en lugar de oponer á cada una su remedio específico, las suprime todas con la quina á altas dosis repetidas con frecuencia por espacio de muchas semanas. Pero el enfermo no recobra por eso la salud; ya no esperimenta, es verdad, alternativas de frio y de calor; pero se ha puesto enfermo de otro modo, y mas que lo estaba durante su fiebre; porque se le ha producido una enfer-

medad química, que las mas de las veces durará muchos años.

Los sectarios de la medicina, que se llama racional, encuentran del mismo modo para las demas enfermedades esporádicas, epidémicas y contagiosas, nombres establecidos en sus libros, y para cada nombre que les place asignar á la enfermedad reinante, cierto plan de tratamiento modificado solamente de tiempo en tiempo por la moda; plan al que la fiebre, aunque quizá haya sido absolutamente desconocida hasta entonces y tampoco haya existido jamás, debe acomodarse, que la sea ó no conveniente. El que no tiene fuerza para resistir debe perecer.

No es esta la conducta del homeópata. Juzga de la enfermedad segun su individualidad, segun las particularidades que ofrece en cada caso especial, sin dejarse arrastrar á falsos tratamientos por ningun nombre sistemático ó patológico, y la cura casi siempre por medio de un medicamento elegido con sujecion á los síntomas que ha recogido.

Mas pasemos á las enfermedades crónicas mucho mas numerosas, y que, segun el modo de considerarlas de la antigua medicina, han hecho de la tierra hasta el dia un verdadero valle de desolacion. Voy á demostrar que aun en lo que las concierne, la peligrosa y nociva alopatía es infinitamente inferior á la benéfica y saludable homeopatía.

El alópata las trata, sin conocer su verdadera y única causa, con una multitud de medicamentos, cuyas fuertes dosis se suceden con rapidez, y son frecuentemente continuadas por mucho tiempo. Su objeto es destruir la enfermedad; ¿pero qué medicamentos emplea para esto? Sustancias que, sin saberlo él, ejercen sobre el hombre una accion muy diferente de la que seria necesaria para producir la curacion.

Asi se da con razon à los medicamentos usados de este modo el nombre de alopáticos (alloia, *aliena, ad rem non pertinentia*), y á su mismo método el de alopatía.

¿Pero cómo ha podido suceder que para gran detrimento de los enfermos hayan adoptado medicamentos que no convienen? En verdad no es por malicia. ¡Es pues por ignorancia! Los médicos de la antigua escuela

se sirven de estas sustancias, porque no conocen sus verdaderas propiedades, sus verdaderos efectos sobre el cuerpo humano, porque es costumbre establecida emplearlos en tal ó cual enfermedad, porque los libros prescriben obrar así, y porque en las escuelas se les ha enseñado á seguir esta marcha.

Pero, ¿cuál ha sido la causa de que empleándolos en las enfermedades, despues de tantos siglos como hace que está acreditado este método, no hayan notado poco á poco las particularidades que ofrece cada medicamento en su accion sobre el hombre, y deducido los casos en que realmente conviene como remedio?

A esto se responde diciendo que los médicos de la escuela poseian y poseen todavía un método infalible, para preservarse de conocer el modo de accion propio de cada medicamento, y para hacerle inaccesible á sus ojos y á su observacion.

El aspirante al doctorado debe probar por medio de fórmulas de su propia composicion, que posee el noble talento, indispensable á la alopatia, de acumular muchos medicamentos, y de formar de ellos una receta construida segun las reglas del arte. Debe pues evitar con cuidado el emplear jamás una sustancia medicinal sola.

Toda receta compuesta de muchas drogas diferentes indica sin réplica que el que la ha escrito es un alópata, un adepto de la incorregible escuela que ha reinado hasta el dia en medicina.

Suplico al lector que me diga en conciencia como seria posible que semejantes médicos, aunque su número se eleve á muchos millones despues de tantos siglos, hubiesen llegado á conocer las especialidades de cada sustancia medicinal, no usando nunca mas que de tales mezclas.

Aun cuando se administrasen estas mezclas á un hombre perfectamente sano y exento de todo síntoma morboso, aun cuando no estuviesen compuestas mas que de dos ingredientes (1), ¿sería jamás posible decir con certeza

(1) Segun esta antigua medicina tan contraria al buen juicio deben entrar, hablando con propiedad, mas de dos ó tres ingredientes diferentes, en una receta formulada segun las reglas del arte, probablemente para que el que la usa jamás pueda entrever cuál de estas diversas sustancias ha sido útil ó

cuáles son, entre los efectos que se verian sobrevenir, los que pertenecen á una ó á otra sustancia?

Pues si haciendo tomar á un sugeto sano una mezcla compuesta solamente de dos sustancias diferentes, jamás se adquiere un conocimiento preciso de la accion que cada una de ellas ejerce sobre el cuerpo, porque la mezcla no puede producir mas que un efecto medio, ¿no es mucho mas imposible todavia apreciar la accion especial de cada uno de los ingredientes que constituyen una mezcla administrada á un enfermo, es decir, á un hombre en cuyo estado normal han sobrevenido ya una multitud de cambios?

¿Quién no ve despues de esto, que no habiendo por otra parte ensayado sériamente los médicos de la antigua escuela medicamentos simples en personas sanas, han debido estar todos, desde el orígen hasta el dia, en una completa y absoluta ignorancia de los efectos verdaderos, puros y especiales de cada sustancia medicinal, si se esceptúa el corto número que algunas de ellas manifiestan hasta en las mezclas en que se las hace entrar, y que ni aun pueden pasar desapercibidas del vulgo, como el efecto purgante del sen, el estupefaciente del opio, el sialagogo del mercurio, el vomitivo de la ipecacuana, el antitípico de la quina y el de algunos otros?

¡Los alópatas son, pues, puros artesanos, que ni tienen ni quieren tener ningun conocimiento de los instrumentos que emplean!

¡Pero entre los artesanos de las mas ínfimas clases, no se encuentra uno solo que esté en el mismo caso!

¡Unicamente el médico de la antigua escuela ofrece un ejemplo semejante!

¡Y á pesar de esta increible irracionalidad, sus partidarios se alaban altamente de que son los únicos médicos racionales! ¡Ellos que ignoran completamente la

---

perjudicial, á fin de que jamàs llegue á saber qué accion ejerce sobre el cuerpo cada una de ellas, y por consiguiente en qué enfermedad puede emplearse con seguridad. Pero desde que la homeopatía ha hecho penetrar algunos rayos de luz, se ven algunos alópatas que no admiten ya mas que dos ingredientes en sus recetas, y que por solo esto pretenden tratar con remedios simples. ¡Como si dos y uno fueran una misma cosa!

causa fundamental de todas las enfermedades crónicas no venéreas, pretenden ser los ùnicos cuyos métodos curativos son dirigidos contra las causas! ¿Y con qué tratan? ¡Con sustancias cuya accion pura no conocen, y aun evitan conocerla!

¿Háse visto mas ridícula arrogancia? ¿falta mas completa de buen juicio? ¿nada mas absoluta de saber médico?

¡Hé aquí, pobres enfermos, lo que son todos los médicos ordinarios! ¡Hé aquì los que en todos los paises civilizados ocupan los puestos principales, y lanzan el anatema contra toda idea favorable á los intereses del género humano, pero contraria á los de su comunidad! ¡Hé aquí los que en todas partes dirigen los hospitales, donde tantos séres dolientes suspiran en vano por la curacion! ¡Hé aquí los que por todas partes parecen las potencias de la tierra, y ocupan las cátedras de las universidades! ¡Hé aquì los que tanto abundan en nuestras ciudades, desde el hombre de gran reputacion, que cansa diariamente dos tiros de caballos en visitar sesenta ù ochenta enfermos durante uno ó dos minutos á lo mas, hasta el humilde práctico, que cansa sus piernas en multiplicar las visitas, siempre menos retribuidas que las de su brillante compañero!

Si todos estos médicos solo fuesen inútiles, el mal seria ya demasiado grande. Pero perjudican á los enfermos y los arruinan. Sin saberlo, sin presumirlo siquiera, sin querer, perjudican con sus dosis enormes de medicamentos, casi siempre mal elegidos, que repiten diariamente, y aun muchas veces al dia, que continúan con frecuencia durante largo tiempo, sin dejar de aumentarlas cuando no son de ningun auxilio.

¿Qué debe pensar el público ilustrado de hombres que despues de veinte y cinco siglos no han sabido ver que cada dosis de una sustancia medicinal exige dias y aun semanas, para completar su accion sobre el cuerpo sano, verdad puesta fuera de duda por las esperiencias y las observaciones multiplicadas de la homeopatía? ¿Este público, hasta el dia engañado con ilusiones, qué debe pensar de hombres que, à pesar de la publicidad dada à esta grande verdad, continúan prescribiendo los medicamentos à muchas dosis al dia, de modo que siendo turbada cada una en su accion por la que le sucede muy de

cerca, no puede resultar de esto nada bueno ni saludable sino solamente un nuevo ataque dirigido á la salud?

El lector imparcial y sensato encontrarà dificultad en comprender còmo en toda la superficie de la tierra han podido los médicos persistir tanto tiempo en este pernicioso método de tratar las enfermedades crónicas. Lo que digo aquí del modo con que los médicos de la antigua escuela tratan las enfermedades sería increible, si no encontrásemos la esplicacion de ello en su ignorancia completa de la verdadera marcha seguida por la naturaleza, en su falta de conocimiento de la relacion que existe entre las sustancias medicinales y el cuerpo humano, y en la absurda creencia que les hace mirar todos los medicamentos como cosas absolutamente y siempre saludables, por fuertes, repetidas y crecientes que sean sus dosis.

Pero la menor observacion hubiera bastado para enseñarles que esta proposicion es radicalmente falsa, que solo lo contrario es verdadero, y que todo medicamento es por sí mismo una sustancia perjudicial á la salud, que no puede hacerse saludable mas que cuando se le administra en un caso apropiado de enfermedad á una dosis conveniente y en tiempo útil.

Esta verdad, la mas indispensable de todas para el que quiere curar, yo soy el primero que la ha proclamado. Pareció que la admitian los alópatas, en los primeros momentos de la sorpresa que les causó, como si la hubiesen conocido hacia mucho tiempo. Pero el tiempo ha probado que persistian en su obcecacion.

De otro modo no hubieran seguido tratando las enfermedades crónicas, sin estudiar cuál es la virtud especial de cada medicamento, empleando mezclas de drogas desconocidas, multiplicando y forzando contínuamente sus dosis, sin inquietarse por el efecto que de ellas podia resultar para los enfermos.

Será fácil conocer hasta qué punto debe perjudicar este ciego método, cuando se sepa que todo medicamento es una sustancia que produce enfermedades, que en consecuencia todo medicamento enérgico, administrado durante largo tiempo á dosis repetidas muchas veces al dia y cada vez mas elevadas, aun al hombre que goza de la mejor salud, le pone infaliblemente enfermo de un modo

al principio apreciable al esterior, despues cada vez menos perceptible (1), pero por lo mismo mas penetrante y que produce entonces males duraderos. Efectivamente, la fuerza vital conservadora, que está siempre obrando en nosotros, jamás deja de procurar separar el perjuicio que estos frecuentes ataques ocasionan á la vida misma por medio de los cambios morbosos que determina en los órganos. Exalta la actividad del uno, que ella pone mas sensible y doloroso, disminuye la del otro, que se hace insensible y se ingurgita; quita la irritabilidad á ciertas partes, y hasta las paraliza; en una palabra, provoca tantos cambios morbosos en lo físico y en lo moral del cuerpo, cuantos son necesarios para alejar el peligro á que la vida está espuesta, por los ataques hostiles de las dosis continuamente renovadas del medicamento, es decir, que fomenta en silencio una multitud de desorganizaciones y de organizaciones patológicas, que son otros tantos desórdenes internos y esternos permanentes en adelante.

Si el medicamento ha sido empleado durante largo tiempo, esta enfermedad medicinal (porque no puede encontrarse un nombre mas conveniente para designarla), se hace tan estable y fija, que aun despues que se ha interrumpido el uso de la sustancia medicinal, y se ha cesado de sustraer al cuerpo sus humores y sus fuerzas, ya no puede la fuerza vital llegar á triunfar de ella, á restablecer la salud, y volver al órden normal.

Del mismo modo la fuerza vital, incesantemente ocupada en la conservacion de nuestro organismo, pone las partes sensibles de la mano de los trabajadores al abrigo de la accion de las causas de lesion ó de destruccion, cubriéndolas de una capa gruesa y dura de materia córnea, que preserva á la piel, los nervios, los vasos sanguíneos y los músculos. Pero si el trabajador llega á abandonar sus rudos trabajos, y no maneja ya mas que cosas

---

(1) Jamás es menos pronunciado este efecto, que cuando no se aumentan las dosis. Entonces el médico alópata trata de persuadirse que el cuerpo del enfermo se ha habituado al medicamento, y que por consiguiente, debe aumentarse la dosis. ¡Preocupacion absurda y funesta para los enfermos!

suaves, se pasará al menos un año entero antes que la fuerza vital le haya podido librar de esta coraza, que ya no le es necesaria.

En el mismo sentido es como, para salvar al menos la vida, instituye la fuerza vital en el interior del cuerpo los preservativos orgánicos y dinàmicos contra las impresiones nocivas y hostiles de las dosis elevadas y continuamente reproducidas de los medicamentos alopàticos. Hé aquí por qué determina en nuestro organismo los cambios que constituyen una enfermedad local estable, y que frecuentemente dura muchos años, enfermedad que ningun arte humano podria curar, y que solo la fuerza vital puede disipar con el tiempo, con tal que despues de haber cesado en el uso del medicamento le quede todavia bastante energía para esto.

Si pues en lugar de ser curado de un modo suave, pronto y duradero por la homeopatia, un hombre atacado de una enfermedad crónica no venérea cae en manos de un alópata, que segun la costumbre de su escuela le somete al uso prolongado de medicamentos heróicos, pero incapaces de destruir el miasma psórico, y se los prodiga á dosis siempre crecientes, fàcilmente se concibe en qué triste estado de incurabilidad, aun absoluta, concluirá por caer. En nada se habrá disminuido su enfermedad primitiva, y ademas habrà alteraciones orgánicas en las partes mas esenciales al bienestar y á la vida. Habrá, á mas de la afeccion primordial, enfermedades medicinales estables producidas por la quina, el opio, el mercurio, el iodo, el ácido prúsico, el arsénico, la valeriana, la digital, etc., que todas entre sí formaràn una hidra de mil cabezas, contra la cual ni hay ni tampoco puede haber en este mundo el menor auxilio.

Si ademas el médico, que pretende haber tratado de un modo racional, ha prodigado los debilitantes, como es lo ordinario; si creyendo encontrar la causa del mal en una acrimonia de los humores ó en la plétora ha sacado sangre á menudo, multiplicado los baños calientes, propinado los purgantes, y desperdiciado los jugos nutritivos mas preciosos, ¡oh! entonces la enfermedad medicinal crónica engendrada por este tratamiento oficial se ha hecho tan irrevocablemente inmutable, que ni aun se debe pensar ver al enfermo restablecerse, y solo una

muerte lenta puede librarle de los padecimientos de que le ha llenado el arte de su médico.

¡Temed, os lo ruego, el invitar que se asista á la abertura del cadáver! ¡Os guardarìais muy bien de ello si supiéseis lo que el hombre ilustrado podria concluir contra vosotros! Dejando aparte los defectos innatos de conformacion, que son bastante raros, y quizà algunos resultados de los vicios del difunto, ¿qué anomalías encontrais en él que no sean en gran parte los productos de vuestras funestas maniobras, de vuestra ignorancia médica y terapéutica? Nada veis que haya existido antes de vuestro tratamiento, como os veriais muy inclinado á decirlo à los asistentes, sino cosas que se han hecho, lo que son solo á causa de vuestro tratamiento. A la vista teneis la prueba de la incurabilidad del mal, no antes de que cayese en vuestras manos, sino despues de haber estado en ellas. De nada os sirve ostentar en este caso vuestra sàbia terminología anatómica; porque el hombre que raciocina no concibe cómo podrà ser un testimonio de vuestra habilidad como médico. No es la anatomía patològica sino, para vuestra humillacion, la anatomía terapéutica, la que enriquece el resultado de la autopsia, á pesar de todas vuestras sutiles declamaciones.

Aun cuando las debilitaciones de que acabo de hablar hayan sido evitadas en las enfermedades crónicas de orígen psórico, la mas perfecta medicina que se conoce, la homeopatìa, es impotente para curar las enfermedades medicinales engendradas por el uso prolongado de dosis considerables y frecuentes de medicamentos, aun cuando fuese de una sola sustancia medicinal; porque ¿dónde podrá haber medios para hacer que las alteraciones orgánicas que allí se encuentran no hayan existido? Mucho menos todavía se debe pensar en antídotos contra los males crónicos producidos por mezclas de medicamentos. Curar semejantes trastornos de la vida es un cargo superior á la medicina mas racional; porque si es cierto que solo la fuerza vital conservadora puede dar origen en nosotros á cambios orgánicos duraderos para preservar á la vida, ya de los miasmas crónicos, ya de los ataques hostiles de dosis considerables y largo tiempo prolongadas de medicamentos alopáticos, no lo es menos que ella sola tiene el poder de destruir su obra, de hacer desaparecer estos

cambios, y de reducir los órganos á su estado normal, bajo la doble condicion con todo de que tenga todavía bastante tiempo y energía á su disposicion.

Los sugetos jóvenes, robustos, no debilitados y severos por otra parte en observar el régimen conveniente, son los únicos en quienes la fuerza vital puede hacer desaparecer poco à poco, en dos, tres ó cuatro años, las alteraciones orgánicas que ella misma ha engendrado con dificultad para evitar las agresiones de potencias medicinales hostiles. Se necesita tambien para esto que la psora haya sido curada homeopàticamente; porque nuestra fuerza vital por sí sola jamás puede triunfar de ella, aun cuando no esté atacada por los absurdos tratamientos de la alopatía, que se cree tan sábia.

Mas si el enfermo es de edad avanzada, si los pesares, las contrariedades, el temor ó la miseria pesan sobre él, si ademas ha sido debilitado por emisiones sanguíneas, purgaciones, etc., no le queda otra perspectiva que estinguirse lentamente, suerte inevitable de los que han caido en manos de los médicos mas afamados de la antigua escuela. Nadie puede hacer ya nada en su provecho.

¡Es una crueldad dar de puñaladas á un enemigo por la espalda; pero lo es mucho mayor, cuando se han prometido auxilios à un enfermo, y cuando es fácil curarle de un modo cierto con remedios apropiados, el gastar los resortes de su vida con medios ocultos de destruccion, y crearle una existencia miserable, à cuyos contínuos tormentos no ve otro término que una muerte, cuya lentitud le hace envidiar la suerte del que perece bajo el cuchillo del asesino!

Despues de estas consideraciones, que parten el corazon, sobre el peligro que hay en caer, como enfermo, en manos de gentes à quienes su falso saber envanece hasta la locura, no puedo dejar de invitar à mis modestos compañeros, los homeopatas (*O! multa mecum pejoraque passi, durate et vosmet rebus servate secundis*), á que no comprometan nuestro arte divino é infalible en las enfermedades naturales, queriendo aplicarle á esas afecciones monstruosas creadas por el genio maléfico de la alopatía, y á que no se espongan con esto á los sarcasmos de los médicos célebres de la antigua escuela, que no han perdonado ningun sacrificio para hacerlas enteramente in-

curables. Dejadles primeramente reconducir al enfermo, si pueden hacerlo, al estado en que se encontraba antes que ellos hubiesen apurado su destreza en él.

Les suplico que se limiten, por ahora, á los enfermos que no han sido todavía atormentados por los médicos de la antigua escuela, aun cuando sean de la clase mas pobre y esten atacados de enfermedades crónicas naturales las mas graves. Que se contenten con menos retribucion, con tal que esten bien convencidos de que las cortas facultades del enfermo no le han permitido recurrir á los alópatas, y le han preservado de los tristes resultados que acarrean los medicamentos usados inoportunamente. Si sus sacrificios son poco recompensados, tendrán al menos la inespresable satisfaccion de restablecer la salud de un modo cierto y pronto para vergüenza de la alopatía, que no puede curar, y que solo sabe hacer mas graves é incurables las enfermedades con un diluvio de medicamentos. De este modo abriràn poco á poco los ojos del público. A la homeopatía solamente pertenece, cuando una enfermedad no ha sido desfigurada por el arte funesto de los alópatas, y cuando las fuerzas vitales son todavía suficientes, el restablecer la salud como por encanto, sin alabarse de su racionalidad y de su aptitud para destruir las causas.

Cuando todavía no habia sido encontrada la medicina suave, natural y cierta, la homeopatía, el hombre de bien, el filantropo, debia deplorar sinceramente que los médicos de la antigua escuela errasen á la ventura en la profunda oscuridad de su ignorancia espantosamente sábia, y que su celo en tratar las enfermedades naturales, lejos de proporcionar su curacion, no consiguiese mas que agravarlas y hacerlas incurables. Porque ¿cómo desembrollar un caos semejante de hipótesis sin fundamento, de axiomas terapéuticos contrarios á la naturaleza, y de absurdas mezclas de medicamentos desconocidos en su accion propia? ¿Cómo separar lo verdadero de lo falso, y reducir tantos métodos curativos á uno solo natural y siempre saludable? Entonces eran los médicos muy dignos de compasion, así como los enfermos á quienes su pretenso arte causaba tan grandes perjuicios. Mas desde que se ha encontrado la única medicina verdadera, la que en las enfermedades naturales no alteradas vuelve pronta y se-

guramente la salud por medio de medicamentos suaves específicos, bien preparados y en corta cantidad; desde que esta medicina se ha dado á conocer en toda la Europa con hechos sorprendentes, los que la desechan y persiguen ya no son dignos de compasion. Su persistencia en seguir el método homicida de los antiguos, los hace un objeto de desprecio y de horror. La historia imparcial infamará sus nombres por haber desdeñado los auxilios que hubieran podido prestar á los enfermos dignos de compasion, si no hubiesen cerrado malignamente los ojos y los oidos á la grande y saludable verdad.

FIN.

TABLA

DE

LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Págs.

PREFACIO. 5
INTRODUCCION. 9
Ojeada sobre los métodos alopático y paliativo de las escuelas que han dominado hasta el dia en medicina. . . . . ibid.
Ejemplos de curaciones homeopáticas hechas involuntariamente por médicos de la antigua escuela. 47
Entre las personas estrañas al arte de curar, se han encontrado algunas que han reconocido que los tratamientos homeopáticos eran los únicos eficaces. 79
ISOPATIA. . . . . ibid.
Ha habido tambien en todos tiempos médicos que han mirado este modo de tratar las enfermedades como el mejor de todos. 83
ORGANON DE LA MEDICINA. 87
1—2. La única mision del médico es curar las enfermedades de un modo pronto, suave y duradero. . . . . ibid.
No consiste en forjar teorias, sistemas y esplicaciones. . . ibid.
3—4. El médico debe investigar en las enfermedades lo que hay que curar, y en los diversos medicamentos, lo que ejerce el poder curativo, á fin de poder apropiar éste á aquello. Debe tambien saber conservar la salud de los hombres. . . . . ibid.
5. Para curar se sirve de todo lo que pueda ilustrarle acerca de la causa ocasional, la causa fundamental y demas circunstancias. 88
6. La enfermedad no consiste para el médico mas que en la totalidad de sus síntomas. . . . . ibid.
Inutilidad de los esfuerzos de la antigua escuela para descubrir la esencia ó causa primera de la enfermedad. . . 89
Atendiendo á las circunstancias (5), el médico no necesita, para curar la enfermedad, mas que hacer desaparecer la totalidad de los síntomas. . . . . ibid.
Es preciso quitar la causa que evidentemente ocasiona y sostiene la enfermedad. . . . . ibid.
El método paliativo que solo se dirige contra un síntoma, debe ser desechado. 90
8. Cuando todos los síntomas han desaparecido, está curada la enfermedad. . . . . ibid.
La antigua escuela niega sin fundamento esta proposicion. ibid.

9. Durante la salud, una fuerza espiritual (autocrática, fuerza vital) rige el organismo y mantiene en él la armonía. 91
10. Sin esta fuerza espiritual, que le vivifica, el organismo está muerto. . . . . ibid.
11. En la enfermedad la fuerza vital sola está desarmonizada primitivamente de un modo morboso, y espresa su padecimiento (el cambio interno) por anomalías en el modo de obrar y de sentir del organismo . . . . . ibid.
12. Para curar es inútil saber cómo la fuerza vital produce los síntomas. 92
La desaparicion de la totalidad de los síntomas, pone tambien fin al padecimiento de la fuerza vital, es decir, al estado morboso entero, interno y externo. . . . . ibid.
13. Admitir que las enfermedades no-quirúrgicas son cosas especiales y aparte, que se fijan ó se alojan en el cuerpo del hombre, es una idea absurda, á la que la alopatía debe el haber producido tanto mal. . . . . ibid.
14. Todo lo que en la enfermedad es susceptible de curacion, se manifiesta al médico por medio de los síntomas. . ibid.
15. El padecimiento de la fuerza vital y los síntomas morbosos que de él resultan, son un todo indivisible, una sola y misma cosa. 93
16. Nuestra fuerza vital espiritual, no puede ponerse enferma mas que por la influencia virtual de las causas morbíficas, y tampoco puede ser restituida á la salud mas que por la accion dinámica de los medicamentos. . . . ibid.
17. El médico solo tiene que quitar la totalidad de los síntomas para destruir la totalidad de la enfermedad. . . . ibid.
Ejemplos en apoyo de esta proposicion. . . . . ibid.
18. La totalidad de los síntomas es la única indicacion, con sujecion á la cual debemos guiarnos en la eleccion del remedio. 94
19. El cambio que las enfermedades producen en el modo de sentir y de obrar (el conjunto de los síntomas) no puede ser curado por los medicamentos, sino porque estos tienen la facultad de determinar igualmente un cambio en el modo de obrar y de sentir del hombre. . . . ibid
20. Esta facultad que tienen los medicamentos de producir cambios en el modo de sentir y de obrar, no puede ser reconocida mas que por su accion en hombres sanos. . 95
21. Los síntomas morbosos que los medicamentos producen en el hombre sano, son el único medio de poder conocer la virtud curativa que poseen. . . . . ibid.
22. Si la esperiencia prueba que los medicamentos que dan orígen á síntomas semejantes á los de la enfermedad, son los agentes terapéuticos que curan esta última del modo mas seguro y mas duradero; á estos medicamentos es á los que hay precision de recurrir para efectuar la curacion. Si al contrario, demuestra que la curacion mas cierta y mas duradera es la que se obtiene con sustancias medicamentosas que determinan síntomas opuestos á los

de la enfermedad, los agentes capaces de producir este resultado, serán los que se deberán elegir. . . . . ibid.
El uso de medicamentos cuyos síntomas no tienen, hablando en propiedad, relacion con los de la enfermedad, y que afectan al cuerpo de otro modo que ella constituye el *método alopático*, que debe ser desechado. . . . 96
23. Los síntomas morbosos que son pertinaces no pueden ser curados por síntomas medicinales de un carácter opuesto al suyo (*método antipático*). . . . . ibid.
24.—25. El *método homeopático*, ó el que emplea medicamentos que producen síntomas semejantes á los de la enfermedad es el único cuya constante eficacia demuestra la esperiencia. . . . . ibid.
26. Esta preeminencia suya está fundada en la ley terapéutica de la naturaleza, que quiere que en el hombre vivo toda afeccion dinámica sea estinguida de un modo durable por otra mas fuerte que se la parezca mucho, y no difiera de ella mas que como una especie difiere de otra especie del mismo género. 97
Esta ley se aplica á los males físicos igualmente bien que á las afecciones morales. 98
27. La virtud curativa de los medicamentos se funda pues toda entera en la semejanza de sus síntomas con los de la enfermedad. . . . . ibid.
28.—29. Ensayo de una esplicacion de esta ley terapéutica de la naturaleza. . . . . ibid.
30.—33. El cuerpo del hombre es mucho mas accesible á la accion perturbadora de las potencias medicinales que á la de las enfermedades naturales. 100
34.—35. La exactitud de la ley terapéutica natural resulta de que los tratamientos homeopáticos no son siempre coronados de buen éxito en las enfermedades inveteradas, y de que dos enfermedades naturales coexistentes en el mismo cuerpo no pueden estinguirse y curarse mútuamente cuando son desemejantes. 101
36.—I. Una enfermedad existente en el cuerpo rechaza de él una enfermedad nueva desemejante, con tal que tenga mas ó al menos tanta intensidad como ella. 102
37. Por la misma razon los tratamientos no homeopáticos que no son violentos no curan las enfermedades crónicas. . . . . ibid.
38.—II. Una enfermedad nueva sobrevenida en un hombre ya enfermo, cuando escede su intensidad á la que la precedia y no se asemeja á ella, suspende esta última mientras ella dura, pero no la cura jamás. . . . . ibid.
39. Por la misma razon, un tratamiento alopático violento no cura las enfermedades crónicas, sino que las suspende solamente por tanto tiempo cuanto dura la enérgica accion de medicamentos que no pueden producir síntomas semejantes á los de la enfermedad; despues de la cual esta última reaparece con tanta ó mas gravedad que antes. 105

40.—III. Puede tambien suceder que despues de haber obrado largo tiempo sobre el cuerpo, la nueva enfermedad se una á la que existia antes que ella y que no se la asemejaba; de esto resulta una complicacion de dos enfermedades desemejantes, de las cuales ninguna destruye á la otra. 106
41. Con mas frecuencia todavía que en el curso de la naturaleza, sucede en el de los tratamientos dirigidos conforme al método ordinario, que una enfermedad artificial producida por el uso prolongado de un medicamento alopático violento, se une á la antigua enfermedad natural que no se la asemeja, y que por esta razon no era curable por ella; de suerte que el hombre atacado de la afeccion crónica se encuentra entonces doblemente enfermo. 107
42. Las enfermedades que se complican asi toman, en razon de su desemejanza, el lugar conveniente á cada una de ellas en el organismo. 108
43.—44. Pero es muy diferente lo que sucede cuando á una enfermedad ya existente llega á unirse una semejante mas fuerte, porque entonces esta última estingue y cura la primera. 109
45. Esplicacion de este fenómeno . . . . . ibid.
46. Ejemplos de enfermedades crónicas que han sido curadas por la aparicion accidental de otra enfermedad semejante, pero mas intensa. 110
47.—49. Aun entre las enfermedades que se asocian entre sí solo por obra de la naturaleza, únicamente aquellas entre cuyos síntomas hay semejanza, pueden curarse y estinguirse la una á la otra. Jamás pertenece esta facultad á la enfermedad desemejante. De donde el médico concluye cuáles son los medicamentos con los que puede curar de un modo cierto, es decir, los remedios homeopáticos. 113
50. La naturaleza solo tiene un corto número de enfermedades que poder emplear homeopáticamente contra otras, y todavía este medio de salud, cuando se sirve de él, presenta una multitud de inconvenientes. . . . . ibid.
51. El médico, al contrario, posee innumerables agentes de curacion que tienen grandes ventajas sobre los de que la naturaleza puede disponer. 114
52. Lo que sucede en la naturaleza le enseña que no debe tratar las enfermedades mas que con los remedios homeopáticos, y no con los agentes alopáticos, que jamás curan al enfermo, y no hacen mas que empeorar su situacion. 115
53.—54. Solo de tres modos pueden emplearse los medicamentos contra las enfermedades. 116
1.° El *homeopático*, el único eficaz y saludable. . . . . ibid.
55. 2.° El *alopático ó heteropático* . . . . . ibid.
56. 3.° El *antipático* ó *enantiopático*, que no es mas que paliativo. 117

Ensayos arriesgados con la isopatía. . . . . ibid.
57. Esposicion del método segun el cual se prescribe, contra un síntoma aislado de enfermedad, un remedio que produce un efecto opuesto (*contraria contrariis*). . . . ibid.
Ejemplos. 118
58. Este método antipático no solamente es vicioso, porque conformándose con sus preceptos no se combate mas que un solo síntoma, si que tambien porque en las enfermedades crónicas, despues de haber disminuido el mal en apariencia durante algun tiempo, le deja reaparecer despues mas grave que lo era antes. . . . . ibid.
59. Ensayos nocivos de algunos tratamientos antipáticos. 119
60. El aumento gradual de las dosis, cuando se insiste en el uso de un paliativo, tampoco cura nunca las enfermedades crónicas, y no hace mas que exasperar el estado del enfermo. 122
61. Los médicos hubieran debido juzgar conforme á esto, que la única marcha buena que se podia seguir era adoptar el método directamente contrario, ó el homeopático. . . . . ibid.
62. Razon por la que el método paliativo es nocivo, y el método homeopático el único saludable. 123
63. Se funda en la diferencia que existe entre el efecto primitivo producido por la accion de un medicamento cualquiera sobre el cuerpo, y el efecto consecutivo determinado en seguida por la reaccion del organismo ó de la fuerza vital. . . . . ibid.
64. Esplicacion del efecto primitivo y del efecto consecutivo. . . . . ibid.
65. Ejemplos del uno y del otro. . . . . ibid.
66. Las mas pequeñas dosis posibles de medicamentos homeopáticos son las únicas que hacen que la reaccion de la fuerza vital se manifieste únicamente por el restablecimiento del equilibrio de la salud. 124
67. Síguese de estas verdades que el método homeopático es el único saludable, y que el método antipático ó paliativo obra en sentido inverso del objeto que se propone. 125
Unicos casos en que puede todavía ser útil recurrir á la administracion antipática de los medicamentos. . . . . ibid.
68. Como de estas verdades dimana la escelencia del método homeopático. 126
69. Como de este se deduce el carácter nocivo del método antipático. . . . . ibid.
Las sensaciones opuestas no se neutralizan en el *sensorium* del hombre; no obran pues la una sobre la otra como lo hacen en química las sustancias dotadas de propiedades opuestas. 127
Ejemplos en apoyo de esta asercion. 128
70. Idea sumaria del método homeopático. . . . . ibid.
71. Tres cosas son necesarias para curar: 1.º conocer la enfermedad; 2.º conocer el efecto de los medicamen-

tos: 3.º saber emplear estos oportunamente. 129
72. Ojeada general sobre las enfermedades agudas y crónicas. 130
73. Enfermedades agudas esporádicas, epidémicas; miasmas agudos. . . . . ibid.
74. De todas las enfermedades crónicas las mas peligrosas son las que produce el falso arte de los alópatas. . . 132
75. Estas son las mas incurables de todas. . . . . ibid.
76. Unicamente la fuerza vital es la que puede, cuando se halla todavía bastante vigorosa, reparar los desórdenes causados por la alopatía, y frecuentemente tambien necesita para esto de mucho tiempo, cuando al mismo tiempo se destruye el miasma primitivo con medios homeopáticos. . . . . ibid.
77. Enfermedades impropiamente llamadas crónicas. . . 133
78. Enfermedades crónicas propiamente dichas; todas ellas proceden de miasmas crónicos. . . . . ibid.
79. Sífilis y sicosis. 134
80.—81. Psora. Esta es la madre de todas las enfermedades crónicas propiamente dichas, esceptuadas las sifilíticas y las sicósicas. . . . . ibid.
Enfermedades nominales de la patológia vulgar. . . . . ibid.
82. Cada caso individual de enfermedad crónica exige que se haga una eleccion rigorosa entre los remedios específicos que se han descubierto para estos miasmas, notablemente para la psora. 136
83. Cualidades necesarias en el que quiere hacer el cuadro de la enfermedad. 137
84.—99. Modo de conducirse el médico para descubrir los caractéres de la enfermedad y trazar el cuadro de ella. 138
100.—102. Estudio de las enfermedades epidémicas en particular. 144
103. Seria preciso seguir la misma marcha para encontrar la causa fundamental de las enfermedades crónicas no sifilíticas y trazar el gran cuadro general de la psora. 146
104. Utilidad del cuadro de la enfermedad puesto por escrito para empezar y seguir el tratamiento. . . . . ibid.
Modo de proceder los médicos de la antigua escuela á la investigacion del estado morboso. . . . . ibid.
105.—114. Reglas que hay que observar en el estudio de los efectos puros de los medicamentos en las personas sanas. Efecto primitivo. Efecto consecutivo. 147
115. Efectos alternantes de los medicamentos. 151
116.—117. Idiosincrasias. 152
118.—119. Cada medicamento tiene efectos diferentes de los de los demas. 153
No puede haber succedáneos. . . . . ibid.
120. Cada medicamento exige pues que se investigue con cuidado lo que hay de particular en sus efectos propios. 154
121—140. Conducta que debe observarse cuando se ensayan los medicamentos no sobre uno mismo, sino sobre otras personas sanas. . . . . ibid.

141. Las esperiencias que el médico sano hace en sí mismo con los medicamentos, son preferibles á todas las demas. 161
142. Es difícil llegar á conocer los efectos puros de los medicamentos por su uso en las enfermedades. . . . 162
143—145. Solo del estudio de los efectos puros que resultan de la accion de los medicamentos en los hombres sanos, puede resultar una verdadera materia médica. . . . . ibid.
146. Modo el mas conveniente de aplicar á la curacion de las enfermedades los medicamentos, cuyos efectos propios se conocen. 164
147. El medicamento mas homeopático es el que conviene mejor, es el remedio específico. . . . . ibid.
148. Conjeturas respecto al modo probable de efectuarse la curacion homeopática. . . . . ibid.
149. La curacion homeopática de una enfermedad sobrevenida rápidamente se verifica con prontitud; pero la de las enfermedades crónicas exige un tiempo proporcionalmente mas largo 165
Diferencia entre la homeopatía pura y la secta que pretende combinar entre sí los métodos homeopático y alopático. . . . . ibid.
150. Indisposiciones ligeras. 166
151. Las enfermedades considerables tienen muchos síntomas. . . . . ibid.
152. Las enfermedades que tienen muchos síntomas muy pronunciados, son para las que está uno mas cierto de encontrar un remedio homeopático. . . . . ibid.
153. Síntomas á que debe atenderse mas particularmente. ibid.
154. Un remedio tan homeopático como sea posible cura sin grandes incomodidades. 167
155. Causa que hace que la curacion homeopática esté exenta de inconvenientes . . . . . ibid.
156. Causas de las cortas escepciones que se observan respecto á este punto. 168
157—160. La enfermedad medicinal que se parece mucho á la enfermedad natural, y la escede un poco en intensidad, se llama tambien *agravacion homeopática*. ibid.
161. En las enfermedades crónicas (psóricas), las agravaciones homeopáticas producidas por los medicamentos homeopáticos (antipsóricos) aparecen de cuando en cuando durante muchos dias. 169
162—171. Marcha que hay que seguir en el tratamiento cuando el número de los medicamentos conocidos es demasiado pequeño para que se pueda encontrar un remedio perfectamente homeopático. 170
172—184. Marcha que hay que seguir en las enfermedades que tienen muy pocos síntomas. 172
185—203. Tratamiento de las enfermedades que tienen síntomas locales; el tratamiento local es siempre perjudicial en este caso. 175

204—205. Todas las enfermedades crónicas propiamente dichas, las que no son causadas ni estan sostenidas por mal género de vida, deben ser tratadas únicamente por los medicamentos homeopáticos apropiados al miasma que las fomenta y administrados al interior. . 182
206. Investigacion preliminar del miasma que forma la base de la enfermedad, ya sea simple ó esté complicado con un segundo ó con un tercero. 183
207. Informaciones relativas á los tratamientos que se han empleado precedentemente. 184
208—209. Otros informes preliminares que es necesario tomar antes de trazar el cuadro de la enfermedad crónica. . . . . ibid.
210—230. Tratamiento de las enfermedades llamadas mentales. 185
231—232. Las enfermedades alternantes. 192
233—234. Las enfermedades que revisten un tipo. . . . 193
235—244. Las fiebres intermitentes. 194
245—251. Modo de emplear los remedios. 199
252—256. Signos del alivio incipiente. 201
257—258. Predileccion ciega por ciertos remedios favoritos, é injusta aversion para otros. 203
259—261. Régimen en las enfermedades crónicas 204
Cosas nocivas en el modo de vivir. . . . . ibid.
262—263. Régimen en las enfermedades agudas. 205
264—266. Eleccion de los medicamentos, los mas enérgicos y los mas puros 206
Cambios producidos en algunas sustancias por las preparaciones que las hacen aptas para servir de alimento. ibid.
267. Preparacion de los remedios, los mas enérgicos y los mas durables con las yerbas que pueden obtenerse frescas. 207
268. Sustancias vegetales secas. . . . . ibid.
Preparacion de los polvos que se quieren conservar. . . 208
269—271. Modo de preparar los remedios homeopáticos con las drogas simples para desarrollar sus virtudes medicinales todo lo posible. . . . . ibid.
272—274. No se debe dar al enfermo á la vez mas que un solo medicamento simple. 209
275—287. Fuerza de las dosis para los tratamientos homeopáticos. Modo de aumentarlas ó disminuirlas. Modo de aumentar su energía. 210
288—292. Qué partes del cuerpo son mas ó menos accesibles á la accion de los medicamentos. 217
293—294. Magnetismo animal. 218
VARIOS OPUSCULOS DE HAHNEMANN. 223
De las fórmulas en medicina 225
Los efectos del café 233
La medicina de la esperiencia. 255
Esculapio en la balanza. 303
Carta á un médico acerca de la urgencia de una reforma en medicina 331

Valor de los sistemas en medicina, considerados sobre todo con respecto á la práctica que de ellos dimana. 343
Consejos á un aspirante al doctorado. 363
Reflexiones sobre los tres métodos acreditados de tratar las enfermedades.. 367
La alopatia; una palabra de advertencia á los enfermos. 401

FIN DE LA TABLA.

ERRATAS MAS IMPORTANTES.

Pág.	*Lin.*	*Dice*	*Debe decir*
7	40	rujiente	rusiente.
15	48	vómito	vomitivo
30	11	sustituidora	su instituidora
id	23	á la naturaleza,	á la vida,
31	2	la enfermedad es	la enfermedad era
id.	19	de las enfermedades crónicas,	de las enfermedades, en las crónicas,
33	30	el que ella llama	el que se llama á sí mismo
48	24	ó aquel	á aquel
68	10	disuria	iscuria
76	6	de los brazos,	de los brazos y de las piernas,
id.	22	color	calor
78	32	curado pequeñas úlceras	curado úlceras
88	9	el modo de preparacion que mas conviene y juzgar del	el modo de preparacion que mas conviene, estimar la cantidad á que se la debe administrar, y juzgar del
89	5	constituye la forma	constituye su forma
90	3	sirven	sirvan
93	1	de la fuerza vital que anima	de la fuerza que anima
id.	8	intuitiva,	instintiva,
96	21	otro medio	otro modo
97	1	universidad	universalidad
98	7	(V. 12, 16)	(V. 12, 26)
99	34	instuitiva	instintiva
100	31	organismo viviente	organismo humano viviente
101	33	de cuando en cuando entre	de cuando en cuando de un modo epidémico entre
105	19	una enfermedad natural	una enfermedad artificial
106	id.	largo tiempo concluya	largo tiempo en el organismo concluya
112	39	nueva afeccion	nueva infeccion
123	11	antes que yo, aunque eran de una	antes que yo, aunque se les tenia por decirlo asi á la mano, aunque eran de una

Pag.	*Lin.*	*Dice*	*Debe decir*
123	12	y de una evidencia	y de una importancia
id.	17	por la fuerza vital	por la fuerza medicinal y por la fuerza vital
129	31	una enfermedad	una enfermedad nueva
130	14	de un ritmo	de su ritmo
id.	31	de causas morbificas	de causas nocivas
148	38	*ad omnes, quæ respiratio,*	*ad omnes, quæ inde contingunt, afectiones, quis pulsus, quis calor, quæ respiratio.*
165	32	mal existo	mal éxito
177	16	de obrar!	de obrar! No puede sobrevenir una erupcion en los labios, un panarizo, sin que precedente y simultáneamente, haya algun desórden interior en el sugeto.
182	27	de un desarrollo	de su desarrollo
193	36	estado remplace	estado se remplace
197	15	no son epidémicas,	no son endémicas,
203	23	(V. 57.)	(V. 157.)
207	15	cortezas y raices	cortezas, semillas y raices
212	24	práctica vulgar,	práctica alopática vulgar,
287	5	se aplican al esterior.	se administran al interior.
328	7	con que no	cosa que no
355	42	*pem*	*spem*
358	41	*Fricaria*	*Ficaria*
363	27	1806.	1809.
365	2	Preguntáos despues	Preguntáos si despues
396	25	lejos están	lejos no estan
399	42	á tre-	a tres

DOCTRINA

MEDICA

HOMEOPATICA

17.141